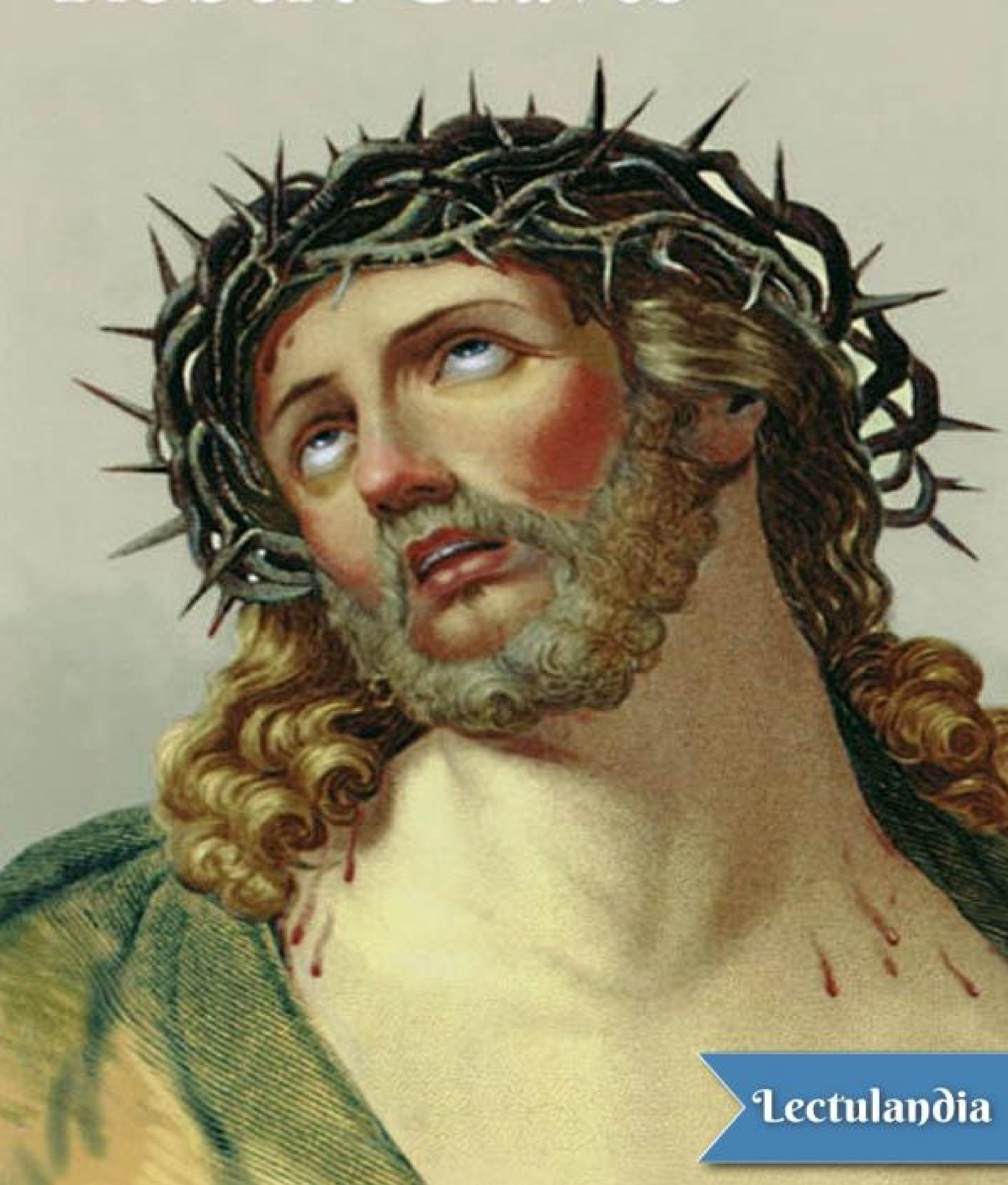
Rey Jesús

Robert Graves



Con un punto de vista heterodoxo sobre la vida y hechos de Jesús de Nazaret —quizá uno de los personajes históricos aún más desconocidos—, el autor se aparta de un sistema de pensamiento católico que acepta mediante la fe muchos acontecimientos relatados en los Evangelios y que trascienden de la comprensión humana. Pero, como él mismo dice en el comentario histórico de su obra: «Quede al menos claro que respeto a Jesús por haber sido más coherente, más inflexible y más leal a su Dios de lo que consideran muchos cristianos». *Rey Jesús* es una hipótesis convertida en novela apasionante.

Lectulandia

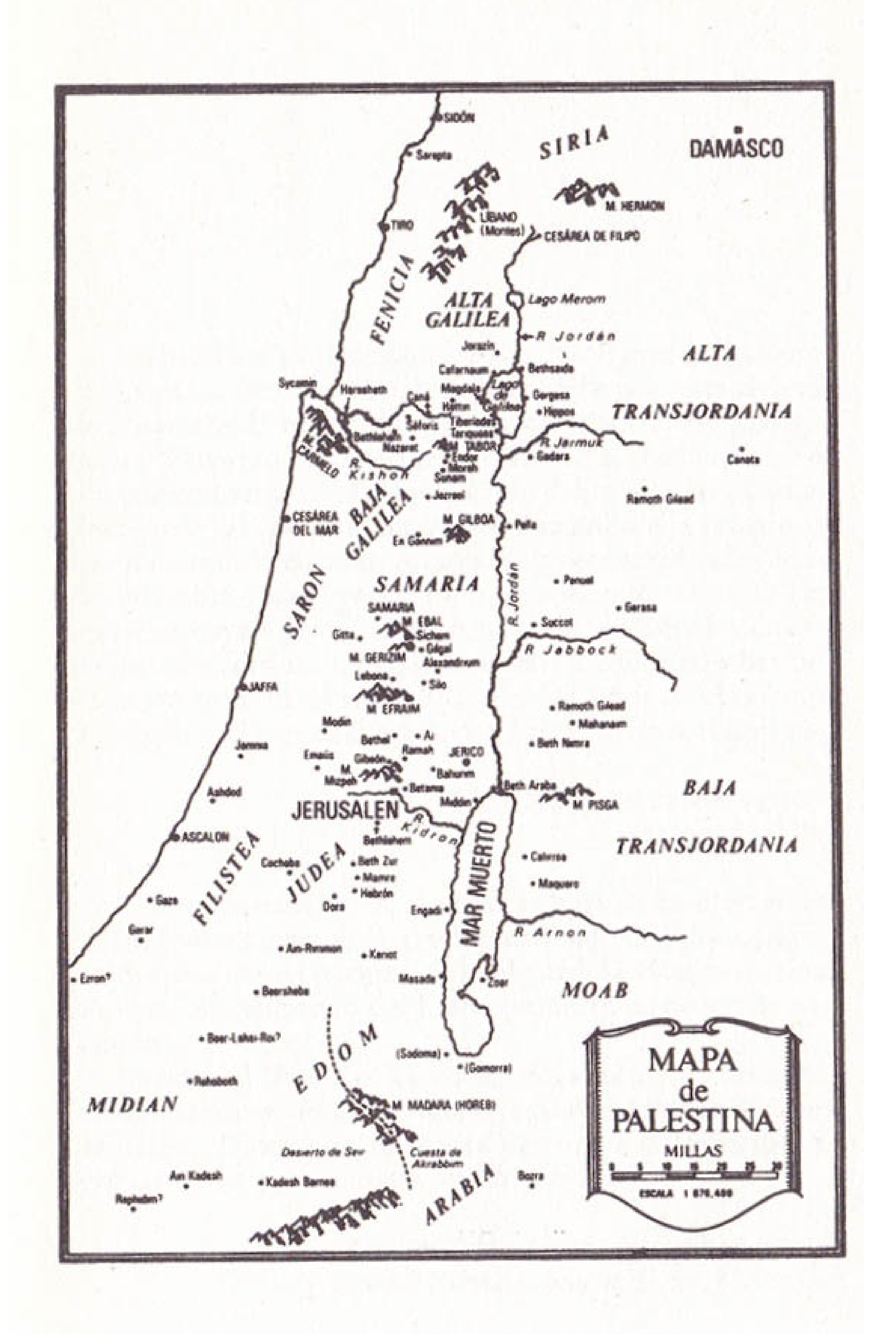
Robert Graves

Rey Jesús

ePub r1.1
Titivillus 02.03.15

Título original: *King Jesus*
Robert Graves, 1946
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



SIDÓN
Sarepta
SIRIA
DAMASCO
M. HERMON
TIRO
LIBANO (Montes)
CESÁREA DE FILIPO
FENICIA
ALTA GALILEA
Lago Merom
R. Jordán
Jorazin
ALTA
Bethsaida
Cafarnaum
Magdala
Gergesa
Hippos
TRANSJORDANIA
Sycamin
Harosheth
Caná
Tiberíades
Séforis
M. CARMELO
Bethlehem
Nazaret
M. TABOR
R. Jarmuk
Gadara
Canata
R. Kishon
Endor
Moreh
Sunam
Jezreel
BAJA GALILEA
Ramoth Galaad
CESÁREA DEL MAR
M. GILBOA
Pella
En Gannim
SARON
SAMARIA
R. Jordán
Penuel
SAMARIA
M. EBAL
Gerasa
Succot
Gitta
Sichem
M. GERIZIM
Gilgal
R. Jabbock
Alexandrium
Lebona
Silo
JAFFA
M. EFRAIM
Ramoth Gilead
Mahanaim
Modín
Bethel
Ai
Beth Nimra
Jamnia
Ramah
JERICO
Emaús
Gibeón
M. Mizpeh
Bahurim
Betania
Beth Araba
M. PISGA
BAJA
Ashdod
JERUSALEN
R. Kidron
Bethlehem
ASCALON
FILISTEA
JUDEA
Cochaba
Beth Zur
Mamre
Hebrón
Dora
MAR MUERTO
TRANSJORDANIA
Calirroe
Maquero
Gaza
Engadi
R. Arnon
Gerar
Kerioth
Zoar
Masada
MOAB
Beersheba
Beer-Lahai-Roi?
(Sodoma)
(Gomorra)
Rehoboth
EDOM
M. MADARA (HOREB)
MIDIAN
Desierto de Seir
Cuesta de Akrabbim
Ain Kadesh
Kadesh Barnea
Bozra
Rephidim?
ARABIA
MAPA de PALESTINA
MILLAS
0 5 10 15 20 25 30
ESCALA 1:876.400

Introducción

Cuando en el Evangelio según los Egipcios Shelom preguntó al Señor: «¿Durante cuánto tiempo prevalecerá la muerte?»; Él respondió: «Mientras vosotras tengáis hijos»… Y cuando ella preguntó: Entonces, «¿he hecho bien no pariendo hijos?»; Él dijo: «Comed de todas las plantas menos de las que son amargas». Y cuando ella preguntó en qué momento serían conocidas las cosas sobre las cuales le había interrogado, Él dijo: «Cuando vosotras las mujeres hayáis pisoteado la ropa de la vergüenza y cuando los dos sean uno, y cuando el varón con la hembra no sean varón ni hembra…». Y dijo el Salvador en el mismo Evangelio: «He venido a destruir las obras de la Hembra».

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA
(Stromata, III).

…Los comentadores, al referirse a Jeshu-ha-Notzri (es decir, Jesús) mencionan el reino malvado de Edom, puesto que ésa era su nación… Lo colgaron la víspera de una Pascua… Estaba cerca del Reino (es decir, en orden de sucesión): Balaam el Baldado (es decir, Jesús) tenía 33 años de edad cuando Pintias el Ladrón (es decir, Poncio Pilatos) lo mató… Dicen que su madre descendía de príncipes y gobernantes, pero andaba con carpinteros.

Lexicon Talmudicum, sub «Abanarbel»
y *Talmud Babli Sanhedrin*, 106b, 43a, 51a.

PRIMERA PARTE

I

SIMPLES

Yo, Agabo el Decapolitano, he comenzado esta obra en Alejandría el año noveno del emperador Domiciano y la he acabado en Roma en el año décimo tercero del mismo[1]. Es la historia del hacedor de maravillas Jesús, legitimo heredero de los dominios de Herodes, rey de los judíos, que en el año quincuagésimo del emperador Tiberio fue condenado a muerte por Poncio Pilatos, el gobernador general de Judea. De las muchas hazañas de Jesús, no fue ésta la menos fabulosa: aunque sus ejecutores certificaron su muerte después de una crucifixión normal, y lo pusieron en una tumba, volvió dos días después al lado de sus amigos galileos de Jerusalén y los convenció de que no era un espectro; luego dijo adiós y desapareció de modo igualmente misterioso. El Rey Jesús (porque tenía derecho a ser así llamado) es ahora adorado como un dios por una secta conocida como los crestianos gentiles.

Crestianos es el nombre común de los cristianos, es decir «seguidores del rey ungido». Crestianos significa «seguidores del Chrestos, o buen hombre» —bueno en el sentido de simple, integro, llano, auspicioso— y por lo tanto es un término menos sospechoso para las autoridades que «cristianos»; porque la palabra *christos* sugiere desafío al emperador, que ha expresado su intención de aplastar de una vez para todas el nacionalismo judío. Por supuesto, «chrestos» puede usarse en el sentido peyorativo de «simple». *Chrestos ei*, «¡Qué hombre tan simple eres!» fueron las palabras exactas que dirigió desdeñosamente Poncio Pilatos a Jesús la mañana de la crucifixión; y como los cristianos se enorgullecen de su simplicidad, que los más sinceros entre ellos llevan a extravagantes extremos, recibiendo del mundo el mismo desdén que el propio Rey Jesús, no rechazan el nombre de «los simples».

Originariamente esta fe se limitaba a los judíos, que tenían una idea de Jesús muy distinta de la popularizada por los crestianos gentiles; luego se difundió gradualmente de los judíos de Palestina a los de la Diáspora, cuyas comunidades se encuentran en Babilonia, Siria, Grecia, Italia, Egipto, Asia Menor, Libia, España —en verdad, en casi todos los países del mundo—, y ahora se ha tornado internacional, y los gentiles son decididamente la mayoría. Porque el visionario Pablo de Tarso, que dirigió el cisma gentil y sólo era medio judío, admitió de buena gana en su iglesia a los numerosos gentiles convertidos a la fe judía y conocidos como temerosos de Dios, a quienes asustaban la circuncisión y los rigores rituales del judaísmo y que por esto se veían impedidos de convertirse en hijos de Abraham con todos los honores. Pablo declaró que la circuncisión era innecesaria para la salvación y que el mismo Jesús había tomado a la ligera las leyes ceremoniales judías fundándose en que la virtud

moral supera a la escrupulosidad ritual a los ojos de Jehová, el dios judío. Pablo les aseguró también que Jesús (a quien nunca conoció) había dado la orden póstuma de que fuera institución permanente de la iglesia crestiana la comida simbólica de su cuerpo y la bebida de su sangre. Este rito, conocido como eucaristía, proporciona un bienvenido puente entre el judaísmo y los cultos sirios y egipcios del misterio —me refiero a aquéllos en que se come sacramentalmente el sagrado cuerpo de Tammuz y se bebe sacramentalmente la sagrada sangre de Dionisos—; y por ese puente han pasado miles de conversos. Sin embargo, los crestianos judaicos rechazan la eucaristía por idólatra. También rechazan por blasfema la idea crestiana gentil de que Jesús tiene con Jehová una relación muy parecida, por ejemplo, a la del Dios Dionisos con el padre Zeus que lo engendró en la ninfa Semele. Un dios engendrado, dicen los judíos, debe tener lógicamente una madre; y niegan que Jehová haya tenido el menor trato con ninfas o con diosas.

El hecho es que los judíos, como nación, se han convencido de que se diferencian en un aspecto principal de todas las demás naciones que habitan junto al mar Mediterráneo: es decir, que nunca han tenido obligaciones con la gran Triple Diosa de la Luna que generalmente se considera madre de las razas mediterráneas, ni con ninguna otra diosa o ninfa. Esta pretensión es insostenible, porque sus libros sagrados conservan nítidas huellas de sus anteriores devociones, especialmente en la idea que dan de sus héroes Adán, Noé, Abraham, Jacob y Moisés. En verdad, los supersticiosos atribuyen a la ineluctable venganza de la diosa el hecho de que los judíos sean en el presente quizá la más miserable de las naciones civilizadas —dispersos, sin hogar, sospechosos—; han sido los principales líderes de los movimientos religiosos contra ella, no sólo en su propio país, sino en todos los de la Diáspora. Han proclamado a Jehová único Gobernador del Universo, representando a la diosa como una mera diablesa, bruja, Reina de las Cortesanas, súcuba y causa primera de todos los males.

Jehová, parece evidente, fue considerado antiguamente un devoto hijo de la gran Diosa que la obedecía en todo y, gracias a su favor, absorbió a cierta cantidad de dioses y diosecillos rivales de diversos nombres: el Dios Terebinto, el Dios Trueno, el Dios Granado, el Dios Toro, el Dios Chivo, el Dios Antílope, el Dios Ternero, el Dios Delfín, el Dios Carnero, el Dios Asno, el Dios Centeno, el Dios de la Curación, el Dios Luna, el Dios de la Estrella del Perro, el Dios Sol. Posteriormente (si está permitido escribir en este estilo) hizo exactamente lo mismo que su divinidad equivalente romana, Júpiter Capitolino: constituyó una trinidad celestial juntamente con dos de las tres personas de la diosa, es decir, Anatha de los Leones y Ashima de las Palomas, equivalentes de Juno y Minerva; la persona restante —una especie de Hécate llamada Sheol— se retiró a gobernar las regiones infernales. La mayor parte de los judíos sostienen que aún reina allí, porque dicen: «Jehová no tiene parte en Sheol» y citan la autoridad del salmo 115: «*Los muertos no elogian a Jehová, ni lo hace nadie que desciende al silencio*». Pero Júpiter, cuya esposa y anterior madre,

Juno, está aún a cargo exclusivo de los asuntos femeninos y cuya así llamada hija Minerva preside aún las actividades intelectuales, y es bisexual, jamás se preocupó de hacer lo que Jehová hizo justamente antes de su forzado cautiverio en Babilonia, es decir, repudiar a sus dos diosas asociadas e intentar gobernar en solitario esplendor a los hombres y a las mujeres. Y tampoco osó hacer esto el Zeus Olímpico. También él, se dice, fue en un tiempo el hijo devoto de la Triple Dkisa y luego, después de castrar a Cronos —amante de ella— la destituyó de su soberanía, pero dejó los asuntos femeninos a cargo de su esposa Hera, su hermana Deméter, y sus hijas Artemisa, Afrodita y Atenea. Ciertamente ha demostrado en ocasiones severidad para con ellas (si se puede confiar en los mitógrafos); pero no puede gobernar satisfactoriamente sin su ayuda. Dios sin diosa, sostienen por igual griegos y romanos, es insuficiencia espiritual; pero los judíos niegan esto.

En un pasaje algo obsceno del Libro del profeta Ezequiel debe buscarse el acta de divorcio entre Jehová y sus dos diosas asociadas, que allí reciben los nombres de Aholah y Aholibah. Sin embargo, la trinidad se mantuvo sin disolverse en el templo judío de Elefantina, en el Alto Egipto, hasta hace quinientos años.

Nadie puede comprender la historia de Jesús si no es a la luz de esta obsesión judía del patriarcado celestial; jamás se debe olvidar que, a pesar de todas las apariencias, a pesar incluso de su aparente apoyo al rito eucarístico, Jesús fue fiel a Jehová desde su infancia en adelante, sin un solo desmayo de su lealtad. Dijo una vez a Shelom, la partera que lo había traído al mundo, que había «venido a destruir las obras de la Hembra»; aceptaba el título de «hijo de David», del rey David, que había estabilizado la monarquía judía y persuadido a las sacerdotisas de Anatha —hasta entonces orgullosas gobernadoras de las tribus y los clanes— a contentarse con ingresar en su harén real. Y como segundo Adán, la tarea autoimpuesta de Jesús consistía en deshacer el mal que, según la leyenda patriarcal, había hecho el primer Adán al escuchar pecaminosamente los seductores argumentos de su esposa Eva.

¿Quién decidirá si el patriarcado es una solución del eterno problema de las relaciones entre hombres y mujeres mejor que el matriarcado o las diversas componendas adoptadas por las naciones civilizadas? Todo lo que es necesario registrar aquí es que en una etapa crítica de su historia, los judíos resolvieron prohibir toda ulterior participación de sacerdotisas en sus ritos sagrados. Las mujeres, dijeron, tienen un efecto perturbador sobre la vida religiosa: introducen el elemento sexual, que de modo inevitable tiende a confundir el éxtasis místico con el erotismo. A favor de este punto de vista hay mucho que decir, porque el efecto de la promiscuidad sexual en la época de los festivales es aflojar los lazos de la vida familiar y desordenar el sistema social. Además, la teoría judía tiene un aspecto político: la única esperanza de supervivencia de su nación, situada en la encrucijada del mundo, consistía en mantenerse estrictamente aislada, evitando los enredos extranjeros en que las reinas y sacerdotisas, enamoradas y amantes del lujo, invariablemente involucran a sus pueblos. Sin embargo los judíos, que sólo en parte son orientales, jamás han

sido capaces de mantener a sus mujeres en perfecta sumisión, y por tanto jamás han logrado servir a Jehová con la pureza que profesan. La gran Diosa, a quien pertenecía originariamente la tierra de Palestina, los hace tropezar continuamente y los seduce a la locura. Ellos escriben Belial el nombre más antiguo de Belili, que significa destrucción total. Su apostasía de la diosa les daba inicialmente remordimientos, y el poeta Jeremías, que vivía en ese periodo, se refiere así a algunos: «Ahora volveremos a quemar incienso a la Reina del Cielo y a derramar libaciones en su honor como hemos hecho antes y como hicieron nuestros padres, nuestros príncipes y reyes, en las ciudades de Judea y en las calles de Jerusalén, porque teníamos entonces comida en abundancia, salud y prosperidad. Pero desde que dejamos de quemar incienso y ofrecer libaciones, hemos vivido en la desesperación, consumidos por el hambre y la espada». Sin embargo, los demás mantuvieron firmemente su resolución.

El venerable templo de la diosa en Hierápolis, en la costa siria del Alto Éufrates, una región que la leyenda bíblica vincula a los patriarcas Abraham e Isaac, merece una visita. Allí un Dios Sol, una especie de Zeus-Apolo-Dionisos que cabalga un toro, está casado con su madre, la Diosa Luna, que cabalga un león y sostiene en la mano una serpiente. La trinidad, gobernada por la Madre, se completa con una ambigua deidad bisexual a quien está consagrada la paloma. El templo, atendido por mujeres oraculares y sacerdotes eunucos, da al este; en la parte exterior del portal hay dos enormes pilares fálicos, como los que había ante el templo del rey Salomón; en el interior, todo es oro, joyas y mármol. El ritual es complicado e incluye la prostitución prematrimonial de las mujeres jóvenes y la autocastración de los jóvenes y, para los demás, intercesiones, conminaciones, himnos de alabanza, libaciones, purificaciones, quema de incienso, sacrificios de ovejas, cabras y niños, holocaustos de bestias vivas colgadas de árboles de terebinto, y también oráculos realizados mediante peces sagrados y el sudor de las estatuas. Se dice que el templo fue fundado en honor de la Diosa Luna por Deucalión (a quien los judíos llaman Noé) cuando por fin amainó el diluvio que había arrasado Asia. También en su honor se exhibe un arca sagrada de madera de acacia y se vierte agua en el abismo por donde, según se dice, desaparecieron las aguas del diluvio.

Los cananeos, a quienes los israelitas conquistaron y esclavizaron durante Josué, adoraban a esta diosa. Todavía sus restos son fieles al culto del terebinto, la paloma y la serpiente, todavía hornean tortas de centeno en honor de la diosa y defienden el derecho de toda joven a reunir una dote mediante la prostitución.

Reconozco la utilidad política de mantener ocultos de todos, a excepción del círculo interior de iniciados crestianos, ciertos hechos fundamentales relacionados con el nacimiento y la parentela de Jesús. Los he descubierto por medio de pacientes y discretas inquisiciones, y es evidente para mí que, si hubiesen sido mencionados al emperador, éste no merecería censura por sospechar que el comunismo religioso ultraterreno de la crestiandad sólo era un disfraz del monarquismo militante judío. Reconozco también la utilidad de la decisión de Pablo cuando disoció todo lo posible

la nueva fe de su antigua fuente; y aunque seria injusto decir que los judíos como nación rechazaron a Jesús, es verdad que desde la caída de Jerusalén los escasos remanentes de los nacionalistas judíos no sólo detestan a los crestianos gentiles, sino también a los de origen judaico. Estos pecaron por lo que en ese momento parecía una negativa cobarde y nada patriótica a colaborar en la defensa de la ciudad sagrada, cuando abandonaron Judea y se establecieron en Pella, en la otra margen del Jordán.

Los crestianos judaicos habían cumplido al píe de la letra la ley bajo el liderazgo original de Jaime (me refiero al obispo de Jerusalén, que era medio hermano de Jesús). No eran cobardes; simplemente consideraban que hacer la guerra era un pecado. Como el mismo Jesús había previsto el destino de Jerusalén y derramado lágrimas por la ciudad, no se podía esperar que arriesgaran su salvación eterna por defender sus murallas. Después de ser capturados por Tito, muchos de ellos sintieron la tentación de renunciar al judaísmo debido a la doble desventaja de ser maltratados, como judíos, por los romanos, y despreciados, como traidores, por los judíos. Pero no estaban dispuestos a renunciar a su lealtad a Jesús. ¿Debían entonces modificar sus principios y entrar en la iglesia crestiana gentil, originariamente controlada por el apóstol Felipe pero reorganizada, tras la muerte de Felipe, por su anterior enemigo y perseguidor Pablo, el hombre que había arrojado a Jaime por las escaleras del templo? Eso hubiera sido unirse a los incircuncisos y a los conversos crestianos de todas clases y condiciones, ceremonialmente impuros, de los cuales pocos conocían cinco palabras de hebreo y todos consideraban virtualmente abrogada la ley mosaica.

Era una difícil elección, y sólo unos pocos eligieron la alternativa, más heroica, de mantenerse fieles a la ley. Los crestianos gentiles eran tolerantes con los que se doblegaban, porque Jaime había muerto, Pablo habla muerto y Pedro había muerto, y habían recibido de Jesús mismo la orden de perdonar a sus enemigos. Era importante que indecentes disensiones no contradijeran una religión de amor fraterno. Aunque no era posible que se suscitara de nuevo el problema de la circuncisión, se reparó la brecha mediante un compromiso doctrinal; y lo que es más: los gentiles, como ellos decían, amontonaban brasas ardientes sobre las cabezas de los judaistas aliviando sus dificultades económicas. Porque la disputa de Pablo con la iglesia original había sido en gran medida un asunto de dinero. Para ser admitido al apostolado había contado con una gran suma recolectada entre los conversos de Asia Menor y con una visión extática del cielo que le había sido concedida en un trance epiléptico. Le informaron fríamente que los dones del espíritu no se podían comprar y que la visión era indecentemente ambiciosa.

Este arreglo tenía sus desventajas, como todo arreglo: la mayor era la cantidad de miserables contradicciones en la versión oficial de la vida y enseñanzas de Jesús que procedía de la fusión de tradiciones rivales. Los mediadores entre las dos sociedades eran los pedrinos, o seguidores del apóstol galileo Pedro, que por alguna extraña razón era un fanático, o militante nacionalista, convertido, rechazado por los seguidores de Jaime por haberse unido a los seguidores de Pablo, y por los seguidores

de Pablo por haberse unido a los seguidores de Jaime. Como Jesús había previsto, fue sobre la roca pedrina que la iglesia fue finalmente fundada: hoy el nombre de Pedro se ve en los dípticos encima del de Pablo.

Que nadie se confunda por los libelos contra los judíos en general y los fariseos en particular que, a pesar de la reconciliación nominal de las iglesias, aún circulan entre los crestianos de Roma. Los judíos son acusados por los libelistas gentiles de haber rechazado universalmente a Jesús. Permitid que lo repita: los judíos no hicieron nada de eso. Todos sus discípulos eran judíos. Los crestianos judaicos siguieron siendo una secta honorable en Judea y Galilea hasta la así llamada «secesión de Pella». Durante los años intermedios, participaron indudablemente en el culto del templo y de la sinagoga, lo que no es sorprendente si se considera que Jesús había hecho lo mismo, diciendo explícitamente a la mujer del samaritano Shechem: «La salvación vendrá de los judíos».

Se acusa también a los judíos de haber condenado oficialmente a Jesús a la pena de crucifixión después de un juicio formal del Beth Din, o corte suprema religiosa; pero no hicieron esto. Nadie que tenga el menor conocimiento del procedimiento legal judío puede creer que la corte suprema lo condenara a muerte ni dudar de que lo crucificaron los soldados romanos por orden de Pilatos.

En cuanto a los fariseos, que los libelistas presentan como los mayores enemigos de Jesús: él nunca condenó en su totalidad a esta ilustrada secta, sino sólo a algunos miembros individuales que no estaban a la altura de sus elevadas aspiraciones morales, o a extraños que pretendían falsamente ser fariseos, en especial aquéllos que, aprovechándose de su método dialéctico de enseñanza, trataban de hacer que cayera en afirmaciones revolucionarias. Porque los fariseos suavizaron con su característica humanidad las disposiciones más duras de la antigua ley mosaica y a la vez predicaban y practicaban las mismas virtudes que ahora los crestianos gentiles pretenden exclusiva y originalmente crestianas. Su código moral había sido formulado por vez primera, poco después del exilio, por los descendientes del clero aarónico inicial, que habían sido expulsados de las altas magistraturas durante el reinado del rey Salomón por los usurpadores zadokitas o saduceos; como eran sacerdotes sin estipendio ni obligaciones eclesiásticas que los distrajesen, pudieron refinar los valores espirituales sin la contaminación de la política. ¿Cómo podía Jesús denunciar a los fariseos? Es como hacer aparecer a Sócrates denunciando a los filósofos en general sólo porque hallaba fallos en los argumentos de un sofista determinado.

Los eclesiásticos saduceos, que eran necesariamente políticos, tenían muy poco sentido de la peculiar misión espiritual que los judíos sentían, en conjunto, como a ellos encomendada, y siempre estaban dispuestos a acercarse hasta mitad de camino a los extranjeros omitiendo deliberadamente sus peculiaridades nacionales. Cuando los fariseos —la palabra significa «los separados», porque se separaban de lo impuro— iniciaron su rebelión religiosa popular bajo la dirección de los macabeos contra los

seléucidas helenizantes, herederos sirios del rey Alejandro el Grande, fueron los saduceos quienes deshicieron su tarea al persuadir a los últimos macabeos de que se deslizaran nuevamente hacia el helenismo. El principio fariseo de no tomar las armas si no era en defensa de la libertad religiosa fue abandonado por los saduceos; y la subsiguiente expansión de un reino pobre y pequeño mediante guerras agresivas contra Edom y Samaria demostró finalmente la eficacia de su obra negativa.

Los crestianos gentiles, cuando afirman que Jesús hizo criticas aparentemente dañinas a la ley mosaica, olvidan que en muchas ocasiones se limitaba a citar con aprobación las criticas del rabino Hillel, el más respetado de los doctores fariseos; no os ocultaré que en ciertos remotos pueblos sirios donde los crestianos judaicos y los judíos aún logran vivir amigablemente, los crestianos son admitidos en las sinagogas, y considerados como una subsecta de los fariseos.

Había, reconozco, muchos grados de fariseísmo en los tiempos de Jesús; como él señaló, la prosperidad material tiende a debilitar el sentido espiritual, y muchos de los llamados fariseos olvidaron el espíritu de la ley, recordando sólo su letra; pero en general el espíritu triunfaba sobre la letra, y en la orden monástica de los esenios, los más conservadores de los fariseos, se practicaban la espiritualidad y la caridad de modo más ordenado y humano que en cualquier sociedad crestiana actual que no haya modelado su disciplina siguiendo estrechamente la esenía.

Se preguntará qué razón tenían los libelistas para difundir esas afirmaciones si no había en ellas verdad. La respuesta es evidente. Los restantes crestianos judaicos se niegan todavía a deificar a Jesús, puesto que para los judíos sólo hay un dios; pero como los crestianos gentiles ignoran el hebreo, los judaístas poseen naturalmente una gran ventaja para exponer tanto las profecías mesiánicas relacionadas con Jesús como el cuerpo conjunto de sus pronunciamientos y sus discursos morales. Esto ha provocado celos y resentimientos. Verdades que a un gentil educado en la fe olímpica le parecen una iluminación totalmente original son, para los judaistas, un desarrollo lógico del fariseísmo.

Oí una vez a un crestiano romano exclamar, en una fiesta de amor a la que fui invitado:

—Oíd, hermanos y hermanas en Cristo, ¡traigo buenas noticias! Jesús ha modificado los diez mandamientos dados a Moisés, agregando dos propios: «Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón, tus fuerzas y tu alma». Y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo».

Grandes aplausos.

Un ex-judaísta, sentado a mi lado, parpadeó un poco y luego dijo secamente:

—Sí, hermano, eso ha sido bien dicho por el Cristo. Y ahora he oído que esos pícaros copistas judíos han robado su sabiduría e interpolan el primero de esos dos mandamientos supremos en el sexto capítulo del Libro del Deuteronomio, y el segundo en el capítulo diecinueve del Libro del Levítico.

—¡Que el Señor Dios perdone ese perverso hurto! —exclamó una piadosa

matrona en el otro extremo de la mesa—. Estoy segura de que los fariseos están detrás de eso.

Yo no deseaba provocar un tumulto, y me abstuve de recordarle que Jesús había elogiado a los fariseos como «los justos que no necesitan arrepentirse» y como «los de cuerpos sanos que no necesitan médico», y que en su fábula del fugitivo pródigo los había tipificado en el hijo honesto que permanece en el hogar: «Hijo, siempre has permanecido a mi lado, como era tu deber, y todos mis bienes son tuyos».

En las iglesias crestianas, como entre los órficos y otras sociedades religiosas, se enseñan las doctrinas secretas sobre todo en forma de drama. Aunque ésta es una forma antigua y admirable de transmitir la fe religiosa, tiene sus desventajas cuando los personajes son históricos y no míticos, y cuando los adoradores aceptan como verdad literal lo que sólo es invención dramática. Tengo aquí una copia del Drama de Navidad que emplea actualmente la iglesia egipcia, en que los principales personajes son el ángel Gabriel, María, la madre de Jesús, la prima de María, Isabel, el marido de Isabel, el sacerdote Zacarías, José, el marido de María, tres pastores, tres astrólogos, la partera Salomé, el rey Herodes, la profetisa Ana y Simón el sacerdote. La obra está escrita con sencillez pero con arte, y no veo en ella defecto alguno como literatura devocional. Su finalidad es demostrar que Jesús era el esperado Mesías judío, y, además, ese mismo niño divino previsto por todos los misterios antiguos: griegos, egipcios, celtas, armenios e incluso indios. Por ejemplo, la tercera escena se inicia, en un escenario oscurecido, en el establo de Bethlehem.

El gallo (cacareando): ¡Cristo ha nacido!
El toro (mugiendo): ¿Dónde?
El asno (rebuznando): *¡En Bethelhem*!

Estas criaturas no son, a propósito, extraños personajes tomados de las fábulas de Esopo: son animales sagrados. El gallo es sagrado para Hermes, conductor de las almas, y para Esculapio, el médico. Aleja la oscuridad de la noche, es el augur del sol que renace. Recordaréis que casi las últimas palabras que dijo Sócrates antes de beber la cicuta fueron para recordar a un amigo que había prometido un gallo a Esculapio: expresaba, supongo, su esperanza de resurrección. El gallo figura también en el relato de los últimos sufrimientos de Jesús y se interpreta ahora como un augurio de la resurrección, aunque esta explicación me parece rebuscada. El toro y el asno son las bestias simbólicas de los dos Mesías prometidos: el Mesías hijo de José y el Mesías hijo de David, con los cuales identifican los crestianos a Jesús. Los comentadores judíos explican invariablemente los «pies del toro y del asno» mencionados en el capítulo treinta y dos de Isaías como referidos a los dos Mesías.

Después de ese breve diálogo entre las criaturas, amanece y se descubre a la Sagrada Familia reunida. La virgen madre y el niño en su antigua pose: la madre usa un manto azul y una corona de estrellas de plata; el niño, como es tradicional, está en

el pesebre de los animales, que se usa para el mismo fin en los misterios délficos y eleusinos. José, barbado, se apoya en un báculo algo más atrás, sin corona y ni siquiera ropaje morado, representando a todos los hombres justos que han conquistado un sitio en la divina iluminación merced a su virtud. Se acerca gradualmente la música distante de flautas y tambores. Entran tres alegres pastores, como aquéllos del monte Ida que adoraban al niño Zeus… O (si está permitido revelar esto) como los mistagogos vestidos de pastores que, en la ceremonia del Adviento que da su nombre a los misterios de Eleusis, presentan a la luz de las antorchas al niño nacido de virgen y exclaman: «¡Alegraos, alegraos, hemos encontrado a nuestro rey, hijo de la Hija del Mar, acostado en esta cesta entre las cañas del río!».

Ahora bien; no pongo en duda la tradición de que el niño Jesús estuviera en un pesebre en un establo, ni que los pastores acudieran a adorarlo; pero no se debe pensar que el resto de la escena es literalmente cierto. Es, por el contrario, lo que Aristóteles llama, en los términos de su *Poética*, «filosóficamente verdadero». Y no puedo, aunque mis fuentes son dignas de confianza, estar seguro de que mi propia narración de la Navidad es correcta en todos los aspectos, pero hasta cierto punto puedo llegar. Un experto en escultura o cerámica griega puede normalmente restaurar los detalles perdidos de una obra de arte deteriorada: tomemos como ejemplo un ánfora negra, con figuras que representan una escena de Orfeo arando el infierno. Si allí están las Danaides con sus cedazos y, junto a ellas, el experto advierte en una zona despintada parte de un racimo de uvas y dos dedos de una mano que aferra y, más allá, un trozo basto de roca, tiene suficiente y ve, imaginativamente, a Tántalo abriendo la boca de sed y al criminal Sísifo empujando colina arriba la humillante roca. Mi problema de reconstrucción es mucho más difícil, porque se trata de historia, y no de mitos. Sin embargo, la historia de Jesús desde su natividad en adelante se mantiene tan ajustada a lo que se podría considerar un modelo mítico preestablecido que, en muchos casos, he podido presumir acontecimientos que, según mi posterior investigación histórica, habían ocurrido realmente; y esto me alentó a esperar que mí informe, aunque no se puede probar enteramente, rio carece por completo de veracidad. Por ejemplo, Jesús tiene tanto en común con el héroe Perseo que el intento del rey Acrisio de matar a Perseo niño parece vinculado también con la historia de Jesús; este Acrisio era el abuelo de Perseo.

También he contemplado la representación de otro drama religioso, referente a los sufrimientos finales de Jesús. El temor crestiano de ofender a los romanos hacia de ese drama una obra maestra de desvergüenza. Como sólo se mostraba en el escenario lo que se habla hecho o dicho públicamente, la infame conducta de Pilatos parecía correcta y hasta magnánima, y toda la culpa de ese asesinato judicial recaía, por implicación, sobre los judíos, cuyo vocero pretendía ser el sumo sacerdote.

Pero debo poneros sobre aviso para que no toméis al pie de la letra las Escrituras hebreas. Sólo las rapsodias de los poetas hebreos, los así llamados «libros proféticos»

pueden leerse sin la constante sospecha de que el texto haya sido retocado por los sacerdotes editores; y dichos libros han sido en su mayoría incorrectamente fechados y atribuidos a autores que jamás podrían haberlos escrito. Los judíos justifican estas prácticas indignas de los eruditos diciendo: «Quienquiera que diga una buena palabra en el nombre de quien debería haberla pronunciado trae la salvación al mundo». Los libros históricos y legales se han corrompido tanto en el curso del tiempo, en parte por accidente, y en parte por las modificaciones, que ni siquiera el erudito más agudo puede albergar la esperanza de desenredar todas las marañas y restaurar el texto original. Y sin embargo, comparando los mitos hebreos con los mitos populares de Canaán, y la historia judía con la historia de las naciones vecinas, se puede obtener cierto conocimiento válido acerca de los hechos antiguos y las tradiciones legales más vinculadas con la historia secreta de Jesús, que es todo lo que debe ocuparnos aquí.

Y, por otra parte, ¡qué historia extraordinaria es! Aunque soy un esclavo de los libros, jamás, en todas mis lecturas, he encontrado nada semejante. Y, después de todo, si los crestianos gentiles, a pesar de la clara prohibición de la idolatría que se halla en la ley hebrea, se sienten inclinados a compartir la sustancia sagrada de Jesús en su simbólica eucaristía, y a adorarlo como un dios, declarando: «Nadie ha sido nunca como él, ni lo será, hasta que vuelva a la tierra», ¿quién podría censurarlos, aparte de los judíos devotos? Ser puesto en un pesebre al nacer, ser coronado rey, sufrir voluntariamente en una cruz, conquistar la muerte, ser inmortal: éste fue el destino del último y más noble vástago de la estirpe real más venerable del mundo.

II

HIJOS DE RAHAB

Ana, hija de Fanuel de la tribu de Asher, había estado viuda durante sesenta y cinco años; pero el recuerdo de la ayuda al templo de su marido, y su propia y notable devoción, que la retenía día y noche en el patio de las mujeres del templo, le habían otorgado finalmente un cargo honorable: el de madre custodia de las vírgenes sagradas. Las vírgenes estaban al cuidado del templo, y ella les enseñaba obediencia y humildad, música y baile, hilado y bordado y gobierno de la casa. Todas eran hijas de Aarón, miembros de la antigua nobleza levita, y en su mayoría habían sido entregadas por sus padres al templo como un seguro contra un mal casamiento. Siempre se podían encontrar maridos píos, ricos y bien nacidos para las vírgenes del templo. La madre custodia tenía en sus manos su iniciación en la sabiduría de su clan; a su vez estaba sujeta al delegado del sumo sacerdote en cuanto al conocimiento de los procedimientos del templo y a su correcto comportamiento; pero como era mujer, no se esperaba que tuviera perfecta comprensión de la doctrina religiosa. Desde su regreso de la cautividad en Babilonia, al mando de Ezra, los levitas habían privado a las hijas de Aarón de su antigua función de sacerdotisas, impidiéndoles, como a todas las demás mujeres, que se aproximaran al santuario más allá del patio de las mujeres, separado del recinto santo por un sólido muro y el espacioso patio de los hombres, o patio de Israel.

Ana zumbaba y murmuraba un devoto canturreo siempre que se encontraba entre los sacerdotes y los servidores del templo, pero cuando estaba sola con sus discípulas les hablaba con una voz de serena autoridad.

La mayor de las vírgenes era Miriam, a quien los crestianos llaman María, hija única de Joaquín el Levita, uno de los llamados Herederos de David, o reales herederos. Había sido pupila del templo desde los cinco años; había nacido el día preciso en que los albañiles habían empezado a construir el templo del rey Herodes. Año tras año ese glorioso edificio devoraba el derruido templo viejo, llamado de Zorobabel, que se había elevado sobre las ruinas del templo del rey Salomón pero que varias veces había sido capturado por ejércitos extranjeros y parecía haber perdido gran parte de sus virtudes luego de su profanación por el rey sirio Antíoco Epifanes.

Habían pasado desde entonces trece años, y aunque el santuario central —la casa de Jehová y el patio de los sacerdotes— estaba terminado, así como la mayor parte de los dos patios internos, pasarían aún casi setenta años más antes de que los albañiles terminaran su tarea en el patio de los gentiles y en las murallas exteriores. La actual planta del templo era dos veces mayor que las anteriores, y era necesario construir

vastos contrafuertes en el lado sur de la colina para darle suficiente espacio.

Se le había confiado a Ana la tarea de hilar el lino teñido de Pelusia, en Egipto, para la cortina de la cámara sagrada llamada sanctasanctórum, que se renovaba todos los años; sólo las vírgenes podían hacerlo. Ana echó suertes entre las discípulas mayores para el honor de hilar el lino púrpura, el rojo, el violeta y el blanco. El púrpura le tocó a Miriam, lo que provocó la envidia de las demás, que la llamaron «pequeña reina» para fastidiarla, porque el púrpura es un color de reyes. Pero Ana dijo:

—Hijas, de nada vale disputar por las suertes, que vienen del cielo. Pensad: ¿acaso alguna más entre vosotras lleva el nombre de Miriam? ¿Y no fue Miriam, la hermana de Moisés, quien bailó triunfalmente con sus acompañantes junto al mar púrpura?

Cuando volvió a echar suertes, y también el rojo real le tocó a Miriam, dijo, para evitar sus celos:

—¿Qué tiene de extraño? ¿Quién más, entre vosotras, es de Cocheba? —Porque el pueblo de Cocheba se llama así en honor de la estrella de David, y los Herederos de David eran dueños de Cocheba.

Tamar, una de las vírgenes, preguntó:

—Pero, madre, ¿no es el hilo rojo el símbolo de las cortesanas?

—¿Tamar me lo pregunta? ¿No hizo de cortesana con su suegro Tamar, la esposa de Er, el primogénito de Judá? ¿No hizo de cortesana la otra Tamar con su hermano Amnón, el primogénito de David? ¿No codiciará el hilo rojo la tercera Tamar porque desea obrar como ellas?

Tamar preguntó serenamente:

—¿Acaso cuenta la historia, madre, que alguna de esas dos Tamar haya sido castigada por sus pecados con la esterilidad o la lapidación?

—Estos tiempos no son como aquéllos, niña. No creas que emulando a la primera Tamar quedarás incluida entre los gloriosos antepasados de otro David.

Miriam dijo:

—Con tu permiso, madre, Tamar me ayudará a hilar el rojo, por aquella hebra roja que Tamar, la esposa de Er, ató en la muñeca de Sara, gemela de nuestra común antepasada Farés; ambas habían disputado por la prioridad dentro de su matriz.

Se otorgaron el lino violeta y el blanco a otras dos vírgenes y, para que el ruido de la rueca no se escuchara en el templo, las cuatro hilanderas fueron enviadas a trabajar en casas privadas. Miriam fue confiada al cuidado de su prima Lysia, hija de José de Emaús; la esposa de José, ahora muerta, había sido la hermana mayor de la madre de Miriam. Le había dado a José cuatro hijos y dos hijas; la mayor de ellas estaba casada con un vendedor de púrpura de Jerusalén —otro de los Herederos— y vivía cerca del templo, del otro lado del puente. Miriam iba todas las mañanas con Tamar a casa de Lysia; todas las tardes ambas volvían juntas a través del puente y de la Puerta Hermosa al colegio de vírgenes.

Ésta es la historia del nacimiento de Miriam. Su madre Ana había estado casada diez años pero no había tenido hijos, para su dolor y vergüenza, y no hallaba consuelo en las riquezas de su marido Joaquín. Todos los años, el día señalado, él cabalgaba desde Cocheba hasta Jerusalén para ofrecer una donación al templo. Allí, a causa de la nobleza de su nacimiento y de sus ricas propiedades, usualmente ocupaba el primer lugar en la línea de los portadores de ofrendas, los ancianos de Israel, con sus largas vestiduras babilonias de flores bordadas. Acostumbraba decir, cuando dejaba caer sus monedas de oro por la ranura del arca:

—Lo que quito de mis ganancias es para todos, y aquí lo deposito. Pero estas monedas, que significan una disminución de mis propiedades, son para el Señor, suplicando su perdón si he hecho algo equivocado o que desagrade a sus ojos.

Joaquín, juez de la corte suprema, era un fariseo; aunque no un fariseo de hombros, como se llama a quienes parecen llevar en los hombros una lista de sus propias buenas acciones, ni un fariseo calculador de los que dicen «Mis pecados están más que compensados por mis virtudes», ni como los fariseos ahorrativos que dicen «Ahorraré una pequeña parte de mi fortuna para hacer una obra de caridad». Se podía considerar que era uno de los fariseos temerosos de Dios que componen la gran mayoría de esta secta humanitaria, a pesar del desdén de los crestianos que odian tener con ella una deuda espiritual.

Ese año, el décimo séptimo del reinado de Herodes, mientras los ancianos de Israel aguardaban la hora de la donación, Rubén, hijo de Abdiel, un saduceo de la vieja escuela, estaba justamente detrás de Joaquín. Rubén habla litigado recientemente contra él por la posesión de un pozo en las colinas, más allá de Hebrón, perdiendo el juicio. Le irritaba que ahora Joaquín ofreciera devotamente al tesoro, como un don, parte del valor de ese pozo que podía abrevar mil ovejas incluso en lo más cálido del verano.

Rubén exclamó:

—¿Por qué, vecino Joaquín, te has puesto al frente de esta hilera? ¿Por qué te jactas y te pones por encima de nosotros? Cada uno de nosotros, los ancianos de Israel, ha sido bendecido con hijos, varones como sólidas plantas, mujeres como los ángulos pulidos de un palacio, excepto tú, que no tienes hijos. El disgusto del Señor debe pesar duramente sobre ti, porque en los últimos tres años has tomado, como es de conocimiento público, tres concubinas jóvenes y robustas, y eres todavía como un tronco seco sin vástagos verdes. Humilla tu corazón, fariseo, y ocupa un lugar inferior.

Joaquín respondió:

—Perdóname, vecino Rubén, si te he ofendido en el asunto del pozo, porque supongo que es ese recuerdo, y no una notoria infracción mía de la ley lo que te lleva a reprocharme. ¿No querrás contradecir el veredicto de la corte de querellas?

El hermano de Rubén, que había sido testigo en el juicio y estaba situado más atrás en la línea habló por Rubén:

—Vecino Joaquín: no ha sido un acto generoso vencer a mí hermano en el asunto del pozo de la Quijada ni es decoroso que no respondas correctamente acerca de tu falta de hijos.

Joaquín respondió con mansedumbre:

—No permita el Señor que dispute con nadie en esta colina sagrada o que albergue malos pensamientos. —Luego se volvió a Rubén—: Dime, hijo de Abdiel, ¿no ha habido acaso en Israel hombres honorables que no tuvieron descendencia hasta el fin de sus días?

—Busca un texto que atenúe la fuerza del mandamiento del Señor Dios que ordena crecer y multiplicarnos, y podrás conservar tu lugar con justicia. Pero creo que ni siquiera el ingenioso Hillel te ayudará a trasponer esa puerta.

Todos los integrantes de la línea escuchaban. Se elevó una sorda risa y luego un suave silbido; Joaquín, desdeñosamente, alzó del pavimento sus dos bolsos de oro y se dirigió al último lugar de la hilera.

La noticia de este hecho corrió rápidamente por los patios del templo. Cuando se preguntó su opinión a los doctores, todos respondieron en los mismos términos:

—Ha hecho bien en ceder su lugar: no existe semejante texto en las Escrituras, bendito sea el nombre del Señor.

Joaquín entregó su ofrenda con las palabras usuales, y el tesorero le dio la bendición; pero más tarde le pareció que los ancianos evitaban su compañía como si él atrajera la mala suerte. Estaba a punto de retornar a su casa con el corazón triste cuando una servidora del templo lo saludó y dijo en voz baja:

—Habla una profetisa. No vuelvas a Cocheba, benefactor; pasa la noche aquí orando. A la mañana sal al desierto hacia Edom. Lleva sólo un criado y durante el viaje humillate ante el Señor en cada lugar sagrado, come sólo frijoles, bebe agua pura, abstente de ungüentos, mujeres y perfumes, y sigue hacia el sur hasta que recibas un signo del Señor. El último día de la Fiesta de los Tabernáculos, cuarenta días después del comienzo de tu viaje debes estar de vuelta aquí, en Jerusalén. Es probable que el Señor haya oído tu plegaria y te muestre su piedad.

—¿Quién es la profetisa? Creía que su raza estaba extinguida en Jerusalén.

—Una viuda anciana y devota, hija de Asher, que ruega y ayuna por el consuelo de Israel.

Joaquín envió a sus criados a su hogar, a todos menos uno, y pasó la noche de rodillas en el templo. Al alba salió hacia el desierto llevando sólo un criado; no tenía otro alimento que un saco de frijoles ni otra bebida que un odre de agua pura. A la mañana del quinto día, al atravesar la frontera de Edom se vio en la compañía de rechabitas o kenitas, una tribu cananea que habitaba en tiendas y con quien los judíos estaban aliados desde los días de Moisés. Saludó cortésmente y se disponía a pasar cuando el caudillo de la tribu lo detuvo.

—No encontrarás agua antes de la caída de la noche, señor —dijo—, a menos que cabalgues bajo el calor del día, lo que seria cruel para tus animales. Y esta noche

empieza el Sabbath, en que viajar está contra la ley. Sé el huésped de los hijos de Rahab hasta que concluya el Sabbath.

Joaquín asintió y los rechabitas, que pertenecían a la corporación de herreros, levantaron sus tiendas en un valle donde había una pequeña corriente de agua. Cuando el caudillo vio el rostro del huésped, cubierto hasta entonces para evitar el calor y el polvo, exclamó:

—Ah, qué feliz encuentro. ¿No eres tú Joaquín de Cocheba, a cuyos sembrados de grano acudimos todos los años en invierno con nuestras liras para entonar alabanzas al Señor? Nuestros jóvenes retozan en tus ricas tierras aradas y elevan plegarias para que el grano brote con fuerza y dé pesadas espigas.

Joaquín respondió:

—¿Y no eres tú Kenah, caudillo de los hijos de Rahab? ¡Qué feliz encuentro! Tus artesanos reparan las hoces, azadas, calderos y teteras de mis campesinos, y su trabajo es excelente. Pero la invitación anual para que llevéis a cabo vuestros ritos rústicos procede de mi mayordomo y no de mi; él es cananeo, yo soy israelita.

Kenah rió.

—Como nosotros los cananeos poseemos los títulos más antiguos sobre las tierras, es razonable que sepamos mejor qué ritos complacen a la deidad local. Sin duda no te quejas de tu cosecha, ¿verdad?

—El Señor ha sido muy generoso conmigo —dijo Joaquín—, y si vuestra intercesión ha tenido algo que ver con esto, yo seria un ingrato si no lo reconociera. Pero ¿cómo puedo saber si estoy en deuda con vosotros o no?

—Tu mayordomo nos ha recompensado en abundancia con sacos de grano de tus silos, y aunque no tengas conciencia de tu deuda con nosotros, nos sentimos bien dispuestos hacia ti. Por eso te diré, nobilísimo Joaquín, que hace tres noches soñé con tu llegada. Soñé que regalabas a mi pueblo el pozo de la Quijada, cerca de Cushan, el mismo pozo que te disputaba tu vecino Rubén: nos lo dabas en posesión perpetua. Y en mi sueño decías que era un don merecido, porque tu corazón bailaba de alegría, y que nos habrías dado siete pozos si los hubieras tenido, con todas las ovejas que en ellos abrevaran.

Joaquín no se sintió complacido. Respondió:

—Algunos sueños vienen de Dios, noble Kenah, y otros del enemigo de Dios. ¿Cómo puedo saber si debo confiar en tu sueño?

—Esperando pacientemente.

—¿Cuántos días debo ser paciente?

—Aún faltan treinta y cinco de la cifra señalada, según mi sueño.

Evidentemente, pensó Joaquín, ése era el signo prometido. Porque ¿de qué otro modo, sino mediante un sueño, podía conocer Kenah el viaje de cuarenta días previsto por la profetisa?

Esa noche, en la negra tienda de pelos de cabra, Joaquín no tuvo necesidad de excusarse por no beber vino, porque los rechabitas tienen prohibido poseer viñedos y

consumir cualquier parte de la uva —el zumo, la semilla o la piel— excepto una vez por año, en su festival de cinco días, en el que además rapan sus cabezas. Pero cuando se negó a aceptar el tierno cordero preparado para él y las pequeñas tortas de miel enriquecidas con cuajada y pistacho, Kenah le preguntó:

—Ay, noble Joaquín, ¿estás enfermo? ¿O estás acostumbrado a manjares más sutiles? ¿O te hemos ofendido involuntariamente de algún modo?

—No; he hecho una promesa. Dadme judías y comeré con apetito.

Una criada se las sirvió. Durante la sosegada sobremesa, un joven, el hijo de la hermana de Kenah, cogió la lira y empezó a cantar. Su canción profetizaba que Ana, la esposa de un Heredero de David, concebiría pronto y pariría un hijo que habría de ser famoso por muy largo tiempo. Ana seria como Sara, la de rostro plateado, que había sido estéril muchos años y había reído al escuchar al ángel mientras aseguraba al padre Abraham que ella le daría un hijo. Y seria también como Raquel, la de rizos tenaces, que también había sido inicialmente estéril y fue luego madre de los patriarcas José y Benjamín y, a través de ellos, antepasada de incontables millares del pueblo israelita del Señor Dios.

El espíritu de la lira conmovió al cantante; parecía henchirse ante sus ojos cuando, con voz mudada, habló de cierto vigoroso cazador, un rey velludo y pelirrojo a quien seguían al combate trescientos sesenta y cinco hombres valientes. En su carro tirado por asnos iba hasta el borde mismo de los días perdidos y expulsaba a los gigantes usurpadores del encantador valle de Hebrón y de los robledos de Mamre, favoritos de Rahab. Sus vestiduras estaban manchadas de rojo por el vino y había a su lado panteras atadas de dulce aliento. Llevaba en los pies sandalias de piel de delfín; una vara de pino en la mano y una piel de león sobre los hombros. Se llamaba Nemrod. Y otro de sus nombres era Jerahmeel, y era amado por la luna.

Luego el kenita repitió varías veces:

—Gloria, gloria, gloria al país de Edom, porque el velludo volverá a romper el yugo al que lo ha sujetado su pulido hermano, el usurpador.

Dejó de cantar, pero siguió tocando meditativamente las cuerdas. Joaquín preguntó:

—Ese Nemrod que celebras, ¿es el mismo de que hablan las Escrituras?

—Sólo canto lo que la lira pone en mi boca. —Y volvió a profetizar—: Nemrod volverá. Se elevará con sus ocho alas de grifo, su furia hará echar humo a las montañas… Nemrod a quien las tres reinas han conocido… Gritad ¡ah! por Nemrod que se llama Jerahmeel, y ¡ah! por las tres reinas que tienen cada una tres veces cuarenta doncellas de honor. La primera reina lo alumbró y lo educó; la segunda lo amó y lo mató; la tercera lo ungió y lo llevó a descansar a la Casa de las Espirales. En su arca llevó su alma a través del agua hasta la primera reina. Cinco días navegó en el arca de madera de acacia, a cinco días del país de los no nacidos. Cinco días de navegación había hasta la ciudad del nacimiento; cinco bestias del mar llevaron el arca hacia el sonido de la música. Allí lo parió la reina y lo llamó Jerahmeel, amado

por la luna.

Cantaba una parábola del sol, que gira en su año sagrado atravesando tres estaciones egipcias de ciento veinte días cada una. En mitad del verano arde con pasión destructora, y en mitad del invierno, debilitado por el tiempo, llega a los cinco días restantes, atraviesa el hueco e inicia un nuevo giro convirtiéndose en un niño, en su propio hijo Jerahmeel. Jerahmeel y Nemrod eran títulos de Kozi, el velludo y pelirrojo dios sol de los edomitas, pero un dios luna israelita de cara glabra usurpaba su gloria desde hacia mucho. Justificaba esa usurpación el mito de Jacob y Esaú; también estaba claramente establecida en el calendario de los judíos, cuyo año gira ahora con la luna y no con el sol como en los tiempos antiguos.

Joaquín dijo:

—El niño nacido de Ana, ¿será varón o hembra? Profetiza nuevamente.

El kenita, radiante aún por el espíritu de la lira, respondió:

—¿Quién puede saber cuál fue creado primero, el sol o la luna? Pero si es el sol que se llame con el nombre del sol, Jerahmeel; y si es la luna que se llame con el nombre de la luna, Miriam.

—¿Se llama la luna Miriam entre vosotros?

—La luna tiene muchos nombres para nuestros poetas. Es Lilith y Eva y Astarté y Rahab y Tamar y Lea y Raquel y Michal y Anatha; pero es Miriam cuando su estrella se eleva enamorada del mar salado por la noche.

Joaquín tuvo una duda. Preguntó:

—La lira que tienes en la mano está hecha con los limpios cuernos del óryx; pero ¿cómo son las cuerdas y las clavijas que las sostienen? ¿Hasta dónde se puede confiar en tu profecía?

—Mi lira de cuernos de óryx ha sido construida por el artesano baldado. Las cuerdas están aseguradas con los dientes triangulares del tejón de las rocas y están hechas con tripas torcidas de gato montés; vosotros consideráis impuras a las dos bestias. Pero las cuerdas y clavijas de esta lira proceden de la época en que Miriam la tocaba, antes de que se establecieran las leyes levíticas. Era pura entonces, y lo es ahora en manos de los hijos de Rahab.

Joaquín no preguntó más y, cuando el joven dejó la lira a un lado, exclamó:

—Sé testigo, poeta, de que si el Señor bendice el vientre de mi esposa (porque soy un Heredero de David y ella se llama Ana), y si concibe un hijo, daré libremente a tu clan el pozo de la Quijada, de acuerdo con el sueño de tu tío Kenah, y tantas ovejas como años sumados hemos vivido mi esposa y yo, que ahora son noventa. Consagraré al niño a nuestro Dios como guardián del templo, sea Jerahmeel o Miriam, y también de esto serás testigo.

Se elevaron gritos de asombro y aclamación. Kenah regaló al joven una aljaba adornada de joyas.

—A todos nos has traído júbilo con tu dulce canción —dijo.

Luego Kenah tomó la lira. Tocó y cantó el *Lamento por Tubal Cain*.

—Todos somos de Tubal, ¡ay de Tubal Cain! Era herrero y carpintero; dorador y lapidario, orfebre y platero. Él ordenó el calendario y codificó las leyes. ¡Ay de Tubal el poderoso de cuyos hijos sólo quedan restos! Mal nos ha ido desde los días en que el velludo sol macho se puso detrás de las colinas y una luna glabra y masculina se elevó sin él. Sin embargo, todavía honramos a la madre Rahab con el rojo, el púrpura y el blanco; no todo está perdido ni somos, como parece, un pueblo condenado. ¿No pertenece Caleb a Tubal? En la forma de un perro cuidaba las ovejas de su tío Jabal; en la forma de un perro descubrió el pez púrpura para su tío Jubal. Caleb es la perfección de Tubal. Reinó, cesó, reinó de nuevo y volverá a reinar. Cuando llegue la hora, cuando la Virgen de la Luna conciba, cuando el Sol Niño sea engendrado nuevamente en Caleb, cuando Jerahmeel vista las rojas telas de Bozra y todos los hombres valientes de Edom griten juntos de júbilo, seremos nuevamente un gran pueblo, como en los tiempos antiguos.

Las extáticas palabras de Kenah estaban tan alejadas de las Escrituras judías que Joaquín cerró piadosamente sus oídos; sin embargo asintió por cortesía. Acompañó a los kenitas en su lenta deriva hacia el norte hasta que casi se cumplieron los cuarenta días señalados; luego se separó amistosamente de ellos y regresó de prisa y lleno de esperanzas a Jerusalén.

III

EL NACIMIENTO DE MARÍA

Mientras tanto, los criados de Joaquín habían regresado junto a Ana en Cocheba, pero no le dieron ningún mensaje de su marido. Dijeron:

—Nuestro señor ordenó que volviéramos a casa, todos menos uno; nuestro señor parecía dispuesto a viajar.

Cuando ella insistió, le contaron los rumores de la humillación de Joaquín en el templo, en la puerta del tesoro. Ana sintió gran aflicción y dijo a Judith, su joven criada:

—Tráeme mis vestidos de luto.

—Oh, señora, ¿ha muerto alguno de tus parientes?

—No, pero guardaré luto por el hijo que nunca nacerá de mi y por el marido que me ha abandonado sin una palabra y en busca, temo, de una concubina apropiada, o quizás incluso de otra esposa.

Judith trató de consolarla.

—Aún eres joven y hermosa y mi señor es viejo. Si él enferma y muere, según la ley del Levirato, su hermano tendrá la obligación de casarse contigo y darte hijos en su memoria. El hermano de tu marido es veinte años más joven, y robusto, y tiene ya siete hijos hermosos.

Ana dijo:

—No permita el Señor que yo espere nunca la muerte de mi marido, que jamás ha sido mezquino conmigo en nada y es un hombre justo y devoto.

Cortó su pelo muy corto y mantuvo el duelo durante cuatro Sabbaths.

Una mañana, muy temprano, Judith se acercó a Ana.

—¿No oyes, señora, el griterío y la música en las calles? ¿No sabes que ya comienza la Fiesta de los Tabernáculos? Abandona tus ropas de luto, y vayamos juntas a Jerusalén con nuestros vecinos; nos alojaremos allí en casa de tu hermana y festejaremos la estación del amor.

Ana respondió irritada:

—Déjame con mi aflicción.

Judith no la dejó.

—Señora —insistió—, tu gente irá a la fiesta desde todos los pueblos; y si pierdes sus chismes lo lamentarás durante doce meses. ¿Por qué sumar un dolor a otro?

—Déjame con mi aflicción —repitió Ana, aunque en voz más amable.

Judith se mantuvo desafiante, con los brazos en jarras y las piernas separadas.

—En los días de los Jueces —dijo—, había una mujer que, como tú, no tenía

hijos, y llevaba tu mismo nombre. ¿Qué hizo? Pues no se quedó en su casa, gimiendo para sus adentros como un viejo búho en un arbusto. Fue al principal santuario del Señor, que estaba en Siloé, para recibir el año nuevo, y allí comió y bebió, ocultando sus penas. Luego se aferró a uno de los pilares del altar e imploró un hijo al Señor, silenciosa y sombríamente, como alguien que durante la esquila intenta conseguir un premio. Eh, el sumo sacerdote, antepasado de mi señor, vio que sus labios se movían y su cuerpo se retorcía. Pensó que estaba ebria; pero ella explicó qué ocurría, que no tenía hijos y que sus vecinos la despreciaban. Eh le aseguró entonces que todo marcharía bien si acudía al altar por la mañana muy temprano, cuando aún estuviera oscuro. Ella lo hizo, y nueve meses más tarde alumbró un niño hermoso, y verdaderamente muy especial, porque fue el profeta Samuel.

—Tráeme ropas limpias —dijo Ana, con brusca resolución—. Elige algo adecuado para la ocasión, porque, después de todo, iré a Jerusalén. Y mi criada Judith vendrá conmigo —mientras hablaba, la voz de tenor del sacerdote se alzó en la calle del pueblo.

—¡Despertad! ¡Vamos a Sión, a la casa del Señor!

Más tarde se dirigieron a Jerusalén en un coche arrastrado por asnos blancos. Joaquín poseía seis pares de asnos blancos, y ésta era la mejor pareja. Se adelantaban ahora a los fieles de Cocheba que habían salido algunas horas antes que ellas: hombres, mujeres y niños vestidos de fiesta que avanzaban a pie llevando dones de uvas, higos, y cestos con palomas sobre los hombros, siguiendo a un buey con los cuernos dorados y una corona de olivo para el sacrificio y a los flautistas que estaban a la cabeza de la procesión. Todos los pueblos de Judá honraban del mismo modo a Jehová y grandes polvaredas se levantaban en todos los caminos. Ante las puertas de Jerusalén, los ciudadanos aguardaban en todas las calles y lanzaban gritos de bienvenida.

Las calles de la ciudad parecían un bosque. Había ramas verdes atadas a las fachadas; se habían construido glorietas en cada puerta de la ciudad, en cada plaza, en cada terrado. En los mercados se vendían prodigiosas cantidades de aves y animales apropiados para el sacrificio. Había tenderetes de frutas, vino y golosinas; los niños pequeños correteaban vendiendo tirsos y ramas de membrillo. Los celebrantes debían llevar ramas de membrillo en la mano izquierda y tirsos en la derecha durante la jubilosa procesión en torno al altar de las ofrendas.

Judith preguntó a Ana:

—Señora, ¿es verdad que esta fiesta fue creada para recordar a los israelitas su viaje por el desierto con Moisés, en los tiempos en que vivían en glorietas de ramas, y no en casas de piedra? Es difícil creer que hallaron en el desierto suficientes árboles con follaje para eso.

—Tienes razón, hija. La fiesta se celebraba en esta montaña siglos antes del nacimiento de Moisés, pero nunca menciones lo que he dicho, porque lo negaré.

—Como me parece que sabes más que los sacerdotes, ¿quieres decirme, señora,

por qué el tirso tiene tres ramas de sauce, palma y mirto, con la palma en el centro, el mirto a la derecha y el sauce a la izquierda?

—Aunque no sé más que los sacerdotes, por lo menos puedo decirte lo que sé. Éste es el Festival de los Frutos, el Festival de la Luna Llena de Eva. Una vez, cuando la luna llena brillaba en el Edén, nuestra madre la segunda Eva cogió una ramita de mirto y dijo: «Es un árbol ideal para hacer una glorieta de amor», porque ansiaba los besos de Adán. Arrancó una hoja de palmera e hizo de ella un abanico, diciendo: «Con esto avivaré el fuego», porque en ese momento Adán sólo la amaba como a una hermana. Ocultó ese abanico. También tomó una rama en que aún no habían brotado las hojas y dijo: «Éste es el cetro. Se lo daré a Adán y le diré «Gobiérname, si quieres, con este nudoso cetro». Y finalmente cogió varas de sauce, del que tiene corteza y hojas como lanzas, y dijo: «Estas ramas servirían para una cuna». Porque la luna nueva le parecía una cuna y ansiaba un niño.

—¿Y las ramas de membrillo, señora, para qué las llevan?

—Se dice que nuestra madre Eva dio a Adán un membrillo y así le obligó a amarla como ella quería ser amada.

—Pero la estrella hecha de membrillo que las mujeres estériles comen con la esperanza de despertar sus entrañas…

—De nada sirve —interrumpió Ana—. La he comido, entre oraciones, cada fiesta, durante siete años.

—Dicen que el membrillo de Corfú sirve y que todos los demás fallan.

—No dicen la verdad. Dos veces he hecho traer membrillos de Corfú, y una de la misma isla de Macris. Dinero perdido.

Judith chasqueó la lengua, compasivamente.

—He probado todo —suspiró Ana.

Continuaron un rato en silencio.

Judith comenzó de nuevo.

—Una vez oí decir a una mujer, una jebusita muy, muy anciana, que la primera Eva plantó el árbol en el jardín, que Adán arrancó la fruta prohibida y que ella lo expulsó por su falta.

Ana enrojeció.

—Esa anciana debía estar ebria. Abusas de mi confianza. No repitas esas habladurías peligrosas en mi presencia.

Judith rió silenciosamente, porque ella misma era una jebusita. Los jebusitas eran los pobres de Jerusalén; descendían de los originales habitantes cananeos, y los israelitas perdonaban sus muchas supersticiones idólatras porque eran útiles como esclavos o criados. Los jebusitas aún adoraban secretamente, en la fiesta, a la diosa Anatha, que había dado nombre al pueblo de Betania y cuya leona sagrada había amamantado a la tribu de Judá. Y en la Pascua, o Fiesta de los Ázimos, aún lloraban a Tammuz, su hijo asesinado, Dios de la Espiga de Centeno.

La hermana de Ana las recibió complacida en su casa, donde cantaron himnos,

narraron historias y conversaron en la glorieta del terrado hasta la medianoche. El día siguiente comenzó la fiesta. Los sacrificios del primer día fueron un macho cabrio como ofrenda por los pecados, dos carneros, trece bueyes de cuernos dorados y catorce ovejas. El macho cabrio se dedicaba al año pasado; los carneros al verano y el invierno; los bueyes a las trece lunas nuevas; las ovejas a los primeros catorce días de cada mes, cuando la luna es joven. Acompañaba la ofrenda de cada bestia un sacrificio de harina y aceite, y otro de sal para que las llamas ardieran azules. Luego se debía celebrar la Noche de las Mujeres, en que se colocaban y encendían cuatro altos candelabros dorados de cuatro brazos en el patio de las mujeres del templo; levitas y sacerdotes bailaban alrededor de ellos una danza de antorchas con música de trompetas y rítmicas sacudidas de los tirsos hacia cada uno de los cuatro cuartos del cielo y hacia el cenit. En un tiempo se hacían estos gestos en honor de Anatha, señalando los cinco puntos de la pirámide de su poder; ahora era Jehová quien reclamaba ese honor.

Al atardecer Judith dijo a Ana:

—Vamos al patio de las mujeres, señora, y luego unámonos al regocijo de las calles.

—Iremos al patio, pero luego volveremos a esta casa. Como mi marido se ha marchado y no sé adónde, sería indecoroso que fuera contigo a las calles con semblante de fiesta.

—La luna de Eva sólo brilla una vez por año. Aquí están las ropas que me has pedido que escogiera de tu arca de cedro.

Ana reconoció el vestido de boda que había usado diez años antes, en su casamiento.

Miró fijamente los ojos de Judith y preguntó:

—¿Qué significa esta locura, hija?

Judith se ruborizó.

—Se nos ordena que esta noche nos alegremos y vistamos nuestras ropas más ricas. Éstas son tus ropas mejores, señora, ¿y cómo se alegrará más una mujer que vistiendo su traje de boda?

Ana acarició suavemente los bordados multicolores y dijo después de un largo silencio, aunque con voz de alguien que ansia dejarse persuadir:

—¿Cómo puedo vestir como una novia, hija, si he estado casada diez años?

—Si llevas tu vestido de novia nadie te reconocerá como la esposa de Joaquín, y podrás celebrar la fiesta a tu placer.

—Pero falta la toca. Las polillas se comieron la lana y la puse a un lado para remendaría.

—Aquí hay una toca mejor que la que llevabas en tu boda, señora. Es un presente de tu esclava Judith, que te ama.

Ana miró la toca púrpura recamada de perlas y con bordados de hilo rojo y dorado.

Preguntó severamente:

—¿Dónde ha sido robada esta prenda tan hermosa?

—No ha sido robada. Antes de trabajar contigo pertenecí a Jemima, parienta de mi señor, que había heredado ropas y joyas de su madrastra. Cuando me marché, me elogió por ser trabajadora y me regaló la toca. Dijo: «Como ahora servirás en casa de Joaquín de Cocheba, que es uno de los Herederos de David, esta toca podrá otorgarte el favor de tu señora, o suavizar su ánimo si algún día la disgustas. Yo no tengo sangre real, ni tú la tienes; no podemos usarla».

Las lágrimas de Ana volvieron a brotar. Sentía intenso deseo de usar el vestido y la toca, pero no se atrevía. Judith preguntó a su ama:

—¿Durante cuánto tiempo humillarás tu corazón, señora?

—Mientras dure mi doble duelo. ¿Es cosa de nada ser estéril? ¿No es grave ser abandonada por un marido noble?

Judith rió con alegría.

—Lava tu rostro, pinta tus ojos con el verde cobre de Sinaí, frota nardo entre tus pechos. Ponte la toca real y tu vestido de novia y salgamos pronto, mientras todos los de la casa comen en la glorieta.

—Aléjate de mi presencia —dijo Ana, con furia—. No he pecado contra mi marido en todos estos años, y sería una locura que lo hiciera ahora. Alguien te ha prestado esa toca esperando que me induzca a la diversión y a la vergüenza; quizá tienes un amante atrevido que desea hacer de mi la cómplice de tus aventuras.

—Una mujer piadosa me ha dado esa toca, y pongo al Señor por testigo. ¿Quieres que responda a tu furia con maldiciones? Lo haría si creyera que eso puede encaminarte a la sabiduría. Pero sería presuntuosa si dijera algo más, cuando ya el Señor ha cerrado tu matriz y te ha convertido en el escarnio de tus hermanas fértiles —luego se marchó deprisa.

Ana alzó la toca púrpura; su principal adorno era una luna creciente de plata curvada en torno de una estrella de David, de seis puntas, bordada en rojo y oro; remataba en la pirámide dorada de Anatha, entrelazada con el triángulo *vau* rojo. A cada lado de la estrella había bordados ramitas de mirto, campanas, cedros, conchillas y granadas, los símbolos de una reina. La contempló y luego se la puso en la frente, pero parecía fuera de lugar en su cabeza rapada. Advirtió entonces que Judith había depositado un gran cesto redondo junto a la cama; en él había una peluca egipcia de pelo rubio rizado. Se la probó; le iba bien. Volvió a atar su toca, alzó su espejo de cobre y se miró. «Judith tiene razón», pensó. «Aún soy joven y hermosa». Su imagen le devolvió la sonrisa. Lavó su rostro, se pintó los ojos, frotó nardo entre sus senos, perfumó con mirra su vestido de novia y se lo puso. Luego llamó con una palmada a Judith, que llegó corriendo, vestida con ropas de colores alegres. Salieron de prisa, envueltas en mantos oscuros, sin hablar con nadie; nadie las vio.

Cuando llegaron al fin de la calle, Ana dijo:

—Oigo las trompetas. Mi ánimo flaquea. Me avergüenza ir al patio de las

mujeres; si lo hago, alguien me reconocerá, sin duda alguna.

—Entonces, ¿adónde iremos?

—Que el Señor guíe nuestros pasos.

Judith la llevó en una y otra dirección por las callejuelas del barrio viejo hacia la Puerta del Pez. Era el barrio jebusita.

Ana creía soñar. Sus sandalias casi no parecían tocar el suelo, flotaba como una golondrina. Ningún hombre las molestó mientras caminaban, aunque la ciudad estaba llena de borrachos esa noche, y en dos ocasiones evitaron pendencias entre grupos que usaban el tirso de la celebración como un garrote. Finalmente, Judith llevó a Ana por un callejón y luego, sin detenerse, empujó una gran puerta entrecerrada, donde terminaba. Giró sobre sus bien aceitados goznes y se encontraron en un patio desierto; a la izquierda había establos, a la derecha un muro antiguo con un ornamentado portal abierto de par en par.

Por él pasaron a un jardín. Era el ocaso, y a través de las ramas de los árboles frutales llegaba el ruido de la fiesta; Ana se detuvo un momento, con el corazón palpitante, y escuchó el salpicar de una fuente en el otro extremo del jardín, donde había luces de colores. Fue hacia ellas, y Judith permaneció en el portal. Eran linternas con cristales de color, suspendidas en el exterior de una amplia glorieta; en su interior ardían velas de cera en un gran candelabro de ocho brazos. En el centro había un laurel; en él un nido de filigrana de plata con pichones de golondrina de oro, con sus bocas abiertas; la golondrina madre estaba posada sobre el borde con una mariposa cubierta de piedras preciosas en el pico.

—Ven aquí, Judith —dijo Ana—. Ven pronto, hija, a ver este hermoso nido.

No hubo respuesta; cuando Ana regresó al portal lo halló cerrado. Judith había desaparecido. Sin embargo, no estaba prisionera, porque el cerrojo se corría desde adentro. Regresó a la glorieta, intrigada, y vio en un rincón oscuro un diván cubierto por una tela púrpura, que no habla advertido antes. Se tendió en él, con la cabeza apoyada en una muelle almohada, y suspiró de placer, mirando el nido de golondrinas.

Luego cerró los ojos y empezó a orar, silenciosa y sombríamente, como había hecho una vez en Siloé una mujer que tenía su mismo nombre cuando los abrió de nuevo, se inclinaba sobre ella un hombre grave y barbado, tan espléndidamente vestido que parecía un enviado de algún dios. Del cordón azul que rodeaba su cuello pendía una joya oval con siete gemas brillantes de distintos colores que centelleaban a la luz de las velas. Él la tomó por la muñeca derecha y dijo en voz grave:

—Tu plegaria ha sido escuchada, Ana. Coge esta copa y bebe en honor del Señor de esta fiesta.

—¿Quién eres, señor? —preguntó Ana.

—Soy el siervo de Uno de quien se ha dicho «Ha desdeñado a la muchedumbre de la ciudad».

Ana preguntó:

—¿Qué es, señor, la joya oval que cuelga de tu cuello?

—Cuando la heredera Sulamita, sin hijos, hizo esa misma pregunta al profeta Elisha, él contestó: «Amada del Señor, consulta a la luna de plata que llevas en tu frente». Y ahora, bebe como bebió también la Sulamita.

Puso en su mano una copa. Ella la alzó hasta sus labios y bebió obedientemente. Era un vino dulce, de sabor aromático y que dejaba luego cierta amargura. Las velas se extinguieron de pronto; le pareció que la glorieta se llenaba de música aunque no vio músicos; brillaron en el aire antorchas que describían el número ocho. El puso en los labios de la mujer una semilla de loto y dijo:

Traga íntegra esta semilla, hija de Michal. No la hieras con tus dientes, porque es un alma humana.

Ana tragó la semilla; sus miembros se entumecieron y empezó a perder el sentido. Había en sus oídos un rugido, como de tempestad en el mar y le pareció que la redonda tierra era arrancada de su soporte y que las estrellas bailaban extáticas; con un grito se unieron el sol y la luna. Un remolino la arrebató hacia el cielo, y no supo nada más.

Cuando despertó, estaba acostada en su propia cama, en la casa de su hermana, y era el anochecer del segundo día de la fiesta. Llamó a Judith con una palmada; la criada corrió a su lado, llorando de alegría.

—Oh, señora —dijo—, creí que estabas muerta… Tu sueño era tan profundo… Has dormido toda una noche y todo un día.

Ana, aún soñolienta, preguntó:

—¿Cómo he llegado aquí, hija?

Judith abrió mucho los ojos.

—¿Cómo has llegado aquí? No entiendo lo que quieres decir, señora.

—¿Cómo? ¿Llegué sin que me guiaras desde el jardín con el laurel hasta aquí?

—Señora, has yacido aquí sin moverte desde el momento mismo en que tomaste ese espejo para mirarte.

Ana advirtió que no llevaba su vestido de novia, como creía, sino el que había traído a Jerusalén, y que no tenía en la cabeza toca ni peluca. Suspiró y dijo:

—Entonces, el Señor se ha apiadado de mí. Fui tentada a cometer un terrible pecado, y quizás también tus pies habrían caído en la trampa si me hubieras acompañado.

—No lo permita Dios. No sé qué quieres decir, señora.

—En cambio —continuó Ana—, he sido premiada con un sueño maravilloso. Soñé que salía con mi vestido de novia y con una toca real que tú me habías regalado, y con una peluca rizada; fui a una glorieta de laureles donde vi un candelabro dorado encendido y un nido de plata lleno de pichones dorados. Allí oré fervientemente, echada en un diván, hasta que apareció un ángel del Señor. Me llamó por mi nombre y me dijo que mi plegaria había sido escuchada. Y me dio, en el sueño, vino

perfumado y una semilla de loto que debía tragar entera, y mi alma fue arrebatada por un remolino hasta el tercer cielo.

—Oh, señora, ¡qué sueño de sueños! ¡Ojalá sea la profecía de un bien!

Ambas oraron juntas. Ana dijo:

—Te recomiendo que no cuentes a nadie mi sueño.

—Soy una mujer discreta.

—Has sido una criada fiel y amable, Judith, y te recompensaré. Te compraré tres varas del mejor paño y un manto nuevo antes de que regresemos a Cocheba.

—Si me das algo, señora, te lo agradeceré; pero ya he sido recompensada por todo servicio que te haya podido ofrecer.

—Por esa respuesta tan modesta recibirás seis varas de paño y unas sandalias además del manto.

Sin embargo, Judith habla dicho la verdad. Ya había devuelto la toca real y la peluca a la madre custodia de las vírgenes del templo, llamada también Ana. Había dicho:

—Aquí están, Santa, las cosas que habías confiado a mi cuidado. Elógiame, si quieres, diciendo si he obedecido bien tus órdenes.

Ana había respondido:

—Te alabo, hija, y hoy se entregarán veinte piezas de oro a tu madre para que puedas tener un marido digno; pero si por algún signo o alguna palabra haces que alguien sepa lo que has hecho anoche, morirás miserablemente, con toda tu familia.

—Soy una mujer discreta.

La Fiesta de los Tabernáculos había terminado. Una mañana, Ana se acercó a Joaquín y susurró a su oído:

—Marido, creo que estoy encinta. Él la miró de modo extraño. Un momento después dijo:

—Vuelve a decírmelo, mujer, cuando estés segura. «Creo» nada significa.

Un mes después, cuando él regresaba de una visita a Jericó, Ana salió a recibirlo y le dijo:

—Marido, sé que estoy encinta.

Rodeó con sus brazos el cuello de su marido y lloró de alegría.

Joaquín estaba asombrado y no asombrado. Llamó a su mayordomo y le ordenó que eligiera ovejas y corderos sin mancha para el sacrificio; doce ovejas y diez corderos, así como una veintena de cabritos. El día siguiente los llevó en un carro a Jerusalén y los ofrendó en el templo como un sacrificio de prosperidad; pero sin explicar en qué consistía su prosperidad.

Aún tenía dudas en su corazón mientras se acercaba a los escalones del patio de los sacerdotes; aunque, siguiendo el ritual del templo, los subió con tanta decisión como si estuviera asaltando una ciudad. Pensó: «Si el Señor se ha reconciliado conmigo y ha escuchado mis plegarias, sin duda la placa de oro en la mitra del sumo

sacerdote me lo dirá con claridad».

Porque era el sumo sacerdote mismo quien oficiaba ese día: era la Fiesta de la Luna Nueva. Mientras se acercaba al sumo sacerdote, que estaba de pie junto al altar del sacrificio, a pedir permiso para hacer su ofrenda, miró de frente la placa dorada para ver si estaba brillante o nublada. Brillaba como las llamas, y Joaquín se dijo: «Ahora sé que mis pecados han sido perdonados y mis plegarias escuchadas, así como las plegarias de Ana, mi mujer».

El sumo sacerdote acordó de inmediato el permiso, dirigiéndose a él por su nombre y preguntándole si la paz era con él.

Un sacerdote de rango inferior tomó los animales de Joaquín de manos de los sirvientes del templo. Las bestias luchaban y pateaban y el sacerdote elogió su excelente condición; luego, volviendo sus cabezas hacia el norte, y tras una breve plegaria, cortó sus cuellos y, recogiendo en un vaso de plata la sangre, la derramó en tierra alrededor del altar. Confió luego los cuerpos al grupo de carniceros levita que, trabajando diestramente sobre sus losas de mármol, extrajeron las entrañas, las lavaron de inmediato en la fuente del patio, y cortaron las ofrendas —los muslos— de cada cuerpo, así como el pecho y el hombro derecho, como requerían los levitas. Luego, cada ofrenda fue envuelta en cierta cantidad de entrañas y rodeada por una doble capa de gordura. El sacerdote las colocó en una fuente de oro, echó sobre ellas incienso sagrado y sal y, finalmente, después de ascender descalzo la rampa del altar, las arrojó con una breve oración al fuego del sacrificio, que ardió vivamente. El humo se alzó en línea recta en lugar de girar en torno al patio, como solía ocurrir en invierno, y Joaquín vio en esto un nuevo signo propicio.

El sacerdote le dijo que enviara sus criados a retirar el resto de los cuerpos, pero él declinó ese privilegio.

—No, no; que se entreguen a los servidores del templo, porque ésta es verdaderamente una ofrenda de prosperidad.

Descendió del templo con la mente sosegada y, al encontrar por casualidad a su vecino Rubén, lo saludó con sorprendente amabilidad, pero nada le dijo. No quería hablar prematuramente, por si su esposa sufría un mal parto o el niño nacía defectuoso.

Pasaron los meses y, en lo más ardiente del verano, Ana alumbró una hija. Mientras sostenía a la niña en sus brazos, viendo que todos sus miembros eran perfectos, exclamó:

—La viuda ya no es una viuda, y la mujer estéril es madre. ¿Quién correrá a la casa de mi desdeñosa vecina, la esposa de Rubén, a anunciar que he alumbrado una hermosa niña?

Joaquín dijo:

—Que nadie vaya, porque la niña es muy pequeña y quizás no viva —pero era hombre escrupuloso y envió de inmediato a dos criados a buscar a Kenah el rechabita. Cuando llegara, un acta de donación pondría en sus manos y las de su

pueblo el pozo de la Quijada, y noventa y dos ovejas.

Una semana después Kenah llegó desde el Carmelo, acompañado por los testigos. Se otorgó y registró la donación, y el joven sobrino de Kenah formuló dulces profecías mientras tocaba la lira. Kenah hizo un voto de amistad con Joaquín, diciendo: «Si tú o tu esposa o tu hija necesitaran alguna vez nuestra ayuda, recuerda que esta gente es tu gente y que estas tiendas son tus tiendas, ocurra lo que ocurra».

Al regresar a sus praderas, envió secretamente una mujer a ver a Ana, la madre custodia de las vírgenes del templo, para darle un juego de joyas egipcias para echar suertes y adivinar; acompañaban este regalo un cubilete de sardónica edomita y un pañuelo de lino blanco para recibir las suertes.

Todo el mundo estaba satisfecho: los que vivían en casas y los que vivían en tiendas.

IV

CIERTA PERSONA

Joaquín y su gárrulo cuñado Cleofás conversaban en voz baja junto al pozo situado debajo de una morera, en Cocheba. No se referían por su nombre al rey Herodes. Siempre era «él» o «ese hombre», o «cierta persona», aunque una o dos veces Joaquín lo llamó «el Edomita». No había peligro de que sus palabras fuesen escuchadas por alguno de los numerosos espías de Herodes, pero se había tornado habitual para ellos hablar de esa manera. Sabían que, a veces, Herodes mismo oscurecía su pelo con carbón, ocultaba sus rasgos, vestía ropas comunes y se mezclaba con su pueblo; era el principal de sus espías.

—Dada su naturaleza tan violenta y petulante —dijo Cleofás—, cierta persona ha demostrado sorprendente paciencia para desarrollar sus planes. ¿Cuántos años hace que lo han puesto en el poder?

—Debe hacer más de veinticinco años.

—Parece más tiempo. Casi lo admiro por su habilidad política y la energía de su gobierno, que ha dado paz y una especie de prosperidad a Israel… pero con la misma sinceridad lo odio por ser un enemigo secreto de nuestro Dios.

—¿Prosperidad? —exclamó Joaquín—. La sombra de la prosperidad, y no la sustancia: el palacio enriquecido a expensas de la cabaña, las ricas vestiduras del estado teñidas con la sangre de los campesinos. ¿Paz? La paz romana, impuesta a los restos que han sobrevivido a la matanza.

Cleofás asintió.

—Por supuesto, no debemos olvidar su despiadado asalto a la ciudad santa, ni cómo los fanáticos a sus órdenes (aunque él fingía refrenar su furia) enrojecieron sus espadas en los viejos y los niños, e incluso en las mujeres, en nuestras estrechas callejuelas. Nunca debemos olvidar a los hombres a quienes asesinó por mantenerse leales al rey Antigono el Macabeo, y cuyos tesoros confiscados llenaron sus arcas. Mató a cuarenta y cinco, entre ellos a mi tío Fineas. El paso del tiempo no puede lavar la sangre. Pero aunque sepamos en nuestros corazones que el Edomita es un enemigo de nuestro Dios, ¿no es extraño que sean muy pocas las infracciones a la ley que podemos reprocharle? Los doctores son más astutos que el zorro y la serpiente.

—Me han dicho que ha ganado una nueva victoria legal con el edicto acerca de los robos en las casas.

—Así es.

—Háblame de eso, querido Cleofás. Sólo han llegado a mi vagos chismes traídos por los criados.

—Como sabes, ha habido muchos casos de casas robadas en Jerusalén durante la semana de la Pascua, debidos todos a la obra de una banda poderosa, y luego otros en Purim. Los ladrones se llevaron maravillosos botines mientras los dueños de la casa y sus familiares estaban en el templo, y sólo quedaba en el hogar alguna vieja criada inválida. Y naturalmente, en tiempos de festival siempre hay tantos extranjeros en las calles que, cuando los ladrones han partido con su botín, es casi imposible descubrirlos. Las victimas de estos robos eran siempre edomitas, griegos, o judíos egipcios del partido de ese hombre. Esta preferencia, como es natural, le molestaba, y la semana pasada promulgó un edicto que condena a los ladrones de casas a la confiscación de todos sus bienes y al destierro permanente de sus dominios. Los presidentes de la corte suprema se escandalizaron. Enviaron delegados a protestar porque esto era absolutamente contrario a la ley de Moisés.

—Tenían razón. Con ciertas excepciones, el castigo del robo consiste en que el convicto debe devolver cuatro veces lo que ha tomado; y si no puede, entonces puede ser vendido como esclavo por no más de seis años, pero a un judío, para que pueda seguir formando parte de la congregación.

—Los delegados —continuó Cleofás— señalaron que desterrar al culpable del reino significaba apartarlo de la congregación e impedir su regreso incluso durante los festivales, cuando tiene la obligación de unirse a las devociones públicas.

—Exactamente.

—Y «exactamente» fue lo que dijo también ese hombre. «Exactamente», afirmó; «todos los robos se han cometido en los días sagrados, que son precisamente los días en que se debe impedir a los ladrones el acceso a la ciudad. Mi edicto se opone a los hijos de Belial que, en lugar de unirse religiosamente a las devociones públicas, penetran impíamente en las casas de quienes lo hacen». «Pero» protestaron los delegados, «desterrar al culpable del reino sin una moneda es equivalente a venderlo como esclavo a los extranjeros, lo que se opone por completo a la ley». «No es así», respondió él. «En los tiempos de Moisés no había comunidades israelitas fuera de los límites del campamento del desierto. Pero ahora hay tantos miembros del pueblo del Señor dentro de mis dominios como afuera, e incluso menos; yo no tengo la culpa de que se le prohíba a alguno de ellos adorar al Señor a su modo ancestral. He intervenido muchas veces, y con éxito, en su favor. Que los ladrones se reúnan con vuestros familiares de Alejandría, Damasco, Babilonia, Ponto, o de donde prefieran; pero no los toleraré en el reino». Los delegados exclamaron: «Bien dijo David que preferiría ser el portero de la casa del Señor a morar cómodamente en las tiendas de los paganos». Herodes respondió: «¿Y qué hombre honesto no lo preferiría? Pero el octavo mandamiento es bien claro: «No robarás». Y allí el robo acompaña al adulterio, el asesinato, la idolatría, la blasfemia, la brujería, el falso testimonio, el incumplimiento del Sabbath, es decir, pecados que se castigan todos con la muerte. Hombres eruditos, ¿no os parece una anomalía que sólo el octavo mandamiento, entre los diez, pueda infringirse sin temor a la muerte o la desgracia?». Entonces, los

delegados se prosternaron casi hasta tocar el suelo con la frente y dijeron con humildad: «¿Quiénes somos nosotros para poner en duda la sabiduría de la ley?». Y Herodes dijo: «Menelao, tráeme el viejo rollo de la ley. Busca el pasaje acerca del robo».

—Lo imitas magníficamente.

—Y ese grueso puerco de los cementerios, Menelao, se dirige a la biblioteca y revuelve entre los quebradizos rollos de papiro y luego, en su voz de resfriado lee un texto del capítulo veintidós del Éxodo que ninguno de nosotros había oído antes, donde dice que cualquier hombre que entra en la casa del vecino un día de fiesta debe morir, porque además de perjudicar al vecino, deshonra al Señor. Y luego Herodes despide a los delegados diciendo: «Ya habéis oído las palabras. ¿No tiene más autoridad que vosotros mí rollo de la ley, hombres sabios? Leed el título. ¿No data acaso del reinado del rey Ezequías? ¿Acaso no lo trajo de Egipto el sumo sacerdote Onías, de cuyo descendiente directo lo he recibido como un don precioso? Temo que vuestros rollos estén en mal estado, por el mal trato y la copia descuidada de un original deteriorado». De manera que el edicto está en vigor. Nadie se atreve a acusar de falsificación al rey, ni a afirmar en defensa de los ladrones de casas que no es un crimen despojar a los egipcios, o que el Señor ha arrojado su sandalia sobre Edom, para que sea esclavizada.

Joaquín respondió fogosamente:

—Está bien, hermano, que no se usen esos pueriles argumentos. Nuestro sabio maestro Hillel aconseja distinguir entre los mandamientos particulares y los generales de nuestro Dios. Se otorgó a nuestros antepasados un mandamiento particular para el despojo de aquéllos que les habían robado y esclavizado; pero ¿no es monstruoso interpretarlo como una licencia general para estafar y robar hoy a los egipcios? También, y es una vergüenza, se citan fuera de contexto las palabras sobre Edom; que hace siglos se encendiera contra Edom la cólera del Señor no justifica hoy a los ladrones que roban los bienes de los edomitas individuales. En cuanto al edicto, ya veremos si tiene el efecto disuasorio que su creador espera. Pero me disgusta la innovación. Incluso preferiría ver lapidados a esos pícaros por el incumplimiento del Sabbath; penetrar con violencia en una casa cerrada es sin duda un trabajo, como luchar; y está prohibida la lucha en los días sagrados. Es intolerable que sean desterrados por robo.

—Pero ¿por qué, hermano Joaquín, le llamas edomita? Tú no puedes ignorar que si bien ha nacido en Edom, no es más descendiente de Esaú que yo.

—Le llamo edomita para evitar la necesidad de usar un nombre más honorable. Sí, sé que su abuelo fue capturado en su infancia por bandidos edomitas durante el saqueo de la ciudad filistea de Ascalón. Era el hijo de un sacerdote del abominable dios sol local, y el sacerdote no pudo pagar el enorme rescate pedido, de modo que fue educado como edomita. Pero si era sólo un esclavo filisteo, ¿por qué se estableció un rescate tan elevado? ¿Por qué los edomitas le otorgaron alto rango y luego lo

cortejó el rey Alejandro Janeo, el Macabeo? Su padre era un esclavo del Dios, lo que en Filistea significa normalmente un miembro del sacerdocio capturado o refugiado. ¿Puedes asegurar positivamente que era filisteo? Nicolás de Damasco escribe que los antepasados de ese hombre regresaron de Babilonia con Ezra, y que eran calebitas de Bethlehem.

—¡Nicolás de Damasco es un mentiroso!

—Nicolás es un abogado eminente que no tiene conciencia cuando instruye un sumario, pero nunca he oído decir que deforme los hechos históricos. ¿Acaso es imposible que cierta persona sea verdaderamente un calebita de Bethlehem y que sus padres adoraran ídolos del Abominable en los días de nuestra desgracia? ¿O que durante las guerras macabeas los sacerdotes huyeran con sus ídolos a Filistea, donde fueron bien recibidos por sus correligionarios?

Cleofás gruñó dubitativamente.

—Sea como sea, fue en mala hora que el rey Alejandro Janeo protegió al abuelo de ese hombre, que ha exterminado uno por uno a los últimos descendientes varones de la casa de Macabeo.

Meditaron en silencio. Un rato más tarde Cleofás agregó, recordando la muerte de la esposa macabea de Herodes, Maríamne:

—Yo asistí a la ejecución de la encantadora esposa de cierta persona. ¿Quién podrá describir la belleza de la última flor brillante de una raza heroica? La Rosa de Sarón era a su lado una planta silvestre. Sin embargo, había un gusano en el capullo. Su madre, condenada en la misma ocasión, habla acumulado reproches contra ella por su concupiscencia, que las habían llevado a ambas a la ruina. Y aunque algunos creen que Alejandra hablaba así con la esperanza de salvar su vida a costa del honor de su hija, ay, esas palabras parecieron verdaderas a mis oídos. Maríamne caminaba demasiado desdeñosamente para ser inocente. Oh, Joaquín, el adulterio es un pecado que no se puede atenuar ni perdonar. Aunque el marido de Maríamne fuese responsable de la muerte de su hermano, su padre, su tío y su venerable abuelo mutilado; aunque en dos ocasiones hubiese dado la orden, al partir a una misión peligrosa, de que ella fuera ejecutada si él no volvía, seamos justos con él. El nunca alzó su voz ni su mano contra ella, que debía lealtad a su marido y al padre de sus hijos. Una mujer debe obedecer a su marido y ser fiel a su lecho, sea cual fuere la provocación. Porque ella era sólo una mujer, aunque fuera la mejor de las mujeres; y él es por lo menos un hombre, aunque sea el peor de los hombres.

—Es una ley severa y deposita una gran responsabilidad sobre un padre cuando elige a su yerno. Me alegra verme libre de esa carga en el caso de mi hija Miriam; Simón el sumo sacerdote debe elegir marido para ella.

—A pesar de sus defectos, Simón ama al Señor y a los hombres y puedes estar seguro de que tu yerno no ha de defraudarte. Pero hablábamos de las infidelidades de Maríamne.

—Algunos declaran que el edomita la amaba a tal extremo que no podía soportar

su imagen en los brazos de otro hombre cuando él estuviera muerto, y por eso dio la orden provisional de su ejecución. Recuerdan también las extravagantes señales de pesar que él demostró después de su muerte, e incluso existe el rumor obsceno de que ha conservado en mirra su cadáver con intención necrófila. Pero olvidan que él parecía igualmente afligido y desesperado después de que su hermana se ahogó en el baño de Jericó, en apariencia por accidente, pero como nosotros sabemos, por su orden expresa. Se finge un pesar semejante para aplacar el espectro de la persona muerta y también para desviar el interés público. Nunca la amó. Se casó con ella para obtener el beneficio de la estima de que durante tantos años habían gozado los macabeos en Israel. Sin embargo, los fue arrancando de raíz uno a uno, y finalmente también a ella, sin piedad, así como —recuerda mis palabras— matará a los hermosos hijos que ella le ha dado y por quienes pretende sentir tanto afecto paternal.

—Recordaré tus palabras —dijo Cleofás—, pero no puedo creer que sea una bestia salvaje al punto de matar a sus propios hijos meramente porque su madre fuera macabea. Además, si no la amaba apasionadamente, ¿por qué se molestó en ordenar que la ejecutaran en caso de que él muriera?

—Temía, supongo, que ella desposara a algún enemigo de él, y fundara una nueva dinastía con su matrimonio. No podía soportar que los herederos de su sangre no reinaran sobre Israel durante, por lo menos, tantas generaciones como los de David.

—Entonces, ¿por qué piensas que desea matar a los hijos de Maríamne? ¿Duda de su paternidad? Sin embargo, se le parecen mucho.

—No significan nada para él. Odia la idea de que digamos de él, en secreto: «Al menos, son a medias bien nacidos». Y tiene otros hijos. No olvides al mayor, Antípater, elegido ya como futuro rey. Por él debía morir, y murió Maríamne; por él morirán a su vez los hijos de Maríamne. No se deben subestimar las aspiraciones de Antípater. Herodes puede incluso designarlo cogobernante, como se hace en Egipto.

—Había olvidado hasta su existencia. ¿Qué clase de hombre es, pariente?

—Aunque he realizado muchas averiguaciones, jamás he oído que quienes lo conocen bien hayan dicho de él una sola palabra maliciosa. Es notoriamente estudioso y generoso, carente de ambición y maldad, puntual en los pagos y escrupuloso en el cumplimiento de la ley, aparte de ser un maravilloso cazador de avestruces del desierto, antílopes y toros salvajes. Sin embargo, incluso si estos informes son ciertos, tantas buenas cualidades se pierden por ser hijos de quien es; y bien pudiera ser todo una ficción. Pero no te revelaré mis más graves temores hasta que los planes de ese hombre hayan madurado. Cuando oigas la noticia de que los hijos de Maríamne han muerto, ven nuevamente a mi casa, y te cantaré una nueva profecía. Mientras tanto, te daré una pista de esos temores. ¿Recuerdas la historia del fetiche de oro de Dora?

Cleofás sonrió. El rey Alejandro Janeo habla arrebatado a los edomitas en las guerras ese trofeo: era una cabeza de onagro o asno salvaje, hueca y de oro puro, con ojos de joyas escarlata y dientes de marfil. Se creía que era una antigua obra de la

artesanía egipcia. Alejandro Janeo se apoderó de ella en Dora, o Adoraim, cerca de Hebrón, porque mientras los judíos estaban en cautiverio, los edomitas habían recuperado sus viejos territorios del sur de Judea. Tenían en gran estima ese fetiche, al que llamaban máscara de Nemrod. Cuando lo trajeron en triunfo a Jerusalén, un edomita llamado Zabido, que fingía ser un traidor a su país, se presentó a Alejandro Janeo y le dijo: «¿Sabes cuán afortunado eres? Por medio de esta máscara puedes derrotar por completo a Kozi, llamado Nemrod, el abominable dios de Dora, y expulsarlo de toda esta región».

Alejandro, que aparte de rey era sumo sacerdote, preguntó:

—¿Cómo puede hacerse eso?

Zabido respondió:

—Se puede atraer al maligno a esta montaña mediante conjuros.

—Eso está prohibido por la ley.

Alejandro consintió cuando Zabido se comprometió a pronunciar los hechizos necesarios fuera del recinto del templo en el valle de los jebusitas, llamado también el valle de los vendedores de queso.

Zabido tomó la máscara de la Puerta Hermosa, donde la habían colocado, la envolvió en un paño oscuro y depositó el paquete en lo alto de la cornisa del muro. Advirtió a quienes lo miraban:

—Si valoráis vuestras vidas, no os acerquéis a ese trofeo maldito.

Luego, íntegramente vestido de blanco, descendió al valle y se detuvo en el nivel inferior. Llevaba en la cabeza un marco redondo de madera donde había quince velas encendidas protegidas con pantallas de vidrió coloreado y cinco teas llameantes. Luego empezó a danzar lentamente describiendo figuras geométricas, mientras bendecía el nombre de Jehová y llamaba al dios de Dora, para que acudiera apresuradamente a Jerusalén a rendir pleitesía a su legítimo Señor, el Dios de Israel. La multitud judía lo miraba desde los muros de la ciudad y los lados del valle; se les había prohibido acercarse más o emitir cualquier sonido que pudiera romper el hechizo. Era una noche sin luna, y las pequeñas luces que parpadeaban y giraban abajo, mientras Zabido se movía, en espiral, en elipses, en ochos, los fascinaban. De pronto lanzó un gran grito, como de terror, se extinguieron las luces y se oyó un espantoso gemido.

Nadie sabía qué había ocurrido. Algunos creían que Zabido había fracasado en su proyecto y que Jehová lo había herido de muerte por su presunción. Otros pensaban que todo marchaba bien y que habían oído el grito de muerte de la abominación de Dora. Pero nadie se aventuró a descender al valle a averiguar la verdad hasta que amaneció. Entonces encontraron el marco de madera con las velas y las ropas blancas de Zabido, cuidadosamente plegadas, y nada más. Cuando un criado del rey abrió el paquete del muro, para volver a llevar la máscara a la Puerta Hermosa, se descubrió que sólo contenía un trozo de arcilla roja, que es el material usado por los edomitas para escribir. Jamás se encontró la máscara.

—Era un bribón valiente —dijo Cleofás—. Pero realmente no puedo lamentar mucho la vieja pérdida de una cabeza de asno dorada entre los trofeos del templo.

—Tengo la convicción —dijo lentamente Joaquín— de que el edomita ha obtenido esa reliquia de la familia de Zabido al casarse con Doris, originaria de Dora, y que se propone hacer con ella alguna iniquidad en nombre de Nemrod. Te equivocas al llamarla una cabeza de asno; aunque los hombres apilen la carga sobre los asnos y los castiguen a su antojo, sólo un loco o un Sansón haría lo mismo con un onagro. Los onagros matan al hombre, como se ha visto muchas veces en el circo cuando se expone a los prisioneros de guerra al ataque de las bestias feroces. Son veloces como la golondrina, astutos como el icneumón, asesinos como los bandidos árabes.

—¿Pero qué o quién es Nemrod? El Nemrod del que yo he oído hablar era un hijo de Cush, muerto hace dos mil años.

—Mancharía mi boca si te dijera qué y quién creen que es los edomitas. Pero puedes estar seguro de que es un poder que no se debe desdeñar. ¿Recordarás al menos que Nemrod, señor de trescientos sesenta y cinco guerreros, persiguió a Abraham porque no quería arrodillarse y adorar falsos dioses? Temo que cierta persona persiga por la misma razón a Israel, en nombre de Nemrod.

—¡No lo permita Dios! —exclamó Cleofás, alarmado.

Herodes llevó a Roma a los hijos que habla tenido con Maríamne; recibieron allí una *suite* de habitaciones en el palacio del emperador Augusto. Les entregó una generosa cantidad de dinero y los dejó a cargo de tutores judíos que, si bien eran hombres de corazón recto y ortodoxos, fueron elegidos principalmente por su falta de valor y autoridad. Aparentemente, su intención secreta era que los jóvenes aprendieran a amar las costumbres disolutas de la juventud romana y se echaran a perder descuidando desdeñosamente la ley de Israel, porque cuando, pocos años después, estuvo seguro de que eran unos perfectos romanos, los hizo llamar sometiéndolos, en Jerusalén, a una estricta disciplina religiosa. Casó con su sobrina, hija de su hermana Salomé, a uno de ellos; y al otro con una hija de Arquelao, un reyezuelo de Capadocia. Ninguno de ambos se sintió satisfecho con su matrimonio, ni con los severos estudios de las Escrituras hebreas que se les habían impuesto, las graves y tediosas devociones, las restricciones de la ley a sus comidas, bebidas y aventuras viciosas, y la monotonía de la observación del Sabbath. También hizo el astuto Herodes que oyeran los chismes de palacio acerca de acontecimientos que hasta entonces se les habían ocultado, para que empezaran a odiarlo por ser el asesino de su madre y de sus parientes. Se dijo a Alejandro, el mayor, que las hermosas joyas y ropas usadas por las últimas esposas de su padre eran en realidad de su propiedad, porque habían sido parte del guardarropa de su madre. Se indujo a Aristóbulo, el menor, a considerarse deshonrado por su matrimonio con la hija de Salomé, cuyas acusaciones habían conducido a su madre a la muerte. Pero durante largo tiempo

Herodes se fingió un padre indulgente, haciendo oídos sordos a su actitud rebelde, hasta que se atrevieron a ir más lejos y a sugerir su intención de vengar el asesinato de su madre.

Por ese tiempo Herodes partió de Jerusalén a Asia Menor, donde su antiguo amigo Agripa, el vencedor de Actio y el hombre más influyente del imperio después del mismo Augusto, estaba a punto de abandonar el mando de los ejércitos del Este. Herodes pidió a Agripa que devolviera a los mercaderes judíos establecidos en ciertas ciudades jonias los antiguos privilegios que las autoridades cívicas griegas les habían negado; en especial, la libertad de adorar a su Dios al modo tradicional, el derecho de enviar dones al templo y la exención del servicio militar. Agripa agradeció calurosamente a Herodes que pusiera en su conocimiento esos abusos; confirmó los privilegios de los mercaderes y envió un informe desfavorable a Roma acerca de la insolencia y malicia de los griegos. Cuando Herodes retornó a Jerusalén con estas buenas noticias, que celebró con la disminución de los impuestos de ese año en una cuarta parte, los judíos de rango más alto le desearon toda clase de felicidades y, por una vez, sinceramente.

Durante su ausencia Aristóbulo y Alejandro se habían tornado más resentidos que nunca. Habían hablado abiertamente de ir a Roma y acusar a su padre, ante el emperador, de haber llamado testigos falsos para destruir a su inocente madre, mencionando a Arquelao de Capadocia como la persona que intervendría para que se les hiciera justicia. Sus indiscreciones eran tan notorias que no se podía reprochar a Herodes su próximo paso, consistente en devolver su favor a su hijo mayor Antípater, para advertirles que si no se conducían mejor podían verse desheredados. Hasta ese momento se había prohibido a Antípater visitar Jerusalén, excepto durante aquellos festivales en que se daba por descontada la presencia de todo judío que viviera a menos de una semana de viaje de la ciudad. Su llegada a palacio excitó la amarga furia de los dos príncipes, que no cesaban de insultarlo y de abusar de él; él soportaba sus insultos con buen humor y con una indiferencia que le otorgó la aprobación pública de Herodes. Antípater era un hombre adulto, de hábitos establecidos y carácter impecable pero, como había sido educado en la colonia judía de Alejandría, su griego no era ático puro y su latín era tremendo. Cuando un día, en un banquete, Alejandro censuró su provincianismo y su ignorancia de las costumbres mundanas, Herodes se comprometió con buen ánimo a corregir estas deficiencias: enviaría de inmediato a Antípater a completar su educación en Roma. Tal vez, a su regreso, Alejandro pensaría mejor de él.

Antípater quedó en Roma bajo la protección de Agripa, y causó tan buena impresión en la familia imperial como desfavorable había sido la dejada por sus hermanos. Al padre de Herodes se le había otorgado la ciudadanía romana, y por lo tanto Antípater era un ciudadano de tercera generación. Augusto le dio el mando de un regimiento de la caballería aliada. Esta designación no era ninguna sinecura, y Antípater se distinguió muy pronto como un oficial enérgico y capaz. Cuando las

nuevas de su éxito llegaron a Jerusalén, los celos provocaron en Alejandro un apasionado estallido de ira ante su suegra Salomé, quien repitió a Herodes sus palabras. Herodes hizo una severa advertencia a Alejandro; declaró que estaba profundamente disgustado con su modo de vida y con el de Aristóbulo; que había mostrado gran circunspección con ellos en honor de sus antepasados maternos pero que, si no observaba un mejoramiento en ambos, se vería obligado a alterar su testamento en favor de su hermano mayor.

Entonces Alejandro consiguió veneno, con la intención, se supone, de matar a Herodes antes de que tuviera tiempo de modificar su testamento, aunque esto no es seguro. Los espías se apoderaron del veneno y Herodes llevó a sus dos hijos a Roma de inmediato, con testigos, para acusarlos ante Augusto de conspirar contra su vida.

La situación de los príncipes parecía muy sombría, y Augusto, que se sentía obligado a Herodes desde mucho antes por su leal defensa de la paz en el Cercano Oriente, quizá los habría condenado a muerte si no hubiera intercedido por sus vidas su hermana Octavia, la viuda de Marco Antonio, que había sido su amiga durante su estancia en Roma, y si ese ruego no hubiese sido apoyado por algunos senadores influyentes a quienes había escrito Arquéalo de Capadocia.

Augusto decidió que las pruebas no eran concluyentes. Dijo:

—Los envenenadores actúan en secreto. No anuncian sus intenciones de antemano, querido Herodes, como se dice que tus hijos han hecho. En mi opinión, Alejandro y Aristóbulo se han conducido como niños traviesos y no como criminales. Están celosos de los honores que su hermano mayor ha conquistado con su prudencia y su modestia. Y a propósito, es bueno que sepas que él se ha unido a mi querida hermana Octavia en su ruego de clemencia. Es un verdadero amigo, como debe ser un hermano mayor, y confió en que esos celos se conviertan en gratitud y admiración. No hallo en mi corazón el deseo de condenarlos, por haber sufrido yo mismo tantos infortunios domésticos y por haber visto muchos jóvenes viciosos que se arrepienten y reforman al crecer.

Cuando los príncipes se recuperaron del espanto, les dolió que Antípater hubiese visto su humillación, y les exasperaron sus felicitaciones cuando fueron rehabilitados. En verdad, Antípater era demasiado generoso para desear el trono a expensas de las vidas de sus hermanos; pero ellos lo juzgaban, de acuerdo con sus propias normas de conducta, un hipócrita. Y pensaron finalmente que sólo había pedido clemencia para librarse de la sospecha de haber tenido alguna relación con sus muertes.

Todos regresaron a Judea donde Herodes reunió en su palacio a los judíos principales y les informó de lo ocurrido. Para confusión de Antípater, que estaba presente, dijo:

—El emperador me ha permitido, generosamente, designar a mí sucesor. Yo hubiese querido nombrar a mis hijos con Maríamne, Aristóbulo y Alejandro, coherederos de mis dominios, porque poseen sangre macabea real y descienden de los gloriosos héroes que consiguieron, para Israel, la libertad que por la gracia del Señor

he logrado preservar para vosotros y vuestros hijos en los años del mayor peligro. Ay, aún no se han mostrado dignos de gobernar en Israel y, si esta noche debiera entregar mi alma, con mi anterior testamento en vigencia, moriría miserablemente pensando que toda mi obra quedaría deshecha en unos meses. Estos príncipes no comprenden todavía la necesidad de obedecer fielmente la ley; y lo que es censurable en una persona privada lo es cincuenta veces más en un rey, a quien mira una vasta multitud buscando guía. He decidido designar para sucederme a mi generoso y piadoso hijo Antípater; aunque a su muerte la sucesión volverá juntamente a Alejandro y Aristóbulo, incluso si Antípater tiene hijos, si a vuestro juicio son ya dignos de gobernar. De todos modos, si alguno de vosotros tiene motivos para quejarse de esta decisión, espero que hable claramente de inmediato, antes de que registre y selle mi nuevo testamento.

Nadie osó quejarse. Era indudable que Antípater era, con mucho, el más digno del trono, aparte de ser el hijo mayor de Herodes.

Antípater se puso de pie y en pocas palabras agradeció a su padre por la buena opinión que tenía de él, y que siempre trataría de justificar; pero esperaba que durante muchos años no se coronase un nuevo rey en Jerusalén. Y terminó diciendo:

—Y si ocurriera, padre, que dentro de poco tiempo hallaras más satisfactoria la conducta de mis hermanos (y estoy convencido de que son, en el fondo de su corazón, más nobles de lo que sus ásperas lenguas sugieren), yo no tomaría a mal que decidieras que son, después de todo, dignos del trono de sus antepasados maternos. Me sentiría, por el contrario, feliz de su felicidad, porque todos somos hijos de un mismo padre y estamos unidos por la obligación natural del amor. Sólo quisiera hacer un modesto pedido, por el cual nadie podrá censurarme, puesto que nuestro Dios me ordena honrar a mí madre tanto como a mi padre. Quiero decir que devuelvas tu favor a mi madre Doris, ya que no fue por una falta suya que la alejaste al contraer matrimonio con Maríamne. Ella te ha sido fiel durante todos estos años, lejos de tu protección y tu cuidado, sin una palabra de queja.

Herodes otorgó alegremente lo que se le pedía, restaurando los anteriores derechos de Doris mediante un edicto que firmó de inmediato.

En esa época, Alejandro y Aristóbulo hallaron una aliada inesperada en su tía Salomé, que se había enamorado de un reyezuelo árabe llamado Sileo; Herodes había prohibido su casamiento si él no consentía en circuncidarse. Sileo explicó que si se circuncidaba, su pueblo lo lapidaria, y pidió que se excusara ese rito; pero Herodes no podía dar su hermana a un infiel incircunciso sin debilitar su posición ante los judíos y prefirió arriesgarse a tener la enemistad de Sileo y de Salomé. Salomé casi enloqueció de ira. No vale la pena desenredar la maraña subsiguiente de conspiraciones y contraconspiraciones palaciegas en que participaron la mayoría de las esposas de Herodes; pero ella consiguió por fin crear problemas a Herodes en Roma, con la ayuda de su amante Sileo y de los influyentes jonios a quienes Herodes había ofendido con el asunto de los mercaderes judíos.

Luego, Herodes envió una pequeña expedición punitiva a Arabia, donde Sileo, que le debía gran cantidad de dinero, había formado bandas de malhechores, a los que apoyaba con armas y cabalgaduras, con el fin de que hicieran incursiones en las fronteras de Herodes. La expedición tuvo éxito: los bandidos fueron capturados y la deuda recuperada. Murieron unos veinticinco árabes. Sileo huyó a Roma y se quejó a Augusto, afirmando que Herodes intentaba dominar toda Arabia, que había invadido a la cabeza de un gran ejército.

—Ya ha matado a dos mil quinientos de nuestros ciudadanos principales —dijo Sileo—, y se ha llevado un incalculable botín.

De alguna manera, Augusto se dejó persuadir a creer este disparate y escribió severamente a Herodes: «A partir de ahora debes considerarte mi súbdito, y no mi amigo». Porque ningún rey menor podía lanzar una guerra ofensiva sin permiso imperial. El contenido de esta carta se difundió, y se pensaba en general que el trono de Herodes vacilaba. Con la ayuda de Salomé, Alejandro y Aristóbulo sobornaron a dos miembros del cuerpo de guardia de Herodes para que lo asesinaran mientras cazaba en el desierto, pero de tal modo que pareciera un accidente. También consiguieron la promesa verbal de los líderes del partido saduceo de apoyar sus aspiraciones al trono si Herodes moría violentamente, y la ayuda del comandante de la fortaleza de Alejandrion, que les daría refugio momentáneo cuando se difundiera la noticia del accidente. Pero Herodes fue informado a tiempo de la conspiración por la arrepentida Salomé, quien comprendió de pronto que se había conducido locamente y que Sileo no estaba verdaderamente enamorado de ella. Aseguró a Herodes que sólo había querido su bien todo el tiempo, al par que tentaba a sus enemigos a que mostraran su juego prematuramente; y que sí él iba a Roma recuperaría sin dificultad la confianza del emperador. Sabía, dijo, que él había tomado la precaución de pedir su consentimiento a las autoridades imperiales más próximas antes de enviar a sus hombres contra Sileo.

Herodes viajó a Roma de inmediato y pronto consiguió que Augusto viera la razón. Augusto se excusó por haber dudado de él y ordenó que Sileo fuera juzgado por turbar la paz, por perjurio y por conspirar contra la vida de Herodes. Los abogados de Herodes pidieron la postergación del juicio hasta que Sileo hubiera sido enviado con una escolta a Antioquía, cuartel general de Saturnino, gobernador general de Siria, quien decidiría si el dinero ocupado en Arabia era una compensación equitativa por su deuda con Herodes. Se concedió la postergación, y Sileo fue enviado a Antioquía sin demora.

Luego Herodes se refirió a la nueva conspiración de Alejandro y Aristóbulo, a quienes acusó de haber maquinado el problema árabe. Augusto concedió en seguida el permiso de condenarlos a muerte como parricidas.

Cleofás visitó nuevamente a Joaquín en Cocheba. Lo encontró en el campo durante la cosecha, supervisando la carga de las espigas.

—He venido por tu invitación, hermano Joaquín —dijo Cleofás.

—Eres bienvenido; pero no te he enviado una invitación.

—Me habías invitado a volver a tu casa cuando los dos hijos de ese hombre hubieran muerto. Fueron estrangulados en Samaria hace tres días. La partida ha terminado. El acusador fue Nicolás de Damasco, y se llamó a Antípater para aportar su testimonio en el asunto de los dos guardias, cuya confesión había conseguido. Cántame tu profecía.

—Es una mala noticia.

—Eran hombres malvados, y la noticia de su muerte es una buena noticia.

—Es una mala noticia, digo, porque anoche vi en sueños las velas de Zabido encendidas nuevamente y le oí cantar sus hechizos idólatras en los mismos patios del templo. He visto el sacrilegio, la blasfemia y la idolatría, tres monstruos repulsivos, de fiesta en el bendito santuario, o de modo que toda la congregación de Israel era deshonrada… Quiera el Señor defender a su sierva Israel de todos los que quieren hacerle daño.

—Has previsto las muertes de Alejandro y de Aristóbulo, y la sucesión de Antípater. ¿Qué ves ahora?

—Responde a una sola pregunta, y tendrás tu respuesta; y no se trata de ningún problema desconcertante, como los que intercambiaban en los tiempos antiguos Salomón e Hiram de Tiro, sino de algo muy sencillo. ¿Por qué ha demostrado Herodes tanta amabilidad al pueblo de Rodas, cuando reconstruyó el templo de Apolo, su abominable dios sol; y al pueblo de Cos, otro santuario de Apolo; y a los fenicios de Beirut, Sidón y Tiro, y a los espartanos, licios, samios y musios, que adoran todos la misma abominación con uno u otro nombre? ¿Y por qué, con grandes presentes, logró persuadir a los elios de que lo designaran presidente perpetuo de los Juegos Olímpicos?

—No puedo explicar por qué ha hecho esas cosas —dijo Cleofás—. Sólo puedo condenar. Está escrito: «No tendrás a otro Dios más que a mí».

V

LA HEREDERA DE MICHAL

Después de destruir a su predecesor, el rey Antígono el Macabeo, el rey Herodes había elegido como sumo sacerdote a un oscuro judío babilonio de la casa de Zadok llamado Ananel. Pronto lo depuso en favor del hermano de Mariamne, el heredero macabeo, que sólo tenía entonces diecisiete años; pero el inoportuno entusiasmo de la muchedumbre cuando el muchacho oficiaba durante la Fiesta de los Tabernáculos fue su sentencia de muerte. Fue ahogado una tarde en el baño público de Jericó después de un alegre concurso de inmersión entre dos grupos de cortesanos de Herodes al que incautamente se había sumado. Ananel recuperó el sumo sacerdocio, pero no por mucho tiempo. El cargo cambió de manos varias veces más hasta la designación de Simón, hijo de Boeto, que finalmente resultó satisfactoria para Herodes.

Simón era un judío de Alejandría; aunque era levita, no pertenecía a una familia del alto sacerdocio. Era un hombre pequeño, agudo, tímido, idealista, honesto, aparentemente carente de prejuicios en asuntos religiosos, y el erudito más sabio de Alejandría. Herodes le había encargado el estudio de la genealogía de cierto candidato al sacerdocio cuya familia había estado establecida en Armenia durante algunas generaciones; y Simón, en su informe adverso, había revelado las fallas en los antecedentes de varios miembros del Sanhedrin relacionados con ese hombre. Entre ellos se encontraban uno o dos activos críticos de los antecedentes de Herodes, cuya prosapia, como demostró el servicial Simón, era mucho más ilustre de lo que él mismo suponía. Herodes decidió que Simón se desperdiciaba en Alejandría. Fingió estar tan apasionadamente enamorado de la hija de Simón que no podía vivir sin ella; sin embargo, ¿cómo podía casarse decorosamente con la muchacha —preguntó a su hermano Feroras— si no elevaba a su padre a una posición suficientemente alta para que sus otras esposas no la menospreciaran? Depuso entonces a Jesuá el Zadokita, que era entonces sumo sacerdote, y nombró en su lugar a Simón. La hija de Simón era, no obstante, tan hermosa que todo el mundo pensó que él debía su cargo al matrimonio de su hija, y no lo contrario.

Simón, ligado a Herodes por fuertes lazos de gratitud, puesto que él lo trató siempre con generosidad y respeto, se convirtió en su fiel servidor. Su familia, los Cantheres, habían tomado su nombre de los escarabajos —emblema egipcio de la inmortalidad— y eran hasta cierto punto fariseos; pero estaban tan empapados de filosofía griega que miraban las Escrituras hebreas originales como extrañas reliquias de una época bárbara. Guardaban escrupulosamente la ley, pero sólo porque deseaban recordar a la masa no iluminada del pueblo que «el temor del Señor es el principio de

la sabiduría»; esto significaba para ellos que la conformidad con una religión, incluso bárbara, era preferible a la anarquía atea del choque entre cultos competitivos. En privado, lamentaban el conservador punto de vista judío de Jehová como un solitario que nada quiere saber con otros dioses y cuyo pueblo es único, un punto de vista que provocaba el desdén o los celos de los extranjeros, según la fortuna nacional declinara o prosperara.

Para los Cantheres, Jehová era sólo una anómala variación local de Zeus Olímpico, y deseaban ardientemente que se pudieran suavizar, en pro de la paz internacional, las diferencias que lo distinguían de Zeus y de los dioses correspondientes de Egipto, Persia, Siria y la India. Su propia concepción de la deidad era tan grandiosa y abstracta que Jehová parecía, en comparación, un mero demonio tribal. Sostenían que los judíos debían entenderse con los griegos, sus vecinos. Ah, si tan sólo los griegos fueran menos infantiles, amantes de la risa y la irreverencia, y si los judíos fueran menos graves, devotos y ancianos incluso en su infancia, ¡qué feliz sería todo el mundo! Así los jóvenes podrían gozar plenamente de la vida y pensar al modo popular que los dioses y las diosas eran hombres y mujeres altos y de rostros resplandecientes dotados de poderes sobrenaturales, aunque sufrían groseras pasiones humanas, que asolaban a la raza de los hombres y combatían entre si a causa de sus testarudas fantasías. Y cuando maduraran, se iniciarían gradualmente en el significado histórico y moral de los viejos mitos, hasta que lograran saber, en la ancianidad, que los dioses y las diosas sólo eran figuras de lenguaje y que Dios era lo que trasciende la naturaleza física, la sabiduría inmortal, la respuesta a todas las preguntas que podían formularse.

Como Hillel, uno de los dos presidentes conjuntos de la corte suprema y el teólogo más respetado del momento, trataban las Escrituras como un oráculo, en que casi ningún texto significaba precisamente lo que parecía decir. Por ejemplo, Hillel explicaba detalladamente que el antiguo precepto «ojo por ojo y diente por diente» no significaba lo que podía aceptarse en un código bárbaro, que si un hombre dejaba ciego a su prójimo, incluso accidentalmente, debía perder sus ojos; y si rompía un diente de su prójimo, debía sufrir el mismo mal.

—La pérdida de un ojo o un diente —afirmaba— no se repara con que otro hombre también los pierda. Lo que ordena el Señor, en su sabiduría, es que la compensación en dinero, bienes o tierras sea equivalente a la pérdida sufrida.

Simón no era un miembro típico de su familia. Estaba de acuerdo con ellos en que las obras de Homero y Hesíodo, en teoría, consideradas como inspirados textos religiosos, podían servir tanto como las de Moisés; porque un verdadero filósofo puede colgar su manto gris de un clavo en cualquier pared. Pero también sostenía que en la práctica, las Escrituras judías, y en especial los libros proféticos, tenían una inmensa ventaja: la fe en el futuro, la firme creencia en la perfectibilidad de la humanidad. ¿De qué otra literatura nacional se podía decir lo mismo? Incluso era digno de elogio el carácter solitario de Jehová, que se podía considerar una variedad

de la unicidad original de la verdad, confundida en todas partes por las verdades locales contradictorias. Y los judíos eran verdaderamente únicos en un sentido: eran el único pueblo de todo el mundo que llevaba continuamente en su corazón la idea de Dios.

Herodes no era filósofo ni poeta. Se burlaba de la doble fidelidad de Simón a Platón y al profeta Ezequiel. Ponía su fe en el crudo ejercicio del poder, un poder obtenido mediante la captura del oráculo nacional, y extendido obligando a las naciones vecinas a servir al dios al que había convertido en el instrumento de su propia grandeza como rey. Pero tenía también la secreta creencia mística de que si procuraba la ayuda de Jehová un día renovaría su juventud y alcanzaría una especie de inmortalidad. Era un hombre que no vacilaría ante ninguna acción, por desesperada o poco natural que fuera, que pudiera hacer su nombre tan glorioso como los de Hércules, Osiris, Alejandro y otros gobernantes mortales que se habían convertido en dioses por la grandeza de sus hazañas.

Simón no conocía el alcance total de las ambiciones de Herodes, pero a veces tenía conciencia de un espíritu presuntuoso que, cuando pensaba en él, le parecía groseramente antirreligioso; esto no lo turbaba hasta el extremo de ofrecer su renuncia. ¿Qué necesidad había? ¿Acaso Herodes se proponía ocupar el lugar del Mesías prometido? Pero la fuerza militar del Imperio Romano era garantía suficiente de que no emprendería ninguna osada guerra de conquista religiosa; y aunque podía imponerse en numerosas ocasiones a los abogados del templo, cuando la ley admitía más de una interpretación, jamás desafiaría a la ley en su totalidad. Y por opresiva que sintiera la limitación de su espíritu autoritario, seguiría siendo durante toda su vida un humilde servidor de Jehová, tantas veces conquistado. Reconocía también que era un mero reyezuelo, dependiente del Imperio Romano, y que finalmente había de morir, como cualquier otro hombre. Herodes, sin duda, no podía creer que sus virtudes lo facultaban para ser arrebatado al cielo en vida, como un Enoch o un Elijah. Entre el poder del Imperio Romano y la autoridad de la ley mosaica, el campo libre para el desarrollo de las ambiciones de Herodes era muy estrecho.

Simón estableció estrecha amistad con Antípater, apenas empezó a adquirir mayor favor que los hijos de Maríamne. Antípater había estudiado en Alejandría, con un pariente de Simón. Tomaba la ley más literalmente que los Cantheres y, aunque estaba dispuesto a aceptar las interpretaciones liberales de Hillel de sus preceptos más duros, se oponía a la filosofía griega en la que veía un peligro para la autoridad de las Escrituras. Su padre lo había casado con la hija del rey Antigono, pero ella había muerto. Tenía de ese matrimonio dos hijos, un varón y una muchacha. El varón, Antípater el Joven, se educaba en Egipto con la familia Cantheres; era sereno y estudioso. La chica, Cypros, estaba prometida al hijo de Aristóbulo, que seria más tarde famoso como el rey Herodes Agripa, y que aún era un niño. Antípater mismo estaba comprometido con la hija de Aristóbulo —una niñita aún— y no tenía otra esposa. Se sentía solo. Su padre le sugirió que tenía en proyecto otra unión para él y

que, mientras tanto, se entretuviera con amantes; pero tener una amante estaba contra la conciencia de Antípater. Estimaba, como los fariseos, que acostarse con una mujer, si no era con la intención de procrear, disgustaba al Señor, como lo ejemplificaba la historia de Onán. Y no deseaba engendrar hijos en una mujer judía o edomita porque, como bastardos, quedarían fuera de la congregación de Israel. Y la ley le prohibía todo tráfico sexual con mujeres griegas o fenicias o de otras naciones extranjeras.

Una mañana a principios de la primavera, pocos meses antes de la ejecución de sus hermanos, Antípater visitó a Simón en sus lujosas habitaciones del templo, que daban al patio de Israel.

—Estás preocupado —dijo Simón, apenas estuvieron a solas—. Pocas veces se te ve sereno en estos días, príncipe. Tu ceño fruncido me inquieta.

Antípater se limitó a humedecer sus labios con el vino que Simón le ofreció. Tomó un puñado de almendras frescas y empezó, ausente, a partirlas en trocitos que disponía en el borde de una bandeja de oro en dibujos geométricos.

—Sí, Simón, estoy preocupado —dijo suspirando—. Para un hombre que ha de ser el rey de Israel, o el hijo y representante del rey, es terrible que todos sus súbditos lo vean despreciativamente como un advenedizo. Las órdenes que doy en nombre de mi padre se obedecen; pero sólo la gente inferior las cumple de buena gana, en tanto que la gente de las clases gobernantes lo hace con estudiada descortesía. Ahora mismo, mientras atravesaba el patio, los saludos irónicos de los nobles eran como latigazos en mi rostro. Sé lo que pensaban: «¿Qué títulos tiene su padre para el trono, aparte de los que le otorgaron nuestros enemigos, los paganos de Roma? Y él, el hijo, no es ni siquiera a medias macabeo. Es hijo de una pagana edomita, sobrina nieta del maldito Zabido». Si soy severo con ellos, me odian como a un opresor; si indulgente, me desprecian por débil. Sé en mi sangre y mis huesos que pertenezco a su misma raza, y Jerusalén es para mi la ciudad más maravillosa del mundo, y mi hogar. Lo que he venido a preguntarte es esto: ¿cómo puedo ganar, si es posible, el amor y la confianza de mi pueblo?

Simón debía estar esperando la pregunta, a juzgar por la rapidez de su respuesta:

—Te lo diré, príncipe. La realeza se funda en la conciencia de la realeza, así como la libertad se funda en la conciencia de la libertad. Si sabes que eres un rey, la realeza brillará dorada en tu frente; si te crees un advenedizo, te derrotas de antemano con esa dolorosa creencia.

—No es un gran consuelo —dijo Antípater—. No puedo alterar mi condición deseando que, por lo menos, mi madre hubiera sido una macabea hasmonea.

Simón dejó escapar una risilla seca.

—¿Quiénes son, príncipe, esos macabeos reales? Sus antepasados eran los carpinteros del pueblo, en Modin, hace apenas ciento cincuenta años; como sabes, «macabeo» significa «martillo», y era el sobrenombre de Judas, hijo de Matatías, que dirigió la rebelión. Del mismo modo, sus hermanos recibieron apodos similares, procedentes del armario de herramientas de carpintería de su padre; por ejemplo,

Eleazar era apodado *Avaran*, la lezna. El linaje de los macabeos, si se busca dos o tres generaciones antes de Matatías el carpintero, tiene más agujeros que una criba. Ni siquiera es seguro que fuera levita. Ciertamente no pertenecía a la Casa de Aarón.

—Sin embargo —respondió Antípater—, los macabeos alcanzaron la dignidad real por su valor y su virtud.

—Lo mismo ha hecho tu padre.

—Pero los nobles del templo lo llaman desdeñosamente «Herodes de Ascalón» o «Esclavo edomita», y lo rechazan como usurpador y extranjero. «Los macabeos» dicen, «nos liberaron del yugo extranjero. El hombre de Ascalón ha asegurado otro yugo sobre nuestras espaldas».

—¿Te ha dicho alguna vez tu padre, príncipe, que eres mil veces mejor nacido que cualquier macabeo? ¿Que desciendes directamente de Caleb, hijo de Jefuné, que conquistó Hebrón en los días de Josué?

—Me ha dicho que somos calebitas, pero yo pensé que era sólo una de sus fantasías. Cuando cena bien, extrañas ideas acuden a su mente.

—Pues es la verdad, y la ha sabido por mí. El abuelo de tu bisabuelo era un calebita de Bethlehem que se refugió en Ascalón; tu bisabuelo fue robado de Ascalón por los edomitas, que lo honraron como su príncipe.

—¿No le has contado eso a mi padre meramente para complacerlo?

—Príncipe, preferiría disgustar al rey y no arruinar mi reputación de erudito entre mis colegas.

—No te acuso de haber mentido. Pensaba que quizás te limitabas a repetir una antigua leyenda sin preocuparte de probarla históricamente.

—Yo no procedo así.

—Perdóname.

—Te perdono. Pero para que puedas seguir bien mi argumentación, debes eliminar de tu mente la idea de que tu antepasado Caleb era oriundo de Judea, y bisnieto de Judá por parte del bastardo Farez. Caleb era un kenita de Hebrón; Hebrón era en los tiempos antiguos el corazón de Edom. La lista genealógica que da el Libro de las Crónicas en el segundo capítulo es una interpolación reciente. El mito que merece mayor confianza, y que hemos conservado en Egipto, asegura que Hur, hijo de Caleb, hijo de Ezron el Kenizita, se casó con Miriam, hermana de Aarón, aunque no era «ni bella ni sana» y murió poco después en el desierto; Hur ayudó a Moisés en la batalla de Rephidim. Caleb fue uno de los diez campeones enviados a espiar en Canaán antes de la invasión de Josué; al pasar por Hebrón, ocupada entonces por los Anakin, visitó Machpelah, tumba de su antepasado Abraham, donde fue alentado por la sacerdotisa que interpretaba los pronunciamientos de la quijada oracular de Abraham. Cuando empezó el ataque, conquistó Hebrón, expulsó a los gigantes y se casó con Azuba Jerioth, «la mujer abandonada de las cortinas de la tienda». Y luego desposó a Efrat de Bethlehem.

—¿Cómo interpretas todo esto?

—En el sentido de que los calebitas eran kenitas de Edom (los kenizitas son una rama de los kenitas), que originariamente poseían Hebrón; cuando fueron expulsados por una tribu invasora de altos hombres del norte, se refugiaron entre los midianitas de Ezron, al borde del desierto de Sinaí, que adoraban como ellos a la diosa Miriam. Miriam, conocida también como Rahab, era la Diosa del Mar, cuyo signo es una hebra roja. A la llegada de los hijos de Israel de Egipto, dirigidos por Moisés, los calebitas se convirtieron en sus aliados y luego los acompañaron en la invasión de Canaán; pero los midianitas no quisieron participar en esa aventura y así se disolvió su alianza con ellos. Después de reconocer el terreno, los calebitas reconquistaron Hebrón, y una vez más se ligaron en matrimonio con las sacerdotisas del oráculo de Abraham, que los gigantes habían abandonado en su loca huida. Más tarde, extendieron su gobierno hasta unas millas al norte, incluyendo Efrat, es decir la región que rodea Bethlehem. ¿No discutirás el sentido común de esta explicación?

Antípater parecía turbado.

Simón continuó.

—Pero así como los calebitas de Efrat fueron absorbidos luego sus aliados los benjamitas, los de Hebrón fueron absorbidos por judeanos; y uno o dos siglos después de que el rey David el ebita (porque David descendía de Hur) incorporara Hebrón al reino judío, se ajustó la genealogía tribal para hacer que Caleb fuera ascendiente de Judá; y mediante otra interpolación Kenaz, el antepasado epónimo dc los Lenizitas, pasó a ser absurdamente reconocido como hijo de Caleb. Sin embargo, los calebitas se consideraban obstinadamente kenizitas, e hijos de Edom. El cronista expresa el desfavorable punto de vista judaico acerca de la historia de esta tribu en los nombres de los hijos que tuvo Caleb con Azuba Jerioth, llamados «Envarado», «laxo» y «Destrucción». Es obvio que resistieron todo intento de lograr que aceptaran cambios en la fe judía; y como eran todavía un pueblo que vivía en tiendas, evitaron el cautiverio en Babilonia huyendo en conjunto a Edom, de donde pronto retornaron con un séquito de edomitas armados. Además, uno de sus clanes, el de Salma, volvió a ocupar Efrat. El caudillo Salma se casó con la sacerdotisa de Bethlehem, y tú, príncipe, desciendes directamente de ese caudillo.

Antípater cogió otro puñado de almendras y empezó a disponerlas formando estrellas de cinco puntas.

—No puedo discutir tu argumentación, pero me cuesta admitir que haya interpolaciones en las Escrituras.

—¿No es mejor aceptar que ha habido interpolaciones y no los errores históricos? Pues bien: esto mismo es lo que he dicho al rey, demostrando su linaje por medio de investigaciones en Ascalón, Dora, Hebrón y Bethlehem, y confirmando mis hallazgos material genealógico que me proporcionaron mis colegas Babilonia, Petra y Damasco; pero no he podido persuadir a doctores fariseos a aceptarlos, porque sus prejuicios contra Herodes son muy vivos. Además, hay otro punto de gran importancia histórica que jamás he mencionado en su presencia, y que no pienso

mencionar.

—¿Quieres decir que me hablarás a mí de esto?

—Sólo si te comprometes a guardar el secreto; no debes usar esta información mientras viva tu padre.

—Avivas mí curiosidad. ¿Por qué quieres decirme algo que ocultas a mi padre?

—Porque tu padre parece perfectamente satisfecho con su título al trono, en tanto que si supiera lo que yo sé podría sentir desasosiego y la tentación de lanzarse a acciones peligrosas.

—Me pregunto si debo escucharte. Ese conocimiento, ¿me hará menos daño a mí que a él?

—Como quieras. Pero no tendrás paz en tu mente hasta que sepas algo que concierne a tu propio título al trono.

Antípater enrojeció.

—Simón —dijo—, como amigo de mi padre no tienes derecho ponerme en este dilema. No deseo escuchar secretos de estado que debo ocultar a mi padre —luego se marchó bruscamente.

Simón regresó a su mesa de madera de limonero y estudió la bandeja decorada con los triángulos y estrellas entrelazados que había hecho Antípater con almendras. Los deshizo de prisa con sus manos, para que alguno de sus criados no pensara que se trataba de un hechizo mágico.

—Ay de mí si acude al rey y le cuenta lo que le he dicho —murmuró—. Pero si Dios quiere no lo hará. Tiene el anzuelo clavado en la boca, de eso estoy seguro. Y si Dios quiere, quedará enganchado.

Antípater regresó dos días más tarde, pálido e inquieto.

—He venido a jurar secreto como me pedías, Simón. Tus palabras se han apoderado de mi mente, y no me han dejado dormir.

Simón dijo:

—He cometido una gran falta, príncipe; debí contener el impulso de hablar. No, no te pido un juramento. Tu mera palabra es suficiente.

Confió entonces a Antípater una teoría histórica muy poco ortodoxa: en Israel, los antiguos reyes y caudillos gobernaban de acuerdo con la línea femenina, es decir, por matrimonio con la propietaria hereditaria del suelo. Adán por su unión con Eva; Abraham por su matrimonio con Sara, Agar y Ketura, Isaac por su matrimonio con Rebeca; Jacob por su matrimonio con Lea, Raquel, Bila y Zilpa; José por su matrimonio con Asenat; Caleb por su matrimonio con Efrat y Azuba; Hur por su matrimonio con Miriam; David por su unión con Abigail de Carmelo y Michal de Hebrón; y todos los reyes subsiguientes de la línea de David por su matrimonio con una descendiente por línea materna de Michal. Y dijo también a Antípater que, al concluir la monarquía, la línea femenina de Michal seria acrecentada por la casa de Eh, la línea principal de sacerdotes descendientes de Aarón, a quienes se consideraba Herederos de David, o herederos reales.

Concluyó solemnemente:

—Príncipe, lo que no he dicho a tu padre Herodes es lo siguiente: ningún rey tendrá verdaderos títulos para gobernar en Israel si no es un calebita y, además, si no se casa con la heredera de Michal; y que esa heredera debe ser la ultimogénita y no la primogénita, es decir que se trata siempre de la hija menor y no de la mayor.

Al principio, Antípater demostró incredulidad. Objetó:

—Ni las Escrituras ni el Comentario dicen una palabra acerca de esta teoría.

—Excepto a quienes pueden leer entre líneas.

—Me parece una idea extraña y poco probable.

—Sabes que en Egipto, por ejemplo, el faraón siempre se casa con su hermana.

—Sí, pero jamás me he preocupado por inquirir el porqué.

—Porque la propiedad de la tierra pasa de madre a hija. Lo mismo ocurría antes en Creta, Chipre y Grecia. Y también en Roma bajo los Césares.

—Nada sé de Creta, Chipre ni la antigua Grecia; pero ciertamente no ocurría así en Roma, según la historia que he estudiado en la escuela.

—El objeto de las historias escolares en todas partes es alabar la gloria de las instituciones existentes y borrar la memoria de las demás. Pero te demostraré lo que quiero decir. ¿Recuerdas la historia de la expulsión de la dinastía de los Tarquinos y la creación de la República Romana por Lucio Bruto? ¿No te pidió tu mentor que compusieses un discurso sobre el tema cuando estudiabas oratoria latina?

—Sí, a todos los estudiantes se les pedía esa tarea. Déjame pensar. A Tarquino el Primero le sucedió un tal Tulio, ¿verdad?, que se había casado con una de sus dos hermanas, aunque Tarquino tenía un hijo mayor, Tarquino el Soberbio…

—Entonces, ¿por qué Tarquino el Soberbio no sucedió inmediatamente a Tarquino Primero? Simplemente porque el título se transmitía por línea femenina, y no masculina. El rey era el hombre que se casaba con la hija menor de su predecesor; y como el matrimonio con una hermana, permitido en Egipto, era considerado incestuoso en Roma, habitualmente el hijo del rey se casaba con una princesa extranjera y decía adiós a su tierra natal. El caso de Tarquino el Soberbio es insólito. Llegó finalmente al trono en virtud de su matrimonio con Tulia, hija de Tulio.

—Los historiadores dicen que Tarquino el Soberbio consideraba un usurpador a Tulio.

—Es natural. Y tampoco es notable que Tarquino el Soberbio matara a Tulio con la ayuda de Tulia. Al contrario: todos los reyes del estilo antiguo esperaban que el yerno los matara cuando expiraba su tiempo de mandato. Pero, por un accidente infortunado, Tulia quedó deshonrada por la sangre de su padre y se retiró a la vida privada. De este modo Tarquino perdió su título al trono, que sólo podía renovarse por matrimonio con la próxima heredera, es decir Lucrecia, esposa de su primo Colatino, que descendía de una hermana de la esposa del rey Numa. A Tarquino no le atraía la belleza sino el título de Lucrecia; aparte de su hermana Tarquinia, que era la madre de Lucio Bruto y había pasado la época de tener hijos, y de Tulia, caída en el

deshonor, Lucrecia era la única heredera sobreviviente de la antigua casa real de Carmenta. Tarquino raptó a Lucrecia y la obligó a ser su esposa, pero ella se suicidó para vengarse. Y así, ni Colatino ni Tarquino tenían títulos para el trono, y la monarquía se extinguió, porque Tarquino no tenía hijas, y ni Bruto ni Colatino tenían hermanas. Tarquino fue luego expulsado por su pueblo enfurecido, y Bruto y Colatino gobernaron conjuntamente Roma; Bruto como hijo de Tarquinia, y Colatino como hijo de Egeria, que descendía de una hermana del rey Numa, de su mismo nombre. Pero no podían llamarse reyes porque les faltaba el título necesario; por esto se llamaron cónsules, o consultantes. Lucrecia, cuando se suicidó, mató algo más que una mujer, mató a Carmenta.

—¿Carmenta?

—Una diosa de Arcadia que el rey Evandro había llevado a Italia en vida de la generación anterior a la Guerra de Troya. Ella había emigrado a Arcadia de Biblos, en Fenicia. Entiendo por «diosa», por supuesto, una estirpe de sacerdotisas en las que se dice que está encarnada una divinidad, así como está encarnada Miriam (o Rahab) en la estirpe de Michal.

—Comprendo la teoría —dijo Antípater—. Pero antes de examinar su pertinencia en la historia judía debo objetar que, según el Libro Primero de Crónicas, la casa de Eh no tiene derecho a considerarse la línea principal de la familia de Aarón. ¿No está acaso bajo la maldición divina desde los días de Eli?

—Esa maldición es una interpolación no histórica de la época del rey Josías, que reinó hace unos seis siglos. Abiatar, hijo de Eh, el fiel sumo sacerdote del rey David, se mantuvo leal, después de la muerte del rey, a Adonias, heredero del trono, a quien reemplazó Salomón con la ayuda de su capellán Zadok. Del mismo modo, con la ayuda de Salomón, Zadok reemplazó a Abiatar, que fue obligado a retirarse; desde entonces los zadokitas se han considerado los únicos sumos sacerdotes legítimos.

—¿Pero Zadok no descendía de Eleazar, el hermano mayor de y Abiatar de Itamar, su hermano menor? He leído ayer el Libro Primero de Crónicas.

—No, príncipe; eso es otra interpolación de la misma fecha. En el Libro Primero de Samuel se afirma que Eh, el antepasado de Abiatar, pertenecía a la casa sacerdotal original; y también se dice en el Libro Segundo de los Reyes que Zadok no pertenecía a esa casa. En otras palabras, Zadok, como Salomón, era un usurpador, y sus descendientes modificaron las genealogías. Era menester hallar una razón plausible para el reemplazo de Abiatar. Se encontró en la forma de una fábula acerca de cierto hombre de Dios que había profetizado que la casa de Eli abandonaría el sumo sacerdocio como castigo de la indulgencia de Eh hacia sus malvados hijos, hasta el punto de que la casa quedó reducida a la mendicidad. Pero los zadokitas fueron torpes. Debían haberse atenido a una sola historia: o bien Zadok pertenecía a la línea de los mayores y Abiatar a la de los menores, o bien Abiatar pertenecía a la línea mayorazga pero había perdido sus antiguos privilegios porque habla caído sobre él la maldición de Eh. No podía ser de las dos maneras, es decir que Abiatar perteneciera a

la línea de los menores y además que hubiera perdido los antiguos privilegios que había tenido como miembro de la línea de los mayores. Como te digo, los textos fueron retocados por el rey Josías, casi cuatrocientos años después de la época del rey Salomón, cuando éste expulsó, con la ayuda de los zadokitas, a los descendientes de Abiatar del sacerdocio.

—Me siento poco inclinado a creer que haya interpolaciones no históricas en las Escrituras, pero aún menos a creer que contengan falsificaciones.

—¿No es mejor creer incluso eso que debilitar tu mente aceptando absurdos?

No era fácil convencer a Antípater.

—Quizá tengas razón acerca de la ley de sucesión en Roma y otras ciudades o islas occidentales; pero todavía debes probarme, con las Escrituras, que la descendencia matrilineal tenía alguna importancia en tiempos de Abraham, para no hablar de la época de Saúl y David.

—Puedo hacerlo con toda facilidad —respondió Simón—. El texto correspondiente se encuentra en el capítulo doce del Génesis: cuando Abraham visita Egipto da su esposa Sara en matrimonio al faraón, a quien yo veo, sin embargo, como el rey pelasgo de Faros que los griegos llaman Proteo. Pero Sara, aunque era hija de Tera, el padre de Abraham, no tenía el rango de una hermana de Abraham porque era hija de una madre diferente. En otras palabras, en los tiempos de Abraham la descendencia se establecía al modo egeo, a través de la madre y no del padre, y las mujeres eran poliandras. Del mismo modo, Rebeca, la esposa de Isaac, se casó con el rey de Gerar en vida de Isaac. Y como dudas de lo que te he dicho acerca de la absorción de Caleb por Judá, encontrarás el asunto, registrado con cierta oscuridad, en el relato de la violación, por parte de Judá, de su nuera Tamar después de la muerte de su malvado hijo Er (que significa los calebitas); porque Tamar, la palmera, es otro título de la vieja diosa de Hebrón. En el mismo capítulo del Génesis, el treinta y cuatro, se identifica a Tamar con Rahab; ella simula ser una ramera, da mellizos a Judá y ata la hebra roja de Rahab en la muñeca de Sara, que es reemplazada por su hermano Fares, el bastardo a quien los judaitas, malintencionadamente, han convertido en el bisabuelo de Caleb, como para probar que los calebitas no son honorables. Pero Sara era una edomita, antepasada de un clan renombrado por su sabiduría, por lo tanto, su hermano mellizo Fares pertenecía también a Edom. Además, en la historia de Barzilai, se afirma explícitamente que David gobernaba Israel en virtud de su matrimonio con las herederas de las doce tribus, exceptuando la de Levi. Las tribus del norte se quejaron de que, en vez de pasar de un altar tribal a otro, como debía hacer un rey, favoreció a la tribu de Judá y se quedó en Jerusalén. Su desafiante respuesta fue negarse al matrimonio con las diez herederas del norte, y reservar sus favores a la heredera de Judá, que presumiblemente era Egla, la hija menor de Michal.

Antípater suspiró. Después de una pausa, dijo:

—Deja, al menos, que me asegure de haber comprendido bien. Mi padre, dices,

desciende de Caleb el Kenita, una especie de edomita cuyos hijos se acreditaban a Judá y uno de los cuales, Salma, se convirtió a su tiempo en señor de Bethlehem. Después de algunos siglos, la cabeza de esa casa fue expulsada de Bethlehem por los macabeos, probablemente porque era un idólatra, y huyó a Ascalón, donde se convirtió en sacerdote del dios Hércules-Melkart. Los edomitas invadieron Ascalón y se llevaron a su nieto, mi tatarabuelo, porque tenía sangre calebita, e hicieron de él su príncipe. El título al trono de Israel recae en esta casa de Salma, puesto que la estirpe real de David se ha extinguido. Esto es lo que has dicho a mi padre, pero no que su título podría perfeccionarse, de acuerdo con la tradición, sólo mediante el matrimonio con la heredera de la estirpe de Michal, que vive y que es la hija de un levita de la casa de Eli.

Simón asintió lentamente, sin decir palabra.

—¿Por qué no hablas a mi padre de la heredera de Michal?

—Por varias razones. La primera, que la casa de Eli odia a tu padre y jamás permitiría ese matrimonio. La segunda, que ellos fundamentarían esa actitud en el hecho de que él es un extranjero; esto indignaría tanto a tu padre que sus cabezas cortadas no tardarían en rodar por las empinadas calles de esta ciudad. La tercera, que si él lograra casarse a pesar de todo, tu madre y mi hija, que son actualmente las dos esposas mayores del rey, perderían su situación en la corte. La cuarta, que el rey insistiría en elevar al padre de la chica al sumo sacerdocio, y en que yo lo abandonara, lo que no me agradaría. La quinta, que si de esa unión naciera un vástago, éste precedería, en la sucesión, tanto a ti como a mí nieto, que según espero será un día tu compañero menor en el trono. La sexta, que el rey es feliz en su ignorancia. La séptima, que el padre de la chica la ha puesto bajo mi tutela, y darla en matrimonio al rey, sabiendo cuántas dificultades produciría esa unión, iría contra mi conciencia.

—Comprendo las razones por que no deseas casar a la muchacha con mi padre; pero no por qué te has confiado a mí. ¿Deseas que yo me case con ella? Sin duda, si la casa de Eli no aceptaría a mí padre tampoco me aceptaría a mí.

—Es verdad, pero en tu caso seria posible mantener en secreto la unión, en tanto que con tu padre…

—Un matrimonio así sería indecoroso. Me daría más títulos al trono que los que posee mi padre.

—Sólo a su trono espiritual. La soberanía política que le han otorgado los romanos seguiría siendo suya, y tú serias su colega menor. Además, él no conocería tu título. Nadie lo conocería, aparte de ti, de mí y de uno o dos más en que se puede confiar.

—Es absurdo. Pero dime, ¿en qué me beneficiaria ese título?

Te beneficiaría por una sensación de realeza que te fortalecería y derrotaría a tus enemigos. Ellos tendrían conciencia de que se encuentran en presencia del legítimo rey. Hasta podrían aprender, por ti, a amar y honrar a tu padre.

—¿Quién es esa muchacha?

—Está a cargo del templo, y por lo tanto bajo mi tutela. Su madre es Ana, la mujer de Joaquín el Levita.

—Extraña forma de decir que es hija de Joaquín.

—Él es su padre de acuerdo con la ley; pero la niña ha nacido bajo una vieja dispensa. Si no me comprendes, vuelve a leer la historia de la rica Sulamita, o mejor Sunamita, y de su hijo, así como la de Ana, la madre de Samuel. Ella es, en cierto sentido, hija del Señor. Y en todo caso, es su ascendencia materna la que transmite el título: mencionar el matrimonio de Ana con Joaquín es, en términos genealógicos, improcedente.

—Dime más sobre la hija de Ana —pidió Antípater.

—Es joven, hermosa, de buen carácter, veraz, briosa. Y tiene porte de una reina.

—¿Su nombre?

—Miriam.

—¿Cuál es tu intención? ¿Cómo podría casarme secretamente con ella, Simón? Dos días después todo el mundo lo sabría.

—He considerado cuidadosamente el problema. Puede pasar por esposa de otro hasta que puedas reconocerla como tu reina. No es necesario que nadie sea perjudicado por la artimaña, y menos ella. Deja eso en mis manos.

—Me desagrada la idea de casarme con una mujer a quien no puedo reconocer como mi esposa.

—No pasará mucho tiempo hasta que puedas reconocerla.

—¿Por qué dices eso?

—Temo que tu padre no vivirá mucho tiempo. Su médico Macaón de Cos me ha dado esa triste noticia hace poco.

—¿Mi padre, enfermo? —La noticia sorprendió y chocó a Antípater—. ¿Es así, realmente? Le pesan menos sus setenta años que los cincuenta a muchos otros. Oh, qué hombre infortunado. ¡Que el Señor postergue su fin por muchos años! ¿Le ha dicho la verdad Macaón?

—Sabiamente, no le ha dicho nada. Pero en las entrañas del rey hay un bulto canceroso que Macaón reconoce como un seguro mensajero de muerte en dos años a lo sumo. El fin será muy doloroso. Ha sido sabiendo esto que me he atrevido a hablarte de tu matrimonio.

—Si mi padre morirá pronto, preferiría postergar el matrimonio.

—La muchacha ya es núbil. No puedo demorar demasiado su compromiso.

—Estás apresurando mi decisión.

—No soy yo, sino el tiempo. Sin embargo, ella está hilando lino para la cortina sagrada, y puedo dejar que continúe su tarea durante algunos meses.

Después de una pausa, Antípater preguntó:

—¿Piensas que puedo proceder a ese matrimonio con la conciencia limpia, ante mi padre y el Señor?

—Sí. Eres libre de casarte sin el consentimiento de tu padre, como se demostró en el ejemplo clásico de Esaú. Aunque Esaú afligió a sus padres con un casamiento extranjero, no pudieron impedir que tomara las esposas que quisiera, ni obligarle a alejarlas. Y ninguna ley te obliga a informar detalladamente a tu padre de todos tus asuntos domésticos.

—Pero hacer pasar a la propia esposa por mujer de otro…

—Si lees la historia al pie de la letra, Abraham no sólo ocultó su casamiento con Sara sino que le permitió desposar al faraón de Egipto; Isaac no sólo ocultó su matrimonio con Rebeca sino que le permitió desposar a Abimelech de Gerar. Yo no te propongo que vayas tan lejos como estos patriarcas, según se sabe. El supuesto marido no tendrá acceso sexual a ella; en tanto que el faraón y Abimelech lo tuvieron, de acuerdo con la historia.

—No me gustan las artimañas y estratagemas de ningún género, ni quienes las emplean.

—Ésa, príncipe, es una declaración demasiado absoluta. Expresa desprecio no sólo por Abraham y por Isaac, sino también por Jacob, cuya vida entera fue una red de artimañas, y que no vaciló en engañar a su viejo padre ciego para obtener la bendición destinada a Esaú. Sin embargo, Jacob se convirtió en Israel, y serías hombre osado si confesaras tu desdén por Israel. Después de todo, eres el hijo mayor del rey. La sucesión al trono es tuya por el derecho de nacimiento, tanto según la ley judía como la romana, y tu padre ya te ha concedido su bendición y te ha convertido en su colega. ¿Por qué te muestras tan remiso? Esaú afligió a su padre casándose con una extranjera; pero yo te aconsejo un matrimonio con una virgen de tu propia tribu, y es el único matrimonio por el cual puedes ser un auténtico rey de Israel.

—Simón, tus palabras son serenas, pero no se me escapa la vehemencia contenida de tu voz. Reconoce que, aparte del deseo de verme feliz, tienes algún otro motivo para aconsejarme este peligroso curso de acción.

En un principio, Simón nada dijo. Bebió un sorbo de vino y torció con los dedos su pequeña barba.

—Ahora, Simón, tus ojos brillan como jamás los he visto brillar. Tus manos tiemblan mientras juegan con tu barba. Dime sinceramente qué piensas. Eres un filósofo y conduces tu vida de acuerdo a estrictos principios filosóficos. Refrenas la esperanza y la alegría como caballos desobedientes, pero ellos se alzan y piafan mientras brota blanca espuma de sus bocas.

—Príncipe —dijo finalmente Simón en voz temblorosa—, se trata de esto. Jerusalén está en el punto de reunión de los continentes, es la fortaleza que gobierna la encrucijada por donde marchan y contramarchan todas las naciones desde el principio de la historia. Jerusalén está a mitad de camino entre la India y España, entre el helado mar Blanco del norte donde vive el lobisón finés y los insufribles desiertos más allá de Punt, al sur, donde los hombres monos golpean diabólicamente sus pechos velludos y el este y el oeste se confunden. Jerusalén es el centro del

universo conocido; aquí estamos en el centro del espacio. ¿Y con respecto al tiempo? Los egipcios afirman que ocho mil años es la vida de una nación; y dentro de dos años, según nuestros cálculos, habrán pasado cuatro mil desde el nacimiento de Adán.

—He oído decir otra cosa, que el cuarto milenio se cumplió hace un siglo y medio, en los días de Judas Macabeo.

—Judas calculó mal. Estamos en el meridiano del día de Adán. El cuarto milenio se acerca velozmente a su fin, y un gran acontecimiento ha señalado siempre el final de un milenio. Al concluir el primero, Enoc el Perfecto, el guardián de los libros, fue arrebatado al cielo en vida. Cuando terminó el segundo, el Señor estableció su pacto con Abraham. Al acabar el tercero, el rey Salomón celebró con gran magnificencia la ofrenda del primer templo, en cuya oportunidad el Todopoderoso le concedió una señal visible de favor. Ah, príncipe, ¿no late de orgullo y esperanza tu corazón al pensar en lo que puede reservar para nosotros la bondad del Señor en este cuarto milenio, la casa de mitad de camino del destino? Adán nació sin mancha; Enoc, el guardián de los libros, no tenía pecado; Abraham obedeció al Señor con fe increíble; Salomón, cuando el Señor le preguntó en un sueño qué don deseaba más, eligió la sabiduría. Nuestra nación tiene por patriarcas a estos hombres, que pertenecen a una sola línea genealógica. ¿Qué habría de malo en que este milenio se cerrara con un rey que combina las cualidades de sus predecesores: sin mancha como Adán, sin pecado como Enoc, fiel como Abraham, sabio como Salomón?

Una sonrisa de confusión pasó por el rostro de Antípater. Dijo:

—Nunca hubiera esperado que pudieras hablar en esa cuerda milenarista, hijo de Boeto. Y no sé qué responder, excepto preguntarte: «¿Y Moisés?». Porque Moisés no pertenece a la misma estirpe que los otros patriarcas, y sin embargo nadie puede negarle igual dignidad; ni su nacimiento, ni su muerte, ni cualquier otro acontecimiento de su vida coincidió con el fin de uno de esos milenios de que hablas. ¿Y el patriarca Noé, con quien ciertamente comenzó una nueva era?

Simón respondió con gravedad:

—Has hablado como un sabio. En verdad, si no fuera por Moisés y por Noé, podrías rechazar mi argumentación como inconcluyente; pero sus casos la hacen irrebatible. El hecho es que el cierre de este cuarto milenio coincide con un año fénix. Como sabes, el residuo de horas del año solar que excede de trescientos sesenta y cinco días suma, cada 1.460 años, un año entero, que en Egipto se llama año fénix o Gran Año Sótico, porque entonces el ave celestial se consume en su pira de palmeras de On-Heliópolis y de sus cenizas se eleva el nuevo fénix. Moisés adoraba al Todopoderoso en Heliópolis, y cuando partió de esa ciudad con sus colegas sacerdotes, terminó la era fénix que había comenzado con el patriarca Noé; con Noé que, como Enoc, fue juzgado digno de caminar con el Señor. En Sinaí se inauguró entonces una nueva era fénix con la institución de la ley mosaica; esta era se encuentra ahora casi completa: el viejo fénix debe morir y un nuevo fénix debe nacer. Aquí, entonces, estamos en la encrucijada del espacio y también en la del tiempo; no

sólo en el meridiano del día de Adán, sino en el punto preciso en que la línea del fénix corta la línea milenaria. ¿Es extraño que sienta yo el deseo de que el hijo mayor de mi rey haga un matrimonio afortunado, un matrimonio que promete las mayores bendiciones posibles para Israel y para toda la humanidad?

—De todos modos, soy un edomita; y Esaú vendió sus derechos de nacimiento a Jacob por un plato de lentejas, y también perdió su bendición.

—Esaú sufría hambre, y habría muerto si no hubiese sido por esa comida. Jacob obró mal cuando hizo pagar a Esaú por su hospitalidad, cuando le asistía el derecho del huésped. También la bendición le robó Jacob; y está escrito que un ladrón debe devolver cuatro veces lo robado. El vigésimo séptimo capítulo del Génesis aclara que, a juicio de su padre Isaac, ni la bendición ni el derecho de nacimiento habían cambiado de mano en forma permanente, allí donde Isaac dice:

> «Tu hermano se acercó sutilmente y se llevó tu bendición. Sin embargo, aunque al principio sirvas a tu hermano, llegará un tiempo en que tendrás dominio sobre él y romperás el yugo que rodea tu cuello».

Isaías amplia esta profecía en el capítulo sesenta y tres de su libro, la visión del Mesías, cuando escribe: «¿Quién es éste que viene de Edom con las ropas teñidas de Bozra, de gloriosa presencia, viajando con la grandeza de su fuerza?». Y la respuesta es: «Soy yo, yo quien habla en justicia, poderoso para salvar». Isaías pregunta nuevamente: «¿Por qué ese color rojo, como el de uno que pisotea la cuba de vid?» Y la respuesta es: «He pisado solo la cuba de vid —esto quiere decir, sin mi hermano Jacob— porque el año de mi redimida ha llegado».

—¿Quién es la redimida?

—Edom será redimida. Esto significa que el pueblo original de Jehová son los edomitas, no los israelitas. Cuando Jacob suplanta a Esaú, Jehová adopta a los israelitas como sus hijos y les demuestra maravillosa amabilidad; pero ellos se rebelan contra él. Y en ese momento, los edomitas apelan a su memoria y le dicen, gritando por la boca de Isaías: «Somos tuyos. Nunca has sido su Dios. No se llamaron, desde el comienzo, con tu nombre. Pisotearon tu santuario».

—Entonces, ¿el Mesías prometido debe ser un edomita? —exclamó, asombrado, Antípater.

—¿Cómo podría ser el segundo Adán, de otro modo? Porque Edom y Adán son la misma persona, el Hombre Rojo de Hebrón. ¿Y cómo podría ser el segundo David, de otro modo? Pero su madre debe proceder de la tribu de Leví, y ser hija de Aarón. Por esto, como Caleb, la parte real de Edom, se atribuye ahora a Judá, el testamento de los doce patriarcas predice que «el Mesías será elevado de la tribu de Leví como sumo sacerdote y de la tribu de Judá como rey: sacrosanto en su persona».

La emoción conmovió su pecho y empezó a declamar el testamento de Leví:

Entonces el Señor Dios elevará un nuevo sacerdote
a quien serán reveladas sus mismas palabras:
para ejecutar virtuoso juicio
sobre esta tierra por multitud de días

Su estrella se elevará en el cielo como hacia un rey
iluminando el conocimiento como ilumina el sol el día.
Será magnífico en la ancha tierra
y disipará la oscuridad como el sol radiante.

La paz universal acompañará sus días,
exultará el cielo y se alegrará la tierra.
La gloria del supremo hablará por él;
en él descansarán la sabiduría y la santidad.

Él presentará la majestad del Señor Dios
en verdad, a sus hijos, para siempre.
Nadie de la raza de los hombres le sucederá.
Su sacerdocio instruirá a todos los hombres del mundo
y el fin de esa iluminación iniciada por la gracia
será el fin del pecado.

VI

LA APARICIÓN

Antípater oraba en el patio de Israel. Acostumbraba ir cruzando el valle al templo todos los días, al alba, a practicar sus devociones. Mientras oraba al modo judío, de rodillas, advirtió de pronto, por los ruidos confusos que escuchaba, que había ocurrido algún terrible acontecimiento. Se volvió y vio que graves ancianos, vestidos con tela de saco, con las cabezas cubiertas de ceniza, corrían gimiendo; murmuraban las noticias a los que ya estaban allí, que abrían la boca de horror y empezaban a rasgar las costuras de sus hermosas ropas. Pronto los gemidos surgieron de todas partes.

Antípater corrió hacia el conocido que vio más cerca, Rubén, el enemigo de Joaquín, a quien halló conversando con Zacarías el Zadokita. Preguntó:

—¿Qué ocurre, hijo de Abdiel? ¿Qué golpe desastroso ha caído sobre nosotros?

Rubén no contestó. Se apartó y empezó a llorar con los demás, pidiendo en voz alta que Jehová fuera vengado de sus sacrílegos enemigos. Zacarías siguió su ejemplo.

Antípater se alejó de ellos y fue al patio de las mujeres, adonde también había llegado la mala noticia. Todo el mundo evitaba su mirada y él empezó a experimentar la desagradable sensación de que los llantos e imprecaciones se dirigían, de algún modo, contra él.

—¿Debo lamentarme también yo? —se preguntó—. No, mientras ignore lo que ha ocurrido.

En el patio de los gentiles encontró a Carmí, el capitán del templo, que había llegado con la guardia levita para cuidar el orden. Le preguntó vivamente:

—¿Qué significa esto, Carmi? No puedo conseguir que nadie me responda. Oigo gritar las palabras «profanación» y «abominación», pero nada significan para mí. Estas buenas gentes parecen acusarme de algún acto sacrílego, y esto me duele. Tengo mi conciencia tranquila, tanto en lo que concierne al Señor como a los hombres. Y si involuntariamente he pecado en algo, que el Señor me perdone.

Carmi saludó puntillosamente. Era poco común que ese sacerdote alto y delgado, conocido por su firme adhesión a Herodes, pareciera ansioso, pero eso parecía ahora.

—Corre por la ciudad el disparatado rumor, majestad, de que han entrado ladrones en las tumbas del rey David y del rey Salomón. Algunos de esos perros desvergonzados se atreven a acusar a tu augusto padre de haber encabezado la partida.

Hablaba en alta voz, para que todos los presentes lo oyeran.

Antípater estaba escandalizado.

—¡Quiera el Señor que las tumbas estén intactas!

Una bruja harapienta se acercó cojeando y aferró la manga de Antípater:

—Oh —chilló—, eres completamente inocente, ¿verdad? Ésta es la primera noticia que tienes, ¿no es así? Muy bien, entonces te contaré que anoche cierto esclavo edomita, el autor del inicuo edicto contra los ladrones de casas, fue con una manada de perros griegos incircuncisos a las tumbas reales. En la entrada esperaba una hilera de coches arrastrados por mulas, donde se cargó el peso de mil talentos en lingotes de plata, que se llevaron a palacio. No se sabe qué otros tesoros se robaron, porque estaban guardados en sacos. Se dice que entre ellos había sesenta escudos de oro y siete jofainas de bronce; pero se vieron y se contaron los lingotes de plata. Confiesa, ¿cuál es tu parte en el despojo, hijo del Esclavo?

La llevaron arrestada, mientras reía en tono discordante y gritaba:

—El viejo chivo ha despojado a los vivos, y ahora despoja a los muertos. ¡Pero el Señor sin duda lo juzgará según su propio inicuo decreto, y lo arrojará de cabeza de este reino al abismo sin fondo!

Cuando regresó al palacio, Antípater descubrió, con sorpresa y consternación, que nadie en palacio se molestaba en desmentir la información, aunque se concordaba, en general, en que el rey no había roto los sellos de las cámaras sepulcrales; meramente había despojado las habitaciones adjuntas al tesoro. Herodes mismo tomaba el asunto a la ligera. Dijo a la delegación de zadokitas que fue a verlo para protestar:

—Oh, hipócritas. ¿Soy el primero que toma plata prestada de los tesoros de David y Salomón? ¡Contestad!

Zacarías, el portavoz de la delegación, respondió con franqueza

—No, majestad. Se ha hecho lo mismo antes, cuando la ciudad estaba sitiada por Antioco el Sirio. El rey Hircano el Macabeo lo disuadió con tres mil talentos de plata tomados de la tumba del rey David. Pero se hizo públicamente, y en un momento de desesperación nacional.

—Me asombra tu insolencia, sacerdote. Hircano sacó tres mil talentos de plata de la tumba para sobornar a un invasor, en lugar de confiar en el poder de su Dios y en los fuertes corazones de sus hombres, y tú aplaudes su acción como si hubiera sido justa. Yo tomo menos de un tercio de esa suma para pagar a los obreros que están reconstruyendo el templo del Señor, y aulláis como si yo fuera un ladrón de feria. ¿Desde cuándo, Zacarías, te has hecho fariseo?

—No permita el Señor que sea nada semejante.

—Entonces, ¿no crees en la resurrección?

—Soy saduceo e hijo de un saduceo.

—Pero si David y Salomón no volverán a levantarse, ¿para que quieren lingotes de plata y escudos de oro y jofainas de bronce? Todo lo que he tomado de la tumba es para el servicio del Dios siempre viviente. ¿No ha dicho el mismo David en un salmo que desnudo salió del vientre de su madre y desnudo retornaría a la tierra? Los ricos

adornos de su tumba están claramente contra la Escritura. He tomado el tesoro privadamente para no provocar disturbios. Si lo hubiera hecho en público, os habríais quejado con mayor violencia de mi desvergüenza. Idos ahora, cuellos envarados, y no me molestéis más.

Al ver que los fariseos presentes sonreían ante su desconcierto, Zacarías preguntó:

—Majestad, si fuera fariseo y creyera en la resurrección, ¿cómo habrías respondido a mi protesta?

Herodes enrojeció de furia, y Menelao, el grueso bibliotecario, se adelantó a reprochar a Zacarías:

—¿Está bien acaso que un súbdito se dirija así al rey? Dejadme hablar en nombre del rey a aquellos de vosotros que son fariseos. En el último día, cuando el rey David y su hijo Salomón se eleven juntos en la gloria, ajustarán cuentas con Enoc, el guardián de los libros; señalarán el templo con sus dedos y dirán: «Estas enormes murallas, estos hermosos patios, ¿sabéis cómo se pagó el costo de su construcción? ¿No fue, acaso, con dinero que prestamos sin usura a nuestro hijo que gobernó después de nosotros, y que completó piadosamente la obra que nosotros habíamos empezado?

Zacarías pregunto:

—¿Pueden prestar dinero los hombres muertos?

—Un hombre puede prestar el dinero que posee —respondió Menelao—. Y si los hombres muertos no pueden ser propietarios, entonces ningún daño ha hecho el rey Herodes a David y Salomón tomando de sus tumbas el tesoro.

Los fariseos no pudieron evitar un murmullo de satisfacción; y una vez que un problema religioso quedaba reducido a una disputa entre fariseos y saduceos, Herodes no tenía por qué temer una rebelión generalizada.

Se supo luego que dos de los hombres que habían entrado con Herodes en las tumbas no habían regresado. Algunos judíos decían que, mientras trataban de abrir el cofre de piedra que contenía los huesos de Salomón, un brusco dardo de llamas los había matado. Otros decían que los había matado Herodes mismo por haber visto lo que no debían haber visto nunca. Sin embargo, los dos hombres eran celtas y la muerte de los celtas poco afligía a los judíos. Lo que causó verdaderamente escándalo y sorpresa fue el monumento de piedra blanca que Herodes erigió a la entrada de la tumba; no llevaba inscripciones pero tenía la forma cómica de los altares elevados en honor de la gran Diosa. Pero los griegos y sirios se decían:

—Una obra sabia, las almas de los muertos vuelven junto a Hécate, la gran Diosa. El tesoro que acompaña a los reyes muertos a sus tumbas es una ofrenda a Hécate; y el hombre que le roba mil talentos de plata hará bien en pagar una buena compensación. Sin duda, el rey mató a esos soldados celtas para aplacar a la de cabeza de perro. Ha sido una acción muy inteligente.

Los jebusitas de la Puerta del Pez sentían febril excitación.

¿Herodes había saqueado las tumbas tan sólo porque necesitaba dinero? Se rumoreaba que no se habían hallado lingotes en la tumba —Hircano se los había llevado todos— y los que se suponía cargados en los carros eran sólo grandes piedras para engañar a la gente. ¿La intención de Herodes había sido apoderarse del cetro de oro del ataúd de David y del perro de oro del ataúd de Salomón? ¿Había tenido éxito? Nada dijeron a sus vecinos judíos y sólo uno o dos años después empezó a hablarse en las calles de Jerusalén de prodigios que asociaron naturalmente al despojo de las tumbas reales.

La mayoría de estos prodigios ocurrían por la noche. Hombres de armadura blanca y montados en caballos blancos que galopaban en parejas a velocidad imposible por las calles y desaparecían tan bruscamente como aparecían; gritos proféticos y golpes debajo de los mismos patios del templo; llamaradas inexplicables en el techo del palacio real que daban la impresión de que el edificio entero ardía. Llegaban noticias de prodigios similares de Bethlehem, Hebrón, Samaria, de todas partes. Se veían titilar en el cielo espadas entre las estrellas occidentales; las rocas del desierto manaban sangre y se capturó en las costas del Jordán, cerca del mar Muerto, un cocodrilo joven con un collar de piedras preciosas, aunque siempre se había creído anteriormente que sólo había cocodrilos en el Nilo.

El pueblo estaba inquieto. Soñaba extraños sueños y veía visiones: la más persistente era la de batallas en las nubes entre ejércitos espectrales. Cundía una sensación de maravillas inminentes con las que se asociaba libremente el nombre del Mesías; sin embargo, el reino estaba en paz, las cosechas eran copiosas, las estaciones tranquilas y no había noticias extraordinarias procedentes de Italia, Egipto o el Oriente.

Se anunció que el príncipe Antípater viajaría en breve a Roma, llevando consigo el testamento de su padre para que lo aprobara el emperador. Su principal misión consistiría en seguir la causa contra Sileo, quien había sido devuelto a Roma desde Antioquía para ser juzgado. Aunque los prodigios se habían interrumpido durante un tiempo, de pronto aumentaron en cantidad y misterio: fantasmas sin cabeza, súbitas fanfarrias tocadas por las trompetas reunidas en el silencio de la noche, una mujer alta y velada que caminaba por las calles de Jericó tomada de la mano con un mono.

La culminación de estas maravillas ocurrió una tarde en el mismo santuario del templo.

Zacarías, de la casa de Zadok, era pariente político de Joaquín; su esposa Isabel era la mayor de las cuatro hermanas de Ana, dos de las cuales habían tomado marido fuera del clan de los herederos reales por falta de candidatos adecuados. Zacarías era el más conservador de los sacerdotes principales al servicio del templo, y una de las pocas personas de Jerusalén que se negaba a dejarse perturbar por los prodigios.

—O son alucinaciones —decía—, o alguna persona malévola se burla de nosotros. Estas cosas no son obras del Señor, que dice su Voluntad abierta y francamente; un verdadero creyente no tiene ojos ni oídos para tales apariciones.

Era el día en que Zacarías cumplía su ministerio ante el altar del incienso. Zacarías integraba el octavo curso de sacerdote, el curso de Abías, cuyo turno llegaba cada dos años el octavo mes, el mes de la cosecha de trigo. En ayunas, ceremonialmente limpio, correctamente vestido, entró en el santuario al ponerse el sol para encender las siete lámparas del candelabro de oro, y ofrendar incienso en el altar, y permaneció allí solo mientras la congregación oraba en el exterior. Con gestos delicados y habituales recortó las mechas con tijeras y llenó los cuencos con aceite consagrado hasta los bordes. Luego sacó los conos de incienso de un estante y los puso en un bol de oro; se arrodilló y rezó; se puso de pie y con unas tenazas puso los conos sobre las brasas ardientes del altar; les echó sal; se arrodilló nuevamente y volvió a orar, mientras el fuerte aroma del incienso llenaba el santuario.

La fragancia se difundió entre la congregación que aguardaba en el exterior y Zacarías oyó las bendiciones cantadas por el coro de Asaf:

> Eres en verdad el Señor Dios nuestro, y también el Dios de nuestros padres; nuestro rey y también el rey de nuestros padres; nuestro redentor y también redentor de nuestros padres; nuestro hacedor y también hacedor de nuestros padres; nuestro salvador y liberador. Tu nombre es eterno, no hay otro Dios más que tú. Los redimidos cantan una nueva canción a tu nombre en la costa del mar. Juntos te alaban, te eligen como su rey y dicen: «El Señor reinará, el salvador de su pueblo Israel».

Cesó el canto; Zacarías supo que la oveja del atardecer había sido sacrificada y que se quemaban sus trozos en el altar del vestíbulo. Era el momento de regresar, pronunciar la bendición y aceptar las ofrendas de carne y de bebidas.

Mientras esperaba, sereno y en paz, una voz rompió el silencio perfecto del santuario; era una voz pequeña, entre flauta y susurro, como la voz de la conciencia del pecador.

—¡Zacarías! —dijo.

Zacarías advirtió que procedía del mismo sancta sanctorum, donde no podía entrar otra persona que el sumo sacerdote una vez por año; era la cámara vacía donde residía el mismo Dios de Israel.

Su corazón dio un salto; respondió:

—Aquí estoy, Señor. Habla, que tu siervo te escucha. —Eran las arcaicas palabras pronunciadas muchas generaciones antes en Siloé por Samuel niño cuando había sido llamado del mismo modo.

La vocecilla preguntó:

—Zacarías, ¿qué es lo que quemas en mi altar?

Zacarías murmuró:

—Dulce incienso, Señor, según la ley que has dado a tu siervo Moisés.

La voz preguntó severamente:

—¿Es el sol de la santidad una prostituta o un catamita? ¿Acaso llega a mis narices el olor del estoraque, el ligamento de la concha, el incienso olíbano y la cañaheja, todo molido ardiendo juntamente sobre brasas de cedro? ¿Ofrecerías un baño de sudor al sol de la santidad?

Ahora bien, el incienso sagrado era un compuesto que se ajustaba a una receta muy antigua. Era costumbre de las sacerdotisas de Rahab, la diosa del amor, la víspera de la orgía de mayo, quemar ese incienso en un hueco en el suelo del santuario de la diosa. Por turno, cada una de las mujeres se acuclillaba un rato sobre el hueco cubierta con una estrecha falda de piel de foca, hasta que su piel sudaba y absorbía el aroma, tomándose irresistible para sus amantes. Todos los ingredientes tenían virtudes afrodisíacas. El estoraque es la resina de un árbol de flores blancas parecido a un sicómoro, sagrado para la diosa Isis: su nombre deriva de una palabra griega que significa «causa de la lujuria». La concha es sagrada para Afrodita, la diosa del amor fenicia y chipriota que el mito representa navegando en una gran concha tirada por delfines. En sus festivales de amor se consumen en Ascalón y Pafos gran cantidad de moluscos; el ligamento de las valvas es un símbolo de la unión sexual. El incienso olíbano, que se trae del sur de Arabia y de la adyacente costa africana, es la resina lechosa y fragante del arbusto olíbano —lágrimas blancas y rojas mezcladas— a cuyo humo se atribuye la capacidad de favorecer la elocuencia erótica; se dice también que el fénix arde en Heliópolis en una pira de ramas de este arbusto. De cañaheja está hecha la vara que lleva Sileno, el amo cabrio de las fiestas dionisiacas; y en cuya médula se dice que escondió Prometeo el fuego robado al cielo. Su resina exhala apenas una suave fragancia, pero las resinas de estoraque e incienso olíbano compensan en el incienso sagrado esta deficiencia, disimulando además el dejo desagradable del ligamento de la valva.

Zacarías no pudo responder: golpeó el suelo siete veces con la frente, sin atreverse a alzar la vista. Oyó que corrían la cortina, y unos pasos majestuosos que se aproximaban sobre el suelo de mármol. Hubo una pausa y luego un brusco silbido y un chisporroteo en el altar. Los pasos se retiraron y Zacarías se desvaneció.

Cuando volvió en si, unos minutos después, no pudo al comienzo recordar dónde estaba ni qué había ocurrido. Las lámparas ardían aún con llama firme, pero el fuego del altar estaba apagado. Tenía húmedo el ruedo de la túnica con el agua que había caído del altar. El miedo volvió a brotar en su mente. Gimió y elevó lentamente la mirada hacia la cortina sagrada, como si quisiera asegurarse de que su Dios no lo odiaba.

Aún faltaba lo peor. Entre la cortina y la pared se erguía una tremenda figura vestida con ropas que centelleaban como la luna en un estanque revuelto. ¡Horror! Tenía la cabeza de un asno salvaje con el blanco de los ojos rojo brillante y dientes de marfil, y la figura sostenía contra su pecho el cetro y el perro de la monarquía con las herraduras de oro de sus pezuñas.

La voz aflautada brotó de la boca de la bestia.

—No te asustes, Zacarías. Sal y di a mi pueblo verazmente lo que has visto y oído.

Zacarías, medio muerto de espanto, ocultó su rostro en la túnica. Después golpeó siete veces el suelo con la frente y salió trastabillando al exterior, donde la congregación se interrogaba ansiosamente por el motivo de su demora.

Jadeando, cerró la puerta a sus espaldas. El aire fresco lo revivió. Miró enloquecido los rostros plácidos de su pueblo y de los músicos de Asaf. Inspiró profundamente y de su corazón se elevaron unas terribles palabras:

—Oídme, hombres de Israel. Durante generaciones, sin saberlo, no hemos adorado al verdadero Dios, sino al asno de oro.

Sus labios se movieron, pero de ellos no surgió ningún sonido. Había enmudecido.

Sus amigos lo llevaron a su casa, pero uno de ellos, Rubén, hijo de Abdiel, que debía reemplazarlo si caía bruscamente enfermo o si quedaba accidentalmente impuro, pronunció la bendición, aceptó las ofrendas de carne y de bebidas y dio la señal para que los hijos de Asaf cantaran el salmo vespertino.

Cuando terminó el servicio y se retiraron los músicos y los sacerdotes, Rubén entró en el santuario para ver si todo estaba en orden. Vio con sorpresa y alarma que el fuego estaba apagado y que había salpicaduras de agua sucia alrededor del altar. ¿Acaso su pariente Zacarías había sufrido un brusco ataque de locura? Su primer pensamiento fue para el curso, que no debía ser deshonrado. Nadie debía saber que se había extinguido el fuego. Orando silenciosamente para que no fuera impropio lo que estaba por hacer, Rubén sacó apresuradamente del altar las cenizas húmedas, las envolvió en su manto, alimentó y encendió nuevamente el fuego, y ofreció más incienso con el ritual acostumbrado.

Mientras secaba con una toalla el suelo del santuario, sintió el mismo horror que se había apoderado de Zacarías y la piel de su cráneo empezó a arrugarse. Había advertido una huella de herraduras que conducía hacia el sancta sanctorum. Las miró largamente. No había error posible. Eran las huellas de un asno o de una mula. Su mente era un torbellino. Sólo podía pensar que Zacarías se había entregado a la magia negra convocando a un asno diabólico, uno de los Iilim que había extinguido el fuego del altar. Y debía ser un demonio muy especial, porque ¿dónde estaba la jarra que se había usado para apagar el fuego? Zacarías no había llevado una al exterior.

—¡Ay, ay! —gritó Rubén. Y arrojándose al suelo suplicó en alta voz—: Oh, Señor de los Ejércitos, protege a tu siervo. Sella la boca de quienes deseen interrogarlo. Porque jamás publicaré la deshonra de mi casa, si no me lo pide la corte suprema bajo juramento.

Por la mañana, Zacarías fue interrogado con amabilidad por el sumo sacerdote en una sesión informal de la corte suprema. Se colocaron ante él tabletas de escribir, pero él las apartó, moviendo la cabeza. Cuando se le preguntó si había visto una visión, asintió, y apareció en su rostro tal expresión de terror que el sumo sacerdote se

abstuvo de insistir. El consejo recomendó que abandonara Jerusalén y se retirara a su casa rural de Ain-Rimmon, un próspero pueblo situado nueve millas al norte de Beersheba. La investigación se postergó *sine die* para gran alivio de Rubén.

Corrieron por todo el país extravagantes rumores acerca de lo que había visto Zacarías, y los sacerdotes del curso de Abías se reunieron para decidir una respuesta a las persistentes preguntas que se formulaban. Rubén no acudió a la reunión y, en su ausencia, los hijos de Abias decidieron que Zacarías debía haber visto un ángel que le había dado una sorprendente noticia doméstica. Porque sucedió que Zacarías, al retornar a su casa de Ain-Rimmon recibió la noticia de que su esposa Isabel, que había sido estéril durante más de veinte años, seria finalmente madre. Lo más notable era que cuando Zacarías había partido de Ain-Rimmon, seis semanas antes para asistir a la Pascua en Jerusalén, Isabel y él acababan de pasar treinta días de continencia conyugal, a causa de una obligación local, cambiando solamente castos besos. Como era incuestionable la fidelidad de Isabel, sin poder ocultar su asombro, Zacarías se refugió en su mudez y se abstuvo de comentarios escritos. Sus parientes terminaron por pensar que su visión en el templo había sido la de un ángel anunciando que el hijo de Isabel poseería notable santidad, y ésta fue la historia que difundieron en Jerusalén.

Isabel, molesta por el interés que tenían sus parientes en su estado, se retiraba a una habitación interior cuando llegaban visitantes. Ain-Rimmon era una casa grande y rica con extensos huertos y viñedos regados por una fuente consagrada anteriormente a Rimmon, el dios de las granadas. El culto de Rimmon había sido absorbido por el de Jehová, que se había apoderado de sus títulos y emblemas, como podía comprobarse en las pequeñas granadas doradas, alternadas con campanillas semejantes a las flores del granado que adornaban las vestiduras del sumo sacerdote, y las de mayor tamaño esculpidas en mármol en las columnas del templo. Pero la gente del campo recordaba a Rimmon; aún celebraban un festival del amor en su honor en primavera, cuando nacían sus bellas flores rojas; entonces, el rey de la granada, con el rostro pintado de rojo con el tinte extraído de esa fruta, celebraba una parodia de corte con la reina de las flores. Hasta hoy se practica este mismo festival, cuyos participantes usan máscaras y disfraces, en las partes más remotas de Galilea. Las canciones del festival están reunidas en el cantar que se atribuye a Salomón. Uno de ellos dice:

> Subamos a los viñedos,
> a ver si ha florecido la vid;
> si ya se ven uvas tiernas,
> si florecen las granadas,
> allí te daré mi amor.

Los mitógrafos griegos dicen que el primer granado brotó de la sangre de Dionisos asesinado; a esto se debe que las mujeres de Atenas se abstengan de comer

las semillas de la granada durante el festival de la Tesmoforia. En Chipre, Dionisos es Adonis; en Siria, Tammuz. No se recuerda con qué nombre se dirigió el rey Saúl al dios del bosquecillo sagrado de granados en Gibea, pero es probable que fuera Rimmon. Porque Rimmon es evidentemente el Dionisos cananeo, el lujurioso dios del año, encarnado en el rey sagrado del año. Presidía triunfalmente el florecimiento del árbol y estaba condenado a morir cuando madurara el fruto. Después del exilio, los sacerdotes de Jerusalén confundieron deliberadamente su nombre con «Ramán», o Dios del Trueno, un título de Jehová. Interpretaban de manera absurda que las granadas que adornaban el ruedo de la vestidura del sumo sacerdote simbolizaban el relámpago, y las campanillas el trueno. Pero ambas estaban allí en honor del dios Rimmon, y chocaban alegremente entre si como un encanto contra los malos espíritus.

Las criadas de Israel susurraban que el misterio del futuro nacimiento estaba relacionado con el festival del amor de Rimmon, porque las fechas coincidían. Esperaban grandes cosas de ese niño.

VII

MARÍA EN AIN-RIMMON

Una tarde una criada golpeó suavemente la puerta de la habitación de Isabel mientras ella cosía.

—Una joven extranjera solicita el honor de saludarte.

—Hoy no recibo visitas.

—Eso han dicho tus criadas a la joven, pero ella insiste.

—¿Quién es esa importuna?

—No quiere revelar su nombre ni su familia.

—¿Quién la ha traído aquí?

—Llegó escoltada por un grupo de rechabitas que se marcharon inmediatamente en sus asnos, envueltos en una nube de polvo.

—¿Rechabitas, dices? ¿Cuáles fueron sus palabras cuando entró por nuestra puerta?

—Dijo: «En el nombre de la Madre».

Isabel se encolerizó.

—¿Por qué no me has dicho eso en seguida, nieta de un camello? ¿Ha comido esa señora? ¿Le habéis lavado los pies? ¡Oh, desventuradas! Trae ahora mismo agua y una jofaina, jabón y una toalla de lino. Y trae algo de comer, lo mejor que haya en la casa. Busca un vino dulce. No tardes —Isabel dejó su bastidor y salió de prisa.

Regresó muy pronto trayendo a una joven de la mano; le dijo solemnemente apenas cerró la puerta:

—En el nombre de la Madre, esta casa es tu casa y estas criadas son tus criadas, seas quien seas y cual fuere tu intención.

Como respuesta, la joven se quitó el velo con un rápido movimiento del brazo, besó a Isabel en ambas mejillas y se echó a llorar silenciosamente.

Isabel exclamó asombrada:

—¿Cómo puede ser? Tienes la cara de mi hermana Ana cuando era niña. Los mismos ojos verde mar, la nariz recta, el mentón saliente. ¿Eres la hija de Ana, niña?

María asintió secando las lágrimas con sus dedos.

—¿Por qué lloras?

—Por la alegría de estar segura bajo tu techo.

Isabel dio una palmada.

—¡Deprisa, perezosas, de prisa, como si os persiguieran los lobos!

Llegaron corriendo en montón, una con agua caliente en una jarra de plata, otra con una jofaina adornada con peces entrelazados, jabón perfumado y una toalla

bordada; otra con una gran bandeja de bronce cubierta de platillos —encurtidos dulces, olivas, pepinos dispuestos en torno de una fuente de pichones de paloma asados, rellenos de hierbas aromáticas y guarnecidos con lechuga de Cos—. Isabel cortó rebanadas de un delicado pan de trigo y extendió sobre ella membrillo en conserva. Preguntó a sus criadas por encima del hombro:

—¿Dónde están los dátiles de Jericó? ¿Y los higos en vino de Chipre?

—Ya los traen, señora. Aquí vienen. Y una jarra de vino dulce del Líbano.

—Iros ahora, niñas. Yo misma lavaré los pies de esta señora.

La miraron fijamente y se retiraron en silencio.

Isabel puso afectuosamente la mano bajo el mentón de María y alzó su cara para mirarla mejor.

—Pareces desfallecida de hambre, hija mía —dijo—. Aquí tienes agua para lavarte las manos. Come y bebe, ¿qué esperas? Mientras tanto te lavaré los pies.

María respondió sonriendo:

—No se conoce el jabón en las negras tiendas de los rechabitas. Son muy amables pero de costumbres poco limpias. Antes de comer, deja que goce el placer de hundir mis dedos en esa jofaina de agua tibia.

—Tu querida madre es igual; nunca tiene prisa.

María comió y bebió a su satisfacción. Más tarde, volvió a levantar sus manos y su boca, dio gracias al Señor y guardó silencio.

Isabel esperaba que hablara.

Finalmente, María dijo al advertir el estado de Isabel:

—Que el Señor bendiga el fruto de tu vientre.

Isabel respondió:

—En el momento en que me besaste, el niño saltó de alegría dentro de mí.

—¿Está bien mi tío, el señor Zacarías?

—Está bien, aparte de que ha enmudecido, como sin duda habrás oído. Pero la mudez no es un gran defecto en un marido y le ahorra las continuas disputas sobre algunos puntos complejos de la ley con sus amigos, un hábito que yo nunca aprendí a amar. Zacarías conoce la ley de un extremo al otro y siempre triunfa en las discusiones, aunque no siempre logra convencer a su adversario. ¿Están bien tu querida madre y el sabio Joaquín?

—Estaban muy bien en nuestro último encuentro. Siempre me han visitado tres veces por año, cuando asisten a los grandes festivales.

—Todos los años pienso viajar a Jerusalén, pero por algún motivo nunca voy. No puedo soportar las muchedumbres. Dime, ¿cuándo piensan buscarte marido? Ya es hora y el arancel de redención para una muchacha menor de veinte años es sólo de diez siclos.

—Ha sido como un don, y no como un préstamo, que me ofrendaron al Señor; esto pone en manos del sumo sacerdote el derecho de darme en matrimonio. Y él me ha casado.

—¿Estás casada? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Por qué no he sido invitada a la boda?

María se desconcertó.

—El sumo sacerdote decidió prometerme a José de Emaús, que está casado con tu hermana Abigail. —Agregó de prisa—: He estado en casa de Lysia, tu sobrina. Lysia ha sido muy buena conmigo, la bondad misma.

—¡José de Emaús! ¡Qué elección increíble! José debe tener casi setenta años y sus seis hijos son ya hombres mayores. No es rico. No es culto. Ni influyente. Recuerdo que todas nosotras torcimos la cara cuando fue elegido para Abigail, pero Abigail, por supuesto, tiene un pie defectuoso y no es presentable por otros motivos.

—Todos dicen que es un buen hombre.

—Oh, sí, en cierto sentido demasiado bueno. Piadoso y generoso, casi hasta la tontería. ¿Te trata bien?

—Jamás lo he visto.

—Pero si has dicho que estás casada con él.

—No, no he dicho eso.

—Si estás prometida, ¿por qué no te ha llevado a su casa? ¿Por qué has venido aquí como una fugitiva?

María murmuró:

—Perdóname, tía Isabel, pero no te lo puedo decir.

—¿Eso significa que te lo han prohibido o que no lo sabes?

María se echó a llorar nuevamente.

—No me obligues a responder, querida tía Isabel. Dame albergue y paz. Nadie debe saber que estoy aquí. Absolutamente nadie.

Isabel estaba muy asombrada.

—¿Quién te ha enviado aquí con la escolta de los hijos de Rahab?

—Ha sido Ana, la hija de Fanuel, nuestra madre custodia.

—Una anciana muy aguda. Dime, ¿sabe el viejo José que has venido?

—No lo creo. Y no me parece que le importara mucho si lo supiera.

—¿Que no le importaría lo que hace su prometida? —El tono de Isabel era indignado.

—Te ruego que no me interrogues —exclamó María alarmada—. Seré tu fiel sierva, tía. Dormiré sobre la paja y comeré cortezas, si es preciso, y te serviré con mis manos y mis pies, pero por favor no me interrogues. Ya he dicho demasiado.

Isabel rió.

—Refrenaré mi curiosidad, querida, aunque eres una visita muy extraordinaria. Pero una cosa quiero saber: ¿estás en dificultades? ¿Has huido de Jerusalén porque has cometido algún crimen? Dime, al menos eso.

—Por la vida del Señor, no soy culpable de ningún crimen.

—Muy bien. Sólo te lo he preguntado para saber cuál debe ser mi actitud. No querría comprometer a mi pobre Zacarías albergando a una criminal sin su conocimiento, aunque desde luego un huésped es sagrado. Además hay distintos

grados de criminalidad. Cualquier muchacha puede cometer una tontería, especialmente con un hombre, y no seria severa contigo si así fuera. Pero eso es todo lo que necesito saber. Estoy encantada de que me acompañes durante mi confinamiento; espero que tu presencia me impida perder la serenidad con las criadas. Además, amo a tu madre. Fue mi favorita desde que nació hasta que el matrimonio nos separó. Por ella te atenderé tan tiernamente como las matronas romanas sin hijos atienden a sus monitos de la India.

María sonrió levemente.

—¿Pero qué dirás a mi tío Zacarías?

—Absolutamente nada. No tiene por qué saber qué compañía femenina tengo en mis apartamentos privados. Después de todo, he pagado con mi dote la hipoteca de esta propiedad. Si no hubiese sido por mí, habría perdido todo. ¿Juegas a las damas? ¿Sabes bordar bien? ¿Tocas la lira?

María respondió con modestia:

—Hemos recibido educación muy completa en el templo.

—Espléndido. Dime, hija mía, ¿cuáles son las últimas noticias de Jerusalén? ¿Qué ocurre en el palacio? ¿Todavía goza de favor la reina Doris? Conozco bien a Doris. Dora, la residencia de su familia, está cerca de aquí y ella vivió allí durante su largo exilio de la corte. ¿Ya ha partido a Roma el príncipe Antípater?

María empezó a decir algo pero se interrumpió y calló.

—Pero eso no es ningún secreto, ¿verdad?

María respondió tan casualmente como pudo:

—Nada sé acerca de la reina Doris. Su hijo partió de Cesárea hace un mes. —Y agregó de prisa—: Pero ahora es el rey Antípater, cogobernante de los judíos con su padre, y no sólo el príncipe.

Isabel parecía incrédula.

—¿Cómo? ¿Estás segura?

—¿Si estoy segura de qué? ¿De que ha partido?

—De que ahora es el colega de su padre.

—Por supuesto. Yo estaba presente cuando se anunció públicamente en el patio de los gentiles. Los levitas tocaron muchas trompetas y todo el mundo gritó «¡Dios salve al Rey!».

Isabel se levantó del suelo, donde ambas habían estado sentadas con las piernas cruzadas, y empezó a caminar de un lado a otro.

—¿Y qué puede significar este nuevo movimiento en el tablero? —exclamó—. ¿La gente está alarmada o ansiosa en Jerusalén?

—¿Alarmada? ¿Y por qué?

—¿Conoces la reputación del rey Herodes?

—He oído muchas cosas sobre él, tanto buenas como malas.

—¿Pero menos buenas que malas?

—Mucho menos, es verdad.

—¿Y no sorprende a nadie que Herodes haya elevado a su hijo a esa dignidad? ¿Acaso se cree que eso se ajusta a su carácter celoso y tiránico?

—No he oído expresiones de sorpresa. El rey Antípater nunca ha dado motivos de queja a su padre. Incluso quienes tienen buenas razones para odiar la casa de Herodes reconocen que Antípater ha demostrado siempre una noble y piadosa naturaleza. Además, el rey Herodes está envejeciendo. No sé mucho de estas cosas, pero ¿no es natural que después de su decepción con los príncipes Alejandro y Aristóbulo se apoye sobre Antípater como sobre un bastón que nunca se romperá ni lastimará sus manos?

—Defiendes a Antípater con energía. Es afortunado que tu tío Zacarías no esté aquí para escucharte. ¡Cómo detesta a la familia de Herodes!

—¿Por qué debería alarmarse el pueblo de Jerusalén si se otorga la diadema a Antípater?

—Porque Herodes generoso es Herodes peligroso. Tu sabio padre Joaquín nos dijo esto mismo a mí y a mi marido hace algunos años. Desde entonces he verificado muchas veces su verdad. A propósito ¿se han visto más prodigios últimamente en la ciudad?

—La gente siempre cuenta historias ridículas de algo que ha visto, oído o soñado. No presto atención.

—Yo las tomo con seriedad. Los prodigios, tanto reales como imaginarios, son usualmente preludio de hechos de sangre.

—¡Que la piedad del Señor lo impida!

Isabel estaba desconcertada. Esa noche, insomne, recordaba en su cama la conversación. María había dicho que estaba prometida a José, pero que José posiblemente no sabía dónde estaba, y que probablemente no le importaba. ¿Habría mentido María? Ana, su madre, jamás había mentido; a veces eludía una pregunta, pero nunca mentía. Y sin duda el anciano José, tan absurdamente correcto, no podía tratar con desdén o sin respeto a la hija de Joaquín. Era increíblemente cortés; se contaba que una vez había enviado un criado en pos de un huésped que le había robado una jarra de plata, para darle la tapa, diciendo: «Señor, esto es parte del regalo que te ha hecho mi amo». Sin embargo, José era un extraño marido. Joaquín era inmensamente rico. María era su hija única y heredaría esas riquezas.

Isabel se preguntó si María no habría sido seducida por alguien que no podía o no quería casarse con ella. ¿No habría tratado entonces el sumo sacerdote de darla apresuradamente en matrimonio a José? ¿No habría José descubierto el engaño, después de pagar el precio, devolviéndola discretamente al templo, para no dar su paternidad al hijo de otro hombre? ¿Y no la habría enviado Ana aquí, para evitar el escándalo, de acuerdo con el sumo sacerdote y escoltada por los rechabitas? Sin embargo, María había jurado que era inocente de todo pecado. ¿La habrían violado?

De pronto, Isabel recordó que María había dicho al principio que estaba casada. No sólo prometida; casada. Y luego había aclarado que sólo estaba prometida. Una

mujer casada una vez no podía prometerse sin la disolución previa del matrimonio. ¿Sería eso lo que había querido decir? No parecía probable. ¿Y había dicho realmente que estaba prometida a José? No; sólo que el sumo sacerdote había decidido el compromiso.

Isabel no logró resolver el problema y decidió no perder más horas de sueño. Tal vez María dejaría escapar el secreto un día por una indiscreción casual.

Pasaron así dos agradables meses cuando llegó a Ain-Rimmon, desde Jerusalén, con su marido, Shelom de Rehoboth, una antigua criada de confianza de Isabel. Ésta la había hecho llamar porque era una hábil partera. Una mujer que concibe por primera vez a los treinta y seis años debe estar preparada para un parto difícil.

Shelom estaba casada con el hijo del anterior mayordomo de la propiedad. Traía muchas noticias acerca de los problemas de palacio.

—Sí, mi señora, lamento decir que toda la ciudad está convulsionada. Aparentemente, nadie sabe cómo empezó todo ni cómo puede terminar. Mi cuñada decía el día que nos separamos: «Es indecente. Parecería que viviéramos entre los bárbaros y no en una ciudad temerosa de Dios como Jerusalén». Mi cuñada es una mujer que se excita muy fácilmente, pero en nuestro barrio hay muchas como ella. Le angustian los gritos y alaridos del palacio por las noches. En la tortura, los eunucos gritan más que las mujeres; sin duda, no tienen orgullo de su sexo.

—Es que debe ser angustioso, querida Shelom. Pero aún no me has dicho qué ocurre.

—No lo sé con seguridad y no quisiera incurrir en el reproche de Salomón a los charlatanes que cuentan historias. Pero te diré lo que se comenta. La historia empezó con Jochebed, la mujer de Feroras, el hermano del rey. Ella es de Betania; su padre era un trabajador viajero que hacia injertos. No lo sé de modo directo; pero la familia de mi marido dice que es la mujer más astuta de todo Israel. «Cómo pudo casarse el príncipe Feroras con una mujer de origen tan bajo», dice mi marido, «es un misterio; debe haber sido hechizado». Sea como sea, ella hizo una estrecha alianza con los nacionalistas fariseos. Recordarás que el rey Herodes los condenó a una elevada multa cuando se negaron a jurar fidelidad al emperador, y que Jochebed pagó esa multa de buena gana. Pues algunos de ellos empezaron a profetizar, para complacerla, que el cetro de Herodes pasaría a las manos de ella y de Feroras. Los espías de Herodes le contaron esta profecía; él ordenó a Feroras que se divorciara, pero el príncipe se negó y dijo que antes moriría. Lo que hacia más grave la cosa era que la reina Doris es la más íntima amiga de Jochebed, y que el rey Antípater tiene gran amistad con Feroras que fue muy generoso con él cuando sólo era un ciudadano privado. Después Salomé, la hermana del rey Herodes entró en el juego. Herodes estaba en buenos términos con ella desde que la ha casado con su amigo Alexas, un rico filisteo que, según se dice, es agente de la señora Libia. Salomé se arregló para demostrar, para regocijo de Herodes, que esa profecía estaba relacionada con ciertas

locas habladurías acerca de un Mesías y que, detrás de la profecía, se preparaba un complot contra su vida en que estaba implicado Bagoas, el chambelán del rey. De manera que Herodes arrestó a todas las personas que ella nombró.

—¿Quizás Feroras sería ese Mesías?

—Oh, no, señora, no el príncipe Feroras sino un hijo que tendrían él y su mujer; y el hijo de Bagoas sería el principal ministro de ese Mesías. De modo que Herodes que, si se me permite decirlo así, no está dispuesto a aceptar ningún Mesías aparte de él mismo, reprobó de inmediato la profecía…

Isabel interrumpió el relato con grandes risas.

—Es muy cómico, querida Shelom. O has entendido mal el nombre o se trata de otro Bagoas. Bagoas, el chambelán, es eunuco desde la infancia.

—Cómico o triste, señora, es la verdad. Según la profecía, el niño Mesías restauraría milagrosamente la virilidad de Bagoas y le permitiría engendrar hijos. Así que, como decía, el rey Herodes reprobó la profecía e hizo estrangular a Bagoas. También dio un escarmiento a los nacionalistas, matando a nueve. Por supuesto, como eran fariseos, creían en la resurrección del cuerpo; pero él burló sus esperanzas quemándolos vivos. Ejecutó también a otros veintitrés hombres e hizo estrangular a cuatro mujeres. Ah, y también empaló al pequeño y bello homosexual Gratus, ése que siempre le acomodaba la cama y le daba el beso de las buenas noches. Y no quiso en ese momento castigar a Feroras ni a Jochebed, porque no había pruebas que los vincularan con la conspiración, supongo; y Feroras, indignado de que lo sospecharan capaz de alta traición, juró que regresaría de inmediato a su principado, del otro lado del Jordán, y que no volvería a Jerusalén hasta que el rey muriera.

—Palabras terriblemente osadas. ¿Lo ha liquidado ya Herodes?

—Sí, mi señora; él murió poco después y el rey llevó su cuerpo de regreso a Jerusalén para probar que era un mentiroso, y ordenó uno de esos costosos funerales que reserva a los miembros de su familia a los que ayuda a retirarse del mundo, y derramó cubos de lágrimas.

—¿Y qué ocurrió con Jochebed? Si conozco a Herodes, la habrá acusado inmediatamente de envenenar a Feroras.

—Conoces bien al rey, señora, pero este plan era algo más complejo de lo que seguramente piensas. Dijo que ella le había dado lo que creía un filtro de amor y que, como se descubrió luego, era un veneno; y que esa droga se la había dado la reina Doris quien, a su vez, la había recibido meses atrás del árabe Sileo. Sometió a tormento a las damas y criadas de la corte de Feroras, y con preguntas hábilmente elegidas trató de obligarlas a acusar a la reina. Al principio, ellas no comprendieron lo que se les pedía, pero finalmente una fue bastante inteligente para gritar desde el potro: «Quiera el Dios que gobierna la tierra y los cielos castigar a la reina Doris, única responsable de mi sufrimiento». Inmediatamente aflojaron las sogas, y ella narró la historia requerida; luego, otras mujeres que esperaban su turno ante el potro, la confirmaron y agregaron todos los detalles que les parecieron necesarios. De modo

que ahora la reina Doris ha sido despojada de sus joyas y de sus costosos vestidos y expulsada.

—Mi pobre amiga Doris… ¡Qué historia tan extraña! Y en esas confesiones, ¿había alguna acusación contra el rey Antípater?

—En el informe oficial del juicio no se menciona el nombre del rey Antípater.

—No, naturalmente. Pero de todos modos, corre gran peligro.

—¿Lo crees así? La conspiración, si realmente la hubo, suponía la eliminación de Herodes y la usurpación del trono por el príncipe Feroras, de modo que no es razonable acusar de complicidad a Antípater. La gente dice que el rey aprovechó la ocasión para expulsar a Doris, que lo había ofendido tratando con cierta severidad a las esposas más jóvenes (ella insistía mucho en la etiqueta de la corte, seguramente por haber estado tanto tiempo en el exilio), pero que cuando Antípater regrese de Roma ella recuperará su posición. Dicen que estas noticias serán dolorosas para Antípater pero no pueden inspirarle alarma por su propia seguridad; y que es seguro en este asunto tan confuso es que el rey Antípater es el hijo más leal que ha tenido nunca un padre malvado.

—Tienen razón cuando afirman que el rey Antípater no se alarmará: su firme lealtad no le permitiría ver el peligro. Pero estoy segura de que ese peligro es verdadero y mortal.

—¿Por qué piensas, señora, que el rey desea la muerte de Antípater?

—No tengo la menor idea. Sólo sé que Herodes no lo habría hecho rey si no pensara matarlo poco después. Ahora que Doris se ha marchado definitivamente del palacio, Antípater no tiene más posibilidades de sobrevivir que un niño pequeño jugando con una serpiente venenosa.

María estaba sentada algo más lejos, ocupada con su aguja. De pronto lanzó un grito y palideció.

—¿Qué ocurre, hija mía? Pareces un fantasma.

—Me he pinchado el dedo; mira, ¡sangra!

—Una costurera tan buena como tú ya debería estar acostumbrada a los pinchazos. ¿Te asusta ver un poco de sangre?

—Fue un pinchazo profundo. Sentí que me llegaba al corazón:

—Pronto, Shelom —dijo Isabel—. Trae un cordial. El mejor es el de coscojo. Ya sabes dónde está. Mira, ¡se ha desmayado! ¿No es raro?

—Yo la estaba mirando. Se pinchó porque se desvanecía, y no al revés. Pero no puedes ocultarme la verdad, señora. Cuando llegué a casa de tu padre, tu hermana Ana tenía la misma edad, o algo menos; y esta muchacha es mi señora Ana de entonces. Que el Señor bendiga su belleza. Aquí está el cordial. Deja que lo acerque a sus labios. Recuerda, señora, que me enviaste a atender a tu hermana cuando parió: ésta es la niña que traje al mundo.

—Shelom, ni una palabra más. Eres tan atrevida como siempre.

—Sí, mi señora, y tú me perdonarás como siempre.

María se recobró y continuó tranquilamente con su costura como si nada turbara su paz, pero poco después se excusó y se fue a la cama.

Pocos días más tarde, Shelom se encontraba en el jardín con Isabel. Entre ellas, sobre las losas de piedra, había un saco de rosas cortadas; arrancaban los pétalos para hacer perfume. Shelom dijo:

—Señora, se me ha prohibido saber nada acerca de cierta joven que te acompaña, pero ¿has observado su color?

—No. ¿Qué quieres decir?

—Que dentro de unos pocos meses, cuando ya hayas dado a luz, tendré que ocuparme de otro nacimiento. Lo veo en el color desigual de sus mejillas.

—¿Bromeas, Shelom? Te gusta tanto bromear… ¿O es verdad?

—Es verdad. ¿Por qué me miras así, señora? Oí hablar del casamiento de la niña, aunque ¿quién puede saber por qué la han enviado aquí?

—¿Qué es lo que sabes, Shelom?

—Sucede que el hermano de mi marido es el escribiente del templo que redactó el contrato matrimonial entre esta niña y tu cuñado José de Emaús, de la casa de David. Se lo dijo a mi marido cuando recordó que yo habla estado al servicio de la madre de la muchacha.

—¿Y cuándo se celebró el matrimonio?

—No lo sé con seguridad. Una pensaría que poco después, a juzgar por el estado de la chica.

—Shelom, te doy mi palabra de que estoy en una situación muy incómoda, y lo peor es que sé tan poco como tú.

—¿Temes que el niño no sea de José?

—No me puedo permitir un temor semejante, y te prohíbo que lo sugieras.

—Estoy a tus órdenes, señora.

—Shelom, eres una buena persona. Debes ayudarnos a ambas.

—Sí, mi señora. Por el bien de mi señora Ana, por el tuyo y el de la niña. ¿Por qué se habrá desmayado? ¿Hablábamos de algo que tuviera que ver con ella?

—No. Tú hablabas del príncipe Feroras y de su esposa y del rey Antípater. Quizá ella no estaba escuchando sino que seguía sus propios pensamientos y de pronto sintió ansiedad por ella y por el niño. Yo había hablado de un niño jugando con una serpiente venenosa. Quizá eso la asustó.

—Es bastante probable, señora. Me pregunto si tendrá consciencia de su estado.

—Tal vez no. Pero pronto la tendrá y deberá decirme algo. Mientras tanto, no diré una palabra, y te pido que hagas lo mismo.

Esa misma tarde María se acercó a Shelom.

—La señora Isabel asegura que eres mujer discreta.

—La señora Isabel no suele prodigar sus elogios y agradezco que tenga tan buena opinión de mí.

—Shelom, hay una cosa que no puedo pedirle a tu ama. Tal vez quieras

ayudarme. Tiene la mayor importancia. Deseo enviar un mensaje a alguien, en Italia. Has dicho que tu marido trata con los mercaderes de Cesárea. ¿Podría él entregar secretamente un mensaje? Tengo un poco de oro: será todo tuyo si puedes arreglar el asunto en silencio. Y mira, tengo también un alfiler de oro de Babilonia. También lo tendrás, aunque me lo regaló mi querida madre.

Shelom respondió en voz perfectamente serena:

—Guarda tu alfiler, niña. El mensaje ya ha sido enviado.

María la miró.

—Si aún no te lo he dicho.

—Me lo has dicho cuando te has pinchado el dedo.

—No te comprendo.

—El mensaje fue enviado el día que salí de Jerusalén.

—Es absurdo. ¿A quién?

—Al hombre en quien piensas. Un mensaje de advertencia acerca de las intenciones de su padre. No dije a la señora Isabel que yo habla previsto el peligro que amenaza a tu amigo.

—¿Tienes un espíritu familiar?

—No. Pero te quiero. Y después de llegar he enviado otro mensaje al mismo hombre. Mi marido lo llevó hace una semana; lo entregará a su agente en Jamnia.

—¿Y cuál era el mensaje?

—Le dije cuál es tu estado.

—¿En qué palabras?

—En estas palabras. —Shelom se inclinó y escribió en el suelo letras hebreas:

TFTH — KAPH — DALETH — HE
HE + YODH — ALEPH + YODH
LAMEDH BEHT + TETH + VAV

—Es una forma nueva de escribir —dijo María—. ¿Las letras representan números? Parece un hechizo.

—Un hechizo que le alegrará.

—¿Por qué no me dices más?

—Te he dicho mucho más que tú a mí.

María miró fijamente a Shelom, que devolvió su mirada con la expresión de una criada que ha hecho bien su tarea.

—Eres una mujer extraña —dijo finalmente María.

—Ya me comprenderás a su tiempo, hija del Loto.

En Jerusalén, Cleofás decía a Joaquín mientras subían juntos el empinado camino al templo:

—¡Pero no puede ser verdad!

—¿Por qué no? Simón, el sumo sacerdote, tiene el derecho de darla en matrimonio a cualquier hombre que elija. Y José de Emaús pertenece a una familia honorable.

—Aunque no es levita.

—Sin embargo, se ha casado con la hermana de tu mujer y la mía.

—La del pie deforme. Cuando se arregló ese casamiento, él era un comerciante próspero de edad mediana. Ahora es viejo y calvo y ya ha dividido la mayor parte de sus riquezas entre sus hijos.

—Aún tiene propiedades en Emaús.

Cleofás dijo impetuosamente:

—Te están ocultando algo, buen Joaquín. Pienso que el sumo sacerdote la entregó a José porque no encontró a nadie más.

Joaquín se detuvo bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez ella se condujo tontamente —respondió Cleofás, tratando de hablar en tono ligero.

—¿Te refieres a mi hija? —preguntó Joaquín, entrecerrando los ojos—. Hermano, refrena tu lengua para no ofenderme. —Sus dedos apretaron con fuerza su báculo de madera de almendro.

Cleofás dijo apresuradamente:

—No quise decir nada. Muchas veces las muchachas se conducen de modo irreflexivo, y en especial en tiempos de fiesta… A veces se comprometen inocentemente. Incluso mi propia hermana…

—Sí, Cleofás, tal vez tu hermana, ¡pero no mi hija! —Volvió la espalda a Cleofás y empezó a descender lentamente la colina; no quería entrar en el templo enfurecido por la pasión.

Cleofás estaba irritado consigo mismo por haber hablado tan estúpidamente. Trataba de averiguar por Joaquín si era verdad el rumor de que José, de acuerdo ya en casarse con la muchacha, había acudido a casa del sumo sacerdote con los diez siclos necesarios para redimir a la novia; pero, por alguna razón desconocida, no se había firmado el contrato. Si tan sólo hubiese omitido esa infortunada observación… Ahora había ofendido mortalmente a Joaquín, uno de sus más queridos amigos, y tendría que escuchar los reproches de su esposa, cuya hermana Ana era la esposa de Joaquín. Aguardó un momento en el sitio en que Joaquín lo habla abandonado, luego se volvió y descendió deprisa.

Pronto alcanzó a Joaquín, tomó su manga y dijo:

—Hermano Joaquín, perdona mi locura. Está escrito: «Incluso un tonto, si calla, es considerado sabio». Pero yo, peor que un tonto, ya no tengo ese consuelo.

Joaquín respondió:

—En el mismo libro está escrito: «Una respuesta amable aleja la ira», y además: «En un hombre, es un honor dejar de disputar». Ven, subamos nuevamente a orar

juntos al Señor en el templo. —Pero cuando se acercaban a la cima dijo serenamente —: Hice mal, Cleofás, cuando me jacté en tu presencia de haberme librado de la pesada responsabilidad de buscar marido para mi hija. Como te has demostrado sabio al confesar tu locura, te confiaré mi aflicción, demasiado onerosa para un solo corazón. Un sueño sugirió al sumo sacerdote el compromiso de mi hija con José de Emaús; ella había hilado el lino púrpura para la cortina sagrada en casa de su hija casada, Lysia. Se dirigió a José y le preguntó si estaría dispuesto a considerar ese matrimonio y si, en ese caso, vendría de Emaús un día determinado con el dinero. José aceptó sin vacilar, pero llegó un día después. La mañana anterior, muy temprano, mi pobre hija caminaba con una compañera del colegio de vírgenes a casa de Lisia cuando unos bandidos se apoderaron de ellas en una calle estrecha y las raptaron. Dejaron en libertad a la otra virgen fuera de las puertas de la ciudad. Ella regresó sin haber sufrido el menor daño, ni siquiera le habían quitado sus adornos de oro; pero mi hija no regresó. El sumo sacerdote no quiso decirlo a voces en la ciudad por el temor de dañar su reputación; esperaba que poco después los bandidos dijeran cuál era el precio del rescate, que él pagaría discretamente. Pero desde entonces, no se ha sabido nada de ella. La ansiedad me consume.

—Hermano Joaquín, no deseo aumentar la carga de tu dolor, pero veo en este asunto la mano de cierta persona. Si el objeto del rapto era el rescate, ¿por qué liberaron los bandidos a la compañera de tu hija? O, al menos, ¿por qué no robaron sus joyas? Puede ser que en un momento como éste, en que vuelan de boca en boca las profecías mesiánicas, a cierta persona no le agrade un matrimonio entre un miembro principal de la casa de David y una hija de los herederos reales Tal vez haya ordenado a uno de sus agentes levitas que la deshonre. Ya conoces la ley. Si el contrato no estaba firmado en el momento del rapto, ella era todavía virgen, y el secuestrador sólo necesitaba ofrecer el dinero a su custodio y luego puede casarse tranquilamente con ella.

—Si, como supones, el hombre de Sodoma ha robado mi oveja, no escapará a mi furor. Soy un anciano, pero tengo manos bastante fuertes para estrangular.

Cleofás frunció el ceño. Alzó la mano en señal de advertencia y dijo:

—Calla, necio. ¿Acaso no está escrito?: «Mía es la venganza, dijo el Señor, yo ajustaré la cuenta».

Los labios de Joaquín se movieron; luchó consigo mismo y por fin se dominó.

—Y también está escrito: «Quien escucha los reproches alcanza la comprensión». Te lo agradezco, hermano Cleofás.

Continuaron su camino y entraron en el templo en paz con el Señor, y cada uno con el otro.

VIII

EL JUICIO DEL REY ANTÍPATER

Pasaron algunos meses hasta que el rey Antípater, que encabezaba la embajada de Herodes a Roma, logró convencer al presidente de la corte del senado de que pronunciara sentencia de muerte contra Sileo el Árabe.

Esto le costó veinte talentos de plata, puesto que el presidente había sido sobornado por la parte contraria para que postergara el juicio hasta que la embajada regresara a Judea; se esperaba que si ninguno de sus miembros estaba en Roma para recordar al emperador la gravedad del caso, seria posible obtener una remisión de la pena. Antípater había cumplido ya todas sus demás misiones, incluyendo la presentación del testamento de su padre para la aprobación del emperador. El emperador había expresado su satisfacción por el testamento y lo había confiado al cuidado de las vírgenes vestales. Pero Antípater no podía regresar mientras no tuviera la promesa del comandante de la guardia pretoriana de que la fecha de la ejecución de Sileo no seria postergada. Probablemente, eso costaría otros tres o cuatro talentos.

Diez días más tarde, mientras continuaba sus negociaciones con el comandante, Antípater recibió, más bien con ira que con alarma, una carta anónima fechada cuatro meses antes en Jerusalén. La encontró entre los pliegues de su servilleta durante el desayuno. Contenía información detallada acerca de la conspiración nacionalista, la muerte de su tío Feroras, el suplicio de las damas de la corte, los cargos criminales aducidos contra su madre, la reina Doris; pero él no creyó que estos hechos hubiesen ocurrido porque no había la menor mención al respecto en los despachos posteriores que su padre le enviaba regularmente.

Mostró la carta a dos miembros de su comitiva dignos de confianza, esperando que manifestaran su disgusto ante tales libelos anónimos. Para su sorpresa, no lo hicieron. Reconocieron que la carta aclaraba rumores que habían recibido de fuentes seguras de Jerusalén y que no habían querido perturbarlo por el momento. Antípater podía ver en sus rostros que ya habían oído hablar de todo lo que contenía la carta. Ellos le pidieron que se quedara en Roma, bajo la protección del emperador, mientras no supiera si su padre lo acusaba de complicidad en la conspiración nacionalista o en el asesinato de Feroras.

Antípater les reprochó su credulidad; dijo que una conciencia limpia era la mejor armadura posible contra la malicia y las mentiras, como su padre había demostrado recientemente al acudir a Roma para responder a las infundadas acusaciones de Sileo. Por lo tanto, pensaba regresar a Jerusalén apenas Sileo fuera ejecutado. Escribió de inmediato a su padre que esperaba partir diez días más tarde, que le enviaba una lista

detallada de sus gastos en Roma, lamentando que los gastos legales de la causa de Sileo fuesen tan elevados. Alcanzaban la cifra de casi doscientos talentos de plata, de los cuales sesenta se habían invertido en el soborno de jueces y funcionarios de la corte.

Augusto manifestó sincera pena cuando Antípater fue a despedirse. Le entregó costosos regalos así como una carta de recomendación para entregar a Herodes. En ella, como era característico en él, hacia un juego de palabras con el nombre de Antípater: «Un hijo tan respetuoso no debería llamarse Antípater, sino Filópater, alguien que no se opone a su padre sino que lo ama. Te envidio, querido Herodes, porque tienes como colega real a un Filópater y puedes confiar que él quite de tus hombros parte del terrible peso de los asuntos públicos. El celo con que te defiende es notable». Augusto sabía, naturalmente, que Antípater no significa verdaderamente «opositor al padre» sino, en el otro sentido de la preposición «anti», «el que actúa como delegado de su padre». Era un nombre hereditario de la casa de Herodes que, según supongo, significa originariamente «sacerdote de Hércules-Melkarth».

Luego manifestó sus condolencias a Antípater por la muerte de su tío Feroras, noticia que había recibido oficialmente de Antioquía, en el último informe trimestral.

—¡Entonces es verdad! —exclamó Antípater, sin poder contener las lágrimas.

—Una advertencia —dijo amablemente Augusto—: también he recibido informes oficiosos de que tu madre, la reina Doris, ha caído en desgracia. Te sugiero que no defiendas ciegamente su causa, como haría el hijo generoso que eres. Tu padre se ofende con facilidad; acepta que puede ser culpable mientras no tengas pruebas evidentes de su inocencia.

Antípater preguntó:

—¿De qué se acusa a mi madre, César?

Pero Augusto no quería decir más.

—El informe no era oficial —dijo, sonriendo, para expresar que abandonaba el tema.

Sileo fue ejecutado por los Idus de septiembre, y el día siguiente Antípater y su séquito partieron de regreso en una galera rápida, la *Fortuna*. Encontraron mal tiempo en el mar Jónico y luego en el Cretense; pero la calma reinaba nuevamente cuando avistaron la costa de Cilicia y encontraron el transporte regular de Cesárea a Roma. Entre el correo que traía había una carta de Herodes dirigida a Antípater en Roma, donde le pedía que regresara de inmediato, estuviera terminado o no el asunto de Sileo, porque cada día se sentía más agudamente su larga ausencia de los asuntos públicos. Herodes, en tono muy afectuoso, sólo se refería de modo incidental a la muerte de Feroras, lo que hizo pensar a Antípater en el extravío de una carta previa, y también mencionaba una «leve dificultad» con la reina Doris quien, tras demostrar «una severidad más digna de una madrastra» hacia sus esposas más jóvenes, no había aceptado sus reproches con tan buen ánimo como él tenía derecho a esperar. Sin duda todo marchará mejor, hijo rey, cuando vuelvas y seas, como siempre, la prenda

visible del amor entre tu madre y yo; y por esta razón, tanto como por otras de las que ya he hablado extensamente, ven sin demora e iza tus velas para coger el viento del Oeste».

Antípater, sintiendo que quitaban un gran peso de su corazón, mostró esa carta a los mismos dos miembros de confianza de su sequito.

—Leed vosotros mismos —dijo—. Esa misteriosa advertencia provenía de enemigos que intentaban crear dificultades entre mi padre y yo. No es extraño que fuera anónima. Me alegro ahora de no haber seguido vuestro consejo.

—Quiera Dios que sea así, majestad. Olvida, por favor, lo que te habíamos recomendado.

Antípater había observado, en la parte posterior de la carta, un grupo misterioso de letras hebreas —evidentemente números— en caracteres muy pequeños. Pocas semanas antes, había hallado en una carta de Jerusalén, un grupo de letras similar. Desempacó entonces sus archivos y buscó la carta anterior que, según recordaba, era un informe del mayordomo de sus propiedades en Jamnia. La encontró sin dificultad y comparó las cifras. El primer grupo decía, leído de derecha a izquierda, al modo oriental:

1	19	17
18	18	8
12	3	27

El segundo grupo era el siguiente:

5	24	9
10	11	5
6	15	32

La caligrafía era idéntica, pero ¿qué podían significar esos números? ¿Eran mensajes cifrados? Entonces no podían estar dirigidos a él, puesto que no había hecho ningún arreglo para mantener correspondencia cifrada con nadie. ¿Podían ser para algún otro miembro de su séquito? ¿O se trataba meramente de los números de registro usados por el servicio de envíos?

Copió los dos grupos en un trozo pequeño de pergamino y los estudió con la atención absorta que los viajeros suelen dedicar a las minucias durante un viaje monótono por el mar en calma, pero nada pudo deducir de ello. Lo que más le asombraba era que empleaban los caracteres antiguos usados en las primeras versiones de las Escrituras, y no en el moderno alfabeto cuadrado.

El barco remontó el Orontes hasta Antioquía, donde Antípater descendió para saludar a Quintillo Varo, recientemente designado gobernador general de Siria, con quien tenía antigua amistad. Varo lo recibió con expresión asombrada y lo invitó a una audiencia privada; pero cuando, en lugar de formular una confesión trágica o una apasionada petición de ayuda, Antípater habló alegremente de asuntos corrientes y conocidos comunes, se tornó impaciente y preguntó a boca jarro si la muerte de Feroras no significaba una grave complicación.

—No, excelencia, ninguno de mis asuntos estaba en sus manos. Esto no significa que la noticia no haya sido un golpe amargo y repentino. Yo quería a Feroras. Fue para mi más un padre que un tío cuando yo estaba en el exilio, y confieso que lloré cuando me enteré de su muerte; en verdad ayuné un día entero, cubierto de cenizas y vestido de tela de saco, como es nuestra costumbre.

—Majestad, ¿por qué no confías en mí? Soy tu amigo.

—¿Qué debo confiar?

—Tus bien fundados temores.

—No comprendo, excelencia.

—Ni yo, majestad. Puedo ser tan discreto como tú, si quieres, pero por lo menos una cosa debo decirte. Tu padre me ha invitado a Jerusalén por un asunto legal, que no especifica pero cuya naturaleza me figuro, y me propongo viajar allí dentro de pocos días pasando por Damasco, donde se me ha pedido que resuelva un problema de límites. Seré muy feliz si me acompañas en mi coche. La razón me dice que recibirás una bienvenida más honrosa como amigo mío que como hijo de tu madre o colega y heredero de tu padre. ¿Es esto bastante claro?

—Eres muy amable, excelencia, pero si mi real padre tuviera alguna sospecha de mi lealtad, como sugieres, sería poco aconsejable aumentarla poniéndome bajo tu protección, como si me creyera culpable de algún crimen. Además, me ha pedido que me apresure, y no puedo desobedecer. Continuaré mi viaje por mar y, si el viento no cambia, llegaré dentro de cuatro días.

—Tienes un alma noble, majestad, pero en esta época la nobleza de alma no suele hallar recompensa. Quédate conmigo; asumiré toda la responsabilidad por tu demora, y te ayudaré con todas mis fuerzas si tu padre presenta cargos contra ti. Porque una mano lava la otra y cuando seas el único soberano, sin duda recordarás tu deuda conmigo. Si rechazas mi ofrecimiento, podrías encontrarte sin un solo amigo que te apoye en tus dificultades.

—Perdón, excelencia. Mi deber hacia mi padre es lo primero.

Varo perdió los estribos.

—Según dicen, majestad, nadie puede convencer a un tonto de que el arco iris no es su escalera. No insistiré más. Si esa escalera se derrite debajo de tus pies y caes al agua, no me pidas que te arroje un remo o un tonel. Tu padre tiene otros hijos; tal vez ellos deseen mi favor y mi amistad más que tú.

—No temo ahogarme. Como escribe Píndaro:

> Si el designio del cielo es salvarte, estarás a salvo
> aunque navegues en un colador por el océano.

Ambos se separaron, Antípater volvió a embarcar y la *Fortuna* se hizo nuevamente a la mar, pero cuando entraba en Sidón se abrió una vía de agua contra los restos de un naufragio. Esto representó una demora de varios días y, cuando partió nuevamente, violentos vientos del noreste desarbolaron sus mástiles y le impulsaron hasta pocas millas de Alejandría. Tuvo que regresar lentamente, a fuerza de remos, con muchos hombres heridos a bordo y escasas provisiones.

Sólo llegó a Cesárea el último día de octubre. El hermoso doble puerto de Cesárea, construido por Herodes costosamente sobre una costa informe y dominado por una estatua colosal de Augusto que se podía ver desde muchas millas de distancia, era tan cómodo como el Pireo. El largo muelle que rompe la violencia de las olas y encierra el puerto exterior no mide menos de doscientos metros de ancho, y obras de fortificación protegen los amplios depósitos del puerto interior. En la magnífica ciudad hay templos, baños, mercados, gimnasios y un anfiteatro del mejor estilo griego.

La *Fortuna* penetró en el puerto exterior, cuya entrada se abría hacia el norte, y su capitán saludó al encargado del puerto:

—¡Ah del puerto! Aquí la galera *Fortuna*, capitán Firmicus Sidonius, doscientas toneladas, en viaje desde Roma. Trae a bordo a su majestad el rey Antípater y un cargamento de lingotes de cobre de Sidón. Limpia de fiebre. Se necesita un cirujano para diez hombres heridos durante la tempestad. Nos proponemos amarrar junto al pabellón real, detrás del fuerte druso.

Después de una pausa, la voz estentórea del esclavo del encargado del puerto lanzó la respuesta:

—Instrucciones para el capitán: amarra en el muelle del cobre, del lado oeste, y descarga.

El capitán insistió:

—¡Ah del puerto! Repito que viaja a bordo su majestad el rey Antípater. Amarraremos en el pabellón real.

La respuesta fue:

—Instrucciones repetidas. Amarra en el muelle del cobre y descarga. Se enviará un cirujano a bordo.

El capitán presentó sus excusas a Antípater.

—Majestad, el encargado del puerto es un pequeño tirano enloquecido y no me atrevo a desobedecer sus órdenes sin tu venia. ¿Qué debo hacer?

—Tal vez la tempestad haya dañado el pabellón real. Ve al muelle del cobre como te ordena. Me agradará caminar por el muelle hasta la ciudad. Mis piernas están deseosas de tierra firme.

La *Fortuna* se acercó al muelle del cobre e inmediatamente los esclavos saltaron a

bordo para ayudar a vaciar las bodegas.

—¡Atrás, perros! —gritó el capitán haciendo chasquear su látigo—. Dejad desembarcar a su majestad antes de poner vuestros pies en cubierta.

Se bajó la planchada que se amarró a un noray. Miembros de la comitiva de Antípater lo cubrieron con un manto púrpura, descendieron y aguardaron sobre el muelle.

Uno de ellos susurró a otro:

—Extraña recepción. ¿Recuerdas cuánta pompa rodeó la despedida cuando partimos a Roma?

—¿Por qué no está aquí el comandante del fuerte druso para saludar al rey? ¿Están todos locos en Cesárea?

—Ocupaos primero de los heridos —dijo Antípater—, y que alguien busque frutas frescas para ellos.

Se hizo esto, llegó el cirujano y Antípater descendió. Un sargento del cuerpo de guardia de Herodes seguido por varios soldados salió de atrás de un edificio. Saludó a Antípater y dijo:

—Majestad, el rey Herodes requiere tu presencia inmediata en Jerusalén; debes tomar la posta sin demora.

Los miembros de la comitiva estaban asombrados. ¡Apenas un sargento! Uno de ellos le preguntó:

—¿Dónde está tu comandante? ¿Por qué no ha venido personalmente a saludar al rey?

El sargento respondió:

—Mis instrucciones, que proceden directamente del rey, me imponen no responder a ninguna pregunta ni permitir demoras. La silla de posta está lista para su majestad cerca de aquí, y debo acompañarla hasta Jerusalén. Tengo también la orden de desarmar a su majestad.

—No traigo armas —dijo Antípater.

—Igualmente debo registrar a su majestad.

—¿Y mi comitiva?

—No tengo instrucciones al respecto: pueden hacer lo que deseen, permanecer aquí o escoltarte en caballos alquilados.

—¿Mi padre el rey goza de buena salud?

—Su majestad me perdonará pero no me está permitido responder a ninguna clase de preguntas.

—Muéstrame primero tus órdenes.

Estaban en regla y Antípater permitió el registro. Luego subió al vehículo y los caballos partieron al trote sobre el muelle. Los miembros de la comitiva quedaron boquiabiertos; luego los más leales se dirigieron a pie a la ciudad, alquilaron caballos y corrieron para alcanzar a Antípater. Jerusalén estaba a veinticinco millas hacia el interior.

Antípater llegó al palacio sin otra escolta que el sargento, porque los guardias de Herodes detuvieron en la puerta de la ciudad a los miembros de la comitiva. El sargento lo entregó al jefe de la guardia, que le dedicó una mirada sombría y un saludo apenas formal, sin decir palabra. Nadie se acercó a darle la bienvenida, y un joven oficial a quien había demostrado cierto favor se apartó de prisa, ocultándose detrás de una columna.

Con la cabeza erguida, Antípater entró en la embaldosada sala del juicio donde ya era esperado: señales de humo habían transmitido la noticia de su llegada a Cesárea unas horas antes. Herodes, pálido y delgado estaba sentado sobre el trono y apoyado en cojines; Varo se encontraba a su derecha en una silla curul de marfil. Ambos acababan de resolver un litigio entre algunos nómadas sirios acerca de sus derechos de pastoreo en Transjordania.

Antípater saludó con corrección. Se produjo un súbito silencio cuando recorrió el salón de extremo a extremo, subió los escalones y se dispuso a abrazar a Herodes.

Herodes lo rechazó violentamente, apartó la cabeza y exclamó:

—¡Que el Señor te confunda, vil desventurado! ¡No te atrevas a tocarme! ¿No es éste el perfecto parricida, Varo? Planea traicioneramente mi muerte y luego me cubre de besos. Fuera de mi vista, y prepara tu defensa en las pocas horas que te quedan. Mañana serás juzgado; el excelente Quintilio Varo que hoy ha llegado aquí por una afortunada casualidad, será tu juez.

Antípater quedó estupefacto. Se volvió hacia Varo, que le dedicó una dura mirada y luego nuevamente hacia su padre quien, sin mirarlo, gritó:

—¡Vete de aquí, he dicho!

Antípater hizo una profunda reverencia y luego dijo a Varo:

—Excelencia, ignoro los cargos que se me hacen, ¿cómo podré defenderme de ellos?

—Seguramente los cargos serán expuestos por escrito; los recibirás antes de una hora.

Herodes aulló:

—¡No, Varo, no! ¡No, por Hércules! Si le entrego los cargos, utilizará sus relaciones con los guardianes para conseguir falsos testigos, y tendrá tiempo para imaginar diabólicos pretextos.

Varo respondió suavemente:

—Es usual, en las causas criminales, dar al acusado tiempo suficiente para preparar su defensa.

—Ésta no es una causa usual. Se trata, simplemente, de parricidio —Luego gritó a Antípater—: ¿Por qué no te apresuraste para regresar como te ordené? ¿Dónde has estado todo este tiempo desde que partiste de Antioquía? Has salido diez días antes que Varo y, sin embargo, llegas después que él. ¿Has visitado a tu cómplice Antífilo en Egipto? ¡No, no, no respondas, te ruego! ¡Guarda para mañana tus mentiras!

Antípater pasó la noche en la prisión del palacio, bajo custodia, sin que se le

permitiera comunicarse con nadie. Pidió las Escrituras, para serenar su mente y le entregaron un ajado lío de rollos. Por azar, el Libro del Génesis estaba abierto en el capítulo referente a la destrucción de Sodoma. Empezó a leer y las primeras palabras que cayeron bajo sus ojos fueron:

> Huye por tu vida, no mires atrás ni te quedes en el llano.
> Huye a la montaña para no ser consumido.

Suspiró y pensó: «Primer Libro de Moisés, capítulo diecinueve, versículo diecisiete: "Huye por tu vida, no mires atrás ni te quedes en el llano. Huye a la montaña para no ser consumido". Una advertencia que llega demasiado tarde». De pronto una luz brilló en su mente y recordó las cifras escritas en el reverso de sus cartas. Empezaban con esa misma serie, 1, 19, 17. Las recordó sin dificultad porque las había estudiado con atención; ahora, con manos temblorosas empezó a buscar en las Escrituras las siguientes dos citas de la primera serie. El Libro décimo octavo del Canon de Jerusalén era el de Job. 18, 18, 8. El capítulo dieciocho, octavo versículo:

> Es arrojado a la red, camina sobre una trampa.

12, 3, 27. El tercer capítulo del Libro Segundo de los Reyes, versículo veintisiete:

> Entonces tomó a su hijo mayor, que debía haber reinado
> y lo ofreció en holocausto al fuego sobre el muro.

Los tres textos componían la advertencia de no caer en la trampa que su padre había preparado para él, y de huir para salvar su vida, porque su padre se proponía sacrificarlo tan despiadadamente como el rey de Moab había sacrificado a su hijo mayor. Una advertencia que llegaba demasiado tarde. Supuso que el otro mensaje sería similar. Sin embargo, era totalmente distinto: traía noticias.

Deuteronomio, 24, 9.

> Recuerda lo que hizo a Miriam el Señor tu Dios
> después de tu venida de Egipto.

II Samuel, 11,5.

> Y la mujer concibió y llamó y dijo a David:
> «Estoy encinta».

Josué, 15,32.

> Y Lebaoth y Shilhirn y Ain y Rimmon.

Entonces Antípater se echó a llorar, entre el temor y la alegría. María esperaba un hijo y estaba segura con sus parientes en Ain-Rimmon. ¿Estaría segura? ¿No era posible que hubiese provocado la furia de Herodes el descubrimiento de su boda secreta? ¿No habría traicionado el secreto de María alguno de los rechabitas que habían simulado el secuestro? ¿No la habría arrestado y sometido a la tortura Herodes?

Rogó silenciosamente a Dios que, cualquiera fuese su propio destino, María lograra escapar de la maldad de sus enemigos y dar a luz a su hijo con felicidad. Su amor por ella no se parecía a ningún otro que hubiese experimentado. Se sentía a la vez como su padre, su amante y su hijo. Durante la boda, cuando unió sus manos con las de María y sintió el sabor del trozo de membrillo que ella puso entre sus labios, experimentó la sensación de la realeza que Simón había mencionado. Había sido como si muriera en su propio viejo y gastado mundo para renacer en el glorioso de María. Su imagen, tal como la había visto por vez primera, estaba fija en su mente, serena e inmóvil como la estatua de una diosa. Su vestido de boda era de lino blanco con franjas azules, su manto era de tela de oro ribeteada de rojo, su cinturón de conchillas de oro bordadas. Sus sandalias de plata se curvaban como lunas crecientes, y llevaba en la mano una serpiente de piedras preciosas. En su diadema, por encima de sus serenos ojos verde mar, centelleaban doce racimos de diamantes; rodeaba su frente la cinta de Michal. La santidad manaba de ella cuando se dirigió a él repitiendo la antigua fórmula:

—Soy la madre de Adán y la madre de Salma; y a ti, Caleb, Caleb de Mamre, elijo como mi amor. —Él había temblado como un hombre enfermo.

Ahora, al pensar en ella, volvía a temblar. Sólo un encuentro, primero y último; y esa misma noche, antes del alba, ella había egresado a casa de Lysia, mientras él partía a Cesárea a embarcarse dirección a Roma. Antípater habría dado un año de su vida por verla un instante, por decirle una palabra. ¿Un año de vida? ¿Tendría siquiera una semana?

¿Y el niño?

Toda esa noche, tendido en el suelo de piedra con su manto púrpura, pensó en el niño. ¿Sería un varón? Su corazón le decía que sí. Cuando se durmió tuvo sueños maravillosos, cuya gloria iluminaba todavía su celda en el momento en que entró el carcelero, una hora después del alba, trayendo su desayuno: agua en una vasija de barro y un trozo de pan de centeno rancio.

—¿Qué traes? —preguntó Antípater, aún medio dormido.

—El pan y el agua de la aflicción, hasta que vuelva.

—Palabras de buen augurio. El prisionero a quien se le dijeron por primera vez salió en libertad.

—¿De veras? Supongo, entonces, que sus crímenes eran menos odiosos que el tuyo. —Salió, cerrando la puerta con estrépito.

Antípater dio gracias al Señor por el nuevo día, se lavó las manos y empezó a

comer. El influjo de sus sueños continuaba, de modo que el agua le pareció vino de Lemnia enfriado con nieve, y el pan, bizcochos de miel. Pasó el resto de la mañana leyendo las Escrituras con la mente serena; y en especial el capítulo del Génesis que narra cómo se libra Isaac del cuchillo del sacrificio que esgrime su padre Abraham le dio consuelo y esperanza.

A mediodía fue llamado nuevamente a la sala del juicio, que los judíos llaman Gabbatha o el Pavimento. Vio una vez más sentados juntos a su padre y a Varo; los saludó respetuosamente y se arrodilló como un suplicante a cierta distancia, esperando que se leyeran los cargos.

Herodes se puso de pie, agitó un papel y gritó:

—Es absurdo seguir todos los pasos de un juicio formal cuando tengo pruebas como ésta en la mano: una carta que te envió tu maldita madre, Doris, a quien ahora he repudiado y desterrado. Fue despachada un mes después de tu partida, pero mis fieles servidores de la policía la han interceptado. Dice así: «Quédate en Roma, querido hijo. Todo ha sido descubierto. Ponte bajo la protección del César».

Tendió la carta a Varo, quien observó secamente:

—Cuando la reina Doris escribió esta carta sin duda sufría de algún agudo dolor reumático. Tiene el temblor que caracteriza las confesiones obtenidas mediante la tortura.

Herodes miró con furia a Varo y aulló, entre silbidos asmáticos:

—Es la escritura de una mujer culpable cuyo temblor apenas le permite sostener la pluma. Espero, excelencia, que consideres concluyente esta prueba y pronuncies tu veredicto de inmediato.

—Tu hijo es ciudadano romano, majestad; temo que no podemos abreviar el proceso como propones (excepto, por supuesto, si él se declara culpable de los cargos presentados en su contra), sin grave ofensa al emperador.

Antípater se irguió, de rodillas.

—Padre, no me puedo declarar culpable de cargos que no he oído. Y te ruego que no me condenes sin escucharme. Que mi madre haya escrito «todo ha sido descubierto» no debe considerarse una prueba de mi culpabilidad, ni de la suya. Puede haber perdido temporalmente la razón, lo que explicaría el temblor de su letra, normalmente firme. Incluso es posible que alguien haya falsificado esa carta para desacreditamos.

Herodes interrumpió con lamentaciones y exclamaciones de furia, declarando que nunca un buen padre había sido peor servido por sus hijos, y que el más ingrato de todos era su hijo mayor, Antípater. ¡Cuánta ternura y amor, cuánto dinero y honor había dilapidado en él! Y ahora, ese mismo hijo conspiraba vilmente para asesinarlo en su ancianidad, sin poder siquiera esperar hasta que los buitres del tiempo limpiaran los secos huesos de la vida que aún le quedaban.

—¡Y qué prodigiosa hipocresía en estos últimos años! ¡Qué bien ha fingido cuidarme, darme sabios consejos, despedir a los criados infieles, aliviar la carga de

mis tareas públicas, sólo para descargar mejor el golpe final! —Luego, puso sobre los hombros de Antípater toda la responsabilidad por la muerte de Alejandro y Aristóbulo, acusándolo de haber sobornado testigos y de ejercer influencia oculta durante todo el proceso. Dijo, gimiendo y secándose los ojos, que ahora creía inocentes a esos, pobres muchachos; pero no había sido él su asesino; había sido Antípater. Su falso hijo Antípater, cuya vida entera podía resumirse diciendo «un misterio de maldad».

Ocultó la cabeza entre las manos y fingió llorar. En ese momento, Nicolás de Damasco, que había sido el consejero de la acusación durante el juicio de Alejandro y Aristóbulo, y también del de Sileo, se adelantó a leer los cargos. Era un hombre pequeño y delgado, con el cuello torcido y expresión desdeñosa.

Primer cargo: Antípater se había quejado a su madre la reina Doris, en cierta fecha, de que su padre, el rey herodes, había vivido demasiado tiempo y se tornaba más joven cada día; él tendría la barba gris antes de llegar al trono, y sería demasiado viejo para sentir placer con la mera posesión del reino.

Segundo: en una conversación con su tío Feroras, en cierta fecha aproximada, Antípater había llamado a su padre el rey «asesino y bestia salvaje», afirmando que «si tan sólo tenemos el valor y la fuerza de los hombres, seremos libres de vivir sin miedo nuestras vidas».

Tercero: Antípater había pedido a On-Heliópolis, en Egipto, un veneno sutil y mortal, que le había traído un tal Antifilo, miembro de su comitiva, y que él había entregado secretamente a Feroras para que se lo administrase a Herodes. De ese modo, Antípater, que había sido enviado por su padre a Roma por un asunto urgente, hubiera evadido toda sospecha; pero había vacilado y destruido todo el veneno, excepto una pequeña dosis que sería exhibida ante la corte.

Cuarto: Batilo, el liberto a quien Antípater había enviado de regreso desde Roma con mensajes para el rey, poco después de su llegada, había traído consigo un nuevo frasco de veneno para entregar a Feroras si el anterior no producía efecto; ese veneno había sido hallado y también se presentaría ante la corte.

Luego Nicolás presentó pruebas escritas de la culpabilidad de Antípater, acerca de esos cuatro cargos, en la forma de declaraciones arrancadas con la tortura a la reina Doris, a diez damas de la corte al servicio de Feroras, a Jochebed, esposa de Feroras, y a su hermana Noemí; así como también a Antífilo, a Batilo y otras personas. Leyó rápidamente esas declaraciones, que luego entregó a Varo.

Varo las estudió con interés y observó que la escritura de la reina Doris, después de la tortura, era idéntica a la muestra en la que sólo la aquejaba la culpabilidad; y que en ambos casos había usado el mismo papel barato y la misma tinta sucia, lo que le parecía extraño.

—¿Por qué extraño, excelencia? —preguntó Nicolás.

—¿Y preguntas por qué, mi buen Nicolás? Pues… porque es el mismo papel en que todos los testigos han escrito sus declaraciones: típico papel de cárcel, y tinta de

cárcel. No pretendo ser un experto criminólogo; pero, por el cuerpo de Baco, no he sido en vano magistrado durante treinta años. He aprendido a cultivar el sentido común elemental. ¿Qué papel usan las reinas? El más perfectamente fabricado, el más liso, ése del que un rollo pequeño cuesta cincuenta dracmas, perfumado con rosas o con almizcle. Pero este papel áspero, sucio y desparejo… es increíble que haya estado nunca en el escritorio de una reina elegante como Doris. Si no hubiese oído la afirmación del rey Herodes en sentido contrario, pensaría que la carta privada de la reina al rey Antípater en Roma ha sido escrita al mismo tiempo que la confesión, obtenida, según se ha admitido, mediante la tortura.

Esta respuesta desconcertó a Nicolás; Varo continuó:

—En las diez declaraciones de las damas de la corte de Feroras, que narran la historia de modo casi idéntico, se alega que el rey Antípater informó a su madre, en presencia de ellas, de que viajaba a Roma «para alejarme lo más posible de esa bestia, mi padre». Esto contradice la afirmación realizada en el tercer cargo, de que el rey Antípater fue enviado a Roma por su padre con una misión urgente, así como una carta que el rey Herodes me mostró hace algunos meses, donde dice lo mismo. También se acusa al rey Antípater de hallar «crueldad» en su padre, por «redactar su testamento de tal modo que mi hijo nunca podrá reinar después de mi». No puedo aceptar esta acusación. Tanto el rey Antípater como la reina Doris conocían el contenido de ese testamento, me refiero al que ahora ha sido cancelado. Y jamás hubieran podido decir tal cosa, porque ese testamento, como se me informó en la oportunidad de su presentación oficial, hacia al príncipe Herodes Filipo heredero del trono sólo si el rey Antípater era el primero que moría; e incluso en ese caso, la sucesión retornaba al hijo de Antípater a la abdicación o muerte del príncipe Herodes Filipo. Pero si el rey Antípater vivía, y sucedía a su padre, el derecho del príncipe Herodes Filipo caducaba, y el rey Antípater, con el consentimiento del emperador, podía designar a su hijo como único heredero si así lo deseaba. Esta discrepancia afecta gravemente mi confianza en el conjunto de las pruebas presentadas.

En el silencio siguiente, Antípater reunió suficiente osadía para hacer su defensa, breve y sencillamente.

—Padre, su excelencia Quintilio Varo me alienta a sugerir que esas declaraciones no son dignas de confianza porque todas ellas han sido arrancadas mediante la tortura; y que la carta de mi madre fue también arrancada por la tortura, desde luego sin tu conocimiento. Puedo probar también que las cartas de mi madre están invariablemente escritas en el mejor papel de Alejandría, y jamás en griego, sino en dialecto edomita y con caracteres hebreos. Mi madre no conoce bien la gramática griega, no habla bien la lengua y sólo puede escribir en ella con gran dificultad. Además, como sabes, se me ordenó ir a Roma por tu voluntad, y contra mi deseo: no es cierto que fuera para evitar tu presencia. Y te agradezco padre, por admitir que he sido un hijo leal y responsable desde que me sacaste de mi vida privada para mostrarme el mundo que puede construir el amor de un padre. Pero es difícil soportar

que me consideres no sólo un hipócrita, un fratricida y un parricida sino también un demente. Cuarenta años de mi vida he pasado libre de toda acusación de crimen, y jamás habría podido esperar de tu asesinato otra cosa que un espíritu torturado y la condenación final. Piensa: mi salario anual de cincuenta talentos, aparte de tus regalos y de la retribución de mis diversas funciones, es mucho más de lo que he gastado nunca; gozo del título y la autoridad de rey; me has recomendado a la protección de los hombres más nobles del Imperio. Y lo que es más importante aún: en toda mi vida no he oído de ti una palabra que no fuera amable, ni he tenido ocasión de quejarme de la forma en que me has tratado, siempre justa y generosa. No hay nadie en el mundo, desde el súbdito más pobre hasta nuestro gran benefactor, el mismo emperador Augusto César, que pueda negar la verdad de lo que te digo. Entonces, que me vuelva contra ti, como hacen a veces contra sus amos los perros pastores de Molosia, sólo podría explicarse por un acceso de locura; pero si estuviera loco, esto se vería también en mis otras acciones. ¿Crees quizá que me posee un espíritu maligno? En ese caso, te ruego que lo expulses en el nombre del sagrado Dios de Israel, alabado sea.

Herodes dijo entre dientes, tironeando de su barbita:

—Arrancaré de ti el espíritu maligno, pero no en el nombre del Señor. Lo haré en el nombre del emperador, y con el potro, el brasero y los tornillos para los pulgares.

—Estoy pronto para someterme a la tortura, padre, ya que mí causa está juzgada de antemano.

Varo objetó:

—No, no, rey Antípater; eres ciudadano romano y por tanto no puedes ser sometido a la tortura. El emperador jamás aprobaría que se practicara la tortura bajo el derecho romano en un oficial de alto rango de las fuerzas imperiales. ¿Podrías dar pruebas del afecto y confianza del emperador de que acabas de jactarte?

—Aquí hay dos cartas; una del mismo emperador, la otra de su esposa, la señora Livia. Están dirigidas a mi padre, pero todos pueden leerlas.

—Se leerán más tarde —dijo Herodes, arrebatando las cartas y ocultándolas entre los cojines de su trono—. Nicolás, continúa con la acusación.

Nicolás podía ver que la causa marchaba muy mal. La simpatía general de los presentes, excepto la del mismo Herodes y sus hijos Filipo y Arquelao, que tenían aspiraciones al trono, se inclinaba ahora a Antípater. Estaba demostrado que las pruebas presentadas, que al principio parecían concluyentes, estaban falsificadas al menos en parte; y la actitud de Antípater era la de un hombre inocente y profundamente herido. Por lo tanto, Nicolás se puso de pie dispuesto a atacar a Antípater con los ricos recursos del arte forense: lo llamó ibis inmundo, negra sierpe de Psilia, parricida incomparable. Lo denunció como traidor y asesino de sus hermanos inocentes, como seductor de Jochebed y de su hermana Naomí, como ejecutante regular de la parte del demonio Azazel en las orgías de lujuria y blasfemia de las brujas, en las que saltaba desnudo bajo la luna llena rodeado por un círculo de

doce mujeres también desnudas.

—Por tu propia confesión, detestable macho cabrio, no tenías otro motivo para tu parricidio que la pura maldad diabólica; la ambición, según supongo, de cometer un crimen sin paralelo en la historia o la leyenda, envenenando al padre que, como tú mismo has admitido, jamás cometió contigo la menor injusticia ni te dijo otra cosa que palabras amables, implicando en tu execrable delito a tu madre y al último hermano superviviente de tu padre. —Luego se volvió hacia Varo y le pidió:

—¡Destruye a este lobo insaciable, a esta hiena! ¿Ignoras que un parricida es un mal universal, cuya existencia ultraja a la naturaleza y difunde la mala suerte allí donde se posan sus pies inmundos, y que un juez que no castiga a un monstruo semejante debe enfrentarse al ceño de la justicia divina?

Cuando Nicolás concluyó con sus furibundas frases, Varo preguntó en tono formal a Antípater qué deseaba responder.

—Nicolás formula una arbitraria acusación de brujería y blasfemia que no ha intentado demostrar ni puede demostrar, y que no tiene relación con los cargos leídos al comienzo del juicio. Aparte llamarme con feos apodos, nada nuevo ha agregado a la causa y me alegra poder abstenerme de toda respuesta, porque no soy hombre pendenciero y no me agrada emplear un lenguaje sucio con ningún hombre. En cambio, llamo por testigo de mi inocencia de todos los crímenes mencionados por la acusación al Dios de mis padres.

Luego Nicolás urgió a Varo a examinar el veneno contenido en el frasco que, según se había dicho, había traído Antífilo de Egipto. Sugirió ordenar que lo tomara un criminal condenado para probar si era o no mortal.

Varo aceptó.

Se hizo entrar a un bandido de Galilea, a quien se había traído de antemano para esta demostración, y se le ofreció el perdón si tragaba un poco de polvo mezclado con miel. El hombre aceptó, lo tomó y en seguida cayó al suelo retorciéndose, apretando su estómago y su garganta, y gritando espantosamente. Lo llevaron a morir afuera.

Varo se echó a reír.

—Eso no es un veneno sutil —dijo—. Es arsénico, uno de los venenos más brutales y violentos. Los síntomas son muy conocidos e inconfundibles, y Feroras jamás se habría arriesgado a usarlo si no hubiese sido víctima de la misma locura inexplicable de que se acusa a Antípater. Si ese bandido, después de tomar el veneno, hubiera agradecido sonriendo a su Dios por haber escapado con vida, partiendo luego feliz del palacio, yo habría suspendido el juicio para ver si se trataba de un veneno de acción lenta. Pero ahora no puedo creer en el testimonio, arrancado por la tortura a Jochebed, mujer de Feroras, de que éste sea el veneno sutil supuestamente traído de Egipto por Antífilo. Mi experiencia con los fabricantes egipcios de venenos me ha enseñado a apreciar su talento, que supera en mucho al veneno de que aquí se trata. Rey Herodes, ¿puedo hablar unas palabras contigo en privado?

La corte pasó a un cuarto intermedio, y no se reveló lo que el rey Herodes dijo a

Varo; pero el procedimiento concluyó el día siguiente cuando Varo se despidió con toda cortesía y regresó a Antioquía sin dar sentencia.

Una semana más tarde Herodes reabrió la causa, sobre la base de que se había descubierto nueva evidencia. Sus agentes, dijo, habían hallado una carta escrita por Antífilo en Egipto al registrar a su esclavo, que se la traía a Antípater en Jerusalén. Decía lo siguiente:

«Te he enviado la carta de Acme con riesgo de mi vida, que dos casas reales amenazan. ¡Éxito en sus asuntos!».

Herodes dijo a sus agentes que la otra carta debía ser encontrada a toda costa, y sugirió que se registrara a fondo al esclavo. Naturalmente, la carta apareció cosida en el borde de su manto; era supuestamente de Acme, una judía al servicio de Livia, y estaba dirigida a Antípater:

«Le he escrito a tu padre en las palabras exactas que me has dictado, y luego le he entregado otra carta a mi señora Livia, también según tus mismas palabras, como si se la hubiese enviado tu tía Salomé. Esto debe producir la merecida muerte de Salome, porque el rey Herodes creerá naturalmente que conspiraba contra él».

Luego Herodes mostró aún otra carta, que acababa de recibir por el correo de Roma. Era, sin duda, la carta que había escrito Acme al dictado de Antípater, y decía:

«Como una verdadera hija de Israel he atendido aquí tus intereses. Acabo de hacer una copia exacta de una carta escrita a mi señora Livia por tu hermana Salomé. Como verás, te acusa de traición y perjurio; sin duda ha sido el producto del viejo odio que siente hacia ti porque le has impedido casarse con ese pícaro pagano, Sileo. Destrúyela por favor después de leerla, porque ha sido escrita con riesgo de mi vida». Se adjuntaba una supuesta copia de una dudosa carta firmada «Salome».

Sacaron a Antípater de la cárcel en mitad de la noche para mostrarle estos documentos. Negó haber tenido trato alguno con Acme, y sugirió que las cartas habían sido falsificadas por Antífilo.

—Eso lo resolverá el emperador —respondió Herodes—. Te enviaré a Roma para que seas juzgado allí.

—Hazlo así, padre. El emperador es justo, y no es fácil imponerle decisiones. El podrá establecer si las cartas firmadas por «Acme» han sido realmente escritas por ella, o si son falsificaciones de algún enemigo mío.

Pero Herodes no se arriesgó a enviar a Antípater a Roma. Fueron allí, en cambio, Nicolás y Arquelao, con un resumen de las pruebas presentadas en la primera audiencia de la causa, las copias de las cartas exhibidas en la segunda audiencia (aunque no los originales) y el pedido urgente de permiso para ejecutar inmediatamente al parricida. Herodes armó a sus enviados con ricos dones para Livia y para el secretario jurídico del emperador, y envió también veinte talentos de plata a Varo, en Antioquía.

IX

LA SANGRE DE ZACARÍAS

Isabel dio a luz sin dificultades un robusto niño varón. Cuando las mujeres de la casa se reunieron a admirarlo, llamándolo cariñosamente «pequeño Zacarías», ella exclamó:

—No alabéis al niño. Trae mala fortuna. Y por favor no lo llaméis Zacarías. Su nombre será Juan.

—Oh, señora —dijeron—, debes estar equivocada. Tu marido no le daría nunca ese nombre. No es usual en la familia. Naturalmente, no le dará su propio nombre, para evitar la confusión. Pero ¿no seria apropiado Zefanías? Es parecido, y sin embargo diferente, y está cerca de Zacarías en el canon de los profetas. O quizá podría llamarlo Abías, o Samuel, o tal vez Ezron; todos ellos serian buenos. Pero Juan, no, nunca.

—Yo misma daré nombre al niño, porque mi marido es mudo, y Juan es el nombre que he elegido. Porque el texto del servicio de circuncisión dice explícitamente: «El padre hablará y dirá el nombre del niño, o si ha muerto, su pariente más joven». Pero mi marido no puede hablar, y no ha muerto.

Ellas protestaron.

—Una mujer no puede dar nombre a su hijo. Seria indecoroso.

—Mujeres, ¿a qué tribu pertenecéis?

—A Judá.

—Y tanto yo como mi señor, vuestro amo, pertenecemos a Leví. Buscad en las Escrituras y hallaréis que nuestra madre Lea dio nombre tanto a Judá como a Leví sin preocuparse de consultar con su marido Jacob.

El octavo día, es decir el siguiente al séptimo, en que Isabel dejó de estar ceremonialmente impura, el rabí de Beersheba fue a circuncidar al niño. Lo tomó de brazos de Shelom y dijo:

—Su nombre será Zefanías, me ha dicho el portero.

—No, no —respondió Shelom—. Se llamará Juan. La señora Isabel lo ha dicho con suficiente claridad.

—No lo circuncidaré con ese nombre —exclamó el rabino—, sin una autorización escrita de su padre.

Se llamó a Zacarías, que estaba en su estudio, preparando una enumeración de profecías mesiánicas, con comentarios, un trabajo al que se dedicaba desde hacia muchos años. El rabino le entregó una tableta de escribir y preguntó:

—¿Cómo se llamará?

Isabel irrumpió desde el dormitorio y se detuvo entre el rabino y Zacarías. Dijo con indignación:

—Marido: he decidido llamar Juan a este niño, y mi descarada servidumbre desea llamarlo Zefanías. Diles que no tienen derecho a interferir con mi elección.

Zacarías escribió:

«Se llamará Juan».

—¿Juan? ¿Qué significa Juan? —exclamó el viejo y testarudo rabino—. Mi señor de Ain-Rimmon, me avergonzaría dirigirme a un hijo de Aarón por un nombre tan moderno como Juan. Hasta anteayer no hubo ningún Juan en Israel.

Zacarías se enfureció. Gritó:

—¡Necio, necio, criatura obstinada como una mula! ¡Digo que se llamará JUAN!

Todo el mundo se asombró al oír hablar a Zacarías. El mismo se asombró. Cayó sobre su rostro y dio gracias al Señor por haber desatado su lengua.

Luego se realizó la ceremonia de la circuncisión del modo habitual, y el rabino rezó:

—Dios nuestro y de nuestros padres, resguarda este niño para su padre y su madre, y que su nombre sea, en Israel, Juan, hijo de Zacarías. Que el padre se regocije con el producto de sus lomos, y su madre se alegre con el fruto de su vientre —sólo cuando el rabino se despidió y los llantos del niño se acallaron un poco, Zacarías empezó a considerar con aprensión los posibles efectos de haber recuperado la voz, deseando de todo corazón volver a la mudez. Recordó el horror de su visión en el santuario, sabiendo que ahora debía dar testimonio ante la corte suprema. Dijo tristemente a su hijo:

—¡Ay, pequeño Juan, temo que no viviré bastante para verte hablar y caminar!

Isabel protestó, con asombro:

—¿Cómo? ¿Que mi hijo quedará huérfano antes del año? ¿No tienes una bendición mejor para él?

Zacarías sintió que el reproche era justo. Respondió:

—Permite, mujer, que vuelva a mi estudio, porque no poseo el arte del discurso improvisado; pero antes de que caiga la noche, con la gracia del Señor, habré compuesto la bendición que pides.

Ahora bien, cuando lo habían llamado de repente para responder al rabino, dos trozos de pergamino, que formaban parte de su enumeración de profecías, habían sido arrastrados por la corriente de aire hasta quedar junto a su pluma y su bol de arena. Los recogió y los leyó. El primero era el bien conocido pasaje del capítulo cuarenta de Isaías que comienza:

> Una voz grita: abrid camino a Jehová en el desierto,
> enderezad en la estepa una calzada a vuestro Dios.

En el otro trozo estaba el pasaje igualmente bien conocido de los Salmos que comienza:

El Señor ha jurado un firme pacto con David…

El versículo que atrajo su vista fue:

> Allí haré que florezca el cuerno de David; he ordenado
> una lámpara para mi Mesías.

Ese hallazgo casual le dio lo que los poetas del Neguev llaman una llamarada, una brusca lengua de fuego que se apodera del sacrificio poético y lo consuma. Murmuro:

—Se dice que un hombre que ama al Señor y a su prójimo hallará al menos un poema escrito en su corazón si lo busca atentamente. Quiera el Señor darme habilidad y paciencia para transcribir el mío.

Con manos temblorosas empezó a escribir, tachando y reescribiendo hasta que su pluma de ganso se tornó roma y borroneaba las letras. Demasiado abstraído en sus pensamientos para recortarla, la arrojó por encima de su hombro y cogió una nueva. Y apenas media hora más tarde —salió corriendo de su estudio con el pergamino en la mano—, se inclinó sobre el niño dormido y canturreó:

> El Dios de Israel, bendito seas,
> que visitó con su majestad a sus hijos
> y los rescató del cautiverio en Egipto,
>
> ¿no hará que florezca un blando cuerno
> en la frente de sangre principesca de David
> para el renacimiento de nuestra nación?
>
> Dice lo mismo la lengua de cada poeta
> que ha expresado la verdad desde que el mundo era joven
> cantando proféticamente en su Nombre:
>
> Una promesa de salvación de nuestros enemigos, de paz,
> para servirle bien, con inmensa ventaja,
> santos y sin miedo hasta que se acabe la vida.
>
> Ahora se renueva el juramento que antes
> hizo a nuestro gran padre Abraham
> de que el Canaán sería nuestro para siempre.
>
> Y de ti, niño, dirá el mundo asombrado:
> «Mirad al precursor del rey que despeja el camino
> predicando la salvación y el día anhelado,
>
> como despeja el alba las dudas de la noche
> con abundancia de oro puro, y a despecho del pecado
> conduce con su luz nuestros pies a la merced.

Cuando Juan tuvo un mes de edad, Isabel hizo la promesa de consagrarlo a Jehová como Nazareo, según las reglamentaciones expuestas en el capítulo seis del Libro de los Números: jamás cortaría su pelo, jamás bebería vino ni comería uvas. Y emulando el poema de Zacarías, compuso para su hijo una canción de cuna que aún subsiste en Ain-Rimmon, donde yo mismo pude oír a una mujer del pueblo que se la cantaba a su niño inquieto:

Paseando por el jardín,
un bello día de primavera,
vi un alto granado,
rey de todos los árboles.

El fuego del sol ardía en sus hojas
más verdes que el berilo;
sus rojos pimpollos florecían
más dulces que la canela.

Con mano trémula arranqué una flor,
la puse entre mis pechos;
duérmete, mi niño,
fruto del alto granado.

Pronto llegó a Jerusalén la noticia de que Zacarías se había curado repentinamente de su mudez. Convocado a presentarse ante el sumo sacerdote, guardó en una caja de cedro su inconclusa enumeración de profecías firmó y selló su testamento, dio a Isabel y a su hijo Juan el beso de despedida y partió solo a caballo hacia la ciudad, con el corazón lleno de malos presagios.

Cuando, la tarde siguiente, anunció su llegada en la casa de Simón en el barrio viejo, se le pidió que aguardara en una antecámara, donde se le daría de comer y de beber. Simón convocó luego al consejo, o gran sanhedrín; sus miembros deberían reunirse tan cerca de su casa como fuera posible, y no en la casa de piedra tallada, como solían, «para el fin de investigar la naturaleza y las circunstancias de la reciente experiencia del sacerdote Zacarías en el santuario, por plantear ésta cuestiones de importancia política». Simón exigió que se mantuvieran en secreto la hora, el lugar y el asunto.

No se debe confundir el gran sanhedrín con el otro sanhedrín, llamado también Beth Din o corte suprema. Originariamente, sólo había uno; pero cuando el partido fariseo dominante prohibió a la reina Alejandra, viuda del rey Alejandro Janeo, el macabeo renegado, dar decorosa sepultura al cuerpo de su marido, ella logró persuadirles a cambiar su actitud prometiendo que, en el futuro, el sanhedrín sólo estaría integrado por fariseos, excluyendo a los saduceos, que habían sido los principales defensores de Alejandro y le habían ayudado en la masacre de ochocientos fariseos. Entonces los saduceos formaron un sanhedrín rival, que fue reconocido oficialmente por el padre de Herodes cuando Julio César lo designó

gobernador general de Judea. El sanhedrín original, la corte suprema, siguió siendo exclusivamente fariseo y entendía sólo en asuntos religiosos; pero el sanhedrín político, que se llamó a si mismo gran sanhedrín y se ocupaba de asuntos profanos, era predominantemente saduceo, si bien los fariseos estaban representados. En términos ideales, entre los judíos no había distinciones entre asuntos laicos y religiosos, porque la ley de Moisés gobernaba la vida social y económica; sin embargo, el gran sanhedrín tenía gran utilidad política, porque podía ocuparse de manera realista de instituciones extranjeras que, dentro del estado de Judea, no tenían existencia para los fariseos. Por esta razón, la corte suprema insistía en que el *Mezuzah* —que se fijaba junto a la puerta de todo edificio no sagrado en sí— estuviera junto a la puerta de la casa de piedra tallada cuando allí se reunía el gran sanhedrín; pero durante las reuniones de la corte suprema la casa se convertía en un edificio sagrado y se quitaba el *Mezuzah* temporalmente. (El *Mezuzah* es un pergamino que lleva escrito, en un lado, el texto del Deuteronomio que comienza «Oye, oh Israel» y, en el reverso, el nombre divino *Shaddai*; se coloca, arrollado, dentro de un cuerno o una caja de madera, de modo que por una abertura pueda leerse el nombre).

Simón había decidido presentar el caso de Zacarías ante el gran sanhedrín, aunque el asunto parecía caer por completo dentro de la jurisdicción de la corte suprema; porque si se demostraba que Zacarías era culpable de alguna irregularidad ceremonial, el jefe del curso de Abías podría entonces persuadir a sus colegas saduceos, de mente amplia, a acallar el asunto con una postergación *sine die* y un informe en palabras discretas. Actuó rápida y secretamente para impedir que los presidentes conjuntos de la corte suprema pudieran reclamar la conducción de la investigación. Todos los miembros del gran sanhedrín tenían gran experiencia jurídica, y como se les exigía el dominio de lenguas extranjeras y de ciencias humanas aparte del conocimiento literal perfecto de las Escrituras canónicas, Simón esperaba que fuesen suficientemente mundanos para resolver el asunto sin escándalo.

Cuando sus mensajeros terminaron su tarea y quedó reunida en pleno una corte de investigación bajo la presidencia de Simón, ya había pasado una hora desde la puesta del sol; pero no se llamó de inmediato a Zacarías. Simón prefirió iniciar la investigación interrogando a Rubén, hijo de Abdiel, a quien se pidió que explicara por qué, la noche en que Zacarías había quedado mudo, había sacado secretamente del santuario algunos objetos húmedos envueltos en su manto.

Rubén miró a su alrededor: los graves ancianos, sacerdotes y doctores, miembros de pleno derecho de la corte, estaban sentados en semicírculo rodeando la silla del presidente; detrás de ellos había tres hileras de miembros asociados; dos escribientes, provistos de plumas y papel se disponían a tomar nota del procedimiento. Sintió entonces súbita alarma, y decidió revelar toda la verdad, y no continuar protegiendo a Zacarías.

Declaró bajo juramento que, al entrar esa noche en el santuario, había visto

apagado el fuego del sacrificio en el altar del incienso, aunque las siete lámparas del candelabro sagrado ardían con brillo Entonces, para salvaguardar el honor del curso de Abías, había recogido las cenizas húmedas del altar, encendido nuevamente el fuego y quemado incienso, como correspondía; y esas cenizas húmedas eran lo que había sacado del santuario, envueltas en su manto, al primer canto del gallo, cuando terminaba su misión, esperando que el guardián de la cortina que venía a relevarlo no advirtiera nada irregular.

Simón comentó:

—En mi opinión, hijo de Abdiel, has obrado bien; aunque sin duda habrías obrado aún mejor si hubieras narrado de inmediato lo ocurrido, a mí mismo, o al venerable jefe de tu curso —se inclinó ante el anciano sacerdote, que asintió gravemente, y agregó—: Hermanos e hijos, ¿desea alguno de vosotros interrogar aún al sabio Rubén?

Un joven miembro asociado de barba rizada se puso en pie y preguntó imperiosamente:

—Pregúntale, santo padre, qué mano maligna, según él supone, apagó el fuego.

Hubo un murmullo de asentimiento, mezclado con exclamaciones de disgusto. Los ancianos de barba blanca del frente torcieron el cuello para mirar con reproche al causante de esa inoportuna interrupción. Se decía que los asociados de la última fila debían ser vistos pero rara vez oídos. Además, las reglas de la corte no les permitían participar en la acusación; y aunque no se había expuesto un cargo contra Rubén ni contra Zacarías, de modo que no se podía aún hablar de acusación ni de defensa, era evidente que ese asociado no deseaba el bien de Zacarías.

De mala gana, Simón hizo la pregunta.

Rubén respondió:

—Santo hijo de Boeto: si digo cómo pienso que fue extinguido el fuego, esta honorable corte se enojará conmigo. Por tanto, me abstendré de toda opinión. Estoy obligado a revelar hechos; pero no conozco una regla que me imponga revelar los pensamientos más íntimos de mi corazón.

—Según entiendo —dijo Simón—, esta corte no censurará tu opinión, cualquiera sea su naturaleza.

Entonces, Rubén dijo:

—Notables del sanhedrín: a nadie se admite como miembro de este famoso tribunal si posee tan poca experiencia en las artes mágicas que no es capaz de exponer y castigar la magia cuando la practican los enemigos de nuestra religión. Hay setenta y uno de vosotros, la corte en pleno, en este salón donde sólo una silla está vacía, la reservada al gran profeta Elías, que aún no ha padecido la muerte. Llamo como testigo a Elías, si me oye, como puede hacer manteniéndose invisible, de que digo toda la verdad, sin agregar ni omitir nada. Fue así. Cuando entré esa noche en el santuario como asistente de mi pariente Zacarías, advertí de inmediato que el aire olía mal y que había unas marcas húmedas que manchaban el limpio suelo de mármol. El

mal olor se podía deber sencillamente al incienso y las brasas apagadas; pero sentí que mí nariz percibía otra cosa: el olor sutil y ubicuo del mal. Y cuando me incliné a limpiar las marcas con la servilleta bordada, retrocedí con horror. Oh, sabios ancianos de Israel, contened vuestra furia; porque, tan ciertamente como que vive el Señor nuestro Dios, las marcas que vi eran huellas no del pie de un hombre sino, me horroriza decirlo, de las estrechas pezuñas de un asno sin herrar.

Sin detenerse a observar el efecto de esa terrible declaración sobre la corte, Rubén continuó:

—Se ha pedido que diga mi opinión acerca de la forma en que se apagó el fuego en el altar del incienso. La diré. Mi opinión es que mi pariente Zacarías, mediante hechizos blasfemos y abominables, conjuró allí en el santuario mismo de nuestro Dios, a un diabólico Lilim de patas de asno, y le obligó a servirle. ¿Por qué? ¿Acaso para persuadir al demonio a henchir el vientre de su esposa Isabel, que había sido estéril durante veinte años? Porque se acreditan esos poderes a los demonios. ¿O fue llamado el demonio para revelar el sitio exacto de un tesoro enterrado? ¿O para causar algún grave daño a alguna persona a quien Zacarías odiaba? No puedo responder a estas preguntas; pero mi opinión meditada es que un demonio fue convocado y que acuciado por su odio diabólico, ese demonio apagó las llamas con un chorro de agua inmunda que lanzó de su boca. ¿Por qué creo algo tan poco probable? Porque, a pesar de que busqué cuidadosamente, no pude encontrar en el santuario ninguna vasija que hubiese podido servir para apagar el fuego. Y si se me pregunta por qué pienso que Zacarías quedó sin habla, mi respuesta será ésta: un ángel del Señor dejó mudo a Zacarías para que su boca no pudiese pronunciar nuevas blasfemias, encantos ni palabras abominables.

Simón preguntó nuevamente:

—Hermanos e hijos, ¿desea alguno de vosotros interrogar a un sabio Rubén?

Todos guardaban silencio, asombrados y escandalizados, esperando que algún otro hablara primero. Finalmente, el mismo asociado de barba rizada que había hablado primero se puso de pie, pero esta vez miró con modestia a su alrededor y tosió como si pidiera permiso para formular otra pregunta.

Alentado por un suave rumor, dijo:

—Santo padre, por favor pregúntale esto: «Las huellas que has visto, ¿eran las de un asno caminando a cuatro patas o sobre las patas traseras?».

Simón hizo la pregunta.

—Sobre las patas traseras —respondió Rubén, estremeciéndose. Luego reiteró su historia sin contradecirse, aunque Simón intentó atacar las pruebas mediante el ridículo.

Posteriormente Simón pidió a los asociados que se retiraran para mantener una consulta con los miembros de pleno derecho: por supuesto el tema era decidir si la causa debía remitirse a la corte suprema, ya que había asumido un giro tan penoso y desconcertante. Pero los celos derrotaron al desconcierto. Se hizo una votación y

decidió continuar con la investigación.

Se llamó nuevamente a los asociados, y una vez que los escribientes leyeron la declaración de Rubén, se convocó a Zacarías. Éste entró parpadeando, porque se había dormido de fatiga.

Simón dijo en voz suave:

—Hijo de Baraquías, esta corte desea saber cómo se extinguió el fuego en el altar del incienso durante la noche de tu ministerio en que perdiste el habla. Antes de que respondas, debo advertirte que se te acusa de hechicería.

Zacarías guardó silencio unos momentos. Luego preguntó con amargura:

—¿Diré la verdad, que ultrajará a todos, o una cómoda mentira? —añadió gimiendo—: Quisiera Dios que volviera a enmudecer.

—Debes decir la verdad, hermano, si deseas que se te haga justicia.

—Si digo la verdad me mataréis; pero mi alma no tendrá paz si miento o si omito la verdad. ¿No preferís dejarme piadosamente en paz? ¿No será mejor que disolváis esta corte?

—No puedo disolver una corte de investigación. Sólo puedo postergar la vista. ¿Desearías una postergación?

Zacarías reflexionó. Después de una pausa, dijo:

—Una postergación sólo significaría mayor angustia. No; sea entonces así. Diré la verdad esta noche, pero debéis jurar por el Dios viviente que si he de morir por lo que diga, no tomaréis venganza sobre mi familia y me mataréis limpiamente, por amor a la verdad. ¿Habéis oído? Jurad por el santo nombre que no moriré ahorcado, estrangulado ni por el fuego, y que daréis decorosa sepultura a mi cuerpo. Porque morir es odioso, pero morir maldito significa vagar sin morada entre lagartos y chacales como un fantasma errante que busca perpetuamente el descanso.

Simón respondió con gentileza:

—Ese juramento no es necesario. Di toda la verdad y confía en la piedad del Señor —luego leyó la declaración de Rubén y preguntó a Zacarías si era verdad.

—No dudo de que Rubén ha visto lo que declara haber visto —dijo Zacarías—, ni tampoco de que su poco caritativo corazón ha creído y cree que soy capaz de un crimen abominable. Su odio contra mi arde desde que, hace dieciséis años, di testimonio ante la corte de que el pozo de la Quijada era propiedad de mi cuñado Joaquín, a quien veo aquí presente. El corazón de Rubén es un nido de quejas. Quiera el Señor purificarlo con una brusca llama que no queme —calló nuevamente pero luego, de modo entrecortado y jugueteando nerviosamente con las filacterias que tenía en el brazo, continuó:

—Yo estaba ofreciendo incienso en el altar, con vestiduras limpias y el cuerpo puro después de haber ayunado todo el día. El guardián de la cortina se marchó del santuario a mi llegada, como es la costumbre. Y yo concluía el rito cuando oí de pronto una voz débil. Provenía del otro lado de la cortina sagrada y me llamaba por mi nombre: «Zacarías». Respondí: «Aquí estoy, Señor. Habla, que tu siervo te

escucha». La voz dijo: «¿Qué es lo que quemas en mi altar?». Y yo respondí: «Dulce incienso, Señor, según la ley que has dado a tu siervo Moisés». La voz preguntó luego: «¿Es el sol de la santidad una prostituta o un catamita? ¿Acaso llega a mis narices el olor del estoraque, el ligamento de la concha, el incienso olíbano y la cañaheja, todo molido y ardiendo juntamente sobre brasas de cedro? ¿Ofrecerías un baño de sudor al sol de la santidad?». Yo no pude articular palabra. Me prosterné y oí que se descorría la cortina y se acercaban unos pasos majestuosos. Y luego un silbido y un chisporroteo cuando se apagaba bruscamente el fuego del altar. Perdí el sentido.

El sanhedrín escuchaba en terrible silencio. Ningún hombre osaba mirar el rostro de su vecino para leer lo que en él estaba escrito.

Por fin, Simón dijo en voz temblorosa:

—En cierta oportunidad, el sumo sacerdote Juan Hircano ofreció incienso en ese mismo altar y a esa misma hora cuando una voz divina le anunció la victoria de sus hijos sobre el malvado rey Antioco. Pero sólo oyó la voz, y no un ruido de pasos. Continúa con tu declaración.

—¿No he dicho suficiente?

—Hay más. ¡Continúa!

—Entonces, cuando volví en mí, vi, cuando por fin recobré el sentido y alcé la cabeza, vi…

—¿Qué?

—Vi… ¡Oh, Dios misericordioso, devuélveme la mudez!

—¿Qué fue lo que viste?

—Santo hijo de Boeto, compadécete de mí porque debo explicar la naturaleza de mi visión. Vi una potencia vestida con esas ropas luminosas que tú mismo usas durante los grandes festivales. Esa potencia sostenía contra su pecho un perro de oro de tres cabezas y un cetro dorado de la forma de una rama florecida de palmera; y tan ciertamente como que el Señor nuestro Dios vive, esa potencia estaba entre la cortina y el muro derecho; la potencia superaba la estatura humana y dijo en la misma voz débil y serena: «No te asustes, Zacarías. Sal y di a mi pueblo verazmente lo que has visto y oído». Y no pude hacerlo, porque enmudecí.

En la frente de Zacarías aparecieron perlas de sudor que rodaban hasta su barba, donde brillaban a la luz de las antorchas que ardían, a su lado, en un brazo de hierro. Abrió la boca para continuar, pero la cerró convulsivamente.

Simón sentía dolor por Zacarías en lo más intimo de su corazón. Dijo a la corte:

—He concluido con mi interrogatorio. ¿Es necesario hacer más peguntas al hijo de Baraquías? Estas palabras son fruto del delirio o una imaginación enferma. Registrarlas en el acta de esta reunión sería extremadamente desaconsejable.

Un anciano doctor llamado Matías, hijo de Margaloto, se puso en pie resueltamente.

—Santo hijo de Boeto —dijo—; si sólo Zacarías hubiese dado testimonio de esta aparición, apoyaría tu propuesta de que cerremos nuestros oídos a ese delirio. Pero

¿qué hacer con el testimonio de Rubén? Rubén vio huellas. ¿Puedo interrogar a mi vez al hijo de Baraquías?

—Concedido —dijo Simón.

Matías dijo:

—Responde con cuidado, Zacarías. ¿Te reveló su rostro esa potencia que hablaba en nombre de Dios?

Zacarías dijo con labios temblorosos:

—Hijo de Margaloro, se me ha ordenado decir la verdad. Reveló su rostro.

—Oíd esta blasfemia, ancianos e hijos de Israel. ¿Para qué debemos oír más pruebas? ¿No está escrito que el Señor dijo a su siervo Moisés: «Pero mi rostro no lo podrás ver; porque ningún hombre lo verá y vivirá»?

Zacarías semejaba un antílope atado. Exclamó:

—El señor Dios me ha dado oídos para escuchar, ojos para ver, boca para hablar. ¿Por qué debería desdeñar estos dones sagrados? Oídme, ancianos e hijos de Israel, oídme bien: ¿Qué fue lo que vi? Vi el rostro de la potencia, y ese rostro brillaba, aunque su brillo no era enceguecedor, y parecía —su voz se alzó hasta convenirse en un chillido— ¡el rostro de un asno salvaje!

Entonces se oyeron un suspiro y un murmullo, como el suspiro y el murmullo que preceden a las tormentas. Y de aquí y allá brotó una exclamación contenida:

—¡Ay! ¡Blasfemia, blasfemia!

Todos los presentes se pusieron de pie y empezaron a desgarrar sus vestiduras. Eran hombres de mundo y se abstenían de romper violentamente sus ropas como hacen los judíos humildes de los pueblos cuando alguien pronunciaba una palabra blasfema. Se contentaban con romper las breves costuras de blasfemia de que estaban provistos sus mantos, exclamando:

—¡Ay de la boca que dice esas palabras!

Rubén alzó su voz sobre el clamor.

—Simón, hijo de Boeto, declaro que ese hombre, aunque pertenece a mi clan, es un hechicero que ha profanado el santuario con la hechicería. Exijo que esta declaración sea aceptada como un cargo, que se pida a Zacarías una respuesta inmediata y que, si no la puede dar, se haga una votación y un recuento para una sumaria sentencia de muerte.

Simón replicó severamente:

—No se puede obrar así, hijo de Abdiel. Has sido convocado como testigo, ¿te postulas ahora como acusador? ¿Debo recordarte que nos hemos reunido como corte de investigación y no como corte de justicia? Incluso si fuéramos una corte de justicia calificada para atender en este caso, no podríamos condenar de inmediato al hijo de Baraquías. La norma dice: «Cuando la sentencia es de inocencia se puede dar en el día; si es de muerte, sólo se puede pronunciar el día siguiente». ¿E ignoras la ley que prohíbe que se juzgue a un hombre, como tú quieres, sin llamar por lo menos a dos testigos?

Simón sufría gran angustia. Aunque sabía en su interior que Zacarías era inocente, no podía decir ante la corte que la visión podía ser divina o angélica. Y menos aún podía exponer sus propias sospechas, capaces, en caso de ser aceptadas, de lanzar directamente la nación a la guerra civil. Sin embargo, esas sospechas tenían tan sólido fundamento que no habría vacilado en presentarlas como un hecho consumado. Sólo era posible una explicación de esa visión, ahora que la relacionaba con un incidente que le había contado, el día siguiente, el sacerdote de la guardia del templo. La guardia del templo era una patrulla permanente formada por un sacerdote y siete levitas; marchaban en torno del templo de día y de noche, a intervalos regulares, para ver si los centinelas vigilaban y si todo estaba en orden. Había un centinela en la cámara del hogar, otro en la cámara de la llama, y un tercero en el ático. El sacerdote de la primera guardia había informado al oficial superior, el capitán del templo: «Cuando entré en el ático, después de mi relevo de la tercera guardia, encontré dormido al centinela Zicri, hijo de Shamai. Di fuego a su manga con mi antorcha, como exigen mis órdenes, pero ni siquiera entonces despertó. Parecía borracho o drogado, porque se quemó un poco la carne de su brazo antes de que despertara». El capitán del templo, al dar la noticia, había rogado: «Por favor, santo padre, no lleves el asunto ante la corte suprema, porque Zicri es hermano de mi esposa y ya ha sufrido por sus locuras. Te diré, además, sinceramente, que ha cenado anoche en mi propia mesa».

Simón podía imaginar la escena tan vívidamente como si la hubiera visto desde las escaleras del altar. La clave de la aparición era el pasaje subterráneo secreto que iba desde la torre de Antonia hasta el patio interior. La excusa de Herodes para construir ese pasaje había sido que, si un brusco tumulto en el templo ponía en peligro los instrumentos sagrados de culto, éstos se podían llevar rápidamente a la seguridad de la torre. Cerca del final del pasaje, una estrecha escalera conducía a las habitaciones de depósito situadas sobre el santuario y, de allí, a la cámara vacía situada inmediatamente encima del Sancta sanctórum. Esa cámara era el ático donde había de guardia un centinela. En el suelo de esa habitación vacía había una puerta trampa por la cual muy rara vez, y después de un sacrificio propiciatorio y un campanilleo de advertencia, repetido siete veces, descendían obreros telmenitas para realizar alguna reparación indispensable en el sancta sanctórum. Descender desde lo alto de ese recinto tremendo, cuando era necesario, era la única forma de evitar la maldición de la entrada. Además, ahora se guardaban las vestiduras y ornamentos del sumo sacerdote —que la potencia había usado— en la torre de Antonia, bajo la custodia del capitán del templo, que había sido designado personalmente por Herodes. Simón podía reconocer, por otra parte, los tres objetos mencionados por Zacarías en su declaración: la cabeza de onagro de oro de Dora, el perro dorado de Salomón y el cetro dorado de David.

¿Quién era la potencia? Simón lo sabía. Había leído las *Historias* del egipcio Manetón. Manetón recordaba que la ciudad de Jerusalén había sido fundada por los

reyes pastores de Egipto cuando los faraones de la décimo octava dinastía los expulsaron de la gran ciudad de Pelusia, la ciudad del sol. Los israelitas eran entonces vasallos de los reyes pastores. Cuando una o dos generaciones después, huyeron de Egipto dirigidos por Moisés, regresaron —después de pasar largo tiempo en el desierto— a Canaán, donde renovaron su culto al dios de los pastores y a su esposa Anatha, la diosa de la luna. Acompañó a ese homenaje una ofrenda masiva de prepucios, porque durante su vagabundeo por el desierto los israelitas habían abandonado la costumbre egipcia de la circuncisión.

El dios de los pastores era el Dios Sol egipcio Sutekh, o Set, que aparece en el Génesis como Set, hijo de Adán; y cuando el rey David despojó de Jerusalén a los jebusitas, descendientes de los pastores, Set se convirtió en el dios de todo Israel con el nombre de Jehová. El Menorah —el sagrado candelabro de siete brazos del santuario— evocaba esta historia. Representaba al sol, a la luna y a los cinco planetas: Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno; y de acuerdo con los doctores de la ley ilustraba el texto del Génesis en que Jehová dice, el cuarto día de la creación: «Sea la luz». El Menorah se colocaba hacia el oeste-sudoeste, un punto del cielo que sólo tiene relación con el sol cuando éste declina, de modo que cuando el rey Josías reformó la religión solar judía, no se alteró ni suprimió la antigua tradición: «En esa dirección tiene su morada Dios el Señor». Sin embargo, dibujad un mapa de Judea y Egipto donde Jerusalén sea el centro de una brújula de doce puntos, y seguid la línea que corre hacia el oeste-sudoeste. El ojo recorre colinas salvajes y lugares desiertos hasta que encuentra el Nilo, en el comienzo del Delta, y allí mismo, en la costa oriental, On-Heliópolis, la ciudad más antigua y sagrada de Egipto, la ciudad del Dios Sol Ra, cuyos títulos conquistó, cuando estaba senil y vacilante, Set. On-Heliópolis, donde crece el sagrado árbol persea cuyas ramas alza cada mañana el Dios Sol; On-Heliópolis, donde el fénix inmortal muere y renace en su nido de incienso olíbano; On-Heliópolis, donde Moisés era sacerdote; On-Heliópolis, en cuyas cercanías construyó el sumo sacerdote judío Onías, fugitivo, un templo rival del templo de Jerusalén, justificando su acción con el capítulo diecinueve de Isaías:

> Ese día, cinco ciudades de la tierra de Egipto hablarán la lengua
> de Canaán y jurarán lealtad al Señor de los ejércitos.
> Una de ellas será la ciudad del sol.
> Y ese día se elevará un altar al Señor en mitad de las tierras
> de Egipto y un pilar en su frontera.

Porque On-Heliópolis está a la vez en el centro de Egipto y en su frontera.

¿Quién era, entonces, la potencia? La potencia sólo podía ser el mismo Herodes, disfrazado de la deidad. Coronaba una vida de premeditación con ese acto increíblemente osado que pretendía identificar al Dios de Israel con su antigua imagen de Set, a quien los egipcios adoran bajo la apariencia de un onagro o asno salvaje.

«¡Qué terrible locura!», pensó Simón. Creer que podía hacer retroceder la sombra del reloj de sol, creer que los ancianos de Israel, después de adorar durante siglos a un Dios trascendente, un Ser tan único y remoto que no era posible comprender su naturaleza ni conocer su apariencia —aunque también un Dios de misericordia, justicia y caridad podían ser inducidos a doblar la rodilla ante esa bárbara deidad de cabeza de bestia. Ante ese infame Set que había despedazado a su hermano Osiris y enviado escorpiones a matar al niño Horus; ante Set, ese demonio del siroco que respiraba fuego, odiado por los dioses, a quien los griegos llamaban Tifón; ante Set, el gran opresor de la humanidad en cuyo odioso nombre se arrojaban aún victimas todos los años a la bestia de los cañaverales, el almizclado cocodrilo de dientes amarillos de Pelusia.

Simón sabía que Zacarías estaba en peligro de muerte. Los mismos muros de la corte parecían gritarle imprecaciones. No debía haberse engañado; debía haber distinguido de inmediato entre la Voz del Señor, que habla interiormente, y la voz del hombre, que sólo llega a la oreja; entre la majestad del Señor que arde en el corazón y en la mente, y el orgullo del hombre que se dirige al ojo; entre los maderos del bosque, como los llaman los poetas, y la divina sabiduría que ha abatido los más bellos troncos para su templo sagrado.

Simón pidió silencio y resumió el caso.

—Si el hijo de Baraquías, mediante conjuro, invocó a un demonio maligno para profanar el santuario, según el cargo formulado por Rubén hijo de Abdiel sin autorización de esta corte, seguramente la furia del Señor caerá sobre él. Porque está escrito: «Apartaré mi rostro del que se vuelve a los espíritus familiares y a los brujos y lo cortaré de mi pueblo». Es manifiestamente imposible que fuera Dios mismo, y no un demonio, quien apareció ante Zacarías, puesto que Zacarías vive aún y está escrito que quien mira el rostro del Señor morirá instantáneamente; Moisés sólo vio la espalda de Dios. Además, Zacarías, aunque no haya conjurado personalmente ese demonio, aunque sólo lo haya encontrado accidentalmente en el santuario, se ha dirigido a él con reverencia como si fuera el Señor. ¿No ha roto por lo tanto el primer mandamiento que dice: «No tendrás otro Dios más que a mí»? Yo no puedo concebir, personalmente, que Zacarías sea culpable de una grave falta; sin embargo, dudo que esta honorable corte tenga autoridad para juzgar esta causa, aunque asumiera el carácter de una corte de justicia. Me parece, por lo tanto, que debemos dirigirnos a la corte suprema, que puede resolver casos insólitos como éste.

Rubén interrumpió con indignación:

—¡Hemos escuchado con nuestros oídos sus blasfemias! ¡Sólo por eso merece la muerte por lapidación!

—Hijo de Abdiel, no nos insultes con tu continua pretensión de ignorancia. Se impone la muerte por lapidación a un blasfemo sólo cuando une el nombre sagrado a una maldición o una obscenidad; la blasfemia referida a los atributos del Señor se pena con una severa flagelación. Y es mi obligación advertirte que, si en un caso

capital, se halla que has dado falso testimonio contra tu pariente, tú mismo puedes verte bajo la sombra de la muerte.

Luego, Simón disolvió la corte con un gesto decidido, después de agradecer a sus miembros la corrección demostrada en esas penosas circunstancias y de pedir a los doce principales para que le aconsejaran qué cargo preciso o qué cargos, si los había, se debían formular contra Zacarías, y en qué corte.

Zacarías estaba ahora libre de regresar a su casa, porque según ley judía una persona acusada se considera totalmente inocente hasta que se aprueba la sentencia y no está por lo tanto sometida a privación de libertad. Sin embargo, él permaneció meditando en su silla hasta que Simón le pidió que se marchara. Después de una reverencia formal, salió lentamente a la antecámara, repleta de grupos de miembros y asociados que conversaban en voz baja y excitadamente. Su expresión de angustia convenció a alguno de ellos de que los demonios anidaban entre los pliegues de su ropa; se alejaron hasta de su sombra, como si fuera la de un leproso.

Rubén señaló con el dedo y exclamó:

—No se puede soportar tanta clemencia. Debe morir esta noche, para que no se avergüence toda Israel. No se debe permitir que el hechicero vea otro sol.

Joaquín, el padre de María, que participaba como un miembro de pleno derecho, le hizo un reproche:

—Hijo de Abdiel, eso es desacato a la corte. Asumes una responsabilidad excesiva. —Pero esas palabras sólo sirvieron para excitar pasiones aún más coléricas en el corazón de Rubén.

Había reunida afuera una ruidosa muchedumbre. Una reunión de miembros jóvenes de los hijos de Zadok acababa de cerrarse, muy cerca, con un banquete festivo, y junto a la puerta de la casa del sumo sacerdote se habían congregado unos cien jóvenes, con los rostros algo enrojecidos por el vino, atraídos por el rumor de que ocurría allí algo extraordinario. Algunos de ellos habían penetrado en el vestíbulo, donde Rubén hizo un resumen apresurado y parcial de los hechos y los incitaba a tomar la ley en sus manos. Les decía:

—No hagáis nada todavía al hechicero, hijos míos; no hagáis nada ante la vista y el oído del pueblo. Pero actuad. Esto afecta el honor de vuestra propia casa.

Zacarías salió a la calle, seguido en silencio por Rubén y los jóvenes. Mientras cruzaba el patio entre la casa y la puerta, Rubén recogió ostensiblemente un canto rodado del pavimento y lo guardó entre sus ropas. Los hijos de Zadok siguieron su ejemplo. Esperaban por lo que Rubén les había dicho, que Zacarías saliera al desierto por la Puerta del Sur, dirigiéndose al cerro de Beth Hadudo, donde pediría la protección del demonio Azazel, a quien se consagra todos los años el chivo emisario el día de la expiación. Fortalecidos por el vino, no temían la astucia del demonio. Pero en cambio, Zacarías se dirigió cuesta arriba, hacia el templo. Los escasos presentes no tenían consciencia de que ocurriera nada importante; ¿qué importaba si los más celosos de los hijos de Zadok, después de su reunión, iban a orar al templo?

Había luna llena, tan brillante que los colores del manto bordado de Zacarías se veían casi tan claramente como de día; pero las sombras de los barrancos que rodeaban el valle de los vendedores de queso, vistas desde el puente, eran negras como el asfalto. Llegó al templo y se deslizó como un sonámbulo por los patios. Los zadokitas, en masa, pisaban sus talones; detrás de ellos jadeaban los miembros y asociados del gran sanhedrín, en su mayoría ansiosos de evitar un acto de violencia de Rubén, aunque algunos alimentaban la secreta esperanza de que se hiciera justicia al modo antiguo.

Zacarías entró en el santuario. En ese momento, el asociado de barba rizada, que se contaba entre los más enfurecidos por la confesión de Zacarías, sacó una piedra de entre sus ropas y la colocó sobre el pavimento. Gritó en voz tonante:

—¡Deteneos, hermanos, porque el hijo de Baraquías será juzgado por el Señor Dios mismo! ¿Acaso no está escrito: «Mía es la venganza, dijo el Señor; yo ajustaré la cuenta»?

Con estas palabras contuvo a los zadokitas que tenía más cerca y ellos a su vez, contuvieron a quienes les seguían. Pero unos veinte habían seguido a Zacarías hasta el santuario.

Zacarías se detuvo junto al altar del incienso y elevó los brazos con desesperación. Exclamó:

—Hombres de Israel, ¿en qué he pecado? En este lugar sagrado pongo por testigo al Señor Dios de que no he usado conjuros ni otros hechizos prohibidos; de que sólo al Señor amo y detesto a los príncipes del mal y de que sólo he dicho la verdad.

Rubén respondió apasionadamente:

—¿No has oído la sentencia del sumo sacerdote? Has profanado este lugar sagrado, hijo de Baraquías, y sólo tu sangre caliente puede purificarlo.

Tomó la piedra que traía y la arrojó. Dio a Zacarías de lleno en la boca.

—¡Ah! —gritó Rubén—. «¡Él rompió el diente de los impuros!»

Zacarías canturreó en voz temblorosa:

El Dios de Israel, bendito sea,
que visitó con su majestad a sus hijos
y los rescató del cautiverio en Egipto.

Diez de los compañeros de Rubén, avergonzados, huyeron de prisa. Pero los restantes, envalentonados por su actitud, apedrearon a Zacarías hasta que cayó muerto pidiendo venganza al Señor con un gran grito. Su sangre manchó el altar y hasta salpicó los lirios del candelabro.

Simón llegó trastabillando cuando todo había terminado, seguido por la guardia del templo. Le horrorizó la sangrienta escena.

—¡Ay, hermanos! —dijo—. ¡Si tan sólo hubierais esperado hasta mañana! —Rubén y sus compañeros tenían aire de triunfo: según la antigua tradición, el delito de hechicería sólo se expiaba derramando la sangre del hechicero, y ¿dónde podía ser

más adecuada la expiación que en el mismo altar profanado?

Rubén respondió con osadía:

—Hijo de Boeto, no repruebes nuestro celo. Provocarás la ira del Señor. Ven y explícanos cómo se deben expulsar los demonios que quizás todavía acechan en algún rincón de este lugar.

Nuevamente se enfrentaba Simón a un dilema doloroso. O bien debía aprobar esa acción como justamente inspirada por el celo religioso, más allá de las formas jurídicas, o bien condenarla como un asesinato sacrílego realizado por una pandilla de jóvenes patricios borrachos. Aprobarla era aceptar el desacato y, por lo tanto, debilitar la autoridad del gran sanhedrín que él presidía. Sin embargo, los jóvenes no habían actuado impía ni maliciosamente; Rubén los había conducido por el mal camino. Y hacerlos condenar a muerte por su locura causaría infinitos problemas y angustias: casi todos ellos eran parientes cercanos de algún miembro del gran sanhedrín. Además, sus muertes no devolverían la vida a Zacarías.

Simón eligió el menor de los dos males: manifestó fríamente su aprobación. Luego, para satisfacer a Rubén, ordenó que se quemaran en una sartén sobre el fuego el corazón y el hígado de un pez letos, como había aconsejado una vez el ángel Rafael a Tobit el babilonio para lograr la expulsión del demonio Asmodeo. Los malos espíritus, según se dice, odian el olor del pez quemado, pero ninguno más que Asmodeo, que comparte con la diablesa Lilith, la primera Eva, el dominio de los Lilim, o hijos de Lilith y que, como se cree, reside en los ardientes desiertos del Alto Egipto.

Cuando el corazón y el hígado se quemaron, se continuó la Purificación con azufre y luego con agua pura —siete lavados repetidos siete veces de cada piedra y cada mueble del santuario— así como oraciones, letanías, promesas y ayunos.

Se obtuvo el juramento de silencio de todos los participantes en estos hechos, pero el capitán del templo había dado ya a Herodes la noticia de la muerte de Zacarías. Sintió gran cólera, pero no desánimo. Si el gran sanhedrín hubiese rechazado unánimemente su impostura —aparentemente ni uno solo de ellos la había sospechado ni dudado de que la visión fuera sobrenatural— entonces esos fanáticos de cuello tieso habrían perdido la oportunidad que él les ofrecía de contribuir a su revolución religiosa, condenándose a su propia destrucción. ¡Bonita especie de Jehová adoraban! Una impotente cosa lunar de Babilonia. Un dios medio muerto de la razón y la legalidad que había expulsado al dios de la vida, el amor y la muerte. Un recluso monomaniaco que se encerraba todo el año en su santuario con sólo tres objetos que sus adoradores consideraban apropiados para él: una vara de medir, una medida para líquidos y un conjunto de pesas. Sin embargo, en contradicción con este vanidoso gusto por la perfección matemática, seguía bebiendo diariamente la sangre caliente de cabras y ovejas, exigiendo la música de las trompetas, vistiendo las ropas robadas a la gran diosa Anatha, absurdamente perfumada con las fragancias que ella prefería. Pues bien; entonces esperaría pacientemente unos pocos meses y luego

pondría en escena una segunda y definitiva teofanía. Y esa vez, la casta sacerdotal gobernante no tendría la oportunidad de rechazar a su Dios ancestral, ese Dios eterno en cuyo honor blandían el cetro con cabeza de asno todos los dioses menores de Egipto; los barrería, con todas sus Escrituras falsificadas, y su indecente culto seria abolido para siempre.

Sólo quedaba un cuerpo de israelitas bien organizado fieles al sol de la santidad; los recompensaría por su fidelidad otorgándoles la función de sacerdotes del dios más alto en la colina sagrada de la que durante tanto tiempo habían estado desterrados. Aún no les había dicho lo que pensaba hacer por ellos, porque eran quietistas y tal vez rehusaran participar en una masacre; sin embargo, una vez cumplida la acción, ¿cómo podían negarse? Eran cuatro mil hombres, y ninguno de ellos se había arrodillado ante el usurpador del santuario; servían al verdadero Dios en lejanas comunidades del desierto, cantando el himno de la mañana a la salida del sol y celebrando una fiesta erótica el primer día de cada semana, el día consagrado al sol.

Por el momento guardó silencio, fingiendo ignorar por completo lo que había ocurrido; pero su cólera cayó sobre Simón por la ofrenda ritual del corazón y el hígado del pez letos, sagrado para Osiris, el hermano asesinado de Set, porque éste es precisamente el conjuro que emplean los egipcios contra el cálido viento del desierto llamado hálito de Set. Acusó a Simón y a su hija la reina de haber conocido la conspiración de Antípater. Expulsó a Simón del sumo sacerdocio, se divorció de la reina y borró de su testamento a su sereno y estudioso hijo el príncipe Herodes Filipo, que seguía en la sucesión a Antípater.

X

LA NAVIDAD

Una mañana muy temprano, Shelom despertó a María en Ain-Rimmon y dijo:

—Señora, tengo noticias para ti. Son noticias dolorosas que te envía Ana, la hija de Fanuel. Las ha traído el rechabita, que espera tu respuesta.

María inclinó la cabeza. Dijo:

—Sé, hace cinco días, que hay malas noticias en camino. Mi alma las ha seguido como de un pozo al otro. Estoy preparada para recibirlas.

—Tres azotes trae el látigo, pero tienes un corazón de reina y no temblarás.

—Ya he desnudado mi espalda.

—Primero, Simón, el sumo sacerdote, ha sido depuesto por el rey por una acusación falsa de conspiración. Ya no puedes contar con su protección, y por lo tanto, tu vida corre gran peligro. ¿Qué ocurriría si el rey Herodes se hubiera enterado de cierta boda real? Sería una locura que permanecieras aquí, con tu tía Isabel, cuando sus soldados pueden estar ya siguiendo tu rastro. Mejor harías en partir de inmediato…

—Deja caer el segundo azote; la advertencia puede esperar. Ha dolido.

—Segundo, mi señor Zacarías ha sido apedreado hasta morir. Su enemigo Rubén, el hijo de Abdiel, lanzó contra él una monstruosa acusación de trato con el demonio Asmodeo. Su sangre clama venganza; ha sido derramada en el mismo santuario del templo.

María dijo en voz temblorosa:

—Zacarías era un hombre temeroso de Dios y fue muy amable conmigo. Enseñaré a mi hijo a honrar siempre su nombre aunque otros lo vilipendien y maldigan. ¡Cuánta angustia y desgracia ha caído sobre esta casa generosa! Isabel es entonces la viuda de un sacerdote renegado, y el pequeño Juan, el hijo de un hechicero condenado… Ese golpe ha cortado la carne sacando sangre. Pero continúa.

—Tercero, cierto rey que regresó de Italia después de escapar del naufragio ha sido juzgado y sentenciado a muerte en una corte de Roma por la falsa acusación de atentar contra la vida de su padre. Juro que nunca, desde que se coronó un rey por vez primera en esta tierra, un hijo amante ha sido peor tratado. Aunque todavía el viejo rey debe aguardar el permiso del emperador para ejecutarlo, cuéntalo ya como muerto.

Hubo un largo silencio. Luego María alzó la cabeza y dijo:

—El tercer latigazo se ha abierto paso hasta el hueso, cortando hasta el corazón. Y sin embargo aún estoy viva, porque mi hijo debe vivir.

—¡Hija mía, mi reina!

Conversaron en voz baja durante una hora o más. María trataba de aferrarse a cada junco para que sus esperanzas no se ahogaran. Quizás el emperador negaría su consentimiento; Herodes podía morir o arrepentirse; el indignado pueblo de Jerusalén podía abrir la prisión y liberar al cautivo inocente. Shelom repetía lo mismo: «Cuéntalo ya como muerto», y por fin consiguió que ella comprendiera el peligro de su posición y la necesidad de la huida inmediata. María preguntó inquieta:

—¿Adónde iré cuando deje Ain-Rimmon? No puedo regresar al colegio de vírgenes. No me atrevo a regresar a casa de mi padre en Cocheba.

—Debes ir a Emaús. Y yo te acompañaré pase lo que pase.

—¿Cómo? ¿A casa de José de Emaús, que debía haberse casado conmigo?

—A casa de José. Sólo si regresas al lado del hijo de Eli estarás segura con tu hijo.

—Pero Shelom, no puedo ser su esposa.

—No, pero debes pasar por su esposa.

—¿Sabe él la verdad?

—No sabe nada.

—¿Cómo puedo pasar por su esposa, cómo puede aceptarme como esposa, aunque sólo sea de nombre, si estoy ya encinta?

—Ponte a su merced y no te rechazará. Tiene el corazón más generoso de toda Judea.

—Me costará mucho.

—Es el único camino.

Volvieron la aflicción y el dolor y María exclamó amargamente

—¿Por qué ha sido condenado mi rey? ¿Cómo pueden ocurrir estas cosas?

—Te lo diré: un espíritu maligno posee a su padre.

—¿Nadie puede salvarle? Shelom, no me niegues una última esperanza.

—Sólo el Señor puede salvarlo —dijo Shelom.

—Quiera el Señor extender su fuerte brazo.

—Y una mano dura.

—Déjame ahora, dulce Shelom. Daré la respuesta a Kenah.

José era un mercader de maderos retirado. Había comenzado su vida como carpintero porque su familia se había arruinado en las guerras civiles, pero había alcanzado gran prosperidad formando una gran familia. Su propiedad en el pueblo de Emaús, situado a unas veinte millas al noroeste de Jerusalén consistía en dos o tres acres de huertos y viñedos. Junto a ellos había una carpintería de la que se ocupaba su hijo mayor, José, asistido por Jaime, el menor, y que en su testamento era cedida a ambos juntamente con la mitad de la propiedad. Los otros dos hijos, Simón y Judá, comerciaban en madera con Galilea. A la muerte de José recibirían la otra mitad de la propiedad de Emaús y unas tierras arboladas en la costa oriental del lago de Galilea.

José, Simón y Judá eran jóvenes honestos, industriosos y trabajadores, con esposas honestas, industriosas y trabajadoras; estaban unidos por la firme resolución de evitar que su padre fuera víctima de embaucadores y redujera así con su absurda generosidad el valor de sus tierras. Pero no podían conseguir que cambiara. Jaime, el menor de los hijos, tenía un carácter totalmente diferente. Era inútil como aprendiz en la carpintería, porque su único pensamiento era para la santidad y la salvación y pasaba la mitad de sus días de rodillas entregado a la oración.

Una noche, José, al regresar de una visita a un vecino, puso la mano en el cerrojo de su portal cuando oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Kenah el Rechabita corría a saludarlo.

—Quiero decirte una palabra en privado, hijo de Eli.

José se inclinó y respondió:

—Se está muy bien debajo de mi higuera. Bienvenido, Kenah, señor del desierto. Come y bebe de lo mejor que puede ofrecer esta casa.

Pero mientras caminaban hacia la higuera, Kenah dijo:

—Perdóname, señor, si te doy las noticias que traigo con prisa descortés, porque puedes creer que no admiten demora.

—Di lo que sea.

—Es esto: te traigo de regreso a una que se descarrió. Es tu prometida Miriam. Se refugió en nuestras negras tiendas porque conocía el afecto que sentimos por su padre Joaquín desde que nos dio en posesión perpetua el pozo de la Quijada.

José disimuló su sorpresa. Preguntó:

—¿Está bien la señora Miriam?

—Está bien, y sin duda no tiene motivos de disgusto contra nosotros.

—¿Cómo puedo recompensar tu bondad?

—Demostrando bondad hacia ella, en homenaje a su padre, mi benefactor.

—Poco pides, porque venero a Joaquín el Heredero, y te lo agradezco de todo corazón. Por favor, tráela aquí de inmediato.

Kenah lanzó un agudo grito, y María apareció en el portal montada en un hermoso asno blanco. Descendió y se postró como una suplicante a los pies de José. Él la ayudó a levantarse, le pidió que se sentara en el banco, debajo de la higuera, y fue apresuradamente a llamar a su criado. Pero cuando hubo ordenado que alguien trajera agua, toallas y algo de comer, Kenah había partido. El ruido de los cascos de su asno al galope moría gradualmente en la distancia. José y María estaban solos.

María habló primero.

—José, mi señor: se dice que eres un hombre justo y misericordioso.

—Hija mía, sólo Uno es justo y misericordioso.

Ella se detuvo sin saber cómo continuar, pero finalmente dijo suspirando:

—Ya ves, mi señor, en qué estado está tu sierva.

José respondió conmovido:

—Ya veo, hija.

—¿Está firmado el contrato de nuestro matrimonio?

—Está firmado, pero aún no se ha hecho el pago a tu custodio, el sumo sacerdote.

—Dime, señor, ¿serás piadoso conmigo? ¿Querrás salvarnos a mí y a mi hijo no nacido de la muerte?

—¿De la muerte? ¿Cómo es eso? Es una terrible palabra, hija. ¿Qué deseas que haga?

—Querría que entregaras el dinero de la novia, todo menos medio siclo, a Simón, el sumo sacerdote. Él entregará la suma completa al tesoro, pero anotará en los libros que aún se le debe ese medio siclo.

—¿Quien ha planeado esa artimaña y para qué es necesaria?

—La ha planeado mi madre custodia Ana, hija de Fanuel. Y es necesaria, porque es necesaria.

—Pero, hija, tú no eres la misma que en el momento del contrato. Llevas en ti al hijo de otro.

—No te pido que te cases conmigo. No deseo vivir contigo como tu esposa; quiero que se piense que estamos casados y que mi hijo es tu hijo. El tesoro se verá enriquecido con el dinero de la novia; sin embargo, el contrato no será perfecto. Si me niegas este ruego, condenarás dos almas a una muerte cruel.

—¿Quién es el padre de tu hijo?

—Tú serás el padre a los ojos del mundo.

—Kenah te ha llamado descarriada. ¿Quién te indujo al pecado, hija mía?

—Estoy libre de pecado. Me he descarriado como se puede descarriar una oveja.

—¿Cómo es eso?

—Te diré tanto como está permitido. Hace siete meses, cuando yo aún estaba en casa de tu hija Lysia, recibí a un mensajero ricamente vestido. Me saludó y le pregunté su nombre. Respondió: «Hoy es lunes; por lo tanto llámame Gabriel, que es el ángel del lunes». Después dijo: «Salve, muy favorecida. El Señor sea contigo, bendita entre todas las mujeres». Esto me turbó y le pregunté qué deseaba de mí. Él dijo: «No temas, porque un rey glorioso te ha concedido su favor; y si el Señor lo quiere, concebirás y parirás un hijo que será el más grande, el prometido, el hijo del Altísimo; y Dios le concederá el trono de David». Entonces le pregunté: «¿Cómo puede ser esto? No conozco a ningún rey glorioso, y estoy prometida en matrimonio a José de Emaús». Él respondió: «El contrato con José está firmado, pero no está cerrado. Tú eres Miriam, la hija menor de la estirpe de Michal, y el sagrado poder de Michal ha descendido sobre ti, y te unirás con el ser glorioso cuyo mensajero soy; y el fruto que nazca de ti será llamado el hijo de Dios». Entonces Simón, el sumo sacerdote, salió de atrás de la puerta, donde estaba escondido, y dijo: «Hija, éste es un mensajero de la verdad. Debes creer en sus palabras». Y yo dije: «Soy tu sierva. Que sea como dices».

—¿Y después?

—No puedo decir más; y lo que ya te he dicho no debe revelarse a nadie.

—La semana pasada el rey depuso a Simón, que debe retornar ignominiosamente a Egipto antes de fin de mes.

—Estoy muy afligida por él. Pero Ana me ha asegurado que concluirá el asunto del contrato antes de marcharse.

—Me pides mucho.

—Te pido más de lo que crees. Te pido que arriesgues tu vida por mí.

José meditó un momento.

—Si te concedo mi protección, ¿qué diré a mis vecinos?

—Preguntémosle a mi criada Shelom; goza de mi confianza y tiene mucho más ingenio que yo.

—¿Dónde se puede encontrar a esa mujer tan ingeniosa?

—Está debajo del plátano, junto a tu portal —María dio una palmada.

Cuando Shelom apareció, José le preguntó sin rodeos:

—Mujer, ¿qué debo decir a mis vecinos cuando me hagan preguntas acerca de tu ama?

—No es necesario que les digas nada. Cuando tus criados, hombres y mujeres, me interroguen, les daré a entender, sin mentir, que te has casado secretamente con mi ama y la has llevado a Jerusalén, a tu casa junto al muro, adonde vas para las fiestas; y que luego la has dejado un tiempo a cargo de tu hija Lysia, en cuya casa hilaba el lino sagrado. Y que has hecho todo esto para evitar que se burlen de ti tus vecinos por casarte con una muchacha joven cuando eres ya viejo; pero que al saber que mi ama estaba encinta la has llamado y la has traído aquí secretamente. Así todos reirán cordialmente y te elogiarán por tu modestia y tu prudencia, y te felicitarán por tu virilidad; y tu hijo José confirmará que has ido a Jerusalén tal y tal día con dinero para la boda.

—Está bien. Que eso crean si les place —José se volvió hacia ella, la tomó de la mano y dijo—: Soy verdaderamente un anciano, el Señor ha bendecido mi vida. Leo la verdad en tus ojos, y nada puedo negarte. Serás llamada mi esposa, y la dueña de esta casa. Y aunque duermas a mi lado en mi dormitorio, no deberás temer por tu castidad. Y cuando tu hijo haya nacido y aprendido a hablar, que me llame «padre», y yo le llamaré «hijo».

María exclamó:

—Que el Señor Dios te bendiga desde el cielo, José, por el amor que hoy le has demostrado —y agregó—: Tengo aún algo más pedirte. El mensajero Gabriel me aseguró que mi hijo ha de nacer en Bethlehem. ¿Querrás acompañarme a ese lugar cuando se acerque el momento, diciendo que visitas el hogar de tu antepasado David?

—Sin duda iremos juntos a Bethlehem cuando me lo pidas. Y por ahora, hija, tengo también yo algo que pedirte. Es que cuando tengas autoridad sobre las esposas de mis hijos, y sobre mis dos sobrinas viudas, las trates con dulzura, demostrando el respeto que se debe a su edad. Guíalas; pero hazles creer que ellas te guían. No les gustará, al principio, saber que he gastado dinero en una nueva esposa, y que ella

espera ya un hijo mío.

—Espero que por ti aprendan a quererme.

En su palacio de Roma el emperador Augusto decía a su esposa, Livia:

—Nuestro amigo Herodes el Idumeo me pide algo absurdo. No puedo realmente consentir.

—¿Por qué no?

—Porque el juicio de Antípater ha sido un fraude del principio al fin, como lo prueba el memorándum privado de Varo, y ni un solo documento original avala esta nueva colección de pruebas. ¿Has recibido, supongo, la carta de Salomé que cita Herodes?

—Acabo de encontrar una en el archivo secreto de Judea, pero la han colocado allí muy recientemente y sin mi conocimiento. Mi servidora Acme no tiene acceso al archivo en todo momento. No es posible que haya hecho una copia de esa carta. Sabes, hace cuatro meses que está en Cyrene, de visita en casa de sus padres. El servicio de inteligencia de Herodes es deficiente.

—¿Quieres decir que también las nuevas pruebas son fraudulentas?

—Por supuesto. Apestan.

—Entonces, querida, ¿por qué debería consentir la ejecución de Antípater?

—Porque le debes más a Herodes que a Antípater. Además, el viejo Herodes no es un tonto. Debe tener alguna razón muy sólida para eliminar a Antípater. Después del error que has cometido con él en el caso de Sileo, contra mi parecer, recuerda, no puedes correr riesgo de ofenderlo de nuevo.

—¿A qué razón te refieres?

—Para ser sincera, no tengo idea. Sospecho que ha de ser una razón religiosa. Los judíos son gente muy extraña; sus primos los idumeos son aún más extraños. Probablemente el viejo Atenodoro sabrá. Viene de esa parte del mundo y es una especie de autoridad de supersticiones hebreas. Pero yo pienso que una vez eliminados Antípater y Herodes Filipo, el príncipe Arquelao será el sucesor de Herodes; y si conozco bien a este estúpido joven, muy pronto se malquistará con los judíos. Llegarán embajadas de Jerusalén, y contraembajadas, y habrá tumultos y rebeliones y así tendremos el placer de deponerlo y convertir Judea en una provincia bajo nuestro control directo. Con Antípater como rey no podríamos esperar nada parecido: es tan prudente como enérgico. Sin embargo, cuanto más tiempo el país conserve su independencia, más difícil será conseguir su integración final en el sistema imperial. No tengo nada contra los judíos como nación; pero como una secta fanática que consigue conversos griegos, sirios y orientales y los enrola como hijos espirituales de su antepasado Abraham, son extraordinariamente peligrosos. Me pregunto si tienes en cuenta que sólo hay tres millones de judíos establecidos en los territorios palestinos de Herodes; pero hay, dispersos en el resto de tus dominios, casi cuatro millones de miembros de esta raza enérgica y floreciente, y de ellos, sólo un

millón descienden de palestinos. El resto son conversos. Si la secta continúa creciendo a este paso pronto devorará todos los antiguos cultos religiosos de Grecia e Italia, porque para un judío lograr una conversión es un acto muy meritorio, y convertirse implica beneficiarse del sistema altamente organizado de asistencia mutua que ofrece el judaísmo. Los judíos son sabios: sólo hacen conversos entre los extranjeros más inteligentes e industriosos. Es un honor convertirse en judío. Un día tendremos que aplastar el poder del templo de Jerusalén, centro de la lealtad y la ambición de los judíos de todas partes. No hay otro camino posible. Mientras tanto, ¿llamaré a Atenodoro?

—Hazlo.

Se llamó a la biblioteca a Atenodoro de Tarso. Entró sonriente y acariciando su larga barba blanca. Era una de las pocas personas del mundo a quien jamás desconcertaba la brusca llamada a la presencia imperial. Sabía bien quién era el verdadero jefe del Imperio y por lo tanto saludó a Livia apenas más formalmente que a Augusto, lo que agradó a ambos.

—¿Tenéis algún otro problema histórico o literario que pueda agudizar mi ingenio? —preguntó.

Precisamente, buen Atenodoro —dijo Livia—, queremos que seas juez en una pequeña discusión que hemos tenido.

—Puedo fallar de inmediato, señora: tienes razón.

Livia rió.

—¿Como siempre?

—Como siempre; pero sin duda se necesitarán argumentos para convencer al emperador.

—La situación es la siguiente, Atenodoro: un rey menor que gobierna a pocos centenares de millas de tu querida ciudad tiene un hijo. Lo ama, lo protege, lo eleva hasta la cosoberanía, y luego, de pronto, lo condena a muerte por cargos visiblemente falsos y pide nuestro permiso para ejecutarlo del modo que elija. Ahora bien, ¿por qué? ¿Por qué?

Atenodoro frotó su nariz ganchuda.

—Omites uno o dos elementos importantes. ¿Ese príncipe es quizá el hijo mayor o un hijo único?

—Así es.

—¿Y el padre es uno de tus súbditos aliados, con la ciudadanía romana honoraria?

—Sí.

—Y entonces, ¿el emperador o tú misma creéis que el rey es un maniaco homicida?

—Sí, debo reconocer que eso creo —respondió Augusto—. Quizá tiene buenas razones para condenar a muerte a su hijo, pero no ha osado juzgarlo con pruebas verdaderas por temor a incriminar a una tercera persona a quien desea proteger o

vacila en ofender.

Atenodoro continuó:

—Pero tú, señora Livia, con intuición femenina, sospechas que la razón se encuentra en alguna bárbara superstición oriental, ¿verdad?

Livia batió palmas.

—¡Qué hombre tan inteligente eres, Atenodoro! Te regalaré mi manuscrito de Hecateo, ése que codicias hace tanto tiempo.

Atenodoro resplandeció.

—Sí, César, la señora Livia probablemente está en lo cierto, como de costumbre. Como sabes, el mismo padre Zeus una vez, al menos según los místicos, otorgó a su hijo Dionisos el poder y la gloria durante una breve temporada; lo instaló en el trono olímpico, puso en su mano el rayo, y luego lo destruyó sin piedad. La leyenda de Apolo y su hijo Faetón es análoga, como también la del Dios Sol pelásgico Dédalo y su hijo Ícaro. Porque si bien muchos mitógrafos atribuyen las muertes de ambos jóvenes, investidos momentáneamente con la realeza, a su imprudencia, es difícil disculpar a sus divinos padres, puesto que ambos, por ser el Sol, fueron la causa directa de los dos accidentes. También Hércules, que era un Dios arcaico, mató a su hijo mayor; los mitógrafos pretenden que tenía accesos de locura. Para no ser prolijo, la investidura real del hijo mayor o único, seguida por su sacrificio e incineración, es una práctica común en todo el grupo de naciones del Oriente Próximo que consideran su antepasado a Agenor, o a su hermano Belus. Hace pocos días hallé una referencia a esta misma práctica en las Escrituras judías: un antiguo rey de Moab ofreció de esta misma forma su hijo mayor a Belus. Es la forma de propiciar al Dios Sol durante una crisis religiosa, cuando el país está en peligro, cuando el rey ha incurrido personalmente en el desagrado del dios. La historia de Tarso contiene varios ejemplos similares. Entonces, sucede que este rey sin nombre es vuestro aliado y por lo tanto no puede arriesgarse a causar vuestro desagrado matando a su hijo, que por nacimiento es ciudadano romano, sin causa suficiente. Entonces falsifica pruebas de alta traición y pide vuestro permiso para ejecutar sentencia en la forma que elija. Pero la muerte del hijo mayor es una obligación religiosa tan estricta, para este grupo de naciones, que incluye a los egipcios del Delta, como la circuncisión y el rechazo de la carne de cerdo; y éste es un asunto de sencilla lógica religiosa.

Augusto, un poco fastidiado por la facilidad con que Atenodoro había resuelto el enigma, replicó:

—Vamos, sabio Atenodoro, seguramente no pretenderás que hay alguna conexión lógica entre las tres aberraciones religiosas que acabas de mencionar.

—Sí, César —dijo Atenodoro—. El dios egipcio Set, en la forma de un jabalí, destroza a su hermano Osiris. El Apolo sirio hace lo mismo con Adonis. Ambos son dioses del sol. El jabalí es su bestia sagrada y, por lo tanto, sólo se debe comer en ocasiones muy especiales. En general, en Siria y Palestina los prepucios eran anteriormente trofeos de guerra y se dedicaban al dios del sol, es decir, al rey sagrado,

en la oportunidad de su boda con la diosa de la luna, es decir la reina sagrada. Y si el rey enfermaba, la reina circuncidaba al hijo mayor con un cuchillo de pedernal, para alejar la cólera del cielo; esto mismo podemos leer en la historia de Moisés el Hebreo y de su hijo Gershom, y de aquí deriva la costumbre circuncidar a todos los niños varones el octavo día después de su nacimiento. Este rito propiciatorio se conecta con otro, ahora felizmente abandonado: el de matar ese día a todos los machos recién nacidos, tanto humanos como animales. El número ocho, como sabéis, expresa el crecimiento. Además, el prepucio…

—Sentimos gran estima por ti —dijo Livia con gracia—; has resuelto el asunto con admirable precisión. Pero, por favor, no continúes ese estudio de anticuario de un tema poco apropiado para los oídos de una señora.

Excusándose con una sonrisa, Atenodoro saludó y salió, con la mano en su barba.

—Ya ves… —dijo Livia.

—Querida mía, está bien; pero no podemos permitir que un hombre inocente, que además es un excelente oficial de caballería, muera de esta forma bárbara a manos de un rey menor.

—¿No? —respondió fríamente Livia—. ¿Qué ha sido de tu famoso principio de no interferir, en ningún caso, con las anormalidades religiosas de tus súbditos mientras no alteren la paz?

—Es repugnante matar al propio hijo.

—Hacerlo por el bien de la nación es un acto loable. La antigua historia de Roma está llena de casos de padres nobles que mataron a sus hijos.

—A sus hijos malvados.

—¿Cómo podemos saber si eran malvados? Tal vez las pruebas fueron falsificadas. En todo caso, mi consejo es el siguiente: no te niegues al pedido de Herodes si no quieres encontrarte con una guerra incómoda en las manos. No te puedes permitir una guerra con el actual estado del tesoro. Lo siento por Antípater, pero ¿qué podemos hacer? Es su destino. Y yo lo siento también por Acme: habrá que ejecutarla como prueba de tu buena voluntad hacia Herodes. Aunque esa perra no será una gran pérdida.

Y de esta manera, Livia consiguió lo que deseaba, como de costumbre. Pero Augusto suspiró y dijo:

—Una obligación religiosa, como la circuncisión o no comer cerdo… ¡Por Hércules, conviene más ser el cerdo de Herodes que su hijo!

El rey Herodes estaba enfermo. Sintiendo una congestión intestinal, consultó a su médico Macaón, quien confesó que sólo podía paliar el dolor que ella le causaba, y que su fin no seria fácil.

Herodes preguntó:

—¿Me queda un año entero de vida?

Macaón respondió:

—Te puedo prometer un año entero si te sometes a un régimen estricto; no puedo prometer más.

—Es suficiente —dijo Herodes. Ese día mismo hizo llamar a unos artesanos egipcios, que construyeron una gran águila dorada, de las que recibían el nombre de grifos, consagrada al sol. La hizo colocar en lo alto de la puerta oriental del templo, donde la consagró a Jehová. Debajo escribieron las palabras divinas oídas por Moisés:

TE PUSE SOBRE LAS ALAS DEL ÁGUILA Y TE TRAJE HACIA MÍ

Esto estaba calculado para provocar trastornos, porque aunque no es ése el único texto del Pentateuco que identificaba a Jehová con un águila, jamás se pintaba al dios en forma de pájaro; los estandartes militares romanos hacían del águila un símbolo de la opresión extranjera, y por otra parte, la ley de Moisés prohibía todas las imágenes.

El príncipe Arquelao, hijo de Herodes, y ahora su heredero, deseaba conseguir la buena voluntad del sanhedrín. Cuando el nuevo sumo sacerdote lo visitó, derramando lágrimas, y le imploró que persuadiera a su padre para retirar el águila, le prometió hacer todo lo posible. Acudió a presencia de Herodes acompañado por su hermano el príncipe Filipo, a quien no se debe confundir con el estudioso príncipe Herodes Filipo, nieto del sumo sacerdote Simón; pero apenas habían empezado a formular su petición cuando Herodes se incorporó en su silla, en el colmo de la furia, les escupió en el rostro y los expulsó a golpes. Se consideraron afortunados por haber escapado con vida. Ese mismo día Herodes anunció un nuevo cambio en su testamento: quedaban borrados los nombres de Arquelao y Filipo, y se nombraba sucesor al hijo menor, Herodes Antipas.

Cuando el sumo sacerdote informó al sanhedrín que Herodes quería trasladar el águila, Judas hijo de Séforo, Matías hijo de Margaloto y otros fariseos patrióticos incitaron a sus discípulos a tirarla. Los jóvenes pusieron manos a la obra con gran decisión. Unos treparon a la luz del día hasta lo alto de la puerta y se dejaron caer, con cuerdas, hasta que estuvieron al nivel del águila, que golpearon con hachas y podaderas. Los demás, acompañados por el mismo grupo de jóvenes zadokitas que habían lapidado a Zacarías, permanecieron abajo, con espadas en la mano, para evitar todo intento de interferencia; pero cuando el águila cayó con estruendo, el capitán de la guardia del templo, Carmi, llegó a la carrera con una compañía íntegra de levitas y los lanceros celtas del palacio de Herodes, y arrestó a todos los conjurados, que eran en total cuarenta. Carmi los condujo a presencia de Herodes, que rugía para sus adentros, como un viejo león en su cubil. Con voz terrible preguntó quién les había ordenado derribar el águila.

Ellos respondieron con humildad:

—El Señor Dios, majestad, por la boca de su siervo Moisés.

—¡Habéis cometido un horrendo sacrilegio, y moriréis de inmediato!

Un joven fariseo respondió:

—¿Qué puede significar eso para nosotros? El alma es inmortal y como hemos obedecido la ley seguramente seremos recompensados cuando nuestros cuerpos reposen en la tumba.

Herodes aulló:

—No ha de ser así, porque vuestros cuerpos de carroña no serán enterrados. Serán quemados. Quemados, ¿oís? Y las cenizas serán esparcidas en un lugar abominable, para que no haya resurrección ni esperanza de resurrección.

Luego Herodes fue en su litera al patio de los gentiles, donde dirigió un apasionado discurso al auditorio mezclado, acusando al sumo sacerdote de instigar a la rebelión; se esperaba la inmediata masacre de todo el sanhedrín. Sin embargo, el sumo sacerdote descendió del santuario vestido de luto y se prosternó ante Herodes pidiendo clemencia, prometiendo entregar a cada uno de los ancianos que habían incitado a sus discípulos a esa horrible acción.

Herodes se fingió apiadado. Ordenó que los hombres que sólo estaban de guardia fueran lapidados, y permitió que sus cuerpos fueran decorosamente enterrados; sólo aquellos que habían derribado el águila, Rubén hijo de Abdiel, por haber instigado a los jóvenes zadokitas, y los dos ancianos fariseos que habían llamado a sus discípulos a la acción, ardieron vivos en la hoguera en el patio del palacio, dedicando sus cuerpos al Dios de sus padres. Y así fue vengado Zacarías. Esa misma noche, la del trece de marzo, hubo un eclipse de luna, que sorprendió y encantó a Herodes por su oportunidad.

El día siguiente el príncipe Arquelao envió un mensaje al rey: «Padre, me odias pero yo te amo y tengo para ti noticias de gran importancia. Debes comprender que mi corazón anhela la devolución de tu afecto».

Herodes lo llamó.

Arquelao, derramando fingidas lágrimas de alegría por ver nuevamente a su padre, pidió una audiencia privada.

Herodes despidió a todos los presentes, excepto sus sordomudos, y le ordenó que hablara explícita y brevemente.

—Todo el mundo habla de esto, padre. Ocurrió en Bethlehem hace dos o tres meses. En Bethlehem de Efrat, quiero decir, no de Galilea.

—¿*Qué* ocurrió, divagador?

—Nació un niño en la cueva… En la cueva llamada gruta de Tamuz. La gente de Bethlehem dice que es el niño de las profecías.

Herodes se inclinó en su silla, con interés.

—¿Se conoce a sus padres?

—Nadie ha podido decirme sus nombres, pero todos concuerdan que eran miembros de la casa de David, de visita en Bethlehem. La mujer, joven y hermosa, sufrió los dolores del alumbramiento a cierta distancia de la ciudad. La llevaron a la gruta, donde dio a luz. Su criada, que actuó como partera, llamó a unos pastores

kenitas que tienen allí derechos de pastoreo y les pidió agua. Al ver que el niño había nacido en la gruta, y en un día que allí recibe el nombre de día de la paz, los pastores sintieron supersticiosa excitación. Acudieron en multitud, y vieron que el niño reposaba en un cesto del tipo usado en el culto de Tamuz; pero aún más les excitó el testimonio de la partera, que, según dijo, había encontrado intacta la virginidad de la mujer, lo que recordaba la profecía de Isaías, «una virgen concebirá y parirá un hijo». Por supuesto, todo esto se opone a las leyes de la naturaleza, pero te cuento lo que he oído. Los padres permanecieron tres días en la cueva y luego se marcharon, por la noche, con el niño; mientras tanto, llegaron de quince millas a la redonda kenitas y campesinos para adorarlo y cantarle canciones de cuna. Se dice que el padre era de mediana edad, de maneras suaves, y que parecía hombre de importancia.

—¿Sabes algo más?

—Se dice que, mientras el hombre y su joven esposa avanzaban por el camino, antes de llegar a la gruta, él le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras y ríes alternativamente de modo tan extraño?». Y ella respondió: «Porque con el ojo de mi mente veo dos pueblos, uno a la izquierda que llora y se lamenta, y otro a la derecha, que ríe y regocija». Y hay todavía otro disparate. Dicen los pastores que el mismo día, al mediodía, justamente antes de que llegaran las noticias de la gruta, advirtieron una brusca suspensión del tiempo. Uno de ellos estaba lavándose las manos en un arroyo después de comer cuando vio una garza volando sobre el valle; de pronto quedó inmóvil en el cielo, como si una mano invisible hubiera detenido su vuelo. Miró a sus compañeros, que aún no habían terminado de comer: estaban sentados alrededor de una fuente de cordero cocido con centeno del que tomaban trozos con la mano, al modo de pastores. Pero quienes tenían la mano en la fuente la dejaron, los que llevaban comida a su boca permanecieron congelados con la mano a mitad de camino; los que masticaban cesaron de moverse. Un pastor abrevaba su rebaño río arriba; los animales tenían la boca en el agua pero no bebían. La ilusión duró tanto tiempo como hubiera llevado contar hasta cincuenta, y luego todas las cosas se pusieron suavemente en movimiento mientras de la gruta de lo alto de la colina, la gruta consagrada a Tamuz, surgía un estallido de música y una voz que exclamaba: «La virgen ha dado a luz. La luz se mueve».

Herodes respondió lentamente:

—Es una historia extraordinaria, hijo mío, y te agradezco que me la hayas contado. Incluso tu relato de la suspensión del tiempo es útil, porque confirma el día del nacimiento. Los nómadas kenitas pretenden que cuando el sol llega, en mitad del invierno, al día que reúne sus decaídas fuerzas, toda la naturaleza hace lo mismo, lo que justifica el nombre del día de la paz. Esa superstición absurdamente incorporada a la historia de la victoria de Josué sobre los cinco reyes amorreos, debido a la incomprensión del antiguo poema «Sol, detente sobre Gibeón» que celebra el nacimiento del dios del sol en esa estación. Y no puedo rechazar que una virgen alumbre, porque es posible concebir un niño sin que se quiebre la virginidad; hay

muchos casos comprobados. Ahora bien, hijo mío, Arquelao: deseo que demuestres tu sabiduría. Si ese niño vive causará inmensos trastornos a nuestro país debido a la coincidencia de su nacimiento con la profecía popular mesiánica, excepto si se actúa antes de que madure el desastre. ¿Qué aconsejarías?

Arquelao reflexionó y respondió:

—Éste es mi consejo, padre. Promulga un edicto, refrendado por el sumo sacerdote, estableciendo que has decidido compilar un registro completo de la famosa casa de David, debido a muchísimas quejas que has recibido porque ciertas personas reclaman fraudulentamente pertenecer a ella. Desde ahora en adelante, nadie que no pueda mostrar su certificado de haber sido registrado como davidita, sea aceptado como tal. Ordena que el registro se haga en Bethlehem, en un plazo de tres semanas, y que todas las cabezas de casas daviditas se presenten personalmente, llevando a los hijos nacidos después del último registro, que se hizo, según creo, hace quince años. Los padres del niño tendrán que presentarse, y a su llegada provocarán la misma efervescencia popular que antes. Dame soldados y pronto resolveré el asunto.

—¿Y si no se presentan?

—Sus nombres y el del niño no aparecerán en el registro y él perderá su derecho a llamarse hijo de David.

—¡Tres semanas! Muy poco tiempo para los daviditas de Babilonia, Asia Menor y Grecia.

—Se puede establecer para ellos un plazo más largo, en sus respectivos países.

Herodes golpeó su rodilla y exclamó:

—¡Bien pensado! ¡Admirable! Hoy mismo recuperarás tu rango y tu cargo, querido Arquelao. Y si tienes éxito en este asunto te designaré colega; tienes un corazón como el mío.

Sólo después del retorno de Arquelao a palacio la enfermedad de Herodes recrudeció. Los síntomas eran una fiebre baja y un intolerable escozor en todo el cuerpo, mal aliento, diarrea constante, deformación del vientre, pies hinchados y una garganta tan seca que no podía respirar. Los paliativos prescritos por Macaón y los demás médicos no tuvieron el menor efecto; Herodes los despidió de palacio ignominiosamente, descalzos y desnudos. Fue su propio médico un tiempo; pero como su salud decaía continuamente, buscó otros. Finalmente decidió ponerse en manos de los esenios de Calirroe, cuyo médico principal le ordenó beber el agua de la fuente medicinal termal que fluye al mar Muerto y bañarse en una gran vasija de aceite de oliva santificado. Pero Herodes vomitó el agua, se desvaneció en el baño de aceite; y cuando lo sacaron de allí sus ojos giraron y se volvieron blancos, y parecía a punto de morir, pero aún seguía luchando contra la muerte.

El edicto sobre el próximo registro de los hijos de David encontró a José en Emaús, y lo llenó de angustia. No podía negarse a registrar al hijo de María, porque eso seria el desmentido público de su paternidad; pero llevarlo podía ser peligroso. Consultó a María, quien respondió de inmediato:

—Llévanos contigo, José, y pon tu confianza en el Señor.

—¡Pero no puedo inscribir al niño como miembro de la casa de David!

—Que eso no te preocupe todavía. Aún faltan diez días para su presentación en Bethlehem. Pueden pasar muchas cosas en estos diez días.

Pasaron muchas cosas. Herodes regresó melancólicamente a Jerusalén y encontró despachos de Augusto. Los abrió y lanzó un grito triunfal. Augusto lo compadecía por la nueva traición de otro de sus hijos, y esta vez de uno que no había dado muestras de deslealtad; pero las pruebas —escribía— parecían concluyentes y por tanto podría ejecutar a Antípater del modo que quisiera y cuando lo deseara; aunque la señora Livia y él mismo le aconsejaban el castigo más piadoso del exilio perpetuo.

¡Del modo que quisiera! Sólo había una forma de sacrificio aceptable para Set, el verdadero Jehová, y sólo un sitio donde se podía hacer adecuadamente el sacrificio. El texto se encontraba en el Génesis: «Toma ahora a tu hijo, tu hijo único Isaac a quien amas, llévalo a la tierra de Mona y sacrifícalo en una de las montañas, que yo te diré». Era precisamente el monte donde ahora estaba el templo; y el actual altar de las ofrendas ardientes era la misma piedra a que había sido atado, sin sospechar nada, Isaac. Sólo el sacrificio de su primogénito, el hijo a quien secretamente amaba y compadecía, podía satisfacer a Jehová e inducirle a renovar el pacto hecho con Abraham. Jehová, eligiera o no Herodes reemplazar después los machos cabrios por seres humanos, curaría todas sus angustias corporales y le devolvería la juventud, así como se la había devuelto a Abraham, al par que le otorgaría la victoria sobre sus enemigos. Pero ni siquiera ese sacrificio supremo seria suficiente si no se purgaba primero de esa ralea de falsos sacerdotes a la colina del templo; debían ser despedazados, así como había despedazado el resuelto Elías a los sacerdotes de Baal. Set retornaría a la gloria sobre olas de sangre.

Herodes reunió a sus oficiales y les ofreció grandes presentes de dinero para asegurarse de su lealtad, y dio cincuenta dracmas a cada soldado. Les dijo:

—Hijos míos, pronto tendré trabajo para vosotros.

Esos soldados eran en su totalidad extranjeros: el cuerpo de guardia estaba formado por edomitas y por nabateos de Petra —la madre de Herodes era nabatea— y, con el permiso de Augusto, había reclutado además un regimiento de celtas de Bélgica, otro de tracios y otro de galos. Todos ellos adoraban al mismo dios del sol con distintos nombres. Los edomitas lo llamaban Kozi o Nemrod, los bateos Uri-tal Dusares; los tracios, Dionisos; los galos Esu, y los celtas Lugos.

XI

LA HUIDA A EGIPTO

Durante toda su larga vida, Herodes había estudiado con gran interés las estrellas, desarrollando su política bajo su guía. Una conjunción de los grandes planetas Júpiter y Saturno había presidido su nacimiento; y a los cincuenta y ocho años la repetición de ese raro evento le aseguró que los años de preparación paciente habían terminado, y que debía comenzar el periodo de osada acción. En los tres años que siguieron puso en práctica los planes preliminares, que culminaron con la teofanía vista por Zacarías y con la condena de su hijo Antípater. Era el alba del quinto milenio y de la tercera era del fénix; y se anunciaba, como mediante trompetas, la hora de la liberación prometida mucho antes por el patriarca Isaac a su hijo Esaú, es decir a Edom. El signo celestial había sido el eclipse total de la luna. Finalmente podía poner en acción su gran plan; debía hacerlo antes de que fuera demasiado tarde. Sus dolores y su escozor eran ya casi insoportables y le causaban accesos de furia incontrolable, de modo que incluso sus criados sentían terror en su presencia. Una carta privada del secretario de oriente del emperador aumentó su sensación de urgencia: le advertía que los príncipes Arquelao y Filipo estaban organizando un ejército secreto en Samaria (su madre era samaritana) y que se proponían apoderarse del trono apenas Antípater fuera ejecutado. La inspiradora de esa carta había sido Livia, que no pudo refrenar su deseo de confundir aún más la situación de Jerusalén. El sistema imperial romano se fundaba sobre la política de *divide et impera*; «crea la división en el reino de tu vecino y aprovecha para asumir tú mismo la soberanía». Herodes no creyó en esa acusación; pero la carta le inspiró igualmente ansiedad.

Ordenó por un edicto que toda la casta sacerdotal dominante de Jerusalén y todos los levitas doctores de la ley de todo el reino se reunieran en los jardines de su palacio en Jericó el domingo siguiente, bajo pena de muerte. Unos quince mil hombres obedecieron; tenían miedo, pero confiaban en que el número les daba seguridad.

Cuando todos estuvieron reunidos en la inmensa explanada situada frente al palacio, sin orden alguno, hacia el atardecer, Herodes apareció en un balcón y rió silenciosamente ante ellos; la sequedad de su garganta le impidió hablar. Dio un papel a su chambelán Tolomeo, que él leyó haciendo bocina con las manos.

—Palabras de vuestro augusto soberano Herodes, rey de los judíos: «Sacerdotes y doctores de Israel. Habéis sido convocados aquí el primer día de una nueva semana, una gran semana, que será recordada para siempre por vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos. El guardián de este día, llamado el día del sol, es el arcángel Rafael. Quienes entre vosotros sean versados en angelología me apoyarán si declaro que éste

es el arcángel destinado a curar definitivamente a Efraím —es decir, las diez tribus del norte— de su prolongada iniquidad. Pero primero, dejaremos que Rafael practique artes curativas con vosotros, que os jactáis de ser hijos de Leví, es decir, miembros de una tribu que en los antiguos tiempos, por sangrientas inclinaciones, no recibió un territorio determinado, que fue dispersada en malignos enclaves por todo el territorio de Israel; Rafael, como decía, os curará con los rayos del fiero ser a cuyo servicio se entrega.

»Os he convocado aquí, oh rebeldes, para recordaros un salmo compuesto por David, hijo de Isaí, mi predecesor en este turbulento reino. En él alaba al Creador con los familiares versos que comienzan:

> El Señor nuestro Dios ha levantado muy lejos, en el este,
> un establo para el sol; de donde sin un grito
> surge rutilante Titán
> como un novio
> de la habitación donde se ha ungido,
> para correr jubiloso su carrera sobre ruedas por el cielo

Vuestros piadosos antepasados tenían antes caballos blancos en la colina del templo, y cada mañana los ataban a carros dorados que salían esplendorosamente al encuentro del sol naciente. ¿Quién os ha ordenado volver la espalda al sol durante las plegarias? ¿Quién os ha descarriado? ¿Es de los fétidos canales de Babilonia que habéis traído esa impía costumbre?

»Ciegos topos, sordos lagartos: he construido un hermoso hipódromo debajo del templo de Jerusalén, un hipódromo de mármol con doradas puertas y barreras de bronce, amplias gradas y una espina exquisitamente decorada —esto significa el espacio rodeado por la pista— que honraría cualquiera de las más ricas y grandes ciudades griegas. ¿Para qué? No visitáis jamás ese lugar admirable, por vuestra obstinación supersticiosa. Cerráis vuestros ojos a su existencia misma; los días de festival cerráis los oídos a los gritos de alegría que fluyen en oleadas de las gradas, cuando los hermosos caballos compiten en la pista elíptica tirando, de carros pintados de rojo, blanco, azul y verde. Los carros corren en la misma dirección del sol, en honor de la lámpara suprema a quien Dios el Señor, como atestigua David, ha construido un hipódromo en el cielo y establos rosados en el este. Los colores de los carros son los de las cuatro estaciones, y en ellos se yerguen resueltamente los conductores.

»Ahora, asnos, analfabetos de cuello tieso, iréis todos al hipódromo, a ese otro hipódromo maravilloso que he construido aquí en Jericó. Id ya mismo, como niños pequeños a quienes se lleva a ver por primera vez un negro, un león cautivo, el vasto mar brillante. Deseo que durante la noche meditéis sobre los versos del salmo que he citado; porque mañana debe comenzar vuestra iluminación. No quiero decir que mañana competirán los carros para que os entretengáis; sólo que como el hipódromo

no posee techo ni doseles, podréis finalmente, de mala gana, tomar conciencia del fiero Titán a quien se complace en honrar todo el mundo civilizado, con vuestra única excepción. Mañana no tendréis otra cosa que hacer en todo el día sino observar cada una de las etapas de su carrera, desde la salida al mediodía y desde el mediodía al poniente; Y repetiréis esta sencilla tarea el día siguiente, y el próximo, hasta que aprendáis perfectamente la lección.

»En honor del sol, el rey Salomón elevó esos pilares que por la pequeñez de vuestros corazones y la oscuridad de vuestro intelecto condenáis como idolátricos; Salomón, hijo de David, a quien, sin embargo, llamáis el más sabio de los hombres. ¿Por qué, renegados de vuestra antigua fe, adoráis a nuestro Dios en el carácter de la luna ladrona, que cada mes hacéis sonar las trompetas en honor de ese jirón de plata y no da al hombre luz ni calor? ¿Cómo llamó a Jerusalén el profeta Jonás? ¿Fue acaso Beth Sin, residencia del aberrante dios lunar Sin, a quien odian todos los hombres de buen corazón del mundo, o Nínive, residencia de Nemrod, resplandeciente señor del año solar?

»Iros ahora, de prisa, digo, tontos lunares; mis soldados os escoltarán hasta ese edificio curativo de que os he hablado».

Las tropas rodeaban el palacio con las espadas desenvainadas y las lanzas listas; y la gran multitud, desconcertada, inerme y sin líder, empezó a descender la cuesta hacia el hipódromo. Los soldados custodiaban todas las salidas posibles, y alentaban a los lerdos con golpes y patadas.

Apenas los oficiales informaron a Herodes que todos los sacerdotes, con excepción de los que oficiaban en el templo, estaban en el hipódromo con las puertas cerradas, él dictó un nuevo decreto por el cual se deponía al sumo sacerdote Matías y se designaba al cuñado de éste, que se encontraba en Chipre. El mismo día, en Jerusalén, Carmi había convocado a todos los sacerdotes del templo, con excepción de los tres o cuatro necesarios para evitar que el ritual se detuviera, a una breve reunión en el patio de los gentiles. Allí fueron arrestados y enviados con escolta a Jericó, a reunirse con los demás en el hipódromo. El escenario estaba ahora libre para que el día siguiente se cumpliera un terrible sacrificio en el altar de las ofrendas ardientes.

Esa misma noche, tres judíos de Damasco, de la tribu de Isacar, llegaron al palacio de Jericó y pidieron al rey una audiencia. Se presentaron como astrólogos y Herodes consintió en verlos. Eran como se vio, acuerdistas; una secta que sostenía haber realizado un nuevo acuerdo con Dios por mediación de un espíritu llamado «El que vendrá» o «La estrella», y que, según esperaban, se encarnaría pronto en forma humana. Parecían hombres sencillos y vehementes, y su jefe dijo a Herodes:

—Tu nombre será glorioso para siempre, majestad, porque como dicen las estrellas, el príncipe de la justicia ha nacido finalmente bajo tu benigno mandato; será tu heredero y reinará sobre todo Israel durante mil años. Sabemos que eres sensible a

ese gran honor que te otorga el Señor, porque hemos visto las monedas acuñadas en tu casa de moneda, y en ellas se ve la estrella de seis puntas brillando sobre la montaña sagrada.

Herodes sonrió para animarlos.

—¿Y quiénes son los padres de ese príncipe, sabios de Damasco?

Ellos se inclinaron y respondieron:

—Somos hombres ignorantes; pero como se sabe que será el rey de los judíos, pensamos que debe ser tu hijo o tu nieto. No creemos que el que vendrá desciende directamente de David; porque uno de nuestros maestros ha dicho: «Se llamará David aunque no sea de la sangre de David». Pues bien: finalmente ha nacido. Las estrellas no mienten.

—No, no mienten, pero con frecuencia conducen al error. ¿Cuándo creéis que ha nacido ese niño?

—Según nuestros cálculos, en este último solsticio de invierno.

—¿Y dónde?

—No lo sabemos, pero presumimos que en Bethlehem de Efrat. Como sabes, majestad, el profeta Mica ha dicho claramente: «Y tú, Bethlehem, no eres el menor entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá uno que reinará sobre mi pueblo Israel».

—¿Podríais reconocer al niño si lo vierais?

—Ciertamente. Debe tener las marcas de la realeza.

—Tenéis mi permiso para ir a Bethlehem a buscarlo, buenas gentes. Si lo encontráis, decídmelo e iré a adorarlo. Pero en una cosa os equivocáis: no es mi hijo ni mi nieto.

—Partiremos de inmediato, majestad. Que vivas eternamente.

A Herodes le asombró la coincidencia, porque el día siguiente debía iniciarse en Bethlehem el registro de la casa de David.

Cuando los visitantes de Damasco se marcharon, Herodes empezó a dudar, primero si se podía confiar en que Arquelao matara al niño, y luego si la historia del nacimiento en la gruta era cierta. ¿No la habría inventado ingeniosamente Arquelao para obtener tropas e iniciar una rebelión? ¿Los hombres de Damasco podían ser sus cómplices? ¿Se alzaría en Bethlehem el estandarte de la rebelión? De una sola duda, su mente se lanzó a todo un circuito de dudas. Se sentía inseguro incluso de la lealtad de su primo hermano el edomita Aquiabo, el único ser humano a quien había confiado el gran plan. Aquiabo, que lo había acompañado a las tumbas de David, y Salomón, seria el sumo sacerdote de la religión reformada. Empezó a quejarse una vez más de dolor en el vientre, y en voz gemebunda pidió a Aquiabo, que estaba a su lado, una manzana para refrescar su garganta reseca y un cuchillo para mondarla. Cuando Aquiabo le dio lo que pedía, Herodes simuló que sus dolores se habían tornado bruscamente tan violentos que ya no podía soportar una hora más de vida, y que se disponía a clavarse el cuchillo. ¿Trataría Aquiabo de contenerlo, o le dejaría

morir sin intervenir? Sería una excelente prueba de su cariño.

Aquiabo intentó quitarle el cuchillo y gritó pidiendo auxilio. Los criados entraron a la carrera y, al ver que los dos hombres peleaban por un cuchillo, pensaron que Aquiabo era un asesino. Siguió a esto una gran conmoción, y corrió por el palacio la voz de que el León había muerto. Su nombre era tan temido que un intenso llanto surgió de todas partes, para alejar al fantasma del escenario de sus horrendos crímenes.

Ese llanto, y el rumor de la muerte de Herodes llegaron a la prisión real, donde estaba encerrado ahora Antípater. Un joven guardián de mente despierta entró de prisa en su celda, arrancó sus grillos y cadenas y lo condujo, trastabillando, hacia la puerta. Pero ésta estaba cerrada, y el portero era obtuso; y antes de que pudieran persuadirlo a abrirla, el jefe de la prisión, a quien Arquelao había colmado de presentes, interceptó a Antípater y lo devolvió a su celda. El jefe envió un apresurado mensaje a Arquelao informándole de lo ocurrido; reclamaba también el derecho de ser el primero en felicitarlo por su acceso al trono. Pero los demás guardias lo rodearon gritando:

—¡Libera al rey Antípater! ¡Libéralo! ¡Es inocente! ¡Es nuestro verdadero rey, y nos recompensará a todos con magníficos regalos!

El jefe de la prisión tomó una rápida decisión: envió a dos de sus hombres a la celda de Antípater; mientras él oraba de rodillas, golpearon desde atrás y lo mataron en el acto.

De este modo, por su excesiva astucia, Herodes se derrotó a sí mismo, y el antiguo Dios de Jerusalén se vio privado de su sacrificio.

Las noticias llegaron a Emaús la noche siguiente. María no pudo echarse a llorar ni aliviar su corazón, incluso ante la fiel Shelom, al enterarse de la muerte de Antípater. Pero susurró al oído de su hijo, a quien había llamado Jesús:

—Ha muerto, hijo mío. ¿Entiendes, hijito? Ha muerto —el niño lloraba. Él era para ella, ahora, todo el mundo; su primer y último hijo. Lo meció y lo calmó, y le habló del viaje que les esperaba—. Por la mañana, viajaremos juntos, tú y yo. Iremos al lugar donde has nacido. A Bethlehem. Yo te cuidaré, y tú me cuidarás, y el Señor nos cuidará a ambos, y el buen José vendrá con nosotros. —Él sonrió, y ésa fue su primera sonrisa. Ella lo besó tiernamente y dijo—: Duerme ahora, Jesús, porque pronto partiremos para un largo viaje —pero no imaginaba cuán largo y fatigoso había de ser.

Demoró su camino la cojera de uno de sus asnos, y no llegaron a Bethlehem después de medianoche. Era demasiado tarde para golpear la puerta de un mercader con quien José había tenido una vez tratos; pero él condujo al asno cojo hacia la parte posterior de la casa y lo ató en el establo, junto a las demás bestias. Luego continuaron la marcha colina arriba hasta la hostería del pueblo; María iba montada, y José caminaba a su lado asiendo la brida. Encontraron la hostería repleta de

miembros de la casa de David que habían venido a registrarse. Los hombres dormían, envueltos en mantas, en la puerta y en la galería, de modo que José no halló posible entrar sin pisar a alguno. La noche era fría y llovía. Buscó albergue en el establo, pero tampoco allí había sitio; y cuando quiso entrar alguien empujó la puerta y corrió el cerrojo desde el interior.

El posadero, que llegó en ese momento con una linterna, dijo:

—Señor, no conozco tu nombre, pero veo que eres un anciano y que tu esposa tiene un niño pequeño. No puedo negarte la escasa hospitalidad que aún está en mi mano ofrecer. Del otro lado de la colina, en un claro del bosque, hay un cobertizo donde uno de mis hijos guarda sus animales; te acompañaré hasta allá. Es un lugar pequeño y maloliente, pero al menos seco y caliente.

Le agradecieron y él los guió sobre el fango hasta el cobertizo, les deseó buenas noches y prometió volver por la mañana a saludarlos. Ellos se acomodaron sobre la paja y durmieron hasta que fue de día.

Mientras María preparaba el desayuno en las ollas de barro que había hallado en un rincón, José se dirigió al pueblo para cuidar a su asno cojo, pensando: «Está escrito que un hombre piadoso es piadoso también con su cabalgadura». Mientras caminaba, trataba de recordar un sueño espantoso que lo había turbado la noche anterior, pero se había desvanecido al alba dejando sólo una vaga sensación de temor e incomodidad. Su amigo el mercader no estaba en casa, y José salió con el asno en busca de un cirujano. Mientras miraba dubitativamente una encrucijada, oyó a tres ricos judíos, que a juzgar por su vestido venían de Damasco, conversando con un kenita. El pastor decía:

—No miento, grandes mercaderes, por la vida del Señor. El ave atravesaba el valle aleteando perezosamente; pero cuando llegó a un punto del cielo situado directamente sobre la caverna donde el niño nacía, se detuvo en pleno vuelo y allí quedó inmóvil. Y en verdad, señores, mientras miraba advertí que mi corazón había cesado de latir, y pensé que era ya un hombre muerto. Sólo mis ojos conservaban el movimiento, y cuando los volví hacia la gruta me pareció que brillaba sobre ella una gran gloria…

José avanzó de prisa, porque había reconocido el rostro del kenita, y no quería ser reconocido a su vez. Pero el hombre gritó:

—¡Eh! ¡Pero si es él! Por algo soy cirujano de, asnos. Lo reconozco por esa asna. Ya he tratado su corvejón; era el de la pata trasera izquierda. Pero ahora cojea de la pata delantera izquierda —corrió para alcanzar a José y le dijo—: Deja esa asna a mi cuidado, señor. Dentro de tres semanas correrá carreras.

—Te agradezco. Pero no puedo esperar tres semanas.

—Toma a cambio mi asno, y quédate con él.

—¿Qué clase de hombre eres que me ofreces un asno blanco joven y hermoso a cambio de mi vieja bestia coja? No estás haciendo buen negocio, te aseguro.

—¿No fueron a Jerusalén en esa asna tu esposa y el niño hace tres meses?

Venderé a los hombres de mi tribu los pelos trenzados de la cola de ese animal como talismanes de buena suerte; pagarán cinco siclos por ellos y pensarán que es dinero bien empleado. Y me quedaré con el animal.

—Toma entonces la asna vieja, y dame el joven, porque presiento que necesitaré un buen animal antes de que termine el día, que el Señor sea contigo. Pero no digas a nadie que estoy aquí, en Bethlehem, hasta que termine el registro de nuestra casa, y esté yo de regreso en mi hogar.

José empezó a desensillar su animal, pero el kenita protestó:

—No, no, cada asno con su silla. ¿Acaso no es bonita la mía? Las borlas verdes y las campanillas de plata agradarán a tu esposa y al niño. Y yo quiero tu silla porque ha soportado una preciosa carga: será un glorioso legado para mis hijos y los hijos de mis hijos.

Los tres hombres de Damasco escuchaban en silencio. Cuando se alejó, le siguieron de prisa y miraron, desde lejos, adónde iba. Luego regresaron a su campamento en busca de los dones sagrados que habían traído, se lavaron, se perfumaron y vistieron sus más ricas ropas ceremoniales, de modo que parecían reyes.

María daba el pecho a su hijo cuando aparecieron en la puerta del cobertizo. Alzó la vista alarmada. Pero hicieron el signo de la paz y, postrándose en el piso de tierra apisonada, cuidadosamente barrido por María, rindieron silencioso homenaje al niño. Uno de ellos puso a sus pies una corona de oro de doce puntas, con una joya distinta en cada punta; la que correspondía a cada una de las doce tribus. Y susurró:

—En prenda de tu soberanía, Grande.

El siguiente depositó a la izquierda de la corona una vasija de alabastro que contenía mirra y dijo:

—En prenda de tu amor, Grande.

Y el tercero puso a la derecha de la corona una caja de marfil con incienso olíbano y dijo:

—En prenda de tu inmortalidad, Grande.

María, con los ojos húmedos de lágrimas, dijo con gravedad:

—Os doy las gracias en nombre de mi hijo, señores. Vuestros dones han sido justamente otorgados. Id con la bendición del Señor.

Ellos salieron cantando un salmo; las palabras no podían ser más oportunas.

En Efrat, he aquí que hemos comprendido la verdad;
la hemos hallado en un claro del bosque.
Vamos, hermanos, a esa glorieta,
humillémonos ante su escabel…
Levántate, Señor…

José fingió no ver ni oír nada y dejó los regalos donde estaban hasta que María los puso en lugar seguro. Tomaron en silencio el desayuno, y José fue luego a la

posada a preguntar a qué hora comenzaría el registro. Deseaba terminar con eso y retornar a su hogar lo antes posible. Pero al volver la esquina oyó gritos:

—¡Vienen soldados! ¡Mirad, todo un escuadrón de soldados del rey!

José recordó instantáneamente su sueño, que había comenzado con ese mismo grito, y sintió un mareo de terror. Giró sobre sus talones y corrió al cobertizo. Susurró ásperamente:

—Vamos, no hay tiempo que perder. La muerte está en el aire. ¡Prepara todo mientras ensillo los asnos!

María respondió serenamente:

—Estamos en manos del Señor. Con tu permiso, antes bañaré y vestiré a mi hijito.

—Entonces, hazlo de prisa.

El príncipe Arquelao entró en Bethlehem a la cabeza de un escuadrón tracio y dio órdenes a sus oficiales. Una docena de soldados custodiaría cada calle y camino de salida, sin permitir el paso a nadie; el resto rodearía a los hijos de David y a sus familias.

—Se debe hacer todo silenciosamente y sin violencia. Una vez separados los daviditas de los residentes locales, empezará la masacre. Atención: sólo deben morir los niños varones pequeños. Ningún adulto, salvo si ofrece resistencia. Tampoco las niñas, ni niños mayores. La desventurada criatura que se nos ha ordenado eliminar no tiene aún cuatro meses y es un niño de pecho; pero por motivos de seguridad mataremos a todos los niños varones menores de dos años. Éstas son las órdenes del rey Herodes.

El cirujano de asnos y otros kenitas esperaban a José en el claro del bosque. Le dijeron:

—¡Pronto, señor! La muerte ha entrado en Bethlehem. Quítate ese alegre manto de mercader y ponte éste viejo y desgarrado. Tú, esposa y el niño deben pasar por hijos de Rahab.

José hizo lo que se le pedía, y luego todos avanzaron por la pradera donde los hombres de las tribus reunieron a sus ovejas dispersas y las llevaron por el camino hacia el Jordán. Una partida tracia custodiaba la aduana, pero el sargento dejó pasar a los nómadas sin desconfiar. Continuaron su lenta marcha y pronto el viento les llevó el terrible ruido de gritos y lamentos confusos. El cirujano de asnos dijo:

—Dejadnos ahora; atravesad la colina hasta ese bosque de robles situado debajo de ese acantilado irregular, el que tiene una corona de pinos. Allí hay amigos que os conducirán a un sitio seguro. ¡Valor, y que el Señor proteja a los suyos!

En el robledo, José encontró a un pastor sentado junto al fuego; un hombre sombrío y de aspecto peligroso, que tenía tres largos cuchillos en el cinturón, y se detuvo desconcertado, sin saber cómo dirigirse a él. Pero María dijo:

—Generoso hijo de las tiendas, en nombre de nuestra madre Rahab te pido que dejes el ganado al cuidado del muchacho y nos lleves de prisa a tu señor Kenah.

Hallaron a Kenah acampado en Beth-Zur, a diez millas de distancia, hacia el sudoeste. Saludó con viva alegría a María y el niño, y con respeto a José.

Después de reposar tres días en el campamento nómada estaban dispuestos a partir nuevamente. Cuando Kenah preguntó a José adónde se dirigía, él respondió:

—A Egipto, a pagar una deuda a Simón, hijo de Boeto, que era anteriormente sumo sacerdote.

—¿Es una gran suma? El camino a Egipto no es seguro para los hombres ricos que viajan sin escolta.

—No, no es una gran suma; apenas medio siclo, es decir, dos dracmas de Alejandría. Sin embargo, es una deuda de honor.

—El hijo de mi hermana os acompañará y cantará por el camino. Nada debéis temer en su compañía.

Partieron hacia Egipto acompañados por el sobrino de Kenah. Cuando llegaron a Hebrón oyeron las noticias de la muerte de Herodes y la liberación de los judíos que aguardaban el fin en el hipódromo. El mensajero dijo que Herodes, al sentir que la muerte se acercaba, había ordenado que los mataran a todos, pero su hermana Salomé había evitado la masacre.

Al oír esto, el sobrino de Kenah se echó a llorar e improvisó una canción acerca de las esperanzas perdidas, y del nuevo triunfo de Jacob, que arrojaba una vez más a Esaú a la oscuridad. Lleno de visión poética clavó la mirada en una planta verde que crecía entre la arena y exclamo:

—¡Que el Señor te maldiga, planta perversa, por el daño que has hecho!

José preguntó:

—¿Por qué maldices al pepino silvestre? ¿No conocéis el pepino silvestre?

José recordó la historia de Elisha y la sopera; una vez, un hombre ignorante de la ciudad había puesto pepino silvestre en la sopa, confundiéndolo con la variedad hortelana, y uno de sus amigos, había gritado al llevar la cuchara a la boca: «Hombre de Dios, la muerte está en la olla». Y Elisha había salvado a todos de la muerte por medio de un milagro. José preguntó:

—Y ahora, ¿en la olla de quién ha sido vertida la muerte?

—El rey sufría de un tumor, pero no murió por eso. Soy el médico de mi clan, y conozco las virtudes y cualidades de cada hierba del desierto. Sólo el pepino silvestre puede causar mal aliento, escozor, una diarrea continua y garganta seca. Maldigo a esa planta poco provechosa porque ha postergado el día del ajuste de cuentas.

—Sin embargo Esaú perdonó a su hermano Jacob cuando podría haberlo matado en el camino a Succoth, y los israelitas no han olvidado su magnanimidad. Jamás se ha ajustado una cuenta por la espada, noble sobrino de Kenah. Canta, más bien, alabanzas al pepino silvestre, que ha salvado las vidas de quince mil hombres.

María agregó:

—Y bien puede ser que también haya salvado la vida de un niño en quien Jacob y Esaú podrían depositar su esperanza de paz uniendo sus manos.

Desde allí se dirigieron a Ain-Rimmon, donde María e Isabel volvieron a encontrarse; apenadas pero orgullosas se mostraron una a otra sus niños sin padre. Continuaron luego basta Beersheba, donde recibieron más noticias de los acontecimientos de Jerusalén: se había evitado la guerra entre los hijos de Herodes mediante un inesperado acuerdo. Se decía que el príncipe Filipo se había ocultado cuando se anunció la falsa noticia de la muerte de Herodes; al enterarse de su muerte verdadera había acudido de inmediato a Jerusalén, ocupando el palacio con la ayuda de los celtas. Arquelao se le había unido con los tracios, y Antipas había enviado a ambos un mensaje de paz desde Seforis, en Galilea, donde había reunido las guarniciones de todas las ciudades de cincuenta millas a la redonda. Luego los tres príncipes se encontraron en presencia de su tía Salomé, que actuó como pacificadora, y acordaron dividir el reino en tres tetrarquías si el emperador daba su consentimiento. Con la ayuda de Tolomeo, el chambelán a quien Herodes había confiado su sello, falsificaron el borrador de un nuevo testamento que confirmaba ese arreglo. No alteraron, sin embargo, los legados al emperador y a su esposa Livia, ni el legado de medio millón de dracmas de plata a su tía Salomé. Se concedió a Arquelao el reino de Judea, juntamente con Edom y Samaria; a Antipas, Galilea y la Baja Transjordania; Filipo recibió la Alta Transjordania hasta el monte Hermon, y Salomé, en reconocimiento de sus servicios, un pequeño reino en lo que había sido antes Filistea. Nada otorgaba el testamento al príncipe Herodes Filipo; pero a cambio de una renuncia jurada a sus derechos sobre cualquier parte de los dominios de Herodes, Arquelao, Filipo y Antipas le concedieron una pensión anual. Los agentes del príncipe Filipo asesinaron en Alejandría a Antípater el Joven y arrojaron su cuerpo al mar, o eso afirmaba un mercader que acababa de llegar de allí.

En estas noticias no había nada que pudiera alterar la decisión de José de viajar a Egipto, porque había adivinado el secreto de María. Consideraba obvio que el único testamento vinculante era el original de Herodes, aprobado por Augusto. Ese testamento concedía el trono en primer lugar a Antípater; luego a Herodes Filipo, si Antípater moría antes que él; y en último término, a los herederos de Antípater. Como Herodes Filipo había renunciado a sus derechos, y Antípater el Joven había muerto, el heredero legal era Jesús, el hijo nacido del matrimonio secreto de Antípater. Augusto podía aprobar el arreglo establecido entre los hijos de Herodes, pero el testamento original se mantenía; por eso los príncipes habían asesinado a Antípater el Joven y llegado a un acuerdo con Herodes Filipo. Por lo tanto, para el bien de María, José decidió no regresar a Emaús mientras Arquelao fuera rey, porque si se filtraba el secreto de la identidad de Jesús, como bien podía ocurrir, se enviarían asesinos a matarlo.

Desde Rehoboth, José remitió un mensaje a sus hijos: se encontraba bien, pero partía en un largo viaje; ellos podían tomar ya mismo su herencia, sin esperar la noticia de su muerte.

José dijo a María:

—Este viaje da nueva fuerza a mi vida. Me estaba volviendo viejo y ocioso. En Alejandría retornaré a mi antiguo oficio: en un tiempo era bien conocido por los yugos para bueyes y las rejas de arado de madera que hacia. No es un trabajo agotador; es cuestión de habilidad y no de fuerza. Pronto podré instalar una tienda, y tu hijo será mi aprendiz.

En la antigua ciudad de On-Heliópolis el sobrino de Kenah se despidió de ellos; María lavó los pañales de su hijo en el arroyo que había ante las puertas de la ciudad, y los puso a secar al sol mientras descansaba a la sombra de un antiguo olivo. El día siguiente llegaron a la ciudad de Leontópolis, así llamada en honor de Bast la Leona, situada unas pocas millas al noroeste. Allí José vendió el asno blanco y la silla decorada, y con parte del dinero compró, a un egipcio que abandonaba su oficio, un saco de herramientas de carpintería. Halló un alojamiento cerca del templo judío fundado casi dos generaciones antes por el sumo sacerdote Onías; allí se instaló con María, y dio gracias al Señor porque los tres habían escapado con vida.

Pronto pagó la deuda a Simón, y María se convirtió en la esposa de José; y como las ganancias de José eran escasas y los tiempos malos, ella vendía en el mercado las hortalizas que un hortelano conocido producía, mientras el niño jugaba a su lado en el suelo.

SEGUNDA PARTE

XII

EN LEONTÓPOLIS

Seguían al catafalco de Herodes, llorando vigorosamente, numerosos amigos, parientes, esclavos y libertos, afligidos representantes de las muchas comunidades griegas y sirias que había protegido, cientos de edomitas y nabateos, gran cantidad de plañideras profesionales, y los hombres de su ejército privado, unidos a él por largos años de servicio leal. Pero entre los judíos piadosos de Jerusalén corrió la voz de que todos debían abstenerse ese día de demostraciones de pesar, aunque hubiesen sufrido una pérdida en su propia familia; y cuando terminó el funeral, una gran procesión subió al templo a llorar a los jóvenes que habían sido quemados vivos, junto con sus rabinos, por derribar el águila dorada de la puerta del este. Hacían un ruido terrible que continuó día tras día y noche tras noche hasta que Arquelao perdió la paciencia y ordenó al comandante de la guarnición de Jerusalén que buscara a Carmi, el capitán de la guardia del templo, y le exigiera perentoriamente poner fin a esa molestia. Carmi fue reconocido mientras se acercaba al templo, y una lluvia de piedras le obligó a retirarse. Los lamentos continuaron aún con mayor furia.

En esos días entraba en Jerusalén el habitual torrente de judíos piadosos que acudía a celebrar la Pascua, y su llegada se aprovechó para una reunión masiva en los tres patios en que se pidió la expulsión del sumo sacerdote ausente designado por Herodes justamente antes de su muerte —notoriamente perverso— y de todos los extranjeros que residían dentro de las murallas de la ciudad. Esta segunda demanda no era una expresión de xenofobia nacional, porque el pueblo de Judea era hospitalario con los residentes extranjeros y porque su ley le imponía no olvidar nunca la época en que ellos mismos eran huéspedes de los egipcios. Era una protesta contra el empleo de las tropas celtas y galas que se habían conducido con tal brutalidad en el asunto del hipódromo, y de los tracios que habían ejecutado la masacre de Bethlehem, así como contra la presencia en el palacio de Maltacia la Samaritana, madre de Arquelao, de quien se creía que había sido el genio maligno de Herodes durante sus últimos días. Porque los judíos consideran más extranjeros que cualquier otro extranjero a los samaritanos, aunque siguen con loable exactitud las leyes de Moisés. Descienden de colonos asirios —o, como ellos sostienen, chipriotas — establecidos muchos siglos antes en Sichem, cuando los pobladores efraimitas fueron reducidos a la cautividad y trasladados a Asiría; esos colonos habían adoptado la religión israelita para aplacar al Dios cuya ciudad y cuyos altares habían ocupado, afligidos por las depredaciones de los leones. Una amarga disputa separa a los judíos y a los samaritanos desde que el clero samaritano se opuso sin éxito a la

reconstrucción del templo en Jerusalén por Nehemías; ellos sostenían que la centralización del culto en Jerusalén, no autorizada por el Pentateuco, daría a los judíos sobre los samaritanos un poder que no habían conquistado y del que ciertamente abusarían. Los judíos se molestaron por su interferencia; y cuando el culto del templo empezó a atraer los dones de los campesinos efraimitas a Jerusalén, el clero samaritano construyó en el monte Gerízim un templo rival que destruyó finalmente Juan Hircano el Macabeo por idolatría, puesto que los samaritanos adoraban, tanto como a Jehová, a su compañera divorciada, Ashima, la diosa paloma. Los samaritanos tenían todavía prohibida la entrada en el templo de Jerusalén, incluso en el patio de los gentiles, y un proverbio corriente entre los ortodoxos decía: «Come el pan de Samaria y la carne del puerco».

Arquelao, en lugar de ignorar la protesta del pueblo, o de recordarle sus obligaciones con los huéspedes extranjeros, envió a los celtas a disolver la reunión; y en los subsiguientes disturbios unas tres mil personas murieron asesinadas o pisoteadas. Por lo tanto, cuando partió a Roma unos días más tarde, con gran comitiva, para persuadir al emperador de aprobar la división del reino en tetrarquías, en otro barco salió una embajada de cincuenta miembros de la corte suprema para pedir, en cambio, que el reino se convirtiera en una sola provincia del Imperio. Pensaban que si un sumo sacerdote por ellos elegido, con el apoyo de la corte suprema y del gran sanhedrín, así como de un consejo de delegados de las ciudades griegas, administraba esa provincia, el «problema judío», como lo había llamado Augusto en un reciente discurso ante el Senado, dejaría de existir. La embajada llegó a Roma el mismo día que los herodianos, y la mañana siguiente, cuando ambos grupos se dirigían al palacio para saludar al emperador, tres o cuatro mil mercaderes y funcionarios judíos, con sus mujeres y sus hijos, recibieron con gritos de aliento a los representantes de la corte suprema, y silbaron y abuchearon a Arquelao.

El príncipe Filipo había permanecido en Jerusalén como administrador temporal del reino, bajo la enérgica protección de Varo, el gobernador general de Siria; pero Antipas y Salomé, que acompañaron a Arquelao a Roma, vieron la poco amistosa recepción de los judíos, y empezaron a lamentar su acuerdo con él. Naturalmente, cualquier arreglo político era preferible al plan propuesto por los embajadores de la corte suprema; pero les irritaba que Arquelao hubiese hecho tan difícil todo para ellos. Antipas logró conseguir una audiencia con el emperador antes de la hora fijada para la audiencia pública y, a espaldas de sus hermanos, pidió la ratificación del último testamento firmado por Herodes cuando estaba irritado con Arquelao y Filipo. Antipas mostró a Augusto una copia certificada declarando que ignoraba la existencia de ese testamento que lo designaba único heredero del reino; de lo contrario, jamás habría consentido en el reparto de un patrimonio que era legítimamente suyo.

Livia estaba presente, y por su consejo Augusto recordó a Antipas la inconveniencia de repudiar un acuerdo jurado, incluso si había sido hecho por ignorancia; y declaró con firmeza que el único testamento con validez legal era el

original, custodiado por las vestales. Era en virtud de ese testamento, agregó Augusto, que se proponía aceptar los legados suplementarios a Livia, a él mismo y a otros miembros de su familia mencionados en el último testamento —no firmado— que acababan de poner sobre su mesa, porque el testamento que ahora presentaba Antipas había sido redactado tan mesuradamente que algunos de esos legados habían sido omitidos, y él no podía atreverse a convalidar ese documento cuando existía la posibilidad de que el testador no tuviera perfecto dominio de sus facultades en el momento de la firma. Sin embargo, como los principales beneficiarios del testamento original, es decir, el rey Antípater, el príncipe Herodes Filipo, y sus herederos, estaban ahora muertos o bien habían renunciado a sus derechos sobre el estado; y como no había en el testamento providencias para la distribución de la herencia en tan complejas circunstancias, necesariamente el nuevo testamento se debía interpretar como una indicación válida y suficiente de las intenciones de Herodes en el momento de su muerte.

Añadió:

—Sólo en un punto concuerdo contigo. No habiendo heredero, de Antípater, y diré al pasar que deploro profundamente el misterioso asesinato de Antípater el Joven, la corona debe mantenerse en suspenso. Quiero decir que te ahorraré toda sensación de resentimiento, porque no daré a tu hermano Arquelao el título de rey. Deberá contentarse con el de etnarca.

El título de etnarca no significaba un gran honor; también era un etnarca el hombre del común que presidía los asuntos judíos en Alejandría.

Se dice que la razón esencial de que Livia impusiera ese arreglo a Augusto era la presión de Salomé. Sólo en el testamento final se mencionaba el pequeño reino filisteo otorgado a Salomé; y ella había prometido que lo legaría en su testamento a Livia si se le permitía gozar de su usufructo durante el año o dos años de vida que le restaban, porque su salud decaía rápidamente.

Augusto admitió luego a Arquelao y Antipas a la audiencia pública, en que repitió su decisión, aunque consideró justo decir luego en privado a Arquelao:

—Te otorgaré el título de rey dentro de diez años, si te lo has ganado.

Llamó entonces a los enviados de la corte suprema, que se quejaron violentamente de Arquelao; y sus argumentos en pro de la provincialización del reino de Herodes, y de su administración por una asamblea representativa fueron tan atractivos que casi estuvo a punto de volverse atrás en su arreglo con Arquelao y Antipas. Admitió que el proceder de Arquelao durante la Pascua había sido precipitado y lamentable, pero dijo por fin:

—Sabios judíos, no puedo conceder lo que pedís. Mi razón principal, con franqueza, son los miles de personas de vuestra religión que se apretujan en todas las entradas de mi palacio y que intervienen en un asunto que de ningún modo les concierne. Solicitáis que pida al senado la autonomía política de Palestina…

—¡Dentro del Imperio, César! —dijo el líder de la embajada.

—Sí, no es necesario decirlo. Pero estas personas no son nativos de Palestina, o sólo muy pocos; y su presencia hoy en las calles me advierte que no debo fortalecer el poder de vuestro sumo sacerdote ampliando su dominio temporal, y por lo tanto religioso. ¿Cómo puedo saber, en caso de aceptar vuestra petición, si Jerusalén no se convertirá en el foco de una conspiración mundial de judíos contra la hegemonía romana? Hay judíos en todas partes; todos ellos son prósperos, y tan ávidos como ladrones en sus asuntos comerciales.

—Ay, César, es un gran error generalizar, a partir de tu experiencia con las colonias mercantiles judías de Italia, Asia Menor y Egipto, acerca de la prosperidad o la unanimidad de los judíos. Hay cientos de miles de judíos pobres en el mundo; y al menos en Palestina, numerosos cismas desgarran nuestra religión. En cuanto a una conspiración mundial, puedes estar seguro de que nosotros, en Jerusalén, somos gentes pacificas y no tenemos ningún deseo de extender los limites de nuestra influencia religiosa. Lamentamos la conversión obligada de los edomitas al judaísmo, determinada por los reyes macabeos, y la más reciente conversión voluntaria de gran cantidad de griegos que se han acercado a nosotros más por razones comerciales que por sus convicciones religiosas. Los judíos de la Diáspora son, en general, tan pacíficos como nosotros, y ninguno sigue la profesión de las armas.

—Nicolás de Damasco narra una historia diferente. Me informa de que vuestros poetas sagrados os han prometido un Mesías conquistador que aguardáis de día en día, y cuyo destino es destruirnos. Admito que los judíos de esta ciudad son en su mayoría mercaderes o contables, y no soldados; ¿pero qué significa eso? En nuestros días, los hombres ricos no necesitan combatir, puesto que pueden contratar tropas mercenarias.

—Has sido sincero, César, y también nosotros lo seremos. Existe realmente la profecía de un rey destinado a liberarnos de la opresión extranjera, así como cierto rey David liberó a nuestros antepasados de los filisteos unos trescientos años antes de la fundación de Roma; pero no se menciona una fecha particular, e incluso algunos teólogos piensan que esa profecía se ha cumplido, cincuenta años antes de la fundación de la República Romana, cuando el rey Ciro el Persa nos libró de la opresión del rey Darío el Medo. Si otorgas lo que te pedimos, ya no se esperará la llegada de ese rey hipotético, aunque sólo sea porque no habrá una opresión extranjera de la cual liberarse. No interfiere con nuestro honor nacional ser súbditos de Roma, así como hemos sido, en tiempos antiguos, súbditos de Asiría, Persia y Egipto, mientras los romanos nos permitan vivir en paz y conservar nuestras instituciones ancestrales; y si aceptas nuestra petición, recompensaremos con abundancia la protección militar y naval que nos otorgues.

Pero Augusto temía ofender a Livia si continuaba escuchando a los embajadores, y por lo tanto los despidió, diciendo con cortesía:

—Hombres sabios, espero hallar tiempo un día para estudiar vuestra literatura sagrada, aunque se me ha dicho que es difícil alcanzar su dominio.

Joaquín, el padre de María, que era uno de los principales miembros de la embajada, respondió:

—He estudiado las Escrituras durante sesenta y cinco años, César; y todavía muchas cuestiones religiosas de fundamental importancia escapan a mi comprensión.

Joaquín hubiera podido presentar, como ejemplo, las relativas a la eventual aparición del Mesías; si no se define aquí cuidadosamente el término «Mesías», la historia de la vida de Jesús perderá algo de su clara belleza.

La palabra «Mesías» significa «el Cristo» o «el Ungido»; y por lo tanto sólo puede aplicarse a un rey ungido, no a un hombre común, por distinguidos que sean sus dones espirituales o sus éxitos militares. El estudioso Zacarías, el cuñado de Joaquín, distinguía en su inconclusa enumeración de profecías mesiánicas cinco Mesías diferentes: el hijo de David, el hijo de José, el hijo del hombre, el Sumo Sacerdote y el Siervo que Sufre. Le preocupaba, como a los teólogos más importantes de ese momento, establecer si todas esas distinciones eran verdaderas: ¿no había quizá sólo cuatro Mesías, o tres, o dos, o tal vez sólo uno a quien podían atribuirse razonablemente los títulos y atributos de los otros cuatro?

El concepto más popular era el de hijo de David. Este Mesías debía ser un monarca en el sentido temporal corriente, gobernando el mismo territorio que había gobernado antes David. Era el rey pastoral previsto por el profeta Ezequiel, el autor de los salmos 17 y 18, los profetas Zacarías y Malaquías, el autor de la segunda parte del Libro de Isaías, la Sibila de los Oráculos, el autor del Salterio de Salomón, Esdras y muchos otros. Debía nacer de una madre virgen en Bethlehem de Judá, Bethlehem de Efrat, después de un periodo atribulado por guerras, hambres y calamidades naturales, los así llamados dolores de parto del Mesías, y en un momento en que los judíos pisaban el fango de la miseria. Sería llamado en un hogar oscuro y ungido rey por el eternamente joven profeta Elías, de quien había escrito el predicador Ben Sira: «Tú que estás preparado para el tiempo, como se ha profetizado; para contener la ira del hombre ante la ira más potente del Señor, para volver los corazones de los hombres hacia sus hijos y para restaurar las tribus de Israel». Elías debía preparar el camino del Mesías, quien luego entraría triunfalmente en Jerusalén, cabalgando en un asno joven. Esa seria la señal para una guerra sangrienta de los opresores de Israel contra Jerusalén, en la cual la ciudad sería tomada y dos tercios de sus habitantes masacrados. Sin embargo, el Mesías, alentado por divinos milagros, reuniría a los fieles sobrevivientes en el monte de los Olivos y los conduciría a la victoria final. Luego congregaría las tribus dispersas y reinaría pacíficamente durante cuatrocientos, o como decían algunos, mil años; y los reyes de Egipto, Asiría y el resto del mundo honrarían su trono en la nueva y santa ciudad de Jerusalén. Ese reino del cielo seria una época de prosperidad sin parangón, una nueva edad de oro.

El hijo de José, o hijo de Efraim, era también un Mesías guerrero, cuyo reino coronaria del mismo modo la paz universal. También debía ser su cuna la Bethlehem de Judá, donde había nacido su antepasada Raquel; pero reinaría principalmente

sobre las diez tribus del norte, que se habían apartado de Rehoboam, el último rey de todo Israel. Como los samaritanos habían profanado Sichem, algunos esperaban que apareciera en el monte Tabor, la montaña sagrada de Galilea, y otros en Sichem, para purificarla para sus propias finalidades. El hijo de José era un concepto que rivalizaba con el hijo de David, cuyo culto estaba centrado en Jerusalén: los hombres del norte consideraban que la bendición de Jacob a sus hijos, mencionada en el Génesis, no justificaba el derecho de Judá —que da nombre a los judíos— al gobierno perpetuo de Israel. La profecía anunciaba, con cierta ambigüedad:

> El cetro no se apartará de Judá, ni el bastón del comandante de entre sus pies, hasta que se acerque el hombre a quien pertenecen, aquél a quien el pueblo aguarda.

Cuando eso ocurriera, según los hombres del norte, el Mesías devolvería a Judá el cetro real y el bastón del comandante; debía ser, por tanto, josefita, porque el patriarca Jacob había profetizado que de él descendería el Pastor, la roca de Israel, y que se reservaban para él bendiciones «hasta los últimos limites de las sierras eternas». A este hijo de José, guerrero, se asociaba un predicador de la Penitencia, que podía ser Elías.

Pero ¿qué significaba «José»? ¿No se refería, tal vez, a toda la sagrada nación de Israel, conducida por Moisés fuera de Egipto, y no a las dos tribus de Efraím y Manasés, con las que se identificó luego el nombre y que, con excepción de unos escasos restos, habían sido arrastradas al cautiverio en Asiría setecientos años antes y para no volver? En ese caso, el hijo de David podía ser también el hijo de José; y entonces, el significado de la bendición de Judá era que Judá mantendría su soberanía tribal hasta que llegara el momento de extenderla a todo Israel.

Un aspecto desconcertante del Mesías guerrero —no era posible decidir entre el hijo de David o el hijo de José— era que, según Isaías, se pondría en marcha en Edom, que en los tiempos de Isaías estaba fuera del territorio judío, y con vestiduras teñidas de Bozrah. Si se reconocía la evidente connotación de Bozrah —su carácter de capital edomita—, debía ser un príncipe edomita. Pero tal vez, como sugerían los críticos, se hablaba de la otra Bozrah, la del golfo Pérsico, donde florecía desde hacia siglos la industria del tinte púrpura.

El tercer Mesías era el hijo del hombre, pero este mesianato era una dudosa tradición proveniente del séptimo capítulo del apocalíptico Libro de Daniel, en que Daniel ve a cierto hijo del hombre a quien el Anciano de los Días, de cabeza blanca, otorga eterno dominio sobre todos los pueblos, naciones y lenguajes. El hijo del hombre no era un rey humano, y entraría en Jerusalén montado, no en un asno, sino en una tempestad, al decir de Daniel. Sin embargo, se lo podía considerar el espíritu o la emanación de cualquiera de los dos primeros Mesías, encargado de realizar en el cielo aquello que se cumplía simultáneamente en la tierra.

El cuarto Mesías debía ser un rey sacerdote, asistido por un general de Judea. El mejor texto para estudiar sus derechos era el hermoso, aunque no canónico, testamento de Leví. Por ser sacerdote, este Mesías debía proceder de la tribu de Leví, y no de Judá o de José. Santificaría las conquistas de su general, instituiría la paz universal, reformaría el calendario, revisaría el canon escritural y limpiaría de pecado al pueblo. Era difícil reconciliar este concepto con los otros; sin embargo, Zacarías, como leal hijo de Zadok no podía rechazarlo brutalmente, como sin embargo rechazaba la teoría farisea de la resurrección universal al fin del milenio y el juicio final, por Jehová, de todas las almas que habían existido.

El último de la lista era el Siervo que Sufre; un pequeño grupo de fariseos pesimistas estudiaban sus aspiraciones de verdadero Mesías. El texto que lo justificaba se hallaba en el capítulo cincuenta tres de Isaías: no había de ser un conquistador glorioso, como el hijo de David o el hijo de José, sino un hombre feo, corrompido, despreciado, un chivo emisario del pueblo, un pecador sentenciado a una muerte deshonorable, mudo ante sus acusadores que finalmente le enviaban de prisa a la tumba, aunque de alguna manera sería recompensado después de la muerte con los despojos de la victoria. También había una referencia a su muerte en el capítulo doce de Zacarías: «Aquellos que lo han atravesado lo mirarán y llorarán por él como se llora al hijo único». Zacarías, para quien el Siervo que Sufre era una especie de profeta rechazado, no podía considerarlo de ningún modo un Mesías porque su reino sería póstumo y un reino póstumo parece una contradicción en los términos. Sin embargo, por prolijidad, se sintió obligado a incluir en su enumeración los textos referentes al Siervo que Sufre, junto a los comentarios correspondientes, en alguno de los cuales se sugería que así como el profeta Elías había resucitado al hijo muerto de la viuda de Sarepta, o el profeta Elisha al hijo muerto de la Sunamita, este Mesías había de sufrir la muerte, pero resucitado de los muertos por un acto especial de Jehová.

Era extraordinario que ese Mesías fuera un heredero real llamado bruscamente de un hogar oscuro y ungido por un profeta. En general, un heredero real estaba, o bien alojado en un palacio espléndido y rodeado por el respeto debido a su situación, o bien confinado por un rival usurpador en el calabozo de su fortaleza más segura, adonde ningún profeta pudiera visitarlo con la aclamación tradicional y el cuerno de aceite sagrado para la unción. Sin embargo, en el caso de Jesús esa condición de oscuridad se cumplió al pie de la letra. Apenas conocían su existencia unas pocas personas; y de éstas, sólo su madre, José, y Simón el hijo de Boeto sabían dónde estaba. Él mismo, aunque consciente desde temprana edad que poseía poderes negados a otros niños, y sujeto a bruscas visiones que manifestaban claramente su destino, ignoró su verdadera identidad hasta que María se la reveló en la pubertad; a partir de ese momento guardó el secreto, aún ante sus íntimos, hasta los treinta años.

A los siete años era el líder de un grupo de niños, hijos de las mujeres del mercado judío, que solían jugar entre los tenderetes. Era pequeño para su edad, pero

robusto y ancho de hombros, y tenía el rostro pálido, con grandes ojos luminosos y muy hundidos, y pelo negro rojizo. Los juegos a que jugaban los niños de Leontópolis eran en general versiones dramáticas de la antigua historia judía cuidadosamente planeadas y desarrolladas con exactitud, porque Jesús exigía de sus compañeros obediencia con una autoridad que les inspiraba a la vez temor y regocijo. Como Moisés, los sacaba de Egipto al desierto cargados de botín; en el papel de Gideón, tendía una emboscada a los midianitas y los perseguía doscientas millas más allá del Jordán; en el de David, huía de la corte del rey Saúl, el maniaco homicida, y se encontraba en secreto con el hijo de Saúl, su querido Jonatán. Siempre les daba la ilusión de que participaban en los hechos reales, porque describía con gran riqueza las circunstancias de cada escena, hasta que ésta aparecía claramente ante sus miradas interiores.

Un día la hermanita de un compañero le reprochó que no jugara a bodas y funerales, o a ninguno de los otros juegos habituales del mercado.

—Hemos tocado la flauta para ti, y no bailabas. Hemos llorado por ti, y no fingías siquiera llorar con nosotros.

No pudo encontrar respuesta para ese reproche, aparte de decir:

—Mis juegos son mejores —luego se arrepintió y dijo a la niña—: ¿Pero a qué quieres que juegue contigo, Dorcas?

—Juguemos al arca de Noé y a la paloma que volaba buscando tierra firme.

Él se sentó e hizo un arca con barro y trocitos de junco, y luego animales de barro que se acercaban de dos en dos y de siete en siete al arca.

Dorcas se quejó.

—Yo no quería decir un arca de juguete: quería decir un arca verdadera donde podamos entrar.

—Paciencia; primero déjame terminar los animales y las aves. —Sus dedos trabajaron rápidamente, y ella se quedó mirando hasta que terminó. Luego él se puso de pie, se inclinó gravemente ante ella y le dijo—: Está a punto de empezar el diluvio, Dorcas; ven conmigo al arca. Soy Noé, y tú eres mi esposa, y más atrás vienen nuestros hijos y sus esposas, y luego los animales. Entra conmigo.

Dorcas tomó su mano y ambos pretendieron entrar en el arca. Apretando firmemente los dedos de Jesús, ella sintió que realmente entraba en un arca verdadera, de tres pisos, como la mencionada en el Génesis, y por encima del fuerte ruido de la lluvia tamborileando en el techo oyó los mugidos, rugidos, rebuznos, chillidos y balidos de las bestias. Finalmente la lluvia cesó, y ella vio cómo la paloma de barro que tenía Jesús en la otra mano se cubría de plumaje y echaba a volar, aleteando, por la escotilla del techo. Dorcas gritó de miedo y soltó su mano, y la ilusión se rompió. El arca era nuevamente un juguete hecho de barro del Nilo, y la paloma de barro yacía con las alas rotas en el suelo.

—Dorcas, Dorcas —dijo él—, ¿no podías esperar a que la paloma regresara con la rama de olivo?

Jesús poseía también visión profética natural. Cuando un día un chico egipcio que jugaba a «se ha soltado un camello», dio contra el hombro de Jesús de modo que ambos cayeron, éste se puso de pie y dijo:

—Ay, ese camello no terminará nunca su carrera.

Y se vio que eso era cierto, porque el chico siguió con el juego, se metió gritando entre los animales del mercado, que se escaparon, y una mula lo mató de una coz.

En otra ocasión jugaba a «espías en Jericó» en el techo de la casa de su padre. Él era Caleb y un muchacho llamado Zeno era el compañero de Caleb, y ambos estaban escondidos entre la paja del techo de la casa de Rahab, y la muchacha que hacia el papel de Rahab estaba a punto de ayudarles a descender con una cuerda. Pero Zeno resbaló antes de afirmarse en la cuerda, cayó con los brazos y las piernas abiertas al suelo, y su cabeza dio contra un banco de madera. Los demás chicos, que representaban a los hombres de Jericó, gritaron:

—¡Ha muerto, ha muerto! —y huyeron. Jesús se quedó en el techo, con los pies colgando, sumido en sus pensamientos. La madre y el padre del chico caído vinieron corriendo desde la casa de enfrente, y empezaron a llorar, creyéndolo muerto. Se reunió una multitud de vecinos, y la madre señaló a Jesús, y gritó:

—¡Mirad, vecinos, mirad! Allí está el asesino de mi hijo, el hijo del carpintero ha empujado del techo a mi inocente hijo. Es su segunda víctima. El primero era el chico egipcio a quien maldijo porque lo había empujado.

Jesús saltó indignado desde el techo y cayó de pie sobre un montón de tierra.

—Mujer —dijo—; ni empujé a tu hijo, ni maldije al chico egipcio.

Se abrió paso a través de la multitud, se inclinó sobre su compañero, cuyo rostro estaba blanco como la tiza, y cogiendo su mano dijo:

—Zeno, Zeno, responde: ¿te he empujado?

Zeno respondió inmediatamente:

—No, mi señor Caleb; mi pie resbaló. Vamos rápido a escondernos en la montaña, y después de tres días retornaremos al lado de Josué —se puso de pie de un salto, mientras el color volvía a sus mejillas.

Aproximadamente en esta época José envió a Jesús a la escuela, en casa del rabino más próximo. Ignoraba que Jesús ya había aprendido a leer en griego y hebreo, las dos lenguas del mercado, en la tienda de un escribiente de cartas para quien a veces hacia recados. Jesús era un niño prodigio de una clase que no es rara entre los judíos: jamás olvidaba lo que había oído o leído una vez.

Llegó a la escuela temprano, antes que los demás, y el rabino le dio unas palmaditas en la cabeza y dijo:

—Está escrito: «Yo, la sabiduría, habito con la prudencia y hallo el conocimiento de ingeniosas invenciones. Por mi reinan los reyes y los príncipes hacen justicia. Amo a quienes me aman, y quienes me buscan temprano, me encontrarán». Pues verdaderamente has venido muy temprano —y luego rezó—: «Bendito seas, Dios nuestro Señor, que nos has ordenado escuchar la palabra de la ley».

Jesús respondió como José le había enseñado:
—«Y que la belleza del Señor nuestro Dios sea con nosotros, y señala tú el trabajo de nuestras manos».
El rabino preguntó:
—¿A qué ingeniosas invenciones crees que se refería Salomón, hijo?
—En primer lugar, supongo, al alfabeto.
El rabino estaba encantado.
—Comencemos de prisa nuestros estudios. Te enseñaré todo acerca del alfabeto.
Tomó una plantilla de madera de su caja de letras, y estampó una letra en una tableta de arcilla.
—Ésta es *Aleph*, hijo mío, la primera letra. Di *Aleph*.
Jesús repitió obedientemente:
—*Aleph*.
—Examina bien la letra. Es *Aleph*; repite la palabra.
—*Aleph*.
—Y otra vez, para que no se te olvide.
—*Aleph*.
—Excelente. Ahora podemos pasar a la letra siguiente; es *Beth*.
—Pero, rabino —exclamó Jesús con decepción—, no me has terminado de enseñar *Aleph*. ¿Cuál es el sentido de esa letra? El escribiente de cartas me ha dicho que lo sabrías.
El maestro se sorprendió.
—*Aleph* significa *Aleph*, es decir, «buey».
—Sí, rabino. Sé que *Aleph* significa «buey», pero ¿por qué la letra tiene la forma que tiene? Es como la cabeza de un buey con el yugo en el cuello, ¿pero por qué está inclinada en un ángulo tan extraño?
El rabino sonrió y dijo:
—Paciencia, hijo mío. Primero, aprende a reconocer las letras y luego, si quieres, especularás sobre su forma. Sin embargo, algo te diré acerca de *Aleph*. Se recuerda que, en el principio de los tiempos, hubo una disputa entre las letras del alfabeto; todas reclamaban jactanciosamente la prioridad sobre las demás. Expusieron extensamente sus motivos ante el Señor. Sólo *Aleph* no dijo nada, ni pidió nada. El Señor, complacido con *Aleph*, le prometió que con ella comenzaría los diez mandamientos, y así lo hizo al decir *Anokbi Adonai*: «Yo soy el Señor». Hijo mío, es una lección de modestia y silencio. Y ahora, ésta es la letra *Beth*. Repite: *Beth*.
—Ya que me ordenas decir *Beth*, digo *Beth*. Pero ya sé las veintiséis letras y puedo escribirlas en su orden correcto en el viejo y en el nuevo. ¿No contestarás mi pregunta sobre *Aleph*? Porque, sin duda, cada letra del alfabeto, si es verdad que es una invención ingeniosa, debe representar alguna verdad referida a esa letra. El buey, ¿sacude la cabeza con impaciencia? ¿O ha muerto mientras avanzaba?
El rabino suspiró y dijo con decisión:

—Vuelve en paz a tu casa con tu padre, pequeño Jesús, antes de que lleguen los demás alumnos. Le dirás de mi parte que debe enviarte a un maestro más sabio que yo.

Jesús, tristemente, dio el mensaje a José. Éste preguntó:

—¿Pero cómo puede ser que el rabino te envíe de regreso tan pronto?

—Le pregunté la razón de que la letra *Aleph* tuviera la forma que tiene y no lo sabía.

José consultó con María, y ambos decidieron poner a Jesús en manos de un rabino cuya sabiduría tenía gran renombre y vivía en el otro extremo de la ciudad.

El día siguiente Jesús fue a casa del segundo maestro, a quien el primero había mencionado entretanto su experiencia con Jesús. El segundo estaba decidido a impedir que el muchacho turbara la rutina de la escuela haciendo preguntas impertinentes, como él las llamaba.

—Está claro como el día —había dicho el segundo maestro al primero—. Se burlaba de ti, seguramente instigado por ese pícaro escribiente.

—Tal vez tengas razón; pero me parece un chico inteligente, y no puedo creer que haya en él tanta malicia.

Jesús entró en la nueva escuela, saludó con reverencia al maestro, respondió con los demás niños a su bendición, y luego se sentó entre ellos sobre el tapiz, con las piernas cruzadas, cuando el maestro le ordenó con brusquedad que se pusiera de pie.

Lo hizo.

—¿Vienes a aprender? —preguntó el maestro.

—Sí, rabino.

—Me ha dicho tu antiguo maestro, el erudito rabino Hoshea, que ya sabes el alfabeto.

—Es verdad, rabino.

—Eres un niño muy instruido, entonces. Quizá eres versado ya en la literatura sagrada.

—Por la gracia de Dios he dado un primer paso, rabino.

—¿Cuál?

—He comenzado con la letra *Aleph*.

—¡Espléndido, espléndido! Sin duda, has descubierto por qué la letra tiene esa forma…

—Medité toda la noche, rabino; y a la mañana se me concedió la respuesta.

—Ilústranos, por favor, con tu maravillosa iluminación.

Jesús unió reflexivamente sus cejas y dijo:

—Es ésta. *Aleph* es la primera letra, y *Aleph* es el buey que sustenta al hombre, la primera y más honorable de sus posesiones de cuatro patas.

—Justifica esa afirmación. ¿Por qué no es más honorable el asno?

—El mandamiento contra la codicia menciona antes al buey que al asno.

—¡Qué descaro! ¿Y por qué no a la oveja? ¿No has pensado en la oveja?

—He pensado en la oveja, aunque el mandamiento nada dice; pero es obvio que más honorable es el buey, como se demuestra en la alegoría de los dos matrimonios de Jacob, que primero se casó con Lea, es decir la vaca, y luego con Raquel, es decir la oveja.

El maestro ocultó su creciente ira y dijo:

—Continúa, Hiram de Tiro.

—*Aleph*, tal como lo entiendo, es un buey sacrificado con el yugo sobre el cuello; esto significa que el estudio de la literatura debe comenzar con el sacrificio. Debemos dedicar al Señor nuestra primera y más preciosa posesión, cuyo emblema es el buey bajo el yugo: es decir, nuestro trabajo obediente hasta el día de la muerte. Ésta ha sido la respuesta que me fue dada.

—Dime, ¿vienes a esta escuela como discípulo o como doctor de la ley? —exclamó el maestro, con un lento deje irónico que los muchachos temían más que sus arranques de pasión.

Jesús replicó sencillamente:

—He oído decir: «Siembra donde recoges, cosecha donde siembras». Me has preguntado por qué tiene su forma la primera letra del alfabeto, y te he dado la explicación que vino en respuesta a mi plegaria. Ésa fue mi siembra. En cuanto a mi cosecha, querría saber, si estás dispuesto a sembrar, por qué tiene su forma la última letra del alfabeto.

El maestro recogió su vara de madera de estoraque y avanzó hacia Jesús con gruñidos amenazantes. Pálido de ira, dijo:

—¡La última letra del alfabeto! ¿Quieres decir la letra *Tav*, rabino Jesús?

—No soy yo el rabino, sino tú; y a *Tav* me refiero.

—*Tav* es la última letra, y no hay que buscar muy lejos la explicación de su forma. Porque *Tav* tiene la forma de una cruz; y una vergonzosa cruz es el destino de los desvergonzados discípulos que presumen de discutir con sus maestros. ¡Ten cuidado, Jesús, hijo del carpintero, porque ya se ve su sombra en mitad de tu camino!

Jesús balbuceó:

—Si te he ofendido, rabino, verdaderamente lo lamento. Pediré a mi padre que me envíe a otra escuela.

—No antes de que me ocupe de ti como corresponde, retoño de la locura. Porque está escrito: «En el corazón del niño anida la locura, pero la vara del castigo la alejará de allí». No tengo paciencia con los niños necios y presumidos; y los que no lo son respetan mi vara.

Jesús dijo osadamente:

—Piensa bien lo que nos dices, rabino. ¿Acaso ignoras el juicio del sabio Hillel? «El maestro apasionado no puede enseñar, el niño tímido no puede aprender».

Era más de lo que el maestro podía soportar. Dejó caer la vara con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Jesús. La vara voló en pedazos.

Jesús no se apartó ni se defendió, sino que miró fijamente al hombre

encolerizado, que volvió luego a su silla y trató de continuar la clase. Pero de pronto llevó las manos a su corazón y cayó hacia adelante, muerto.

Y de este modo terminó, por un tiempo, la educación de Jesús; porque ningún otro rabino de Leontópolis quiso aceptarlo como alumno. Durante varios meses, la gente de la calle señalaba a Jesús moviendo la cabeza y murmurando:

—Es el niño que mató a su maestro haciéndole preguntas desvergonzadas. Dicen, sin embargo, que ese hombre sabio le respondió terriblemente antes de morir, y profetizó que moriría en la cruz de los criminales.

XIII

EL REGRESO DE EGIPTO

Uno de los clientes de José, un maestro retirado de Alejandría, cobró afecto a Jesús y se ofreció para asistir a su educación. Se trataba de un tal Simeón un viejo erudito, sabio y solitario, que no era ya capaz de atender un aula, pero si, según él mismo dijera a los padres de Jesús, de entregar toda su atención a un muchacho solo que constituía una promesa fuera de lo común. Vivía a pocas millas de Leontópolis, en el bonito pueblo de Matarieh, renombrado por sus higos.

José, complacido, decidió trasladar su tienda a Matarieh, donde había una pequeña sinagoga; y al saber que la esposa de Simeón había muerto poco antes, lo invitó a compartir su casa. Aceptada esta invitación, Jesús estudiaba con Simeón todas las mañanas desde el alba hasta dos horas antes del mediodía; pasaba el resto del tiempo con José en su taller, a excepción de una hora de reposo al fresco del atardecer. Jesús aprendió de Simeón en tres años tanto como pocos niños aprenden en diez años de educación corriente, porque en una clase numerosa siempre ocurre que los niños más lerdos refrenan a los más inteligentes, y que el maestro no puede mostrarse afable, para que los de mal corazón no se aprovechen de una amabilidad que sólo conviene a los de corazón bondadoso. Además, si el maestro no trata a cada niño con igual atención y severidad, los padres celosos se quejarán y lo acusarán de favoritismo. Pero en una clase que sólo consta de un niño ansioso por aprender todo es posible.

El método de Simeón no era decir: «El significado de este texto es tal», sino «Los saduceos interpretan este texto de esta manera, pero los fariseos de la escuela del rabino Shammai lo interpretan de esta otra, y de aquélla la escuela del rabino Hillel, aunque para los esenios el sentido es distinto…»

Como José se volvía cada vez más débil, Jesús se vio obligado a asumir gradualmente una parte mayor del taller de carpintería, pero jamás se sentaba ante su banco sin tener a la vista las Escrituras para memorizar o estudiar algún tema. Los objetos que hacía eran fuertes y graciosos, y sólo dejaba a cargo de José las curvas más sutiles de arados y yugos, curvas que ningún artesano domina hasta que ha pasado una docena de años en el banco.

Eran años felices para María; ella habría estado feliz de vivir durante el resto de su vida en su ordenada casita con José y Jesús y Simeón, si eso hubiera sido posible. Aunque le dolía ser la causa de la brusca partida de José y el consiguiente abandono de su antigua familia, y se decía constantemente que él debería verlos a todos, de alguna manera, antes de morir, lo cierto era que él no parecía extrañarlos demasiado,

y había dicho más de una vez que esos últimos años de su vida eran los más dulces. Pero el caso de Jesús era completamente distinto. María no ignoraba que Jesús debía cumplir un destino real. Se estaba preparando para eso: un día ese destino lo sacaría de Egipto y lo llevaría de regreso a la ciudad que para ella era el centro del mundo. Él sólo había estado allí una vez, cuando era un niño pequeño y ella lo había llevado al templo para hacer la habitual ofrenda de gratitud por el parto feliz, y lo había mostrado a Ana, hija de Fanuel.

Una tarde Simeón le dijo, cuando Jesús no podía oír:

—Tu hijo es un joven bueno, muy bueno. Es modesto, piadoso, valiente, prodigiosamente inteligente e industrioso. Pero tiene un grave defecto.

María, sorprendida, pues le parecía perfecto, preguntó:

—¿Y qué defecto es?

—Que la extremada generosidad de su corazón siempre lo lleva adonde su espíritu sufre mayor aflicción.

—¿Es ése un defecto?

—¿Sabes adónde va por las noches, cuando termina su trabajo y antes de volver para la cena?

—¿Qué oculta de su padre y de su madre? —exclamó ella ansiosamente.

—Todas las tardes va a la Vergüenza de Israel, como le llaman, o el campamento de las almas perdidas.

—¡No lo puedo creer! —María había oído hablar de ese sitio, que era un grupo de inmundas chozas al borde del desierto, habitadas por los proscritos de la congregación judía de Leontópolis y los pueblos vecinos. Ladrones, mendigos, dementes, gastadas prostitutas, hombres y mujeres hundidos en el oprobio, en su mayoría enfermos de repulsivos males, comedores de cuervos, ratas y lagartos seres cuya sola existencia ofendía al alma, porque cuando los judíos caen al fango, se hunden más profundamente que los miembros de cualquier otra raza, quizá por haber estado inicialmente a mayor altura.

—Es verdad. Anoche lo seguí hasta allí.

—Oh, Simeón, dime, ¿qué lo lleva a ese horrible lugar?

—Va a persuadir a las almas perdidas de que aún pueden ser encontradas por la piedad del Señor. En una mano lleva el rollo de las Escrituras, en la otra un bastón; predica desde una elevación de arena, y ellos escuchan, aunque sólo Dios sabe qué entienden de lo que oyen. Anoche me aventuré a espiar, escondido detrás de una pared en ruinas. Esa gente desharrapada y maloliente estaba sentada en el suelo, formando un semicírculo, y él leía el Libro de Job. Era un Jesús a quien yo todavía no conocía. A pesar de su mente generosa, no les decía suaves palabras de consuelo, sino que los acusaba, con las palabras de Eliú el Jesuita, de tener corazones duros y obstinados, y les ordenaba que se volvieran llorando a su creador antes de que fuera demasiado tarde. Ellos lo miraban de soslayo, con furia y temor, gruñendo amenazas y blasfemias o pidiendo, inoportunamente, limosnas en voz plañidera; pero sometidos

a cierto poder que él tiene, aunque no comprendo bien cuál es su naturaleza. Mientras miraba, un demente intentó atacarlo; él lo apartó con el bastón y le dio un golpe en la cabeza; el loco rebuznó y se alejó saltando. El muchacho lloró, pero continuó con su prédica. Yo me alejé en silencio.

—Temo por él. Sé que no tengo motivos, pero el miedo se apodera de mi a mi pesar.

—No te lo reprocho. Es demasiado joven para soportar una carga espiritual tan pesada como ésa.

—¿Le has dicho que el campamento de las almas perdidas no es un lugar para él?

—Cuando se lo dije esta mañana, me respondió: «¿Y Job con sus llagas y sus blasfemias? ¿Pecaba Eliú el Jesuita cuando razonaba con Job?» Contesté: «Eliú era un hombre adulto; tú eres un niño. No tienes edad legal para leer la plegaria familiar en ausencia de tu padre, ¿y te atreves a predicar a esos lobos y a esas hienas?» Él dijo: «Si he pecado de presunción, que el Señor me perdone. Pero si no me lo prohíbes, continuaré con esa tarea que me he impuesto porque ningún otro judío de Leontópolis está dispuesto a cumplirla». No le pude prohibir que lo hiciera y, en verdad, sentí en sus palabras un reproche merecido; porque, que el Señor me perdone, predicar en la Vergüenza de Israel es un deber que atemoriza a mi alma.

Cuando Jesús tenía doce años, una mañana José despertó y dijo:

—Una vez, en Emaús, justamente antes de partir a Bethlehem, soñé que leía en el Génesis: «Levántate y ve a Egipto»; pero el dedo del sacerdote que mantenía abierto el rollo ocultaba el resto del versículo. Anoche, en mi sueño, leí el mismo versículo del mismo capítulo; pero esta vez, el dedo del sacerdote se había movido y cubría la primera parte del texto, de modo que sólo se leía: «Porque los que amenazaban tu vida han muerto». Espero recibir noticias pronto.

Aguardaron unos días, y llegó la noticia, no de la muerte, sino de la deposición de Arquelao, porque los sueños no son siempre perfectos, y de la conversión de Judea, con Samaria, en una provincia del Imperio Romano. Arquelao no había elegido bien al dividirse el reino de su padre. Debía haberse contentado con la tetrarquía que había otorgado a su hermano Filipo, porque éste no sufría, en la Alta Transjordania, problemas políticos comparables a los de Judea, donde tres veces por año el paso de los peregrinos extranjeros, juntamente con las bandas de edomitas orgullosos y salvajes, las irritables tribus de la Baja Transjordania y los galileos con cuchillos ocultos en sus largas mangas hacían que el país hirviera de inquietud y se derramara como una olla desatendida. En la tetrarquía de Filipo, los griegos y los sirios superaban ampliamente en número a los judíos; por eso había osado, incluso, estampar su propia cabeza en las monedas de cobre.

Todo le había salido mal a Arquelao desde el comienzo mismo: primero, los disturbios de Pascua; luego, el envenenamiento de su madre, nativa de Samaria; y finalmente, mientras estaba aún en Roma comprando la buena voluntad de los principales senadores, secretarios de estado y damas de honor de Livia, y

demostrando a esta última toda su obsequiosidad, los tumultos que habían estallado en todo el país. La causa inmediata era el retorno de la embajada de la corte suprema con la noticia de que Augusto había rechazado su petición. Varo, previendo dificultades, llevó un regimiento regular de Antioquia a Judea, pero infortunadamente su comandante resolvió dominar a la población civil con los métodos empleados en otras provincias gobernadas directamente por los romanos, y en pocas semanas acumuló una enorme fortuna mediante el saqueo de los edificios públicos. En Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua, tres grandes cuerpos de hombres armados, reclutados entre los peregrinos venidos de las provincias, atacaron por sorpresa la guarnición romana de Jerusalén y la sitiaron en la torre de Fasael, una fortaleza adyacente al palacio de Herodes. La población de Jerusalén casi no participó en la asonada, por tener mayores motivos de temor a la represalia que los peregrinos; pero los romanos no distinguían entre los judíos metropolitanos y provincianos y mataron gran cantidad de gente inocente en sus salidas de la torre. Además, robaron una gran suma del templo, mil talentos o más. Esto era un robo a Jehová e incitó a los insurgentes a nuevas violencias. Los hermosos claustros revestidos de oro que encerraban los patios exteriores del templo fueron incendiados, y muchos judíos perecieron entre las llamas.

Los tres mil hombres del ejército privado de Herodes se pasaron a los romanos, y resistieron en el palacio real el sitio a que fueron sometidos; esa acción dividió a tal punto las fuerzas insurgentes que tanto los romanos como el ejército de Herodes pudieron sostenerse hasta que Varo, que venía desde Antioquia con dos regimientos regulares y grandes fuerzas irregulares logró quebrar el cerco. Se había detenido para aplastar una revuelta simultánea centrada en Séforis, Galilea, que fue destruida en el curso del combate, y otra en las sierras de Judea al oeste de Jerusalén; y cuando sus avanzadas llegaron a la ciudad, los sitiadores huyeron. Su caballería persiguió y capturó a muchos, de los que crucificó a unos dos mil. Sus tropas, en su mayoría integradas por griegos sirios de Beirut y árabes del desierto oriental, se condujeron con tal salvajismo e indisciplina que disgustaron a Varo. Habían saqueado e incendiado veintenas de granjas y aldeas, y las disolvió tan pronto como pudo.

Cuando Arquelao regresó a su etnarquía, encontró un desorden total: los romanos no sólo habían entrado a saco en el tesoro del templo, sino en los de Herodes, porque éste había dividido sus riquezas entre sus varias fortalezas. Cuando pagó los legados a Augusto, Livia, Salomé y otras personas, la bolsa de Arquelao estaba casi exhausta. Además, sus residencias reales habían sido destruidas o dañadas, su ejército privado estaba en rebelión, se había peleado con su medio hermano Antipas, los judíos lo odiaban y casi todos los pueblos de montaña de Judea estaban en manos de bandidos; algunos de éstos poseían fuerzas considerables. Entre los sediciosos más turbulentos estaba un judío de Transjordania llamado Simón, antiguo miembro del cuerpo de guardia de Herodes, que había tenido la osadía de coronarse rey de los judíos; pasaron algunos meses antes de que una columna romana volante lo sorprendiera y

matara. También se coronó rey un hombre de Judea, llamado Atronges, que vivía cerca de Modin, el hogar de los macabeos; era más peligroso, porque era un pastor y se presentaba como mesías e hijo de David. No había manera de desmentir su pertenencia a la casa de David, porque durante la masacre de Bethlehem Arquelao se había apoderado de los archivos davídicos y de los registros familiares que habían llevado los jefes de las casas, haciendo con ellos una hoguera en el patio de la posada, acción que ahora lamentaba de todo corazón. Atronges y sus hermanos conservaron durante tres o cuatro años la posesión de una amplia región montañosa que se extiende al oeste de Jerusalén: se quedaban con una parte de todas las mercancías que pasaban a través de ella, y masacraban a los extranjeros. Vencieron en varias escaramuzas a los romanos; y si hubiesen sido hombres píos y educados podrían haber unido la nación bajo una bandera, como habían logrado hacer una vez los cuatro hermanos macabeos. Pero eran tan sólo bandidos, y el problema que plantearon a Arquelao fue militar, y no religioso.

Sólo dos cosas aliviaron la angustia de Arquelao: los samaritanos se mantuvieron en paz todo este tiempo, y Augusto le restituyó gran parte del enorme legado que le había dejado Herodes; el resto pasó a manos de Filipo y de Antipas. Instituyó en toda Judea la ley militar y, como fuera, logró gobernar durante más de nueve años. Luego se enzarzó en una necia disputa con la corte suprema, que había apoyado la decisión del capitán de la guardia de prohibirle la entrada al templo por impureza ceremonial. Arquelao se había casado con la viuda de su hermano Alejandro, Glafira. Esa boda habría sido su obligación levítica si Alejandro hubiese muerto sin hijos; pero Glafira se los había dado, lo que hacia del matrimonio, técnicamente, un incesto. Arquelao se negó a repudiarla, lo que tuvo el efecto sorprendente de unir a judíos y samaritanos en una alianza temporal contra él; fue la llegada a Roma de esa embajada conjunta lo que persuadió a Augusto a desterrarlo porque —como le recordó Livia— cuando judíos y samaritanos hacían causa común, el problema judío había llegado a un punto crítico.

A José, sin embargo, no le parecía seguro retornar a Judea ni siquiera tras el destierro de Arquelao a Vienne, en Galia, y por las averiguaciones que hizo entre los refugiados supo que su granja de Emaús había sido cuartel general de unos bandidos y que, al capturarla, los romanos no sólo habían arrasado los edificios hasta los cimientos sino que habían talado los árboles y desarraigado las viñas, destruido las cisternas y cegado los pozos. Sus dos hijos habían escapado. Probablemente habrían emigrado a Galilea y ahora serian huéspedes de sus dos hermanos. Quizá, si iba a Caná, en Galilea, donde estaba el aserradero familiar, encontraría a todos sanos y salvos.

Invitó a Simeón a viajar en su compañía a Galilea, pero él se negó, apenado: era demasiado viejo para un clima tan variable, y no se debe guardar el vino nuevo en odres viejos.

—Estaré muy solo sin vosotros, queridos amigos; pero iré al colegio esenio de

Calirroe, junto al mar Muerto, con cuyo superior me une una vieja amistad. Seré un miembro más de esa secta amante de Dios, y encontraré allí compañía que cierre mis ojos cuando muera.

Se vendió con ganancia la tienda de José, y la familia se despidió de amigos y vecinos; y cuando Jesús recorrió por última vez el pueblo, pagando y cobrando pequeñas cuentas restantes, oyó lo mismo en todas las casas:

—Quizá volvamos a encontrarnos. Quien bebe agua del Nilo una vez, vuelve a beberla.

Egipto era verdaderamente una reina que ejercía gran atracción sobre los corazones, como supieron los israelitas cuando suspiraban, en el desierto, por sus verdes jardines, sus ajos, puerros y pepinos, olvidando la crueldad de sus antiguos amos.

Fueron en barca a Alejandría, y allí adquirieron pasajes para una galera que partiría a Tiro una semana después, llevando el correo a todos los puertos intermedios. José había decidido que el viaje por mar seria menos fatigoso y no más caro, y les permitía llevar consigo las herramientas, ropas, libros y utensilios domésticos, que hubiera sido penoso malvender; y José prefería por otra parte, entrar en la tetrarquía de Antipas como un inmigrante judío de Egipto, y no como un exiliado de Judea. Era una decisión valiente, porque los judíos, como los egipcios, sienten horror innato al mar. Lo consideran un enemigo permanente; preferirían recorrer por tierra quinientas millas entre densas selvas o tormentas de arena y no cincuenta en el mar más calmado; no hay para ellos oficio más despreciable que la navegación. Esto se debe a que asocian con el mar a la gran Diosa en su carácter erótico de Rahab la Ramera, es decir, la Afrodita de cola de pez de Jaffa, Beirut y Ascalón.

Pero para Jesús ese mar que veía por vez primera fue la imagen más hermosa que recordaba. Le inspiró más asombro que todas las maravillas de Alejandría —en ese momento la principal ciudad del mundo después de Roma— aunque visitó los muelles, la biblioteca real y las columnatas de los filósofos y vio cómo una inmensa y alocada multitud salía del hipódromo y emprendía de inmediato violentas peleas de verdes contra azules con palos y piedras. Por mediación de un antiguo cliente de José, encontrado por casualidad, pudo visitar la isla de Faros —donde estaba la famosísima máquina de vapor de Ctesibio, aunque fuera de uso—, subir hasta el faro mismo, y maravillarse ante el artilugio óptico que permitía ver con toda nitidez los barcos a una distancia no menor de veinte millas. Pero otras cosas conmovieron extraordinariamente su espíritu: el mar, su salada fragancia, la puesta de sol que ardía sobre el agua con tintes más espléndidos que el ocaso del desierto, (así le pareció), la súbita brisa cuando salían las estrellas, el planeta Venus brillando en el oeste.

El viento traía el confuso rumor de la ciudad en forma de quejas y gemidos; olas pequeñas se deshacían en espuma contra los acantilados y, mientras la gloria se desvanecía en el cielo y la luna se elevaba, Jesús repitió suavemente las palabras del

salmo en que David elogia a Dios por la creación del vasto mar con sus innumerables peces ocultos y las naves y ballenas que orgullosamente atraviesan la superficie. En silencio tomó la mano de María; ambos sabían perfectamente qué había en la mente del otro: «El mar es nuestra madre. Del mar nació durante la creación la tierra seca como surge un niño de la matriz. ¡Hermoso es el rostro de nuestra madre!» Pero el anciano José se envolvió más estrechamente en su manto y miró con un estremecimiento la infinidad de las aguas.

La mañana siguiente embarcaron bajo un cielo sin nubes. José dijo:

—Veremos la tierra prometida a la distancia, como la vio Moisés desde Pisga. —Pero antes bogaron a remo a lo largo de la costa del delta por un mar ya descolorido por el fango del Nilo, porque habían comenzado las inundaciones, y contaron las siete bocas principales del río: primero la Canópica, y luego, en orden, la Bolbitínica, la Sebenítica, la Pineptímica, la Mendésica, la Tanítica y la Pelusíaca. Esa noche anclaron en Pelusia, llamada antes Avaris, puerta de Egipto desde donde habían iniciado los israelitas conducidos por Moisés la huida a la tierra prometida. El día siguiente se cargaron a bordo balas de lino, y luego costearon la delgada barra de arena que separaba el mar del lago de los Juncos. Allí se habían detenido los egipcios que perseguían a Moisés, refrenados por un súbito viento del noreste que confundía las huellas. Muchos perecieron en las arenas movedizas que todavía perduraban.

Continuaron a remo a lo largo de una costa baja que los bancos de arena tornaban peligrosa; el monte Seir, la gran montaña de Edom, aparecía en el sudeste entre las blancas dunas. Y luego distinguieron, directamente al frente, la larga cadena azul de las sierras de Judea. Esa noche anclaron ante Rinocolura, en la boca del torrente de Egipto, frontera entre este país y Canaán, aunque el torrente sólo fluye en invierno y primavera. Jesús pidió permiso para nadar hasta la costa y poner el pie por vez primera en la tierra de sus antepasados; porque en el capítulo quince del Libro de Josué se dice que ese río es el limite del sur del territorio de Judá. El patrón del barco no se opuso, y Jesús nadó hasta la costa y oró en tierra firme; luego cortó una ramita de romero, regresó a bordo y la entregó a su madre.

Al día siguiente se bajó a tierra el correo para Gaza; la ciudad, cuyas puertas se había llevado Sansón después de arrancarlas de sus goznes, no se veía desde el mar. AinRimmon y Beersheba estaban a un día de marcha hacia el interior. Bordearon la fértil llanura de Filistea: a unas diez millas se elevaban suavemente las colinas punteadas de aldeas. Pronto llegaron a Ascalón, la antigua sede de los Herodíadas, una hermosa ciudad de estilo griego construida frente al mar como un anfiteatro cuyos lados se apoyaban en empinados farallones. En la costa se veían el magnifico templo de la diosa Afrodita y el de Hércules-Melkart, en que el bisabuelo de Herodes había sido sacerdote. Al día siguiente llegaron a Jaffa, sobre su bien amurallada sierra cónica, donde también se adoraba a Afrodita y a Hércules, y desde donde Jonás había partido, según la alegoría, en su viaje a Tarsos, que había de terminar en el vientre de una ballena. Jaffa era el puerto más próximo a Jerusalén, y desde el barco se veía

claramente el pico del monte Mizpa, a cuatro millas al norte de Jerusalén. Anclar allí fue incómodo y difícil por la marejada. Luego pasaron por los rojos acantilados que bordeaban la llanura de Sarón, enmarcada por las sierras de Efraim, y José, señalando los montes Ebal y Gerizim, dijo:

—Entre los dos está Sichem.

Vieron al norte, en la costa, la estatua colosal de un hombre con edificios blancos a sus pies. María se echó a llorar en silencio cuando supo que allí estaba Cesárea, donde el rey Antípater había sido detenido al regresar de Roma. Rodearon el antiguo territorio tribal de Manasés, y se irguió al frente la alta meseta del monte Carmelo. José señaló un pico situado al sudeste, y dijo:

—El pico donde Elías confundió a los profetas de Baal.

Pronto llegaron al puerto de Sycamino, donde el río Kishon vierte sus aguas en el mar. José pagó el dinero del pasaje, desembarcaron y adquirieron un carro y un asno; amontonaron sus posesiones y se dirigieron hacia el este entre los huertos de granados.

La Alta Galilea es una ancha meseta que se proyecta hacia el sur del Líbano. Sus habitantes la distinguen de la Baja Galilea, que es la continuación de la misma meseta, porque allí se producen higos de sicomoro, y por la mayor calidad de sus olivos. Pero la oliva se vuelve rancia y rinde poco aceite en tierras ricas y sin piedras, y no se pueden comparar los higos de sicomoro con los de higuera; y éstos son los dos únicos títulos de superioridad de Alta Galilea, aparte de su abundancia de caza. Herodes amaba la región por las panteras, leopardos, osos, lobos, chacales, hienas, jabalíes y gacelas que perseguía con su arco y su lanza en las ásperas colinas y las profundas cañadas del este. La tribu de Naftalí había despojado a los kenitas, mil años atrás, de las ricas praderas de la ondulada meseta situada en lo alto. Hacia el oeste, los olivares de Asher descendían hasta el valle denominado llanura de Acre, a través del cual José condujo a su familia hacia la Baja Galilea.

Las sierras de la Baja Galilea, cubiertas de robles perennes, tienen suaves pendientes y amplios valles, famosos por sus trigales. En Egipto, Jesús no había visto nada más alto que las pirámides, y le llevó, cierto tiempo acostumbrar su vista a reconocer las montañas que se alzaban a la distancia como masas sólidas de tierra y rocas; parecían nubes. También los bosques le sorprendieron, porque jamás había visto antes otros árboles que los plantados por la mano del hombre, y encontraba difícil creer, como afirmaba José, que esos densos bosques habían sido sembrados por la mano de Dios.

Siguieron la populosa ruta que llevaba a la gran ciudad de Séforis, a veinte millas de distancia; se estaba reconstruyendo, bella como antes, después de haber sido arrasada por Varo. El vino y la leche fluían de la tierra. El ganado pastaba en las praderas del Kishon, y milla tras milla se sucedían las viñas en terrazas escalonadas. Encontraron, detenida junto al camino, una caravana de carros cargados de maderos.

El mercader les proporcionó la información que necesitaban. Dijo que los hijos de José, Judá y Simón, habían vendido el aserradero de Caná; los otros dos hermanos, refugiados de Emaús, vivían de su caridad. Los había visto por última vez seis meses antes, establecidos en la margen opuesta del lago de Gergesa, en la tetrarquía de Filipo.

Más adelante el camino, que era la ruta principal de Egipto a Damasco, pasaba por un espacio libre entre las sierras, dominado por la vieja fortaleza de Hattin. Desde allí María y Jesús vieron por vez primera el mar de Galilea, el gran lago de agua dulce donde nace el Jordán. Las colinas situadas al oeste estaban tan pobladas como la bahía de Nápoles, y eran aún más fértiles. Las ciudades se empujaban unas a otras; y algunos pueblos eran tan grandes como las capitales de provincias menos prósperas. Esa región recibía el nombre de «Jardín de Galilea», y jamás carecía de fruto: en los dos meses en que los higos no maduran, dan fruto los granados. Un proverbio dice «un acre de tierra de Judea sustenta a un niño; uno de Galilea, a un regimiento».

Siguieron el camino del norte alrededor del lago, pasando por Cafarnaúm y Jorazín, y cruzaron el Jordán por un vado, entrando así en la tetrarquía de Filipo. Allí había una aduana. En el lado oriental del lago las montañas se elevaban abruptamente y los poblados escaseaban. José encontró en Gergesa a Judá y a Simón. Les asombró verlo vivo, puesto que no les había escrito durante doce años, y se había marchado sin darles la habitual bendición. Eran más pobres de lo que él esperaba; recientemente habían sufrido graves pérdidas por un incendio en el principal depósito de madera. Su acogida fue más respetuosa que cordial, y José supuso que no les agradaba la idea de alojar y alimentar a María, a Jesús y a él mismo, especialmente porque María, por ser su madrastra, seria ahora la encargada de la cocina. Quizá resentían también la presencia de Jesús, que implicaba una quinta participación en la herencia ya repartida entre los cuatro. Pero sólo dijeron que habían incurrido en grandes gastos para que sus hermanos José y Jaime pudieran establecerse en Bethlehem —la poco conocida Bethlehem de Galilea—, a pocas millas al sur por el camino de Séforis.

José respondió que su visita a Gergesa había de ser muy breve: iría a Bethlehem y trataría de hallar una casa allí. Dijo que su nuevo hermano Jesús era un buen carpintero, y que ambos podían ejercer su oficio, como habían hecho en Egipto. Y en cuanto a la herencia, sólo deseaba dejar a Jesús lo poco que se había ganado después de la división; cuando él fuera llamado a reunirse con sus antepasados, el sustento de María quedaría en manos de su hijo.

Cuando Jesús hubo visto los principales puntos del Jardín de Galilea, habitado por un abigarrado conjunto de judíos, griegos, fenicios, árabes, sirios, persas y babilonios, los tres se dirigieron a Bethlehem en el oeste. «En Bethlehem», se decía, «sólo los muertos viven en casas de piedra». Era cierto, porque todas las casas eran de madera, con muros de arcilla y ramas entretejidas, y techado de paja. En la colina que da al oeste hay algunas tumbas antiguas, entre ellas las de Ibzan, un famoso juez cuya principal innovación había consistido en establecer la herencia familiar de los

hijos varones, y no por línea femenina. José encontró a sus hijos José y Jaime en una casa situada en un pequeño claro en mitad de un encinar; se ocupaban de derribar árboles y convertirlos en bastos maderos que vendían a los constructores de Séforis. Aunque los recibieron con mayor amabilidad que sus hermanos, José decidió no pesar sobre su afecto filial, porque eran muy pobres. Le hablaron de una casa en venta en la aldea de Nazaret, a cinco millas al este; en la parte posterior había una caverna que se podía usar como sótano y depósito. José la compró a bajo precio y quince días más tarde él y Jesús reanudaban su actividad de carpinteros.

Así Jesús se convirtió en un habitante de Nazaret. Quirino, el nuevo gobernador general de Siria, había ordenado que se hiciera un censo ese año, y Jesús fue registrado, poco después de su llegada, como «residente en Nazaret, en el distrito de Bethlehem de Galilea, hijo de José, carpintero de la misma aldea, y nacido en Bethlehem, de doce años de edad». Los funcionarios del censo entendieron que las dos Bethlehem eran la misma, y lo registraron como nativo de Galilea y no de Judea. Este censo fue memorable por los desórdenes que provocó. Los campesinos de Galilea se opusieron vigorosamente, no tanto porque facilitaba la percepción de un pequeño impuesto, como por una antigua superstición judía: un censo de judíos, a menos que lo hubiera ordenado el mismo Jehová, se consideraba de mal augurio. Se recordaba que cuando el rey David, provocado por el adversario de Dios, ordenó al renuente Joab que censara las doce tribus, Jehová se encolerizó y mató de peste a setenta mil hombres. Los miembros de la sinagoga de Nazaret visitaron a José y le pidieron que se negara a presentarse. Él respondió que si el censo estuviese destinado a contar a los judíos, y sólo a los judíos, consideraría su obligación negarse; pero como era meramente un censo de los habitantes de Siria, tanto judíos como gentiles, y no se aplicaba a los judíos residentes fuera del Imperio Romano, en Babilonia o en otros lugares, no veía ningún mal en él. Aunque el argumento les dolió, no pudieron negar su lógica; y se contentaron con dificultar y confundir la función de los empadronadores sin oponer resistencia armada.

Desde la fuente de la cumbre caliza de la colina de Nazaret, adonde subía Jesús con un jarro en busca de agua todas las mañanas, se podía ver un panorama extraordinariamente amplio. Hacia el sur, la gran llanura de Esdraelón, bordeada por las sierras de Samaria; a seis millas al este, el volumen colosal de Tabor, la montaña sagrada; al norte las casas blancas y los templos de Séforis, y más atrás, en la distancia, los picos nevados del monte Hermón. Empezó a comprender partes de las Escrituras que parecían ininteligibles en Leontópolis, porque Egipto era la tierra nivelada del origen y la muerte; pero éste era el ondulado paisaje de la vida y el amor. No era posible avanzar levantando apenas los pies sobre la arena lisa; o se ascendía o se descendía. Muy pronto dejó de sentir dolor en los músculos de las piernas, y antes de que ese año terminara podía correr fácilmente cuesta abajo, saltando de piedra en piedra como una cabra.

Leía las Escrituras con la asiduidad de siempre, pero a una nueva luz; el paisaje

de las inmediaciones era como un texto suplementario. Visitó el campo de batalla de Haroshet, donde una súbita inundación había barrido los carros de Sisara, empantanados en el valle de Kishon; Gilboa, donde el rey Saúl había muerto combatiendo a los filisteos; Jezreel (o Esdraelón) donde habían estado el palacio de Abath, y la viña de Naboth que Ahab codiciaba, y donde Jehú, el usurpador, había encontrado a Jezabel, la acicalada viuda de Ahab.

Quiso también ascender al monte Tabor, que los griegos llamaban Atabyrion, pero su madre no le permitió ir, ni siquiera en compañía de sus hermanos mayores.

—Es un lugar peligroso —le dijo— para quienes no temen a los animales salvajes, y también para quienes les temen.

—¿Qué hay en la cima?

—Una ciudad que se debe evitar, rocas desnudas, malos espíritus y una piedra movediza que llaman el Talón de Piedra.

—¿Por qué la llaman así?

—Ésa no es una historia para niños.

XIV

LOS DOCTORES

En la primavera siguiente a su llegada a Galilea, Jesús fue a Jerusalén con sus padres y sus hermanos para la Pascua. El viaje fue muy agradable, primero por la llanura hasta Sunam y Jezreel, entre los altos trigales verdes, y luego por el camino de montaña que atraviesa Samaria. Cada lugar donde se detenían era un capítulo, o varios, de las Escrituras. Sunam, famosa por sus hermosos huertos y jardines, está en las estribaciones del sudoeste del Pequeño Hermón; es también famosa por sus mujeres. Abisag, la muchacha más hermosa de Israel, escogida para dar calor a los viejos huesos de David durante el frío invierno de Judea, era de Sunam; y por ella fue apartado de la sucesión el hijo mayor de David, Adonías. También en Sunam había vivido la «gran mujer» que había recibido a Eliseo; y también era sunamita la belleza a quien se decía que había dirigido Salomón sus conocidos cantares amorosos. El camino de montaña se iniciaba en la ciudad fronteriza de En-Gannim, que significa «fuente de jardines». Era una ciudad parecida a Sunam, rica en granadas, higos y membrillos, atravesada por un torrente que se dividía en mil acequias. Salomón comparaba a la sunamita con ese lugar. José y su familia pasaron allí la noche.

La mañana siguiente entraron en la región de Samaria, y a la noche habían pasado los montes Ebal y Gerizim y abrevaban sus asnos en el pozo de Jacob, en las afueras de la ciudad sagrada de Sichem, donde habitaban ahora los samaritanos. Continuaron todavía hasta Gilgal, una o dos millas más lejos, donde pasaron la segunda noche. Era el sitio del primer campamento construido por los israelitas después de cruzar el Jordán al mando de Josué, y el primer punto de Canaán donde celebraron la Pascua. Pero el círculo de piedra que daba su nombre al lugar había sido eliminado siglos antes, durante las reformas del buen rey Josías, para terminar con el culto a la diosa Ashima, allí reverenciada. Josías había derribado por la misma razón el antiguo bosquecillo de terebintos de Moreh, donde tanto Abraham como Jacob habían orado; había sido uno de los más famosos altares de Efraim, pero sólo el nombre sobrevivía.

Al día siguiente llegaron a Bethel, antiguo santuario del que había escrito irónicamente el profeta Amós: «id a Bethel y prevaricad; en Gilgal aumentad la rebelión». Allí había soñado el patriarca Jacob con la escalera por donde los ángeles subían y bajaban, y había elevado luego un altar a Jehová; pero el buen rey Josías también había visitado ese lugar destruyendo el altar y talando el antiguo terebinto a cuya sombra la sacerdotisa Débora había juzgado a Israel. La que antes fuera una ciudad real, embellecida por el rey Jeroboam, que allí había erigido el becerro de oro y un santuario rival de Jerusalén, era ahora un mísero villorrio sin siquiera una plaza

del mercado, tan pobre como cualquier otro del estéril territorio de Benjamín. Jesús vio que el fruto de los trigales era muy pobre, y preguntó a José por qué los campesinos se molestaban en sembrar. José respondió:

—Para tener simiente el año próximo. Es bastante con eso cuando la estación es buena.

Los hermanos de Jesús habían traído consigo una gavilla de trigo de Bethlehem para la ofrenda; cada una de sus espigas contenía cien gruesos granos.

Por caminos difíciles poblados de viajeros vestidos de fiesta llegaron a Rama, que se encuentra cuatro millas al norte de Jerusalén. Allí les mostraron la tumba de Raquel; los habitantes fingían no haber oído hablar de la otra tumba de Raquel en Bethlehem de Judea, y desdeñosamente negaban su autenticidad. Sin embargo, Raquel no había sido una mujer mortal en realidad, sino una diosa cananea, cuyo supuesto pilar sepulcral era en realidad su altar: había muchos similares en distintas regiones.

Así llegaron a Jerusalén, que ahora era el único lugar donde se podía matar y comer legítimamente el cordero pascual. José y su familia fueron a casa de su hija Lysia donde, como se acostumbraba, comieron de prisa la ofrenda, como si estuvieran de viaje. Acompañaban al cordero, asado y cortado por las articulaciones, endivias y ázimos con una salsa dulce, y la cena empezó con una copa de vino bendecido por José.

Tocaba a Jesús, como hijo menor, preguntar a José cuál era el significado de la celebración. Recibió la respuesta tradicional:

—Es la víctima de la Pascua de Jehová, el cual pasó por las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios y libró nuestras casas.

Luego José leyó, o simuló leer, porque la sabía de memoria, la narración de la institución de la fiesta que se halla en el Éxodo. Después cantaron dos salmos de David: *Loado sea el Señor*, y *Cuando Israel salió de Egipto*, y bebieron la segunda copa, con la que terminaba la cena, poniendo de lado, para quemarla, la escasa carne que había quedado. Después de la gracia vinieron la tercera y la cuarta copa, mientras cantaban otros cuatro salmos de David: *No a nosotros, no a nosotros, oh Señor, sino a tu nombre da gloria; Amo al Señor; Load al Señor, naciones todas* y *Oh, dad gracias al Señor, porque es bueno*. A Jesús le parecía maravilloso haber salido de Egipto «la casa de la esclavitud» y cumplir esa ceremonia en Jerusalén, meta de las esperanzas de los israelitas. Pronto empezó a meditar sobre detalles de la ceremonia, y a plantear a sus hermanos difíciles preguntas sobre ellos; pero José le dijo con aspereza que el vino se le había subido a la cabeza y que mejor haría en guardar silencio. Sin inmutarse, preguntó a José cuándo podría asistir a uno de los debates públicos en el templo.

José replicó:

—Eres demasiado joven.

—¿Cuándo tendré edad suficiente?

—Cuando seas un hombre. No eres aún un hombre, aunque haces en el taller el trabajo de un hombre, ni lo serás la próxima Pascua tampoco. Aunque tuvieras permiso para asistir, no sería conveniente que te presentaras, a tu edad, en un debate público.

Pasó un año, y otro, y un día en que José yacía enfermo con la garganta hinchada y podía hablar con dificultad, se permitió a Jesús leer las oraciones diarias a su pequeña familia. A partir de ese momento pudo considerarse un hombre, y utilizar la prenda de la plegaria que equivale, entre los judíos, a la toga viril de los romanos. Es un extraño momento en la vida de las madres el de no ser ya responsables ante su marido por la seguridad y el buen comportamiento de su hijo, que se torna inmediatamente responsable por la de ella ante su padre. Sin embargo, los judíos no señalan este cambio con una ceremonia pública, como otras naciones. Bastaba con que Jesús se arrodillara ante sus padres, recibiera las bendiciones de ambos y un beso de cada uno en la frente. Luego José le preguntó si deseaba hacer un «sacrificio de prosperidad» en el templo. ¿Una cabra, tal vez?

Jesús respondió que su maestro Simeón le había recomendado no hacer sacrificios que la ley no pidiera en particular, y citó el salmo 50:

> Si yo tuviese hambre no te lo diría, porque mío es el mundo en toda su plenitud.
> ¿He de comer carne de toros, o beber sangre de machos cabrios?
> Sacrifica a Dios alabanza, y paga tus votos al Altísimo, e invócame en el día de la angustia.

Ese año, cuando fueron a la Pascua, él permaneció en Jerusalén después de los siete días de la fiesta, y José y María sólo descubrieron su ausencia cuando, al terminar el primer día de viaje, vieron que no estaba en compañía de sus hermanos mayores, que habían partido antes. Retornaron y lo buscaron en Jerusalén, pero no estaba en casa de Lysia ni en la de Lidia, su otra hermana, y nadie pudo darles noticias.

Entretanto, Jesús había conseguido que lo admitieran a una serie de debates públicos en el templo, entre varios conocidos doctores de la ley, para ilustración de los estudiosos de provincias. El portero miró con diversión a ese buscador de conocimiento tan joven; pero después de ponerlo a prueba con algunas preguntas para ver si era digno de entrar, lo empujó hacia adentro con un gesto amistoso y le dijo:

—Que el Señor aumente tu sabiduría.

Durante los primeros dos días no abrió una sola vez la boca; escuchaba atentamente y su corazón saltaba cada vez que uno de los doctores decía:

—Sí, el sabio Shammai decía esto y aquello, ¿pero qué enseñaba el justo y generoso Hillel?

Con frecuencia, Jesús murmuraba para sus adentros el pronunciamiento de Hillel que había aprendido de Simeón; Jesús pensaba que Hillel había estado siempre en lo cierto. Hillel aún vivía, pero Jesús nunca pudo satisfacer el deseo de hablar con él; hacía años que era demasiado anciano y débil para abandonar su habitación de la

academia.

El tercer día asistía a un debate entre dos famosos doctores, en la parte sombreada del patio de las mujeres. Había tanto público que no podía ver a los doctores entre las espaldas de los oyentes. El tema era un punto interesante de la ley: por qué se debía elegir el cordero pascual el décimo día del mes y reservarse hasta la noche del decimocuarto.

El primer doctor dijo:

—Está tan claro como el sol que brilla en el patio del templo: diez es el número de la perfección. Ningún hombre en este mundo, si no es un monstruo filisteo como el citado en las guerras de David, tiene más de diez dedos en las manos y en los pies, ni menos, sí no ha sufrido un accidente. Diez hombres forman una congregación. Diez personas son un grupo familiar suficiente para comer el cordero pascual. El arpa de diez cuerdas representa la integridad de la música. Con diez plagas el Señor descargó la totalidad de su ira sobre los egipcios. Entre Adán y Noé hubo diez generaciones, y otras diez entre Noé y Abraham. Y más aún: con diez afirmaciones el Señor creó el mundo. Y al ocaso del primer viernes, el último día de la creación, creó las diez cosas excelentes que, como sabéis, incluyen el arco iris, la pluma para escribir, las tenazas y las dos tablas de la ley…

Hizo una pausa y uno de sus discípulos pidió permiso para citar la canción *Diez medidas de sabiduría*, en prueba de la tradicional perfección del diez. El doctor aceptó complacido y el discípulo empezó a cantar gravemente:

Diez medidas de sabiduría se dieron al mundo

Otro recitó el refrán:

Israel tomó nueve

Todos los presentes corearon:

y los demás, una.

La canción continuaba así:

Diez medidas de riqueza se dieron al mundo;
Roma tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de pobreza se dieron al mundo;
Babilonia tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de orgullo se dieron al mundo;
Elam tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de valor se dieron al mundo;
Persia tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de magia se dieron al mundo;
Egipto tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de lujuria se dieron al mundo;
Arabia tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de locura se dieron al mundo;
Grecia tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de ebriedad se dieron al mundo;
Etiopía tomó nueve
y los demás, una.

Diez medidas de miseria se dieron al mundo;
Media tomó nueve
y los demás, una.

El primer doctor prosiguió:

—Pero, como leo en el libro sagrado, se elige el cordero el décimo día principalmente en honor de los diez mandamientos. Cada día de los diez el hombre piadoso lee y medita uno de los diez mandamientos, y el décimo su corazón es consciente de su deber hacia Dios y su vecino; y está santificado, y puede escoger el cordero sin mancha con pureza en el ojo y en el corazón. Así se hace en mí casa, y no consideramos que la Pascua se cumpla debidamente si se hace de otro modo. Que alguien discuta mis palabras si se atreve.

Hubo un silencio; y aunque el desafío era puramente retórico, Jesús no se pudo contener y dijo:

—Hombre sabio, ¿tu rollo de la ley es exactamente igual al rollo que se conserva

en la cámara de los copistas?

Todo el mundo se volvió sorprendido; cuando se vio que quien interrumpía era sólo un muchacho, la sorpresa fue aún mayor.

El doctor frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué voz impudente hace esa pregunta? Adelántese quien ha hablado; que se muestre y entonces le responderé.

Jesús se deslizó entre la multitud y se detuvo ante él, en la primera fila.

El doctor dijo:

—Criatura pelirroja de tez pálida, dime por qué has hecho esa desvergonzada pregunta y luego contestaré. Aunque nuestro deber es no apartar a quienes desean escuchar, también lo es corregir la locura y dejar caer la vara sobre la espalda del necio.

—Sabio maestro —dijo Jesús—, no deseo ser desvergonzado; pero como soy extranjero en Jerusalén he creído posible que tu rollo de la ley difiera de los que he estudiado en otras partes. He leído que la Pascua se celebraba antes de que se impusieran los diez mandamientos. Se puede decir que éstos existen desde el sexto día de la creación, puesto que estaban inmanentes en la mente del Todopoderoso, si es cierto que creó entonces el alfabeto y las dos tablas; pero sólo los puso en las tablas y los entregó a Moisés cuando él sacó de Egipto a los hijos de Israel y los condujo al Sinaí. Hasta ese momento, según he leído en las Escrituras, no se habían dado al hombre mandamientos generales sino sólo particulares, como el de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, o el de construir y aprovisionar un arca, o el que nos ocupa, es decir el de la víctima pascual. Porque el profeta Jeremías afirma claramente que se ordenaba un banquete particular, y no inaugurar un festival de sacrificios, cuando profetiza en nombre del Señor: «El día que saqué de Egipto a vuestros padres no les hablé ni les di órdenes acerca de quemar ofrendas o de sacrificios».

El segundo doctor deseaba evitar que un muchacho tan joven confundiera a su colega y dijo:

—No comprendes bien. ¿Por qué te molesta que el sabio doctor piense que esos diez días fueron establecidos por el Señor anticipándose a los diez mandamientos?

Jesús respondió:

—Me preocupa que considere indebidamente realizada la primera Pascua, porque ¿cómo podían los hijos de Israel, en Egipto, haber leído y meditado mandamientos que no habían sido puestos por escrito y sólo existían en la mente del Señor?

Iba a continuar, pero el segundo doctor intervino nuevamente:

—En mi opinión se ha elegido el décimo día porque se suele consagrar al Señor el diezmo, la décima parte, y no por la perfección del número diez, porque no es necesario decir que siete es un número más perfecto. Diez afirmaciones crearon el mundo; pero él santificó el séptimo día después de la creación. Siete brazos tiene el candelabro sagrado; siete bestias limpias entraban en el arca; siete veces siete días

separan la Pascua del Festival de las Semanas; siete veces siete años llevan al año del jubileo. Se pueden mencionar todos estos ejemplos, pero ¿dónde está la perfección sino en el divino Uno? Y en su nombre indecible hay siete elementos. Los diezmos se instituyeron antes de que Moisés viera la luz. Nuestro padre Abraham dio diezmos a Melquisedec, el rey de Salem, como sacerdote del Altísimo; nuestro padre Jacob imitó la piedad de su abuelo cuando dio al Señor un diezmo de toda sustancia que obtuviera en Mesopotamia, y luego Moisés ordenó el diezmo de todos los frutos de esta tierra. Que alguien discuta mis palabras si se atreve.

Jesús habló nuevamente.

—Sabio doctor, aunque está bien dar el diezmo, ¿cómo puede ser un diezmo el cordero pascual? Si un hombre que posee diez ovejas elige una para sacrificar al Señor dará un diezmo, ¿pero qué hace el hombre que tiene cinco o veinte ovejas? ¿Y dónde está escrito que se deba recoger el diezmo el décimo día del mes?

Todos los presentes estaban asombrados de la claridad y la fluidez del argumento de Jesús, y el segundo doctor dijo al primero:

—¿Qué haremos con este niño, hermano? ¿Lo apartaremos?

—No hasta que no hayas respondido a su argumento, que estaba en verdad en todos los labios del público, y no me parece oportuno que un niño lo haya formulado.

El segundo doctor dirigió su irritación contra Jesús:

—¿Eres de esos bandidos de Galilea que cortan la garganta de un hombre y lo dejan revolcarse en su sangre? ¿Eres de esos bandidos de Galilea que derriban y jamás construyen?

—No; aunque vivo con mis padres en Galilea he nacido en Judea, y si has cortado tu propia garganta con una palabra indiscreta te ruego que no me acuses de un crimen. Y en cuanto a construir: si me preguntas por qué se eligió el cordero el décimo día, diré que los hijos de Israel se preparaban para partir el día decimocuarto, durante la luna llena, para poder poner tanta distancia como fuera posible entre ellos y los ejércitos de Faraón. Eligieron la oveja y la separaron como si quisieran engordarla; y esto tenía la intención de engañar a los egipcios. Porque cuando se aparta un cordero para engordarlo, proceso que lleva un mes o más, nadie espera que sea bruscamente sacrificado cuatro noches más tarde. Los diez días en cuestión no tienen necesariamente, sin embargo, especial significado porque diez días era una medida de frecuente uso durante la esclavitud de los israelitas: la semana egipcia tenía entonces, como ahora, diez días. Diez días concedió Moisés a los israelitas para que ordenaran sus asuntos, y con la elección del cordero hicieron los últimos preparativos para la fuga. La fiesta era por la noche; cuando terminaron, los egipcios dormían, y ellos partieron bien alimentados y reconfortados por el vino, por la estrecha senda sin vigilancia que bordea el lago de los Juncos, evitando así la custodiada carretera a Filistea. ¿No se festeja acaso el día de la expiación el último día de un *asor*? Porque todavía tiene cierta significación en Israel el *asor*, la semana egipcia de diez días. Y para mostrar un ejemplo menos terrible, ¿no eligieron Daniel

y sus tres compañeros diez días como período de prueba, en el que sólo probarían agua y lentejas?

El segundo doctor sonrió triunfalmente.

—Has construido tu casa sobre arenas movedizas, pequeño doctor —dijo—. Se puede decir, como una figura de lenguaje, que nuestro mes israelita se divide en décadas; pero esas décadas no tienen realidad en si mismas porque, como sin duda ignoras, *asor* no quiere decir década: significa el décimo día de la década. Y así se desbarata tu argumento anterior. Se diezma el mes, y cada décimo día tiene cierta santidad; no igual, desde luego, a la del séptimo día; pero aun una santidad que nos recuerda la obligación del diezmo para nuestro Señor.

—Es cierto, gran doctor, que la palabra *asor* significa el décimo día; pero también una década. Porque el hermano y la madre de Rebeca dicen a nuestro padre Isaac en el capítulo veinticuatro del Génesis: «Que espere la moza con nosotros al menos por un *asor*, es decir, una semana de diez días».

Ante esto, entre los visitantes de Galilea que estaban sentados juntos a un lado se oyeron leves exclamaciones de asombro. Era como ver, en una escuela de esgrima, a un joven novicio que no sólo para con destreza los golpes del maestro, sino que con un rápido movimiento de la muñeca arranca de su mano la espada; y mientras ésta vuela por el aire, el maestro se enfurece como un tonto, desarmado. ¡Cómo aplauden entonces los presentes! Y en ese momento, olvidando las buenas maneras, los galileos aplaudieron de alegría y echaron a reír, y alguno exclamó rudamente:

—Un segundo David ha matado a un león y a un oso.

Ofendidos por esa indecorosa conmoción, los dos doctores se pusieron de pie como un solo hombre. Ofrecieron la plegaria con la que se cerraban los debates y se alejaron fríamente, despidiendo a los discípulos.

El primer doctor decía al segundo:

—Ese joven es extraordinariamente desvergonzado. ¿No ha aprendido acaso a refrenar su lengua y a atender a sus mayores? Me pregunto quién será. Estoy seguro de que es un bastardo. Se puede conocer a los bastardos por su andar vacilante y por su repugnancia a saludar a sus mayores.

—Eso no es posible, sin duda. Un joven tan bien instruido en la ley sabría que ningún hombre nacido bastardo es admitido en este patio hasta la décima generación. Además nos saludó respetuosamente cuando salimos; y como no lo has visto andar, ¿cómo puedes saber si vacila?

—Quizá no conozca aún su bastardía; pero estoy convencido de que es un bastardo.

—Lo niego. Si lo fuera, aunque se le hubiera ocultado el hecho por caridad, sus maestros lo hubieran sabido y él no estaría tan instruido en las Escrituras, pues ¿de qué sirve enseñar a un bastardo lo que sólo puede aprender con provecho un miembro de la congregación?

—Volvamos a descubrir su nombre, y luego haremos averiguaciones.

Cuando regresaron, vieron que en el lugar que había ocupado había otro grupo de personas que se hablan trasladado desde el ardiente centro del patio. No vieron a Jesús, pero atendieron lo que no era en verdad un debate sino una reunión de protesta de algunos fariseos contra lo que interpretaban como una infracción del sumo sacerdote. Se discutía si el sumo sacerdote había obrado bien al aceptar el presente para el tesoro del templo de una prostituta judía. Ella se había arrepentido y ofrendado al Señor todo el dinero ganado con su profesión. Los fariseos sostenían que ningún sacerdote, y menos el sumo sacerdote, debía haber tocado ese dinero. No correspondía añadirlo a los fondos del tesoro, sino distribuirlo entre los pobres. Porque en el capítulo veintitrés del Deuteronomio dice claramente:

No traerás precio de ramera a casa de Jehová tu Dios.

Además, esa prohibición atribuida a Moisés sólo data, según se dice, de la época del rey Josías. Porque él puso fin a la antigua costumbre jebusita de prostituir a las muchachas de Jerusalén a los extranjeros, ante las puertas de la ciudad, y de poner sus ganancia a los pies de Anatha, la consorte de Jehová.

Cada orador competía con los anteriores en la denuncia de la impropia acción del sumo sacerdote; y cuando todos terminaron de hablar, el presidente del debate preguntó:

—¿Algún hijo de Israel tiene la osadía de decir lo contrario?

Jesús se puso de pie y pidió permiso al presidente para formular una pregunta.

—Ah —dijo el primer doctor—. Ahí está de nuevo.

—Pregunta, muchacho atrevido.

—He oído hablar de esa ofrenda en la ciudad. ¿No pensaba dedicarla el sumo sacerdote a una finalidad especial, es decir, la construcción de un comedor junto a la cámara de retiro donde debe pasar la última semana antes del día de la expiación?

—Así es, y la cámara de retiro es, sin duda, parte de este templo.

—Sin embargo, entiendo que ese dinero está bien empleado.

Todos gritaron:

—¿Cómo? ¿Qué es esto? ¿Qué dice ese hijo de Belial?

—¿No ha escrito acaso en el séptimo verso del primer capítulo de su libro el profeta Miqueas: «de dones de rameras los juntó, y a dones de rameras volverán»? El sabio Hillel explicaba este texto afirmando que las cosas limpias se unen naturalmente con las cosas limpias, y las impuras con las impuras. ¿Alguien gritaría de horror sí viera una marrana acariciando a sus marranitos? No; pero sí si viera a un cerdo tocando al hijo de un piadoso israelita, o a ese niño acariciando a un cerdo. Lo parecido se une a lo parecido. Un comedor no es un lugar puro. Es un recinto impuro en un templo puro; no está en el templo ni pertenece a él. Si esa mujer se ha arrepentido, todo Israel debería regocijarse y el sumo sacerdote no tiene por qué rechazar su don, que procede del arrepentimiento. El comedor, aunque impuro, es

necesario; que sea adquirido, entonces, con dinero impuro.

El doctor preguntó desdeñosamente:

—¿También la prostitución es una necesidad, si como dices, lo igual se une a lo igual?

—Una prostituta peca por necesidad, puesto que ninguna mujer de Israel seria prostituta por su elección, perdiéndose para sus amigos y familiares. El hambre y la miseria la impulsan. Todas las rameras de Israel, como me enseñó mi maestro, el sabio Simeón de Alejandría, es una virgen seducida y arrojada de su casa. Por esto juzgo que, mientras los embaucadores seduzcan vírgenes, y los necios busquen la compañía de las rameras, será necesaria la prostitución. Y del mismo modo, mientras los sumos sacerdotes no ayuden a prepararse para el día de la expiación, un comedor será también una necesidad.

Nadie halló respuesta a ese argumento, que seguía los principios más sólidos de los fariseos: era generoso, práctico y se fundaba en un texto explicito.

—Muy bien, muy bien —murmuró el segundo doctor, y dijo una cita a su compañero—: «No miréis la botella, sino lo que hay en ella. Algunas botellas nuevas están llenas de vino viejo, y al contrario».

Jesús añadió:

—Que alguien ponga objeciones si se atreve.

Desde el borde de la multitud llegó una inesperada interrupción:

—¡Por fin, por fin, hijo mío! Pensamos que te habías extraviado.

Jesús pasó a través del público y saludó reverentemente a María y a José. María continuó:

—Hemos pasado tres días de angustia. ¿Por qué no nos dijiste que te quedabas en Jerusalén? ¿No pensabas en tu madre?

—Ya no respondo ante una madre de mis idas y venidas; soy asociado de mi padre. De todos modos, perdóname por la aflicción que te he causado. Encargué a mi primo Palti que te dijera dónde me encontraba, y ese mensaje sin duda se ha perdido.

El primer doctor tocó al segundo, y le dijo susurrando:

—Verás que tengo razón. Si ese hombre fuera el padre del muchacho, no habría permitido que la mujer hablara. Recuerda el juicio de Salomón: el parentesco se comprueba en los momentos de peligro.

—Es muy curioso —dijo el segundo doctor—, pero conozco a ese hombre, aunque ha envejecido mucho desde la última vez que lo vi, y su barba está cortada de otra manera, y sus ropas son más pobres. Es un tal José, hijo de Eli, de la casa de David. Todo el mundo creía que había muerto en la masacre de Bethlehem pero apareció en Galilea el año pasado.

—José… ¿José de Emaús? ¿El José que era mercader de maderas?

—En efecto.

—Recuerdo que oí hablar, hará unos diez años, o tal vez más, de su boda con la hija del viejo Joaquín el Heredero, que murió tan miserablemente cuando Atronges

intentó defenderse en Cocheba. No recuerdo las circunstancias exactas de esa boda, pero fueron muy inusitadas. Sé que cuando vino con el dinero para la novia, supo que unos bandidos habían raptado a la muchacha. Lo que no sé si la devolvieron. Yo estaba en ese momento fuera de Jerusalén, pero te apuesto mi viejo manto contra el tuyo nuevo a que los secuestradores sedujeron a la muchacha y el viejo José la convirtió en una mujer honesta. Sé que es un hombre de extraordinaria bondad.

—Aceptaré tu apuesta. No puede ser así. José jamás habría permitido al muchacho entrar en el templo si supiera que es un bastardo.

—¿No? Tal vez por eso dejó hablar a la madre del muchacho: se escandalizó al verlo aquí.

—Pues bien, veremos.

—¿Cómo? De nada sirve consultar los registros familiares de la casa de David. El malvado y su hijo los destruyeron íntegramente.

—La madre del muchacho, si mi teoría es cierta, es decir, si es la muchacha que raptaron los bandidos, era una virgen del templo; el pago del dinero de la novia debe estar registrado entonces en los libros del templo. Mi hijo es uno de los contadores. Vamos a verlo ahora mismo.

Los discípulos de Hillel le llevaron, a su lecho de enfermo, la noticia de la intervención de Jesús en el debate sobre la ofrenda de la prostituta. Hillel la aprobó con el siguiente juicio, uno de los últimos que dio al mundo: «El corazón generoso siempre puede abrir una puerta a los que buscan al Señor; el mezquino siempre puede hallar un cerrojo para cerrarla». Más tarde refirieron a Jesús este juicio, quien lo recordó con el mismo orgullo con que un soldado romano guarda su cruz cívica.

Hillel murió ese invierno; nunca fue tan llorado un ciudadano privado en la historia de la nación judía. En todas las aldeas de Judea y Galilea, y todas las sinagogas de la Diáspora, desde Cádiz hasta Samarcanda y desde las fuentes del Don hasta las cataratas del Nilo se vieron ojos húmedos, cabezas cubiertas, hombros sacudidos por los sollozos, bocas privadas de alimento y bebida.

—Ha muerto Hillel, ha muerto Hillel —decía la gente—, Hillel el sabio, el que enseñó a amar a Israel.

Hillel había usado por primera vez el nombre «criaturas» unido al verbo «amar». Tanta era la grandeza de su corazón que no sólo predicaba el amor a los israelitas, ni sólo a los hijos de Adán, es decir a todos los hombres en general, sino a todas las criaturas vivas, impías o impuras. Justificaba este aparente absurdo porque el salmo exhorta a alabar al Señor a todas las cosas que tienen en si el hálito, incluyendo a las ballenas, el ganado, las aves y los reptiles. Incluso los saduceos del templo sintieron agudamente la pérdida del sabio.

—Su palabra estaba siempre del lado de la paz —decían.

En Nazaret, María lloró y dijo a Jesús:

—Quiera Dios, hijo mío, que cuando mueras dejes atrás algo de la fragancia que

siempre estará unida al nombre de Hillel.

—Y también, madre, que siempre pueda encontrar esa puerta de que él habló y abrirla de par en par.

XV

LA MANCHA

Jesús volvió a Jerusalén con sus padres la Pascua siguiente. Esa vez José le permitió quedarse en la ciudad, después de la fiesta, para asistir a los debates y conferencias públicas.

Después de despedirse de su familia fuera de las murallas, subió al templo. Un hombre de ojos húmedos que estaba sentado junto a la puerta del este lo reconoció y le dijo con una sonrisa destinada a ganar su buena voluntad:

—Me alegra encontrarte, sabio Jesús de Nazaret. Esperaba verte hoy. Tengo una invitación para ti: que arbitres imparcialmente entre dos amigos que discuten un importante punto de la ley. Cada uno afirma que está en lo cierto, y han hecho una apuesta.

—Es incorrecto hacer una apuesta acerca de la ley. Además, no soy un doctor.

—No hay nada incorrecto en la discusión misma, y ya has iniciado el camino para ser doctor.

—Gracias sean dadas a Dios —se apresuró a decir Jesús—. ¿Quiénes son esas personas?

—Maestros de una academia.

—Entonces, que tomen por árbitro al jefe de la academia.

—Me pidieron que esperara aquí a que vinieras; ellos insisten en que sólo tú puedes decidir ese punto.

Jesús refrenó el impulso de enviar al anciano a ocuparse de sus propios asuntos; había algo maligno en su expresión. Pero recordó la paciencia que había demostrado siempre el sabio Hillel cuando se le pedía que resolviera problemas triviales; y al menos en una ocasión había habido una apuesta de por medio.

—Haré lo que me pides —dijo de mala gana.

El anciano lo condujo hasta una sombría habitación que daba al patio de los gentiles, y dijo a un levita alto y de aspecto estúpido que miraba por la ventana:

—Retén aquí a este joven por un rato, amigo, mientras busco a las dos personas de quien te hablé.

Jesús preguntó indignado:

—¿Acaso no te he dado mi palabra de que arbitraria en la discusión?

Pero el anciano ya se había marchado.

Dijo entonces al levita:

—Por tu ropa, señor, pienso que eres un levita de la guardia del templo. ¿Es ésta la habitación de la guardia?

El levita asintió en silencio.

—Extraño lugar para un debate.

El levita asintió de nuevo y dijo, tras una larga pausa:

—Muy extraño —y después de una pausa aún más larga, agregó—: Debes decir la verdad, sabes. Será mejor que hagas una confesión completa y que devuelvas lo que has tomado. El capitán de la guardia no es un hombre duro. Él se ocupa siempre de los jóvenes.

—No comprendo. ¿Quién es el anciano que me ha traído aquí?

—¿Él? Es Jofni el Sapo. Nunca olvida un rostro. Y tú eres el muchacho que escapó por poco durante la Fiesta de los Tabernáculos, ¿verdad? El que robó a Meleagro el cambista y logró salir corriendo por la puerta escondiéndose entre la multitud.

Jesús rió.

—Yo no estuve en Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos.

—Eso lo dices tú. Entonces, ¿qué delito has cometido?

—No se me acusa de ningún delito. Es una broma a mis expensas. Déjame partir.

—Me han ordenado que te retenga.

En ese momento, la guardia regresó de la ronda de la mañana. El capitán preguntó:

—¿Quién es este joven?

—Lo ha traído Jofni, reverendo señor.

El capitán frunció el ceño y preguntó:

—¿Eres tú, por casualidad, el hijo de José de Emaús?

—En un tiempo mi padre vivía en Emaús. Su nombre es José, hijo de Eli. Ahora reside en Nazaret, en Galilea.

—Sí, de él se trata. Entonces lamento decir que debes considerarte arrestado.

—Aquí llega Jofni con los testigos, señor —dijo el levita.

Entraron los dos doctores, el primero y el segundo, seguido por un hombre más joven que traía una pluma y un tintero de asta colgando del cinturón. El primer doctor dejó caer cuatro dracmas en la mano de Jofni, que salió, sonriendo, y se dirigió a su puesto en la puerta del este.

El segundo doctor, que parecía incómodo, dijo:

—No queremos que este asunto se haga público, ¿comprendes, capitán? No debe haber escándalo. ¿Podemos retirarnos a tu habitación privada?

—Está a tu disposición, sabio doctor.

Una vez allí, el capitán dijo a Jesús con amabilidad:

—Ya no eres un niño. ¿Sabes algo de la ley?

Jesús se inclinó.

—¿Eres entonces Jesús, hijo de José de Nazaret, antes de Emaús, y de su esposa Miriam?

—Lo soy.

—¿Siempre has vivido con ellos?

—Desde mi nacimiento, en Bethlehem de Efrat.

—¿Cómo es que has nacido allí?

—Mi padre llevó a Bethlehem a mi madre cuando su tiempo se acercaba. Como pertenecía a la casa de David, deseaba que yo naciera en el territorio familiar. Ése fue el año en que Herodes murió, unos cuatro meses antes.

—¿Quiénes eran los padres de tu madre?

—Era hija de Joaquín de Cocheba, uno de los Herederos, muerto luego en la pobreza, pero estaba a cargo del templo.

—¿Puedes leer con facilidad?

—Gracias a la ayuda de mi Hacedor.

—Lee esto.

Era una página arrancada del libro de cuentas del tesoro del templo, donde estaba anotado el contrato de matrimonio entre José hijo de Eli, de la casa de David y la tribu de Judá, nativo de Emaús, y Simón hijo de Boeto, sumo sacerdote, custodio de la discípula del templo Miriam, hija de Joaquín el Heredero, natural de Cocheba y de su esposa Ana. La fecha era diez meses anterior al nacimiento de Jesús; pero sólo cuatro meses después aparecía el registro del recibo de diez siclos, y en ese recibo se había escrito en letras muy pequeñas y débiles: «Falta medio siclo».

El contador dijo:

—Las palabras escritas en caracteres pequeños son de mano del sumo sacerdote de ese momento. Es un caso muy extraño. He buscado en los registros, y hallé un recibo por el pago del medio siclo restante: fue enviado desde Alejandría por el sumo sacerdote después de que el rey Herodes lo depusiera, y estaba pegado a una página posterior. Ese recibo es de un mes después de la muerte del rey.

Jesús, muy pálido, preguntó:

—¿Quieres decir que mi padre José no desposó a mi madre hasta que estuvo encinta?

—De él mismo o de otro —dijo el capitán de la guardia—. He hecho algunas investigaciones privadas, y he oído el rumor de que tu madre fue raptada por unos bandidos inmediatamente después de la firma del contrato, y retenida por ellos durante unos tres meses. Esto puede explicar por qué José no quería, al principio, pagar ese medio siclo restante. Muchacho, no deseo aumentar tu angustia, pero debo explicarte la posición legal. Hay una regla que creó Moisés, no yo, y que yo debo hacer cumplir: nadie que haya nacido fuera del matrimonio puede entrar en los santos patios de este templo. La pena por infringir esta regla es la muerte. Tú has obrado en la ignorancia; puedo ver que no lo sabías; y por lo tanto haré un informe escrito sobre este asunto, para no atraer el escándalo a tu casa, aunque estoy obligado a informar al sumo sacerdote Anás de mi decisión. Pero si no puedes asegurar que te equivocas con respecto a la fecha de tu nacimiento, y que has nacido de un matrimonio legitimo, no tengo otra alternativa que prohibirte la entrada. Observa que no te tengo por bastardo,

y no puedo hacerlo porque no tengo pruebas claras de la fecha de tu nacimiento.

—Aunque me condene por mi propia boca —dijo Jesús—, sé que nací cuatro meses antes de la muerte del rey Herodes, el día del solsticio de invierno. Mi madre me lo ha repetido frecuentemente.

El segundo doctor dijo enérgicamente al primero, que sonreía con aire de triunfo:

—Toma mi nuevo manto bordado, porque has ganado la apuesta. Sonríe como un perro mientras corres con él por la ciudad. Y me congelaré hasta morir antes de aceptar el tuyo a cambio, Porque hoy has obrado aún peor de lo que crees, y poco me dolerá no volver a ver tu rostro. Ven conmigo, muchacho, a mi casa, y sé mi huésped hasta que retornes junto a tus padres en Galilea. Porque eres un hombre bueno, y el sabio Hillel, bendita sea su memoria, ha dicho justamente: «Mejor es un sabio bastardo que un sumo sacerdote ignorante».

Pero Jesús había caído al suelo con los miembros rígidos y la expresión torcida por el dolor. Un terrible grito recorrió el edificio.

El día siguiente Jesús dijo en voz débil al segundo doctor, que le atendía con arrepentido cuidado:

—Me harías un gran bien, sabio, si enviaras a uno de tus criados a buscar un bloque de madera de olivo, una gubia y un martillo.

—¿Para qué, muchacho?

—Para ver si mis manos han olvidado el oficio del que dependerán en el futuro, porque aparentemente jamás seré un doctor de la ley. Ayer una gran niebla blanca cubrió mi mente y no puedo recordar sencillos textos de la Escritura que creí grabados a fuego en mi memoria. Una gubia, un martillo, un bloque de madera.

Se los trajeron, y al ver que aún podía manejar hábilmente sus herramientas dio las gracias a Dios. Luego dijo:

—Hazme aún otro favor, sabio, y envía uno de tus criados para que me acompañe una parte del camino, porque no estoy seguro de recordarlo.

—Irá contigo todo el camino, si lo deseas.

Jesús regresó a Galilea y se separó del criado del doctor cuando vio su casa. Nada dijo de lo ocurrido a su padre ni a su madre. No pudo obligarse a hacerlo. Por otra parte, no se vería privado de asistir a la sinagoga aun si era un bastardo, porque una generosa regla establecía que ningún hombre sería apartado de la comunión religiosa con sus vecinos por una falta de sus padres o antepasados. La principal muestra que dio de su inquietud espiritual era que no leía de las Escrituras, más que los textos ordenados para cada día, y que ya no los discutía con nadie. Trabajaba en su oficio con mayor diligencia, y era más puntilloso que nunca en su conducta hacia sus mayores. Todo el mundo advirtió el cambio. En general, decía la gente de Nazaret y de Bethlehem, era un alivio que ya no fuera un niño prodigio sino un buen aprendiz de carpintero. Su conocimiento, su independencia y la agudeza crítica de su mente les asustaban.

—Ya hemos visto esto antes —decían los ancianos—. El cambio llega con la pubertad. El espíritu visitante se aleja volando para no regresar. En los días de nuestros abuelos había un joven en Caná, un isacarita, que desconcertaba con sus conocimientos a los profesores griegos de matemáticas y astronomía en la universidad de Gadara. Cifras, cifras y más cifras le servían como los familiares de las brujas. Pero con la pubertad el espíritu se marchó y el joven abrumado por la melancolía, deshonró la casa de su padre al tomar su propia vida.

Pasaron cuatro años; cuando llegaban la Pascua o la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús decía a Jaime y a José:

—No, hermanos; id vosotros a Jerusalén, y que el espíritu del Señor os acompañe. Soy el más joven; esta vez me quedaré en casa y cuidaré el ganado. Tal vez vaya el año próximo.

La Pascua del segundo año, un grupo de samaritanos irrumpió una noche en el templo, entró en el patio de los sacerdotes y esparció huesos humanos para convertirlo en un lugar impuro; y por eso se maldijo a la nación samaritana en todas las sinagogas, y se prohibió su entrada para siempre en el patio de los gentiles.

El quinto años murió el anciano José. Jesús sintió gran dolor y ayunó durante tres días enteros. Luego María lo llamó aparte y le dijo:

—Mientras José vivía, no podía decirte un secreto acerca de tu familia que ahora debes conocer. Temía que lo miraras con otros ojos. E incluso ahora me espanta causarte aflicción.

—Madre, no podrías afligirme, incluso si mi dolor no entumeciera tanto mis sentidos que ya no distinguen el calor del frío. Porque hace cinco años, cuando leí en los registros del templo cierto contrato de matrimonio, recibí una herida en el corazón, y el cuchillo está aún clavado en la herida. Eres mi madre, y estoy obligado a honrarte, y así lo hago. Pero menos, porque sé que el hombre a quien llamaba padre no lo era en la carne; así como honro más su memoria, porque me ha tratado como a un hijo querido. Madre, ¿qué debes decirme? En Jerusalén se me acusa de bastardo, y a ti de haber engañado a mi padre entre el día en que se comprometió a casarse contigo y el día en que te fue a buscar para llevarte a su casa. ¿Por qué no me advertiste a tiempo de esa mancha? Me has alimentado con esperanzas; me has enviado a un rabino; has persuadido a mi padre de que me presentara en la sinagoga de Nazaret. Pensabas, quizá, que la verdad nunca seria conocida. ¿Cómo has podido llevarme al templo para ser circuncidado? A mis ocho días de edad, ¿querías asociarme a una perversa infracción de la ley? ¿Y cómo pudo José apoyarte en esto? Sin embargo, no me atrevo a reprochar nada al querido muerto.

María preguntó suavemente:

—Jesús, hijo, ¿piensas que una mujer como yo pecaría? ¿Tiemblan mis ojos cuando te miro? ¿Ves en mis mejillas el culpable rubor de la vergüenza?

—Desde que el capitán de la guardia me mostró el contrato en el templo, y me

prohibió que volviera a entrar a los patios interiores si no podía probar mi legitimidad, una nube cubre mi mente. Problemas que antes tenía el poder de resolver fácilmente se han convertido en enigmas. En especial, la contradicción entre tu aire de inocencia y el informe escrito de tu vergüenza: no puedo reconciliar ambas cosas. Quizá, si pudiera, la nube se disiparía, porque esta cuestión desgarra mi alma como un águila de día y de noche. Aún amo al Señor con todo mi corazón, pero entre los jirones de mi antiguo conocimiento flamea como una enseñanza una frase del sombrío Shammai: «De todo hombre viviente se puede decir lo mismo: mejor fuera para él no haber nacido». Hillel intentó refutar ese punto de vista, pero por una vez Shammai triunfó. Todo hombre, dijo, nace necesariamente en el error, y el error lleva al pecado, y el pecado al disgusto divino; y cuando un hombre disgusta a su Hacedor, mejor fuera para él no haber nacido. Como herederos de Adán pagamos por el pecado de Adán. En mi infancia, madre, yo me veía como un doctor, un profeta, un rey… Sin duda ha sido esa falta de humildad la que Dios ha castigado en mi.

—Está escrito: «El castiga a quien ama». Hijo mío, escucha. Te juro, por vida del Señor, que jamás he pecado con un hombre, voluntaria ni involuntariamente; te juro que no eres bastardo, sino hijo de rey. No me casé con el generoso José hasta que murió mi marido el rey; y fue un matrimonio sólo en apariencia, y el único medio para preservar tu vida de tus enemigos.

Después de llegar a este punto, María esperó serenamente a que Jesús hablara, mirando intensamente su rostro.

Por fin, asombrado, preguntó:

—Entonces, madre, ¿quién soy?

—Eres el rey sin corona de los judíos, el heredero secreto del trono que nadie ocupa desde los días del rey Herodes.

Jesús miró a María con horror e incredulidad.

—¿Quieres decir…?

—¿Si quiero decir qué, hijo?

—Casi preferiría ser un bastardo —gimió él—. ¿Quieres decir, madre, que eras la esposa secreta del malvado rey Herodes?

—Dios me guarde —dijo ella—. Tu padre fue el príncipe más noble, dulce e infortunado en la historia de nuestra raza.

Lentamente la niebla se desvaneció y brilló el sol. Mientras María narraba a Jesús la historia de su nacimiento, él sentía retornar como un torrente los poderes perdidos de su mente, de ningún modo afectados; antes bien, se sabía capaz de llevar su pensamiento mucho más allá de esos poderes. No había llorado antes; pero ahora las lágrimas fluían mientras decía:

—¡Oh, madre, si hubieras hablado antes! ¡Si José estuviera vivo, y yo pudiera echarme a sus pies y agradecerle su inmenso amor!

—Has sido para él el mejor de los hijos.

Y luego, María le habló de los tres astrólogos que lo habían adorado, y de la

masacre de Bethlehem, y le contó cómo el sobrino de Kenah los había llevado a salvo, a través del desierto, hasta On-Heliópolis. Y concluyó:

—El sabio Simeón que fue tu maestro en Matarieh no era el viejo maestro que pretendía ser. Era Simón, hijo de Boeto, amigo de tu verdadero padre, que había sido sumo sacerdote. Dos meses después de su expulsión, tomó los votos nazarenos por un año y se dirigió como ermitaño al desierto árabe. Cuando regresó, flaco, bronceado, casi irreconocible, no fue a su lujoso hogar de Alejandría sino a Matarieh, a nuestra pobre vivienda. Era tu custodio espiritual y sentía que ayudarte en esos días de peligros y pobreza era su obligación, así como educarte de modo digno de tu destino.

—¿Cómo supo que estábamos en Leontópolis?

—José y yo te llevamos con nosotros a Alejandría después de nuestra llegada a Egipto, antes de que él se marchara a Arabia. Fuimos allí a pagar el medio siclo que completaba el imperfecto contrato de nuestro matrimonio. Pero José temía mostrarse en el barrio judío por la presencia de los agentes de Herodes que servían activamente a tu tío Arquelao, el etnarca de Judea. De modo que yo llevé el dinero a Simón y le dije dónde estábamos. Y nada dije a José, que jamás imaginó la identidad de Simeón. Se creía que el sumo sacerdote Simón había muerto en el desierto.

—¿Ha muerto?

—Aún está con los esenios en Calirroe. Recibo noticias de él una vez por año.

—¿Y qué ha sido de la corona de oro que los tres astrólogos me trajeron al establo de Bethlehem?

—Está en Ain-Rimmon, al cuidado de mi tía Isabel. Un día la reclamarás; un día la llevarás puesta.

—¿Yo? El emperador ha abolido la monarquía judía.

—No la ha abolido. Sólo ha retirado el título real a los aspirantes indignos y criminales. El trono es tuyo según el derecho romano, por ser el único heredero sobreviviente de tu padre. El testamento del rey Herodes, que te lo otorga, está en poder de las vírgenes vestales: nadie puede modificarlo ni dejarlo de lado.

—Desdeñaría una corona entregada por los romanos si me odiaran los hijos de Israel por apoyar a sus enemigos.

—Tu noble padre usaba una corona romana.

—Era rey por su propio derecho, y hubiera recibido bendiciones si la hubiera quitado de su cabeza.

—¿Qué otra corona aceptarías?

—Una otorgada por mi propio pueblo.

—¿Cómo? ¿Desafiando a los romanos? ¿Conducirías tu pueblo a la guerra?

—No; al arrepentimiento y al amor. Acepto tus palabras como proféticas, hija de Rahab.

Un día, por la gracia de Dios, usaré esa corona.

—Que te dé felicidad y paz, y libertad a tu pueblo.

Conversaron hasta muy tarde esa noche. Por la mañana Jesús tomó una decisión:

cuando terminara el duelo por José, partiría con la bendición de su madre a prepararse para su destino real bajo la guía de Simón, hijo de Boeto. Cedía a María todas las propiedades legadas por José y sus propios ahorros; ella permanecería en Nazaret. La vieja Shelom de Rehoboth, ahora viuda, vendría a su casa a hacerle compañía.

Jesús echó al hombro su bolso de herramientas y sus provisiones de grano desecado, frutas secas y agua, y se dirigió al vado más próximo del Jordán. Lo atravesó y continuó hacia el sur por la Baja Transjordania hasta el mar Muerto, y luego, a lo largo de su costa, hasta la ciudad de Calirroe. La colonia esenia estaba a poca distancia de la ciudad. Sus redondeadas cabañas de madera estaban dispuestas en círculo dentro de un gran terreno irregular cercado por terraplenes coronados con espinos y revestidos de piedra. Cuando golpeó al portal y pidió que lo admitieran vio a Simeón que se acercaba por el suelo arenoso. Ambos se besaron afectuosamente.

Simeón vestía túnica blanca y un blanco delantal. Llevaba un cinturón de cuero —como un talismán contra el Enemigo— que sostenía una paleta de albañil. Todos los esenios llevaban esa paletas perpetuando la costumbre de los israelitas durante su paso por el desierto de Zin. Dijo al portero:

—Busca al padre Manahem.

El portero volvió con otro esenio, alto, delgado y de mirada desafiante. Tomó a Jesús por la mano derecha y luego, para sorpresa de Simeón, del portero y del mismo Jesús, dio a éste dos vivos golpes en la cabeza, diciendo:

—Ni con furia, ni con reproche: sólo para que recuerdes al padre Manahem —luego lo abrazó y lo condujo a presencia del superior.

El superior, que era muy anciano y estaba a cargo de esa comunidad de cuatrocientos cincuenta hermanos y novicios, se puso de pie cuando se acercó Jesús.

—¿Un postulante para el noviciado?

—Así es.

—¿Quién eres?

Simeón respondió por él.

—Joshua hijo de Abiathar —era como decir Jesús hijo de Antípater, puesto que entre los esenios no se utilizaban nombres griegos.

—¿Legítimo?

—Legítimo.

—¿De qué tribu?

—Judá.

—¿Qué condiciones tiene?

—Las mejores.

—¿Oficio?

—El que ves.

—¿Instruido en la ley?

—Por mí mismo.

—Que tome los votos.

El padre Manahem dijo a Jesús:

—Se requieren estos votos para un año de servicio. Si después de un año demuestras ser digno de más progresos en la orden, compartirás las aguas de la purificación y, como novicio, se te pedirá que tomes nuevos votos. Si después de dos años deseas convertirte en un miembro pleno, y no se encuentra falta en ti, se te exigirá que tomes votos perpetuos y participarás del Todopoderoso.

—No he venido aquí como postulante sino para saludar a mi maestro y para continuar mis estudios. Si no se permite esto salvo si me convierto en postulante, me alegraré de hacerlo. El padre Manahem ve en mí un postulante, y el padre Simeón también; no discutiré su juicio. ¿Qué votos me exigiréis?

—¿Juras por el Dios viviente demostrar obediencia absoluta al Superior de esta orden, y a cualesquiera confesores o tutores que él ponga sobre ti, y guardar todas las normas de esta orden tal como se te enseñe? ¿Juras ejercer piedad hacia el Señor y justicia hacia los hombres; ayudar a los justos y rechazar a los malvados; no hacer daño a nadie; reprobar a los mentirosos; no gastar palabras; no proferir juicios apresurados; abstenerte de mujeres, perfumes, ungüentos, cosas impuras, huevos y guisantes; no derramar la sangre de hombre, ave o bestia; amar la verdad y mantener los diez mandamientos; no comunicar a nadie ningún misterio peculiar de esta orden; no tener secretos con tus confesores; no prestar otros juramentos ni tomar votos mientras éstos se mantengan en vigencia?

—Hago una excepción con el voto de secreto. No puedo revelar a mi confesor secretos que otros me han confiado.

—Puedes callar ante tu confesor secretos que no son tuyos.

—Entonces tomaré los votos.

Le dieron una túnica azul loto, un delantal blanco, un cinturón de becerro y una paleta de madera. El superior dijo a Simeón:

—Padre Simeón, instruye a este joven en el uso de la paleta. Padre Manahem, quédate.

Cuando se cerró la puerta el superior dijo a Manahem:

—Vi los bofetones desde la ventana.

—Bien dados.

—¿Como los del predecesor de tu predecesor a Herodes el Edomita?

—El muchacho tiene las marcas de la realeza.

—¿Cómo lees su destino?

—Glorioso; extremadamente miserable; por fin, glorioso de nuevo.

—Atiéndelo bien, pero imparcialmente.

El significado del diálogo era el siguiente: cuando Herodes era un niño, en Bozrah, donde estaba anteriormente instalada la colonia esenia, el padre que tenía el título de «Manahem» lo había visto pasar por la puerta, camino de la escuela, y le había pedido que se acercara. Al llegar a su lado, Manahem le habla dado dos

bofetones, diciendo: «Ni con furia ni con reproche; sólo para que recuerdes al padre Manahem». Herodes había enrojecido de ira, pero Manahem le había dicho:

—Cuando seas rey de los judíos recuerda al padre Manahem de Bozrah, que te golpeó como una osa golpea a sus oseznos, con buena intención.

—Me tomas por otro. Soy edomita, no judío.

Manahem dijo entonces:

—Será como te digo de todos modos. Serás un rey glorioso, y tus dominios serán más dilatados que los del rey Salomón; pero aunque tus intenciones sean piadosas, tus crímenes serán horribles.

Herodes no olvidó nunca a Manahem, y durante toda su vida fue benévolo con los esenios. Llamó en su honor «Puerta de los Esenios» a una de las puertas de Jerusalén, aunque ellos jamás iban al templo.

La primera regla de la orden que Jesús aprendió fue la prohibición de escupir en compañía: debía retirarse y escupir hacia la izquierda, que era el lado de las cosas malas e impuras —y no hacia la derecha, el lado de las cosas buenas y puras— cubriendo su saliva con arena mediante su paleta de madera. La segunda regla se refería a sus necesidades corporales: debía apartarse, cavar un hoyo con la paleta, cubrirse con sus ropas para que el ojo del sol no recibiera ofensa, y luego volver a usar la paleta, como hace un león con sus garras, para llenar nuevamente el hoyo. La tercera consistía en levantarse todas las mañanas antes del amanecer y no hablar una palabra con nadie antes de ofrecer ciertas antiguas plegarias a Jehová, suplicando que el sol se elevara. Los esenios no veneran al sol como un Dios, pero si a Jehová que ha hecho el sol; y mientras existió el templo, se abstuvieron de adorar en él. Esto se debía en parte a que, como el profeta Amós, aborrecían los sacrificios sangrientos; pero sobre todo porque los sacerdotes les impedían observar el hábito de sus antepasados de orar a la salida del sol junto a la puerta del este, mirando hacia el este en lugar de volverse hacia el santuario como los demás judíos. Herodes se proponía, después de purgar el templo, ponerlo a cargo de los esenios, nombrando sumo sacerdote a su primo Aquiabo, muy respetado por ellos y educado en Calirroe.

La ley de Moisés gobernaba sus vidas, y cualquiera que blasfemara contra Moisés era castigado con la muerte, como si hubiera blasfemado contra Jehová. Esta regla era ininteligible para otros judíos, excepto las sectas ebionita y terapéutica, aliadas de los esenios, porque el secreto de éstos era que daban el nombre de Moisés a los aspectos temporales de Jehová. Jehová era el principio divino de la vida, la luz y la verdad; Moisés, este mismo principio trasladado a la carne. Aquellos de vosotros que hayan participado en ciertos misterios griegos comprenderán qué quiero decir si comparan el mito de Moisés con los que exponen los mistagogos. Según la tradición oral de los esenios, que difiere en muchos aspectos de la información contenida en el Éxodo, Moisés era hijo de la hija de Faraón, no engendrado sino originado de una almendra que un ángel de Jehová, Dios de Israel, le entregara secretamente en On-Heliópolis. Faraón envió asesinos para matar al niño, cuyo nombre real era Osarsiph, pero la

partera israelita lo ocultó en el cesto de cosechar y lo confió a las aguas del Nilo. Jochebed, esposa de Amram, pastor de Goshen, lo encontró entre los juncos, lo llamó Moisés, que significa «sacado», y lo llevó a su casa. En su juventud Moisés regresó a On-Heliópolis y con una maravillosa demostración de fuerza e inteligencia atrajo la atención de su abuelo Faraón, que ignoraba su identidad. Luego Moisés hizo con éxito la guerra contra les etíopes para Faraón; pero cuando las multitudes lo aclamaron, Faraón, celoso, trató de matarlo. Entonces, por orden de Jehová, Moisés provocó las diez plagas de Egipto usando su vara mágica de almendro y rescató al pueblo elegido de Jehová de su cruel servidumbre en Pelusia. Faraón se lanzó en su persecución y las arenas movedizas del lago de los Juncos lo devoraron con todo su ejército. Moisés dio leyes a los israelitas mientras erraban por el desierto de Sinaí; pero cuando ya estaban a la vista de la tierra prometida, un escorpión enviado por el adversario de Dios le picó en el talón. Recogió y partió ramas, hizo una pira y se consumió sobre ella. Sus cenizas fueron enterradas en una tumba secreta; su alma subió al cielo en la forma de un águila, y su espíritu viajó hasta el mar, en Hezrón, donde tres reinas espectrales se acercaron llorando en una barca. Llevaron consigo su espíritu a una isla situada en el extremo oeste, más allá del océano, la isla de los Manzanos, donde no hay nieves ni calores intensos ni tempestades, y sólo el suave viento del oeste sopla incesantemente desde el mar.

Así la vida y la muerte de Moisés tienen para los esenios el mismo doble significado que la vida de Dionisos, Osiris o Hércules posee para los mistagogos: lo consideran a la vez como un antiguo rey y el creador de las leyes, y como el símbolo del nacimiento, plenitud y decadencia recurrentes del año. Creen en la resurrección del alma que —dicen está unida al cuerpo como a una prisión—, y cuando se libera de las ataduras de la carne sube brillando hacia lo alto y se reúne con la multitud de almas brillantes que dan al sol su maravillosa luz; pero el espíritu, que diferencian del alma, y que tiene la forma y apariencia del cuerpo, es guiado por Elías o algún otro ángel al paraíso presidido por Moisés. Allí los espíritus viven juntos y felices en un castillo de cristal en cuyas puertas giran sin cesar ardientes ruedas de luz. Los esenios recibieron esta doctrina de los pitagóricos, quienes a su vez la recibieron de Abaris el hiperbóreo; pero los esenios sostienen que Moisés mismo la dictó a los sacerdotes hiperbóreos. Comoquiera que fuese, en la filosofía esenia hay incrustadas muchas teorías tomadas de los persas y los caldeos.

Muchos de ellos son médicos y logran extraordinarias curaciones mediante imposición de manos, cocimientos de hierbas, agua de fuente, aceite santificado, canciones sagradas, piedras preciosas de distintas clases, y saliva mezclada con arcilla. También curan a los posesos invocando a Rafael y a otras potencias angélicas cuyos nombres guardan en secreto, y al semidios Moisés con sus veinte títulos estacionales, en particular el de Joshua o Jesús. Otros son diestros para interpretar los sueños o para la predicción astrológica. Cuando un esenio desea abstraerse en la meditación, cubre su cabeza y permanece inmóvil durante días, ayunando, dentro de

un círculo con ciertas letras o cifras que solicitan el favor de Dios. A veces se instalan en sus círculos para dominar a los espíritus malignos que los molestan, o para aplacar la ira de Dios. El más famoso de los santos esenios fue Honi el dibujante de círculos, celebrado también por su agudo y lúcido juicio acerca de la ley, que vivió en la época de los últimos macabeos. Se le atribuye popularmente la interrupción de una terrible sequía: ayunó dentro de un círculo hasta que Dios se apiadó de él y envió la lluvia. Se dice que evitó la muerte durante setenta años, también dentro de un círculo, hasta que pronunció accidentalmente una palabra, en la época en que Arquelao fue desterrado, y descubrió que todos sus amigos y conocidos habían muerto; entonces rogó a Dios que tomara también su vida. Pero esto es sólo una fábula. Fue lapidado por los soldados de Hircano el Macabeo cuando se negó a maldecir a los sacerdotes del templo durante el sitio de Jerusalén.

No se permitía, dentro del recinto de los esenios, la presencia de mujeres, aunque fueran ancianas, ni de niños. Tenían prohibido usar armas o construirlas, y consideraban deplorable la risa, cuando no surgía del regocijo por la generosidad divina. Algunos de los iniciados de mayor edad sonreían continuamente; pero los más jóvenes solían ser muy taciturnos. Aparte de las tres principales comunidades agrupadas alrededor del mar Muerto había otras, menos estrictas, en varias partes de Judea. En ellas se permitía el matrimonio, aunque sólo con fines de procreación; sus iniciados, que no vivían enclaustrados en un recinto, eran conocidos como «esenios libres». Una de estas comunidades, que ya no existe, estaba en el pueblo de Betania, cerca de Jerusalén.

XVI

FLECHA Y BALDOSA

Jesús pasó los primeros siete meses en Calirroe estudiando las Escrituras bajo la supervisión del maestro de postulantes, que le impuso aprender de memoria los Libros de Moisés, y practicando su oficio a las órdenes del maestro carpintero, que le encargó la construcción de ataúdes. Su compañero de celda era su primo Juan de Ain-Rimmon, a quien acababa de conocer. Cuando el maestro de postulantes consideró que ambos recordaban a la perfección los Libros de Moisés, les ordenó memorizar las profecías de Ezequiel, a quien los esenios consideraban el fundador de su orden. Lo hicieron así, y resolvieron de acuerdo que cada uno repetiría al otro un capítulo, para ver si los sabían. Pero una vez que Juan recitó el primer capítulo sin un solo error, Jesús le preguntó:

—¿Cómo interpretas este capítulo, primo?

—Lo he aprendido de memoria, sin pensar en su significado.

—¿No es eso una ofensa a Ezequiel?

—Obedezco a mi tutor Gershon; él me ha advertido que es peligroso meditar el significado. Dice que un doctor que conoce el significado, y no todos los doctores han sido tan favorecidos, sólo puede revelarlo a un discípulo escogido.

—No he recibido yo igual advertencia de mi tutor Simeón; y como se me ha concedido la comprensión de este capítulo, te lo explicaré si quieres. ¿Se nos pide, acaso, que fatiguemos nuestra memoria con textos que no tienen significado?

—Como desees, primo, pero ten cuidado de los juicios apresurados —dijo Juan.

—Aquí en Calirroe hacemos nuestras plegarias no al sol, sino a Aquél que adoramos en la apariencia del sol, así como usamos nuestra paleta no por respeto al sol, sino a Aquél que adoramos en la apariencia del sol. Oye.

Y recitó:

> Y miré, y he aquí que un viento tempestuoso venía del aquilón, una gran nube, con un fuego envolvente, y en derredor suyo un resplandor, y en medio del fuego una cosa que parecía como de ámbar.
>
> Y en medio de ella, figura de cuatro animales. Y éste era su parecer: había en ellos semejanza de hombre.
>
> Y cada uno tenía cuatro rostros y cuatro alas.
>
> Y los pies de ellos eran derechos, y la planta de sus pies como la planta de pie de becerro; centelleaban a manera de bronce muy bruñido.
>
> Y debajo de sus alas, a sus cuatro lados, tenían manos de hombre; y sus

rostros y sus alas por los cuatro lados.

Con las alas se juntaban el uno al otro. No se volvían cuando andaban; cada uno caminaba en derecho de su rostro.

Y la figura de sus rostros era rostro de hombre; y rostro de león a la parte derecha en los cuatro, y a la izquierda rostro de buey en los cuatro; asimismo había en los cuatro rostro de águila.

Tales eran sus rostros; y tenían sus alas extendidas por encima, cada uno dos, las cuales se juntaban; y las otras dos cubrían sus cuerpos.

Y cada uno caminaba en derecho de su rostro; hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; cuando andaban, no se volvían.

Cuanto a la semejanza de los animales, su parecer era como de carbones de fuego encendidos, como parecer de hachones encendidos; discurría entre los animales; y el fuego resplandecía, y del fuego salían relámpagos.

Y estando yo mirando los animales, he aquí una rueda en la tierra junto a los animales, a sus cuatro caras.

Y el parecer de las ruedas y su obra semejábase al color del topacio.

Y las cuatro tenían una misma semejanza: su apariencia y su obra como rueda en medio de rueda.

Cuando andaban, se movían sobre sus cuatro costados: no se volvían cuando andaban.

Y sus cercos eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro.

Y cuando los animales andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los animales se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban.

Hacia donde el espíritu era que anduviesen, andaban; hacia donde era el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos:

Porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas.

Cuando ellos andaban, andaban ellas; y cuando ellos se paraban, paraban ellas; asimismo cuando se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los animales estaba en las ruedas Y sobre las cabezas de cada animal aparecía expansión a manera de cristal maravilloso, extendido encima sobre sus cabezas.

Y debajo de la expansión estaban las alas de ellos derechas la una a la otra; a cada uno dos, y otro dos con que se cubrían sus cuerpos.

Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente, como ruido de muchedumbre, como la voz de un ejército. Cuando se paraban, aflojaban sus alas.

Y cuando se paraban y aflojaban sus alas, oíase voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas.

Y sobre la expansión que habla sobre sus cabezas velase la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro, y sobre la figura del trono había una

> semejanza que parecía de hombre sentado sobre él.
>
> Y vi apariencia como de ámbar, como apariencia de fuego dentro de ella en contorno, por el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor.
>
> Cual parece el arco del cielo que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Ésta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y luego que yo la hube visto, caí sobre mi rostro, y oí voz de uno que hablaba.

Luego Jesús explicó los versos de esta manera:

—Se concuerda en que hay cuatro años nuevos cada doce meses, durante los equinoccios de otoño, primavera, verano e invierno. Tal como yo entiendo esta visión de Ezequiel, cada querubín es una rueda de cuatro rayos, en que cada año nuevo es un rayo de la rueda. Cada rayo tiene un rostro, parte del cubo de la rueda, que distingue su año nuevo: el buey de los siete combates para el recién nacido sol del invierno, y para el planeta Ninib; el león para el sol joven de primavera y para el planeta Marduk; el águila para el sol en su apogeo y para el planeta Nergal; el hombre para el sol experimentado de otoño y para el planeta Nabu. Pero cada rayo se apoya en el borde de su rueda con un solo pie de becerro dorado, de modo que cada rueda es un becerro de cuatro patas. Entonces, cada querubín es un año giratorio de cuatro estaciones, y cada año es una rueda en un carro de cuatro ruedas, que avanza hacia adelante sin desviarse; y cada uno de los muchos ojos sobre las ruedas es un día, porque el sol recibe el nombre de ojo del día. Además, cada rueda gira dentro de una rueda de cuatro años (y así cuentan los griegos el tiempo por las Olimpiadas), corriendo desde el principio hasta el fin de las cosas. El hombre entronizado es una emanación de nuestro Dios; pero no es nuestro Dios. No hay bestias en las varas del carro, porque las ruedas mismas son las bestias, y cada rueda corre, como he dicho, sobre las cuatro patas de un becerro de oro. Esas ruedas eran los bravíos corceles del carro que llevó al cielo a los profetas Enoc y Elías. Sin embargo, Ezequiel esconde de nosotros una parte de su visión, porque la bestia del verano es, en realidad, un macho cabrio con alas de águila. Y por otra parte la bestia de otoño es, en realidad, un serafín, o terrible serpiente, con cara de hombre. Así, cada becerro es por turno cuatro bestias: león, cabra, serafín y buey (serafín cuando está completamente desarrollado), y también es un hombre, y un águila. Por esta razón los griegos y los cretenses, cuando beben en el mismo pozo que nosotros, dicen: «El becerro tiene muchos cambios».

—Primo, ¡ten cuidado con los juicios apresurados! —repitió Juan.

Jesús continuó.

—El becerro de oro no es un ídolo, salvo si es adorado como un dios. Los adoradores de los becerros de oro del monte Orbe decían: «Éstos nos han traído de Egipto». Mentían: sólo el poder de Dios lo había logrado. Ahora bien: el viento

tempestuoso y el fuego, según yo interpreto la visión de Ezequiel, son una alegoría de la presencia de Dios, porque también un viento tempestuoso y un fuego eran la alegoría de su presencia en el monte Carmelo cuando una voz interior habló a Elías. Sin embargo, sólo una alegoría, porque está escrito: «Y sin embargo el Señor no estaba en el viento tempestuoso. Y sin embargo el Señor no estaba en el fuego». El viento venía del norte, el cuadrante donde jamás brilla el sol; así aprendemos que nuestro Dios trasciende incluso del sol, porque su poder no tiene límites. (Del mismo modo, cuando se sacrifican bestias en el templo de Jerusalén, el sacerdote vuelve sus cabezas hacia el norte). Dios es un espíritu y sus ministros son llamas ardientes: el fuego que Moisés vio en las zarzas, que ardían sin consumirse, era la luz de sus ministros. La misma cosa eran los relámpagos de Horeb, no Dios sino sus ministros. Y Ezequiel vio el arco iris sobre el trono del Altísimo, pues aunque el rayo salta de las nubes vengativamente, el arco iris brilla de piedad. Y esconde también otra parte de su visión. ¿Qué ocurre con los otros tres poderes celestiales, el sol, la luna y el planeta del amor? ¿No vio esa ardiente trinidad girando alrededor del trono? Escucha, y te explicaré el becerro de oro, a quien los iniciados llaman Moisés.

—Ten cuidado de no blasfemar, primo.

—Que mi boca esté limpia de pecado. ¿Conoces los nombres de los círculos de cabañas de la comunidad?

—Sí. Las exteriores se llaman: BABEL, LOT, EFRÓN, SALMA, NE-ESTHAN (el serafín que era el estandarte de Moisés en el desierto); HUR, DAVID, TELNIEN, KOHATH, CALEB; NIORIAH, GATH, GOMER, JETHRO, REU. Las interiores son: JACOB, JOSÉ. JERAH. JESHUA, JACHIN.

—¿Por qué se han elegido esos nombres?

—Es un secreto fundamental que sólo conocen los superiores de la orden.

—Sin embargo, me ha sido revelado. Los nombres del círculo exterior narran la historia calendaria del becerro de oro que se convierte en toro y cuya carne comparten secretamente los superiores en su iniciación. Te diré las palabras en griego de Eolia: los fundadores de esta orden las han aprendido, supongo, de los griegos de Canopus, ocultando su secreto al transformarlas en los nombres más parecidos que se encuentran en nuestras Escrituras:

BOIBALION, LOTO, PRORAMENON, SALOOMAI, NEOSTHENARON, OLRIOS, DAFIZO,
TEAMON, KAIOMAI. KALIPTCMAI, MOIRAD, GATHEO, GNORIMOS, IDRYOMAI, RIIEO.

Lo que significa:

Yo, el toro-becerro transportado sobre el loto azul, me inclino hacia atrás y hacia adelante, recientemente fortalecido.

Yo, el benigno, hiendo la madera; soy consumido por el fuego en el sufrimiento; estoy escondido.

Yo, el famoso, distribuyo, me regocijo, soy llevado por el agua.

Cada nombre representa un periodo de tres ogdóadas; en total suman trescientos sesenta días. Y las otras palabras son los cinco días sagrados restantes: ACHAIFA, OSSA (que da su nombre al más bajo de los tres grados de iniciación de la orden), OIRANIA, HESUCHIA, IACHEMA, es decir: la hilandera, la fama, la reina del cielo, reposo, llanto. Los nabateos de Arabia llaman al toro-becerro «Un-Tal», el benigno que sufre, y lo adoran con ritos abominables como hijo de la diosa Lat; los fenicios lo llaman Hércules-Melkart y glorifican su lujuria; en Samaria era adorado como Egli-yahu, «el Señor es un becerro», hasta que la celosa mano de nuestro Dios destruyó la ciudad.

—¿Quién es entonces el toro-becerro si no es Un-Tal, ni Hércules, ni Egli-yahu, y sin embargo designa las cabañas de esta santa comunidad?

—Un emblema aceptable de la vida del año solar, y de la vida del hombre desde la caída. Adorar el toro-becerro es idolatría, porque niega el poder del Dios único, que es intemporal. Y porque honra a la Hembra, cuyos cinco días invernales (que son también cinco estaciones iguales del año) resumen el destino del hombre caído, y del año.

—¿Y los dos grados superiores de iniciación?

—Los sansonianos son llamados así en honor de Sansón, de cuya vida hacen una alegoría del año solar. Los helíceos aprenden la sabiduría mística de la hélice, es decir, la rueda cósmica.

—Háblame más de la Hembra.

—Es la triple diablesa que se presenta al hombre caído como madre, novia y amortajadora. El primero de los cinco días hila la hebra de su vida; el segundo lo halaga con la esperanza de la fama; el tercero lo corrompe con su lujuria; el cuarto lo arrulla en el sueño de la muerte; el quinto llora su cadáver. Los griegos adoran esta trinidad en la forma de las Parcas, es decir, la hilandera, la distribuidora y la cortadora.

—Pero ¿por qué los superiores de nuestra orden llaman Moisés al toro-becerro?

—El nombre Moisés significa que la primavera de cada año la vida es *sacada* del agua, así como nuestro legislador Moisés fue sacado del Nilo en su infancia, y así como todo niño está sumergido en el agua hasta que nace. No se puede blasfemar, en realidad, contra el toro-becerro, que es un emblema; y tampoco se puede blasfemar contra Moisés el Legislador porque era hombre y no dios. Nació, se casó, engendró hijos, cometió hechos de sangre, murió y fue sepultado. Sin embargo, merece nuestro eterno homenaje, porque el Señor Dios le confió la ley, y porque, cuando los pecadores adoraron al toro-becerro de oro en Horeb, redujo a polvo el ídolo y los obligó a beber el polvo mezclado con agua. Y como escribe el sabio Aristeas:

«Moisés enseñó que Dios es Uno, que su poder se manifiesta a través de todas las cosas, que todo lugar está lleno de su soberanía, y que nada hecho en secreto por los hombres sobre la tierra está oculto de nuestro Dios, porque El sabe todo lo que se hace, y todo lo que está destinado a hacerse». Y en otra parte Aristeas muestra que nuestra nación sólo adora a un solo Dios, y no a una multiplicidad de dioses; y por esto debemos gratitud a Moisés, porque nos entregó la ley.

—Sin embargo, si Moisés era sólo un hombre, y por lo tanto no se puede blasfemar contra él, ¿por qué los superiores de nuestra orden nos prohíben que lo hagamos?

—Eso no lo comprendo todavía, porque no puedo creer que esos hombre piadosos sean idólatras.

—¿Quién es el hombre entronizado de la visión de Ezequiel, si no es ni el toro-becerro ni Dios mismo?

—El mismo hijo del Hombre de quien se le concedió una visión al profeta Daniel. Aparecerá ante todos los hombres el día en que la Hembra sea finalmente derrotada. No es Dios ni hombre: es la imagen de Dios a la que fue hecho inicialmente el hombre, y que entonces se renovará en forma del puro amor de Dios hacia el hombre, y del hombre a Dios.

—¡Que el carro nos lleve rápidamente hasta ese día!

En ese momento, se oyeron voces afuera y entró de pronto el superior, seguido por Manahem y Simeón. El superior exclamó:

—Todo nuestro recinto está en llamas, y nada se consume, y el fuego brota del techo de esta cabaña. Joshua ben Abiathar, Johanan ben Zacharias, confesad: ¿estáis estudiando el *Ma'aseb Merkabah* [es decir, la Obra del Carro], un misterio que a todos está vedado estudiar si tienen rango inferior al de jefe de una academia?

—Ni tú ni mi tutor me habéis prohibido estudiar el misterio. ¿Y quién puede impedir que comprenda lo que se me ordena aprender de memoria? ¿Y cómo puedo abstenerme de explicar lo que he comprendido, si en vuestra presencia he jurado no guardar nada secreto?

—¡Cuidado! ¡En los días de mi padre, un joven de Kadesh Barnea que reconoció el significado de un solo versículo fue consumido por el fuego!

—Sin embargo, no he sido consumido. Y he oído decir: «Cuando desciende del cielo un fuego que arde pero no consume, es el momento de cantar el himno de alabanza».

—¿Estás instruyendo a tu superior?

—Como él desee.

—¿Y no has oído decir que si alguien habla neciamente de las cosas que están antes, detrás, encima y debajo, es decir, del *Merkabah*, mejor sería que no hubiera nacido?

—He oído ese juicio, y también que Ezequiel volverá y abrirá para Israel las cámaras del *Merkabah*. ¿Y si hoy ha venido Ezequiel a abrirlas?

Entonces el superior dijo:

—Joshua ben Abiathar, este lugar no te retendrá; romperías los barrotes. Toma de nuevo tu bolso de herramientas y vete en paz por la misma puerta por donde has entrado. Pero oye mi advertencia. Se recuerda que Elías, cuya obligación en la tierra de los benditos es guiar a los espíritus al sitio adecuado, visitó, cuando se le concedieron unas vacaciones en la tierra, una academia de Jerusalén. Oyó a los doctores, que discutían acerca de los corceles del carro que lo había conducido al cielo. Viendo que estaban desconcertados y errados, intervino para dar la explicación correcta; y a su regreso recibió la severa reprimenda del que todo lo ve.

—¿Quién te ha revelado esa reprimenda a Elías? ¿Tal vez el adversario de Dios? Ahora que me has liberado de mis votos de obediencia y que puedo dirigirme a ti como un hombre a otro hombre, te diré esto. Vosotros huís del mundo, pero ningún voto de pureza solemnemente jurado preservará del pecado a un hombre tímido; y tampoco servirán el cerrado portal de este recinto, ni el terraplén que lo rodea, ni los espinos que cubren el terraplén, ni vuestros cinturones profilácticos de piel de becerro, ni las mil y una celosas reglas de esta orden, para rechazar al adversario de Dios cuando le tendéis una mesa de tentaciones tan opulenta.

—Que el Señor purifique nuestros corazones de su secreto defecto, porque sólo en Él está nuestra fuerza. Ve en paz ahora, hijo atrevido, y recuérdanos con cariño cuando entres en tu reino.

Un mes después, mientras caminaba por la plaza del mercado de On-Heliópolis, Jesús meditaba sobre el destino de Jerusalén. Brotaron en su mente las palabras que había dicho una vez Jehová al profeta Ezequiel: «Hijo del hombre, toma una baldosa, ponía delante de ti y diseña en ella la ciudad de Jerusalén». Su pie golpeó contra una baldosa roja. La recogió y, sentándose sobre una piedra, empezó a dibujar con un trozo de carbón. Hizo un dibujo al estilo arcaico que sólo mostraba el frente del templo y la muralla, con un buey y un león en el interior y una estrella brillando en lo alto. Luego miró fijamente la baldosa y su corazón preguntó: «¿Cuál es el juicio acerca de Jerusalén? ¿Se le permitirá perdurar? ¿Está predestinada a caer?»

Ante sus ojos se alzó una visión de tambaleante equilibrio, y una voz interior le habló.

—Un poco más en este platillo, un poco más en aquél. El juicio no está resuelto todavía.

Jesús depositó la baldosa en el suelo. Sin volverse, dijo en lengua griega a un hombre que lo miraba desde atrás:

—Si puedes instruirme, hazlo; si no puedes, sigue tu camino.

El hombre se situó enfrente y preguntó:

—¿Eres el hebreo que he venido a buscar?

—Sabes que lo soy; de otro modo no me lo preguntarías.

Era un hombre alto, pálido, de ojos azules y largo pelo color de trigo. Traía en la

mano una flecha de astil dorado y vestía una túnica blanca de lino, pantalones blancos de lino y un manto de seis colores atado con un gran broche de oro.

—Entonces permite que afile mi flecha en tu baldosa.

—Para eso necesitarás aceite.

—Tengo aceite en un frasco espiral.

—¿Aceite limpio para mi baldosa? ¿Eres un incircunciso, un comedor de cerdos y liebres?

—Soy un gadeliano del extremo oeste. Mi pueblo observa las mismas ordenanzas divinas que el tuyo. Procedemos de Jafet; yo soy médico y herrero.

—Tu pueblo, ¿no adora a la reina del cielo?

—Ya no. Tal como nosotros narramos la historia, nuestro Dios (que fue primero el Dios de los hebreos) mató con una flecha de oro a la osa más grande del universo. Explícame ese león, por favor.

—De buena gana. Da su nombre a la ciudad.

—¿A Leontópolis?

—No; Arieh es el nombre que el rey David dio a Jerusalén.

—Has puesto palmeras en el techo del templo.

—Salomón, hijo del rey David, puso en el techo del templo palmeras adornadas con cadenas de oro. El cielorraso era de pino con incrustaciones de oro puro.

—He oído hablar de ese rey Salomón, que recogió en Biblos todos los secretos del Asia.

—Llamamos Gebal a esa ciudad. En nuestro Libro de los Reyes está escrito que los hombres de Gebal ayudaron a Salomón a construir su templo.

—A juzgar por tu dibujo, conocía el lenguaje de los árboles; porque en nuestro sagrado alfabeto de árboles, que también hemos hallado en Biblos, el pino, allí consagrado a Adonis, se llama *Aleph*, y la palmera *Doble Aleph*; y *Aleph de Aleph* es un título del gran Dios que adoramos. Significa el Anciano de los Días.

—Enséñame ese alfabeto.

—A su tiempo. ¿Por qué has puesto un buey junto al león?

—El buey representa al rey que vendrá, el hijo de José. La estrella predice su venida.

—¿Cómo se dice «buey» en hebreo?

—Decimos *Aleph*.

Ambos rieron complacidos y el gadeliano dijo:

—Aguzaré mi flecha en tu baldosa. ¿Se recuerdan las dimensiones originales de este templo?

—Se recuerdan.

—Dime primero, ¿no puso Salomón dos grandes columnas en el frente, una verde y una dorada?

—Dos columnas; pero nuestros libros no registran sus colores.

—¿Cómo se llamaban las columnas?

—Jachin y Boaz, pero se han olvidado sus nombres verdaderos. Sólo se sabe que Boaz es a Jachin como el monte Gerizim es al monte Ebal, su gemelo en el valle de Sichem. Como la bendición a la maldición.

—Explica.

—Está escrito: «Una bendición en Gerizim a todos los que obedecen al Señor; una maldición en Ebal a quienes se apartan».

—Puedo restaurar sus nombres verdaderos; también el nombre del dintel. Dime la altura de esas columnas.

—Dime, primero, el nombre verdadero de Boaz, porque también yo debo aguzar una flecha.

—Es Abolloneus.

—¿Por qué?

—Porque las consonantes de ese mismo alfabeto de árboles están en este orden: B.L.N.F.S. Hemos intercalado vocales entre ellas.

—¿No debería estar la tercera letra en el quinto lugar?

—Así es en el alfabeto canópico del toro-becerro y el loto. En el alfabeto de árboles de Aquerusia, que es anterior, es como te he dicho.

Luego, Jesús dijo:

—La altura de ambas columnas era de treinta y cinco codos.

—¿Cómo lees esa cifra?

—Siete lustros, la mitad de los años de una vida humana.

—La columna llamada Boaz asciende; la llamada Jachin desciende —dijo el gadeliano.

—La columna verde del crecimiento; la marchita de la decadencia.

—Bien dicho. Sin embargo, los más afortunados entre vosotros viven, supongo, hasta ciento diez años.

—Estás en lo cierto. El patriarca José, que llevó inicialmente a mi pueblo a Egipto, vivió hasta esa edad, completando la circunferencia íntegra de su círculo.

—Eres verdaderamente el hebreo que he venido a buscar. Tu Dios, ¿posee un arca sagrada?

—Hace dieciocho generaciones fue escondida en una caverna por el profeta Jeremías; se ignora dónde.

—¿Y las dimensiones?

—Se conocen: un codo y medio por un codo y medio por dos y medio.

—Es decir, un octavo de cuarenta y cinco codos cúbicos, o sea, del contenido de un arcón que mida cinco codos por tres por tres.

—Tu cálculo es correcto, y ésas son las dimensiones exactas de los ataúdes que he construido últimamente para los esenios. ¿Cómo las interpretas?

—Es un misterio calendario —dijo el gadeliano—. La gran arca medía cinco por tres porque hay en el año santo quince estaciones; y la profundidad era de tres codos porque cada estación se divide en tres semanas de ocho días. La gran arca contiene

cuarenta y cinco codos cúbicos; la pequeña arca tiene un octavo de ese tamaño, porque ocho es el número de años desde la infancia a la plenitud.

—Aras el mismo surco que yo. Cuarenta y cinco era, también, el número de columnas de la casa de Salomón en Líbano, dispuestas en tres hileras de quince. Cada una era una semana de ocho días. Así quedaban cinco días libres, una vez contados los trescientos sesenta, que se apartaron como días sagrados. ¿Cómo sigue ahora el alfabeto de árboles?

—SS.H.D.T.C., y después CC.M.G.NG.R.

—¿Por qué están dobladas la S y la C?

—Para hacer quince del infortunado trece.

—Entonces las consonantes son meses, cada uno de cuatro semanas.

—¿Cómo has adivinado?

—Es fácil responder. El poeta Ezequiel vio en una visión árboles que crecían a cada lado del río de la curación, que corre hacia el este de la casa de Dios en el reino celestial. Sus frutos reconfortantes y sus hojas medicinales no se corrompen, y sus virtudes corresponden al mes del año. Las trece tribus de Israel heredarán tierras regadas por el río, cada tribu una franja situada de este a este desde la montaña del sur a la montaña del norte. A cada tribu un mes, a cada mes un árbol. ¿Cómo son las vocales del alfabeto de árboles?

—Son A.O.U.E.I.

—Me ocultas dos letras —dijo Jesús en tono de reproche—; la doble *Iod* y la doble *Aleph* de la que ya has hablado. Porque en ese alfabeto debe haber veintidós letras y, entre ellas, siete vocales.

—Observo que no podemos tener secretos el uno con el otro, ni siquiera el secreto primero. Tienes una barba tifónica, es decir de color rojo cosecha, escribes con la mano izquierda, tu nariz es curva como el pico del águila, tu rostro pálido, tus ojos verde mar y luminosos, las venas de tu frente forman una *üpsilon* azul. ¿Y el séptimo signo?

Jesús respondió:

—Debajo de mis ropas, mi hombro derecho es blanco como el marfil.

—Tenemos un proverbio que dice:

Tres cosas espléndidas:
poetas, bosques, reyes.

—Yo soy un poeta; tú eres un rey, y por «bosque» entendemos siete árboles sagrados donde se considera que reside la cierva blanca de la sabiduría.

—Uno de nuestros poetas hebreos ha dicho: «La sabiduría ha construido su casa con siete pilares».

—Bien dicho. ¿Cuál de los siete árboles es el más amado por los hombres?

—El manzano salvaje de la inmortalidad.

—Como entre nosotros. La letra del manzano es la doble C; la C es el nogal de la

sabiduría, aunque los romanos la escriben Q y los griegos K. Y la doble S es la Z; S es el despiadado mimbre y Z el cruel espino blanco, árboles de desventura.

—También para nosotros el nogal es el árbol de la sabiduría. Nuestro candelabro sagrado, símbolo de la divina sabiduría, se hace de la forma de la vara de almendro del sumo sacerdote Aarón, que dio siete flores; cada flor es una luz y representa a uno de los poderes celestiales. La vara misma es el centro del candelabro.

—Entonces, la luz central, la cuarta, ¿representa al planeta Nabu, el poder de la sabiduría?

—El cuarto día nuestro Dios dijo: «Sea la luz», y creó esos poderes celestiales.

—Como en nuestra tradición. Sus siete letras en el alfabeto de árboles son B.S.T.C.D.CC.F.

—¿Qué significan? Son las iniciales de la plegaria que pronuncian los esenios por la mañana.

—No las comprenderías en gadeliano; pero en latín, que quizá conozcas, son las siglas de:

Benignissime Solo Tibi Cordis Devotionem Quotidianam Facio.

«Oh, más bendito, sólo a ti hago el sacrificio cotidiano de mi corazón».

—Es la misma plegaria.

Continuaron intercambiando preguntas y respuestas, mutuamente complacidos. Para el poco instruido, lo que aquí se recuerda de esa conversación será extraño; pero escribo para los instruidos. Ellos comprenderán cómo Jesús había deducido de la mención del número 110 por el gadeliano que el alfabeto ocultaba un antiguo secreto matemático, la proporción del diámetro del círculo a su circunferencia, que es de siete a veintidós. También comprenderán que la reticencia del gadeliano acerca de las dos vocales dobles, A e I, atrajo naturalmente la atención de Jesús, quien vio que las siete vocales formaban un nombre sagrado. Era II.I.E.U.O.A.AA. En letras latinas, JIEVOAA.

Había en esto una maravillosa iluminación. Jesús reconoció de inmediato que ese nombre de siete letras, el secreto primero a que se refería el gadeliano, era el del dios del Arca, adorado por gran cantidad de naciones con lazos de sangre. Los hebreos, su pueblo elegido, los mentores espirituales de todos los hijos de Adán, lo llaman Jehová, una forma deliberadamente equívoca del nombre; pero sus cuernos de carnero sagrados proclaman musicalmente el nombre verdadero en los grandes festivales. Fue ese nombre, se dice, el que derribó instantáneamente las murallas de Jericó cuando Josué sitió la ciudad. Los antiguos frigios conocían el nombre y anudaron sus letras en el yugo de Gordio; pero la insensata espada de Alejandro cortó el nudo. Los gadelianos aún lo conservan, pero sólo lo declaran a los poetas. Jesús jamás hubiera podido aprender el nombre entre su propio pueblo, puesto que no se le enseñaba a ningún israelita excepto al sumo sacerdote y a su sucesor elegido, ni podía

escribirse o pronunciarse salvo una vez por año, cuando el sumo sacerdote entraba en el sanctasanctórum y lo susurraba de forma casi inaudible. No se le comunicaba con palabras pronunciadas por labios humanos, sino mediante la disposición de siete objetos sagrados en un orden dado, cuyas iniciales deletreaban el nombre. Era un nombre de poder probado; usándolo, decían los judíos, Moisés había provocado las plagas de Egipto, y Elías y Elisha habían rescatado hombres de entre los muertos.

Jesús dijo al gadeliano:

—Sin la primera y la séptima letras del nombre, el toro-becerro (que es el hombre) no tiene escapatoria de la rueda cósmica que hace girar la Hembra: no tiene principio ni fin. Pero la doble *Iod* y la doble *Aleph*, sumadas, le dan la inmortalidad. Como dice David en un salmo: «Alabadlo en su nombre JAH». Cuando los cinco días de la Hembra se alargan a una semana, entonces, él celebra el primer día su verdadero origen, y el séptimo halla un fin perfecto; es uno con el Dios cuyo nombre se ha unido al suyo en la rueda sagrada. Seguramente ésta es la esperanza de los esenios, que celebran a la vez el primer día de la semana y el último, y prohíben toda blasfemia contra el toro-becerro, a quien llaman «Moisés».

—¿Pero quién hará que el toro-becerro sea uno con Dios?

—El Siervo que Sufre, el Mesías predestinado, cuyo emblema es *Aleph*, él conquistará a la muerte.

—¿Cómo es posible conquistar a la muerte?

—Negando los falsos principios y los falsos finales.

—Pero ¿quién ha traído a la tierra esta falsedad?

—El adversario de Dios, a quien los griegos llaman Cosmocrator, el señor del universo material ilusorio, cuando sedujo a la mujer y por medio de ella apartó al hombre del Dios que lo había creado: contra ese demonio utilizan los esenios sus cinturones profilácticos de piel de becerro.

Con el nuevo conocimiento que había adquirido, Jesús pudo comprender también el secreto de las joyas de la sagrada coraza del sumo sacerdote, y de las que usaba antes en su coraza el rey de Tiro, ambas utilizadas para la adivinación. Esas joyas estaban incrustadas en una plancha de oro, y detrás había una rueda que giraba, y que tenía un trozo de fósforo que brillaba en la habitación donde se realizaba la adivinación, iluminando la joya en que se detenía. Cada joya tenía color diferente, y la rueda, al girar, indicaba letras, aunque no las vocales, porque cada piedra preciosa representaba una consonante del alfabeto de árboles de Aquerusia. Cada joya llevaba inscrito además el nombre de una de las tribus originales de Israel; José era dos tribus. La serie empezaba con el sardo rojo edomita para Rubén, y de izquierda a derecha, en el sentido del sol, terminaba con el ámbar para Benjamín, porque Rubén, el primer hijo de Israel significa «mira al hijo»; y Benjamín, el último, significa «el hijo de mi mano derecha».

Jesús y el gadeliano resolvieron buscar un alojamiento común y trabajar conjuntamente, porque el gadeliano era herrero y podía forjar cerraduras y goznes

para los hermosos muebles que Jesús hacia en esa época. El gadeliano urgió a Jesús a viajar con él a Gordio, en Galacia, donde se había cortado el nudo; a Efeso, en Asia; a Gades y el país de los turdetanos en España; a las tierras aquerusianas de Bitinia; a Olbia en Escitia; a Hieropytna en Creta y a Lusi en Arcadia, los lugares donde se encontraban los antiguos pozos del conocimiento. Pero Jesús respondió:

—*On* es una piedra de molino [eso significa la palabra] y aquí se trae a moler todo el grano del conocimiento; aquí nos hemos encontrado tú y yo en nuestra búsqueda común del saber. Espera con paciencia, y el saber que necesitamos vendrá a nosotros.

Estaba en lo cierto. Todos los años encontraban alguna persona, para ellos importante, que había venido en peregrinación a On-Heliópolis, la ciudad más antigua de Egipto, buscando el conocimiento: un persa, ligur, gálata, fenicio, indio, caspio, griego, armenio, español o escita. Así aumentaron su comprensión del estado del mundo, aunque siempre encontraron la misma ansia desesperada de inmortalidad y la misma queja: «Las naciones están dispersas y desunidas. ¿Cuánto se dirá la palabra de salvación que las reunirá? Hemos venido como peregrinos a *On* en busca de luz y plenitud; sólo hemos encontrado un oscuro vacío».

Jesús los consolaba con palabras como éstas:

—La inmortalidad es la recompensa de la sabiduría; la sabiduría es la recompensa de buscar y sufrir. Buscar y sufrir es amar a Dios; y sólo hay un Dios, el Dios de Israel. Vuélvete hacia Él y se pronunciará la palabra de salvación.

—¿Y las mujeres? —le preguntó un sidonio.

—Ningún hombre puede, al mismo tiempo, amar a Dios como Él quiere ser amado, y a la mujer como ella quiere ser amada. Se debe elegir entre el padre eterno y la reina del cielo con su cola de pez.

Más tarde se explayó sobre este juicio con la partera Shelom. Ella le preguntó:

—Señor, ¿durante cuánto tiempo prevalecerá la muerte?

—Mientras las mujeres continúen teniendo hijos.

Ella respondió:

—He hecho bien, entonces, al no parir ninguno.

—Como tu esterilidad no fue por tu elección, has evitado una hierba amarga sólo para comer otra. Pero esto te diré: hasta que los dos sexos sean como uno, el varón con la hembra ni varón ni hembra, el adversario de Dios seguirá avanzando.

—¿Y tú mismo? ¿No eres acaso un hombre verdadero?

—He venido a destruir la obra de la Hembra.

—¿Destruirías la obra de tu propia madre?

—Sólo reconozco como madre al espíritu santo de Dios que se movía sobre la faz de las aguas antes de la creación. La Hembra es la lujuria, la primera Eva, que demora la hora de la perfección.

—¿Y estás a salvo de su belleza? ¿Eres de corazón más severo que nuestro padre Adán?

—Así pueda alejar yo la maldición de que habla el Predicador, hijo de Sira:

> Un pesado yugo esta dispuesto para los hijos de Adán desde el día en que nacen del vientre de su madre hasta aquél en que retornan a la madre de todas las cosas; para el que está vestido de seda azul y lleva una corona y para el que usa apenas lino: ira, envidia, aflicción y desasosiego, rigor, lucha, y miedo a la muerte en el momento del descanso.
>
> Porque la primera Eva, o Acco, o Lilith, o la hilandera, a quien Salomón llama la sanguijuela, y el Predicador llama nuestra madre universal, tiene dos hijas: la matriz y la tumba. «Da, da», grita. «En la hora de la perfección, será, por fin, negada».

Una mañana del último año de los cinco que estuvieron asociados Jesús y el gadeliano, hallaron, en un callejón próximo a su morada, un hombre desnudo y herido. Lo llevaron a su casa, aunque parecía moribundo, lo atendieron, vendaron sus heridas, lo alimentaron y vistieron. Cuando recuperó sus fuerzas les preguntó:

—¿Cómo puedo recompensaros, señores?

Jesús respondió:

—Estamos bastante recompensados con verte vivo.

—Pero tú, señor, eres judío; y según tu ley yo soy impuro, puesto que soy un comedor de ratas y lagartos.

—Toda vida es preciosa.

—Señor, estoy profundamente hundido en mi deuda contigo.

—Aquí está mi mano; ve en paz.

—Me avergüenza que me consideréis tan falto de generosidad que, cuando salváis mi vida, nada doy a cambio.

—Danos lo que alivie tu corazón; pero, amigo, tus posesiones no son grandes.

—Debo dar una palabra.

—De buena gana aceptaremos una palabra, si es una buena palabra.

—Es una palabra de poder sobre las serpientes venenosas, Porque soy un psyllio de la gran Sirte.

—¿El nombre de un demonio de Libia? Entonces calla: quizá no lo usemos.

—No, señor. Es una palabra clave que usamos con las serpientes: por ella se reconocen unas a otras y se abstienen de atacar. Su significado es amor. Usándola, tendréis el poder de manejar a todas las serpientes sin temor.

—La palabra amor, dicha con amor, es hermosa en cualquier lengua.

El gadeliano exclamó:

—¿Puede un hombre que no sea un psyllio o un indio negro hablar con amor a una serpiente venenosa? La serpiente no se dejaría engañar, y el hombre moriría.

—Hagamos la prueba —dijo el psyllio.

Salió con ellos al desierto, más o menos una milla, y luego se agachó y empezó a

cantar de una extraña manera. De pronto las serpientes negras y los áspides empezaron a acercarse a él, rozando la arena. Se inclinó, las recogió una tras otra y dijo a Jesús, que estaba a su lado, sin miedo:

—Mira, ¿no es hermosa ésta, y no lo es aquélla? Sus agudos colmillos blancos, sus ojos brillantes, el diseño de sus escamas, su flexibilidad… Señor, ahora diré la palabra del amor: repítela conmigo. —Dijo suavemente la palabra, y las serpientes se enroscaron pacíficamente en los pliegues de sus vestiduras.

Jesús repitió la palabra, extendió la mano hacia un áspid, lo tomó y acaricio.

—Deja que se enrosque en tu cuello, señor.

Jesús lo hizo así.

El psyllio dijo al áspid:

—Vete, y di a tus amigos que han encontrado un nuevo aliado, un hebreo.

El áspid se deslizó al desierto y, a partir de ese momento, Jesús tuvo dominio sobre las serpientes; poco antes de ser crucificado comunicó a sus discípulos la palabra del psyllio.

Pero el gadeliano se abstuvo de seguir el ejemplo de Jesús. Dijo:

—No necesito esa palabra. No hay serpientes en mi país, porque mi antepasado Gadelos las expulsó con su vara.

Cuando Jesús y el gadeliano se separaron, intercambiaron símbolos de afecto. El gadeliano partió al África, y Jesús regresó a Nazaret, a la carpintería y a meditar en todo lo que había aprendido. Se habían puesto de acuerdo en una cosa: si alguno de los dos era expulsado de su propia tierra, se refugiaría en la del otro.

XVII

CUATRO BESTIAS DE HOREB

En Nazaret, Jesús encontró a su madre con buena salud y se alojó por un tiempo en su casa. Ella no le hizo preguntas, y él apenas le habló de lo que le había ocurrido en Egipto. Se enteró de que su hermano José prosperaba en sus negocios, cerca de Bethlehem; y de que Jaime, cada día más religioso, había tomado los votos y se había unido a una sociedad ascética de Baja Transjordania: la de los ebionitas, que significaba «hombres pobres». Los ebionitas eran una rama de los esenios, de quienes se diferenciaban por su abstención del estudio de la astrología, porque jamás se cortaban el pelo, bebían vino, ni se enclaustraban juntos en recintos cerrados. La tarea que se imponían era la de llamar a la gente al arrepentimiento y orar por ella. Abominaban de los sacrificios de sangre y celebraban la Pascua a la antigua usanza, como el festival de la cosecha de cebada, rechazando por apócrifo el pasaje del Éxodo que ordena comer ritualmente el cordero pascual en Jerusalén a todas las familias piadosas judías. Ése era apenas uno de los muchos pasajes de los Libros de Moisés que rechazaban; por ejemplo, sólo aceptaban unos pocos versículos del Deuteronomio, publicado por primera vez durante el reinado del buen rey Josías, que otorgaba pretendida antigüedad y sanción divina a las prácticas habituales del templo. Vivían de limosnas que no pedían; los transjordanos consideraban meritorio mantener a esos santos que, por orar constantemente, tenían las rodillas tan encallecidas como sus pies descalzos.

Jesús se asoció luego con un tal Judas, un carpintero de Cafarnaúm, que se le parecía por el color del pelo, la talla y la complexión física. Quienes vieron a Judas trabajando con Jesús, aserrando árboles rítmicamente con una sierra de dos asas, dieron al primero el apodo de «el hermano mellizo», o, en arameo, «Tomás», porque en Nazaret uno de cada tres hombres se llamaba Judas y se distinguía por algún sobrenombre. Jesús asistía regularmente a la sinagoga y, cuando le tocaba el turno, presentaba a los superiores los rollos sagrados para que los leyeran, devolviéndolos luego al cofre sagrado. A veces dirigía la plegaria, pero se abstenía de explicar la ley o de utilizar los grandes poderes que había adquirido en Egipto. Esperaba pacientemente un signo. Esperó durante otros siete años; vivía en casa de Tomás y entregaba a los pobres la mayor parte de sus ganancias, porque creía con todo su corazón en las palabras de Tobit: «La limosna libera a un hombre de la muerte».

El signo llegó por fin durante la visita de sus hermanos Judá y Simeón, que se habían establecido nuevamente en Caná. Casi las primeras palabras que le dirigió Judá fueron:

—Hermano Jesús, ¿vendrás con nosotros a Beth Arabah a purificarte de tus pecados?

Sorprendido, respondió:

—Te agradezco tu solicitud, hermano. Pero ¿de qué pecados debo purificarme, que tanto te ofenden?

—¿Qué hombre está libre de pecado? Y no caes en el pecado de presunción cuando me preguntas: «¿De qué pecados debo purificarme?»

—Que el Señor me perdone si he pecado. ¿Has invitado también a nuestro hermano José?

—No. Está disgustado con nosotros a causa de un arnés roto.

—Porque se rompe un arnés, ¿se debe romper también el vínculo de la hermandad? Pero decidme, hermanos, ¿quién me purificará de mis pecados? Sólo algunos grandes tienen el poder de lavar los pecados.

—Pero, hermano Jesús, ¿no has oído hablar de las maravillas que hace nuestro primo Juan de Ain-Rimmon? Sin duda es uno de los grandes. Con una boca como la de una hornalla predica el arrepentimiento a los cuatro vientos, y sumerge en las rápidas aguas del Jordán a todos los pecadores que van en su busca. Cuando emergen, son como hombres nuevos.

—Decidme algo más de ese bautista; si lo que me decís me agrada, tal vez os acompañe.

—Ha pasado siete años en Calirroe con los santos esenios, y luego ha obtenido una dispensa para viajar. Primero bautizaba en Ain-Rimmon, ahora lo hace en Beth Arabah. Es alto y macilento. Se alimenta de miel silvestre; sólo bebe agua. Usa un ancho cinturón de cuero y un manto blanco de pelo de camello.

—¿De camello? Los esenios sostienen que si alguien usa pelo de camello, es un tonto, un pecador, o Elías en persona.

—¿Cómo es eso?

—La ley que prohíbe comer bestias impuras se refiere en primer término al camello. El camello no es menos impuro que la liebre o el cerdo. Aunque nuestro padre Abraham aceptó un presente de camellos de Faraón, no se menciona que los haya tocado ni montado. Sabemos que Laban, el suegro de Jacob, poseía un camello, o al menos la silla de un camello; pero Laban no descendía de Abraham. Aunque el rey David poseía camellos, estaban al cuidado de un ismaelita, no un judío, y eran bestias de carga, usadas para el comercio con Damasco y Babilonia. La tierra de Uz, donde vivía Job, no está dentro de los limites de Israel, y sin duda los uzitas atendían sus camellos. Hermanos, un camello es un bien peligroso, puesto que un pelo de su piel puede caer en la comida de un hombre y tornarla impura. ¿Cómo puede evitar la impureza quien usa un manto de pelo de camello?

—El pelo del camello no es como su carne.

—¿No sentiríais náuseas y apartaríais el plato si encontrarais un pelo de camello en la sopa? Entonces, si Juan no es un tonto ni un pecador, y se atreve a usar un

manto semejante, confiando en que los ángeles impidan que un pelo de camello se acerque a su boca, ha de ser un hombre señalado entre los hombres.

—Por lo menos podemos decirte esto: los doctores de la corte suprema de Jerusalén lo han interrogado, y él niega ser Elías. Sostiene que es el profeta de quien habla Isaías: el que prepara el camino al rey, predicando el arrepentimiento.

—¿El mismo arrepentimiento que ha predicado todo profeta desde que existe la profecía?

—Juan ha declarado que no basta con que nosotros, los judíos, nos jactemos diciendo «Somos hijos de Abraham», porque nuestro Dios puede transformar en hijos de Abraham a las piedras del desierto, si así lo quiere. También ha afirmado que los días del juicio se aproximan, que ya está preparada el hacha al pie de cada árbol sin provecho. Y ahora que el camino del fénix cruza el camino de la paloma (aunque ésta es una expresión oscura), él prepara el camino a uno más grande que él.

Aquí estaba, finalmente, el signo. El fénix y la paloma. Jesús preguntó en el tono más sosegado que pudo:

—¿A uno más grande incluso que ese grande? ¿Para el Mesías, el hijo de David?

—Suponemos, más bien, que se refiere al hijo del hombre de que habla el profeta Daniel, que debe cabalgar hasta Jerusalén en una nube de tormenta. Dice: «Tiene en la mano la cesta de aventar y aventará la paja del suelo y la quemará con un fuego inextinguible; pero el grano lo salvará».

—Me complace vuestra historia. Estoy dispuesto a ir con vosotros a ver sí nuestro primo es un profeta, un loco, o un embaucador, como era Atronges. Pero antes, por favor, haced las paces con José.

—No seremos los primeros en hablar; suya fue la culpa.

—Él declara que es vuestra.

—Miente.

—Iré con vosotros, como mediador, y descargaré la culpa en el adversario de Dios.

Los tres se dirigieron al aserradero de José en Bethlehem. Todos concordaron en echar la culpa de la disputa al adversario de Dios. Se besaron y se reconciliaron; pero fue Jesús quien tuvo que reemplazar el arnés roto por uno nuevo, porque todos sus hermanos eran hombres orgullosos.

José consintió también en bautizarse, y los cuatro partieron el día siguiente a Beth Arabah, que está en la garganta del Jordán, cerca de donde entra en el mar Muerto, un lugar sombrío y desolado, dominado por tremendas rocas. Encontraron una multitud que esperaba el bautismo; había hombres y mujeres y algunas habían traído incluso a sus hijos. Juan estaba en mitad de la corriente, con las piernas muy abiertas, como cuando se esquilan ovejas, y sumergía en el agua a todos los que se acercaban. Si se oponían, los mantenía sumergidos hasta que su aliento formaba grandes burbujas, orando por ellos en alta voz. Cuando retornaban a la orilla, sofocados y escupiendo agua, empezaban a reír, a gritar y a cantar, dando gracias al Señor por los nuevos

panoramas de santidad que se abrían ante ellos.

Mientras Jesús y sus hermanos miraban, Juan exclamó de pronto:

—Yo bautizo con agua; pero después de mí vendrá uno que bautizará con fuego. Los pecados que yo no lave, él los quemará, y arderán, os digo, hasta que se conviertan en escoria y ceniza.

José, Judá y Simeón entraron en el agua impulsivamente, sin esperar su turno, apartando a la muchedumbre con los hombros. Juan los bautizó: glorificados, empezaron a bailar y cantar en la costa con los demás, aunque tenían fama de hombres ponderados. Gritaron a Jesús, que estaba sentado sobre un tronco de árbol, aparte de la gente:

—¡Vamos, perezoso, purifícate! ¡Qué felicidad es sentir que la carga ha caído de la espalda! ¡Ven, hermano, y libérate de los pecados de negra costra! ¿Por qué te demoras?

—Espero mí turno.

—Como desees. Pero somos hombres ocupados y debemos retornar de inmediato. La alegría de estar sin pecado pone alas en nuestros pies.

—Y se marcharon.

Jesús aguardó hasta que todos fueron bautizados y se marcharon a sus casas. Entonces se dirigió hacia Juan, que salió apresuradamente del agua, lo abrazó y exclamó:

—¡Por fin, por fin!

—Mis hermanos me han urgido a aceptar tu bautismo, primo —dijo Jesús.

—Esperemos a que te sirva de baño lustral cuando pueda ungirte rey.

—¿Quién ha puesto en tu boca la palabra «rey»?

—El centinela de la montaña: tu antiguo maestro Simeón.

—¿La montaña es el monte Horeb, el ombligo de esta tierra?

—Así es.

Vadearon el Jordán y rodearon la costa este del mar Muerto, pasando por Calirroe y la fortaleza de Macaero, sólo inferior en poder a Jerusalén, y atravesaron el río Arnon hacia Moab. Luego torcieron hacia el sudoeste, pasaron junto a las antiguas ciudades de Sodoma y Gomorra, y empezaron a ascender la desierta ladera de Seir. Un fatigoso tramo los llevó hasta la cuesta de Akrabbim, el sinuoso sendero que unía Petra y Hebrón, dominada por el espléndido pico de piedra caliza de Madara, que aparece en el Éxodo, con los nombres de monte Hor y monte Horeb, «la montaña del sol ardiente», como la silla sagrada de Jehová. Los zadokitas negaban que Madara fuera Horeb, ofendidos de que estuviera en territorio edomita y no israelita; concluían en consecuencia que Moisés había conducido a su pueblo por el mar Rojo y no por el mar de los Juncos —el lago situado al este de Pelusia— y daban el nombre de Horeb al monte Sinaí, que se eleva como un coloso entre los dos brazos del mar Rojo, sobre el cabo Poseidón. Sin embargo, los esenios han conservado la tradición verdadera. Kadesh Barnea, el centro tribal de los israelitas durante sus últimos días en el

desierto, está a un día de marcha hacia el oeste del Horeb: allí apareció Jehová a Moisés por vez primera.

Después de la ascensión, Juan dijo:

—Descansa bajo este árbol y duerme bien, porque necesitará reservas de sueño para los días y noches que te aguardan.

Jesús durmió; y al despertar por la mañana encontró un jarro de agua y panes recién cocidos al rescoldo. Oyó la voz de Juan:

—Come y bebe bien y luego vuelve a dormir, señor; porque necesitarás reservas de comida y bebida para los días y noches que te aguardan.

Jesús comió y bebió y luego volvió a dormir. Cuando despertó, al atardecer, encontró más panes, y agua en la misma jarra. Juan le dijo:

—Come y bebe, y duerme aún unas horas; de lo contrario la prueba será muy dura para ti.

Una vez más comió y bebió, y durmió nuevamente.

Juan trepó a la luz de la luna los blancos acantilados de Orbea hasta que llegó a una torre que los esenios habían construido para el centinela.

Simón hijo de Boeto, ahora muy anciano, saludó temblorosamente a Juan y le preguntó:

—¿Las noticias son buenas?

—Son buenas.

—¿Ha venido?

—Está durmiendo bajo el árbol de Elías, y mañana se presentará a la prueba.

—He esperado muchos años este día.

Por la mañana, Juan llevó a Jesús a presencia de Simón. Se besaron y Simón pregunto:

—¿Conoces la figura, señor?

—La conozco.

Simón dijo al único discípulo que le acompañaba, Judas de Kerioth:

—Conduce a mi señor hasta el sitio.

Judas llevó a Jesús hasta una plataforma nivelada, debajo de un espino y cerca del pico de la montaña, y allí lo dejó.

Era el mediodía, y Jesús trazó con el dedo índice un circulo en el polvo, a su alrededor, girando tres veces en el sentido del sol. Luego dividió el circulo en cuatro por medio de una cruz de brazos iguales, y se sentó en el cuarto sur, de frente al mar Rojo y a las tierras desiertas de Arabia.

Durante diez días y diez noches aguardó pacientemente bajo el espino, sin dormir; su respiración y su pulso eran lentos, nada comía ni bebía y sólo se preocupaba por velar. A la mañana del décimo día, cuando el sol nacía en la dirección de Elam, resonó en sus oídos un violento rugido y le pareció que del ojo mismo del sol saltaba al círculo, para devorarlo, un enorme león de quijadas ensangrentadas. Dijo al león:

—¡Entra en paz, criatura de Dios! En este círculo hay lugar para los dos —

recordó la alegoría en que Jehová enviaba un ángel para cerrar las bocas de los leones que, de otro modo, hubieran devorado al profeta Daniel. El león rugió y se irguió furioso sobre sus patas traseras, azotando el aire con su cola que remataba en una borla velluda; pero no podía hacer daño a Jesús, porque la cruz lo confinaba al cuadrante oriental del círculo.

Pasaron otros diez días y diez noches. El vigésimo día, a mediodía, le pareció que un macho cabrío salvaje, de un solo cuerno, penetraba en el círculo desde atrás; el león era la ira, y el macho cabrío la lujuria. Jesús se volvió y dijo:

—Entra en paz, criatura de Dios. Hay suficiente sitio para los tres en este círculo —el animal, de enormes dimensiones, bailaba lascivamente, haciendo rodar sus ojos y revolviendo su cuerno; el olor de su celo era tan potente como el del ámbar gris. Jesús recordó otra alegoría del profeta Daniel, que dice: «El macho cabrío creció hasta ser muy grande; pero cuando fue más fuerte, su gran cuerno se rompió». La bestia nada podía hacer a Jesús, porque estaba encerrada en el cuadrante norte del círculo. De modo que el león y el macho cabrío siguieron a su lado otros diez días.

Al crepúsculo del décimo día surgió al oeste del círculo una bestia aún más terrible: era un serafín, una terrible serpiente con garras, que silbaba y repiqueteaba con sus broncíneas escamas; así como el poder del león era la ira, y el del macho cabrío la lujuria, el del serafín era el miedo. Jesús dijo:

—Entra en paz, criatura de Dios. Hay bastante espacio para nosotros cuatro en este círculo —pero aunque pronunció la palabra del amor que había aprendido del psyllio, el serafín silbó e intentó lanzar contra él su cabeza desde el crepúsculo hasta la medianoche, y ésa fue la prueba más dura. Pero recordó cómo el buen rey Ezequías había partido en trozos al serafín que espantaba a los hombres de Jerusalén, exclamando: «No es más que un trozo de bronce». El serafín no podía hacer mal a Jesús, porque estaba encerrado en el cuadrante occidental del círculo.

Luego, al alba, le pareció que las tres criaturas se reunían en una de cabeza de león, cuerpo y patas de macho cabrío, y cola de serafín. Reconoció a la quimera de Caria, que es un emblema de sus tres estaciones; porque, como los etruscos, no incluyen en su año sagrado la estación muerta del invierno. El león era la primavera del sol naciente; el macho cabrío la gloria solar del mediodía; el serafín el rostro otoñal del ocaso.

—Y soy hija del toro blanco del invierno.

Jesús se volvió y advirtió de pronto que un gran toro blanco había compartido con él, todo el tiempo, el cuadrante sur del círculo, extendido a su izquierda. Apenas intentó estudiar su poder, se desvaneció. Él dijo:

—Esta bestia ha compartido conmigo el cuarto sur. ¿Es mi defecto secreto? ¡Que nuestro Dios me proteja de su poder!

Al mediodía el mes de treinta días y noches terminó, y Jesús salió del círculo; el león, el macho cabrío y el serafín, nuevamente separados, le seguían pegados a sus talones. Desde entonces tuvo dominio sobre estos tres poderes: la ira, la lujuria y el

miedo. Pero estaba turbado por el toro blanco.

Simón, maestro de las pruebas, se acercó a saludarlo. Dijo:

—Señor, has soportado bien la vigilia. Las tres bestias te siguen. Éste es el momento de romper el ayuno. Aquí hay pan recién hecho y agua traída de la fuente del Madara.

—¡No me engañes! Sabes que aún faltan diez días y diez noches. Cuarenta días pasaron en esta montaña Moisés y Elías, y ninguno de ellos comió pan ni bebió agua durante ese tiempo.

—Moisés era un profeta, Elías un profeta. ¿No eres tú más que un profeta? ¿Cómo te impones algo tan trivial como el recuento de los días?

El olor del agua y el del pan fresco eran deliciosos; pero Jesús tomó el pan, lo partió y lo desmigajó para las aves, y vertió el agua sobre sus manos por si alguna miga de pan habla quedado adherida a sus dedos.

Simón dijo:

—Ha sido una acción honesta, señor. Pero ¿por qué no transformas esas piedras en panes y la arena en agua?; entonces comerías piedras, y no pan; y beberías arena, y no agua, y tu sufrimiento hallaría alivio.

—Está escrito que no sólo de pan vivirá el hombre, sino de la palabra de nuestro Dios. Mi alma ha comido durante treinta días pan de Bethlehem y ha bebido el agua de Bethlehem —ante estas palabras Simón creyó ver un jabalí salvaje que surgía del sitio donde Jesús había arrojado el pan, y lo seguía obedientemente, junto a las otras tres bestias. Era otro poder: la gula.

Simón dijo:

—Ha sido una acción honesta, señor. Ahora veremos cuál es tu recompensa.

Lo siguió hasta un pináculo de la montaña y le sugirió que mirara hacia el este, el oeste, el norte y el sur.

—Es un hermoso panorama, ¿no es verdad? —dijo—. Hacia el oeste, Moab y Elam; hacia el sur, Arabia; al norte… Ah, al norte se extiende la tierra santa de Israel, hasta el Hermón, cuyo pico nevado brilla incitantemente. Sin embargo las regiones que contemplas nada son en comparación con las que ahora serán tuyas. Más allá de Arabia están Etiopía, y Ofir, y la Tierra del Incienso; más allá de Egipto se encuentran Libia y Mauritania; más allá del Elam, la India; más allá de Israel, Siria, Asia y el mar Negro; más allá del Mediterráneo, Grecia, Italia, Galia, España y la Tierra de los Hiperbóreos. A punta de lanza expulsarán a los romanos de todas las tierras que han dominado; también vencerás a los reyes del sur del este; establecerás el imperio de nuestro Dios sobre las ciento cincuenta y tres naciones, y serás el rey de reyes, el más grande que haya gobernado nunca. Alejandro, en comparación, parecerá sólo un jefe de bandidos.

—Se recuerda que el gran César mató un millón de hombres; Pompeyo el Grande, dos millones; Alejandro Magno, tres millones. ¿Debe tu siervo matar diez millones o más para ganar el título de el más grande»? ¿Cómo puede ser eso? ¿Es su destino

derramar sangre y gobernar por la espada? ¿Y no está escrito acaso «No matarás»?

—Tu antepasado David jamás había vestido la armadura; sin embargo, el espíritu del Señor cayó sobre él en el valle de Elah, y a la vista de los dos ejércitos derrotó a Goliat, el campeón de los filisteos, que tenía seis codos y medio de altura, rescatando así a su nación de la opresión. ¿Te asusta la batalla? ¿No se ha profetizado que el hijo de David salvará a su pueblo con su mano poderosa, saldrá victorioso de una sangrienta batalla y restaurará la paz en Israel por mil años?

—Que otros elijan el camino de la conquista, y corten con petulancia el nudo maestro del misterio como hizo Alejandro en Gordio con su espada. Que se me conceda, en cambio, el deseo de hacer nuevamente ese nudo sagrado, con alambre de oro, y de atarlo al dosel, sobre mi trono. ¿No has oído el juicio del sabio Hillel cuando dijo a la calavera que flotaba en el lago: «Te han ahogado y estás ahogado; pero finalmente, quienes te han abogado también se ahogarán»? Así yo digo: «La espada no trae la decisión sino la confusión; aquél que vive por la espada, perecerá por la espada». Esta batalla debe darse en otro campo.

—Palabras honestas, señor. Que el campo de batalla sea el que elijas; pero gobierna a tu pueblo y libéralo. Dominarás el imperio de los romanos en el nombre del Señor de esta montaña, cuya imagen es el becerro de oro instalado en este mismo sitio cuando las tribus salieron de Egipto. Mira algo más lejos, donde se yergue resplandeciente su visión. Es el gracioso toro-becerro de la vaca Lea (es decir Libna, la blanca), la madre universal a quien los griegos llaman lo y los egipcios Isis o Hathor. Adóralo como se merece, y será tuyo todo el mundo en que imperaba su madre.

—¿Quieres que adore a un becerro de oro?

—¿Qué otra cosa adoraba Salomón, el más sabio de los hombres?

—¡Atrás, adversario de Dios! ¿Acaso no está escrito «Adorarás al Señor tu Dios, y no tendrás otro Dios más que a mí»?

Ante estas palabras, Simón creyó ver un elefante que traía en el lomo una torre dorada; salía de atrás de una piedra y seguía obedientemente a Jesús, como las otras cuatro bestias: era el orgullo.

Simón exclamó:

—Palabras honestas. Temí que hicieras la misma elección de tu abuelo Herodes en Dora; Herodes, cuya madre era heredera de Lat, la nabatea, y que se casó con Doris, heredera de Dora, la edomita. Cuando se le ofreció un reino mayor que el de Salomón, con todos los honores y trampas de la realeza, sólo con doblar la rodilla ante el Baal de Dora, tragó el anzuelo. Y así se demostró Herodes indigno del reino mayor que tú has elegido: el reino más grande que trae consigo la maldición más grande. Él eligió la maldición menor, que es una larga vida feliz y el desastre final; pero tú naufragarás antes de la plenitud.

—No es nuevo para mí que Herodes se inclinó ante el Onagro Dorado. Háblame, en cambio, de su hijo mayor, convertido en rey por su descendencia de Caleb y por su

matrimonio con la heredera de Michal.

—Reinó, pero sólo como hijo de su padre. Su fin no fue glorioso porque rehusó tomar las armas contra su padre.

—Fue glorioso: en un sueño lo he visto sentado bajo un árbol de manzanas de plata en un huerto de manzanas, el paraíso occidental.

Pasó la última de las cuarenta noches. A mediodía, Jesús rompió el ayuno con un poco de gachas y olió una manzana que Juan le dio.

Luego Simón entonó un canto de alabanza que aún cantan los cristianos, aunque su sentido es desconocido salvo para unos pocos iniciados:

—Permite ahora, señor, que tu sirviente se marche en paz, de acuerdo con tu palabra. Porque sus ojos han visto tu salvación, preparada ante el rostro de todas las naciones, para que sea una luz que ilumine a los gentiles y glorifique a tu pueblo Israel.

Allí murió; la obra de su vida terminó en el mismo pico donde había muerto Aarón, el primer sumo sacerdote

XVIII

LA FERIA DEL TEREBINTO

Simón fue enterrado en una hendidura de la roca en Horeb, y Juan retornó a Beth Arabah. Al cuidado de Judas de Keriot, Jesús recuperó gradualmente sus fuerzas. Diez días más tarde, partió de la montaña hacia Hebrón, cincuenta millas al norte, por la tortuosa cuesta de Akrabbim.

Judas de Keriot (un pueblo situado a poca distancia de Hebrón) lo acompañaba como su discípulo. Era un hombre prudente y sabio, de alma generosa, que había estado anteriormente asociado con su tío, mercader de pescado salado, y se había convertido en ebionita disgustado con el mundo después de ser falsamente acusado de incesto con la joven esposa de su tío; posteriormente la muchacha se había ahorcado. Judas sería una gran ayuda para Jesús, porque diez años de negocios le habían enseñado los hábitos de los romanos, con sus supersticiones griegas y sirias, y también cómo dirigirse a los magistrados, los funcionarios de la sinagoga o los funcionarios de las ciudades con digna urbanidad; y sus siete años con los ebionitas le habían instruido acerca de los modos de los pobres y los proscritos.

En un punto en que el paso entre montañas se estrechaba encontraron la retaguardia de un gran grupo de hombres que viajaban juntos, buscando en el número seguridad en esa región desolada e infestada de bandidos. Parecían en su mayoría edomitas, y árabes de Sinaí; pero había también entre ellos algunos mercaderes fenicios y dos griegos vestidos con los mantos grises de los filósofos.

Judas saludó al capitán de la retaguardia, un árabe, y le preguntó cortésmente por qué todo el grupo usaba vestiduras de luto: ¿acaso había ocurrido alguna calamidad pública de la que no se había enterado?

—Somos peregrinos y vamos a llorar por nuestro antepasado Abraham y a ofrecer sacrificios a su sombra. ¿Ignoras que pasado mañana comienza la Feria del Terebinto? Nuestros doscientos asnos y camellos llevan allí valiosas mercancías.

—Permite por favor, a mi amo y a mí, unirnos a tu caravana. También somos hijos de Abraham.

—¿De qué nación?

—Somos judíos. Mi amo es un hombre santo; yo soy su discípulo.

Esa noche, junto a una hoguera de ramas de espino, un grupo de educados peregrinos conversaba sobre la antigüedad de Hebrón. Según el Génesis, Abraham había cavado un pozo y plantado el bosquecillo sagrado llamado los robles de Mamre, en honor de Jehová, precisamente en este valle fértil, fresco y sombreado, situado a mil metros por encima del mar Mediterráneo. Fue enterrado, no muy lejos,

en la caverna de Machpelah, que según se dice había comprado a Efrón, uno de los hijos de lleth, como sepultura para su hermana Sara, que era también su esposa. Se recuerda que los patriarcas Isaac y Jacob, con sus mujeres Lea y Rebeca, han sido enterrados en la misma caverna. Pero un mercader de Petra declaró que esta información era errónea.

—Lo que llaman los judíos robles de Mamre es lo que nosotros, en Petra, llamamos robles de Miriam. Según nuestra tradición, Miriam, hermana del semidiós Moisés, era la diosa de los calebitas que vinieron desde el sur con los judíos y tomaron Hebrón a los anakim. Los judíos, que tienen aversión a todas las diosas, ocultan la verdad mediante una transliteración, pretendiendo que el lugar ha recibido su nombre de un amorita llamado Mamre, hermano de Eshcol. Pero verás en el bosquecillo sagrado la efigie de Miriam; es una diosa del amor, de cola de pez, como la Afrodita de Joppa. La gente de Hebrón pretende que esa efigie representa a Sara, esposa de Abraham.

Ante esto, el mayor de los dos filósofos griegos, un espartano que daba la vuelta al mundo con su hijo en busca de conocimientos geográficos, exclamó:

—¿Es Miriam su nombre? Debe ser la antigua diosa del mar frigia Myrina, que dio su nombre a la ciudad principal de Lemnos, y que según Homero era la antepasada de los dárdanos de Troya. Los estudiosos la identifican con la diosa del mar egea Tetis, cuyo nombre vinculan los mitógrafos con el del héroe Peleo. ¿No será posible que los hijos de Heth fueran egeos, los hijos de Tetis, y que Machpelah hubiera sido en un tiempo un oráculo de *Magua Peleus* o Peleo el Vidente?

—¿Sugieres, padre —preguntó su hijo— que los judíos y calebitas cuyo antepasado era Abraham expulsaron a Tetis de su altar para instalar allí a su diosa Sara?

—No, sino que el clan de Caleb suplantó al clan de Efron en favor de Tetis, a quien dieron el nuevo nombre de Sara. ¿Puede alguien aquí hablar sobre Sara?

El mercader de Petra respondió:

—Poco se recuerda de ella, excepto que cuando un ángel le aseguró a Abraham que sus descendientes serían más que los granos de arena de la costa, Sara se echó a reír.

—Está bien —dijo el griego mayor—. Entonces se puede confiar en que tiene derecho a su cola de pez, y que Heth, Miriam y Sara son una sola deidad. La mención de la costa es un indicio suficiente, aun sin la risa. Las diosas del mar, que invariablemente son también diosas del amor, son famosas por su risa. Me agradaría que supierais, señores, que este problema tiene algo más que interés académico para mi hijo y para mí. Nuestros dos compañeros de viaje judíos me apoyarán si sostengo que nosotros los espartanos, por ser dorios, somos también hijos de Abraham.

Jesús guardó silencio, porque advirtió un matiz burlón en la voz del griego, pero Judas respondió cortésmente:

—Así es. El historiador del Libro Primero de los Macabeos cita una carta enviada

por vuestro rey Areo a Onías, el sumo sacerdote de Jerusalén, poco después de la muerte de Alejandro el Grande. Defendía el parentesco de las dos naciones en virtud de su común descendencia de Abraham. Simón el Macabeo envió otra carta a los espartanos un siglo y medio después, confirmando ese parentesco. Sin embargo, no puedo pensar que vosotros los dorios seáis los hijos de Abraham con Sara, sino más bien con su esposa Ketura o con Agar.

El griego sonrió con indulgencia:

—Sí, es posible que Areo estuviera en lo cierto, y también que confundiera a Abraham con Hércules, porque ambos héroes eran renombrados por su buena disposición para matar a sus hijos. Pero como un estudioso de los mitos, durante toda mi vida, prefiero creer que algunos de nuestros antecesores, en común con los vuestros, adoraron una vez a la misma diosa del mar en los robles de Mamre. No olvidéis que las leyendas de Hebrón son muy confusas; yo no podría admitir de buenas a primeras la teoría de que Heth era Tetis; también podía ser Hathor, la señora de la turquesa, cuyo nombre significa «La morada del Dios Sol», es decir, el mar. De modo que Pelah bien podía ser el antepasado epónimo de los pulesati, o filisteos.

—Entonces, sabio griego, ¿quién supones que era Abraham?

—La clave está en su nombre que, según vuestra tradición, se modificó puesto que era Abram a su llegada a Hebrón. Algunos de vuestros doctores, a quienes he interrogado, aseguran confiadamente que significa «Dios ama». Otros son menos confiados; y me pareció convincente un famoso estudioso de Alejandría que sostiene que el cambio original fue de Aburamu, «el padre es el más alto», a Abrahab, que significa «hijo de Rahab» o «elegido de Rahab». Rahab es el nombre de la diosa del mar, a quien los judíos representan como un devorador dragón marino, y también una alusión poética a Egipto, puesto que Israel fue engullida por él pero fue devuelta más tarde como Jasón o Job. Él sostiene que el «Rahab» del nombre de Abraham fue alterado posteriormente por «Raham», nombre de un supuesto nieto del héroe Hebrón, para romper la dependencia de Abraham de la diosa. Por lo tanto, si me preguntáis «¿Quién o qué era Abraham?» responderé: «Un titulo de los reyes de Hebrón después de la captura del altar por los arameos».

Judas objetó:

—Sabio griego, tienes razón cuando haces de Abraham un arameo, porque la fórmula de la ceremonia de los primeros frutos dice: «Mi padre fue un arameo errante». Pero si dices que Abraham es un título de los anteriores reyes de Hebrón, basado en la fuerza de la tumba de Abraham, lo mismo podrías decir de Abner. Porque la tumba de Abner, hijo de Ner, no está lejos de la de Abraham. Aunque puedas poner en duda el significado de Abraham, Abner, sin duda alguna, significa «Dios es mi lámpara» y desde la época de Moisés se usa una lámpara en el culto de nuestro Dios.

—Recuérdame a Abner. ¿Cómo murió?

—Era el caudillo a quien el rey David pidió en matrimonio a Michal de Hebrón, y

fue muerto allí por los criados de David. David fue quien más lo lloró.

—Entonces, debía ser el rey de Hebrón a quien David había desposeído. Pero Abner puede significar igualmente «el elegido de las Nereidas», otro titulo de la misma diosa del mar, que da su nombre a las Nereidas. Caleb debía ser también un título real.

—¿Qué significa Caleb? No soy hebraísta.

—Significa «perro» —respondió el mercader de Petra—. Dudo que perro sea un título real.

—¿Por qué no? —dijo el griego—. ¿Por qué los calebitas no podían ser los hijos de la estrella del perro? Y si la gruta de los oráculos de Machpelah no se diferencia de otras que hemos visitado en nuestros viajes mi hijo y yo, la gran Diosa que inspira los oráculos es también un perro. Es un perro por su promiscuidad en el amor y porque devora cadáveres; sus iniciados usan máscaras de perro cuando la adoran como Astarté o como la adorable Isis, y en el culto de su forma letal de Hécate o Brimo, se sacrifican perros allí donde se encuentran tres caminos. La estrella del perro brilla en la estación más pestilente del año. Y los perros han custodiado siempre la tierra de los muertos para la gran Diosa. Allí están Cerbero, y el egipcio Anubis, guardián del paraíso occidental. ¿Y no hay relación entre Caleb y la diosa Calypso, reina de la paradisíaca isla de Ogygia, a quien los poetas describen como hija de Océano y Tetis, o de Nereo, o de Atlas Telamon? ¿Y no es, acaso, en la poesía hebrea, «el poder del perro» un sinónimo de la muerte? He leído los salmos del rey David en traducción griega.

—En esa gruta no se dan oráculos —dijo Judas— desde que el buen rey Josías bloqueó el acceso a la más profunda de las tres cámaras, aquélla en que en tiempos de Moisés se dio a Caleb el oráculo de Adán. Sólo dos cámaras son accesibles ahora: la interior contiene las tumbas de los tres patriarcas y sus esposas.

—¿Un oráculo de Adán? ¿No de Abraham? Yo pensaba que Adán era un primitivo héroe caldeo.

—Según nuestra tradición ebionita fue creado y enterrado en Hebrón. El ángel Miguel lo hizo dentro de un circulo místico, con polvo que tomó del este, el oeste, el sur y el norte. Cuando el adversario de Dios lo engañó, así como a la segunda Eva, su esposa, induciéndolos a desobedecer las órdenes divinas, él permaneció en Hebrón (después de una larga inmersión penitencial en el Jordán), pero fuera del jardín, cuyas entradas están custodiadas por serafines. Y después de muchos años murió en Hebrón y fue enterrado en la caverna de Machpelah.

El mercader de Petra exclamó:

—¿Miguel? Creo que te equivocas. ¿No era Adán el hijo partenogénito de la ninfa Michal, llamada también Miriam? Y tampoco estoy de acuerdo en otro punto, ebionita. El oráculo no ha callado, como dices. Aún se puede consultar. La pitonisa que lo atiende se llama María la Peluquera.

El griego pregunto:

—¿En nombre de quién pronuncia oráculos esa mujer?

—En el nombre de la Madre, usando la quijada oracular de Adán.

Judas respondió:

—¿Cómo puede ser? Se recuerda que cuando el rey David, después de siete años de residencia en Hebrón, trasladó su capital a Jerusalén, y colocó allí el arca en la era anteriormente consagrada a Arauna, llevó consigo el cráneo de Adán y lo enterró, como un talismán de protección, en una encrucijada de caminos fuera de la ciudad. De este modo Jerusalén se convirtió en una colonia de Hebrón; como ha escrito el profeta Ezequiel, «Tu padre era un amorita —supongo que esto se refiere a Mamre—, tu madre una hija de Heth».

—Sin embargo, David dejó la quijada y el resto del esqueleto. No, no; es como yo digo. Mi propio hermano, ahora muerto, consultó a la pitonisa; y según lo que me contó, esta María es una mujer muy temible.

La conversación prosiguió, pero Jesús no intervenía. El griego dijo:

—Me parece interesante que esta feria coincida con la estación de duelo que se cumple en Atenas y en Roma: la purificación de mayo, en que se arrojan al agua en movimiento muñecas de paja que representan el pecado, se prohíbe el intercambio sexual incluso entre el marido y la mujer, se barren los templos, se lavan y cepillan las imágenes sagradas, y todo el mundo va a todas partes en ropas sucias, sin reír, mientras lámparas y antorchas colocadas en los árboles frutales alejan a los malos espíritus. Se me ha dicho que casi exactamente las mismas costumbres se observan en los robles de Mamre, pero que el festival no tiene una segunda parte. El duelo y la prohibición religiosa del intercambio sexual implican normalmente que, cuando se suprime la prohibición, se inicia una orgía sexual en que las pasiones contenidas surgen con alegre locura; pero aquí, según dicen, no ocurre nada parecido.

El capitán árabe rió:

—Hebrón no es la que era cuando Absalón, el hijo rebelde de David, se presentaba a la vista del pueblo en el terrado de palacio, promiscuamente acompañado por veinte o más princesas del harén de su padre. Aunque «nada parecido» es poco decir. ¿Por qué suponéis que nosotros los árabes traemos a Hebrón a nuestras esposas estériles sino para que el rey Coscojo las haga fértiles? Pero esos ritos, y el rito de equitación en que el mismo rey desflora a las muchachas jebusitas, se realizan en la colina, fuera de los límites del pueblo, cuando termina el festival.

—¿Pero quién es el rey Coscojo? —preguntó el joven griego.

—El asesino del rey Terebinto, a quien lloramos en este festival, y quien más lo llora.

—Entonces, ¿el padre Abraham es el rey Terebinto?

El mercader de Petra explicó:

—El bosquecillo sagrado contiene dos tipos de roble o encina: el coscojo y el terebinto. El rey Coscojo y el rey Terebinto son hermanos gemelos y rivales, como Aleyn, el Osiris de Sinaí, y Mot. Se reparten el año y los favores de la reina. El hijo

del rey Terebinto, asesinado, goza de su venganza en el año nuevo de septiembre, cuando asesina a su tío el rey Coscojo y es quien más lo llora, y hereda el reino.

—Sí —agregó el árabe—; llamamos Abraham al rey Terebinto, pero a los judíos no les agrada que lo hagamos. Pronto veréis qué clase de patriarca es este Abraham, y qué belleza es su esposa de cola de pez.

Conviene explicar aquí que el terebinto, o pistacho, es muy apreciado en Palestina por su dulce nuez, por el valioso aceite que de ésta se obtiene, y por la densa sombra que da en verano. Es aquí el equivalente de la encina real, consagrada a Mercurio o Zeus en Grecia, a Júpiter en Italia y al Hércules céltico en Galia. Así como casi invariablemente se usa sólo madera de encina real para hacer estatuas de esos dioses occidentales, aquí se emplea la del terebinto para los dioses correspondientemente rústicos de Palestina; y en verdad, en hebreo, «estatua» y «terebinto» son sinónimos.

La encina coscoja, o coscojo, o encina roja, como se llama, es un árbol perenne que produce la baya del coscojo de la que se extrae el tinte rojo sagrado que da fama a Hebrón. Algunas autoridades niegan que sea una fruta, porque el árbol da también castañas: estiman que es un perezoso insecto hembra, porque se suele ver cerca de ella una mosca peculiar, tal vez el macho. Pero, al menos en apariencia, es una haya jugosa a la que se acreditan poderosas virtudes afrodisíacas.

—Doy mi palabra —dijo el griego—, de que estoy empezando a comprender lentamente la compleja mitología de Hebrón. Tal vez aquí hay una pista del origen del doble reinado eolio, que se encuentra en Esparta, Argos y Corinto; y una explicación de los mitos de Hércules y su mellizo Ificlo, Rómulo y Remo, Idas y Linceos, Caíais y Zetes, Pelias y Neleos, Proteos y Acrisios, que peleaban por la prioridad dentro del vientre de sus madres, y de los demás numerosos pares de gemelos reales que abundan en el diccionario mitológico de Apolodoro. Pero si Adán, Abraham y Abner son una sola persona, ¿qué ocurre con los héroes muertos Isaac y Jacob, que según se supone están enterrados en Hebrón?

—Eran el hijo y el nieto de Abraham —dijo Judas—. Isaac, hijo de Sara, a quien los ebionitas llamamos hijo de la risa, vivía en Beer-Lahai-Roi, cerca de Kadesh; en el pozo de la quijada del antílope. Está a unas cincuenta millas de aquí, hacia el sur.

—Muy bien. Entonces, el *boubalos*, o antílope, debía ser su animal sagrado, y el pozo un pozo oracular. Y como la riente Sara era su madre, el riente Isaac debía ser uno de los reyes de Hebrón. ¿Y Jacob?

Judas estaba consternado por la libertad de la conversación, pero el mercader de Petra respondió:

—En Petra lo conocemos como Jah-Akeb, el semidiós del talón sagrado. Se dislocó el muslo derecho en el terreno de lucha, de modo que su pie sufrió un espasmo y el talón quedó levantado del suelo. Por esto mismo quedó protegido contra los escorpiones, los áspides o las cerdas de jabalí maliciosamente colocadas a su paso por sus enemigos; y por esta razón se considera infortunado reírse de un cojo.

—Nuestros dioses occidentales Efaísto y Vulcano son también cojos —dijo el

griego, asintiendo— como el egipcio Ptah.

El griego más joven agregó:

—No sólo esos tres, padre. Los sicilianos dicen que el nombre Dionisos no significa Zeus de Nisa sino Zeus el Cojo. ¿Acaso esos coturnos con que se lo representa compensaban originariamente una herida en el muslo, como esos zapatos dorados de Efaísto que menciona Homero? Se le llama Merotrafes, que bien podría significar «uno que se ocupa de su muslo». Y ahora que se ha mencionado al rey de Argos, recordaré que por lo menos un rey de Argos era cojo y usaba coturnos: Nauplio, el Argonauta. Pero si el rey de Hebrón era elegido por ser cojo, o si se lo hacia ceremonialmente cojo cuando era elegido, Jacob debe ser también, sin duda, un título dinástico, y no el nombre de un personaje histórico, ¿verdad?

El griego de más edad alabó la agudeza de su hijo.

—No sé nada de vuestros dioses griegos, ni me importan —dijo el mercader—; pero puedo deciros algo acerca de Jacob, y es que se dislocó el muslo en los juegos matrimoniales de Penuel, cuando tomó el nombre de su esposa Raquel y se convirtió en Ish-racheí, o Israel. Esto santificó su muslo; y desde ese día en adelante los judíos no comen los muslos de las bestias sacrificadas. Y cuando pidió un juramento a su hijo José, hizo que éste pusiera la mano debajo de su muslo sagrado; y no se recuerda en las Escrituras que nadie más obligara a nadie a esta forma de juramento, excepto Abraham.

—¿Qué significa el nombre «Raquel»? —preguntó el griego.

—Significa «la oveja».

—Eso resuelve la cuestión. Porque la diosa paloma de Chipre, que como sabemos por los mitos de Cinyras y Adonis, tenía una diosa equivalente palestina, es también una diosa oveja. Sin duda, el matrimonio de Jacob fue con la reina de Hebrón.

Con excepción de Jesús, ninguno de los presentes podía seguir las divagaciones de sus argumentos, y él no pronunció una sola palabra de aprobación ni de oposición.

Finalmente, la caravana llegó a Hebrón, repleta de peregrinos. La feria se celebraba aproximadamente a una milla de la ciudad, en dirección a Jerusalén, por un camino hermosamente embanderado a través de los extensos viñedos de Eshcol, de donde Josué y Caleb, actuando como exploradores de Moisés, habían cortado enormes racimos como prueba de la prosperidad de Canaán. A la izquierda se elevaba una colina de terrazas escalonadas con olivos; en la cima había dos grandes piedras verticales. El griego de mayor edad dijo:

—Me extraña que alguno de vuestros reyes reformadores no haya convertido esos dos baetilos sagrados en ruedas de un molino de aceite.

—Te equivocas, señor —respondió Judas—. No son baetilos. Son las jambas de las antiguas puertas de la ciudad de Gaza, que según recuerda el Libro de los Jueces quitó el héroe Sansón a sus enemigos filisteos. Las arrancó de cuajo y las dejó aquí a manera de escarnio.

—Sin embargo —respondió el griego—, a mí me parecen baetilos corrientes

erigidos en honor de la diosa de este lugar, que recibe muchos nombres. Porque es evidente que este altar ha tenido tantos aspirantes divinos como el de Delfos, que fue inicialmente el oráculo de las pitonisas de Brimo y las Furias, y fue luego capturado por Apolo en representación de su madre hiperbórea Latona de la palma. Algunos afirman que la diosa abeja Cibeles también fue dueña del altar durante cierto tiempo. Pero Apolo, que contiene en si las sombras de numerosos dioses y demonios, es ahora el amo exclusivo de Delfos. Todos los altares ocultos entre las colinas, con respiraderos que descienden hasta el Hades, son residencia natural de los misterios presididos por las Sibilas: las tribus se destruyen unas a otras para obtener su posesión y añadir los huesos de sus propios héroes oraculares a los que ya se encuentran allí. Parece extraño, a primera vista, que la diosa del mar se haya establecido aquí, en Hebrón: nadie esperaría encontrarla encaramada en una montaña tan alta y tan lejos de su elemento nativo. Pero Hebrón se encuentra en una altura situada entre tres mares: el mar Muerto, el mar Rojo y el Mediterráneo. Y por supuesto, debemos distinguir cuidadosamente entre la diosa del mar, que es una diosa del amor, de sus personificaciones hermanas, la diosa del nacimiento y la diosa de la muerte.

Luego subió con su hijo a examinar las piedras, y ambos regresaron embelesados con la perspectiva inmensamente amplia que se abría al oeste, incluyendo gran parte de la región montañosa de Judea y una extensión considerable de lo que había sido Filistea. Porque ése era el punto más alto de la cadena montañosa del Neguev, y a través de las ásperas cadenas intermedias podían ver el litoral y en él, a cuarenta millas o más, una hilera de famosas ciudades: Gaza, Ascalón, Ashdod y Jamnia, y el ancho mar en el fondo.

—Si vuestro Sansón trajo estos pilares desde Gaza —dijeron— debía ser un hombre capaz de ponerse a Hércules debajo del brazo, como hace un pastor con una oveja extraviada.

Llegaron a los robles de Mamre y al vecino pozo de Abraham, donde había brotado, en torno de unas pocas casas antiguas de piedra, un pueblo de tiendas que alojaba a miles de personas. Los hijos de Abraham, vestidos con sus ropas más viejas —aunque las mujeres, en contraste, vestían elegante indumentaria de día de fiesta—, constituían un abigarrado y bullicioso conjunto de árabes, edomitas, ismaelitas, medianitas, judíos, galileos, fenicios, doritas y transjordanos. En mitad del vasto campamento había un altar de piedra que señalaba, según se decía, el lugar donde Abraham había oído al ángel que anunciaba el próximo nacimiento de su hijo Isaac. Sombreaba ese altar el mayor terebinto que se conocía —se afirmaba que había nacido al mismo tiempo que el mundo— y otros quince árboles de menor edad y tamaño, embellecidos con vestiduras votivas atadas a los troncos y con lámparas colgadas de las ramas que al atardecer empezaron a titilar. El altar, de piedra desnuda, estaba enrojecido con la sangre de las bestias y aves sacrificadas —gallos, machos cabrios, toros—, que fluía por canaletas y se reservaba para asperjar luego los frutales

y las viñas de la región, y así aumentar su fertilidad.

Se oía un llanto clamoroso e incesante junto a la efigie reclinada de Abraham, una especie de Osiris, puesta ostensiblemente a un lado del altar en espera del momento en que la llevarían en procesión al pozo y la bañarían. Así se hizo poco después de la llegada de Jesús y sus acompañantes; luego, entre espantosos aullidos, ungieron generosamente con aceite de terebinto la imagen de rostro dorado; cuernos de carnero y azules ojos de turquesa, la colocaron en un ataúd, quemaron incienso olíbano para ahuyentar los malos espíritus, y derramaron en el suelo libaciones de vino para satisfacer a los muertos sedientos. Después de esto, llevaron en procesión el ataúd hasta Machpelah, situada más cerca del pueblo, y lo depositaron en la caverna más profunda, donde quedaría guardado hasta el año nuevo de otoño.

Como el árabe había dicho, el plañidero principal era el asesino rey Coscojo, un ídolo fálico, erecto, de rostro escarlata, cabeza de cabra, y ojos de ágata. Los dos griegos afirmaron que ese rey de Mamre en nada se distinguía de los ídolos de Mamurius que se encuentran en los más remotos pueblos latinos, o los de Hermes, de Arcadia. Su reina era una diosa de opulentas nalgas, pechos enormes y cola de pez, perfumada con nardo y vestida con un manto escarlata, cuyo rostro estaba pintado de verde con malaquita de cobre, como debe estar el rostro de una diosa del amor, y el cuello cubierto de collares de joyas y conchillas. En una mano tenía un delfín, en la otra una paloma. El griego mayor recordó un festival muy similar en un bosque de terebintos consagrado a la diosa del mar de Chipre; esa gruta, dijo, se llamaba Treminthus, que es la palabra chipriota para terebinto.

Los judíos y edomitas que asistían a la feria por intereses comerciales evitaban cuidadosamente mirar las imágenes reales, o contaminarse con cualquier práctica idólatra, y aunque lloraban con los demás, afirmaban que lo hacían dolidos de que se ofreciesen sacrificios a un obsceno bloque de madera, y no por otra razón. Las autoridades del templo de Jerusalén habían prohibido mucho antes las orgías públicas con que antiguamente concluía el festival; pero no habían eliminado los ídolos por temor a perjudicar el valioso comercio que la feria atraía. Los tenderetes estaban dispuestos en círculos y abarrotados de una maravillosa variedad de mercancías: los principales productos extranjeros eran resinas, especias y perfumes. La feria era tan santa que nadie llevaba armas ni temía por su seguridad. Por razones religiosas, se prohibía a los peregrinos beber el agua del pozo durante los días del duelo, pero si se les permitía arrojar a él presentes de oro y plata.

Aunque Jesús estaba acostumbrado por su infancia en Egipto al espectáculo de la idolatría, lamentaba que floreciera en un lugar sagrado como aquél. No consideraba que interrumpir o denunciar las prácticas religiosas de los extranjeros fuera su obligación; pero estaba decidido a medirse con el poder de la Hembra y a dominarlo, y por esto buscó al mercader de Petra y le preguntó dónde podía encontrar a María la Peluquera.

El mercader, divertido, respondió:

—Pregunta eso a cualquiera de las prostitutas que han venido a cazar a la feria. Las encontrarás en un huerto de olivos situado en el otro lado de la colina, dispuestas a recibir a cualquier hijo de Abraham que sea menos escrupuloso en su duelo que los demás. María es su reina. Y una persona de múltiples habilidades. Peina sus cabellos, que embellece con trenzas robadas a las muertas, recibe las joyas robadas que ellas le entregan, regula los precios de su comercio, les proporciona los encantos y filtros que necesitan y se ocupa de sus cuerpos cuando mueren. Aunque demasiado vieja para continuar en la profesión, ejerce sobre las prostitutas dominio absoluto; ellas le temen mortalmente.

—¿De qué nación es?

—María es kenita, como la mayoría de esas mujeres. Pero debo advertirte: es mejor no meterse con ella. Como suele decirse, la Peluquera puede apoderarse de la carne de tu buey, y dejarte sólo con la piel, los huesos y las vísceras.

Jesús dio las gracias al mercader y, separándose por un rato de Judas, atravesó la colina y llegó al huerto de olivos. Ya era de noche, y la luna acababa de aparecer. Encontró a las prostitutas bailando, rodeadas por sus admiradores, al son de flautas y tamboriles. Un grupo de jóvenes árabes echó a reír estruendosamente cuando lo vieron.

—¡Oh, oh, mirad! ¡Un judío, viene un judío, y además religioso, como demuestra el corte de su barba! —Jesús observó que la mayor parte de los clientes de las mujeres eran árabes; sin duda era cierto que, de las diez medidas de lujuria dadas al mundo, Arabia había tomado nueve.

Dos o tres muchachas kenitas que no participaban en el baile corrieron hacia él. Jesús les habló alegremente:

—Hijas, nada he venido a buscar de vosotras, puesto que he hecho votos. Pero, decidme, ¿dónde puedo encontrar a vuestra reina?

Ellas rieron aún más ruidosamente que los hombres, causando tal conmoción que las flautistas dejaron sus instrumentos y se volvieron para ver qué ocurría. La danza se detuvo. Pronto se reunió alrededor de ellos un grupo de personas ociosas e inquisitivas.

—¿Qué quieres de María, bello varón? —preguntaban las mujeres—. ¿Un filtro de amor? ¿No? Entonces, quizás, ¿un oráculo? ¿Tampoco un oráculo? ¿Un hechizo maligno para enterrar en la arena debajo de la puerta de tu vecino? ¿Un diminuto frasco de veneno para acabar con las quejas lastimosas de una esposa enferma?

—Nada he de comprar esta noche, hijas atareadas —respondió Jesús.

—¿Vendes, entonces? —preguntó la bailarina que dirigía la danza, una galilea a juzgar por su acento y su vestido, haciendo repicar provocativamente sus ajorcas mientras movía los pies—. Ah, he descubierto tu secreto. Dedos finos, dedos de ladrón. Eres ese ingenioso sujeto que engañó a la guardia y hurtó los dedos y la nariz del bandido Obadas, que los romanos crucificaron junto a las piscinas de Jerusalén la semana pasada. Pero por ingenioso que seas, niño, evita la compañía de la Peluquera

hasta mañana. Un cliente incauto concertó hace tres años una cita con ella a la luz de la luna, bajo los pilares de Sansón, con la esperanza de venderle un talismán. Ella tomó al hombre por la mano, lo colocó entre los pilares, movió suavemente sus manos por delante de su cara, como los juncos en la corriente, y le ordenó que se echara y durmiera. Cuando él despertó, ella había desaparecido, así como el talismán. Y lo peor fue que cuando estornudó, se le cayó la nariz. Ella le había puesto una de cera para reemplazar la carne y los cartílagos que le había arrancado.

—Nada he de vender esta noche, hija de Israel.

—Entonces no puedo concebir qué te propones, niño. Pero sólo un tonto buscaría a la Peluquera, incluso de día, excepto para comprar o vender.

—No revelaré lo que deseo.

—Dame tu bendición, sin palabras dichas al revés, y te llevaré al lugar donde se encuentra. Pero no te recibirá amablemente; ésta es la noche de su vigilancia en el sauce.

—¿Deseas de verdad la bendición?

—¿Quién de nosotras no la desea? La bendición de un hombre santo es difícil de conseguir.

—Entonces, que el Señor te bendiga con una señal de su piedad: la brusca rotura del parche de tu tamboril.

Ella le sacó la lengua, volvió al baile y empezó a tañer el instrumento; pero él la seguía con la mirada, y apenas la muchacha inició el movimiento llamado la *sanguijuela*, el parche de su tambor se rasgó de lado a lado. Ella trastabilló, se detuvo, cayó y gritó. La llevaron aparte y la refrescaron con agua; dejó de gritar, pero esa noche no volvió a bailar.

Una muchacha kenita dijo:

—Te conduciré de buena gana adonde está María la Peluquera, santo aguafiestas, y le hablaré del tamboril rasgado.

—Hazlo y te ganarás mi gratitud.

Ella lo guió por la colina, de vuelta a la ciudad. Llegaron a la piscina de Hebrón, donde antiguamente estaban los peces sagrados; luego ella trepó por encima del muro y le pidió que la siguiera. Pero cuando ambos estuvieron juntos al lado de la piscina, y de un enorme sauce que se inclinaba sobre los juncos, ella se asustó bruscamente. Echó a correr dejándolo a la luz de la luna y diciéndole mientras corría:

—Si te atreves, golpea a la puerta: ella está adentro.

Jesús desdeñó golpear. Dijo en voz autoritaria:

—Sauce de Hebrón, árbol de la muerte: en nombre de Salomón y Salmah, y de Sansón el poderoso que abrió tus verdes lazos, entrega a la bruja que se esconde en tu tronco hueco.

María la Peluquera (que en los libros crestianos se llama María de Magdala) salió muy encolerizada. Era una mujer anciana, alta y de ojos azules, con la nariz torcida como el pico de un halcón.

—¿Quién turba mi vigilia?
—Mira.
—No veo nada.
—Tus ojos están cerrados. Ábrelos y verás.
—¿Quién me da órdenes?
—Destapa tus oídos, serpiente sorda, y escucharás.
—Amo, ¿qué deseas de mí? —preguntó, sobrecogida.
—Tu ayuda contra el adversario de Dios.
—¿Contra el campeón de mi señora?
—Ése mismo.
—Sígueme hasta la casa de mi señora, loco, y atrévete a repetir allí tu demanda.
—Iré de buena gana.

XIX

EL REY ADÁN

María la Peluquera llevó a Jesús a la puerta y luego, más allá de la entrada de la caverna de Machpelab, hasta un sitio rocoso cerca del cual se arrojaban las entrañas de las víctimas sacrificadas. Una manada de perros parias que husmeaba entre los huesos y la carne podrida dirigieron a la mujer un aullido de bienvenida y se sentaron, en hilera sobre sus patas traseras. Ella les ordenó silencio: los perros dejaron de aullar y gimieron suavemente. Luego se abrió paso entre los desperdicios hasta la pared rocosa y allí pronunció una plegaria propiciatoria en un lenguaje que Jesús desconocía, aunque sabía muy bien a quién invocaba. María tenía el oído junto a la roca, como sí aguardara respuesta. De pronto empujó con el hombro un saliente y una gran puerta de piedra giró sobre sus goznes. La luna brillaba de lleno sobre una pequeña cámara cuadrada, desde la cual una escalera curva descendía hacia las tinieblas.

Entraron juntos y la piedra se cerró con ruido a sus espaldas. María sacó de debajo del manto una lámpara encendida e indicó a Jesús que la siguiera. El aire olía bien, y los escalones, bajos y bien cortados, les condujeron, tras un largo descenso en espiral, a una nueva pared ciega. La mujer pronunció la misma plegaria y, después de escuchar y aguardar y repetir la plegaria, empujó la piedra que giró sobre sus goznes.

Estaban ahora en una cámara construida, en forma de colmena, de grandes losas de caliza sin tallar, con pinturas en rojo y ocre de espirales, dobles espirales, cruces gamadas, gamadas invertidas y relámpagos bifurcados. En el centro había un pilar de forma fálica y a su lado un par de esqueletos agazapados, uno sin cráneo, y entre ambos la cornamenta dorada de un antílope. De los tres nichos de la cámara, en el de la derecha no había nada; en el de la izquierda había dos vasijas rayadas de sacrificio, un trípode de marfil, y la máscara de un hombre pálido y barbado de mejillas hundidas; en el del centro se veía un arcón pequeño, con anillos para ser transportado con dos varas, chapado en oro y rematado por querubines dorados. Al frente se abría un túnel largo y estrecho que se alejaba hacia la oscuridad. Había dos estrechas tabletas de piedra apoyadas contra la pared, cerca de la entrada; una de sardo rojo edomita y otra de mármol dorado númida, que tenían grabadas a ambos lados numerosas imágenes pequeñas.

Sangre negra cubría el fondo de las vasijas rayadas. Jesús dijo a María en tono de acusación:

—Es sangre de toro.

Ella le preguntó burlonamente:

—¿No has leído que Moisés elevó un círculo de doce pilares, y un decimotercero en el centro, a manera de altar, y que sacrificó toros, y que recogió la sangre en estas mismas vasijas?

—He leído lo que he leído. Pero esta sangre no es aquélla. Tú vienes aquí a lamer la sangre de toro de las vasijas y a profetizar por la boca de esa máscara de muerte en que está enclavada la quijada de Adán.

—Hago lo que hago obedeciendo a mi señora.

—¡La desafío en su propia casa!

—Cuídate de la gangrena en el muslo así como de la lepra en el labio.

—Tu señora no tiene poder alguno sobre mí. Jamás he buscado la compañía de una de sus hijas, y ni siquiera he pronunciado su nombre. Por lo tanto, vuelvo a solicitar tu ayuda contra su amante.

—Me niego, rebelde. ¿Por qué no te humillas ante los querubines? ¿No reconoces el arca sagrada del pacto, que el profeta Jeremías entregó a mi señora para que la custodiara antes de huir a Egipto?

—El profeta Jeremías obró bien cuando alejó ese objeto de la vista de la congregación. Santo como fue en un tiempo, las hijas de Aarón lo habían profanado con sus abominaciones. Se había convertido en un objeto mortal, e hizo bien en colocarlo en la casa de la muerte.

—Toma mi lámpara y lee las imágenes de las dos tabletas, la roja y la dorada. Estaban depositadas en el arca, junto a la redonda piedra negra del trueno que tus antepasados hacían rodar para conjurar la lluvia. Mira: allí está la piedra, al pie del arca. Era la antigua piedra goteante de Miriam, que (como se dice) rodó y siguió a Israel; Moisés la golpeó y por eso perdió su vida.

Jesús tomó la lámpara y estudió las tabletas con aire indiferente.

—¿Qué pueden significar para mí, bruja? ¿Acaso no he leído las Escrituras? Aquí, representados en orden confuso, están los anales de los reyes, príncipes y profetas de Israel.

—La confusión está en tu propio corazón. Aquí hay sólo una historia. Corre en la forma del bustrófedon, como cuando se ara alternativamente de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Cuando termina la tableta dorada, comienza la roja. Es la historia del antiguo pacto que da su nombre al arca: el pacto establecido por juramento entre mi señora y los reyes gemelos de Hebrón. Ella compartirá por igual entre ellos su amor y su furia mientras obedezcan su voluntad. Aquí comienza —tomó la lámpara de manos de Jesús y señaló con el dedo.

Luego hubo un gran debate entre María y Jesús acerca de la interpretación de las imágenes: ninguno de ambos quedó nunca sin argumentos para contradecir al otro.

María dijo:

—*Mira a mi señora, la primera Eva, sentada en el taburete del parto debajo de la palmera. La gente espera un gran acontecimiento, porque ya siente dolores*.

Rápidamente, Jesús respondió:

—No, bruja, ésa no es la primera Eva: es Débora juzgando a los israelitas bajo su palmera. Porque así está escrito.

—*No es así: aquí mi señora ha parido gemelos engendrados por distintos padres, es decir Adán, hijo del terebinto, y Azazel, hijo del coscojo. Ella ata una hebra roja alrededor de la muñeca de Azazel para distinguirlo de su hermano Adán*.

—No, es Tamar, la nuera de Judá, que pare a sus bastardos Zara y Farez y ata la hebra alrededor de la muñeca de Zara. Porque así está escrito.

—*No es así porque aquí el niño Azazel es presentado a su padre el rey, y aquí ponen a Adán en el arca de juncos y mimbres y lo confían a las aguas del arroyo de Esheol, para que el rey no lo mate*.

—No, se presenta a Eli el niño Samuel en el tabernáculo de Siloe, y el niño Moisés es confiado a las aguas del Nilo. Porque así está escrito.

—*No es así porque aquí la esposa del pastor alza y amamanta a Adán mientras mi señora, la primera Eva, se mantiene aparte, mirando*.

—No; la hija de Faraón ha encontrado a Moisés entre los juncos y lo pone al cuidado de Jochebed, su propia madre: Porque así está escrito.

—*No es así; aquí mi señora, la primera Eva, recupera su virginidad bañándose en la piscina de Hebrón y se convierte en la hija del rey, mi señora, la segunda Eva*.

—No; el rey David, desde el terrado de su palacio de Jerusalén ve a la esposa de Urías Hetheo mientras se baña y la codicia. Porque así está escrito.

—*No es así porque aquí continúa la historia de Adán. Adán, ahora un joven, mata a un oso y un león que amenazan su rebaño, y aquí es presentado a su tío el rey, que ignoraba su parentesco*.

—No; el joven es David, hijo de Isaí, y el rey es Saúl. Porque así está escrito.

—*No es así: a petición del rey, Adán estrangula también a una terrible serpiente que había matado con su terrible aliento a miles de súbditos del pueblo del rey, y la muestra a todos*.

—No; Moisés muestra al desierto el serafín de bronce para detener la pestilencia. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí el rey lleva a su casa a Adán; por un tiempo, él y su hermano Azazel estarán unidos por amorosa camaradería*.

—No: David y Jonatán, el hijo de Saúl, se convierten en hermanos de sangre. Porque así está escrito.

—*No es así; pues aquí Adán toma una pica para bueyes y cae sin aviso sobre la guardia del rey*.

—No: Shamgar, el hijo de Anath, blande la pica contra los filisteos. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí mata a su tío el rey, y corta su cabeza con su propia espada*.

—No: David mata a Goliat el filisteo. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí Adán llora a su tío en los robles de Mamre.

—No: David llora a su enemigo Abner. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí Adán se prepara para la realeza. Mira, descansa bajo una retama antes de su vigilia.

—No: es Elías quien allí reposa. Porque así está escrito.

—No es así; aquí Adán, durante su vigilia, domestica a las bestias salvajes que vienen contra él.

—No: Adán las domestica en el Edén. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí Adán es ungido rey de Hebrón.

—No: Samuel unge a David rey de Israel. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí se hacen los preparativos para la fiesta del matrimonio de Adán con mi señora, la segunda Eva.

—No: se llevan como regalo a David, en Manahaim, provisiones de trigo y centeno y harina y guisantes y miel y manteca y cordero y queso y ternera, junto con camas, ollas y vasijas. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí se llevan a la fiesta de matrimonio de Adán otras provisiones que faltaban.

—No: Ziba, el criado de Mefiboset, lleva a David pan, pasas de uva, frutas de verano y vino. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí se muestra el combate matrimonial. Adán lucha toda la noche con sus enemigos hasta que queda cojo, y al alba vacila sobre su pierna izquierda, con el pie deformado.

—No: nuestro padre Jacob combate toda la noche con un ángel en Penuel y sufre esa herida. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí, en Beth-Hoglah, en la glorieta matrimonial del cojo, mimos con voces de buey llaman al novio Adán, para que acuda corriendo con su pie deforme.

—No; los sacerdotes de Baal del Carmelo bailan su saltarín *pesach*, se hieren con cuchillos e invocan vanamente a Baal. Porque así está escrito.

—No es así, pues Adán se acerca a la carrera a su novia, mi señora, la segunda Eva, que baila con sus cincuenta hijas junto al estanque de los peces, cubierto de juncos.

—No: Miriam y sus doncellas bailan triunfalmente junto al mar de los Juncos después de que el ejército de Faraón ha sido devorado por las aguas; y Aarón, su hermano, se une a la danza. Porque así está escrito.

—No es así, pues aquí la fiesta matrimonial de Adán ha comenzado y él está sentado a la mesa, con su pie deforme apoyado en un escabel.

—No: el cojo Mefiboset es invitado a comer en la mesa del rey David. Porque así está escrito.

—No es así, pues cuando la fiesta termina, Adán aparece en público con mi señora, la segunda Eva, y con las cincuenta hijas de mi señora.

—No: el rebelde Absalón se presenta en público con Abigaíl de Carmelo y con las demás esposas y concubinas del rey David, su padre. Porque así está escrito.

—*Ha terminado la tableta dorada, y ha triunfado el rey dorado. Aquí empiezan la tableta roja, y el triunfo del rey rojo. Mira cómo Adán, inventor de la lira, toca melodías y canta honrándose a sí mismo. Su gemelo Azazel, hijo del rey asesinado, lo mira con furia, jabalina en mano, planeando la venganza*.

—No: David toca y canta sus salmos para calmar la melancolía de Saúl. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí Azazel baila desnudo ante el arca del pacto, implorando a mi señora que cumpla su promesa. Ella, que usa la toca con los cuernos de la luna, le sonríe en señal de favor*.

—No: David danza ante el arca, y su esposa Michal, conocida por otro nombre como Eglas, «la ternera», lo mira burlonamente oculta tras una celosía. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí mi señora, la segunda Eva, fiel a su compromiso, invita a Azazel a su lecho*.

—No: Amnón viola a su hermana Tamar. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí mi señora ata el pelo de Adán a un pilar de la cama para que Azazel lo corte*.

—No: la embustera Dalila ata el pelo de su marido Sansón a la viga del telar. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí Azazel entra por la noche en la alcoba de Adán con unas tijeras, para cortar su cabello sagrado*.

—No: David encuentra dormido en una caverna al rey Saúl, pero le perdona la vida y sólo corta el ruedo de su manto. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí le cortan el cabello a Adán, y el ruedo sagrado de su manto con sus cinco borlas azules. Y aquí Azazel y sus compañeros lo insultan y apedrean mientras sube por la colina, donde morirá*.

—No: Shimei y sus compañeros insultan y apedrean a David en Bahurim. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí Azazel ciega a Adán*.

—No: los filisteos ciegan a Sansón en Gaza. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí Azazel, con verdes ramas cortadas del sauce de Hebrón, ata a Adán al terebinto de Hebrón, y lo despoja de su virilidad*.

—No: Josué, en Ai, cuelga de un árbol al rey de Ai. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí Azazel eleva un círculo de doce pilares, mientras el decimotercero constituye el altar. Se dispone a sacrificar a Adán en honor de mi señora, la segunda Eva; aquí están listas para recibir la sangre las vasijas rayadas*.

—No: Moisés eleva los doce pilares al pie del Sinaí, que es el monte Horeb: uno para cada una de las tribus de Israel. Y las vasijas son para recoger la sangre de los bueyes sacrificados. Porque así está escrito.

—*No es así; aquí el mutilado Adán entra cojeando en el círculo, y aquí lo cortan en trozos*.

—No: el rey Agag entra delicadamente en el círculo de Gilgal, donde el profeta Samuel lo corta en trozos. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí doce hombres de Hebrón comen la carne de Adán; pero reservan la articulación del hombro para Azazel*.

—No: Samuel reserva al rey Saúl la articulación del hombro del buey durante el banquete de Mizpeh. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí un mensajero anuncia a mi señora, la segunda Eva; «Ya está hecho». Ella se envuelve en su manto y se convierte en la tercera Eva, con su perro, su búho y su camello*.

—No: Rebeca desmonta de su camello y se vela cuando nuestro padre Isaac se acerca para pedirla en matrimonio. Porque así está escrito.

—*No es así, pues aquí la gente de Hebrón llora a Adán. ¿No sabes dónde estás, necio? Ésta es la cámara interior de la caverna de Machpelah. Josías, ese rey malvado, cerró su entrada; pero nosotros los kenitas hemos guardado el secreto de su otra puerta. Mira a mi señora, la tercera Eva: trae los huesos desnudos de Adán hasta esta misma caverna, para ponerlos en una urna sepulcral*.

—No: los hijos de Israel lloran a Moisés en Pisga; el Señor, velado para que ningún hombre vea su rostro y muera, lo entierra secretamente en un valle de Moab. Porque así está escrito.

—*No es así, y en esto no podrás refutarme. Aquí puedes ver finalmente a mi señora en la trinidad. Mi señora, la primera Eva, blanca como la lepra; mi señora, la segunda Eva, negra como las tiendas de mi pueblo; mi señora, la tercera Eva, con su cabeza letal piadosamente velada. Y mira el espíritu de Adán se prosterna ante mi triple señora y le recuerda su pacto, mientras Azazel mira aterrorizado*.

—No, y te refuto: Moisés se queja al Señor de su hermana Miriam y de su hermano Aarón, que se han burlado de su esposa etíope. Aarón se postra ante el Señor, que castiga a Miriam con la lepra. Porque así está escrito.

—*No es así, y tus prevaricaciones de nada te servirán. Porque mira: mi señora ha concedido su ruego a Adán. El espíritu de Adán se eleva de los huesos secos de la urna sepulcral y, profiriendo amenazas contra Azazel, vuelve una vez más a la rueda de la vida. Nacerá de nuevo, será el hijo de mi señora, la primera Eva, y el hermano gemelo del hijo de Azazel*.

—No, y te refuto: el rey Saúl consulta a la pitonisa de Endor, que ha evocado el espíritu de Samuel de sus huesos secos. Porque así está escrito.

—*No es así y termina, en nombre de la Madre. Aquí termina la tableta roja y la tableta dorada continúa nuevamente la historia con mi señora, la primera Eva, sufriendo dolores de parto debajo de su palmera*.

—Ya has oído mis respuestas. ¿Es necesario que las repita?

—No son aceptables para mi triple señora.

—El Dios vivo en quien confío es incomensurablemente más poderoso que tu señora. Puede crear lo que es de lo que no es. Puede hacer que lo que es sea como sí nunca hubiera sido. Sus antiguas tablas recuerdan un pacto de muerte que el Señor Dios revocó e hizo a un lado en el pozo de Kadesh cuando juró un nuevo pacto de vida con su siervo Moisés. Los Libros de Moisés recuerdan ese pacto: están guardados en el arca sagrada de todas las sinagogas de la judería, y escritos en las tabletas de todo corazón leal.

—Por poderoso que sea, ¿cómo podrá tu Dios vivo rescatarte de esta casa de muerte situada en el valle de la muerte? Ningún hombre, hasta ahora, ha desafiado a mi señora en su propia casa y escapado con vida. Necio, este lugar es el fin de todos los tontos aventureros. El túnel cegado está lleno de sus huesos.

—Está escrito: «Aunque camine por el valle de la sombra de la muerte, no temeré ningún mal porque tú, Señor, estás conmigo». Por lo tanto, mi destino será el que ordene el Padre, y no tu señora. Estoy libre de la jurisdicción de la Hembra; he venido a destruir su obra.

María la Peluquera empezó a peinar su largo cabello blanco con un peine de marfil; mientras lo hacía, invocaba uno por uno a los antiguos poderes del mal para que atacaran a Jesús y lo destruyeran. Llamó a Shedim, de pies escamosos y a Ruhim de largo hocico y a los Mazzikim, los hechiceros, y a Seirim de los acantilados, semejante a una cabra, y a los Lilim de grupas de asno, habitantes de los desiertos arenosos y a Shabiri, el demonio de la ceguera que acecha en las piscinas de agua descubiertas, y a Ruah Zelachta, el demonio de la catalepsia, y a Ben Nefilim, el demonio de la epilepsia, y a Ruah Kezarit, el demonio de las pesadillas, y a Ruah Tegazit, el demonio del delirio, y a Ruah Kardeyako, el demonio de la melancolía, y a Shibbeta, el demonio de los calambres, y a Ruah Zenunim, el demonio de la locura sexual, y a Deber, el demonio de la peste y finalmente a Pura, el insidioso demonio de la pereza y la negligencia, el más temido por los judíos temerosos de Dios.

Todos estos poderes lo rodearon en montón con furia, terror, rechinamientos, tratando de desgarrar las bandas sagradas de sus vestiduras, y las filacterias de su brazo y su frente. Él se mantuvo tranquilo, sin temor; sus labios repetían incesantemente el «Oye, oh, Israel»; tres veces contra la primera Eva, tres veces contra la segunda Eva, tres veces contra la tercera Eva. Cuando concluyó, dijo:

—En el nombre del sagrado Dios de Israel, bendito sea, iros, criaturas de la noche y la muerte, a las desoladas regiones que os ha asignado Él que de todo dispone.

Se desvanecieron murmurando incoherentemente, una por una.

María gritó de pronto:

—¡Te conozco, adversario de mi señora! ¿Así que has venido por fin, hijo de David, Adán apóstata?

Él le ordenó silencio, pero ella cubrió sus oídos y volvió a gritar:

—El apóstata fue expulsado del paraíso del Edén, que está en Hebrón. Fue empujado como un vagabundo por la faz de la tierra, pero se ha profetizado que

volverá a Hebrón para ajustar sus cuentas con la gran Diosa. El apóstata puede negar a su madre, la primera Eva; y a su novia, la segunda Eva; pero la tercera Eva, su abuela, lo reclamará inexorablemente para sí.

—Si se niega a la primera Eva el amor del Dios vivo, y si la segunda Eva es apartada del amor del Dios vivo, ¿hallará la tercera Eva huesos para enterrar?

María rasgó la carne de su antebrazo con sus dientes de perro y sorbió golosamente la sangre. Luego tomó la máscara mortal del antiguo Adán de su percha en el nicho, se la puso en la cabeza y empezó a profetizar en ásperos hexámetros, en voz quejosa y aflautada:

Adán hijo del terebinto, Adán sólo engendrado,
nacido al morir el año en el banco de parir de Miriam, de ojos verdes,
salvado de la furia de Azazel por pastores errantes de Hebrón:
Tus primeras proezas diseminaron el asombro en una
región de maravillas.
Nadie podía adivinar tu secreto; habías absorbido toda
la sabiduría de Salomón.
Adán hijo del terebinto, soportaste bien tu vigilia.
Cuarenta días en Horeb desafiando a los poderes bestiales.
Ahora el profeta siempre joven volverá otra vez a ungirte.
Serás el señor de las tierras, entrarás a la alcoba de Miriam.
Pisarás el camino de Adán y
cumplirás las tablas de los pactos
hasta que estés colgado,
traicionado por amigos y parientes,
atado al terebinto con fuertes ramas verdes de sauce,
sufriendo allí como conviene, angustiado por odiosos tormentos.
Doce osados pastores beberán de tu sangre,
comerán de tu cuerpo.
Eva, nuestra madre, reirá; y en sueños ordenará a su pitonisa
que se recobren los huesos de Adán,
allí donde su cráneo está enterrado.

Mientras croaba los últimos espondeos, la llama de la lámpara crepitó y vaciló. Una viscosa gota cayó desde la bóveda a los pies de Jesús, y otra, después de una breve pausa.

Él dijo:

—¿Qué tengo yo que ver con el viejo Adán que habla en voz baja desde el polvo? Ha llegado un nuevo Adán, en nombre del Altísimo, para poner un fin, para atar a la Hembra con sus largos cabellos y engrillar al adversario de Dios con cadenas de adamante. En el viejo Adán todos mueren; en el nuevo, todos vivirán.

—¡Cuidado! Las bestias que entraron en el círculo que dibujaste debajo del espino de Horeb eran cuatro. A tres pudiste domesticar; pero ¿acaso la cuarta no abrió el suelo a zarpazos?

Temblando, Jesús oró:

—Señor, ¿quién puede entender sus errores? Purifícame de mi defecto secreto.

Ella se arrancó la máscara, rió y blasfemó contra Jehová. Jesús la aferró por el pelo, aunque ella se debatía como una hiena.

—En el nombre de aquél que es el Señor de las alturas y las profundidades, ¡salid de ella! —gritó.

Uno por uno y de mala gana, los espíritus impuros salieron de su boca. Él los nombraba y les prohibía que volvieran a entrar en ella: el primero fue Alukah la sanguijuela; el segundo, Zebub el moscardón; el tercero, Akbar la rata; el cuarto, Atalef el murciélago; el quinto, Tinshemet el lagarto; el sexto, Arnebet la liebre, y el séptimo y último, Shaphan el conejo. A cada expulsión, la lucha de la mujer se hacía menos violenta, y finalmente quedó temblorosa, extraviada y sin poder, con la boca abierta.

Jesús la dejó libre y le dirigió las palabras de la paz:

—Ven, María. Vamos nuevamente a la tierra de la vida. Basta ya de villanías.

Ella le abrió la puerta y subió por la escalera, delante de él, vacilando como mareada de lado a lado. Abrió la segunda puerta y el viento de la noche apagó su lámpara; juntos salieron a la luz de las estrellas, porque las nubes ocultaban la luna.

María recorrió con Jesús una pequeña parte del camino a Jerusalén luego se dejó caer al costado de la carretera y se echó a llorar con gruesas lágrimas. En voz débil dijo a Jesús que seguía andando:

—De todos modos, señor, aún no ha llegado el fin; y cuando la Madre me convoque a su servicio, no le fallaré.

—¡El fin será como lo desee el Dios vivo!

Faltaban pocos días para el verano. Jesús había llegado a un vado en el Alto Jordán, donde el río corre entre altos riscos. Aguardaba serenamente en la costa oriental. Juan, con una túnica de lino ceñida a la cintura, estaba en mitad de la corriente, y en el lado opuesto del vado se habían reunido nueve testigos.

—¡Ven, señor! —gritó Juan—. Está escrito: «El espíritu del Señor descenderá sobre ti, y serás convertido en otro hombre».

Desnudo, Jesús entró en el agua. Juan llenó dos vasijas, una de oro y otra de blanca arcilla modelada en espiral. Derramó el doble chorro sobre la cabeza y el cuerpo de Jesús y canturreó la antigua fórmula preservada, casi sin alteraciones, en el segundo salmo:

> Yo publicaré el decreto que el Señor ha puesto en mi boca: Mi hijo eres tú; y yo te engendré hoy.
>
> Te he puesto en mi sagrada ciudadela en el desierto de Zin.
>
> Pídeme, y te daré por heredad las gentes y por posesión tuya los términos de la tierra.
>
> Quebrantarlos has con vara de hierro; como vaso de alfarero los desmenuzarás.

Luego rugió en éxtasis:

—Alza la vista, señor, porque tu Ka desciende sobre ti en la forma de una paloma.

Jesús miró hacia lo alto. En ese momento, el sol ascendía por encima del risco oriental e iluminaba brillantemente el agua. El Ka es el cuerpo astral o el doble de un rey; y en la coronación de los faraones egipcios se lo representa descendiendo sobre él en la forma de un halcón; pero Jesús no derivaba su título real de la diosa halcón.

Glorificado, pasó a la margen opuesta. Juan lo siguió, tomó un frasco de aceite de terebinto y lo derramó sobre su cabeza:

—En nombre del Señor Dios de Israel, te unjo rey de todo Israel.

Algunos testigos tocaron trompetas, otros exclamaron:

—¡Dios salve al rey!

Judas de Kerioth se adelantó con una túnica de lino sin costuras, de las reservadas a los sumos sacerdotes, y dijo:

—Antes de morir, mi antiguo maestro me indicó que te pusiera esto después de la unción —y vistió con ella a Jesús.

Juan instaló a Jesús en una litera cubierta y los nueve testigos lo llevaron al norte, hacia Galilea, turnándose en las varas. El segundo día llegaron a las empinadas laderas del monte Tabor. Juan abría la marcha entre los macizos de coscojo, terebinto, mirto y olivo silvestre, mientras las bestias salvajes huían a su paso, hasta que llegaron a la plataforma rocosa de la cima. Allí se encuentra el pequeño pueblo de Atabyrium, que había sido antes el mercado y el santuario común de tres tribus: Isacar, Zebulón y Naftalí.

En los días de los Jueces, las tres tribus se habían reunido en Atabyrium al mando de Barak y la sacerdotisa Débora antes de cargar contra los carros de Sísara en el valle de Kishon; y allí, en tiempos posteriores, se dedicaron becerros dorados —esas «trampas para cazar a los engañados», como los llamó el profeta Osías— a Atabyrius, el dios de la montaña. Los hombres de Tabor identifican a Atabyrius con Jehová; los mitógrafos griegos lo describen como uno de los Telchines, es decir, un dios de los pelasgos; y para los esenios Atabyrius es un título de su semidiós Moisés. Otro santuario montañés del mismo dios se encuentra en Atabyris, en la isla de Rodas, donde una pareja de toros de bronce mugen fuertemente, según se dice, cada vez que está a punto de ocurrir algo extraordinario. Se acredita a Atabyrius el poder de adoptar la forma que elija, como Dionisos, o como el Proteo pelásgico, o como el dios de Horeb, que se apareció a Moisés entre las acacias de Kadesh y le dijo que su nombre era «Soy cualquier cosa que elijo ser».

En los tiempos antiguos, Tabor no era su único santuario en Israel: en su viaje de coronación, Saúl se detuvo en el terebinto de Atabyrius, en el monte Efraím. Todavía se celebra anualmente una feria en Tabor, y en la época de Jesús los galileos patriotas se referían a Jehová como «el Señor de Zebulón», diciendo: «Nada impedía que la ciudad santa se construyese en el Tabor, aparte de que el Señor decidiese otra cosa». «Nada» era una exageración. No hay en Tabor agua de manantial, y sus habitantes dependen, para todos los fines, de la lluvia.

Juan fue hasta la casa del centinela esenio de Tabor, cuyo nombre era Nikki, es decir, Nicanor, y lo despertó del sueño.

—Llega el rey, centinela, ¿oyes? Llega el rey, el único hijo de Michal cuyo padre era un rey.

Nicanor, todavía confuso, respondió:

—Vete, hombre, dices locuras.

—Soy Juan de Ain-Rimmon, el profeta que lo ha ungido, y declaro que es legítimo. En la infancia escapó de la espada de Arquelao en Bethlehem de Judea, y los hijos de Rahab lo llevaron a la seguridad en Egipto.

—¿Están sobre él los signos de la realeza?

—Falta añadir el octavo. Ya ha soportado la vigilia y domesticado a las bestias salvajes de Horeb. Ya la nueva heredera de Michal ha sido llamada a la Piedra del Talón. El contrato entre el rey y el custodio de ella, Lázaro de Betania, está atestiguado y sellado.

—¿Dónde está este rey?

—Viene más atrás.

—Llévalo al bosquecillo sagrado y veremos cómo se conduce.

Amanecía; Juan guió a los portadores de la litera hasta el lugar, situado en un claro del bosque, donde Nicanor aguardaba ya a Jesús. Depositaron la litera en el suelo, y Jesús salió de ella.

Había siete árboles en un espacio circular cubierto con arena del mar: eran una retama, un sauce, un coscojo, un almendro, un terebinto, un membrillo, un granado. Jesús rodeó el bosquecillo, bendiciendo a cada árbol mientras Nicanor lo miraba fijamente. Jesús canturreó:

Bendito sea el sol, en el nombre del creador, y el primer día de la semana, que es del ángel Rafael. Bendita sea en su nombre la retama, bajo la cual el profeta Elías descansó y fue alimentado.

Bendita sea la luna, en el nombre del creador, y el segundo día de la semana, que es del ángel Gabriel. Bendito sea en su nombre el sauce, cuyas ramas, enamoradas del agua, adornan el gran altar el día de los sauces.

Bendito sea el planeta Nergal en el nombre del creador, y el tercer día de la semana, que es del ángel Sammael. Bendito sea en su nombre el coscojo, cuyo rojo tiñe las vestiduras del rey ungido y lo defienden de la Hembra, la leprosa.

Bendito sea el planeta Nabu, en el nombre del creador, y el día intermedio de la semana, que es del ángel Miguel. Bendito sea en su nombre el almendro, cuya vara floreció en manos del sabio Aarón y cuyo fruto imita cada lámpara del candelabro de siete brazos.

Bendito sea el planeta Marduk, en el nombre del creador, y el quinto día de la semana, que es del ángel Izidkiel. Bendito sea en su nombre el terebinto, a cuya sombra se prometió a Abraham y a su mujer Sara que se multiplicarían como la arena de la playa.

Bendito sea, en el nombre del creador, el planeta Ishtar, y el sexto día de la semana, que es del ángel Hanael. Bendito sea en su nombre el membrillo, cuyo excelente fruto endulza la Fiesta de los Tabernáculos.

Bendito sea, en el nombre del creador, el planeta Ninib, y el séptimo día da la semana, que es del ángel Kefarel. Bendito sea en su nombre el granado, en cuya rama se empala el cordero pascual y cuyo fruto es el único que puede traerse a presencia del Dios viviente.

Bendito sea por encima de todo el creador de todas las cosas, que es el candelabro de estas siete lámparas y las protege con su sabiduría, y que ha plantado el árbol de siete ramas de la vida.

Sea concedido al sol el poder de entibiar o abrasar.

Sea concedido a la luna el poder de nutrir o marchitar.

Sea concedido al planeta Nergal el poder de fortalecer o debilitar.

Sea concedido al planeta Nabu el poder de tornar sabio o necio.

Sea concedido al planeta Marduk el poder de fructificar o esterilizar.

Sea concedido al planeta Ishtar el poder de conceder o negar el deseo del corazón.

Sea concedido al planeta Ninib el poder de tornar santo o maldito.

Bendito sea el dispensador de los poderes, el Señor del Sabbath. Sólo a Él adoro.

Nicanor deseaba ver debajo de cuál de los siete árboles se sentaba Jesús. Se preguntó por qué evitaba el árbol de la realeza, el del poder, el de la sabiduría, el de la prosperidad, el de la santidad, y se quedaba al fin humildemente, de rodillas, bajo el árbol del amor.

Jesús, leyendo sus pensamientos, preguntó:

—¿Acaso no dijo Salomón el sabio de este árbol en su alegoría del amor de Dios por Israel: «Me senté a su sombra con gran regocijo, pues su bandera sobre mí era amor»?

Nicanor se inclinó reverentemente y preguntó:

—Señor, ¿estás preparado para sufrir las cosas necesarias para la realeza? ¿Estás listo para ser estropeado?

—Estoy dispuesto. Está escrito: «He aquí que el Siervo del Señor prosperará. Será exaltado y alabado. Muchos se sorprendieron, Señor, ante tu obra, porque su cara estaba más dañada que la de cualquier otro hombre, y también su cuerpo. Así estropeado, asperjará muchas naciones con su rama lustral. Los reyes enmudecerán ante él. Verán lo que no se les ha dicho y aprenderán lo que no han oído antes».

El tercer día, justamente antes del alba, lo condujeron a la luz de las antorchas

hasta la Piedra del Talón, anteriormente el altar oriental de un gilgal, o círculo de piedra, desaparecido mucho antes. María de Betania, hija de José llamado Cleofás, una hermosa muchacha emparentada con María la madre de Jesús, estaba a un lado de la piedra, acompañada por ella. Una tercera mujer salió de la oscuridad del bosque y se reunió con las otras dos en silencio, con el rostro velado por un chal.

Nicanor ató a los hombros de Jesús las alas de paloma ceremoniales.

—No temas, gran señor, porque nuestro Dios hará que sus ángeles se ocupen de ti, para que tu pie sagrado no golpee contra una roca.

Al amanecer, Jesús subió a lo alto de la piedra y María, la hija de Cleofás, gritó:

—¡Vuela, paloma de palomas, vuela!

Ante esa señal, los kenitas empezaron a arrojarle piedras, palos e inmundicia hasta que su rostro quedó lastimado y desfigurado; Jesús cayó de la piedra, como el alado Ícaro cae del cielo en la famosa pintura de Zeuxis. Pero siete notables de Tabor, cuyos nombres eran los de los arcángeles Rafael, Gabriel, Sammael, Miguel, Izidkiel, Flanael y Kefarel, aguardaban al pie de la roca y lo sostuvieron antes de que sus pies tocaran el suelo.

Ahora bien: he leído que el mismo gran rey de Babilonia se somete, durante la coronación, a las bofetadas de un sacerdote, y que el rey Herodes sufrió la misma indignidad al ser coronado rey de los judíos, ocasión en que recordó las proféticas bofetadas del padre Manahem en Bozra. Pero el ataque ritual al rey Jesús por los siete notables de Tabor era mucho más cruel y más antiguo: se ejecutaba nuevamente después de mil años en cumplimiento de la profecía.

Lucharon contra él, siete contra uno, hasta que lo obligaron a arrodillarse con las piernas abiertas. Entonces, el más alto y robusto de los siete trepó a la piedra y saltó sobre él: con ese acto de violencia se completó la lesión. El muslo izquierdo de Jesús quedó desarticulado; la cabeza del hueso se desplazó, alojándose en los músculos; la pierna izquierda se estiró en un espasmo y se torció, de modo que a partir de ese momento sólo pudo andar con lo que se llama la cojera sagrada. Se había añadido así el octavo signo de la realeza, y él no había lanzado un grito ni una palabra de queja. María la mayor y María la menor lloraban de compasión. Pero de pronto la mujer alta y anciana que estaba con ellas se quitó el velo, besó en ambas mejillas a María de Betania, rió horriblemente y retornó al bosque.

Los kenitas atendieron tiernamente a Jesús e imploraron su perdón. Lavaron su rostro, pusieron ungüento en sus heridas, y hacia el atardecer lo condujeron en su litera a una espaciosa glorieta adornada con ramas de cedro y de pino preparada en el jardín de Nicanor. Cuando él entró, todos los presentes, a quienes se había pedido el sagrado juramento de secreto, se pusieron de pie.

En el extremo oeste de la glorieta había un trono cubierto de púrpura. María, hija de Cleofás, estaba ya sentada en él, vestida como una reina con una túnica bordada en oro; llevaba también un collar de ámbar y conchillas y una diadema de estrellas. Los siete notables se adelantaron para asistir a Jesús. Kefarel puso en sus pies los rojos

zapatos reales con tacones de oro de altura trágica; los cuatro ángeles siguientes de la jerarquía lo vistieron con las ropas sagradas; Rafael le puso su corona de oro y Gabriel le tendió el cetro de caña.

Cuando estuvo listo, la reina sonrió graciosamente, descendió con mesura del trono y le tendió su mano. Dolorido, él dio tres pasos por la rampa y se sentó junto a ella, porque el sentido de la coronación es la boda con la heredera de la tierra.

Sonaron cuernos de carnero, la concurrencia profirió aclamaciones y comenzó el banquete de bodas. Se había sacrificado en honor del rey y la reina un buey blanco sin mancha, y los presentes, ávidos de carne asada después de una noche y un día de ayuno, esperaron a que Jesús inaugurara la fiesta probando el sagrado trozo de carne de la paletilla reservado para él.

Jesús puso a un lado el plato y dijo:

—Quienes me aman, se abstendrán como yo. Esta costumbre ha terminado.

Nadie se atrevió a comer, y se llevó a enterrar el cuerpo del buey. Sin embargo, aceptó un vaso de vino rojo de Nazaret, la antigua casa del vino anexa al altar de Tabor, y lo compartió con su reina. Incluso los kenitas bebieron vino, dispensados de la prohibición nazarena. También aceptó un trozo de pan de Bethlehem de Galilea, la antigua casa del pan, y lo compartió con su reina hasta la última migaja.

Luego, con música de flautas y tambores los kenitas cantaron en antífonas la bendición de Raquel al pueblo de Israel. Ésa era su canción mística del año sagrado y contenía los nombres de las catorce tribus originales, incluyendo la de Dina; empezaba con Rubén y terminaba con Benjamín:

Ved al Hijo, arrojado al agua,
en el vigor y la excelencia del poder,
descansando en paz entre dos proezas
—ha pagado al barquero la cuenta justa—,
habitando seguro la cóncava nave
hasta que los vientos lo impulsen al hogar.
¡Oíd cómo ruge cual cachorro de león!
¡Oíd cómo sus hermanos alaban su nombre!
Porque sus ojos están enrojecidos por el vino de Eshcol
y sus dientes, blancos de leche.

Es feliz; su pan es grande,
hay manjares reales en su plato.
Aunque una tropa de invasores lo derribe,
él los destruirá en su momento mejor.
Está apartado de todos sus hermanos,
y unido en matrimonio a la reina de Canaán.
Su palabra es aguda, su furia bravía;
el mundo entero escucha sus órdenes.
Él hace fructificar con sus justas obras,
y las gentes abundan como peces.

De este modo su simiente se tornará una multitud.
Otorga el olvido del dolor;
es sabio como la serpiente, no se deja engañar,
su juicio muerde como colmillo de culebra.
Nadie osa murmurar ante el trono
en que juzga junto a su reina.
Con sabia boca lucha contra el enemigo
que huye al alba como una cierva suelta…
Ved al Hijo de mi Mano Derecha,
distribuidor del despojo nocturno.

Luego los notables, que eran los acompañantes del novio, cantaron la primera mitad del salmo 45, el himno matrimonial del rey David, en que el rey es invitado a ceñir su espada junto al muslo y cabalgar majestuosamente a la batalla, al ver que Dios ha establecido su trono para siempre colocando en su mano el cetro legítimo y ungiéndolo con el aceite de la buena disposición.

Las parientas de María, encabezadas por su hermana Marta, que eran las doncellas de la novia, cantaron la segunda parte del salmo, donde aparecen los versos:

> Hijas de reyes entre tus ilustres; la reina a tu diestra con oro de Ophir.
> Oye, hija, y mira, e inclínate; y olvida tu pueblo y la casa de tu padre;
> Deseará el rey tu hermosura, e inclínate ante él, pues es tu Señor.
> Toda ilustre es la hija del rey: de brocado de oro es su vestido.
> Con vestidos bordados será llevada al rey; vírgenes en
> pos de ella: sus compañeras serán traídas a ti.

Entraron atropelladamente los enmascarados, disfrazados de aves y bestias; bailaron y se regocijaron hasta que llegó el momento de que Jesús y María se retiraran a la cámara nupcial, detrás de la cortina. Pero él se volvió hacia su reina y sus palabras parecieron a la concurrencia mucho más terribles incluso que su rechazo de la paletilla reservada.

Dijo en voz clara:

—Soy tu rey, y no he venido a renovar sino a poner un fin. Bienamada, no haremos el acto de la oscuridad, que es el acto de la muerte. ¡Eres mi hermana! ¡Eres mi hermana! ¡Eres mi hermana!

Con estas palabras, le negó castamente la consumación del matrimonio. Un silencio como de muerte cayó sobre la asombrada concurrencia, mientras María, la reina, enrojecía y luego palidecía.

María la madre de Jesús fue quien habló primero. Se puso de pie y preguntó severamente:

—Hijo mío, ¿así tratas a tu novia virgen? ¿Qué habría ocurrido si el rey, tu padre, hubiese hecho vergonzosamente lo mismo?

Él respondió:

—Mujer, el poder de Michal ha pasado de ti a tu parienta. El asunto está ahora solamente entre ella y yo.

Lázaro el esenio, hermano de la reina, que había sido su custodio desde la muerte del padre de ambos, José Cleofás, la consoló:

—El rey tu marido ha obrado sabiamente al pisotear las vestiduras de la vergüenza. Sólo por ese camino podremos andar juntos con amor puro. Seca tus lágrimas, María. Seca tus lágrimas, por amor al Dios viviente.

Ella respondió:

—¿Es mi señor el rey más sabio que el rey Salomón, cuya hermana era también su esposa? Porque Salomón pasó toda la noche, con ojos de paloma, entre sus pechos; y como una paloma exploró las hendeduras de la roca. ¿Pero quién soy yo para juzgar? Quito para el rey el velo de mi rostro, y su palabra es mi ley.

TERCERA PARTE

XX

EL QUE CURA

Los misterios religiosos se ocupan en gran medida de predicciones astronómicas. Los misterios crestianos no son una excepción. Jesús había nacido en el solsticio de invierno, el cumpleaños del sol cuando alcanza el punto extremo sur, o derecho, de su recorrido; pero su bautismo y su unción eran una ceremonia de renacimiento que se cumplía el noveno día del mes Ab, fecha de la elevación heliaca de la estrella del perro. Según los escritores apocalípticos judíos, el noveno de Ab era también el día del nacimiento predestinado del Mesías, porque la estrella mesiánica de la profecía de Isaías era la estrella del perro, enseña calebita de la casa de David; además, la elevación de la estrella del perro determinaba el principio y el final verdaderos del año del fénix (o año sótico) de 1.460 años comunes; y en términos místicos se describía al Mesías hijo de David como el nuevo fénix. También es notable, incidentalmente, que Jesús se asemejara, por tener dos nacimientos, al dios Dionisos, «el niño de la doble puerta», nacido primero de su madre Semele y luego del padre Zeus, como enseñan los mistagogos a los iniciados de la iglesia de Alejandría cuando pasan al tercer grado de reconocimiento.

La última noche de la fiesta de bodas, que duró una semana, Jesús informó a sus cortesanos que, apenas su herida lo permitiera, saldría a contemplar su reino; y que, si lo que veía le agradaba, volvería a convocarlos para pronunciar sus órdenes reales. Mientras tanto, que todos regresaran a sus hogares a orar y vigilar asiduamente.

Dijo a su reina:

—No puedo llevarte a mi casa, bienamada, aunque tus doncellas de honor te han prometido que lo haría, porque no tengo casa. Mientras no ocupe un palacio, no necesitaré un hogar constituido. Dormiré bajo las estrellas o aceptaré el pobre albergue que puedan ofrecerme amigos o extraños. Sin embargo, si deseas acompañarme durante mis viajes, no puedo impedir que lo hagas.

—Mi señor, ¿me llamas «bienamada» y dices «si deseas acompañarme»? Me dicen que has tenido antes casa y otras posesiones, pero que las has entregado a tu madre, deshaciéndote desde entonces de todas tus ganancias. Cuando poseas nuevamente una casa, llámame; no pido un palacio. ¿Cómo podía pensar yo que cuando llevase estas ropas y esta corona sería la esposa de un mendigo errante? Mi señor: formula el deseo de que tu sierva te acompañe, y ella te obedecerá; o bien permite que retorne a Betania y aguarde allí pacientemente hasta que lleguen tiempos mejores.

—Regresa en paz a Betania con tu hermano Lázaro y espérame allí.

—Como desee mi señor.

El corazón de María estaba dolorido. Contra su voluntad, se había enamorado de Jesús y de buena gana lo habría seguido hasta el fin del mundo con la esperanza de que, finalmente, su dedicación haría que él se inclinase a ella con amor; porque, como María no ignoraba, había siempre una forma de eludir un voto apresurado. Sin embargo, su orgullo de mujer —o el poder de Michal, por así decirlo— le imponía fingir indiferencia, y su hermana Marta elogiaba esta juiciosa actitud.

—Tu belleza lo atraerá, y por fin pedirá como un favor lo que sólo es su derecho.

Cuando Jesús fue capaz de caminar, aunque con gran dolor, llamó a Juan. Juan regresó de inmediato a Tabor y lo halló en la glorieta sagrada.

—Amo de la vendimia —dijo—, ¿tomarás primero los racimos grandes o los pequeños, o recogerás la uva al azar?

—Primero los pequeños; tienen mayor necesidad de mí.

—Los grandes tienen mayor valor.

—Sin embargo, es preciso vendimiar toda la viña. Las cabezas de las academias y los jefes del sanhedrín pueden aguardar hasta el fin; los pobres y los proscritos no pueden esperar.

—Tu cabeza no se vuelve hacia Jerusalén. Dime a qué ciudad del norte irás, y prepararé el camino.

—Lo he visto escrito: «Mirad sobre la montaña los pies del mensajero de buenas noticias que publica la paz».

—¿Qué harás en ese lugar?

—Elegir los pilares para mi gilgal. Ya me has dado uno excelente.

—¿Necesitas pilares labrados, apenas trabajados o sin labrar?

—Bastamente labrados. Será mejor que mi propia mano se ocupe del pulido.

Juan partió entonces a preparar el camino para Jesús, que seguía montado en un asno, acompañado por Judas a pie. Se dirigió a la ciudad de Cafarnaúm, sabiendo que había tomado su nombre de la tumba del profeta Nahúm, autor del versículo profético que Jesús había citado. Cafarnaúm es una pequeña ciudad de frontera situada en el extremo norte del lago de Galilea y junto a la ruta principal de Egipto a Damasco; posee una aduana, una industria de salazón de pescado y famosos trigales.

Cuando llegó a la plaza del mercado, Juan se sentó en el suelo junto al tenderete de un alfarero y empezó a mirar con atención las caras de las personas que pasaban. Como ninguna le agradó, se levantó y se dirigió al puerto. Allí vio dos pescadores que se disponían a izar sus velas para seguir un cardumen de peces que se había avistado a cierta distancia de la costa. Los reconoció, porque los había bautizado pocas semanas antes en Beth Arabah.

—¡Venid en seguida! —les gritó.

A la vista de su blanco manto de pelo de camello se arrojaron sobre la borda y nadaron hasta la costa. Ambos eran hombres altos, rudos, excitables, ni bien

instruidos en la ley ni escrupulosos en su observancia, pero miembros, por lo menos, de una sinagoga respetable. Juan exclamó:

—¡Mirad, hijos! Aquí viene el cordero de la Pascua, nacido de una oveja blanca, con su corona de oro y el cetro en la mano. Os encargo que lo sigáis y lo atendáis en su palacio —señaló el camino en dirección a Jesús, que se acercaba en su asno.

Los pescadores se asombraron ante esas extrañas palabras, pero Juan era un profeta, y ellos sabían que no era fácil discernir el significado de las profecías. Se adelantaron e hicieron una profunda reverencia a Jesús, que les pregunto:

—¿Qué queréis de mí, amigos?

Ellos respondieron desconcertados:

—Señor, ¿dónde está tu palacio? Nos han enviado a atenderte a tu palacio.

—¿Sois discípulos de Juan?

Buscaron a Juan con la mirada, en procura de ayuda, pero había desaparecido. Uno de ellos dijo impulsivamente:

—Yo soy ahora tu discípulo, señor. Soy Simón, hijo de Jonás; los griegos de nuestra flota me dan el nombre de Pedro, la Roca. Éste es mi hermano Netzer, a quien llaman Andrés, el Osado.

—La Roca servirá como fuerte pilar para mi gilgal. De modo que Simón viene conmigo. ¿Y tú, Osado?

Andrés aguardaba, con las manos temblorosas.

—Juan ordenó que ambos fuéramos contigo.

—Está bien. Os mostraré mi palacio.

Los condujo, fuera de la ciudad, hasta un terebinto que crecía en un promontorio rocoso junto al lago. Allí desmontó con dificultad, pidió a Judas que atara el asno y dijo:

—Éste es mi palacio, y sois mis honorables huéspedes. Mirad, señores: juntos subimos los amplios vuelos de escaleras de mármol hasta las grandes puertas de madera de encina. Golpeamos; abren; entramos con las cabezas erguidas y pasamos por el suelo pulido de serpentina y malaquita entre la vasta multitud de servidores y cortesanos. Todos visten ricas ropas y se inclinan ante nosotros —llamó a Judas por encima de su hombro—. Trae agua perfumada, chambelán. Trae una jarra de oro y dos jofainas de plata para los pies de mis huéspedes. ¿Está servido el banquete? ¿Dónde está el ungüento, dónde las guirnaldas para sus cabezas?

Pedro se echó a reír. Andrés dijo:

—Señor, con mi ojo derecho veo un árbol verde en una elevación rocosa; con el izquierdo, las glorias reales que describes.

—Está bien, guarda las dos visiones aparte, la presente y la futura. ¿Salíais en busca de pesca?

—Sí, señor, pero los peces son pacientes y nos perdonarán.

—Yo os enseñaré el arte de pescar hombres, no peces.

—¿Con línea y anzuelo?

—A veces, uno por uno, con línea y anzuelo; a veces a centenares, con red.

—Tu anzuelo está en nuestras bocas. Ahora puedes tirar de la línea y llevarnos a tierra.

Continuaron hablando todo el día bajo el árbol, y al atardecer regresaron al puerto, pero aún no sabían quién era, excepto que su nombre era Jesús de Nazaret y que había estudiado con los esenios.

Jesús vio, en un bote amarrado al desembarcadero, remendando sus redes, a dos hombres a quienes conocía: Jaime y Juan, los tímidos, suspicaces y sinceros hijos del pescador Zebedeo. En un tiempo habían transportado maderos a través del lago para sus hermanos. Envió a Andrés en busca de ellos. Andrés, que los conocía bien, corrió a decirles:

—¡Venid pronto, hermanos! ¡Lo he encontrado!

—¿A quién has encontrado?

—Al hombre que puede responder a todas las preguntas.

Reconocieron a Jesús y saltaron a tierra para saludarlo. Unas sencillas palabras que él había dicho durante su anterior encuentro ardían en sus corazones desde entonces, aunque en el momento casi se habían negado a aceptarlas como verdaderas. Él había dicho entonces:

—El sabio Hillel, bendita sea su memoria, pronunció un agudo juicio: «Ningún hombre que está atareado en sus negocios puede tornarse sabio». Yo diría más: Ningún hombre que está atareado en sus negocios puede amar a Dios.

Ahora sus palabras fueron:

—Jaime y Juan, os necesito. ¿Vendréis conmigo?

Al principio, no comprendieron qué les pedía; pero antes de la caída de la noche se habían convertido en sus discípulos y estaban dispuestos a ir con él adonde los condujera. Los crestianos de Alejandría, en el intento de identificar a Jaime y a Juan con los héroes griegos Cástor y Pólux, pretenden que él los rebautizó «los hijos del trueno»; pero la verdad es que el nombre de Jesús para ellos fue *Benireem*, «los hijos del antílope». Esto se refiere, en parte, a un texto del Libro de Job donde se dice que el antílope, tímido, suspicaz y sincero, se puede domesticar con gran dificultad o de ningún modo; y en parte también a un versículo de la bendición de Moisés, en que Efraím y Manasés, los hijos de José, aparecen como los dos cuernos del antílope, porque Jesús, más tarde, llamó a cada uno de los doce discípulos con el nombre de una tribu de Israel.

Su primera aparición en una reunión pública, después de la coronación, fue el sábado siguiente, de acuerdo con la tradición de que el mesías hijo de David se presentara por vez primera el día del Sabbath. Ni voces ni trompetas anunciaron su llegada; y a Judas, el único de los presentes que conocía su carácter de rey, la ocasión le pareció indigna y trivial, aunque como un leal discípulo se abstuvo de comentarios. A instancias de Jaime y Juan, que lo describieron como «uno de los hombres más conocedores de la ley y de los profetas», Jesús fue invitado a leer la segunda lección

en la más pequeña de las tres sinagogas de Cafarnaúm. Él entró con la congregación, se sentó sin llamar la atención en un banco, en el centro, y se unió a la plegaria.

El pasaje que debía leer era el comienzo del capítulo cincuenta y ocho del Libro de Isaías, donde Jehová habla a su profeta del modo siguiente:

> Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado.
>
> Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese obrado justicia, y que no hubiese dejado el derecho de su Dios; pregúntanme derechos de justicia, y quieren acercarse a Dios.
>
> ¿Por qué, dicen, ayunamos y no hiciste caso; humillamos nuestras almas y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno halláis lo que queréis y todos demandáis vuestras haciendas.
>
> He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicuamente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto.
>
> ¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que encorve su cabeza como junco, y haga cama de saco y de ceniza?
>
> ¿Llamaréis a esto ayuno, y día agradable a Jehová?
>
> ¿No es antes el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de la impiedad, deshacer los haces de opresión, dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?
>
> ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes metas en casa; que cuando vieres al desnudo lo cubras y no te escondas?

Después de leer en voz alta los ocho versículos, en el apenas inteligible hebreo antiguo, Jesús empezó a explicarlos. El Dios de Israel, declaró, había ordenado ayunos; pero no, como se suponía en general, para causar angustia y miseria a su pueblo. Se había instituido el ayuno para tres fines: para purgar al cuerpo de los groseros humores debidos a la gula y el exceso de bebida, para recordar al ayunador la naturaleza del hambre y para permitirle dar los alimentos, que de otro modo habría consumido, a quienes los necesitaban más que él. El Dios de Israel era un Dios misericordioso, y pensar que había ordenado el ayuno como prueba de su severidad o como una mortificación de los excelentes cuerpos que había dado a los hombres era a la vez un error y una ingratitud.

Jesús predicaba sin hacer tediosas referencias a lo que hubieran dicho este o aquel rabino, y en qué ocasión; tampoco hacía gala de conocimiento literario. Hablaba simple y autoritariamente, de un modo rara vez escuchado en esa sinagoga. Casi todos los hombres y mujeres presentes (porque en las sinagogas del campo los hombres y las mujeres se sientan indiscriminadamente juntos) se sintieron aferrados por un agudo anzuelo y resolvieron llevar una vida más justa. Se escuchó un profundo suspiro de arrepentimiento.

Finalmente Jesús dijo:

—Un hombre rico ayuna en Cafarnaúm. El ayuno le irrita. Dentro de él, su vientre clama por pastel de ciervo y por el vino de dátiles de Jericó; su garganta está seca, su boca se hace agua. Llega su esclavo canaanita: «Señor, han venido los huéspedes de Jorazín. ¿Qué les daré de comer?». Él escupe en la cara del esclavo y dice: «¿Qué me importa a mí eso, perro? Diles que estoy ayunando. Deben esperar hasta la caída de la tarde». Su hermano le reprocha: «Hermano, eso no está bien. Desairar a un huésped es deshonrar a Dios». La controversia se torna más amarga, y finalmente el rico llama necio a su hermano y le vuelve la espalda. Ha ayunado hasta el anochecer, pero ¡a qué costo! Decidme, ¿de qué vale ese ayuno a los ojos de nuestro Dios?

En ese momento, un rico mercader de grano, uno de los funcionarios de la sinagoga, se puso de pie, fuera de sí de ira, señaló a Jesús con el dedo y aulló:

—¡Déjanos en paz! ¿Qué te importa cómo vivimos y ayunamos en Cafarnaúm? Se ha dicho: «Nada bueno viene de Nazaret», y tú vienes de Nazaret. Vuelve a Nazaret, y predica allí a los pecadores.

Jesús respondió de inmediato, pero no se dirigió al hombre sino al maligno espíritu que lo poseía.

—¡Silencio, demonio! ¡Sal de ese hombre!

El mercader de grano cambió de color y empezó a quejarse con voz cambiada, como si fuera realmente la voz del espíritu maligno:

—Ay, ahora veo quién eres… Sí, veo quién eres. Eres el elegido de Dios. Lees nuestros pensamientos secretos. Escuchas nuestras conversaciones privadas. ¿Has venido a destruirnos?

El hombre dejó escapar un largo alarido, como el de un lobo, y sufrió un acceso. Los que estaban cerca se apoderaron de sus brazos para que no se hiciera daño, pero él se liberó, golpeando su cabeza contra los macizos bancos.

—¡Sal, y no vuelvas a atormentar nunca más a este hombre!

El mercader dejó de debatirse; sus miembros se relajaron y recuperó su propia voz. Mientras el servicio continuaba, Jesús lo llevó afuera y habló con él en privado. Era un hombre que había caído en la desesperación pensando que sus pecados jamás serían perdonados. Cuando Jesús le aseguró el perdón de Dios, un gran peso desapareció de su corazón. El brusco cambio del aspecto y del paso de ese taciturno mercader, a su regreso a la sinagoga, asombró a la congregación.

Cuando se dijeron las últimas plegarias, Jesús fue a hacer su comida de mediodía a la barca de Pedro y Andrés, que era también su morada. Encontró allí a la suegra de Pedro, gimiendo miserablemente sobre un montón de velas en un rincón oscuro, junto a la popa. Pedro se disculpó y explicó que la anciana sufría de fiebre, pero Jesús se acercó a ella, tomó su mano y susurró a su oído. Luego la ayudó a ponerse de pie y dijo en alta voz:

—¡Mujer, tu fiebre ha desaparecido!

Había adivinado de inmediato la verdad. La esposa de Pedro, preocupada porque Pedro y Andrés no habían pescado esa semana, había comenzado a pensar: ¿qué sería de todos si no volvían pronto a su tarea? No se había atrevido a reprochar a Pedro, conociendo su temperamento violento y sabiendo que se había entregado de todo corazón a su nuevo maestro; y su madre había asumido sus temores. Jesús comprendió que no sólo estaba enojada con Pedro, sino con él mismo por ser la causa del ocio de Pedro, y también con su propia hija, que había complacido a Pedro preparando una espléndida comida para la ocasión. Había decidido entonces echar a perder la comida simulando alta fiebre. Las palabras que susurró Jesús fueron:

—Madre, si deseas la salvación, perdona a tu hijo, honra a tu huésped, y no ocasiones la vergüenza de tu hija.

Pedro y Andrés se sorprendieron ante el aparente milagro, y la anciana, que comió y bebió de buena gana, no los desengañó. Su hostilidad hacia Jesús se disipó cuando vio que él la trataba con mayor amabilidad y respeto que su propio yerno.

Las noticias de estas dos espectaculares curas se difundieron rápidamente, y ese fresco anochecer, cuando el Sabbath terminó oficialmente, llevaron a la barca, a presencia de Jesús, gran cantidad de personas enfermas para que él las curara. Desconcertado por esto, él protestó que no había ido a Cafarnaúm como médico. Pero aunque despidió a los enfermos, ellos se negaban a irse, insistiendo en que podía curarlos si lo deseaba. Algunos eran incurables, y a ellos sólo podía ofrecerles palabras de consuelo; alentó a otros con una promesa de recuperación si no hacían nada para agravar su estado, porque encontraba fácil diagnosticar las enfermedades causadas por los excesos físicos, y en dos o tres casos practicó curas inmediatas. Se trataba de personas cuyos males físicos se debían a algún disturbio del espíritu, y entre ellas se contaba un hombre que sufría de antiguo una parálisis en la pierna. Alivió esos disturbios, informó a los enfermos que estaban curados, y los despidió.

La cura más notable que realizó en el distrito de Cafarnaúm fue la de un leproso; no un verdadero leproso sino uno que sufría de vitíligo en la cara. El hombre se arrodilló ante él, diciendo:

—Cúrame, señor. Sé que el hijo de tu madre tiene ese poder.

Jesús tocó el estragado rostro, murmuró una palabra de poder y dijo luego en voz alta:

—Sé limpio.

Mientras los cinco discípulos miraban, las manchas blancas empezaron a desvanecerse de las mejillas y la frente del hombre.

—En el capítulo catorce del Levítico encontrarás las normas para tu purificación —le dijo Jesús—. Debes mostrar tu cuerpo al sacerdote de este pueblo, y obedecer sus órdenes al pie de la letra. Cuando veas que toma ramitas de mejorana, coscoja y cedro; cuando salpique al ave viva con la sangre del ave sacrificada sobre agua que corre, recuerda esto: tu lepra ha sido una advertencia por tu pecado, por el amor adúltero que sientes hacia la esposa de tu hermano. Al comienzo fue de pequeña

altura como la mejorana; luego se elevó como el coscojo y por fin ha cubierto el cielo como un cedro.

—Señor, el cedro está cortado y veo el zafiro del cielo.

—Es el trono de nuestro Padre. Ahora vete en paz, y di solamente al sacerdote lo que ha ocurrido.

El hombre prometió hacerlo así y se alejó feliz, pero el sacerdote difundió la noticia de la cura, y Jesús se vio rodeado de leprosos que imploraban la salud, algunos con el rostro carcomido por la enfermedad. Les habló amablemente, pero no emprendería su curación. Su posición se habla tornado difícil: si atendía a todos los enfermos que acudían, no tendría tiempo para comer, dormir, orar ni meditar. Sus discípulos se fatigaron de alejar visitantes de la barca y de repetir:

—Nuestro maestro no puede atenderte.

Algunos llegaban a llamar después de medianoche.

Una tarde, Jesús predicaba, a puertas cerradas, en la sinagoga donde había curado al mercader de granos. Afuera la muchedumbre gritaba y murmuraba, cuando de pronto su intimidad fue invadida desde lo alto. Alguien empezó a romper el techo, y luego bajaron con cuerdas un colchón donde yacía un paralítico. Todos, menos Jesús, estaban sorprendidos e iracundos. Jesús sonrió. Dijo al paralítico:

—Hijo mío, tus pecados han sido perdonados.

Los doctores de la ley presentes quedaron boquiabiertos.

Jesús sabía lo que pensaban: «Sólo el Señor Dios y el Mesías tienen el poder de perdonar los pecados».

Les pregunto:

—¿Querríais que dijera simplemente: «Enrolla tus ropas de cama y llévatelas, desvergonzado»? ¿Acaso podría hacerlo? Está paralítico, y su parálisis se debe a su sentimiento de culpa. Mientras no sepa que sus pecados están perdonados, debe yacer ahí, rígido, y debéis llevarlo sobre vuestros propios hombros. Yo no he dicho «Perdono tus pecados». Sólo Dios puede hacerlo. Le he dicho únicamente algo que él sabe que es verdad: que Dios ha perdonado sus pecados, puesto que lo ha castigado suficientemente. Porque, como decían nuestros padres, «el dolor purifica el pecado». Y ahora, enrolla tu cama y llévatela. Éste no es lugar para enfermos.

El hombre saltó del colchón, lo recogió y se lo llevó. Jesús continuó predicando sin pensar más en el asunto, pero la congregación estaba tan asombrada por lo que había visto que perdió el hilo de sus palabras.

Salió de Cafarnaúm antes del alba y fue a orar en un lugar solitario a varias millas de la ciudad, pero le siguió un grupo de personas enfermas que interrumpió sus devociones. Hizo por ellos lo que pudo y luego, dando un gran rodeo, cruzó el Jordán y entró en la vieja ciudad de Betsaida, en cuya sinagoga había sido invitado a predicar.

Su fama le había precedido, y halló ante la puerta de la sinagoga tal multitud aguardando que corrió hacia una callejuela y por ella hacia la casa del presidente del

templo. El griterío volvió a elevarse y la gente sitió la casa, golpeando las puertas y ventanas. Se oyeron ruidos de pasos en lo alto y el presidente se alarmó:

—Si no lo impides, echarán el techo abajo y vendrán veintenas de leprosos a hacernos impuros.

Jesús se dirigió a una ventana alta y se dirigió a la multitud.

—Abrid paso para que pueda salir; quien me toque, lo hará a su propio riesgo —le obedecieron. Salió, caminó hasta el desembarcadero, subió en un pequeño bote y se apartó de la costa. Desde el bote predicó a la muchedumbre durante algunas horas.

A la noche dijo a su discípulo Juan:

—El demonio que poseía a ese hombre de la sinagoga me desafió a regresar hacia Nazaret. Es un desafío que no puedo evadir. Iremos allí mañana.

Remaron por el lago, desembarcaron en un sitio desierto y echaron a andar hacia Nazaret. Nadie, en los pueblos por donde pasaron los reconoció, y pudieron llegar a Nazaret sin ser molestados. Allí Jesús descansó en casa de María.

Halló a su compañero de tareas Tomás trabajando aún en su banco de carpintero y lo invitó a ser su sexto discípulo. Tomás aceptó la invitación con estas palabras:

—Ciertamente iré contigo. Mi profesión es seguirte. ¿Adónde te diriges ahora?

—Este hijo de Adán debe subir a las colinas y bajar a los valles y atravesar los ríos y las llanuras; es un viaje que durará hasta la Pascua del año próximo.

—¿Y dónde terminará?

—Donde terminó el viaje de Adán.

Las noticias del extraordinario avance de Jesús por el Jardín de Galilea habían llegado a Nazaret. Sus vecinos estaban asombrados, y uno dijo:

—Sin duda no es posible que sea el mismo Jesús, el hijo del carpintero José, a quien nosotros llamábamos el egipcio.

Otro respondió:

—¿Quién sabe? Siempre hubo en él algo extraño. Podía tocar impunemente serpientes venenosas, y a veces las aves descendían y se posaban en sus hombros.

Y un tercero agrego:

—Ha dado gran fama a nuestro pueblo. Si ha podido hacer curaciones en Cafarnaúm, ¿por qué no aquí? Por mi parte, tengo la esperanza de librar mi espalda del reumatismo que me aflige todos los inviernos.

Y dijo el primero:

—Si es así, yo sufro de grandes accesos de bilis después de comer; y si Jesús puede curarme no me importa mucho cómo lo haga, aunque dicen que sus hechizos no están estrictamente de acuerdo con la ley.

Luego empezó el escándalo.

—Dicen que aprendió magia en Egipto, mientras estudiaba allí, y que logró sacar del colegio de magos el encanto secreto, escrito en un trozo de pergamino.

—¿Cómo lo hizo?

—Se dice que antes de entrar en el colegio hizo una incisión en su cuero

cabelludo, abriendo allí un pequeño bolsillo donde deslizó el pergamino. Y consiguió salir con él entre los perros dorados de la entrada.

—Parece una historia probable. De las diez medidas de magia, Egipto retuvo nueve.

—Aunque por otra parte, podría ser pura ficción. Después de todo, lo invitaron a explicar las profecías de Isaías en la sinagoga de Cafarnaúm y lo cumplió decorosamente. No seríamos prudentes si no le pidiéramos que hiciera lo mismo. Si ese hombre está poseído por un espíritu maligno, no es probable que se atreviera a tocar los rollos sagrados.

Después de largas consultas se envió un mensajero a Jesús, informándole que había sido honrado con la invitación a leer y explicar la segunda lección el sábado próximo. Pedro pidió al mensajero que aguardara mientras consultaba con el maestro, que descansaba, y luego regresó y le dijo:

—El maestro tendrá gran placer en cumplir vuestra petición.

Cuando llegó el Sabbath, Jesús entró en la sinagoga con sus seis discípulos. Su madre no lo acompañaba; aún estaba enojada con él por la forma en que había tratado a María Cleofás. Sorprendió al pueblo de Nazaret ver a su antiguo carpintero cojeando penosamente, con los músculos de la pierna contraídos en la cadera, el rostro adelgazado por el ayuno y tenso por el dolor, y más pálido que nunca. Se oyeron murmullos y risas contenidas. Jesús nada dijo; se unió a las primeras plegarias y escuchó a los siete ancianos que leyeron, por turno, partes de la ley de Moisés, mientras el *meturgaman*, o intérprete, traducía al arameo local. Luego llegó el momento de la segunda lección. Jesús pidió el rollo de Isaías, buscó el capítulo sesenta y uno, que era el pasaje previsto, y empezó a leer en alta voz los primeros tres versículos:

El espíritu del Señor Jehová es sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos abertura de la cárcel;

A promulgar año de la buena voluntad de Jehová, y día de venganza de Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados;

A ordenar a Sión a los enlutados, para darles gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar del luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.

Habló luego, inicialmente, de los árboles de la justicia, los siete árboles con que la sabiduría ha construido su templo. Los mencioné en orden y describió sus diversas cualidades, así como a sus siete arcángeles custodios, explicando que cada día de la semana tenía su árbol propio, desde el primero, el día de la retama, hasta el séptimo, el día del granado.

Preguntó:

—¿Dónde se podrá encontrar la sabiduría?

Y respondió:

—Dónde podría ser si no es debajo del membrillo, es decir, en la meditación con amor a Dios —y agregó—: Alimentad vuestro corazón con estas frutas. Porque uno ha sido enviado desde el bosquecillo para predicar buenas noticias a aquéllos de vosotros que sean de corazón manso, a liberar a aquellos de vosotros que estén cautivos o prisioneros, a volver a unir los corazones partidos. No me refiero a cautivos atados con ligaduras visibles, a los hombres encarcelados en celdas de piedra; a ellos se envían otros mensajeros; hablo de los hombres y mujeres atados por las cadenas de su propia culpa y aprisionados por la propia dureza de su corazón. Bajo el membrillo sus pecados serán perdonados, y se regocijarán de la luz y de la libertad.

Se interrumpió y se oyó un murmullo de impaciencia, aunque nadie se atrevió a expresar lo que todos sentían.

Jesús dejó a un lado el rollo.

—Hoy se cumple esta profecía de Isaías. ¿Qué más me pediréis? Sé bien qué hay en vuestros corazones. Hace dos días os oí discutir en esta misma habitación, aunque las puertas estaban cerradas. Oí lo que cada uno decía. ¿Necesito acaso la magia egipcia para mis obras en Galilea? La magia egipcia sólo tiene poder en Egipto. En las tierras de Israel sólo prevalece el poder del Señor. Y no he venido aquí como médico; ya tenéis uno en Nazaret. ¿Acaso he venido para estropear su negocio? Pagadle bien y os preparará medicinas que alivien vuestras espaldas doloridas y vuestros vientres biliosos, aunque no vuestros corazones partidos. En cuanto a mí mismo, he sido alguien extraño para vosotros en otro tiempo. Todavía hoy soy un extraño. Me despreciabais cuando era uno de vosotros; ahora que me he marchado, me odiáis. Miráis mi pierna torcida y bromeáis: «Cúrate a ti mismo, médico». Desvergonzados, ¿no es ésa una ofensa a nuestro gran antepasado Jacob, que sufrió la misma herida luchando contra el adversario en Penuel? ¿No es también una ofensa contra Moisés, que en honor de Jacob ordenó que la carne del muslo fuera una porción sagrada, como sigue siendo hoy? Preguntáis: «¿Por qué no hace en Nazaret lo que ha hecho en Cafarnaúm?». Pues porque en Cafarnaúm hallé fe, y no sólo entre los judíos. Un capitán sidonio de policía pidió a este hijo de Adán: «Cura, por favor, a mi siervo Esteban, que es un buen hombre y un judío de Jerusalén, y está demasiado enfermo para venir en persona». Y este hijo de Adán respondió: «Si fuera a curar los enfermos de todas las casas de Cafarnaúm, ¿cuándo acabaría? He venido para los sanos tanto como para los enfermos». Y él dijo: «Di tan sólo la palabra, y mi criado se curará, aunque hables a una milla de distancia». Y Esteban fue liberado de sus pecados, y curó.

Luego hizo una pausa y exclamo:

—¡Parientes y amigos! Ningún profeta es aceptado por su propio pueblo hasta que su muerte abate los resentimientos y los convierte en jactancia. Por lo tanto os

diré esto: en los tiempos de Elías, cuando el hambre oprimió a toda Israel durante tres años y medio, había muchas viudas hambrientas. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas con su inagotable jarra de aceite y su inagotable tonel de pan; sólo fue enviado a la viuda del sidonio Sarepta. Y de los muchos leprosos que había entonces, no curó a ninguno sino a Naamán el Sirio.

Los superiores de la sinagoga se indignaron ante esas palabras y los seis discípulos empezaron a temer por Jesús, porque Nazaret era notoria por su violenta justicia. En Jerusalén o en las grandes ciudades del Jardín un hombre podía especular inquisitivamente acerca de la naturaleza de Dios, o interpretar la ley de Moisés de modo tan libre que sólo se conservara su sombra, o declararse uno u otro de los grandes; su atrevimiento no le acarrearía más que una reprimenda o, a lo sumo, una paliza. Pero en Nazaret, como en muchos pueblos serranos de la Alta Galilea, se mantenían aún las viejas costumbres. Cerca del pueblo había un barranco llamado Barranco de los Enredadores, y tradicionalmente se ejecutaba despeñando por él a toda persona que predicara doctrinas nuevas y peligrosas, tuviera algo que ver con la magia, o dijera ser lo que no era.

Apenas terminó el servicio y Jesús salió de la sinagoga, la concurrencia se apoderó de él y lo condujo hacia el barranco. Él ordenó con calma a sus discípulos:

—Volved a casa, hijos míos. Decid a mi madre que iré en seguida.

No luchó con sus captores, sino que echó a andar despreocupadamente al frente. Por otra parte, ellos dejaron en libertad los brazos de Jesús porque observaron que sus propios dedos se entumecían Y acalambraban. Jesús empezó a hablar serenamente con ellos de cosas indiferentes: la cosecha de frutas, el alto precio que se había pagado recientemente por cierto campo que atravesaban. Todo el mundo guardó silencio mientras él hablaba; su voz se alzaba incesantemente hasta que llegó a ser un grito que estalló en sus oídos estremeciendo sus orejas, pero luego retornó gradualmente al tono de la conversación. Pronto dejaron de tener conciencia de lo que decía. Cada hombre buscó apoyo en su vecino, y todos unieron sus brazos. Su voz llegaba hasta ellos en olas quebradas, como una distante canción traída por el viento, mientras avanzaban adormecidos colina arriba. Cada vez se acercaban más al barranco: los hombres dormían sobre sus pies como viejas mulas entre las varas de los carros.

De pronto un violento grito sonó en sus oídos:

—¡Alto! ¡Alto, enredadores de Jerusalén, o sois todos hombres muertos!

Obedecieron, y la larga fila miró estúpidamente el abismo. Tres pasos más y habrían perecido. Desde unos arbustos, a la derecha, oyeron nuevamente la voz de Jesús, que les ordenaba regresar en paz a sus hogares.

Giraron sobre sus talones y huyeron aterrorizados, como si los persiguieran los Shedim.

XXI

EL SABIO Y POETA

No se deberían leer sin cuidadosas reservas críticas los Hechos y Dichos de Jesús, originariamente escritos en arameo, pero que circulan en traducción griega en las iglesias gentiles. Existen algunas variantes. La edición es con frecuencia ignorante, en ocasiones deshonesta y a veces fraudulenta; sin embargo constituye un manual apto a la vez para atraer conversos y para desarmar los recelos de las autoridades civiles para quienes crestiano es meramente otra forma de decir judío. Como sólo es el esqueleto de la historia completa de Jesús, se suele complementar con una tradición oral secreta que se comunica etapa tras etapa a los iniciados, a medida que se los considera dignos de la revelación.

Fue de modo casual que me convertí en una autoridad en materia de crestiandad. Un obispo ebionita, viejo y enfermo, que se refugió en mi casa de Alejandría durante las persecuciones se ofreció a hacerme depositario de la que, según él sostenía, era la única tradición crestiana pura.

—¿Por qué quieres honrarme con tu confianza? —pregunté—. Yo no soy crestiano.

—Porque, aunque no eres crestiano, has demostrado caridad crestiana; porque has estudiado la ley y los profetas más atentamente que muchos judíos; y porque hoy, como el profeta Elías, puedo quejarme justamente a nuestro Dios: «Sólo yo he quedado, y tratan de tomar también mi vida».

—¿Qué entiendes por caridad crestiana?

—Corres el riesgo de una denuncia y no buscas recompensa.

—Ojalá sea digno de tu confianza —dije al pobre hombre.

Sin embargo, podía ver que le inspiraba terribles escrúpulos de conciencia revelarme la tradición secreta, y que jamás lo habría hecho si no hubiese temido que de otro modo se perdiera para siempre. Exclamó amargamente:

—Los traidores de Roma y Siria profanan la sagrada verdad y convierten en un monstruo a aquél cuya memoria venero por encima de todo y a quien desearía que todo el mundo honrara del mismo modo.

Yo no pude estar de acuerdo con esta condena a los crestianos gentiles en bloque, y las investigaciones que he realizado desde entonces demuestran que los actuales miembros de la Iglesia no pueden ser justicieramente tildados de traidores, puesto que no tienen conciencia de la inseguridad del basamento histórico de su doctrina. Además, han demostrado notable, firmeza ante la persecución imperial; y si se tiene en cuenta que muchos de ellos provienen de la hez de la sociedad —aquí en

Alejandría pocos serían aceptados para su iniciación en los misterios griegos, y no todos obtendrían la admisión en un ordinario club de bebedores—, es asombrosa la reputación de honestidad y decencia que han logrado. Sin embargo, es evidente que no se pueden comprender adecuadamente las tendencias, la finalidad y el alcance de la prédica de Jesús si no es a la luz de la autoridad en virtud de la cual predicaba; y es evidente también que los fundadores de las iglesias gentiles han interpretado de modo tan curiosamente erróneo su misión que lo han convertido en la figura central de un nuevo culto que, si él viviera, sólo podría mirar con asco y horror. Lo presentan como un judío de origen dudoso, un renegado que abrogó la ley mosaica y que, uniendo su suerte a los gnósticos griegos, pretendía una especie de divinidad apoloniana; y todo esto sobre fundamentos que deben aceptarse con fe ciega, lo cual se debe, supongo, a que ninguna persona razonable podría aceptarlos de otro modo. Pero, como ya se ha demostrado, Jesús no sólo pertenecía a la realeza sino que además era tan escrupuloso en su observancia de la ley mosaica como el que más, y pasó toda su vida intentando persuadir a su pueblo de que jamás había existido, existía ni podría existir otro dios verdadero que el Dios de Israel. Incluso rechazó en una oportunidad el título de «buen maestro» con que lo saludó un extranjero cortés, aduciendo que sólo Dios es bueno.

Como un rey sagrado, y el último gobernante legítimo de una dinastía inmensamente antigua, su intención confesa era cumplir todas las viejas profecías que a él se referían y llevar la historia de su casa a una conclusión real e inevitable. Se proponía, mediante un inmenso ejercicio de poder y de confianza perfecta en Dios Padre, anular la jactanciosa tradición de la pompa real iniciada por el rey Salomón en Jerusalén y que se funda en los ejércitos, las batallas, los impuestos, las ventajas mercantiles, los casamientos con princesas extranjeras, el lujo de la corte y la opresión del pueblo; y al mismo tiempo romper el lamentable ciclo de nacimiento, procreación, muerte y renacimiento en que tanto él como sus súbditos estaban implicados desde los días de Adán. No le bastaba con renunciar al poder temporal. Su decidida esperanza era derrotar a la muerte misma, soportando con su pueblo los así llamados dolores de parto del Mesías, los acontecimientos cataclísmicos que eran el esperado preludio al advenimiento del reino de Dios; su justificación de esa esperanza estaba en la profecía del capítulo veinticinco de Isaías: «Destruirá a la muerte para siempre». En el reino, que sería milagrosamente fértil y perfectamente pacífico, serian sus súbditos todos los israelitas que reconocieran su triple capacidad de rey, profeta y dispensador de salud: vivirían no menos de mil años bajo su benigno gobierno, totalmente libres de error, deseo, enfermedad o temor a la muerte.

El reino, según parece, debía consistir en diversos estamentos integrados por iniciados de diverso grado. Él sería el soberano predestinado, responsable personalmente ante Dios Padre y con autoridad directa sobre la tribu de Judá. Debajo de él habría doce gobernantes —los doce pilares de su gilgal— con autoridad sobre una de las doce tribus restantes. Eran éstos los seis discípulos ya mencionados —

Judas, Pedro, Jaime, Juan, Andrés, Tomás— y seis más que eligió en el Jardín de Galilea después de su visita a Nazaret: Felipe, Bartolomé, Simón de Caná, Jaime el Menor, Mateo y Tadeo. Estos doce, junto a sus tres discípulos ocultos —Nicanor el Esenio; Nicodemon hijo de Gorion, miembro del sanhedrín; y su propio medio hermano Jaime el Ebionita— formarían su consejo reservado, dividido en tres grupos de cinco miembros: los dispensadores de leyes, de profecías y de salud. Jesús designó médicos a Juan, Pedro, Jaime, Andrés y Tomás; profetas, a Judas, Felipe, Bartolomé, Simón de Caná y Jaime el Menor; de las leyes se ocuparían Mateo, Tadeo, Nicanor, Nicodemon y Jaime el Ebionita. Todos eran israelitas, y dispondrían de la ayuda de un gran consejo de setenta y dos miembros, también israelitas. A este cuerpo central de gobierno espiritual obedecerían cinco sínodos de distrito, representantes de las sinagogas.

Las mujeres no participarían en el gobierno, pero serian honorables ciudadanas del reino y podrían formar coros sagrados, como entre los terapéuticos esenios de Egipto, e incluso profetizar pues, según la tradición farisea, «No ha de estar el hombre sin la mujer, ni la mujer sin el hombre, ni ambos sin la gloria del Señor». Las demás naciones recibirían el estado de aliados o súbditos aliados en un imperio mundial dominado por el reino de Israel; pero la función de los israelitas no seria la de arrogantes amos del resto sino la de ejemplo moral del mundo, y por lo tanto estarían sujetos a la más estricta observación de la ley. Los aliados estarían regidos por una ley moral general y deberían reconocer la suprema soberanía de Dios. No se harían, en un primer momento, iguales demandas de santidad a aquellos cuyo vínculo con los israelitas era sólo la descendencia común de Noé —los armenios, los chipriotas, los jonios, los asirios y los cimerios de Bretaña del Norte— y a aquellos que descendían de Abraham, como los árabes, los edomitas y los dorios. Pero antes de que terminaran los mil años, incluso los salvajes moros y los caníbales fineses adoptarían la circuncisión y la ley y se convertirían en verdaderos hijos de la luz.

Muchos hombres a quienes Jesús llamó como discípulos se excusaron por uno u otro motivo. A uno que le dijo: «Volveré cuando muera mi padre», le respondió: «Que los muertos entierren a sus muertos, como en la fábula egipcia».

—¡Todavía no, todavía no!

Estaba convencido de que el reino de Dios estaba próximo, aunque sólo Dios mismo conocía la hora y el día; y también de que muchedumbres, entre aquéllos a quienes predicaba, sobrevivirían a los pavorosos acontecimientos que precederían al reino, y por lo tanto jamás sufrirían la muerte. Al acabar el milenio, el mundo físico llegaría a su fin, y le sucederían la resurrección general y el juicio final; luego el reino de Dios se fundiría con el reino del cielo en una existencia puramente espiritual en la que las almas de los hombres justos serían elementos radiantes de la gloria de Dios. Con esa firme creencia se abocó al refinamiento de la fe y la práctica religiosas, escogiendo los mejores elementos doctrinales de las distintas sectas judías —los saduceos, los esenios, los fanáticos, los Anavim— y cotejándolos con el generoso,

aunque prolijo, sistema farisaico. Recorrería de extremo a extremo la tierra santa, como un pastor que rodea su rebaño disperso, visitando incluso Samaria, donde los campesinos pertenecían a la vieja estirpe israelita, aunque el clero y la aristocracia eran extranjeros que habían abrazado el judaísmo inicialmente por conveniencia.

En una versión de los Hechos y Dichos de Jesús que circula habitualmente en la Iglesia Romana, se presenta como ocurrido en Jerusalén un incidente de la audaz visita de Jesús a los samaritanos ¡Y qué torpe es la falsificación! Se dice que Jesús salvó la vida de una mujer a quien los fariseos estaban a punto de lapidar por adúltera con la sencilla astucia de decir: «Que arroje la primera piedra el que esté libre de pecado». Sólo que durante los últimos cien años la ley que imponía la lapidación de las adúlteras judías había sido letra muerta. La mujer debía ser llevada a Jerusalén para su juicio, aunque hubiese sido sorprendida en cualquier otra parte. Sólo debía alegar ignorancia de la ley ante la suprema corte farisea para quedar en libertad, aunque podía ser repudiada y advertida, en presencia de dos testigos, de que no debía volver a encontrarse con su amante. Ni siquiera perdía los derechos adquiridos por el contrato de matrimonio. Si no había pruebas del adulterio, sino apenas sospechas, se le daba a beber «agua amarga»; si moría, su culpabilidad quedaba demostrada. Pero como el agua amarga era meramente un fuerte purgante, invariablemente se demostraba su inocencia. Únicamente en Samaria se imponía con la furia primitiva la pena contra las adúlteras y sus cómplices.

En el mismo libro se observa otro absurdo. Según la versión aramea original, Jesús, durante una discusión con un saduceo, narra la historia del samaritano que va de Jerusalén a Jericó y es asaltado, herido y despojado por los bandidos en el camino. Pasan luego por allí un sacerdote y un levita, pero es un sencillo israelita amante de Dios quien lo recoge, cura sus heridas, lo sube a su propio asno, y lo lleva hasta una posada donde lo atenderán. La moraleja de esta historia es que la gente común de Israel —la gente común educada en las sinagogas fariseas— tiene mayor sentido religioso que los sacerdotes del templo, y que cuando se establezca el reino de Dios habrá en él muy pocos de los jefes religiosos actuales: «Los primeros serán los últimos; los últimos serán los primeros». En efecto, los saduceos habían impedido durante siglos la entrada de los samaritanos a los patios interiores del templo, porque los consideraban impuros, y esto explicaba la repugnancia del sacerdote y el levita a ayudar al herido. Jesús, aunque consciente de los defectos de los samaritanos, declaraba que era preciso cerrar apresuradamente la brecha que había entre ellos y los judíos, y que se había ampliado gravemente con la profanación del patio de los sacerdotes veinte años antes; la única forma de cerrarla era mediante la generosidad. Pero en la versión romana el texto ha sido enmendado de modo que acentúa el rechazo de los crestianos gentiles a los fariseos y, en general a los judíos. Se presenta la historia como una discusión entre Jesús y un fariseo —aunque en la versión original no se menciona la nacionalidad de la víctima— y el israelita amante de Dios no es ya un israelita, sino un samaritano. ¡Otra nueva torpe falsificación! El relato

enmendado no tiene sentido literario. Es como si se escribiera «cartaginés» en lugar de «ciudadano» en alguna historia moral que contara cómo se conducen los senadores, caballeros y ciudadanos durante alguna crisis social, porque sacerdote, levita e israelita son los tres estamentos judíos, así como los romanos son senador, caballero y ciudadano. Además, el contexto en que, según las dos versiones, Jesús narra esa parábola, es aquél donde se menciona el texto «Amarás a tu vecino como a ti mismo», y donde el saduceo replica: «¿Pero quién es mi vecino?». La respuesta obligada: «El hombre a quien el israelita demostró piedad» se convierte ilógicamente en la versión romana en: «El hombre que demostró piedad al israelita».

En una o dos ocasiones que se recuerdan Jesús censuró a determinados fariseos, pero nunca a la secta en su conjunto. Sus palabras se dirigían contra aquéllos que no alcanzaban sus elevadas pretensiones morales, o también contra los extranjeros que simulaban falsamente ser fariseos, en especial ciertos agentes romanos o herodianos que, aprovechando su método dialéctico de enseñanza, intentaban arrastrarlo a afirmaciones revolucionarias.

Jesús pertenecía directamente a la línea de los famosos maestros de ética, entre quienes Hillel el Fariseo era el más humano e ilustrado, y por esta razón se abstenía de confiar sus pensamientos al papel. Los fariseos comprendían bien la tiranía de la palabra escrita. En la época de Jesús, la ley de Moisés, creada originariamente para el gobierno de una nación semibárbara de pastores y granjeros, se asemejaba a un bisabuelo petulante que intenta gobernar un negocio familiar desde su lecho de enfermo junto a la chimenea, inconsciente de los cambios que han ocurrido en el mundo desde que dejó de andar; quizá no se ponga en tela de juicio su autoridad, pero sus órdenes, que ya no son adecuadas, deben interpretarse de otra manera para evitar que el negocio caiga en la bancarrota. Si el anciano dice, por ejemplo, «Es hora de que las mujeres vayan a moler el mijo en el mortero», esto se debe interpretar como: «Es hora de enviar los sacos de trigo al molino de agua».

Hillel y los demás fariseos insistían en el estricto cumplimiento de la ley en la medida en que aún era practicable e inofensiva para su ilustrado sentimiento de la merced divina. Pero sus apreciaciones acerca de la ley eran orales, y por tanto fáciles de descartar cuando el paso de los años demostraba que eran erróneas o inadecuadas. Recomendaban el diezmo del trigo y las frutas, pero también el de las hierbas del huerto; y al mismo tiempo aliviaban el rigor de la ley allí donde obedecer a la letra significaba deshonrar el espíritu. Por ejemplo, en el caso de la lapidación de adúlteros y adúlteras. El punto de vista de los fariseos era el siguiente: «O bien las mujeres son, en general, criaturas responsables, y deben tomar en la religión tanta parte como el hombre, o bien son irresponsables y sus actividades deben ser limitadas». Ocasionalmente ocurre que en pequeñas sinagogas rurales se eligen como funcionarias de la sinagoga mujeres educadas y piadosas, aunque en su mayoría las mujeres no demuestran aptitud para el aprendizaje de la religión ni reciben aliento para intentarlo. En el Deuteronomio se encuentra la ordenanza siguiente: «Enseñarás

estas leyes a tus hijos varones». Y no se habla de las mujeres. Por lo tanto, no se debe considerar a una mujer no educada responsable por una transgresión de la castidad, puesto que el hombre que se ha acostado con ella probablemente conoce la ley mejor que ella. En verdad, Moisés suponía que las mujeres poseían suficiente conocimiento de la ley para que la falta de castidad se castigara con la muerte, y trazó sus normas en consecuencia; pero las mujeres eran más responsables en aquellos tiempos que ahora, porque el desierto ofrecía menos tentaciones que la ciudad o la aldea, y porque tenían el privilegio de oír las palabras mismas de Moisés. ¿Debemos entonces apedrear al adúltero, y dejar en libertad a la adúltera? No: esto seria manifiestamente injusto, porque pondría la vida del hombre débil a merced de una mujer astuta, y ni siquiera nuestro padre Adán estaba protegido contra la maliciosa sonrisa de la mujer. Entonces, entreguemos a ambos a su propio arrepentimiento y a la merced de Dios, porque Él creó a nuestra madre Eva y sólo Él comprende el corazón de la mujer adúltera. ¿No está escrito acaso: «La adúltera es así: come, limpia su boca y dice: "No he hecho mal"»?

Quizás el mejor ejemplo del ilustrado punto de vista de los fariseos se encuentra en su actitud acerca del Sabbath. Prohibían escrupulosamente el día del Sabbath que se realizara ningún trabajo que pudiera hacerse un día de la semana; sin embargo, un mandamiento, atribuido a Moisés, de amar al prójimo como a si mismo, parecía invalidado por el temor de infringir el Sabhath si, por ejemplo, la casa del vecino se derrumbaba y él gritaba desde debajo de las ruinas. Entonces, era preciso hacer lo necesario, fuera Sabbath o no. Una falta semejante había salvado la vida misma de Hillel: en su juventud fue encontrado, congelado en un metro de nieve fuera de la ventana de una sala de conferencias de la academia, donde escuchaba un debate, porque no podía pagar al portero las pocas monedas de cobre de la entrada. Los doctores de la ley se esforzaron para devolverlo a la vida la mañana de ese Sabbath, diciendo: «Por este hombre vale la pena faltar al Sabbath». Jesús era también un escrupuloso seguidor de la ley; pero se recuerda que una vez vio a un hombre que infringía el Sabbath para prestar algún pequeño servicio a su vecino y le dijo: «Si no sabes lo que estás haciendo, mereces una reprimenda del presidente de tu sinagoga; si lo sabes, mereces su alabanza».

Jesús no era sólo un rey y un maestro de ética: era también un profeta, un médico y un hacedor de milagros, como Elías, Elisha, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Osías, Amós, Zacarías, Zefanías, Miqueas, Enoc y los demás. Durante su recorrido de Galilea llevaba su báculo de pastor y la «burda vestidura» de los pastores, o manto de lana tejida, como hacían los antiguos profetas, y como pidió luego a sus discípulos que hicieran. Muchas de sus expresiones proféticas han sido capciosamente interpretadas por los crestianos gentiles. El profeta, como la palabra implica, se consideraba la voz de Jehová; lo que decía en estado profético no era su palabra sino la de Jehová. Tales expresiones seguían siempre a un comienzo obligado: «Así habló el Señor», o «La palabra del Señor vino a mí, diciendo»; y para conservar la santidad

de su boca estaba obligado a abstenerse de vino —fuente de falsas profecías— excepto en el caso de una boda real. Cuando Jesús dijo «soy la resurrección y la vida» o «soy el camino, la verdad y la vida», debe entenderse que hablaba en nombre de Jehová, restaurando al texto esas palabras previas. Cualquier otra interpretación seria históricamente impensable. Su prefacio habitual era la palabra hebrea Amen, repetida dos veces; significaba literalmente «Él era firme» y la empleaba en el sentido de «Jehová ha declarado firmemente». Los crestianos gentiles, que desean hacer de Jesús un Dios, traducen ese fastidioso Amen tan sólo como «En verdad» y con frecuencia lo omiten completamente. También le atribuyen varias expresiones bien conocidas de Hillel, Shammai, Simeón el Justo y otros célebres moralistas judíos, con la simple artimaña de suprimir las palabras en que él, con toda modestia, lo reconoce, como por ejemplo: «¿No sabéis lo que Antígono de Soko escuchó de labios de Simeón el justo? Porque Simeón solía decir: No seáis como esclavos que sirven a su amo esperando recompensa, sino como esclavos que sirven sin esperanza de recompensa, y que el temor del cielo sea con vosotros». O bien: «¿Habéis oído lo que dijo el sabio Hillel —bendita sea su memoria— al hombre burlón que pedía que le enseñaran toda la ley mientras estaba parado sobre un solo pie? "No hagas a tu vecino lo que no desees que te hagan a ti". Ésta es toda la ley; el resto es apariencia. La contrapartida de este juicio se encuentra en la Carta de Aristeas: "Haz a los otros lo que deseas que te hagan a ti"».

Como un rey cortés, adaptaba su discurso a cada clase de súbditos. A los profetas, como Juan el Bautista, les hablaba como un poeta; con los doctores de la ley empleaba su propio lenguaje culto; era más familiar con los mercaderes, y cantaba canciones o narraba fábulas a la masa del pueblo, que no era suficientemente sutil para comprender poemas profundos o complejas teorías religiosas.

Algunas de sus canciones sobreviven. En su mayoría contienen sencillas advertencias a los hombres o mujeres, para que no permitan que la ambición social o las preocupaciones rutinarias de la vida cotidiana aparten sus mentes de la contemplación del reino de Dios. Por ejemplo:

Mirad los cuervos
que no aran ni cosechan,
ni construyen silos
para guardar sus reservas;
Dios los cuida
como el pastor a sus ovejas.

Mirad los lirios del campo
que no hilan ni cosen;
la hermana de Salomón
con su gloria interior,
nunca tuvo hermosura
comparable en sus vestidos.

En la traducción en prosa ofrecida por esos Hechos y Dichos de Jesús dice «Salomón» y no «la hermana de Salomón»; supongo que esto se debe a que la reina de Saba admiraba la magnificencia de Salomón; pero esta enmienda estropea el equilibrio poético entre los cuervos como hombres y las flores como mujeres. También oculta la referencia al salmo de la coronación: «La hija del rey es pura gloria interior», porque aquí el rey es David, el padre de Salomón, y su hija es la «hermana y esposa» de Salomón, la Sunamita del Cantar. Esa versión omite irresponsablemente las dos estrofas explicativas de la canción:

Dios recuerda a los cuervos
que aliviaron la angustia
de Elías el Tishbita
en el desierto,
aunque los gobernantes de Israel
le negaron alimento.

Dios recuerda los lirios del campo
que íntegra enrojecieron la pradera
cuando la sangre pura de Abel
fue derramada por la espada de Caín.
Cada primavera lo saludan,
renovando a su Señor.

Es posible que la extraña recomendación de los impuros cuervos formulada por Jesús esconda una referencia a la bien conocida enemistad existente entre el cuervo y el búho; como decimos en griego, «La voz del búho es una cosa, y otra la voz del cuervo». Porque el cuervo era el ave de Elías el poeta y médico; y aunque impura, se consideraba de buen augurio, en tanto que el búho era el ave de Lilith, la primera Eva, a quien Jesús estaba decidido a destruir.

Y todavía más simple que esa canción de cuervos y lirios es esta otra que

comienza:

No suspires, no te quejes,
yo aliviad tus temores:
porque benditos son los pobres.
De ellos es el reino de Dios.
Benditos los misericordiosos;
Él es misericordioso.
Benditos los puros;
verán su rostro.
Benditos los mansos,
su alfombra los aguarda.
Benditos los hambrientos;
serán alimentados.

Y otra que se refiere a la piedad divina:

Pedid, se os dará.
Buscad; encontraréis.
Golpead, la puerta se abrirá.
dulce es el corazón de Dios.

La canción *Si tu ojo derecho te ofende* recomienda la mansa aceptación de la opresión externa combinada con la orgullosa resistencia a la opresión interna. Y Juzga al árbol expone una norma de juicio moral:

Juzga al árbol por su fruto,
no lo juzgues por la hoja…

Jesús ponía algunas de sus fábulas en la forma aproximada de una balada, como la que se refiere al rico y al mendigo y a sus andanzas en el otro mundo, y aquélla que comienza:

El granjero sale a sembrar con pesado andar;
lleva colgada la bolsa de cuero con la semilla.
Mirad cómo va a lo largo de los alegres surcos
esparciendo la buena semilla ampliamente y a lo lejos.

Se dice que compuso también poemas dignos de comparación con los de Isaías y Ezequiel; pero ninguno de éstos ha sobrevivido.

A veces imprimía en la mente de sus discípulos un juicio moral mediante el desempeño de un acto simbólico, como por ejemplo en Caná, cuando asistió a la boda de su sobrino Palti. Ya muy tarde, el vino se acabó y no era posible conseguir más. El maestro de ceremonias, avergonzado y consternado, le pidió consejo. Jesús ordenó a los criados que volvieran a llenar las jarras de vino con el agua lustral que todo judío

piadoso usa para lavar sus manos antes y después de las comidas, y que la escanciaran con la misma ceremonia que si fuera vino. Ellos vacilaron hasta que su madre, que era la mujer de mayor edad, insistió en que lo hicieran. Él mismo aceptó el primer vaso de agua, alabó su color y su delicioso aroma y lo probó como un *connoisseur*.

—Adán bebió un vino semejante en el Edén —dijo.

El maestro de ceremonias siguió su ejemplo y juró que nunca había bebido mejor vino. Esto significaba que había aprobado el mensaje de Jesús: «La limpieza, es decir, la santidad ante el Señor, es mejor que beber en exceso. Porque Adán, en los días de su inocencia, conoció júbilos más puros que su descendiente Noé, el inventor del vino; el vino es bueno, pero su exceso llevó a Noé a la desvergüenza, y a su hijo Cam al pecado y a la esclavitud». Sin embargo, según mi informante ebionita, Jesús quería decir aún más que esto: quería decir que Adán y Eva, en los días de la inocencia, se abstenían también del amor carnal —cuyo emblema en el Cantar es el vino— y que, cuando sucumbieron a él, después de la caída, el fruto de su unión fue Caín, el primer asesino, que trajo la muerte al mundo. Sólo mediante el retorno a ese amor entre el hombre y la mujer que desterraba el peligroso goce de la carne podía la humanidad regresar al Edén.

Jesús y el maestro de ceremonias representaron sus papeles con tal gravedad y verosimilitud que convencieron a unos pocos huéspedes ebrios de que, en realidad, estaban bebiendo vino; a partir de esto, los crestianos gentiles, que no se abstienen del vino ni del matrimonio, ¡le atribuyen un vulgar e insensato milagro semejante a los que realizan los juglares sirios en las ferias! Y también han hecho un milagro parecido con otro de sus actos simbólicos: la pretendida distribución de alimento a una gran cantidad de sus seguidores con sólo cinco panes.

Jesús hizo esto una tarde, en la ribera del lago de Galilea, después de refugiarse en una barca de una muchedumbre estimada en unas cinco mil personas, que había echado a correr en pos de él cerca de Tariqueas. Navegó lentamente en la barca durante varias millas a lo largo de la costa sudeste, hasta que todos regresaron a la ciudad, cansados y hambrientos, con excepción de unos mil. Desembarcó entonces, persuadido de que los restantes no eran espectadores ociosos sino sinceros buscadores de la verdad.

—De cinco mil, cuatro mil se han ido y mil se han quedado. ¿Qué haremos con ellos?

Pedro dijo:

—Señor, los cuatro mil han regresado a comer pan; que los demás hagan lo mismo.

—No. Les daré de comer, porque se ha dicho: «Que tu mano derecha rechace, pero la izquierda invite».

—Doscientas dracmas no comprarían suficiente pan para ellos aun si brotara súbitamente en este lugar desierto la tienda de un panadero.

—Yo les daré pan viviente.

El resto se narra en los Hechos y Dichos de Jesús, pero el significado original de lo ocurrido parece haberse perdido, porque la descripción es vaga y confusa.

Jesús se sentó en una roca y ordenó a la gente que se sentara sobre la hierba.

—Cinco panes bastarán —dijo— para seis compañías integras. Luego yo alimentaré a los demás.

—¿Quién, entre vosotros, tiene panes? —gritó fuertemente Pedro.

Un muchacho se adelantó: tenía cinco panes en un bolso y unos pocos pescados asados en otro.

Jesús dio instrucciones a sus discípulos:

—Como oficiales encargados de las comidas, tomaréis un cesto cada uno. Distribuiréis las raciones. Numerad seis compañías de hombres y mujeres; que se sienten en círculo a mi alrededor, dejando un espacio en el extremo sur. Pero antes, que todos se laven las manos en el lago.

Cuando esto se cumplió, empezó a predicar acerca del pan viviente, la palabra de Dios, y de lo bueno que es alimentarse con él día tras día, todo el año. También recordó que Elías, el profeta, había satisfecho el hambre de cien hombres con sólo veinte panes, después de afirmar: «Así ha dicho el Señor: todos comerán pan y quedarán sobras de pan». Porque los panes de Elías no eran panes comunes, sino que estaban horneados con la primera harina de las primeras espigas aventadas en Beth Shalishah, y con grano consagrado a Dios con agradecimiento; eran un pan viviente que contenía el espíritu de la cosecha, pan de la casa del pan.

—Traedme los cinco panes para santificarlos.

Le llevaron los panes. Jesús los santificó con la fórmula que empleaban los sacerdotes para consagrar los primeros frutos, y luego los partió en trozos que distribuyó por igual entre los cestos.

—Oficiales encargados de las comidas —dijo—, a vuestros puestos, cada uno a la derecha de media compañía.

Los discípulos obedecieron.

—¡A cada uno un pan!

Luego, a partir del espacio libre, se movió en la dirección del sol alrededor del círculo, tomando por turno el cesto de cada discípulo, entregando a cada persona un pan fantasma, y devolviendo el cesto cuando terminaba.

—¡Comed de buena gana! —exclamó Jesús—. Jamás se ha horneado un pan más sabroso ni fortalecedor —dio el ejemplo partiendo un trozo fantasma y masticando con deleite.

Alegre o gravemente, todos siguieron su ejemplo.

Luego regresó al espacio abierto, se detuvo y llamó a sus discípulos. Ellos corrieron hacia él. Dijo:

—Aquí queda pan. Volcadlo sobre la hierba.

Así lo hicieron, y él dijo:

—Mirad: hay suficiente para hacer cinco panes enteros. Que otros cinco hombres llenen el hueco.

Se llamó a otros cinco hombres y cada uno recibió su pan fantasma. Después santificó el pescado asado y lo repartió entre ellos, como si hubiera un pescado para cada uno.

—Se han ido cuatro mil; mil se han quedado. Quien tenga ojos para ver, que vea.

Después de decir esto, indicó a cada hombre del círculo que cediera su lugar a alguien que aún no hubiera comido. Cuando se volvió a formar el círculo, predicó nuevamente acerca del pan viviente. Contó que José, previendo siete años de hambre, construyó grandes graneros en Egipto, que llenó cada año de abundancia en previsión de un año de hambre. Y agregó:

—Jacob, el padre de José, y sus once hijos, fueron a Egipto en busca de comida; José indicó a sus hermanos y a sus hijos que se ocuparan del pan del pueblo, trabajando cada uno una semana por turno, y tomando el grano por turno de uno de los siete graneros —luego dividió el montoncillo de trozos de pan en siete, y los puso en siete cestos—. Aquí están los graneros —dijo, dando a cada uno de sus doce discípulos el nombre de un patriarca, y como se necesitaba una persona más para que representara a Benjamín, llamó al muchacho a quien pertenecían los panes y los peces.

Entonces comenzó la segunda distribución. Cada supuesto patriarca se adelantaba y distribuía pan a siete personas, a cada una un pan de un cesto distinto. Pedro, desempeñando el papel de Rubén, empezó la distribución; y cuando él y sus compañeros concluyeron cuatro distribuciones, volvieron al espacio libre donde estaba el muchacho.

Jesús le dijo:

—Vuelve a tu lugar en el círculo, Benjamín. Los cinco panes de los cestos te pertenecen por derecho, puesto que está escrito: «La parte de Benjamín era cinco veces mayor». Y también dice el salmista: «Allí está el pequeño Benjamín, su jefe» —luego exclamó a grandes voces—: Quien tenga ojos para ver, que vea. Cuatro mil han marchado y mil se han quedado. Y hay aquí otro José.

Cuando todos los miembros de la muchedumbre recibieron su comida y se lavaron las manos, los bendijo, los despidió y retornó a su sitio en la popa de la barca. Izaron la vela y mientras se alejaban la costa preguntó a sus discípulos:

—¿Cuántos panes dividí entre la multitud la primera ocasión?

—Cinco.

—¿Cuántos cestos había?

—Doce.

—¿Cuánto pan quedó?

—Lo suficiente para cinco personas.

—¿Y la segunda vez?

—La misma cantidad de panes, pero distribuidos entre siete cestos. Quedaron

cinco panes, que fueron entregados a una sola persona.

—Habéis contestado bien. La primera vez se trataba de los cuatro mil que se habían ido; la segunda, de los mil que se habían quedado. ¿Quién comprende mis cuentas?

Sólo Mateo y Tadeo pudieron responder que comprendían.

—Tadeo, explica los cuatro mil que se marcharon.

—Son los cuatro mil años que, según nos has enseñado, han transcurrido desde los días de Adán.

—¿Y los doce cestos?

—Los doce signos del Zodiaco y los doce meses egipcios de treinta días de que nos has hablado.

—¿Y los cinco panes?

—Las cinco estaciones de setenta y dos días que también nos has enseñado, y que juntas suman los trescientos sesenta días del año público egipcio.

—¿Y los cinco panes restantes?

—Los cinco días añadidos al año público, cada uno un día de poder.

—Has respondido bien. Mateo, explica el otro acertijo.

—Los trece supervisores son los trece meses, cada uno de cuatro semanas, como nos has enseñado. El año tiene trescientos sesenta y cuatro días, como se puede leer en el libro del profeta Enoc. Se agrega un día piadoso, el día del Crestos, el niño propicio. Los cinco poderes a quien estaban antiguamente consagrados los cinco días se someten ante él.

—¿Quién es el niño?

—La semilla sembrada en buen suelo y que, como nos has enseñado, se cosecha santificando, para el uso de Dios, los primeros frutos.

—¿Y los mil que quedaban?

—Los mil años del reino de Dios, que se aproxima.

—Has respondido bien. ¿Quién explicará los peces?

Pedro dijo:

—Está escrito: «Recordamos los peces que comimos en Egipto».

Jesús dijo con reproche:

—Pedro, Pedro, eres osado en tus errores.

Después de un silencio, Felipe habló.

—Joshua era hijo de Nun, que significa hijo del pez. Tú eres Joshua porque Jesús es Joshua en griego, y el hijo del pez es un pez como su padre. Joshua significa: «Jehová salvará». Tú, el pez, has distribuido a Joshua entre los hambrientos, lo que significa que Dios los salvará si escuchan tus palabras y obedecen la ley de Moisés, porque Moisés también era un pez.

—¿Cómo es eso?

—Fue extraído del agua.

Jesús quedó complacido con la respuesta de Felipe; y hasta el día de hoy la

contraseña secreta de los crestianos consiste en dibujar un pez con los dedos del pie en el suelo, o formar la cabeza de un pez con los dedos de la mano izquierda.

Sin embargo, según mi informante, todavía esto no era todo. Lo que había hecho Jesús era, al modo de los poetas, transmitir al mismo tiempo un significado sencillo y otro difícil. El sencillo era que el Dios de Israel alimentaría diariamente a su pueblo con las cosas necesarias para la vida si se dedicaban a su servicio todo el año, nutriéndose con las palabras que había confiado a Moisés y a los profetas. Pero el significado complejo era que Moisés seguía el calendario egipcio, con meses de treinta días dividido cada uno en tres semanas de diez días, y cinco días excedentes; pero ni en ese sistema ni en el que lo había reemplazado durante el cautiverio —un año de doce meses lunares, y un periodo de once días que se intercalaba a intervalos regulares— se encontraba la sagrada semana de siete días como una subdivisión exacta del mes.

Entre las muchas hazañas profetizadas para el Mesías hijo de José se contaba la reforma del calendario. Jesús no se había revelado aún como el Mesías, de modo que acababa de publicar el plan de su reforma, pero contentándose con su mera exposición y sin extraer las consecuencias. Al dividir el año en trece meses, cada uno de veintiocho días —que era el sistema seguido por los antepasados de los judíos antes de llegar a Egipto— cada mes tenía cuatro semanas, y sólo quedaba un día de más, es decir el del solsticio de invierno, el del nacimiento de Jesús y el de la siembra del grano sagrado; la última semana de siete días se agrandaba y convertía en una ogdóada, o semana de ocho días. Ocho es el número tradicional de la abundancia; y por esta razón el pan del templo llevaba la marca de una cruz de ocho puntas. En el nuevo calendario, en lugar de los cinco días excedentes, que en Egipto se consagraban a Osiris, Horus, Set, Isis y Neftis, sólo quedaría uno, que se consagraría al hijo del hombre profetizado por Daniel. Todas las estaciones del año le pagarían tributo. Porque Benjamín significa «hijo de mi mano derecha», y el hijo del hombre había de sentarse a la diestra de su Padre, el Anciano de los Días; y la derecha entre los judíos significa también el sur, donde había estado el muchacho dentro del círculo de espectadores.

El hecho de que Jesús se abstuviera de una explicación indujo a los crestianos gentiles a pensar erróneamente que quería decir: «Soy la realización de todas las profecías que se refieren a Tamuz, el dios del trigo». Porque había nacido el aniversario de Tamuz en Bethlehem, la «casa del pan», en la cueva de Tamuz, y su cuna había sido el pesebre de la cosecha de Tamuz. Y también sostienen que en Caná dio a entender: «Soy la realización de todas las profecías que se refieren al dios de la vid, Noé, Dusares o Dionisos. Soy de Nazaret, la «casa del vino»». Porque, más tarde, dijo a sus discípulos: «Yo soy la vid, y vosotros los renuevos»; pero en esa ocasión hablaba de Jehová, no de sí mismo, precediendo la profecía con un doble Amen. Posteriormente les dio motivos mucho más sólidos para su error, como se mostrará cuando corresponda. Algunos crestianos han ido tan lejos en su místico

culto de Jesús que usan en el pulgar anillos con las letras *Iota Eta Sigma*, las conocidas iniciales de Dionisos como «dispensador de las aguas de la vida», porque éstas son también las primeras tres letras del nombre de Jesús escrito en griego.

Revela la preocupación de Jesús por el futuro reino de Dios una intuición profética que recibió súbitamente en una barca, en el lago de Galilea. Aconsejó a Pedro y Andrés, que lo acompañaban y nada habían pescado en toda la noche, que arrojaran sus redes en cierto lugar y que contaran los peces. Así lo hicieron, y la pesca fue de ciento cincuenta y tres peces. Es una historia que casi no vale la pena recordar, porque con frecuencia personas necias y estúpidas tienen intuiciones más notables, salvo si se piensa que ciento cincuenta y tres es un número simbólico que representa todos los lenguajes diferentes del mundo conocido. Jesús estaba diciendo «Cuando llegue el reino, incluirá hombres de todas las naciones del mundo».

XXII

EL NOVIO

Mateo, hijo de Alfeo, había sido funcionario de aduanas en Cafarnaúm. Aunque renunció a su puesto cuando respondió a la repentina llamada de Jesús para que fuera su discípulo, no era un hombre capaz de olvidar a sus antiguos compañeros; y Jesús, que visitó con frecuencia su casa antes de que él la vendiera y ordenara sus asuntos, conoció por medio de él a la mayor parte de los recaudadores de impuestos del distrito. Era la profesión más odiada de toda Palestina; los recaudadores estaban al nivel de los ladrones y salteadores de caminos, no sólo para la gente común sino incluso para la corte suprema. No se podía aceptar el dinero que ofrecieran al templo o para caridades porque sin duda había sido adquirido mediante el fraude; y en ninguna corte de justicia judía se aceptaba su testimonio, a causa del juicio: «Ningún recaudador de impuestos es capaz de decir la verdad». En ambos sentidos, el recaudador de impuestos era la contraparte masculina de la prostituta; y en verdad, con frecuencia las prostitutas y los recaudadores se asociaban provechosamente para negocios que incluían el chantaje y el establecimiento de burdeles.

Los impuestos eran en Galilea una fuente general de miseria. Antipas el Tetrarca seguía el ejemplo de su padre el rey Herodes percibiendo impuestos sobre la tierra, el ganado, los frutales y toda clase de bien que pudiera venderse, aparte de los impuestos a las personas, a los caminos y a las exportaciones e importaciones. Su tetrarquía media poco más de cincuenta millas de largo por treinta ancho; pero arrendaba la recaudación de impuestos a un grupo de contratistas por no menos de doscientos talentos de oro por año; ese grupo subarrendaba la tarea a personas de menor importancia, que empleaban recaudadores a sueldo. Los recaudadores se valían de la policía para cumplir su cometido, y le pagaban una elevada comisión; la policía empleaba espías para informar sobre las evasiones, y los espías medraban merced al chantaje. De este modo el impuesto, que era nominalmente del cinco por ciento de la renta nacional, se elevaba hasta un diez, doce o quince por ciento, puesto que los contratistas, los subcontratistas y los recaudadores se recompensaban por asumir esta poco popular carga, y el costo de la protección popular la llevaba casi a un veinte por ciento. Por lo tanto, como la incidencia de los impuestos es siempre mayor sobre los pobres que sobre los ricos, se arrancaba al trabajador manual o al pequeño granjero al menos la mitad de sus ganancias, con uno u otro pretexto, y el costo de la vida era incluso más alto que en Nápoles, famosa por sus altos precios.

Mateo era un subcontratista, y como todos los israelitas que habían abrazado voluntariamente esa profesión, o la habían heredado de sus padres, se veía privado de

la estrecha observancia de la ley por el odio que suscitaba. Aunque era levita por su nacimiento, se había tornado medio griego en sus maneras. Pero era un hombre de gran sensibilidad y agudeza, y se había convertido de todo corazón a la prédica de Jesús, y muy pronto superó a todos los demás discípulos por su comprensión de los aspectos más complejos de la ley.

Los superiores de la sinagoga de Cafarnaúm se asombraron al saber que Jesús cultivaba la amistad de los recaudadores de impuestos. Dos de ellos fueron a visitarlo en delegación y le pidieron que cerrara la boca del escándalo visitando con menos frecuencia la casa de Mateo. Los dos funcionarios habían sido pescadores, pero ahora vivían del producto de una pescadería de la que eran socios y que sus hijos administraban para ellos.

Jesús explicó que consideraba a los recaudadores de impuestos y a las prostitutas como personas enfermas que necesitaban un médico —un médico no debe asustarse de las repugnantes heridas o enfermedades de sus pacientes— o como ovejas descarriadas que el buen pastor debía perseguir, dejando seguramente encerrado en su corral al resto del rebaño.

—Pero en el atrio de nuestra sinagoga se susurra de ti: «visita cierta casa para participar en algún impuro culto griego, o porque cuenta con el dinero que le entregan los contratistas fraudulentos y las prostitutas ladronas que concurren a esa casa para mantenerse ocioso».

—¿Eso se murmura en el atrio? ¿Y qué más se dice?

—Que, con la ayuda de Mateo el recaudador de impuestos, guías a tus demás discípulos por el mismo camino de perversidad.

Jesús sonrió y se dirigió irónicamente a sus discípulos:

—Hijos, mantened buena relación con los contratistas fraudulentos y las prostitutas ladronas, porque quizá, cuando vuestro propio negocio fracase, podréis persuadir al profeta Enoc a que os admita por una puerta disimulada al reino del cielo, donde ya tienen cómodos apartamentos reservados para toda la eternidad. Esos hijos de la oscuridad son mucho más agudos que aquellos que viven a la luz de la ley.

Los discípulos rieron de buena gana. Luego Jesús se dirigió nuevamente a los superiores de la sinagoga, a quienes preguntó casualmente:

—¿Habéis oído la historia del propietario de Tiberias y de su mayordomo desleal?

—El rumor ha llegado a nuestras cocinas, y nuestras esposas han hablado; pero como el mayordomo era un griego no hemos querido oír más.

—Es una historia que merece vuestra atención. Se llamó al mayordomo para que mostrara sus cuentas, y sabiendo que, al hacerlo, sería inmediatamente despedido, y sin esperanza de encontrar otro empleador, decidió precaverse contra la pobreza mediante nuevos fraudes. Mientras aún tenía autoridad para hablar en nombre de su amo, reunió a todos los acreedores de la propiedad y redujo su deuda en una cuarta parte o la mitad. ¡Ya podéis imaginar la alegría del propietario cuando descubrió lo ocurrido!

—¿Qué nos puede importar ese injusto mayordomo?

—Los mayordomos de la casa del Señor de Cafarnaúm no sólo administran mal su propiedad sino que desalientan a sus acreedores, los recaudadores de impuestos, las prostitutas, y todos aquéllos a quienes el infortunio ha tornad impuros, para que no paguen al Señor su deuda de amor, y se atreven a hacerlo en su nombre. ¿Habéis leído la profecía del testamento de Moisés?

—No está en el Canon.

—Escuchad, de todos modos: «Y en su tiempo (ese tiempo es ahora) gobernarán hombres impíos y destructivos, declarándose justos. Devorarán los bienes del pobre en el nombre de la justicia; Serán engañadores y despiadados, estarán llenos de pecado y faltos de ley desde el amanecer al ocaso. "Tendremos festejos y alegría comiendo y bebiendo" dirán, "y nos consideraremos príncipes". Tocarán lo impuro y pensarán lo impuro, y sin embargo dirán: "Vete; me manchas con tu mera sombra"».

Uno de los superiores exclamó:

—¡Ten cuidado, señor! Algunos de tus discípulos son miembros de nuestra sinagoga. No obrarías bien debilitando nuestra autoridad. Si hemos pecado, el pecado debe ponerse ante la puerta del cielo, porque nadie puede acusarnos de infringir la ley que nos han entregado nuestros padres; y ella nos obliga estrictamente a apartarnos de la compañía del hombre impuro y del pecador.

Jesús se volvió nuevamente a sus discípulos:

—Los superiores de vuestra sinagoga se sientan en la silla de Moisés y dispensan la ley. Se debe obedecer la ley a la letra, e incluso a una fracción de la letra. Aunque ellos os impongan pesadas obligaciones de pureza ritual —obligaciones que para ellos no son nada porque son hombres ricos con siervos y esclavos cananeos y no se ganan la vida con sus manos— haced siempre lo que ellos os dicen, aunque falsifiquen, como es obvio, el espíritu de la ley. Haced lo que os dicen, por absurdas que sean sus ficciones legales para eludir su evidente deber para con Dios. Haced lo que os dicen, ¡pero no lo que hacen! Porque, como dice el proverbio: «Extraen del caldo al mosquito impuro, pero se tragan el impuro camello».

Los superiores, entrenados desde la infancia para aceptar humilde y pacientemente el reproche, guardaron silencio pero apenas pudieron contener la furia mientras Jesús proseguía:

—El Predicador, el hijo de Sira, dice: «Que nadie declare "Mi pecado viene de Dios"». ¿Por qué induciría Dios al hombre a hacer lo que él odia? Que no diga tampoco: «Dios me obliga a errar». Pues, ¿qué necesidad tiene Dios de un pecador? Y os digo: Amen, amen; se ha hecho que la ley, santa y justa como es, sea una baldosa floja para los pobres. Vosotros, ricos, sois los pecadores que han obligado a desesperar de la salvación a esas pobres criaturas, al apartarlas por impuras y al negarles acceso a la sinagoga. Vuestra riqueza los ha conducido al pecado, porque la riqueza engendra ocio, y el ocio mala conciencia, y la mala conciencia excesiva escrupulosidad con la ley, y el exceso de escrúpulo con la ley engendra presunción, y

la presunción seca las fuentes del corazón. Por lo tanto, lo que está escrito en el testamento de Moisés, «Tocarán lo impuro», significa: «El hombre ocioso cabalga en el cuello del pobre y le obliga a comer lo impuro, y por lo tanto él mismo se contamina». El día del juicio tendréis que responder por vuestros pecados, y será duro para vosotros.

Le preguntaron:

—¿Deshonras la memoria del sabio Hillel, de quien aprendimos esas «absurdas ficciones legales», como las llamas, esas «falsificaciones de la ley»?

—Hillel era un carpintero que jamás dejó de trabajar con sus manos, y fue pobre hasta el fin de sus días. Si un hombre alega pobreza como excusa para no estudiar la ley, se le pregunta: «¿Eres más pobre que Hillel?». Interpretó la ley con el espíritu del amor, y no imponía a los demás cargas que no estuviera dispuesto a soportar con alegría él mismo. Está escrito que cuando murió Moisés todos los hombres de Israel lloraron por él; pero cuando murió Hillel, no solamente los hombres lloraron, sino también las mujeres y los niños. Honrando su memoria os digo: Vended vuestros provechosos negocios, mercaderes; distribuid el producto entre los pobres, retornad a las barcas y las redes que neciamente abandonasteis, y cuando estéis trabajando en las aguas del lago recordad vuestra obligación hacia vuestro prójimo. ¿Acaso no está escrito: «Trabajarás seis días»? Y el sabio Shammai, que fue discípulo de Simeón, hijo de Shetach, dijo: «Amad el trabajo, odiad el señorío». Y otros sabios han dicho: «Un hombre debería contratarse al extraño antes que permanecer ocioso; más le valdrá desollar una carroña para ganarse el pan que decir «Soy sacerdote» o «Soy un hombre grande y erudito».

—Recibes el nombre de Jesús el Carpintero. ¿Dónde están, entonces, tu sierra, tu mallete, tu martillo y tu cincel?

—De carpintero que era he pasado a ser pastor —mostró su báculo y su manto de pastor—. Que nadie envidie este laborioso oficio nuevo.

—¿Y tus ociosos discípulos?

—Que nadie envidie su laborioso aprendizaje.

Los superiores se despidieron sin pronunciar más palabras; y no recibió más invitaciones para predicar en ninguna sinagoga de Cafarnaúm.

La sospecha de que recibía dinero manchado tenía un motivo: dos hermanas judías que frecuentaban la casa de Mateo financiaban su gira de prédica. Una de ellas, Juana, era la esposa de Chuza, el mayordomo de Antipas; la otra, Susana, estaba casada con un colega de Mateo, el recaudador de impuestos camineros de Baja Galilea. Jesús había aceptado su ofrecimiento de ayuda en la seguridad de que el dinero procedía de sus propias dotes y era, por lo tanto, limpio. Susana había pedido también dinero a sus amigas, cuidando de no aceptar nada que tuviera origen dudoso. Pero las sumas que debían reunir no eran pequeñas. Aunque en ese momento los discípulos rara vez debían comprar alimentos en el mercado, porque con frecuencia se veían confundidos por la generosa hospitalidad de los admiradores de Jesús,

ninguno de ellos era rico, y todos tenían familias que soportar, hogares que mantener e impuestos que pagar.

Utilizaban la barca de Pedro y Andrés para viajar juntos por el lago, y pescaban entre sus tareas religiosas; pero aunque vivían austeramente, no los abandonaba el sentimiento de que no se conducían bien con sus hogares y oficios, a pesar de la sensación de virtud que procedía del abandono de sus antiguos pecados. Jesús halló que algunos derivaban lo que él consideraba una satisfacción ilegítima del hecho de ser los discípulos elegidos por un famoso maestro. Les recordó el juicio de Hillel: «Un nombre engrandecido es un nombre destruido». A partir de entonces realizó curaciones pocas veces y en secreto, y dejó de acentuar sus prédicas con misteriosos actos simbólicos.

A medida que la novedad de su prédica se desgastaba, se observaba esa aparente decadencia de sus poderes, que se comentaba desdorosamente en los mercados; se decía que cuando había llegado al lago, unos meses antes, era un pálido asceta; pero que ahora había perdido sus poderes curativos por su glotonería en las mesas de sus poco recomendables partidarios. Y aunque al comienzo había sido bien recibido porque imponía ligeras obligaciones a sus oyentes y no insistía en fatigosos rituales ni en la dura negación de sí mismo, ahora los críticos se quejaban de que no era como el enérgico Juan el Bautista, cuyas palabras quemaban hasta la médula, como el cálido viento del desierto. ¿Era acaso éste un momento para palabras suaves, para comer y beber y regocijarse? Es verdad; Jesús predica la llegada del Mesías, como Juan; pero los discípulos de Juan ayunaban y se abstenían de los placeres terrenales, sabiendo que el Mesías sólo ha de venir cuando los verdaderos penitentes se aparten de la masa de los pecadores y se presenten como su propio y sagrado cuerpo de guardia. En cambio, los discípulos de Jesús parecen prósperos y alegres, y nada preocupados por el pecado y la opresión que los rodean.

Cuando Jesús fue desafiado públicamente con este motivo, respondió:

—¿No sabéis que los compañeros del novio están exentos de la obligación de ayunar, e incluso de orar, durante los siete días de la fiesta de bodas? Que ayunen antes y después; pero ahora es momento de bailar, cantar y regocijarse. Predico la merced de Dios a quienes lo buscan, y no su venganza contra quienes se le oponen.

Sus antiguos amigos de la sinagoga de Cafarnaúm descubrieron que Judas de Keriot, en su carácter de tesorero de Jesús, acudía a intervalos regulares a la casa del mayordomo de Antipas en busca de dinero. Empezaron entonces a considerar a Jesús como un falso profeta y un traidor a su país. Como lo habían apoyado en el comienzo, estaban ahora ansiosos por denunciarlo para no perder el propio crédito. Además, les intrigaba sobremanera que se hubiese comparado con un novio. ¿Por qué un novio? Tenían un proverbio: «El novio es como un rey». ¿Acaso sugería que era un grande? Enviaron en delegación a otros dos superiores.

Éstos le preguntaron:

—Has dicho que eres un novio. ¿Qué quieres decir con eso?

Él respondió meramente que había hablado de unas bodas a las que había invitado a las personas mejor nacidas del lugar —los sacerdotes, los propietarios, los abogados, los superiores de la sinagoga—; pero como muchos de ellos se habían excusado, sus lugares habían sido ocupados por los recaudadores, las prostitutas, los mendigos y los enfermos.

Entonces, sus visitantes le pidieron que probara con algún signo manifiesto que era una persona suficientemente eminente para ser superior al escándalo.

Jesús replicó que no era un mago para llamar la atención de la multitud con vulgares milagros. Ansiar signos y milagros era adulterio espiritual.

—Ni siquiera el rey Salomón, a pesar de su autoridad sobre los demonios, dio un signo a la reina de Saba cuando fue a visitarlo, aparte de la sabiduría moral que le transmitió. Por lo tanto, no recibiréis otro signo que el que dio Jonás al pueblo de Nínive, cuando les recomendó que se arrepintieran. Si aún así no os arrepentís, recibiréis otro signo: Nínive escapó a la amenaza de destrucción —y agregó—: Os proponéis, como he oído decir, reconstruir en mármol y bronce dorado la tumba de Nahum. Hombres piadosos, vuestros antepasados mataron a Nahum. Si ahora viviera y profetizara contra sus opresores, como lo hizo contra Nínive, ¿lo mataríais con vuestras propias manos? ¿O evitaríais la culpa de la sangre denunciándolo al tetrarca?

La respuesta llevó a la sinagoga a decidir que se había convertido en un peligro público. Lo vigilaban celosamente, esperando sorprenderlo en alguna infracción evidente de la ley. Jesús advirtió a sus discípulos que debían vivir más allá de todo reproche, y mantener perpetua guardia contra el pecado. Habían sido acusados de glotonería y de diversión inconveniente; no debían tampoco indignarse por las acusaciones. Pronunció un juicio: «Amad a vuestro prójimo cuando perdona, y a vuestro enemigo cuando condena; pagad con gratitud a quien odia vuestras locuras, rezad por aquéllos que os maltratan sin provocación».

En esa misma ocasión —estaban comiendo pescado asado junto a la costa del lago Simón de Caná— murmuró que la sal no tenía sabor, y que mientras los romanos no fuesen expulsados del país sería cada vez más insípida. Era un comentario justificado, porque la consecuencia del impuesto sobre la sal —había un impuesto sobre la sal, como sobre todo lo demás— era que ese producto no sólo se había encarecido sino que era adulterado con tiza y arcilla; pero Jesús recordó a Simón que los romanos sólo podían oprimir a los israelitas porque éstos no habían cumplido sus deberes con Dios, y que la adulteración de la sal era un medio idóneo para recordarlo. En Jerusalén no se ofrecían sacrificios sin sal; incluso se espolvoreaba sal sobre el incienso.

—La sal purifica; pero si la sal pierde su sabor, ¿qué la salará? Hijos, mantened pura vuestra sal, y un día os llevaré a Jerusalén para salar la sal que allí encontraréis.

El primero de estos dos dichos ha sido excesivamente simplificado por la Iglesia gentil. Dice ahora: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a quienes os odian, rezad por quienes os maltratan»; y es así o bien una demanda de perfección imposible o una

incitación al ateísmo por cuanto un hombre (como en el caso de Jesús) no reconoce otros enemigos que los enemigos de Dios. También puede mencionarse aquí otro de sus juicios que ha sido análogamente deformado. Originariamente decía: «Amen, amen; quienquiera que no esté conmigo está contra mí; quienquiera que no esté contra mí está conmigo». Las dos mitades, delicadamente equilibradas, de esta antítesis han parecido contradictorias a ciertos obtusos compiladores, ¡e incluso se discute cuál de las dos es la auténtica! Algunos sólo mencionan una mitad; otros solamente la segunda. Sin embargo el sentido es evidente. Jesús quería decir que entre dos extremos activos de opinión hay una región intermedia pasiva; pero pasividad no significa indiferencia. En otras palabras: «Ha llegado un tiempo en que cada uno debe decidir si está a favor del bien o del mal; incluso decir que uno «no está en contra», como oposición a «no estar con» es una clara indicación de elección».

Finalmente fue sorprendido en lo que pareció a los superiores de Cafarnaúm una obvia infracción de la ley: curó, un Sabbath, a un hombre que tenía un brazo paralizado. Estaba prohibido hacer ningún trabajo el Sabbath, y la única excepción era un trabajo necesario para salvar una vida. El brazo del hombre estaba paralítico desde hacía muchos años, y ninguna exageración habría podido afirmar que estaba en peligro. ¿Por qué no lo había curado Jesús el viernes, por qué no había aguardado hasta el domingo? Un médico ordinario lo hubiera hecho; y aunque se podía interpretar generosamente el peligro de muerte en el caso de una herida, que tal vez pudiera demostrarse fatal si no era atendida, nadie habría curado un brazo paralizado el Sabbath con el tratamiento habitual de masajes y sangrías, así como nadie habría atendido las coles de su huerto.

Cuando se interrogó con indignación a Jesús por este asunto, preguntó:

—¿Es legítimo salvar la vida humana el Sabbath?

Respondieron:

—Sabes tan bien como nosotros que sí lo es.

—¿Es legítimo, el Sabbath, salvar la vida de un buey o un asno que ha caído a una zanja o a un pozo, hiriéndose?

—La puerta está abierta. ¿Pero qué vida has salvado?

—La vida del brazo derecho de un hombre —dijo—, que para él valía más que un buey o un asno, porque sin él no podía cumplir completamente las obligaciones impuestas por las ordenanzas del Sabbath.

—Pero el brazo, que sólo es una parte del hombre, no tiene existencia separada, aunque sea el derecho.

—Conocéis el proverbio que aconseja no dejar que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda. Esto es lo mismo que concederles almas separadas, y es justo. Porque la mano derecha rechaza, y la izquierda invita; la mano izquierda sostiene la gubia y la derecha el martillo; la derecha guía la pluma y la izquierda afirma el pergamino. ¿Y no han dicho los sabios: «Un hombre puede profanar un Sabbath para

que otro honre muchos Sabbaths»? ¿Y no emprende curas nuestro Padre su día sagrado? ¿Nunca habéis visto que cure la herida de una espina o un dolor de cabeza entre la víspera de un Sabbath y el ocaso?

Si esa aguda respuesta hubiese sido pronunciada en una academia de Jerusalén por algún famoso doctor de la ley, sin duda habría sido aplaudida e incluida con agradecimiento en el cuerpo de comentarios; pero Cafarnaúm era una pequeña ciudad provinciana, mucho menos liberal que Jerusalén. Entonces empezó a circular el rumor de que Jesús había comenzado su ministerio poco después de descender del monte Tabor, donde se había iniciado en los ritos del demonio Belcebú, y de que lograba sus milagros invocando su poder. Belcebú es uno de los «nombres de escarnio» que tanto abundan en la literatura sagrada judía. Mediante una leve alteración de las letras, un título de honor se convierte en otro de deshonor. Del mismo modo se cambió el honorable nombre de Laban, el caudillo del Carmelo con cuya viuda se casó el rey David —Laban significa «hombre blanco»— por Nabal, «tonto». Y por una modificación análoga, la estatua de Zeus Olímpico instalada por Antíoco Epifanes en el templo de Jerusalén no se llama «la estatua del señor del cielo» sino «la abominación de la desolación». Y así también Belcebú, «el señor de las moscas» es una deformación de Baal Zebul, «el señor de Zebulón» o Atabyrius, a quien había recurrido en una ocasión Ahazías, rey de Judá, para que le sanase las heridas internas que había sufrido al caer de una alta ventana.

Jesús se burló del ataque.

—Baal Zebul, el príncipe de los demonios —dijo—, debe de estar muy senil si ahora otorga poder a los magos para expulsar a sus súbditos de sus agradables moradas.

Había vuelto la Pascua; Jesús fue a Jerusalén con sus discípulos y miles de otros peregrinos galileos. Una vez ante el templo, entró sin vacilar, consciente de su legitimidad. Se instaló en el patio de los gentiles y comentó el texto de los Salmos «Bendito sea el Señor que mora en Jerusalén» para un gran auditorio integrado en su mayoría por galileos. Fue una ocasión de gran importancia, porque era la primera vez que predicaba en Jerusalén. Su tesis era novedosa y provocativa: que Dios mora en los corazones de las personas que acuden a la fiesta, y no en el templo mismo. ¿Acaso cuando el templo había sido profanado y destruido Jehová se había quedado sin casa? ¿O había errado como un demonio por la desnuda cima de la colina, o había partido con su pueblo al exilio para consolarlo? El templo elevado por Salomón había desaparecido; el templo construido por Zerubabel había sido reemplazado por otro. ¿Había ordenado el mismo Jehová la construcción del actual templo, o había sido erigido para satisfacer las ambiciones del rey Herodes, el mismo que había profanado sitiado y tomado violentamente el templo de Zerubabel, matando a muchos sacerdotes y hombres piadosos?

—Aunque en la estrechez de vuestra comprensión podéis desear un santuario

visible al que volveros cuando os dirigís a nuestro Dios en la plegaria, ¿qué necesidad tenéis de estos espléndidos edificios? Destruid este templo, y por la gracia de Dios le construiré en tres días una morada aceptable, porque vuestro siervo es carpintero. Israel era grande cuando nuestro Dios residía en un arca de madera de acacia, hasta que finalmente esa pequeña casa se convirtió en un ídolo y fue apartada de los ojos de los hombres por el profeta Jeremías y por la orden de nuestro Dios. Sin embargo, Jeremías ha profetizado en su nombre: «Por ti, Israel, recordaré el amor que me has demostrado en tu juventud en el desierto; porque entonces Israel era la santidad para su Dios y el fruto primero de su cosecha».

»¿Qué decís, hombres de Israel? ¿No se ha convertido también en un ídolo esta colina? Sus piedras están manchadas de sangre inocente, desde la sangre de Abel, el primer pastor, hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, perversamente derramada en tiempos de nuestros padres en el altar del incienso. Los profetas vituperaron al monte Tabor, de Galilea, cuando en los antiguos tiempos se erigieron ídolos en él; pero ahora los ídolos han desaparecido y el lugar está limpio. En el monte Sión los ídolos perduran. Habéis hecho sonrientes ídolos dorados de estas torres y estas puertas.

Ese atrevido discurso fue bien recibido por los galileos, aunque no tanto porque aceptaran la imagen trascendental de Dios que Jesús ofrecía como porque halagaba su autoestima provinciana; para los naturales de Judea era impío y mostraron su resentimiento silbando y sacando la lengua. El capitán de la guardia del templo acudió con una pequeña escolta de levitas, temiendo un disturbio, pero el báculo y el manto de Jesús le otorgaban el privilegio de los profetas y nada ocurrió.

No probó el cordero pascual y recomendó a sus discípulos que tampoco lo hicieran. Los esenios dicen: «Derramar la sangre del sacrificio es volver a matar a Abel». Según su tradición oral, Abel, el pastor, había ofrecido en esa misma colina un sobrio sacrificio de leche de oveja y miel silvestre, y Jehová lo había aceptado al par que rechazaba el sacrificio de un buey, hecho por Caín; y luego Caín había asesinado por celos a Abel. Jesús sentía similares escrúpulos, reforzados por el pronunciamiento del profeta Amós contra los sacrificios sangrientos. La noche de Pascua salió de la ciudad y se dirigió al suburbio de Betania, para comer el pan ázimo y las hierbas amargas en casa de su cuñado Lázaro, y allí encontró a su reina por vez primera después de la coronación.

María no había hallado sosiego en todo este tiempo. Su hermano Lázaro, a quien amaba tiernamente, le había encomiado muchas veces el amor conyugal casto, asegurándole que sólo con él el marido y la esposa podrían evitar la muerte y vivir los mil años prometidos del reino mesiánico.

—El deseo de progenie es un antiguo error implantado por el adversario de Dios en las mentes de los hombres y las mujeres —decía—. Los ha convencido de que por ese medio pueden rechazar la victoria última de la muerte sobre la humanidad. «Nosotros moriremos», se dicen, «pero nuestros hijos y nietos vivirán». Pero la verdad es que al cumplir el acto de la muerte ceden la victoria a la muerte. Abstente

del acto de la muerte; ¿qué necesidad hay de tener hijos? Jesús y tú viviréis en el amor del paraíso y nunca envejeceréis.

—Pero deseo hijos. ¿Por qué se me niegan? ¿Por qué no podrían mis hijos compartir el reino de que hablas?

—Porque todos los que practican el acto de la muerte prueban el sabor de la muerte. Eres más afortunada que toda otra esposa, porque tu marido, al abstenerse del goce de tu cuerpo, te dedica a la vida eterna.

—Nuestra hermana Marta dice: «Él sólo se preocupa por su propia salvación, María, y poco le importa tu vergüenza: has regresado a esta casa como si tuvieras una deformidad secreta o una naturaleza perversa».

—Ésas son palabras maliciosas, y deberías defender el honor de tu marido de toda malicia. Él obra siempre movido por el amor más puro.

—Sin embargo, me han dicho que entre sus doce discípulos todos menos dos o tres están casados, y algunos son padres. ¿Predica entonces el reino de Dios a hombres ya condenados?

—Cuando él venga a esta casa, responderá a tu pregunta.

—Hasta entonces reservaré mi opinión.

Apenas Jesús entró en la casa, María se acercó, lavó sus pies y permaneció luego en silencio, con la mirada clavada en su rostro, mientras él hablaba toda la tarde con Lázaro y sus parientes. Jesús, después de saludarla afectuosamente pero con reserva, no se ocupó más de ella hasta que Marta se quejó en voz alta de que María descuidaba sus deberes domésticos.

—Déjala —dijo Jesús—. Ha elegido la mejor parte.

Más tarde, en un momento en que Jesús y María quedaron a solas, ella le preguntó:

—Señor, algunos de tus discípulos son padres. ¿Están por lo tanto condenados a muerte?

—¿Quién soy yo para pronunciar una sentencia de muerte? Sólo nuestro Padre que está en el cielo puede juzgar.

—Se recuerda que el profeta Enoc evitó la muerte. Sin embargo, cumplió el acto de la muerte y engendró un hijo, nuestro longevo antepasado Matusalén.

—Se ha profetizado que ni Enoc ni Elías han evitado definitivamente la muerte; ambos deben retornar a la tierra, morir y aguardar la resurrección general.

—¿Por qué, mi señor, me has abandonado para recorrer Galilea? Esta tarde cambiabas miradas de amor con tu discípulo Juan; a mí me niegas tu amor. ¿No soy hermosa? ¿No soy tuya?

—Hay una belleza de la carne y otra del espíritu. La belleza de la carne es como la del lirio, que pronto se marchita y es arrojada al henar o al horno del panadero. La belleza de Juan es del espíritu. Como el rey David dijo llorando la muerte de Jonatán, su hermano de sangre: «Tu amor por mí ha sido maravilloso, mejor que el amor de las mujeres».

—Yo te amo a ti, y solamente a ti. Como la Sunamita dijo a Salomón: «Átame a tu brazo como una filacteria, con el bolsillo vuelto hacia tu corazón. Porque los celos son crueles como la tumba, y arden como un fuego de carbones. Muchas aguas no pueden apagar el amor, ni ahogarlo las inundaciones. Si otro hombre diera por mi amor todos sus bienes terrenales, los rechazaría con desdén».

—Salomón puso esas palabras en boca de la Sunamita como una alegoría del amor a Dios de un alma arrepentida.

—Sin embargo, Salomón, aunque hablara con alegorías, no se negó los placeres del amor. No satisfecho con setecientas reinas, mantenía también a trescientas concubinas; y se ha escrito que sobrepasó en sabiduría a todos los reyes del mundo. Has dicho que Dios no desea que los hombres dañen ayunando sus excelentes cuerpos. Se suele ayunar un tiempo para volver a comer. ¿Debe entonces dañar su cuerpo un hombre ayunando perpetuamente del amor? El amor es un apetito tan natural y excelente como el de la comida; de otro modo sin duda Dios no nos hubiera dado los medios de satisfacerlo. Te ruego que me respondas, mi señor, porque soy mujer y no puedes ocultarme que tu cuerpo anhela unirse amorosamente al mío.

Jesús no respondió.

—No te enojes con tu sierva; contesta honestamente su honesta pregunta, porque ella tiene derecho a formularla.

Jesús suspiró, y apartando su mirada del rostro sin velos de María dijo:

—José, el hijo de Jocanán de Jerusalén, ordenó sabiamente: «No prolongues la conversación con una mujer», y los sabios interpretan que esto implica: «Ni siquiera con tu propia esposa». Y por esto han dicho: «Cada vez que un hombre desobedece esta orden, se daña a si mismo, desiste de la ley y finalmente hereda el infierno».

—¿Cómo es eso? —preguntó María—. ¿Son malas todas las mujeres? Entonces, ¿por qué te has casado conmigo?

—No todas las mujeres son malas, porque nuestro Dios ha creado a la mujer como compañera del hombre. Sin embargo, bien se ha dicho: «El hombre es a la mujer como la razón a los sentidos corporales, como lo alto a lo bajo, como la derecha a la izquierda, como lo divino a lo humano».

—Aún así, mi señor, ¿qué es la razón divorciada de los sentidos corporales? ¿Puede un piso alto sostenerse sin otro bajo que lo sustente? Y un asno, ¿andará sólo sobre sus patas derechas? ¿Qué honor hallaría nuestro Dios en la tierra si la humanidad no lo adorara? Ordena a tu sierva que te acompañe en tu peregrinación, y ella obedecerá.

Profundamente turbado, Jesús se puso de pie y salió.

En Betania, Nicodemon, hijo de Gorion, visitó secretamente a Jesús después de haber oído su prédica en el patio de los gentiles y de haber sentido gran atracción por sus palabras. Nicodemon era uno de los tres hombres más ricos de Jerusalén, pues poseía el monopolio del agua lustral de la ciudad en los festivales; era también

miembro del gran sanhedrín y superior de la sinagoga del templo, a la que todas las sinagogas del mundo miraban en busca de guía en cuanto al ritual y a la doctrina. Era el pez más grande que había caído en la red de Jesús. Jesús lo acogió complacido, pero halló que era un hombre timorato y que más le serviría como un discípulo oculto que manifiesto.

Fue también en Betania que Jesús se reveló a los esenios libres, en casa de su supervisor Simeón. Golpeó a su puerta y dijo al portero:

—Diles que soy el hombre a quien aguardan.

—¿Tu nombre?

—Joshua hijo de José; no Esu hijo de Ose.

Apareció entonces un anciano esenio, y lo condujo a través de la primera puerta.

—Si ése es verdaderamente tu nombre, dame la prueba.

—Hiende el árbol; seré hallado. Alza la piedra; seré revelado.

—¿Qué árbol, señor?

—El brezo, pero no el de Biblos.

—¿Qué piedra, gran señor?

—La del altar, pero no la de Tiro.

El anciano, trémulo de excitación, lo guió hasta una cámara interior, donde el examen continuó en presencia de varios otros adeptos.

—Gran señor, ¿cómo se hiende el árbol?

Jesús hizo un signo con las manos.

—David lo hiende.

—¿Quién osa alzar la piedra?

Él volvió a hacer un signo.

—Telmen, pero no Telamón, ni tampoco Uri-Tal.

—¿Quién te revelará?

—Me revelará Caleb, y no Calypso.

Los signos que hizo con sus dedos fueron:

DAVID DAVIZEI
TELMEN TOLMENAI
CALEB APOCALYPSEI

—¿Dónde has aprendido a leer el dintel de nuestros misterios?

—En Calirroe. También he visitado la Casa de las Espirales y desafié al perro.

—¿Has regresado sano y salvo de la Casa de las Espirales?

—Soy el rey, el hijo del hijo mayor del hijo mayor, y mi madre la hija de la hija menor de la hija menor.

—¿Dónde has sido coronado?

—Donde antes mugían los bueyes y donde crece la malva sagrada. ¿Acaso no tengo las siete marcas de la realeza, y también la octava? —desnudó su hombro derecho y adelantó su pie izquierdo.

Se inclinaron ante él y preguntaron:

—Señor, señor, ¿cuándo entrarás cabalgando en Jerusalén por la puerta de oriente?

—No en este mes de los sauces, sino en el próximo, cuando os visite. He venido para terminar con todos los misterios, no para perpetuarlos. Llevad estas palabras a los supervisores de Calirroe, de Engadi y de Madián. Decidles también esto: cuando murió Herodes, se dijo «el León ha muerto»; sin embargo, aún se obtendrá miel de su cuerpo muerto.

—No es una novedad que ha muerto el León de Edom; que nuestro Señor profetice acerca de las Águilas de Roma.

—Está escrito: «Allí donde está el cuerpo, allí se reunirán las águilas; pero los hombres vivos no tienen nada que temer de las aves carroñeras».

XXIII

EL REINO DE DIOS

Jesús preguntó a sus discípulos:

—¿Estáis preparados para recibir el bautismo que yo recibí de Juan?

Pedro contestó:

—Juan ha bautizado ya a mi hermano Andrés y me ha bautizado, también a Felipe y a Simón de Caná.

—Ha bautizado a muchos. ¿Pero lavó vuestro orgullo de la virilidad? Algunos hombres nacen sin virilidad; algunos son privados de ella en el mercado de esclavos; otros, advertidos del día que se aproxima, se privan de ella, por así decirlo, en honor del reino de Dios. Porque el día llegará, como un ladrón, cuando menos se lo espera; y entonces será nuevamente como en los días de Noé: todos comían y bebían en el salón, y había tiernos abrazos en la cámara nupcial cuando de pronto cayeron las lluvias, se elevaron las aguas y todos fueron arrastrados excepto Noé y sus hijos. Renunciad al placer de la carne, hijos, o nunca seréis ciudadanos de este reino. Aquél que pueda recibir este otro bautismo, que lo reciba.

Pedro fue el primero que exclamó:

—Soy capaz señor.

—Y los demás dijeron lo mismo, aunque con menor presteza.

Felipe preguntó:

—Si ya no se nos permitirá la compañía de nuestras esposas, ¿qué nos impide divorciarnos de ellas y devolverlas a casa de sus padres? Porque ya no somos los hombres que hicieron con ellas contrato de matrimonio, y la ley permite el divorcio.

—Moisés concedió ese permiso a una generación inicua destinada a morir en el desierto. El sabio Shammai sostuvo que es una ordenanza permanente pero afirmó: «El único motivo válido es el adulterio». Y Hillel, bendita sea su memoria, dijo: «Para quienes entienden que el permiso es todavía válido, el adulterio no puede ser la única causa: los duros de corazón pueden extender a tal punto el permiso que pueden justificarse ante la corte y divorciarse si su mujer echa a perder la cena o pierde su belleza. Cuidado con aceptar este permiso; porque si una esposa sirve a su marido una comida mal aderezada, o descuida su apariencia, o comete adulterio, lo acusa así de una carencia de su amor hacia ella. Cuanto más grave sea la falta de la esposa, más grave es la acusación al marido. Que tome conciencia de su propio pecado y la perdone, así como espera que nuestro Dios lo perdone a él, y que piense bien antes de divorciarse de ella».

—Y tú mismo, ¿qué dices?

—Hillel tiene la última palabra. Que quienes aman al Señor olviden el permiso aun si ha habido adulterio. Porque cuando el hombre se casa con una mujer, ambos se convierten en una sola carne, unida por Dios, que no se debe separar. Si él peca, la arrastra consigo al pecado; si ella peca, él responde por su pecado como si fuera el propio. Así dice Salomón: «Una buena esposa es más preciosa que los rubíes». Y yo os digo: sólo absteniéndose del amor carnal el hombre y la mujer se unen en el amor de Dios. Quienquiera que siembre en la carne, en la carne cosechará corrupción.

Desde Jerusalén, Jesús condujo a sus discípulos hacia el sur, hasta Ain-Rimmon, de donde había recibido noticias de Juan. Éste bautizó a todos en un arroyo que pasaba a través de un huerto de granados, y los ungió profetas: ahora estaban obligados, como el mismo Jesús, a abstenerse de vino y cualquier otra cosa que embriagara. Jesús les dio su bendición y una sencilla orden:

—Hijos míos, amaos los unos a los otros.

Juan preguntó luego:

—Y ahora, ¿por qué camino, señor?

—A través de las tierras cuya plaga es la esterilidad y a las tierras cuya plaga es la fertilidad; y desde allí, Dios mediante, a la montaña del norte.

—Prepararé el camino.

—Hazlo así, y nos encontraremos en la montaña.

—Todos escucharán mi voz, desde el mendigo en su montón de estiércol hasta el príncipe en su trono.

Juan dejó entonces sus propios discípulos al cuidado de Simón de Gita, el más celoso de todos, y se dirigió de prisa a Galilea, lanzando vigorosas exhortaciones a todos los hombres y mujeres que encontraba:

—¡Arrepentíos, arrepentíos, porque el rey se acerca!

El tercer día llegó a Séforis, donde residía Herodes Antipas, y sin ceremonias apartó a los centinelas de la puerta, entró en palacio, agitó su báculo ante el mayordomo y pidió audiencia inmediata con Antipas.

Antipas estaba administrando justicia en el gran salón, acompañado por su esposa Herodías cuando Juan entró.

—¡Soy Juan, hijo de Zacarías, profeta del Señor! —el eco de sus palabras recorrió agudamente los corredores de mármol.

Los ujieres lo reprendieron:

—Prostérnate ante el rey, hombre —dijeron, porque dentro de los muros del palacio halagaban a Antipas con el título de rey—. Échate en el tapiz.

—Un tetrarca no es un rey. Sirvo al rey de Israel.

Antipas miró el flaco cuerpo de Juan, sus ojos enrojecidos de sangre, su barba roja y su pelo enmarañado, y el sayal de pelo de camello, tan roto y gastado que apenas se mantenía unido. Más sorprendido que ofendido, preguntó:

—¿Ha vuelto de entre los muertos mi padre Herodes?

—Tu padre fue el rey de los judíos, pero no el rey de Israel. Ven conmigo a rendir

homenaje al rey de Israel, y pide a tu hermano Filipo que haga lo mismo.

—¿Quién es ese rey?

—Te lo diré al oído —respondió Juan. Subió de un salto los escalones del trono, se inclinó y susurró—: Uno que ha escapado de los lanceros tracios.

Antipas palideció.

Juan hizo girar su báculo y se dirigió a él públicamente:

—La palabra del Señor: aleja a esa mujer, tetrarca, para que no mueras en miserable exilio. Apártala, pecador edomita, para que tu nombre no hieda hasta el fin de los tiempos —Antipas, treinta años antes, había cometido la misma falta que su hermano Arquelao contra la ley del levirato—: a su regreso de Roma, en Alejandría, había persuadido a su prima Herodías a que se separara de su marido, su medio hermano Herodes Filipo, y se había casado con ella, aunque tenía una hija de su anterior matrimonio.

Herodías replicó indignada:

—Mi señor, ¿permitirás que este demente siga delirando a su antojo? Nos ha insultado, a mí, a ti y a nuestra hija. No serás un príncipe, sino un hijo de sesenta perros si no lo envías de inmediato a la prisión.

Antipas tragó saliva y asintió, pero temía actuar. Fue Herodías quien ordenó a dos guardias que condujeran a Juan hasta la prisión de palacio; y se necesitaron diez más para contenerlo y encadenarlo.

Antipas lo visitó esa misma noche y, despidiendo a los guardias, le dijo:

—Lamento que estés encadenado, pero mi esposa es orgullosa. Dime por favor el nombre de ese nuevo rey, y dónde se encuentra.

—Ponme en libertad, y de buena gana te llevaré a su lado.

—¿Mañana?

—Si esta noche apartas a tu esposa.

—¿Debo perder primero a mi esposa y luego el trono?

—Mejor es perder incluso la vida que la esperanza de salvación.

Antipas pidió nuevamente a Juan que revelara el paradero del rey.

—Escribiré una carta a mi hermano Filipo, si quieres.

Pero Juan se limitaba a asentir diciendo:

—Lo sabrás a su tiempo, lo sabrás a su tiempo.

Antipas lo amenazó con la tortura, pero Juan se echó a reír en su cara.

Mientras tanto, Jesús avanzaba lentamente hacia el norte por un distrito de Judea que había sufrido severos daños durante el turbulento reinado de Arquelao y no había recuperado desde entonces su antigua y modesta prosperidad. Los pueblos eran ruinosos y miserables; y aunque habría sido bien recibido si hubiera estado solo, trece bocas desalentaban la hospitalidad. Aún no había madurado la cosecha, y los depósitos de grano estaban casi exhaustos. Además, todos, menos Jesús y Judas, eran galileos: en Judea los galileos eran despreciados por su extraño acento, su agudeza para los negocios, su mal genio y su obstinación. En cada pueblo a que llegaban, los

superiores de la sinagoga se excusaban por no alimentarlos; las leyes de la hospitalidad los obligaban a atender al viajero, pero no a un ejército de viajeros, y con una cortés bendición remitían a Jesús al próximo pueblo. Uno de esos funcionarios citó al Predicador, el hijo de Sira: «Da una parte a siete hombres, e incluso a ocho, porque no sabes qué mal puede acaecerte», y agregó sinceramente:

—Si hubierais sido siete, u ocho, con gran placer habría seguido la enseñanza.

En Kiriat-Shearim, Jesús ordenó a sus discípulos que se separaran por parejas y que todos se reunieran luego en Lebona, en la frontera de Samaria.

Una o dos veces predicó por el camino, pero sus oyentes eran desatentos y de mirada vacía. Dijo a Jaime y a Juan, a quienes había retenido a su lado:

—La visión que tuvo el profeta Ezequiel. Decidme: cuando el gran día del Señor se marque con sangre la letra *Tav* en la frente de los fieles, para salvarles de la matanza, ¿cuántos exclamarán: «Soy de Judea, de las colinas que se encuentran entre Jerusalén y la llanura»?

Jaime y Juan asintieron gravemente. Sin embargo, ese mismo día un hombre pobre les dio judías, y el día siguiente una pobre viuda les ofreció queso enmohecido y un poco de pan, y no les faltó agua de pozo.

En Lebona encontraron ya reunidos a los demás discípulos; ayudaron a un rico granjero a segar y transportar su cosecha y fueron bien recompensados. Luego atravesaron Samaria, donde los campesinos eran mezquinos incluso con el agua, y se apresuraron a llegar a Galilea antes de que el próximo Sabbath interrumpiera su viaje. Llegaron a Enganim al final de la tarde, antes del Sabbath, pero los peregrinos de Pascua habían agotado la hospitalidad del lugar; esa noche casi se desvanecieron de hambre.

La mañana siguiente entraron en los trigales de una vasta propiedad. Felipe y Jaime el Menor, que iban al frente, empezaron a cortar espigas maduras mientras pasaban, frotándolas entre las manos para desgranarías. El mayordomo de la propiedad, que se dirigía a la sinagoga con dos de sus vecinos, los sorprendió. Los sabios consideraban que desgranar espigas era una especie de trilla por lo tanto una profanación del Sabbath; el mayordomo advirtió a Jesús que pensaba hacer un escarmiento con los dos ofensores.

—¿A qué pueblo pertenecen estos desventurados?

—Estos dos hombres hambrientos son de Cafarnaúm.

—Está bien —respondió el mayordomo—. La acusación se presentará ante los superiores de Cafarnaúm. Yo mismo iré como testigo. No me preocuparía si se tratara de samaritanos, griegos o mendigos, porque de ningún modo me conviene perder dos días de trabajo en esta estación; pero si dos hombres que llevan engañosas vestiduras, acompañados por otros once vestidos del mismo modo, toman el grano de mi señor el Sabbath, mi conciencia no me permite perdonar el delito. Si se hace justicia, serán debidamente apaleados y el ayudante de la sinagoga quebrará sus báculos sobre su rodilla.

—Iremos contigo —dijeron sus vecinos—. También nosotros vimos el delito.

Esa noche, el mayordomo dio de comer abundantemente a Jesús y a sus discípulos, diciendo:

—Mientras no seáis hallados culpables, sois inocentes. No puedo permitir que difaméis por poco hospitalaria la casa de mi amo. Comed, hombres, comed hasta que broten las lágrimas.

Pero mantuvo firmemente su resolución de llevarlos ante la justicia.

Los superiores de la iglesia de Cafarnaúm agradecieron el espíritu público demostrado por el mayordomo, y concordaron en que el caso era muy grave. Jesús pidió que la acusación de infringir el Sabbath no se formulara contra Felipe y Jaime antes de que él mismo fuera acusado de incitarlos.

La petición fue aceptada, y Jesús apareció como acusado ante una corte por primera vez en su vida. Sin embargo, pronto se vio quién era el juez y quiénes los acusados.

Jesús admitió que los dos discípulos habían hecho lo que se decía, pero argumentó su necesidad y mencionó un precedente.

—¿No habéis leído lo que hizo en Nob el rey David cuando padecía hambre? Pidió al sacerdote Ahimelech, el padre de Abiatar, los panes sagrados colocados en el altar, y compartió cinco de ellos con sus compañeros.

—Estos hombres no se morían de hambre.

—¿Debe morir un hombre para probar que sufre hambre?

—Y no eres el rey David.

—Ni han comido mis discípulos panes consagrados. Sólo han ejercido el antiguo derecho de recogida. Si nuestros acusadores de Enganim nos hubiesen invitado a sus casas, como era su deber, ofreciéndonos alimento, esos dos hombres no habrían hecho lo que hicieron. Es obligación de todo dueño de casa alimentar al viajero hambriento; si hubo infracción del Sabbath, fueron nuestros acusadores quienes la cometieron.

—No faltaba comida, porque más tarde nos la ofrecieron avergonzados —dijo Pedro—. Pero conozco Enganim hace mucho. Los días hábiles, después de la Pascua, ponen una guardia armada en la puerta que conduce a los campos para impedir que los peregrinos que regresan puedan ejercer el derecho de recogida.

Uno de los jueces respondió:

—No se trata del lugar, hijo de Jonás. Que puedas coger grano el día antes o el día después del Sabbatb no te autoriza a no honrar el Sabbath mismo. Debíais haber llevado provisiones.

Jesús contestó por Pedro:

—Lo mismo podía haberle dicho Ahimelech al rey David. ¿Se ha creado el hombre para el Sabbath o el Sabbath para el hombre? ¿Fue instituido el Sabbath como un día de festín y regocijo o como un día de ayuno y aflicción? ¿Y cómo puede un hombre hambriento regocijarse?

El mercader de granos a quien Jesús había curado durante su primera visita a la sinagoga estaba entre los jueces. Dijo severamente:

—El mismo rey David nos aconseja poner nuestra fe en el Señor, atestiguando que en toda su vida no vio jamás al hombre justo abandonado, ni a sus hijos pidiendo pan. Quienes se atienen a la ley no sufren hambre el Sabbath.

—¿Lo dices elogiándote a ti mismo? Como eres rico, desdeñas la compañía de los pobres porque no cumplen la ley; pero sois vosotros los ricos quienes no les permitís hacerlo. ¿Debe acaso el pastor o el campesino prescindir de la bendición de Dios porque, habiendo trabajado casi hasta la muerte, es incapaz de pagar las deudas rituales que le imponéis como necesarias para su salvación? ¿Puede acaso ponerse y quitarse la ropa de la oración para pronunciar largas plegarias al unísono con vosotros, y lavarse cien veces las manos? Encontráis regocijo en la ley, en soportar voluntariamente cargas que Moisés nunca soñó; y la ley es, efectivamente, para el regocijo; pero lo que os regocija a vosotros es miseria para el pobre. Decís: «Este hombre es impuro; que no entre en nuestra congregación».

—Los Sabios nos aconsejan evitar la infracción de la ley poniendo una cerca a su alrededor.

—Los Sabios han dicho: «Poned una cerca en torno de la ley y guardadla bien; pero no os situéis dentro del cercado; quien lo haga no podrá ver a su espalda. Situaos afuera, y veréis todo». Sin embargo, vosotros os colocáis dentro del cercado; lo eleváis hasta que es un alto muro y convertís el lugar en un dominio privado del que los pobres están excluidos.

—¿Quieres que nos asociemos con quienes comen alimentos impuros?

—No sólo mancha al hombre lo que entra en él sino también lo que sale. Incluso la comida pura se convierte en impureza cuando el cuerpo expulsa sus fétidos residuos. Aunque os alimentáis con la dulce comida de la ley, —como se ha dicho, «era en mi boca como la miel de la dulzura»— la expulsáis en la forma de malos pensamientos, orgullo y tontería —luego, Jesús señaló con el dedo al mercader de grano y narró la parábola de un endemoniado que al verse libre del espíritu maligno que lo había llevado a sitios inmundos y peligrosos, decide retornar a su casa, y la encuentra barrida y purificada; pero como se siente solo y desea compañía, invoca a otros siete espíritus malignos a compartirla con él.

El anciano presidente de la sinagoga preguntó:

—¿Tú, un hombre joven, desafías la autoridad de doctores como nosotros, que hemos encanecido en el estudio de la ley?

—Que el profeta Jeremías responda en lugar del joven, que debe guardar silencio cuando el anciano dice locuras: «¿Cómo podéis decir: «Somos sabios y la ley del Señor está con nosotros»? «Porque la falsa pluma del comentarista os lleva a la falsedad».

Así terminó la causa, y los jueces, después de una breve conferencia, reprendieron públicamente a Jesús y a sus discípulos por su acción en Enganim, pero no les

impusieron otro castigo. Sin embargo, enviaron un mensaje privado a los hermanos mayores de Jesús, José, Judá y Simeón, informándoles que si no podían persuadirle de que retornara a su trabajo en el banco de carpintero de Nazaret se le pediría a la policía de Herodes que le encerraran por loco.

Dos días más tarde los tres hermanos llegaron consternados a Cafarnaúm, trayendo a la madre de Jesús. Se enteraron de que éste predicaba en la casa de un recaudador de impuestos a una gran muchedumbre de sus seguidores más pobres y de peor reputación. José, el mayor, le envió un mensaje por medio de un muchacho: «Tu madre y tus hermanos desean verte afuera de inmediato».

A pesar del mandamiento que dice «Honra a tu padre y a tu madre», Jesús no interrumpió su discurso para saludar a María, como hubieran hecho otros judíos piadosos en su situación: era evidente para él que el perentorio mensaje provenía de sus hermanos y no de ella.

Respondió:

—Un profeta no tiene padre, madre ni hermanos, aparte de los demás profetas como él. Por otra parte, Moisés bendijo a la tribu de Leví con estas palabras: «Preservaban el mandamiento del misericordioso y mantenían su pacto con él cuando cada uno de ellos negaba a su padre y a su madre, y no se preocupaba por sus hermanos e hijos». Por lo tanto, que cada uno de vosotros niegue a su padre, su madre, a sus hermanos y a sus hijos, si le impiden servir a Dios con amor.

José repitió esta respuesta a los superiores de la sinagoga y suspiró:

—¿Qué más podemos hacer? Nuestro hermano ha sido imprudente y desvergonzado desde su juventud. Nos lavamos las manos de él. Que lo entreguen a las autoridades, porque está escrito: «Quien maldice a su padre o a su madre, que muera». Lo que ha dicho de su madre nuestro hermano es poco menos que una maldición.

Pero María se enfrentó a José y pregunto:

—¿Quién ha maldecido a su madre? No mi hijo amado. ¿Te atreves a decir eso de tu hermano Jesús, tú, que le has negado su legítima herencia? ¿Esto dices de tu hermano Jesús, que te reconcilió con Judá y con Simeón? Recuerda el asunto del arnés roto y calla de vergüenza. —Después se volvió hacia los superiores—. Y para honrar a su madre, ¿qué podría hacer un hijo más de lo que él ha hecho? Me dio su casa y todos sus bienes antes de ir a estudiar con los esenios en Calirroe. Y no ha desobedecido mi orden, porque era una orden de José, y no mía. Por la vida del Señor, no tengo quejas de él.

Los superiores movieron la cabeza compadeciéndola y dijeron:

—¡Ay, las madres de Israel, las madres de Israel! Siempre están dispuestas a engañarse para salvar las vidas de sus hijos injustos —y por más que María dijera en contrario, se concluyó en general que Jesús la había deshonrado públicamente. Cuando salió de la casa del recaudador de impuestos, fue abucheado en la calle y reprendido por un superior de la sinagoga.

Jesús respondió:

—Paz, hombre. Si he ofendido a mi madre, tráela como testigo y yo le pediré perdón. Pero conozco a un hombre, y tú también lo conoces, que gritó *Corban* y dedicó un huerto de olivos al servicio del Señor. Pero ¿hizo eso por amor al Señor? ¿O fue para fastidiar a su padre, que deseaba comprarle el huerto a un precio que él consideraba demasiado bajo?

El superior palideció y se estremeció de vergüenza.

Luego Jesús supo por una carta firmada por los presidentes de las tres sinagogas de Cafarnaúm que, por su amor a la impureza, había sido separado de la congregación y que, si continuaba predicando en la ciudad, sería denunciado por desorden a la policía de Herodes.

Se retiró a Jorazín, donde predicó más urgentemente que nunca la cercanía del reino de Dios. Su concepción de este reino era en la práctica el retorno a la Edad de Oro, o algo muy parecido. Mientras tanto, advirtió a sus discípulos reiteradamente que no pensaran ansiosamente en la comida, la ropa y el dinero, porque Dios siempre proveía a quienes lo amaban. Y que abandonaran todo encumbramiento mundano que podía tomarlos indignos de la ciudadanía del reino, como un joyero que vendiera todo el contenido de su tienda por la esperanza de comprar una sola perla exquisita.

—¿Quién puede llevarnos al reino? —preguntó Judas.

—Las aves, los peces, las serpientes, los animales salvajes. Ellos no traman ni conspiran. Para ellos, un día de vida es como mil. Glorifican al Señor, como les ordena el Cantar de los tres niños, de Daniel, donde la adoración de los corazones santos y humildes se compara con la de ellos. Por lo tanto, Daniel llamaba «niños» a sus compañeros, porque el reino del cielo es para los simples de corazón infantil y no para los ricos y mundanos.

Se extendió sobre este asunto declarando que en Jerusalén el Dios de Israel era equivocadamente adorado como un déspota orgulloso y caprichoso; los salones de su templo eran de oro y mármol y sus servidores eran altaneros, envidiosos y codiciosos; y como había dicho Hillel: «Más servidores, más hurtos». El Dios de Israel era, en verdad, el padre misericordioso de incontables hijos e hijas, y su reino no llegaría hasta que la gente común lo reconociera como su padre y se negara a sostener la falsa pompa que había creado el dinero y la espada. Esto —explicaba Jesús— no implicaba aconsejar el abandono de los oficios ni la agricultura. Ésta no se podía librar todavía de la maldición pronunciada contra Adán, «Comerás el pan con el sudor de tu frente»; pero si se podía aliviar la maldición de ganar dinero. Que cada pueblo se sostuviera a si mismo, que los campesinos tuvieran en común los arados, los animales, los depósitos; pero que cada hombre pudiera sentarse debajo de su propia higuera y beber agua de su propio pozo, dando de lo que le sobraba a quienes lo pidieran sin tomar dinero a cambio. ¿Y el hombre rico? Si no trabajaba como los demás, moriría de hambre entre los sacos de oro de su tesoro inútil.

Tomás preguntó:

—Y esto, ¿se puede cumplir fácilmente?

—Yo no profetizo una paz inmediata; profetizo la guerra. Se sacará la espada en defensa de la forma actual del mundo. Pero ¿cómo puede prevalecer la espada si la gente común recuerda a su Dios? Con la masacre, los señores de esta tierra consumarán su propio fin; pondrán fuego a su propia casa, ¡ojalá ya estuviera ardiendo! Porque, como escribe el profeta Malaquías, «El día del Señor se acerca como un horno encendido, y consumirá a todos los malvados». Los dolores de parto del Mesías, que son el preludio de mil años de paz, deben comenzar con esas guerras y masacres.

Después de preparar así a sus discípulos y de educarlos en la doctrina del reino del cielo, los envió en parejas; de cada pareja uno debía predicar y el otro curar. Debían llevar su mensaje de esperanza y arrepentimiento a quienes más lo necesitaban: los mendigos, los pobres, los enfermos, los pecadores. Sólo habían de visitar las ciudades y pueblos israelitas, sin intentar nada en los lugares donde no fueran bien recibidos. La misión debía cumplirse sin dinero, alimentos ni ropas de reserva; cada día, al alba, se arrodillarían y orarían por el rápido advenimiento del reino, por el perdón de sus pecados y por pan suficiente para ese día.

Jaime el Menor se quejó:

—Ay, ¡por qué no estaremos mejor instruidos en la ley!

—Quienquiera tenga la voluntad de obedecer la ley, la conocerá.

Les concedió autoridad para curar a los enfermos con estas palabras:

—Confiad en el Señor; él salvará —al tiempo que decían esto, ungirían con aceite los miembros afectados, empleando aceite de oliva que, como profetas ungidos, ellos mismos hubiesen bendecido. Les aconsejó combinar la simplicidad de las palomas con la astucia de las serpientes, y les ordenó firmemente—: Si alguien os pregunta de quién proviene la autoridad con que actuáis, no evadáis la respuesta. No pongáis los ojos en el suelo murmurando mientras cambiáis los pies de lugar: «Nos ha enviado Jesús de Nazaret». Contestad claramente: «Hacemos esto por la autoridad del Señor Dios de Israel, bendito sea su nombre, porque somos sus profetas». Porque un buen pastor se enorgullece de su rey.

Luego Jesús visitó solo Samaria, y se sabe que asistió a una reunión de sacerdotes samaritanos en el monte Gerizim; había concertado el encuentro durante su paso por la provincia, justamente antes de la Pascua, mediante una palabra de poder pronunciada en el pozo de Sychar a sus sacerdotisas de la paloma; pero no se conserva el recuerdo del debate. Antes de retornar a Jorazín, donde había fijado el reencuentro con sus discípulos, recibió la dolorosa noticia de la muerte de Juan el Bautista. Antipas lo había decapitado a petición de Herodías y de su hija Salomé.

Jesús hizo duelo durante treinta días por Juan, y cuando sus discípulos lo encontraron en Jorazín estaba muy delgado y con los ojos hundidos. Ellos estaban de buen ánimo e informaron que las curas habían tenido éxito y que su prédica había arraigado. Traían consigo una cantidad de conversos, que anhelaban conocer al

maestro de tales discípulos. También venían con ellos los discípulos de Juan, que preguntaban:

—¿Eres tú el grande que profetizaba nuestro maestro, o debemos buscar a algún otro? Hemos oído maravillosas narraciones de tus hazañas, contando cómo los baldados andan, los ciegos ven, los leprosos son purificados y los sordos oyen.

—¿Quién os ha enviado a mí?

—Simón de Gita, el delegado de Juan.

Jesús lo conocía; era el hijo de un apóstata zadokita que había sido uno de los principales agentes de Livia en Siria. Simón era emprendedor, elocuente y valeroso, pero el poder le interesaba más que la virtud. Se había circuncidado para casarse con una mujer perteneciente a la familia de un sumo sacerdote, pero cuando su padre sufrió un infortunio y perdió todo su dinero, no había podido cumplir el contrato de matrimonio, y la muchacha se había casado con otro. Simón se hundió en una desesperación vengativa y, después de varias aventuras al servicio de un jefe árabe de caravanas, se convirtió en un discípulo de Juan, de quien había esperado aprender el secreto del poder profético. Ahora que Juan había muerto, deseaba unirse a Jesús, por quien Juan había expresado oscuramente su veneración, y aprender de él lo que Juan no le había podido enseñar.

Pedro llevó aparte a Jesús y le contó, indignado, que Simón utilizaba la fórmula curativa que Jesús les había dado; pero él respondió que nadie podía reclamar la propiedad de esas palabras, que no eran un hechizo secreto como, los que usaban los encantadores. Sin embargo, no confiaba en Simón y dijo a sus discípulos:

—No le digáis más que esto: yo predico a los pobres la misericordia de Dios, y seré feliz si con esto no lo ofendo.

(Más tarde, Simón de Gita se apartó por completo del judaísmo y tomó, de cierto Dositen, la dirección de un nuevo culto sincrético fundado en el de Hércules-Melkart y su amante, la diosa de la luna. Tenía veintiocho discípulos, correspondientes a cuatro semanas; él mismo y una mujer representaban el día y medio restante para completar el mes lunar. La mujer era Jezabel, una sacerdotisa de Hierápolis con quien se casó y que luego fue conocida por sus seguidores como Selena —la luna— en tanto que él recibía el nombre de Simón el Telchin, es decir «el que permanece; estuvo, está y estará», como si fuera una encarnación del Dios Sol. Simón afirmaba que poseía el poder de controlar la temperatura, de bendecir o destruir con la mirada, de volar con alas por el aire y de asumir cualquier forma que deseara. Pero ninguno de los discípulos de Juan lo siguió, y sus pretensiones eran mucho mayores que su capacidad).

Dos superiores de la sinagoga de Jorazín visitaron una noche a Jesús; le prohibieron que volviera a predicar en la ciudad y al mismo tiempo le aconsejaron salir de Galilea si apreciaba su vida. Le dijeron que Antipas, a petición de su mayordomo Chuza, estaba a punto de ordenar su arresto.

—¿Por quién lo habéis sabido?

—Por Juana, la esposa de Chuza. No se atrevió a enviar a una de sus criaturas.

—Si me odiáis como parece, ¿por qué me hacéis esta advertencia?

—Somos israelitas, y jamás permitiríamos que otro israelita cayera en manos de Edom si pudiéramos salvarlo por cualquier medio a nuestro alcance.

—Sin embargo, me prohibís predicar en Jorazín, y esta prohibición entraña una amenaza.

—Jorazín no es toda Galilea.

Jesús les dio las gracias irónicamente y dijo:

—Si os enteráis de que ese zorro pregunta por mí, decidle que predicaré donde desee; que no tengo miedo del demonio que lo posee, y que un día ambos nos encontraremos en Jerusalén.

Sin embargo, y como él mismo decía, no era costumbre de Jesús arrojar perlas a los cerdos, y nunca volvió a predicar en un pueblo o una ciudad que lo hubiese rechazado oficialmente. Se marchó de Jorazín, cruzó el Jordán y se dirigió a Nueva Betsaida, o Julias, la capital de la tetrarquía de Filipo, que está junto a la Vieja Betsaida. Allí predicó cierto tiempo; pero aunque no permitió a sus nuevos conversos que le siguieran, gran cantidad de ellos desobedeció, rodeándolo con clamor tan entusiasta que los magistrados locales le pidieron que abandonara la ciudad. Él sacudió simbólicamente el polvo de sus sandalias después de trasponer las puertas de la ciudad, declaró que el día del juicio sería más benigno con Sodoma y Gomorra, las ciudades del mar Muerto destruidas por el fuego del cielo, que con Nueva Betsaida, Cafarnaúm y Jorazín.

Sin desalentarse por el rechazo, reunió a sus discípulos y pidió a cada uno que eligiera seis de los nuevos conversos y los enviara, por parejas, a recorrer el país en misión. Después de impartir esa orden, se dirigió solo a la Baja Transjordania a entrevistarse con su hermano Jaime el Ebionita.

Cuando regresó y vio que sus discípulos habían cumplido correctamente su cometido, los envió a Jerusalén para que asistieran a la Fiesta de los Tabernáculos; les dijo que no lo esperaran, porque quizá no pudiera ir. Llegó a Jerusalén el último día de la fiesta, el día de los sauces, en que el gran altar estaba decorado con ramas de sauce. Era costumbre que cada día de los siete un sacerdote se dirigiera al estanque de Siloam, a la cabeza de una procesión, llevando un gran jarro de oro. Lo llenaba y lo traía, a la luz de las teas y entre la música de las trompetas, hasta la colina, a través de la Puerta del Agua del templo y del patio de los gentiles. Allí otros sacerdotes recibían el jarro de sus manos, cantando las palabras de Isaías: «Con júbilo sacarás agua de los pozos de la salvación», y toda la concurrencia repetía el refrán. Y mientras volvían a sonar las trompetas y los levitas entonaban salmos, sacudían los tirsos y bailaban en torno del gran altar, se derramaba sobre él el agua de Siloam, al mismo tiempo que una libación de vino nuevo. Desde el altar el agua corría a un recipiente de plata y desaparecía por una tubería que comunicaba con el arroyo de Kidron. El motivo de este rito era un antiguo texto: «Derramad agua ante mí en la

fiesta, para que las lluvias del año sean benditas para vosotros». Pero la noche del día de los sauces los levitas no bailaban una vez en torno del altar, sino siete, conmemorando los siete días del sitio de las murallas de Jericó.

Una interrupción señaló ese día de los sauces: en el momento en que el sacerdote se inclinaba sobre el estanque con su jarro, una voz alta y suave rompió el acostumbrado silencio religioso:

—«Amen, amen; todo aquél que tenga sed, que venga a las aguas, tenga o no dinero. Oíd y venid a mí. Oíd y viviréis» —entonces, todos los hombres piadosos continuaron mentalmente la cita de Isaías—: «Y haré un acuerdo permanente con vosotros; la merced asegurada de un David. He aquí que lo he puesto como testigo de mi pueblo, como su jefe y comandante».

Para no alterar la santidad de la ocasión no se intentó arrestar a Jesús, que se vio rodeado por una multitud de sus seguidores galileos; y no se lo vio más cuando la procesión continuó su marcha hacia la Puerta del Agua.

La mañana siguiente se habló del incidente durante la reunión del gran sanhedrín. No se dudaba que había sido Jesús quien había hablado; pero nadie podía jurarlo, porque era de noche y él no era un hombre alto cuya cabeza se pudiera ver por encima de las demás. Anás, el antiguo gran sacerdote, propuso que se lo citara ante la corte por la interrupción de las solemnidades, no tanto por haber manifestado un impulso extático como por haber formulado una cita provocativa, y la promesa directa al pueblo de un líder revolucionario.

—Él mismo, sin duda —dijo secamente Anás, y sus colegas rieron cuando agregó —: Un David que no necesita fingir locura ni dejar que la saliva corra por su barba.

Nicodemon se opuso vigorosamente a la moción, que consideraba incompatible con la dignidad de la corte. Aunque se pudiera probar que Jesús, o cualquier otra persona, había pronunciado esas palabras, de ningún modo se podían interpretar como una provocación. Se citaba a Isaías durante la recepción del agua en el patio de los gentiles, ¿por qué no se lo podía citar cuando se recogía el agua, fuera del recinto del templo?

Anás preguntó burlonamente:

—¿Cómo? ¿Eres tú también un seguidor de ese loco galileo?

La intervención de Nicodemon fue decisiva, porque era una autoridad reconocida en todos los asuntos relacionados con las libaciones y actos lustrales; pero las palabras de Anás lo desconcertaron, y lamentó no haber demostrado mayor desinterés.

Jesús regresó con sus discípulos al lago de Galilea. Predicó en las afueras de Magdala, centro de la industria de salazón del pescado, pero no entró en el mercado ni en ninguna sinagoga. Por la notoriedad que había adquirido como defensor de prostitutas y recaudadores de impuestos, infractor del Sabbath, y hombre expulsado de su familia, sólo la escoria del populacho lo escuchaba. El público era tan escaso que la policía, aunque se le había ordenado vigilar sus movimientos, no lo molestó en

modo alguno. Los policías se decían:

—Parece una persona bastante honesta. Que lo odien los superiores de la sinagoga es prueba evidente de su amistad con Roma.

Desde Magdala se hizo a la vela con sus discípulos hacia Vieja Betsaida; allí izaron la barca a la costa y prosiguieron a pie a lo largo del Alto Jordán hasta el monte Hermón, esa inmensa montaña que marca el límite norte de la antigua tierra de Israel. Visitaron allí la gruta de Baal-Gad, famosa fuente del Jordán: se encuentra en la base, enrojecida por las aguas, de un alto acantilado de caliza que corona la ciudad de Cesárea de Filipo. La gruta está consagrada al Señor de Gad, un dios cabrío de la buena fortuna a quien los griegos identifican con Pan. Judas de Keriot leyó una inscripción griega en la roca: «A Pan y a las Ninfas». Preguntó a Jesús:

—¿Juan el Bautista inspeccionó alguna vez la fuente de la corriente en que nos ha bautizado?

—Este agua, que el Señor ha bendecido para nuestro uso, sería limpia aun si manara de las quijadas de un perro muerto; análogamente, en el púlpito de la sinagoga, la ley de Moisés fluye limpia de los labios de un pecador.

Se sentaron en las rocas y arrojaron ociosamente piedrecillas al agua. Bruscamente Jesús preguntó:

—¿Quién dice el pueblo que soy?

—Algunos dicen que el manto de Juan el Bautista ha caído sobre ti, como el de Elías sobre Elisha.

—Algunos dicen que eres Elisha; otros afirman que Elisha ha muerto y que debes de ser Elías.

—He oído que te llamaban Enoc.

—E Isaías.

—¿Y quién decís vosotros que soy?

Pedro respondió con convicción:

—Eres el Mesías, de quien nuestro Dios ha hablado por la boca de David: «Hijo mio, hoy te he engendrado».

Jesús oró en alta voz:

—Padre del cielo; si has revelado la verdad a este discípulo, te lo agradezco; si ha hablado neciamente, perdónalo. Aunque he sido ungido, sólo tú conoces mi destino. Con el rey David te pido: «Guárdame del pecado de presunción, para que no me domine. Consérvame puro e inocente del gran pecado».

Encargó luego a todos que guardaran silencio al respecto.

Con Pedro, Jaime y Juan trepó la ladera sur del monte Hermón, mientras los demás salían a predicar en los pueblos vecinos. Salieron antes del alba, y a mediodía habían llegado a un punto, próximo a la cima, donde soplaba un viento helado y los cegaba el resplandor de la nieve iluminada por el sol. Allí Jesús se quedó inmóvil, con el rostro transfigurado, mientras conversaba en alta voz con dos personas

invisibles que gradualmente asumieron una forma sustancial: un majestuoso anciano de barba blanca, vestido de luz y con una mitra de oro, y un espíritu más joven, de barba roja, con ropas pastorales y un cordero debajo del brazo. Los discípulos sólo pudieron entender parte de lo que se dijo, porque las voces llegaban hasta ellos como en un sueño; pero ambos espíritus aconsejaban claramente a Jesús que no fuera a Jerusalén.

El espíritu de barba roja dijo:

—Hermano, ese camino no conduce a las puertas del reino sino que se pierde entre las ciénagas. ¡Evítalo!

Y el de barba blanca:

—Cuidado con la cuarta bestia, hijo mío; ¡que no te alce con sus cuernos y te arroje al abismo sin fondo!

—¿Debo apartarme de mi tarea? —preguntó Jesús—. ¿Debo huir al desierto, como huyó Elías de la prostituta Jezabel? ¿O contemporizar con el mal, como hizo Moisés en Meribab cuando se mostró indulgente con los rebeldes y golpeó la roca con su báculo de madera de coscojo?

El ser de barba roja dijo:

—Sufrirás cosas peores de las que sufrió mi padre. No olvides mi advertencia: las trampas de la Hembra ya están preparadas.

Y el de barba blanca:

—El juicio de Abtalión: «Hombres sabios, cuidad vuestras palabras; porque si estáis exiliados en el lugar de las aguas corruptas, así como las fuentes claras fluyen al mar maldito y se mezclan con él, quienes vengan después beberán de ellas y morirán, y el nombre del cielo será profanado».

Jesús exclamó en voz poderosa:

—¿Qué israelita, con la sola excepción de Enoc el Puro, pagó alguna vez hasta la última moneda su deuda con nuestro Dios? Sin embargo, yo pagaré la mía. Como ha dicho Hillel, bendita sea su memoria, «Si no ahora, ¿cuándo?»

Estaba decidido a no dejarse apartar de su camino. La conversación continuó, cada vez menos inteligible, hasta que Pedro rompió el hechizo balbuceando las primeras palabras que se le ocurrieron al azar:

—Maestro, éste es un lugar agradable, pero el viento es terrible y no abundan las casas. Danos permiso para construir tres chozas de nieve: una para ti, una para Moisés, y otra para Elías.

Inmediatamente la visión se disipó.

Cuando Pedro le contó más tarde la historia, Judas adivinó que el espíritu que Pedro había tomado por Elías era Juan el Bautista, y que el que había creído Moisés era Simón, hijo de Boeto. Empezó a sentirse ansioso por Jesús, puesto que los espíritus de los hombres justos aparecen solamente ante los justos, y no engañan.

XXIV

LA DEUDA

Jesús no fue directamente a Jerusalén, sino que tomó primero la ruta que llevaba a Sidón, en el oeste, donde visitó las dispersas comunidades judías que se encuentran apenas dentro de las fronteras. En Sarepta, una viuda fenicia, que se protegía de la lluvia bajo la famosa higuera de ese lugar, le imploró que curara a su hija cataléptica. Se negó, porque sólo tenía deberes con los israelitas, y preguntó:

—Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?

—Mi higuera te ha dado amparo.

—Te lo agradezco, pero no se debe echar a los perros el pan de la mesa de los niños.

La viuda insistió:

—No niegues a los perros las migajas caídas —pidió.

Entonces, recordando que Elías había realizado, setecientos años antes y en esa misma ciudad, el milagro del jarro de aceite y el tonel de harina inagotables para una viuda fenicia, se conmovió y curó a la muchacha. Y fue la única extranjera por quien dejó de cumplir sus exclusivas normas.

Conviene recordar que su capacidad de curar era limitada. Como saben los médicos expertos, el acto de curar por la fe, incluso cuando se realiza en nombre de un dios, es físicamente agotador, y si se practica con demasiada frecuencia empaña el espíritu. Una vez, en el punto culminante de su popularidad, rodeado por una multitud ante las puertas de la sinagoga de Jorazín, sintió una brusca pérdida de poder y exclamó:

—¿Quién me ha tocado?

Una mujer confesó que había rozado el sagrado ruedo de su ropa de plegaria; sufría de un flujo menstrual que la tornaba perpetuamente impura.

—¿Quieres hacer de mi un mago, ladrona? —dijo él, indignado; luego, apresuradamente, pronunció las palabras que dedicarían la curación a Dios.

Cuando se acababa el invierno, dejó Sidón y fue a Samaria a través de Galilea. Para apartar de sí la atención dispersó a sus discípulos de a dos y de a tres. Mientras Pedro y él pasaban por Cafarnaúm, el tesorero de la sinagoga, encargado de percibir el impuesto del templo, los detuvo y les exigió el pago. El monto autorizado por el Deuteronomio era de medio siclo, es decir, dos dracmas, por cada judío adulto en todo el país; era el único impuesto que nadie osaba evadir, y por lo tanto nada costaba percibirlo. Aunque, a los ojos de Jesús, el clero del templo utilizaba muy mal las enormes sumas de dinero obtenidas mediante el impuesto, no se negó a pagar. Pero

estaba al cabo de sus recursos; los maridos de Juana y Susana les habían prohibido que continuaran apoyando la misión de Jesús. Dijo entonces a Pedro:

—Pide el siclo a los peces, mientras yo espero aquí.

Pedro pidió prestados un anzuelo, una línea y cebo a un amigo y, ya en el lago, nadó hasta una roca a cierta distancia de la costa. Allí tuvo la extraordinaria buena fortuna de coger un gran pez de los llamados *mouscos*, que a veces se disputan los rudos pescadores. Pidió por él en el mercado cuatro dracmas; las recibió y antes de una hora llegó a casa del tesorero con una moneda de cuatro dracmas. Dijo al tesorero con burlona gravedad:

—Puse de cebo una plegaria y dejé hundir el anzuelo. ¡Y mira qué piedra hallé en la boca del primer *mouscos* que cogí! Porque se dice que este pez abre su boca para guardar en ella a sus crías cuando hay enemigos cerca, y que la cierra con una piedra recogida en el fondo del lago.

Pero la suerte de Pedro no duró mucho. Regresó a la roca y no pescó nada más.

Empezaban a desalentar a los discípulos los esfuerzos a que les obligaba la búsqueda de comida; en su mayoría, no habían probado una buena comida durante semanas. Sus ropas estaban manchadas y desgarradas, y sus sandalias gastadas.

—Cualquiera podría confundirnos con los gibeonitas cuando visitaron a Josué — se quejó Felipe, que había amado la elegancia en otro tiempo.

En Sunam, Jesús los consoló con la promesa de que todo hombre que abandonara hogar, familia y oficio por amor al Señor sería recompensado en el reino celestial. Mientras masticaban judías en un campo en barbecho, dijo:

—Llegará un día en que cada vid tendrá diez mil ramas, y cada rama diez mil renuevos, y cada renuevo diez mil racimos, y cada racimo diez mil uvas; y en que cada uva, apretada, rinda veinticinco medidas de vino. Y cuando un habitante de esa rica tierra tienda su mano para tomar un racimo, otro gritará: «No; tómame a mi, soy más jugoso, y alaba conmigo al Señor».

—Entonces, no nos faltará vino —dijo Juan—, si las vasijas soportan su peso.

—Y lo mismo ocurrirá con el trigo. Cada simiente dará una planta de diez mil espigas, con diez mil granos en cada espiga; y cada grano rendirá, en el molino, diez libras de hermosa harina blanca. Y también las higueras y los membrillos y las palmeras datileras darán fruto de esa manera prodigiosa.

—¿Serán también abundantes la miel y la mantequilla? —preguntó Tadeo con su voz chillona. Su verdadero nombre era Lebbaeus, pero había sido apodado Tadeo («pechos») por su aire de matrona—. Mi estómago se fatiga de judías y cortezas de pan rancio.

—Isaías profetiza miel y mantequilla para el Mesías en el reino; serán tan abundantes como hoy las miradas agrias y las palabras duras.

—Es difícil creerlo. ¿Cómo sustentará el suelo tan ricas plantaciones?

—Ya veréis.

Y luego dijo:

—Cuando el hijo de David esté sentado en su trono real, en doce tronos menores habrá doce hombres para juzgar sobre las doce tribus. Aquello a que hoy han renunciado, les será devuelto centuplicado.

Sus ojos brillaron de esperanza.

—Ojalá esos doce reyes sean tus doce discípulos.

—No está en mi mano otorgar esos tronos; y antes, hasta el más humilde de los ciudadanos del reino deberá apurar la amarga copa, los dolores de parto del Mesías. ¿Osaréis llevarla a vuestros labios?

—Nos atreveremos —dijeron, sin saber a qué se comprometían.

—No temáis, pequeña grey —dijo Jesús—. Nuestro Dios os alimentará.

En la frontera de Samaria envió a Jaime y a Juan al monte Gerizim, a la casa del sumo sacerdote samaritano. Debían decirle:

—El rey y sus seguidores están en camino a Jerusalén. ¡Preparaos para aclamarlo!

Pero después de escuchar su mensaje, les respondieron:

—Decid al rey que sus sacerdotes aún no están preparados. A su regreso triunfal de Jerusalén lo recibirán como merece.

Jaime y Juan comunicaron la respuesta a Jesús y exclamaron indignados:

—Señor, danos permiso de invocar el fuego del cielo para consumir a esos desventurados, como hizo Elías con los capitanes del rey Ahazías.

Jesús los calmó.

—No he venido a destruir la vida, sino a salvarla. Son hombres débiles; pero a su tiempo, vuestra fe los fortalecerá. Como no podemos ir por Samaria, pasaremos por el orgullo del Jordán.

Atravesaron el Jordán y se dirigieron hacia el sur a través de los bosques de la margen opuesta, donde crecen el álamo blanco, la malva y el tamarindo. La gente del campo había oído hablar de Jesús a su hermano Jaime el Ebionita, y se reunió en multitud para verlo; algunos llevaban consigo a sus niños pequeños. Los discípulos los habrían apartado, pues según el proverbio: «Durante dos años el niño es un cerdo y goza de la inmundicia». Pero Jesús los bendijo, diciendo que quien no fuera tan poco deliberado ni tan sincero como un niño, no participaría del reino. De los niños mayores decía:

—Ven claramente la divina luz del Señor, porque el mundo todavía no ha nublado sus ojos, y sus infantiles voces alejan la furia de Dios.

Entre esos niños mayores me encontraba yo, Agabo el Decapolitano, hijo de padre sirio y madre samaritana. Cuando Jesús pronunció esas palabras, mi corazón exclamó: «¡Es verdad!». Mi mundo de esos días estaba iluminado por un brillo suave e inexplicable, que daba un fulgor especial a los objetos comunes sobre los que caía, y que no ha vuelto a resplandecer desde que me convertí en adulto. No me bendijo, porque no me atreví a pasar por judío; pero lo saludé respetuosamente y él me sonrió. Como fue la primera y última vez que vi a Jesús, no es inoportuno que recuerde aquí la ocasión.

Tenía estatura inferior a la media y hombros anchos; sus ojos estaban hundidos y brillaban como berilos; su rostro pálido Y surcado por muchas arrugas; sus labios eran plenos, sus dientes parejos; su barba hendida, bien peinada, y de un rojo que se acercaba al negro, como su pelo; sus manos grandes y los dedos cortos. Cojeaba y apoyaba su peso en un báculo de madera de almendro, adornado con flores y frutos labrados, o en otro más sencillo, con franjas lisas. Cuando se sentaba ponía sus báculos a ambos lados sobre el suelo; atraían mis miradas la belleza y la variedad de sus gestos. Hablaba con sus manos casi tanto como con sus labios.

Mi padre permaneció largo tiempo meditando después que Jesús continuó su marcha hacia el próximo pueblo, repitiendo:

—Hay en su rostro algo familiar aunque extraño, pero ¿qué es? ¿Dónde lo he visto antes? Quizá sólo en un sueño, aunque no lo creo. ¿No te ha parecido a ti un rostro extraño, mi querida Antinoe? ¿Extraño y a la vez familiar?

Mi madre respondió:

—Me ha parecido el rostro de alguien que conversa familiarmente con los dioses, o con los demonios. Nunca he visto antes tal pena y tal belleza, excepto una vez: alumbraban el rostro del hijo de un noble en esa gran casa que está cerca de Pella. Su nombre era Meleagro; era vidente y un maestro de la lira, pero epiléptico.

Mi padre hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—No es eso lo que te pregunto, mujer. Se trata de alguien a quien he visto hace mucho… —De pronto, el asombro invadió su cara, cuando logró recordar—. ¡Era el mismo rey Herodes! —exclamó—. Por todos los dioses, es el rostro del viejo Herodes que vi en mi infancia, hace sesenta años, antes de que su pelo se volviera blanco. ¿Cómo es posible esto? ¡Jesús de Nazaret se parece a nuestro antiguo benefactor más que ninguno de sus propios hijos!

Jesús llegó a Jerusalén. Predicó en el mercado de frutas y en el mercado del bronce y ante las puertas de la ciudad, con tanto éxito como había tenido durante su primera visita a Cafarnaúm. La gente reconocía la autoridad en su voz, y sus curaciones la confirmaban. Como se consideraba sólida su doctrina desde el punto de vista fariseo, fue invitado a predicar en varias de las sinagogas más pobres —en Jerusalén había en ese momento doscientas o trescientas— y la concurrencia era siempre numerosa. Pero el clero saduceo desconfiaba de él porque predicaba el inminente advenimiento del reino de Dios, y lo mantenía bajo constante vigilancia, listo para arrestarlo a la menor sospecha de actividad revolucionaria.

Los fariseos, que habían sucedido a los antiguos profetas como guardianes reconocidos de la moral pública, habían llegado a un acuerdo tácito con los saduceos. Como el sumo sacerdote era nombrado por Roma y, en virtud de su función, era presidente del gran sanhedrín, habían acordado que la supresión de las doctrinas revolucionarias era su obligación exclusiva; a cambio de esto, los saduceos concedían que la supresión de las doctrinas heréticas fuera competencia única de los presidentes conjuntos de la corte suprema farisea; éstos no sólo eran las cabezas del sistema

judicial judío que dispensaba la ley mosaica sino que también coordinaban el culto de las sinagogas en todo el mundo. Los jueces de la corte suprema no tenían relación directa con el gobernador general romano, y utilizaban el gran sanhedrín como un intermediario; sin embargo, estaban representados en él por unos pocos miembros, como Nicodemon, hijo de Gorion, y José de Arimatea, aunque esto era esencialmente para asegurar que la doctrina saducea no fuera mal interpretada por los romanos como la doctrina del pueblo en general. El precepto de Shammai, «Amad el trabajo, odiad los cargos y no seáis conocidos como amigos del gobierno», convertía a los fariseos en quietistas. Obedecían a un proverbio: «Cuando resuenan las armas en las calles, retírate a tu habitación». Y a pesar de sus profundas disensiones con los saduceos en materia de teoría religiosa, y en especial de la doctrina de la resurrección, concordaban con ellos en el rechazo al fervor mesiánico, siempre más ardiente entre los ignorantes, ociosos e impacientes. Un sabio, decían, debía estar siempre listo para la llegada del Mesías, pero con los oídos cerrados a los alocados gritos de «He aquí». Cuando llegara el momento, y con él el Mesías, los signos celestiales serían inconfundibles.

Los presidentes de la corte suprema enviaron a su elocuente secretario, José de Arimatea, a estudiar el caso de Jesús con el sumo sacerdote Caifás. José instó a Caifás a no tomar medidas contra Jesús.

—Es un hombre simple, y pienso que piadoso. Espera redimir de la destrucción a los israelitas que, por diversas razones, no están calificados para asistir a la sinagoga o han sido expulsados por su mala conducta: criminales, recaudadores de impuestos, prostitutas y otros. A mi juicio, es una tarea valiosa. El año pasado hubo fricciones entre él y los hombres de Cafarnaúm y Jorazín, pero ya sabes qué estrechos e intolerantes pueden ser los superiores de las sinagogas de provincia. Si yo hubiera estado en su lugar, le habría dado libertad y mi bendición. Es evidente la dificultad de admitir penitentes con malos antecedentes en una sinagoga respetable; pero sus conversos son numerosos y sin duda se podría haber construido una sinagoga aparte para ellos en alguna parte, con una suscripción pública; y esto habría sido agradable para el cielo y también una útil contribución a la estabilidad política.

—No, no, amigo José; por lo que he oído de Jesús, dudo que aceptara una solución como ésa. Él intenta imponer los impuros a los puros de manera ofensiva, y en ese sentido mis simpatías están con las autoridades de Cafarnaúm. Sin embargo, en general, me inclino a estar de acuerdo contigo. Si lo dejamos en paz, la gente se cansará de sus discursos; y cuando los superiores de las sinagogas vean quiénes le acompañan, le cerrarán rápidamente las puertas. Informa a tus sabios y piadosos presidentes, con mis cumplidos, que me abstendré de toda acción disciplinaria contra ese vendedor de milagros hasta que un día se descuide y vocifere algún disparate contra el Imperio. En ese caso tendré que darme por enterado. A propósito, ¿no crees que es algo loco? ¿Cree realmente que es el Mesías? Te lo pregunto por las palabras con que interrumpió el año pasado las solemnidades del día de los sauces.

—Los profetas que predican constantemente la llegada del reino son propensos a la confusión mental; es una profesión peligrosa. Juan el Bautista se condujo de modo muy extraño en sus últimos días. Pero no puedo creer que Jesús abrigue ilusiones grandiosas; en general éstas se manifiestan mediante la ficción de la gloria militar, las órdenes proferidas a gritos, la banderas, la música de trompetas y cosas similares. Te agradezco, santo padre, tu actitud bondadosa.

—Y yo agradezco a tus sabios y piadosos presidentes que te hayan enviado a verme.

El interés de Jesús por los proscritos de la sinagoga ha conducido a muchos crestianos gentiles a suponer que, para él, cuanto más graves fueran los pecados de un pecador, más aceptable era su arrepentimiento, y mayor la recompensa que le aguardaba en el reino de Dios; y que si un hombre podía presentar a Enoc, el encargado del registro del cielo, una lista de terribles crímenes redimidos por un arrepentimiento completo, aunque apresurado, recibiría un puesto más alto en el reino que un fariseo amante de Dios que jamás se hubiera apartado de la ley en lo más mínimo. Esto es un disfraz absurdo de sus enseñanzas. Jesús estaba decidido a convertir a los proscritos porque eran proscritos, no porque sus pecados fueran para él una recomendación. A su juicio, el reino no llegaría hasta que toda Israel se arrepintiera, y no abrigaba temores por la masa de concurrentes a las sinagogas.

—Ellos tienen la ley y los profetas; sólo deben escuchar con atención y, cuando alboree el día del Señor, participarán del arrepentimiento general. Pero los proscritos no han recibido instrucción acerca de la voluntad divina. Como decía Hillel, bendita sea su memoria, «El hombre ignorante peca con la conciencia limpia».

No se recuerda que haya mirado nunca con amor a un pecador; aunque se dice que, en cierta ocasión miró cariñosamente a un joven rico que había cumplido la ley en todos los sentidos desde su infancia. Dijo a ese joven:

—Sólo una cosa te falta: vende todos tus bienes y distribúyelos entre los pobres —mientras el joven se alejaba, preguntándose tristemente si podía aceptar tal consejo sin separarse de sus amigos ni obrar injustamente con sus numerosos empleados, Jesús suspiró y preguntó a sus discípulos—: ¿Habéis visto alguna vez a un extranjero tratando de hacer pasar un camello bien cargado por el arco del ojo de aguja de Jerusalén? Pues lo mismo le ocurre al rico con el reino del cielo —a un superior de sinagoga que le reprochaba el desperdicio de su tarea espiritual con la escoria de la ciudad le respondió—: Aquí en Jerusalén tenéis la costumbre de hacer, cada año, un converso de una nueva ciudad o nación, y de regocijaros públicamente por él, para que el mundo sepa que se ofrece libremente la ley a todos los hombres que deseen servir al Señor. Pero ¿complacería al Señor veros errando por los desiertos de Mauritania o las costas del mar Caspio para cazar, circuncidar e instruir al salvaje pintarrajeado del año próximo? No mientras desdeñéis a las masas de israelitas que merecen en primer término vuestro celo y vuestro amor.

Pasó diciembre y enero en Jerusalén, secretamente financiado por Nicodemon, y no visitó una sola vez la casa de Lázaro, consciente de la hostilidad de María. Lázaro, apenado por su abandono, tampoco lo buscó en los mercados. En mitad del invierno, durante la Fiesta de la Dedicación —el aniversario de la nueva santificación del templo posterior a la profanación de Antíoco Epifanes—, Nicodemon envió a su hijo a preguntar privadamente a Jesús:

—Si eres el Mesías, ¿por qué no te declaras? Y si no, ¿quién eres?

Jesús respondió:

—Di a tu padre que soy un pastor preocupado por alimentar a su rebaño. No me preocupan los «si»; los «si» son lobos que atacan el rebaño del pastor contratado.

A medida que el invierno se acercaba a su fin, el sumo sacerdote descubría, consternado, por los informes de sus espías, que la influencia de Jesús aumentaba en lugar de disminuir. Una diputación del templo judío de Leontópolis había visitado a Jesús a principios de febrero, regresando luego de prisa a Egipto. También esto inquietó a Caifás, aunque no sabía bien qué sentido podía tener; y, sin molestarse en consultar a los presidentes de la corte suprema, llamó al capitán del templo y le dijo:

—Que tus levitas no arrojen piedras al hacedor de milagros de Nazaret; he prometido a la corte suprema no molestarlo.

El capitán entendió exactamente lo que le decían. Transmitió el mensaje a sus sargentos levitas, quienes se dirigieron al barrio antiguo e informaron a los jefes de facción de los jebusitas:

—Jesús de Nazaret no está ya bajo la protección del sumo sacerdote. Si esta noche vuelan piedras en la Puerta del Pez, y él es expulsado de la ciudad, no habrá ninguno de vosotros presente para hacer arrestos. Pero no permitáis un asesinato.

Así autorizadas, las bandas callejeras jebusitas se reunieron en gran número esa noche en la Puerta del Pez, y apenas Jesús apareció lo recibieron con una andanada de piedras y pescados podridos. Él no mostró alarma; no fue tocado por ningún proyectil, aunque nada hizo para evitarlos. Se contentó con decir a sus discípulos:

—Cuando a un profeta se le arrojan piedras, él se retira; pero cada piedra rebotará como una maldición contra el hombre que la haya arrojado.

Serenamente, los condujo a través de la Puerta del Pez, y luego por el camino hacia el Jordán.

Durante un tiempo estableció su centro en Beth Nimrah, en Transjordania, predicando en todos los pueblos vecinos; pero a mediados de marzo empezaron bruscamente los malos días de su vida y se vio obligado a cruzar nuevamente el Jordán.

Llegó un mensajero de su reina, María, hija de Cleofás. «Ven a Betania; mi hermano Lázaro está enfermo. Cúralo».

Respondió:

—Dile a la mujer que no soy médico. ¿No hay acaso médicos en Betania? ¿Ni en Jerusalén?

El mensajero regresó tres días más tarde: «Ven inmediatamente; su enfermedad es mortal. Sólo tú puedes curarlo».

El mensaje de respuesta fue: «No soy yo quien cura. Si tu hermano está mortalmente enfermo, que pronuncie el nombre del Señor; se salvará».

Estaba decidido a no ver a María, y sospechaba que la llamada era una excusa para atraerlo a su casa. Dijo a Judas de Keriot:

—En esto está la mano de la Hembra.

—¿Cómo es eso?

—Hiere a los hombres a través de aquéllos a quienes ama.

—¿Quién es la bruja? ¿María la Peluquera?

—Todas las mujeres son hijas de la Hembra; y la Hembra es la madre de todas las brujas.

El día siguiente llegó otro mensajero, con ropas de luto.

—Lázaro ha muerto —informó.

—¿Cómo es posible? Hay un sueño que es casi tan profundo como la muerte. Sin duda Lázaro duerme.

—Está muerto —repitió el mensajero—. Su aliento no mueve una pluma de paloma. Sólo la trompeta de Gabriel lo despertará.

Después de un largo y terrible silencio, Jesús dijo:

—Hijos, volvamos a Betania.

—Betania está cerca de Jerusalén —dijo Mateo—. Las piedras fueron un aviso.

Pero Tomás dijo:

—¿Tienes miedo, Mateo? Iré con el maestro, aunque sea a mi muerte.

Jesús no se apresuró, sino que pasó todo ese día orando y el siguiente predicando.

Llegaron a Betania hacia el atardecer del tercer día; Jesús esperó en un huerto, a una milla de la ciudad, y envió a Judas en busca de Marta, la hermana de Lázaro. Cuando ella llegó le preguntó serenamente:

—¿Ha despertado de su sueño mi hermano Lázaro?

Marta estaba iracunda.

—¿Por qué no has venido cuando te lo pedimos? Ahora es demasiado tarde. Mi hermano murió y está enterrado hace cuatro días; en este momento su cuerpo se pudre. Oh, Jesús, Jesús ¡cuídate de mi hermana! Tiene una grave acusación contra ti.

—Tráela.

Marta corrió a su casa y susurró al oído de María:

—Te ha llamado.

María se excusó ante las personas que estaban de duelo en su casa.

—No os ofendáis si os dejo y voy sola a llorar a su tumba.

Fue con Marta al huerto y, sofocada de dolor y furia, dijo a Jesús:

—Si hubieras venido a Betania, mi hermano no habría muerto.

Él no respondió, pero hizo señas a sus discípulos para que los dejaran a solas.

María continuó:

—Me has negado tu amor, me has negado un hijo. Nos has alimentado con la dorada esperanza de que pronto vendría el reino de Dios. Lázaro, tú y yo gozaríamos juntos de él, si seguíamos tu regla de castidad. Ahora él ha muerto, pero tú y yo aún vivimos. No tienes amor en tu corazón; de otro modo no te hubieras negado a satisfacer mi más caro deseo, que es el de toda mujer honorable de Israel. Sin embargo, eres conocido como un hombre justo. Si eres un hombre justo, paga tus deudas. Tienes deudas con Dios, y éstas las pagas con alegría; pero también tienes una deuda conmigo, la deuda de la carne y la sangre. Págame con una vida nueva o con una vieja; dame un hijo para acabar con mi vergüenza, o bien devuélveme a mi hermano. ¿Por qué no lo devuelves a la vida? Me han dicho que conoces el nombre indecible.

Jesús dejó escapar un profundo suspiro. Luego cayó de rodillas en oración. Finalmente se puso de pie y profetizó solemnemente ante María:

—Así ha dicho el Señor: soy la resurrección y la vida. Quien crea en mí no probará el sabor de la muerte.

—¿Me devolverás entonces a mi hermano Lázaro?

—No yo, sino nuestro Dios, si se muestra piadoso.

—Pronunciando el nombre se pueden devolver los muertos a la vida, pero ¿y el rescate? El profeta Elías, cuando invocó al Señor para elevar de entre los muertos al hijo de la viuda, pagó el rescate con las vidas de muchos soldados del ejército del rey Ahazías; y Elisha, el profeta, pagó el rescate del hijo de la Sunamita con la vida de Ben-Hadad, rey de Siria, aunque éste lo habla tratado como un hijo.

—¿Quién te ha enseñado la tradición secreta?

—¿He entendido mal? Si no es así, ¿quién será la víctima?

—No he venido a tomar vidas.

—Sin embargo, es preciso pagar el rescate.

Después de una larga pausa, Jesús respondió:

—El hombre no tiene amor más grande que dar su vida por un amigo. Vamos, María, muéstrame dónde está tu hermano.

Ella lo condujo a la tumba, que estaba cerca: era un hueco excavado en la roca, sombreado por los cipreses, y cuya boca estaba cubierta por una gran piedra. Después de los días del duelo, sería sellada con mortero. Los discípulos lo siguieron, ignorando qué se proponía.

Hacia frío; el sol estaba muy bajo en el cielo, y en la cuesta, sobre la tumba, habla tres grandes perros parias sentados, gruñendo y mostrando los dientes. Jesús lloraba. La tradición griega es de «una vida por una vida»; el rey Admeto de Feras fue rescatado del Hades por su esposa Alcestis, que se ofreció a morir en su lugar; Zeus tomó a petición de Hades la vida de Esculapio, que rescató de entre los muertos a Glauco de Efyra. La misma tradición inspira secretamente a los judíos.

Jesús exclamo:

—Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo permitirás a la Hembra que destruya a tus

hijos con su hechicería? —gimió como si su corazón estuviera a punto de partirse.

Se había reunido ya una pequeña multitud, incluyendo a varios amigos de Lázaro. Sin saber cuál era la causa de su aflicción, se dijeron:

—¡Ay, cuánto amaba al muerto!

Hizo seña a sus discípulos de que hicieran rodar la piedra de la entrada. Así lo hicieron, y Jesús se acercó a la tumba, se arrodilló y oró:

—Oh Señor, sé misericordioso conmigo el gran día; lo que hago, lo hago en tu honor, y poniendo aquí el rescate íntegro. Tan sólo libera el alma de mi hermano Lázaro del oscuro lugar al que lo ha relegado la hechicería. Porque está escrito: «Sheol está desnuda ante el Señor; no puede ocultarse de él».

Luego se puso de pie y dijo en voz sonora:

—Lázaro, hijo de Cleofás, te conjuro en el nombre de tu creador. ¡Sal de Sheol, sal en el nombre de JIEVOAA; levántate y vive!

Dio un paso atrás, con los brazos abiertos. El espanto se apoderó de los discípulos y los espectadores que le rodeaban. Estremecidos, tenían la vista clavada en la cuadrada boca negra de la tumba.

Durante un momento nada ocurrió. Luego se vio una forma blanca que se movía inciertamente hacia ellos, como a través de la oscuridad. Un largo grito se alzó y la multitud se dispersó en todas direcciones. Sólo María, Pedro y Judas permanecieron al lado de Jesús.

Lázaro trastabillaba mientras salía lentamente de la tumba, con la mandíbula atada aún por un lienzo, y su cuerpo cubierto por la mortaja perfumada con mirra.

Jesús dijo a María:

—Toma a tu hermano. La deuda está pagada. —Y a Pedro y Judas—: Quitadle las ataduras, vestidlo, dejadlo ir en paz.

Apoyándose pesadamente en su báculo con flores labradas, giró sobre sus talones y se alejó cojeando.

Jesús ordenó a sus discípulos que retornaran a Beth Nimrah, y él fue dando un rodeo a Bozra, en Edom, donde permaneció aproximadamente un mes, predicando entre los orgullosos y violentos edomitas. Sólo Judas le acompañaba; sólo a Judas narró la historia de lo ocurrido entre María y él.

Judas dijo:

—Maestro, nuestro Dios es misericordioso. Quizá no se exija tu vida; otra podría servir.

—Ningún hombre puede leer sus designios. Que se haga su voluntad.

—¿Quién, si no eres tú, reinará en el reino?

—No me toca a mí pedir nada. Tan sólo que el Señor me llame el día del juicio.

Después, afligido, citó estos versículos del capitulo treinta y uno del Libro de Jeremías:

¿Hasta cuándo andarás errante, oh hija contumaz? Porque Jehová criará una cosa nueva sobre la tierra: una hembra rodeará al varón.

XXV

EL GARROTE DEL CARPINTERO

Seis días antes de la Pascua llevó a sus discípulos por ese famoso vado del Jordán, no lejos de Jericó, por donde en los tiempos antiguos había pasado Josué a la tierra prometida, al frente de los israelitas listos para el combate. En la costa opuesta se encontró, como había concertado, con su hermano Jaime y gran cantidad de ascetas ebionitas que lo recibieron con extraordinarias muestras de respeto, besando sus manos, sus mejillas y el ruedo de su vestido. Mientras se dirigían a un bosquecillo de palmeras próximo, un mendigo ciego gritó desde el borde del camino:

—¡Hijo de David, ten piedad de mí! ¡Ten piedad de mí, hijo de David!

—¿De qué modo puedo ser piadoso contigo?

—Devuélveme la vista, señor.

Jesús se acercó al mendigo, lo tomó por el mentón y miró atentamente sus ojos; convencido de que el principio de la vista no estaba destruido, oró larga y gravemente, y luego cubrió sus ojos con arcilla mezclada con su propia saliva.

—Apártate de la multitud, hijo de la fe; arrodillate junto al río y repite el «Oye, oh Israel» tres veces; luego quítate la arcilla y lávate la cara con agua.

El hombre obedeció; poco más tarde se oyeron agudos gritos de alegría mientras regresaba de prisa a dar gracias a Jesús. Su vista retornaba, aunque aún no podía distinguir a los hombres de los árboles, excepto por el movimiento.

—No me agradezcas a mi; sólo a nuestro Dios —dijo Jesús.

Al anochecer, el mendigo podía ver tan claramente como antes; sin embargo, había estado ciego durante veinte años.

La noticia de esta curación se difundió entre la muchedumbre de peregrinos de Transjordania que atravesaban el vado. Se preguntaban unos a otros:

—¿Quién es ese santo profeta que ha devuelto la vista a un ciego en el vado? ¿Es cierto que el ciego lo ha llamado hijo de David?

A la mañana siguiente Jesús llegó a las afueras de Jerusalén. Envió a Jaime y a Juan a un cruce de caminos, algo más adelante, donde hallarían un asno joven atado a un poste en una posada. Debían desatarlo y traérselo. Si alguien se oponía, la contraseña era «El maestro lo necesita». Nadie se opuso, y entregaron el asno a Jesús, a quien hallaron sentado debajo de una palmera, vestido con un manto y una túnica rojos, nuevos, que Judas había llevado desde Bozra, envueltos en una manta y sin que ellos lo supieran. Tenía una guirnalda de vid en la cabeza, y una rama florecida de granado en la mano derecha. Alzaron las manos asombrados y gritaron casi con tanto júbilo como el mendigo ciego.

Jesús nada dijo; no era necesario. Finalmente había llegado la hora largamente esperada de la manifestación, la hora triunfal prevista por el profeta Isaías:

> ¿Quién es éste que viene de Edom, con vestidos teñidos de Bozra?

Y por el profeta Zacarías, que había dicho:

> Alégrate mucho, hija de Sión; da voces de júbilo, hija de Jerusalem;
> He aquí tu rey que vendrá a ti, justo y salvador, humilde
> y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna.

Amontonaron sus ropas en el lomo del animal, como habían hecho los hombres de Ramoth-Gilead cientos de años antes, mientras aclamaban como rey a Jehú. Jesús montó y entró como un rey en la ciudad por la Puerta de Jericó; sus discípulos cantaban con toda su voz estos versículos del salmo *Oh, dad gracias al Señor*:

> Abridme las puertas de la justicia; entraré por ellas,
> alabaré al Señor.
> Esta puerta de Jehová, por ella entrarán los justos. Te
> alabaré, porque me has oído y me fuiste por salud. La
> piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser
> cabeza de ángulo.
> De parte de Jehová es esto:
> es maravilla en nuestros ojos.
> Éste es el día que hizo Jehová; nos gozaremos
> y alegraremos en él.
> Oh, Jehová, SALVA AHORA, te ruego; oh Jehová,
> ruégote hagas prosperar ahora.
> Bendito el que viene en nombre de Jehová.

Arrojaban sus mantos al suelo para que su cabalgadura los pisara y bailaban extáticamente a ambos lados. Los miembros más jóvenes y ruidosos de la multitud, arrastrados por el entusiasmo, cubrieron la calle con las ramas de palmera que traían a la ciudad como combustible para los hornos de Pascua; golpeaban entre sí las copas de metal y con los labios fruncidos imitaban el potente son de las trompetas.

No es verdad que la ciudad se conmoviese mucho, como podría haber ocurrido si los salvajes ebionitas hubieran cumplido su promesa de actuar como animadores, cubiertos de cenizas. Pero todos ellos, con la sola excepción de Jaime, el hermano de Jesús, lo habían abandonado en Jericó la noche anterior profundamente ofendidos porque él, en lugar de permanecer en su austera compañía, había preferido pasar la noche en casa de Zaqueo, el principal recaudador de impuestos del distrito y notorio enemigo del pueblo. Sin embargo, el ruido de los gritos y los cantos hizo que muchos habitantes de Jerusalén saliesen a las puertas y a los terrados.

—¿Quién es ese hombre noble vestido de escarlata que viene en un asno blanco?

—se preguntaban los vecinos unos a otros.

—Es Jesús de Nazaret, el profeta, a quien hace poco los jebusitas arrojaron piedras y pescados podridos en la Puerta del Pez. Ahora regresa vestido como un grande.

—¿Él, un grande? ¡Antes tendrá que probarlo!

—Dicen que ayer, en el vado, le devolvió la vista a un ciego.

—¿Acaso por eso es un grande? Entonces, las ferias están llenas de grandes, de médicos que con un pase de la mano hacen jóvenes a los viejos, pegan narices en caras corroídas y extirpan granos y verrugas.

—Dicen también que en Betania, hace más o menos un mes, volvió a la vida a un joven esenio a quien María la Peluquera, una kenita, había puesto en un trance tan profundo como la muerte. Estuvo cuatro días en la tumba, y su espíritu había descendido a las cavernas inferiores del Sheol antes de que el profeta lo llamara.

—Dicen…, pero también dicen muchas cosas tontas e increíbles. Una vez que un espíritu desciende al Sheol, no puede retornar hasta que el último día Gabriel hace pronunciar a su trompeta el nombre indecible.

—Excepto si un profeta dice antes el nombre.

—¿Se atrevió a eso el tal Jesús? ¡Está penado con la muerte por lapidación!

—¿Quién puede saberlo con seguridad? La ciudad está llena de locos rumores. De todos modos, se concuerda en que Jesús es diferente a todos los demás hombres.

—Y todos los demás son diferentes unos de otros. Si es un grande, ¿por qué trae un séquito tan pobre? ¡Una docena de locos y un montón de muchachos mal educados!

—¡HOSANNA! ¡SALVA AHORA! —gritaban los discípulos—. ¡SALVA AHORA, Señor! —Porque «Salva ahora» era el grito prescrito por el profeta Jeremías para el día del tumulto, que por fin alboreaba—. Jesús desmontó de su asno ante la puerta oriental del templo, donde depositó su guirnalda y la rama de granado, cambió sus vestiduras rojas por otras blancas, se quitó los zapatos y fue inmediatamente absorbido por la gran muchedumbre de peregrinos que se apretujaban en los patios del templo. Los gritos de «¡HOSANNA!» se perdían entre el jubiloso clamor universal y las resonantes palabras del salmo:

¡Oh, entra entonces por sus puertas con alabanza!,
¡Acércate con regocijo a sus patios!

Jesús permaneció toda la tarde con sus discípulos en el patio de los gentiles, apoyado en su báculo, observado y observando; pero nadie lo aclamó, ni él hizo una declaración real. Por la noche fue tranquilamente a Betania, a la casa de Simeón el Humilde, que utilizaban los esenios libres como centro de reunión y donde él había prometido pasar la noche.

Allí ocurrió un ominoso acontecimiento. Mientras estaba con Simeón, una mujer de ojos tremendos golpeó tres veces la puerta, con violencia. El portero le preguntó

qué deseaba.

—Deseo ver a Jesús de Nazaret.

—Aquí no se admiten mujeres.

—Entonces, que Jesús de Nazaret salga.

—¿Quién eres?

—Soy la tercera María.

El portero entró para informar a Jesús, pero María la Peluquera se lanzó al comedor, con una jarra de alabastro llena de ungüento de terebinto en la mano. Se deslizó velozmente al lado de Jesús, rompió la jarra contra el borde de la mesa y derramó sobre su cabeza, su barba y su túnica el fragante ungüento. Toda la casa se llenó de perfume. Luego se arrodilló, sollozando; las lágrimas mojaron los pies de Jesús, pero ella se desató el pelo y los secó con él.

—¡Ay de Adán! —exclamó llorando—. ¡Ay de Adán, en su viaje de un arca a otra arca!

Jesús, con el rostro más pálido que nunca, preguntó:

—Mujer, ¿de quién es este presente?

—Es el presente de paz de la segunda María.

—Lo acepto de buena gana aunque venga por tu mano, y desafiando a tu señora.

Ella se puso de pie y salió de prisa.

Los esenios estaban indignados. No admitían mujeres en sus reuniones y consideraban indecente el uso de ungüentos en los banquetes. Uno de ellos preguntó:

—¿Quién era esa mujer? ¿Y por qué se ha desperdiciado ese ungüento?

Empezaron a calcular su valor y a preguntarse cuánto dinero se habría obtenido vendiéndolo para dar limosnas a los pobres.

Los discípulos defendieron cálidamente a Jesús. Judas dijo:

—Los pobres están permanentemente en vuestras puertas. ¿Por qué escatimar este honor a uno que ha renunciado a todas las posesiones terrenales? Si fuerais serios en vuestra solicitud por los pobres habríais hecho lo mismo. Una cosa es ser un saduceo orgulloso y otra es ser un humilde ebionita; pero un esenio libre se mueve en un puente sobre las aguas de la destrucción.

Jesús dijo entonces:

—Era María la Peluquera. Ha venido a ungirme para mi entierro. Que no se olvide su acción, porque ha venido a hacer la paz. El amor ha sido su ruina, llevándola a la hechicería por el camino de los celos.

Al oír su nombre, los esenios se pusieron precipitadamente de pie y salieron a purificarse, diciéndose unos a otros:

—Hemos sido increíblemente engañados. ¿Cómo puede ser este loco el santo prometido por Juan el Bautista y por el venerable centinela de Horeb?

Abandonado por todos, excepto sus discípulos, Jesús permaneció meditabundo ante la mesa. Galilea lo había rechazado. La región montañosa de Judea no le había dado la bienvenida, ni tampoco Transjordania. Los samaritanos, los edomitas, los

judíos de Leontópolis meramente habían contemporizado con él. Jerusalén lo había ahuyentado con la mano derecha de los jebusitas y la izquierda de los levitas. La Hembra había conspirado contra su vida. Los ebionitas lo habían abandonado antes, y ahora los esenios. Y sin embargo era aún el rey de Israel, el último de una larga estirpe, un rey aún no proclamado; y todavía confiaba en la bondad de Jehová y en la veracidad de los profetas. Aunque estuviera predestinado a seguir el camino de Adán, lo seguiría con una diferencia.

Empezó a recitar el hermoso, aunque oscuro, poema de Isaías:

> ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?
>
> Y subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca; no hay parecer en él, ni hermosura; hemos de verlo, pero no hay en él atractivo para que le deseemos.
>
> Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado y no lo estimamos.
>
> Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios, y abatido.
>
> Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados.
>
> Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.
>
> Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores; enmudeció, y no abrió su boca.
>
> De la cárcel y del juicio fue quitado, y su generación, ¿quién la contará? Porque cortado fue de la tierra de los vivientes; por la rebelión de mi pueblo fue herido.
>
> Y dispúsose con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; porque nunca hizo él maldad, ni hubo engaño en su boca.
>
> Con todo eso Jehová quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
>
> Del trabajo de su alma verá y será saciado; con su conocimiento justificará a muchos mi siervo justo, y él llevará las iniquidades de ellos.
>
> Por tanto yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los perversos, habiendo llevado él el pecado de muchos, y orado por los transgresores.

Cuando concluyó, miró a su alrededor los rostros desconsolados de los doce discípulos, suspiró profundamente y guardó de nuevo silencio. Ninguno de ellos se atrevía a moverse; incluso desplazar un codo habría parecido una ofensa contra él, tan honda y lamentable era su aflicción. Luego advirtieron que su pecho subía y bajaba y que su cara se movía; todo él parecía aumentar en tamaño y majestad, y supieron que estaba a punto de profetizar.

Aguardaron, deslumbrados, y de pronto las palabras brotaron de su boca con tremenda energía:

—Amén, amén: ¡no alimentaré el rebaño! —rugió; y tomando su báculo pastoral, el que tenía flores labradas, lo partió en dos sobre su rodilla derecha ejercitando toda su fuerza.

Ellos miraban espantados.

—Amén, amén: hijos míos, ¿por qué hacer lo que no es provechoso? ¿Por qué ofender al puro en beneficio del impuro? Dejad a la oveja debatiéndose entre los espinos, dejad a la oveja perdida balando en la ciénaga; dejad sin atar el miembro roto; olvidad vuestras obligaciones hacia mí. Regresad al corral, sed los amos del corral, tocad allí flautas, bailad, cantad y comed la carne con gordura.

Pedro recogió los trozos de madera de almendro y los miró afligido, como miraría un niño a un juguete roto. Como respuesta, Jesús tomó su otro báculo, el que sólo tenía franjas labradas, y también lo rompió, arrojando los pedazos por la ventana abierta.

—¿Qué usarás ahora como báculo, señor? —preguntó Pedro, con la voz llena de reproche.

—Mañana temprano iréis al matadero y me traeréis un garrote de carnicero y una soga de carnicero.

El espíritu profético lo abandonó. Se echó atrás en su silla y rió suavemente. Parecía completamente cambiado ahora, tanto en sus maneras como en su persona, jovial y alegre. Los discípulos se asustaron del cambio, pero le sonreían tímidamente.

Dio una palmada a Pedro en el hombro y dijo:

—Valor, Pedro. Aún no ha llegado el fin —mirando las copas llenas de vino que los esenios habían abandonado, pregunto—: ¿Qué nos impide, amigos, beber y alegrarnos esta noche? Os concederé la dispensa de vuestros votos si bebéis conmigo como hombres honestos —tomó entonces la copa más próxima, que vació de un trago; y golpeándola contra la mesa empezó a cantar los versos de una alegre canción galilea de bodas. Los discípulos, que también bebieron, hacían palmas al ritmo de la música y participaban en el coro. Luego algunos de ellos empezaron a bailar sobre la mesa, castañeteando con los dedos, mientras Tadeo y Simón de Caná gritaban bromas obscenas sin que nadie se opusiera. Jesús dijo—: El desgarramiento del dolor, el desgarramiento de la ira, el desgarramiento de la diversión; ah, el de la diversión ha sido siempre el mejor. Apartaos de las profecías, hijos, y reíd de las locuras de este mundo.

Sus corazones sintieron gran alivio. Ya no debían continuar pretendiendo que eran, en el fondo de su corazón, más piadosos de lo que eran. Habían sido leales a Jesús en los buenos y en los malos momentos; pero ahora que él resolvía la duda que los había torturado durante meses, haciendo que se sintieran secretamente traidores a él, lo amaban aún más que antes. ¡No; aún no había llegado el fin! Israel no estaba preparada para la salvación. Podían aflojar las tensas cuerdas de sus corazones.

Sólo Judas se abstuvo del vino, alegando un malestar, y a medianoche era el único de los discípulos que podía tenerse en pie sin vacilar. Se dijo: «No puede ser; conozco bien al maestro. No es un hombre que pueda ceder, como parece, a una brusca desesperación. Es un rey; su legitimidad es indudable; es de los que llegan hasta el fin. Simplemente, está representando un papel. Representa un papel para probarnos. Mañana aclarará todo».

Pero a la mañana siguiente Jesús mantenía su extraño estado de ánimo. Recordó a Pedro que debía ir al matadero y bebió vino sin agua, instando a los demás discípulos a hacer lo mismo. Judas recordó las palabras de Isaías: «¡Ay de aquéllos que se levantan por la mañana y continúan bebiendo!». Cuando Pedro regresó con el garrote y la soga, todos salieron al jardín. Jesús dijo a Judas:

—Tengo hambre. Sube a esa higuera y tráeme un puñado de higos.

—No hay ninguno.

—¿Cómo, ninguno?

—No, maestro, no es la estación.

Jesús se enfureció y, estirando los dedos, invocó solemnemente al gusano que había roído las raíces de la calabaza de Jonás para que destruyese la higuera del mismo modo.

Las hojas tiernas del árbol empezaron a marchitarse ante sus ojos; al día siguiente el árbol estaba seco.

Judas dijo:

—Maestro, ¿y tu parábola del granjero sabio y la higuera, esa higuera que era emblema de Israel? El granjero se abstenía de derribarla aunque no había dado fruto durante tres años; ¡y sin embargo tú destruyes este árbol sin esperar a ver qué rinde en la estación de los higos!

Jesús rió desdeñosamente.

—¿Cómo? ¿No ves mi nuevo báculo, manchado con la sangre del rebaño? Hagamos hoy una gran acción, una acción honorable, que encienda los corazones de los sencillos peregrinos. Purifiquemos los patios exteriores del templo, comenzando por la basílica del rey Herodes.

Los condujo hacia el templo. El vino exaltaba sus ánimos y debilitaba sus pies. Se detuvieron a beber nuevamente en una posada, cerca de las puertas de la ciudad.

Judas nada dijo, pero se preguntó: «¿Qué significa esto? Si el templo es un ídolo, ¿qué necesidad hay de purificarlo? ¿Y por qué especialmente las partes exteriores? El otro día relató la parábola del hombre que limpia cuidadosamente la parte exterior de

su plato cubierto sin levantar la tapa para ver la comida impura que hay en su interior; y estaba hablando de los sacerdotes del templo».

El clero levita se burlaba de la estricta norma farisaica que prohibía entrar a la colina del templo con dinero o mercancías, e incluso con los pies calzados; ellos consideraban que únicamente el santuario y los patios interiores eran sagrados en algún sentido; que nadie debía pisar con demasiada veneración el patio de Israel o el patio de las mujeres, y que el patio de los gentiles no era más sagrado que cualquier otra parte de la ciudad vieja de Jerusalén. En cuanto a la basílica edificada por Herodes al sur del patio de los gentiles, les parecía un mero salón de acceso, y permitían allí la presencia de tenderetes destinados a que los peregrinos pudieran adquirir palomas, ovejas y otras bestias para los sacrificios si deseaban ahorrarse la subida hasta el monte de los Olivos, donde estaba el mercado. Este comercio de ganado implicaba otro: el cambio de dinero. Un gran inconveniente de la ocupación romana era que los romanos conservaban el derecho exclusivo de acuñar oro y plata; y a causa del mandamiento contra la adoración de falsos dioses, no se podían utilizar en el templo las monedas más recientes, donde se veían la cabeza del emperador y la inscripción «Tiberius Caesar Augustus, sumo sacerdote, hijo del dios Augustus». Por eso, todo judío que entrara en la basílica a comprar una paloma y llevara sólo dinero impuro, debía cambiarlo antes por dinero puro en las tiendas de los cambistas. Se toleraban algunas monedas extranjeras, y las monedas de cobre de Herodes, con emblemas judíos, eran aún corrientes.

Al llegar a la basílica, Jesús se situó junto a la puerta, y dio palmadas para pedir silencio, mientras sus discípulos hacían lo mismo. Se reunió una multitud curiosa. Entonces, en voz alta y clara, recitó parte de la profecía del Libro de Jeremías:

> Palabra que fue de Jehová a Jeremías, diciendo: Ponte a la puerta de la casa de Jehová y predica allí esta palabra, y di: Oíd palabra de Jehová, todo Judá, los que entráis por estas puertas para adorar a Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar.
>
> No fiéis en palabras de mentira, diciendo: templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste.
>
> ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa, sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo veo, dice Jehová.
>
> Andad empero ahora a mi lugar que fue en Silo, donde hice que morase mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.
>
> Ahora pues, por cuanto habéis vosotros hecho todas estas obras, dice Jehová, y bien que os hablé, madrugando para no hablar, no oísteis; y os llamé y no respondisteis.

> Haré también a esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, en la que vosotros confiáis, y a este lugar que di a vosotros y a vuestros padres, como hice a Silo:
>
> Que os echaré de mi presencia como eché a todos vuestros hermanos, a toda la generación de Efraím.
>
> Tú pues, no ores por este pueblo ni levantes por ellos clamor ni oración, ni me ruegues, porque no te oiré.

Recitó tres veces este pasaje; los discípulos se mantenían a su lado, obligando a la gente a escuchar. La multitud creció y las tiendas quedaron vacías de clientes. Luego, Jesús dijo:

—Los judíos del tiempo de Jeremías no escucharon ni se arrepintieron; pero se vio luego que las palabras del Señor eran verdaderas, porque el templo fue destruido. El noveno día del mes Ab fue destruido por el fuego. Pero el pueblo se arrepintió junto a las aguas de Babilonia, y el templo se volvió a erigir; y ahora ha sido reconstruido con más gloria que nunca, pero las antiguas abominaciones reviven. Hombres de Israel, ¡nuestro Dios es deshonrado en su propia casa! ¿Quiénes son los pecadores? Los pecadores son los hijos de Leví. Toman para sí demasiado; reservan para su propia tribu la santidad a expensas de todos los demás israelitas. ¿No está acaso escrito en el salmo 15 que nadie que trafique con dinero podrá estar en la colina sagrada? ¿No es este lugar donde estamos parte de la colina sagrada? Sin embargo, los hijos de Leví no se preocupan por esta profanación, mientras quede inviolado su propio recinto. Cierran los ojos a la iniquidad y dicen «No sabemos nada», aunque traficantes con un profano cargamento utilizan los patios exteriores para cortar camino entre un barrio de la ciudad y otro. ¿Cuánto tiempo aguantaremos esto? Mirad esos grandes edificios: sí no os enmendáis, pronto no quedará piedra sobre piedra, sino que todos serán derribados.

Luego tomó su soga de carnicero y la plegó, haciendo con ella un látigo mientras todos miraban. Y entonces exclamó:

—¿Quién está de mi parte? ¡Con esta soga purgaré de iniquidad estos patios!

Algunos de los comerciantes empezaron inmediatamente a levantar sus mesas, tendidas sobre caballetes, y a recoger sus mercancías para marcharse; conocían bien el proverbio: «Una muchedumbre de peregrinos es una muchedumbre peligrosa». Pero el presidente de la corporación de cambistas se adelantó osadamente y tendió a Jesús un papel diciendo:

—¡Lee esto, señor, si puedes leer! Es el recibo del tesorero del templo, el mismo yerno del sumo sacerdote; un recibo por mil siclos de dinero legal que nuestra corporación paga cuatro veces por año para obtener el privilegio de cambiar dinero en esta puerta. ¿Te pones por encima de la autoridad del tesorero del templo?

Jesús respondió:

—¿Y no pones tú al Dios de Israel por encima de la autoridad del tesorero y la del

sumo sacerdote? ¡Cuidado con esta soga!

Empezó entonces a volcar las mesas de los cambistas, y el dinero cayó a raudales al pavimento; el oro, la plata y el cobre mezclados. Los cambistas se arrojaron desesperados al suelo, recogiendo las monedas bajo los pies de la multitud y gritando como mujeres que paren. Los discípulos abrieron las jaulas de las palomas, liberándolas en aleteantes bandadas, mientras las ovejas corrían balando de un sitio a otro. Aumentó la confusión una cantidad de jóvenes alocados que perseguían monedas o aves entre gritos y risas. Aunque nadie tuvo la desvergüenza de robar grandes cantidades a los cambistas, su presidente se quejó más tarde de que, en total, su corporación había perdido un mes de ganancias.

Jesús siguió hasta el propio templo y barrió los patios de todo tráfico prohibido, llegando hasta el límite que sólo los levitas podían trasponer. Varios centenares de personas lo apoyaron, recogiendo sus palabras:

—¿Se ha convertido el templo en cueva de ladrones?

Porque los galileos, que formaban la mayor parte de la muchedumbre, estaban resentidos desde mucho antes, no sólo por la presencia de los cambistas y los vendedores de animales de la basílica, sino también por los precios exorbitados que pedían para compensar los elevados aranceles impuestos por el tesorero del templo.

Cuando el sumo sacerdote recibió las primeras noticias del tumulto, no se alteró mucho.

—Los peregrinos de Pascua son hombres de sangre caliente —dijo a su yerno el tesorero—, y tal vez los mercaderes de la basílica se han excedido y ahora sufren justamente por su codicia. En verdad, esta pretendida limpieza que se ha hecho de los patios exteriores del templo confirma los sentimientos religiosos del populacho, aunque no su inteligencia. No se habla de daños importantes, y ahora que han expresado sus sentimientos, se puede esperar que la grandeza y vastedad del templo y la digna conducta de nuestra tribu impida nuevos disturbios. No, no haré que los apaleen. Si llamara a la guardia se irritarían y aparecerían sus dagas ocultas. Finalmente deberíamos llamar a los romanos, y sería peor el remedio que la enfermedad.

El tesorero respondió:

—Pero, santo padre, ¿y los comerciantes? ¿Volverán hoy a su tarea?

—Mejor sería que no.

—Pero eso será una gran pérdida para ellos y para el templo; y los peregrinos que desean cambiar dinero o comprar aves se fastidiarán.

—Y los comerciantes aprenderán a contentarse con ganancias menores; y los peregrinos comprenderán muy pronto los inconvenientes de una conciencia demasiado escrupulosa cuando tengan que volver sobre sus pasos y subir sin aliento al monte de los Olivos hasta las tiendas de Hino para comprar sus ofrendas. No; daré la orden de que todo comercio debe cesar hasta que termine la fiesta.

—¿Y qué harás con Jesús de Nazaret? ¡Él dirigió la acción!

—¿Jesús de Nazaret? ¡No tenía idea de que había sido él! Según mis informes, se trataba de un edomita de Bozra. ¿De modo que ese hombre obstinado no comprendió la sugerencia que se le hizo en la Puerta del Pez?

—No, y se cuentan de él extrañas historias. La más extraña y persistente es que devolvió la vida a un muerto en Betania hace algunas semanas, utilizando el Nombre.

—Como los muertos son, por definición, incapaces de volver a vivir; y como, de todos modos, sólo un sumo sacerdote puede conocer el Nombre, incluso aunque la versión de la corte suprema no sea la única verdadera, no me parece que debamos preocuparnos por disparates como ése. ¿Qué más has oído?

—Ayer cabalgó por la ciudad vestido de rojo con una rama en la mano, seguido por un gran grupo de niños que gritaban.

—¿Es verdad lo que dices? ¿Cómo no he sido informado de esto? Entonces, el asunto es más grave de lo que suponía. Si su locura ha adoptado forma violenta, debemos actuar con toda rapidez. Deberíamos haberle arrestado durante la Fiesta de los Tabernáculos; recordarás que Nicodemon, hijo de Gorion, lo impidió oficiosamente.

—A propósito, santo padre; alguien importante, no recuerdo quién, me dijo en esa ocasión que este Jesús es la misma persona a quien se ordenó, hace unos veinte años, no volver a pisar el templo mientras no desmintiera las sospechas de bastardía.

El hijo del sumo sacerdote, el jefe del archivo, dijo:

—Sí, he sido yo. Oí la historia y me interesó, de modo que consulté los registros. Justifican el cargo en gran medida. Infortunadamente, sin embargo, el expediente está incompleto: no está allí el contrato de matrimonio de su madre. Sin él no podemos acusar a Jesús, porque el supuesto padre, el único testigo relevante, ha muerto hace varios años, según he descubierto.

—Es un hombre peligroso —dijo el tesorero—; peligroso, resuelto y con dotes superiores a las comunes. Estaré preocupado durante el resto de la fiesta si no podemos encerrarlo. Temo que el rechazo experimentado en su infancia le haya inducido a meditaciones sobre males imaginarios y que, como muchos fariseos pobres del campo, haya terminado por identificar sus propios sentimientos con los del pueblo en general. Santo padre, ¿puedo transmitir de inmediato tu orden de arresto al capitán del templo?

—¿Arrestarlo en el templo? —exclamó Caifás—. Hijo, harías las cosas mil veces más graves. Espera basta que oscurezca, aguarda hasta que se retire a descansar por la noche. Como repite sin cesar ese pesado de José de Arimatea en el sanhedrín, debemos hacer las buenas obras a escondidas.

—Con tu permiso —dijo el jefe del archivo—, enviaré mañana a alguna persona importante para que se enfrente a él en el templo con unas pocas preguntas que lo pondrán en ridículo, que no podrá contestar sin verse en problemas con los romanos o con sus propios seguidores y que, por lo tanto, no intentará contestar. No habrá necesidad de arrestarlo si la cosa marcha como yo espero.

—Lo dejo en tus manos, hijo mío. ¿Por qué no haces tú mismo las preguntas?

XXVI

LA ESPADA

Esa noche Jesús regresó con sus discípulos a Betania. Fue a casa de Lázaro, pero el portero no le permitió entrar. Lázaro envió a Marta a explicar que, por una resolución general de los esenios libres, no se permitía que ninguno de ellos volviera a hablar con él, por estar asociado a una bruja y haber empleado la brujería. Sin embargo, para demostrar su gratitud al hombre con quien tenía una deuda imposible de pagar, pondría su casa a disposición de Jesús y se marcharía a otro lugar con sus dos hermanas. Jesús aceptó el ofrecimiento sin comentarios, pasó alegremente allí la noche con sus discípulos y regresó al templo el día siguiente.

Para ese momento, la noticia de lo que había hecho en la basílica había corrido por la ciudad como el fuego por la hierba seca. Había una neta diferencia de opiniones. Los saduceos condenaban la acción como una injusta interferencia con un comercio legítimo. Los fariseos principales estaban de acuerdo con ellos en deplorar el uso de la violencia en la colina del templo; porque si bien los mercaderes estaban en falta, era una presunción inexcusable castigar un pecado de sacrilegio cuando se podía dejar confiadamente la venganza en manos de Jehová. Pero grandes grupos de fanáticos y anavim —irreflexivos, de celo religioso fácilmente excitable en tiempos de festival, indiferentes a las consecuencias— alababan desmesuradamente a Jesús por su piedad y su valentía. Si alguien les preguntaba:

—¿Pero no es ése el mismo Jesús que fue expulsado de Cafarnaúm y Jorazín por los superiores de la sinagoga?

La respuesta no se hacía esperar:

—Fue por celos. No pudieron sorprenderlo en falta alguna; sólo que no es demasiado orgulloso para predicar a pobres como nosotros.

Las historias de curas maravillosas no perdían nada en su relato: la curación del enfermo de vitiligo se convertía en la de diez leprosos verdaderos; y se le atribuía la resurrección de tres o cuatro personas muertas en distintos puntos del país, entre ellas un muchacho sunamita, hijo único, como aquél que había traído el profeta Elisha de entre los muertos. También se decía que tenía el don de desaparecer bruscamente y reaparecer en el mismo momento en un lugar situado a cincuenta millas, y el de caminar por el agua. Muchos sentían inmensa esperanza. ¿Habría llegado finalmente el Mesías, precedido por Elisha en la apariencia de Juan el Bautista? Algunos de los signos requeridos ya se habían cumplido: Jesús había entrado en la ciudad en la forma establecida por el profeta Zacarías, vestido con las ropas teñidas prescritas por Isaías, y había llamado a Israel al arrepentimiento con palabras nada ambiguas.

Desde una escalinata de mármol en la parte sombreada del patio de los gentiles Jesús predicaba a una muchedumbre de unos cinco mil hombres y mujeres que escuchaban con extática atención. En esta ocasión no se refería, como solía hacer, a los dolores de parto del Mesías, a los tiempos peligrosos, a la hora de la aflicción nacional, a las guerras y a los rumores de guerra, a las naciones que se levantaban contra las naciones y a los reinos que se levantaban contra los reinos, a terremotos, hambres y desastres como no se habían visto jamás desde la creación. Recordaba en cambio con elocuencia las gloriosas hazañas del rey David y sus treinta y siete compañeros elegidos en su guerra de liberación contra los filisteos y en las guerras de conquista contra sirios y moabitas. Eran compañeros dignos de su jefe: Adino el Esnita, que había matado a ochocientos hombres en una sola batalla; Shammas el Hararita, que había combatido solo contra seis compañías de filisteos durante la batalla del sembrado de lentejas, dejando a todos los enemigos muertos en el campo; Benaias de Kabzeel, que había excavado en la nieve un pozo para los leones de la montaña y que, al caer uno, se había echado sobre él y lo había estrangulado con sus manos desnudas. Sin duda, esa estirpe de héroes no se había extinguido en Israel.

Revivía esas antiguas narraciones con el poder de sus palabras y sus gestos.

—¡Llénate de orgullo marcial, corazón pacifico! ¡Avanza con brío, humilde pie! ¡Porque fue aquí, en Jerusalén, que el rey David decidió reinar; y sus animosos compañeros adoraron en esta misma colina! —habló también del magnifico reinado de Salomón, hijo de David, cuyos navíos recorrían todos los mares del mundo y en cuyo ejército servían doce mil jinetes y mil cuatrocientos conductores de carros de guerra, ese rey de Israel que jamás había reconocido un dominio superior, el más sabio y el más favorecido por el Señor. Solemnemente recitó la plegaria que Salomón había pronunciado en la misma colina al consagrar el primer templo, poniendo a Jehová como testigo de la promesa, jurada a su padre David, de que siempre había de sentarse en el trono de Israel un príncipe de la línea real. «Quien tenga oídos para oír, que oiga».

Resonaron trompetas y veinte venerables sacerdotes vestidos de blanco salieron del patio interior y se dirigieron a la escalinata donde predicaba Jesús. En el centro de la procesión estaban el jefe del archivo y el capitán del templo, usando sus ropas ceremoniales. Con profunda reverencia, la gente les abrió paso.

El jefe del archivo saludó cortésmente a Jesús, quien devolvió el saludo con igual cortesía.

—¿Eres Jesús de Nazaret, señor?

—Así me llaman.

—¿Eres israelita?

—Lo soy.

—¿No te advirtieron, hace veinte años, unos hombres que habían ayudado a la construcción de las partes más sagradas de este templo, que no debías volver a trasponer sus puertas mientras no pudieras negar una acusación de bastardía que un

doctor de la ley había hecho contra ti?

—Soy bien nacido; soy nativo de Bethlehem.

—¿Quieres decir, supongo, esa oscura aldea de Galilea, Bethlehem de Zebulón?

—Me refiero a Bethlehem de Judá, nada oscura y alabada por los profetas.

—¿Cómo podemos saber que no eres un bastardo? ¿Qué personas de reputación te han aceptado como bien nacido?

—Los esenios de Calirroe, en cuya estricta comunidad ingresé poco después de que los romanos usurparan el gobierno de nuestro país.

—¿A quiénes pones por testigos de esto?

—A Simeón y Hosea, esenios libres de Betania, ambos hombres de honor. Respaldaron mi postulación.

El jefe del archivo estaba desconcertado. Esperaba que Jesús balbuceara, se contradijera e hiciera una triste figura ante los ojos de sus seguidores.

—Interrogaremos más adelante a Simón y a Hosea —dijo frunciendo el ceño—. Mientras tanto, dinos, por favor, esto: ¿en virtud de qué autoridad has instigado a tus seguidores a expulsar de la basílica del rey Herodes a los vendedores autorizados de bestias y aves para la ofrenda, y a los cambistas de dinero impuro?

—Me has hecho cuatro o cinco preguntas, y las he contestado todas. Responde, por favor, a una mía. Habrás oído hablar de Juan el Bautista, Juan de Ain-Rimmon, mi pariente, a quien el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, decapitó hace poco en la fortaleza de Maquero, que nos bautizó, a mí y a mis discípulos, cuando nos ungió profetas. ¿Era Juan un verdadero profeta del Señor, o era un impostor?

El jefe del archivo se vio en un dilema. Sabía que los galileos, los transjordanos y los montañeses del sur reverenciaban a Juan como un gran profeta: declararlo impostor sería aprobar su ejecución por el odiado Antipas y atraer la deshonra a todo el clero. Sin embargo, confirmarlo como un inspirado profeta implicaba confirmar la propia autoridad de Jesús, porque en todas partes se decía: «El manto de Juan ha caído sobre su pariente Jesús».

Se volvió en busca de apoyo al capitán del templo, pero éste no pudo ofrecerle ayuda. Por fin respondió:

—Profeta o impostor, ¿cómo puedo saberlo?

—Entonces, ¿cómo puedo responder a tu pregunta, si la respuesta depende de la mía?

La muchedumbre aplaudió a Jesús jubilosamente, y los discípulos resplandecieron de orgullo; todos menos Judas de Keriot, que una vez más estaba afligido y asombrado. ¿Por qué había roto Jesús los principios que les había impuesto estrictamente? ¿Por qué, cuando se le preguntó en virtud de qué autoridad actuaba, había mencionado a Juan? ¿Por qué, no había respondido claramente que Jehová era su autoridad? Y lo peor: ¿por qué él, que hasta ahora había sido un profeta de la paz, había inspirado en los fanáticos y los anavim apasionadas ideas de gloria militar?

Jesús alzó la mano pidiendo silencio y dijo a los sacerdotes una parábola:

—Un propietario plantó una viña, la cercó, excavó una cuba para el vino en la roca y luego, al ser llamado de repente a otro lugar, la dejó en manos de unos arrendatarios. Tres años más tarde, como había acordado, envió un agente a cobrar el arriendo; pero los arrendatarios lo golpearon y lo expulsaron con las manos vacías. Otro recibió una herida en la cabeza, y dejaron medio muerto a un tercero. Cuando el propietario oyó estas noticias, se enfureció. Envió a su propio hijo, a quien amaba, a percibir el arriendo debido y a pedir indemnización por las heridas a sus criados, porque los arrendatarios sin duda lo respetarían. Pero ellos se dijeron: «Aquí viene el heredero; matémoslo y la viña será nuestra. El propietario está lejos y estamos a cubierto de su venganza». Hijo del sumo sacerdote, hombre de palabras suaves, tú que sonreías al oír que Juan, el profeta del Señor, había sido sacrificado a la adúltera de Séforis; confiesa si no has planeado, anoche, el asesinato de un hijo de David nacido en Bethlehem de Judá.

El jefe del archivo, boquiabierto, no logró articular una palabra.

—Ven, dejemos a este loco con su delirio —dijo finalmente al capitán del templo, tirando de su manga.

Mientras se volvían, dejando a Jesús en posesión del campo, éste lanzó un último dardo:

—Has hablado de mi rechazo por los constructores de este templo. ¿No has leído el salmo en que el rey David dice: «Me habéis herido cruelmente, pero el Señor me ha salvado de la caída? Y luego: «Abridme las puertas de la justicia; pasaré por ellas y alabaré al Señor. La piedra rechazada por los constructores se ha convertido en la piedra angular que sostiene el techo».

La muchedumbre creció aún más, y Jesús continuó predicando.

Herodes Antipas, que había llegado a Jerusalén para la Pascua, estaba alarmado. Sus servidores le informaron que Jesús levantaba contra él y contra Herodías a las muchedumbres de peregrinos por la muerte de Juan el Bautista. ¿Qué podía hacer? No tenía jurisdicción sobre Judea, y estaba igualmente en malos términos con el gran sanhedrín, la corte suprema y Poncio Pilatos, el gobernador general romano, a quien había ofendido recientemente al oponerse a darle apoyo cuando, desafiando la ley, había llevado a Jerusalén un conjunto de escudos votivos con el nombre del emperador. Pero por algo lo había caracterizado Jesús como un zorro. Conocía una pregunta que Jesús no podría responder sin embarazo, y conocía también al hombre que podía formularla: su mayordomo Chuza, hombre de duras palabras.

A Chuza no le asustó aceptar la comisión. Fue inmediatamente al patio de los gentiles, se abrió paso entre la multitud con codos y rodillas, emergió cerca de Jesús e interrumpió su discurso con un grito reiterado:

—¡Una pregunta! ¡Una pregunta!

Los discípulos intentaron obligarlo al silencio, pero él insistió:

—¡Una pregunta! ¡Una pregunta!

—Dila, importuno —respondió Jesús finalmente.

—¿La ley permite pagar el impuesto al César?

Cuando Chuza formuló esta pregunta, la multitud, tensa de emoción, creyó que estaba arreglada de antemano y que Jesús, quien hasta ahora sólo había hablado de las glorias del pasado, estaba a punto de comprometerse con un abierto desafío a los romanos.

—¡Ah! —suspiró la multitud expectante.

Con pretendida inocencia, Jesús dijo:

—¿El impuesto? ¿En qué moneda debe pagar al César un judío? ¿Tienes una moneda para mostrarme?

Chuza le dio un denario de plata, nuevo. Jesús lo examinó largamente, haciéndolo girar una y otra vez entre sus manos. Por fin preguntó:

—Dime, por favor: ¿quién es este hombre de mirada triste que lleva una corona de laurel?

Se oyeron tremendas risas y pasó algún tiempo antes de que pudiera oírse la respuesta de Chuza:

—Es Tiberio César Augusto, emperador de los romanos.

Jesús arrojó lejos la moneda, con repugnancia.

—¿Cómo te atreves a traer esto al templo? —preguntó indignado.

Chuza respondió a la furia con furia. Recogió la moneda caída, la guardó nuevamente en su pañuelo y gritó:

—Tuya es la culpa; yo pensaba cambiarla en la basílica, pero tú echaste a los cambistas. Y ahora que la has visto y la has tenido en la mano, responde a mi pregunta sin rodeos.

—No pagues a Dios lo que es del César, ni al César lo que es de Dios.

Se ha discutido con frecuencia el significado de esta afirmación, aunque en el contexto en que fue pronunciada sólo admite un sentido: «Jehová es tu único soberano; y al pagarle tu deuda de vida no debes llevarle nada manchado con la maldición gentil. La consecuencia era que todos los impuestos, excepto el impuesto del templo autorizado por el Deuteronomio, eran ilegales; y que si los judíos querían vivir sus vidas sin mácula debían expulsar a los romanos. Pero como Jesús no había incurrido en palabras que pudieran justificar su arresto por el capitán del templo, Chuza, que no se desconcertaba con facilidad, aprovechó la ambigüedad de la respuesta. Dijo enérgicamente:

—Chuza te da las gracias; Chuza, el mayordomo del tetrarca Herodes Antipas. Me alegra saber que apruebas que se pague al César lo que es del César. Contra mi deseo, mi esposa Juana ha estado financiando tu ministerio, infatuada, sin duda, por tu elocuencia barata. Pero de todos modos me alegra saber que sea cual fuere tu moral, porque mi esposa reconoce que en tu partido hay tres o cuatro prostitutas muy conocidas, tú eres, al menos, leal súbdito de Roma. Si pensara lo contrario, buscaría un bastón y le sacaría a palos a mi mujer toda su infatuación. —Luego aulló—:

¡Abran paso! —y se marchó como había venido.

Chuza tuvo éxito donde el jefe del archivo había fracasado, porque un hombre furioso y atrevido, con el ingenio aguzado por un motivo personal, siempre impresiona a una multitud. El auditorio de Jesús se dividió en una cantidad de grupos que disputaban con ardor; y cuando intentó volver a hablar oyó tal alud de preguntas y contrapreguntas que no se dignó responder. Con un breve y airado gesto de despedida descendió la escalera y salió cojeando, con el mentón en alto, por el camino que le abrieron, y luego abandonó el patio por la puerta más cercana, seguido por sus discípulos.

Más o menos una hora más tarde había regresado, aunque sin ser reconocido a causa del manto ricamente bordado que vestía. Con el rostro impasible y paso decisivo atravesó la muchedumbre dirigiéndose a la cámara del hogar, donde por antigua tradición se mantenía un fuego encendido para el Mesías, cuyo trono acolchado se encontraba protegido por una reja baja dorada. Pedro y Andrés estaban ya en el exterior de la cámara, bromeando amistosamente con el centinela levita. Jesús saludó a Pedro y a Andrés y luego dijo amablemente:

—Déjame pasar. Deseo sentarme en mi trono.

El centinela sonrió, pensando que se trataba de otra broma.

—¿Estás loco, hombre? Si entraras allí y te sentaras en el trono, el fuego del cielo te abrasaría. ¡Es para el Ungido!

—¿Quién es el Ungido?

—¿Eres un tonto o me tomas a mí por uno? El hijo de David que ha de conducir los ejércitos de Israel contra sus opresores. ¡Ojalá se siente alguna vez en su trono!

—Entonces, ¿por qué me impides el paso?

—¿Eres el hijo de David?

—El mismo rey David dice en un salmo: «El Dios de Israel dijo a mi Señor —refiriéndose al Mesías— siéntate a mi derecha hasta que haga con tus enemigos un escabel». ¿Cómo puede ser el Mesías el hijo de David? ¿Acaso un padre llamaría a su hijo «mi Señor»?

Mientras la lerda mente del centinela se debatía con la pregunta, Jesús pasó a su lado y entró en la cámara. El centinela aferró su bastón y corrió hacia él, pero Andrés le hizo una zancadilla, Pedro lo desarmó y entre ambos lo amordazaron con un pañuelo. Estaban solos en la cámara. Jesús pasó por encima de la reja y tomó solemnemente asiento en el trono del Mesías. Dijo a Pedro y Andrés:

—Quitadle la mordaza —y al levita—: Ve en paz, hombre. Di al capitán del templo que has visto al hijo de David sentado en el trono de David —el levita se alejó lleno de confusión.

Jesús descendió del trono, salió de la cámara y luego del templo, sin ser reconocido. Levitas con bastones corrían por todas partes buscándolo, y la tremenda noticia sacudió a la multitud:

—¡Jesús de Nazaret ha osado sentarse en el trono del Mesías, y no ha sufrido

ningún daño!

Esa misma mañana Jesús había dicho a sus discípulos:

—Tengo gran deseo de comer a la manera de mis padres esta Pascua. ¿Por qué debemos privarnos de la carne y comer solamente pescado y pan sin levadura? Comamos a la vez la carne y la grasa.

Envió luego a Judas a Nicodemon, hijo de Gorion, con su petición privada de una habitación donde cenar.

Era el jueves, y ese año la Pascua caía en sábado; por lo tanto, según una norma de Shammai, no se podía asar el cordero pascual la noche del viernes puesto que el momento prescrito para cocinar su carne era el ocaso, y el Sabbath comenzaba el ocaso del viernes, y en el Sabbath estaba prohibido trabajar, y asar un cordero era trabajar. La solución de Shammai consistía en celebrar la fiesta la noche del jueves, y los galileos la habían adoptado, con permiso de los levitas, aunque los pobladores de Judea seguían una norma establecida por Hillel, que reputaba superior la Pascua al Sabbath, de modo que se podía comer el cordero legítimamente la noche del viernes.

Judas habló con el hijo de Nicodemon, que dispuso, en nombre de su padre, ceder una habitación en un piso alto, así como el cordero, el vino y todo lo que fuera necesario, pidiendo solamente discreción a Jesús, para que nadie supiera a quién debía esa cena, y su identidad quedara oculta de los habitantes de la casa.

—¿Dónde está esa habitación?

—No te lo puedo decir aún, pero una hora antes del ocaso uno de mis aguateros estará esperando en la calle de los Toneleros, en la parte más próxima al templo, y él te conducirá al lugar.

—Te lo agradezco en nombre de mi maestro. Pero, mi señor, si yo quisiera hablar urgentemente con tu padre, porque temo que mi maestro corra gran peligro antes de que termine el día, ¿cómo podría hacerlo sin atraer dificultades a tu casa?

—Golpea la puertecilla que está junto a los establos, a la entrada del portal. Dirás que vienes por el trabajo de copia. Haré que un empleado de confianza te reciba.

Entonces, cuando Jesús salió del templo, atestado de galileos que llevaban ovejas para que los carniceros levitas procedieran al sacrificio ritual, envió a Pedro y a Juan a la calle de los Toneleros, donde el aguatero los aguardaba. Los condujo a una casa en una calle lateral y ellos dijeron al portero:

—¿Cuál es la habitación de huéspedes donde el maestro cenará con nosotros esta Pascua?

El portero los guió a un gran salón donde encontraron todo preparado hasta en los menores detalles: agua lustral, jofainas y toallas; la mesa puesta para trece; una bandeja de pan de Pascua lista para el horno; altas jarras de vino; endibias limpias y cortadas; los ingredientes de la salsa dulce cuidadosamente medidos; una hermosa oveja ya desollada y eviscerada, con la espaldilla sagrada quitada para la cena de los levitas, colgada de un gancho. El hijo de Nicodemon había recordado incluso los

trece báculos de viajero que los comensales debían tener consigo durante la cena, en recuerdo de la apresurada huida a Egipto de sus antepasados.

Pedro salió al balcón que servia de cocina, iluminado por el fuego; lo avivó con un abanico, y en el momento exacto en que caía la noche, cuando sonaron las trompetas de la colina del templo, tomó la oveja, la empaló en la tradicional vara de granado y empezó a asarla. Esa vara es otra reliquia evidente del culto cananeo de Rimmon, el dios del granado, que como ya se ha dicho fue absorbido por el culto de Jehová durante la época del rey Saúl; en un tiempo la oveja debía estar consagrada a Rimmon y probablemente reemplazaba a una víctima infantil, representante del dios mismo, aunque los judíos no conservan ninguna tradición al respecto. Del mismo modo, los báculos de viajero parecen una reliquia de los que llevaban en los tiempos antiguos los adoradores de Rimmon cuando bailaban el *Pesach*, una saltarina danza de invocación a su dios, y de cuyo nombre deriva la denominación hebrea del festival. Quienes hayan tomado parte en los misterios dionisiacos comprenderán exactamente lo que quiero decir, aunque los judíos piadosos se horrorizarían si pensaran que existe la más mínima relación entre el culto de Dionisos y el de Jehová; porque ellos aceptan universalmente la explicación del festival como una conmemoración del éxodo de Egipto al mando de Moisés.

Lo que había dicho Jesús acerca de su deseo de comer carne había parecido doblemente extraño a los oídos de Judas; no sólo estaba rompiendo una norma privada que había mantenido desde su infancia, sino el principio establecido públicamente por Hillel de no comer con glotonería el cordero de Pascua, como si fuera carne ordinaria, puesto que debía considerarse el símbolo de la participación común de todos los judíos en los dones de Jehová. En teoría, no debía compartir esa cena una cantidad de personas menor de diez ni mayor de veinte, aunque esta regla sólo se observaba en las casas saduceas más estrictas. La obligación de la hospitalidad estaba tan difundida entre los feligreses fariseos que en toda Jerusalén las puertas de las casas estaban abiertas para que pudieran entrar todos los que pudiesen encontrar lugar en la mesa; y el cordero de una casa podía dividirse, en ocasiones, entre doscientas o trescientas personas. La norma oficial era: «Para participar en la Pascua comerás un trozo de la víctima no menor que una oliva», lo que explica el proverbio: «Aunque la Pascua sea sólo una oliva, que el *Hallel* (el himno de alabanza) derrumbe el techado».

Sin duda, los sacerdotes del templo se habrían opuesto a esta norma, que reducía sus ganancias, si hubiesen sido capaces de afrontar la tarea de sacrificar suficientes corderos para alimentar al ejército de peregrinos que venía para la Pascua; pero proporcionar una víctima para cada veinte personas en un conjunto de por lo menos doscientas o trescientas mil era evidentemente imposible en el curso de una sola tarde. Los carniceros levitas iniciaban su trabajo exactamente a media tarde; lo realizaban con destreza y rapidez extraordinarias, mientras los sacerdotes formaban una infinita cadena entre las mesas de la matanza y el altar, pasando de mano en

mano pequeños cubiletes de plata con unas pocas gotas de sangre de la víctima, y devolviéndolos apenas su contenido era derramado en el altar. Hora tras hora repetían esta acción como autómatas movidos por un péndulo; y cuando las trompetas del anochecer ponían fin a la tarea sentíanse como hombres que despiertan tras una prolongada pesadilla. Por lo tanto es digno de mención, aún teniendo en cuenta la necesidad de secreto, que Jesús cenara con sus discípulos en privado y a puertas cerradas, así como que dispusieran de una víctima entera para sólo trece personas.

Juan, que había estado ayudando a Pedro, regresó al fin de la calle para buscar a Jesús y a los demás. Pronto estuvieron juntos, con los pies calzados y sus báculos en la mano, para la cena tradicional: el cordero sin ningún hueso roto, las amargas endibias, la salsa dulce, el pan ázimo de la aflicción. Jesús, como cabeza de la casa, pronunció el agradecimiento prescrito:

—Bendito seas, nuestro Dios eterno, rey del mundo, que nos has santificado por tus órdenes, y que nos ordenas la Pascua.

La cena comenzó con la primera copa, que bendijo, añadiendo luego:

—Éste es el último vino que beberé antes de que el reino se establezca.

Los discípulos aplaudieron ruidosamente; el olor de la carne asada, después de más de un año de abstinencia, los excitaba prodigiosamente; del mismo modo, un asno de noria rebuzna y cocea cuando lo ponen en libertad en una verde pradera. Sólo Judas advirtió el tono profundo de dolor en las palabras del maestro, y observó que Jesús comía la carne ocultando su repugnancia. Compasivamente, su propio ánimo cayó en una negra desesperación. No pudo cantar *Alabado sea el Señor*; esperaba que la segunda copa pusiera algún calor en sus heladas entrañas.

Juan, como el más joven de la reunión, hizo a Jesús las preguntas prescritas por el ritual de la Pascua; y cuando todos hubieron cantado con toda su voz *Israel fuera de Egipto*, Jesús tomó entre sus manos un pan de Pascua —redondo, consistente, fino como el papel, caliente y recién sacado del horno— lo cortó en trozos y los repartió. Dijo:

—Así querrían hacer mis enemigos. Sin embargo, comed, comed mí cuerpo despedazado, porque he nacido en la casa del pan —luego alzó la jarra y sirvió la segunda copa, diciendo—: Así querrían hacer mis enemigos. Sin embargo bebed, bebed mi sangre viviente, porque crecí en la casa del vino.

Todos los discípulos comieron y bebieron sin pensar lo que les ofrecía; pero Judas se preguntó horrorizado. «¿Debemos comer y beber estos abominables alimentos en la fiesta misma de nuestro Dios, como beben y comen los griegos la sangre y el cuerpo de su dios en los misterios? ¿Qué es esto?». Aceptó el pan y llevó la copa a sus labios, pero ni comió ni bebió.

—Señor —dijo Pedro—, no has terminado tu historia de los arrendatarios de la viña. ¿Se atrevieron a matar al hijo del propietario?

—Lo mataron y arrojaron su cuerpo por encima del muro.

Inmediatamente, todos tuvieron súbita conciencia de su aflicción. La

conversación vaciló y murió en su cabecera de la mesa, aunque en el otro extremo Tadeo y Simón de Caná continuaron discutiendo en alta voz cuál de ellos tendría el cargo de mayor responsabilidad en el reino prometido. De pronto advirtieron que gritaban en una habitación en silencio, y callaron confundidos. Todos los ojos se clavaron en Jesús. Él esperó aún un buen rato, pasando lentamente el dedo por el borde de su copa de vino, y por fin rompió el silencio:

—Uno de vosotros doce me matara.

El asombro fue general. En las mejillas de todos ardió el rubor de la inocencia puesta en duda, y se miraron unos a otros con incredulidad.

—Uno de vosotros me matará; uno de los que han puesto su mano en esta fuente, tal como está escrito en el salmo: «Mi amigo familiar, en quien confío, que ha comido pan conmigo, ha alzado su talón contra mí».

Los discípulos preguntaron:

—¿Yo? ¿Yo?

Él los miró sin ver, y murmuró oscuramente:

—¡A buen precio me habéis valorado!

Ante estas palabras, el corazón de Judas dio un brusco salto: un terrible rayo de luz brilló en su mente, y comprendió todo.

Debemos interrumpir esta narración de la cena de Pascua con otra historia, más antigua, sin la cual aquélla es del todo ininteligible; se encuentra, contada en forma algo oscura, en el largo poema que constituye los últimos capítulos del Libro de Zacarías. El autor del poema, que vivió en la época de los seléucidas, no debe confundirse con el autor de los primeros capítulos, que vivió poco después del cautiverio en Babilonia. En el prólogo relata cómo, obedeciendo de pronto a una llamada profética, se unió con un voto al servicio de Jehová, cambiando sus ropas urbanas por el áspero hábito pastoral —el vestido tradicional de los profetas de Jehová— y labró dos báculos de pastor que llamó *Gracia* y *Concordia*. Armado con esos báculos, salió a alimentar al rebaño, es decir, a predicar arrepentimiento a la manera de sus predecesores, profetizando la merced de Jehová si se volvían hacia él, y su ardiente disgusto si no lo hacían. Desde los primeros tiempos, los profetas eran leales ayudantes del clero; mientras los sacerdotes cumplían diestra y serenamente los sacrificios del templo y sus demás obligaciones rituales, los profetas recorrían el país exhortando apasionadamente al pueblo a la virtud moral. Pero ni siquiera los profetas amigos de Zacarías se habían mantenido fieles a la pura adoración de Jehová: los amos seléucidas de los judíos habían popularizado tanto los ritos de los dioses olímpicos y de la reina del cielo que el culto de Jehová casi se había extinguido. Zacarías se vio solo y predicando para oídos sordos.

Exasperado, gritó en la plaza del mercado:

—¡No alimentaré al rebaño! Así ha dicho el Señor: «Que las bestias enfermas mueran, y perezcan las que se enredan en la espesura; y por lo que a mi me importa,

que las restantes se devoren unas a otras».

—Alzó su báculo *Gracia*, lo partió públicamente en dos, y fue a ofrecerse como esclavo del templo, para no volver a pisar las profanas calles de la ciudad. Dijo a los sacerdotes del tesoro:

—He venido para dedicarme a Dios. ¿A qué precio me valoráis?

Ellos respondieron desdeñosamente:

—La ley fija el precio de un hombre, en la flor de la edad, que desea consagrarse a Dios; en cincuenta siclos pesados en el santuario; y el de una mujer en treinta. Sin embargo, de acuerdo con el octavo versículo del capitulo veintisiete del Levítico, estamos autorizados para reducir el precio que se paga a las personas inferiores. Te valoramos, pastor indigno, en treinta siclos, porque en verdad has charlado tan ligeramente como una mujer.

Pesaron treinta siclos del santuario (el peso era superior al del siclo fenicio contemporáneo) y se los entregaron, diciendo:

Ve a ver ahora al sumo sacerdote y registra tu voto.

Zacarías se enfureció.

—¡A buen precio me habéis valorado!

Indeciso, con sus treinta siclos en una mano y el báculo restante en la otra, vio allí mismo, en el templo, a un alfarero gibeonita que se ocupaba de hacer vasos, mezclando la arcilla con sus pies descalzos, porque en ese tiempo los gibeonitas, aunque eran cananeos impuros eran empleados como artesanos del templo. La ira se apoderó de Zacarías. Arrojó los treinta siclos a los pies del alfarero para que se confundieran con la arcilla —acto simbólico que expresaba admirablemente sus sentimientos— y salió iracundo del templo; era todavía un hombre libre y un profeta.

Al llegar a la plaza del mercado, convocó al público con un grito y luego rompió su otro báculo, llamado *Concordia*, mientras exclamaba:

—¡Por Judá y por el resto de Israel, proclamo la discordia en el nombre del Señor!

En ese punto concluye el prólogo y comienza el poema propiamente dicho. En una visión, Zacarías se ve a sí mismo representando un terrible papel por orden divina: encarna al pastor indigno, que ni acude en busca de las ovejas perdidas, ni alimenta a las bestias enfermas que no pueden tenerse en pie para pastar, ni rescata a las que han quedado aprisionadas en la espesura; el pastor indigno que descuida todas sus obligaciones y (como los levitas del templo) se alimenta suntuosa y complacientemente de carne asada, comiendo «a la vez la carne y la grasa». Una terrible paradoja: se ve a sí mismo predicando falsamente en nombre de Dios, y haciéndose cargo de los pecados de todo el pueblo por puro amor a Dios.

Entonces se leen estas líneas; citaré el texto original, desvirtuado por la versión griega:

¡Ay de mi pastor indigno, que ha abandonado el rebaño! Su brazo derecho

se marchitará del todo y su ojo derecho se oscurecerá por completo. ¡Despierta, espada, contra este pastor, aunque es mi amigo! Hiere al pastor, y las ovejas se dispersarán. Pero para aquéllos de corazón humilde, mi castigo será cariñoso.

Zacarías se ve a sí mismo predicando falsamente en los patios del templo, tratando de inducir al pueblo a avergonzarse, hasta que finalmente su propio padre y su madre gritan:

—Has dicho mentiras en nombre de Jehová; ¡no vivirás! —y lo atraviesan con la espada.

Este acto rompe el hechizo del mal. El pueblo siente brusco arrepentimiento, y Jehová se muestra misericordioso. Brota en Jerusalén la fuente de la gracia, para lavar el pecado y la impureza. Los ídolos son derribados, y se expulsan de la ciudad todos los falsos profetas que han participado en el culto de la reina del cielo, Tamuz, Dionisos y Zeus. Zacarías los ve refugiarse en los pueblos suburbanos; pretenden ser simples pastores y explican las heridas que ellos mismos se han infligido en sus orgías como el resultado de una pendencia en la casa de un amigo. Luego, el pueblo de Jerusalén «piensa en aquél a quien han traspasado»; ven el cuerpo del hombre muerto y por fin comprenden: él los ha salvado de la destrucción con sus provocativas falsedades. Lo lloran con tanta amargura como si fuera su hijo único.

Más tarde, alborea el tremendo día del Señor. Todas las naciones del mundo avanzan contra Jerusalén, la ciudad es tomada, las casas despojadas, las mujeres violadas y medio pueblo llevado al cautiverio. Pero el hijo de Dios se manifiesta de pronto; sus pies pisan el Huerto de los Olivos, que se abre en dos. Los fieles, salvados de la masacre, se refugian a su sombra. Ese día el cielo se oscurece como al ocaso, pero al atardecer se aclara y las aguas vivas —metáfora que los fariseos interpretan como «la doctrina divina»— fluyen desde la ciudad, hacia el este hasta el mar Muerto y hacia el oeste hasta el Mediterráneo. Dos terceras partes de la nación han perecido; pero la parte restante se ha refinado, como se refinan al fuego el oro y la plata. Jehová dice «Es mi pueblo», y ellos: «Es nuestro Dios».

Después de salvar a Jerusalén con este milagro, Jehová castiga a todos los opresores de la ciudad con una plaga. Luchan furiosamente unos contra otros y miríadas perecen, pero al fin la lucha cesa por agotamiento, y la plaga concluye. Los escasos sobrevivientes se convierten y van todos los años a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos. La plaga también ha afectado a los caballos y a las mulas que llevaban amuletos de bronce en forma de media luna en honor a la reina del cielo, que mueren. Ahora todo es puro y santo en Jerusalén; ya no hay alfareros cananeos en el templo, y los caballos y las mulas tienen inscrito el nombre de Jehová en los cascabeles que traen al cuello, unos cascabeles tan sagrados como los que llevan cosidos las vestiduras del sumo sacerdote.

Así concluye el poema; pero Zacarías no se atrevió a traducir esta visión a la

acción, de modo que se ha convertido en una profecía que espera cumplimiento.

«¡Jesús se propone cumplirla!», se dijo Judas. «Ahora representa al pastor indigno, el falso profeta que descuida sus obligaciones pastorales y conduce erróneamente al pueblo en nombre de Jehová en los mismos patios del templo». Y recordó las palabras de Amós:

> «Eduqué a vuestros hijos para que fueran profetas y nazareos; pero les habéis dado a beber vino y les habéis ordenado que no profeticen. Estoy hundido bajo vuestras iniquidades como un carro cargado de espigas. Por lo tanto, los de pies veloces perderán su agilidad; los fuertes no aumentarán su fuerza, ni se librarán los poderosos. Y ese día, el que tenga el más valeroso corazón entre los fuertes huirá desnudo», ha dicho el Señor.

Se explicaba, finalmente, todo lo que lo había condolido y asombrado: el desbordamiento en la casa de los esenios; la maldición de la higuera; la violenta purga del templo; su negativa a asumir que su autoridad provenía de Jehová; su abandono del sincero mensaje anunciando el inminente reino de Dios en favor de un falso mensaje anunciando la renovación de la monarquía davídica, sedienta de sangre; y ahora, esta eucaristía idólatra. Era evidente que había tomado partido por su propia destrucción, para ser el chivo emisario que carga con los pecados de todo el pueblo. Combinaba en su persona la profecía de Zacarías acerca del Pastor, y la de Isaías sobre el Siervo que Sufre, el hombre deformado, el varón de dolores que se dirige a su muerte en deliberado sacrificio, para contarse entre los pecadores. Contarse entre los pecadores es cometer pecado, y el varón de dolores debía pecar atrozmente para poder asumir las iniquidades de todo un pueblo: era la conciencia misma del atroz pecado lo que hacía de él el varón de dolores.

Pero ¿cómo podrían matar a Jesús su padre y su madre? Entonces Judas recordó lo que había dicho Jesús en la casa del recaudador de impuestos de Cafarnaúm: «Un profeta no tiene padre, madre ni hermanos; sólo sus amigos profetas». Entonces, ¿estaba incitando a sus propios discípulos a volverse contra él y a destruirlo como un falso profeta, de modo que, cuando el pueblo de Jerusalén viera su cuerpo atravesado, terminaría por comprender y se arrepentiría, precipitando así los dolores de parto del Mesías?

Judas, consternado, lloraba con la cabeza entre las manos. Trató de convencerse de que estaba equivocado, pero las palabras que Jesús pronunció a continuación no dejaban lugar a la menor duda. Se dirigió a los discípulos que estaban en el extremo opuesto de la mesa y les dijo:

—Hijos, cuando os envié en parejas sin báculo, zapatos ni bolso, ¿os faltó algo?

—Nunca, señor.

—Esos días se han ido. Ahora no podréis contar ya con la protección del Señor. Que cada uno tome un báculo y un bolso, si lo tiene. Y si en él no hay dinero, que

venda su manto pastoral y *compre una espada* —se volvió, miró directamente a Judas y agregó en voz baja—: Porque está escrito: «Se contaba entre los pecadores»; y por mí llegará el fin.

Pedro se acercó a Juan, que estaba reclinado al lado de Jesús, y le susurró al oído:

—No puedo soportar esto por más tiempo. Querido hermano, pregúntale cuál es el traidor que lo matará.

Porque ni Pedro ni ningún otro discípulo, aparte de Judas, comprendía que Jesús estaba dictando una orden, y no formulando una acusación.

Juan apoyó tiernamente su cabeza en el pecho de Jesús y le hizo serenamente la pregunta. Como respuesta, Jesús mojó un trozo de pan en salsa dulce y se lo entregó ostensiblemente a Judas, diciendo:

—Haz prontamente lo que se debe hacer.

Judas se levantó de inmediato y salió, pálido de terror. Sus instrucciones eran claras: debía comprar una espada para matar a su maestro. ¿Cómo podía obedecer? ¿Cómo podía tomar la vida del hombre a quien más quería? ¿Y por qué lo había elegido Jesús como su asesino? ¿Por qué no al joven Juan, su favorito? ¿O a Jaime, el valiente? ¿O a Pedro que por primera vez lo había llamado Mesías? ¿O a su obediente hermano Tomás? ¿Era quizá porque sólo él había comprendido que la nueva doctrina era falsa, el único que había rechazado esa eucaristía idólatra, y por tanto el único que se había mantenido fiel a su misión? Sin embargo, en el poema, el padre y la madre de Zacarías se habían engañado, tomándolo por un falso profeta y matándolo con indignación; en tanto que él no se había engañado, sino que estaba convencido, en su corazón, de que a pesar de todas las apariencias Jesús era aún fiel a su Dios. Y sabiendo que así era, ¿cómo podía matarlo? «No matarás». Matar a Jesús, excepto con justa indignación, sería lisa y llanamente un crimen; él no podía cometer un crimen.

Trastabillando ciegamente por las calles iluminadas por la luna se encontró dirigiéndose al azar hacia la casa de Nicodemon. Echó a correr; corría como una liebre del monte.

Cuando llegó, llamó a la puerta pequeña y dijo, jadeando:

—Soy el copista.

Inmediatamente fue conducido a presencia de Nicodemon —regordete, rubicundo, afable, miope y de barba corta— que revisaba sus cuentas en su estudio.

Nicodemon se puso en pie de un salto y preguntó ansiosamente:

—¿Qué ocurre? Has venido corriendo. ¿No te han seguido hasta esta casa?

Judas movió la cabeza tristemente, incapaz de hablar, y rechazó el vino que le ofrecieron. Por fin recobró el aliento y dijo en voz entrecortada:

—Es esto: me ha designado su verdugo. Pero no puedo matar a mi amigo más querido; al hombre ungido por Juan. Antes tomaría mí propia vida, como hizo el portador de la armadura de Saúl en el monte Gilboa cuando el rey le ordenó que lo atravesara con su espada.

Nicodemon preguntó, con asombro y horror:

—Entonces, ¿ha decidido su propia muerte? ¿Qué espíritu maligno se ha apoderado de él?

Judas describió brevemente los acontecimientos de los dos últimos días, mientras Nicodemon lo miraba fijamente y escuchaba chasqueando la lengua. Tenía una mente ágil y Judas apenas tuvo que mencionar el poema de Zacarías para que él comprendiera todo. Antes de que concluyera su relato, Nicodemon ya había tomado una decisión; y sus palabras brotaron raudamente apenas le tocó el turno de hablar.

—Consuélate, Judas, hombre de corazón sincero; yo conozco el secreto del nacimiento de tu maestro, que me fue comunicado por Simón hijo de Boeto. Y también comprendo tu cauta referencia al portador de la armadura del rey Saúl, porque Nicanor el Esenio me comunicó el secreto de la coronación de Jesús. Porque conozco ambos secretos lo he apoyado todos estos meses. No, no permitiré que hagas lo que él te instiga a hacer, porque no puedo aprobar el nuevo rumbo que ha tomado, como un navegante que deliberadamente lanza su nave pesadamente cargada contra las rocas. Esto es forzar la mano del Señor, adelantar la hora. Tenemos una tradición: «El Mesías no vendrá sino cuando haya una generación totalmente culpable o totalmente inocente», y ese momento aún no ha llegado, porque hoy, en Jerusalén, la gran bondad y la gran maldad son vecinas. Además, en la academia se nos enseña que apresurar la hora es disgustar al Señor. La salvación de Israel, aprendemos, debe compararse con cuatro cosas: la cosecha, la vendimia, la recolección de especias y el nacimiento. A la cosecha, porque si el campo se cosecha antes de su tiempo, ni siquiera la paja es buena, en tanto que si se aguarda el momento preciso, tanto el grano como la paja son buenos. A la vendimia, porque si se despoja una viña antes de su tiempo, hasta el vinagre es malo, pero en el momento preciso tanto las uvas como el vino son excelentes. Por esto ha dicho el profeta Isaías: «Canta para ella, una viña de vino rojo». A la recolección de las especias, porque si se recogen cuando aún son verdes y tiernas…

Judas interrumpió:

—Oh, mi señor Nicodemon, perdóname pero no hay tiempo que perder. Cuando él comprenda que yo no me puedo obligar a matarlo, persuadirá a otro de mis camaradas y logrará que lo haga en mi lugar.

De mala gana, Nicodemon dejó su argumento inconcluso. Pero estaba de acuerdo.

—Sí, por supuesto, debemos actuar de inmediato. Es la única esperanza de Israel, como Israel es la del mundo. No debemos permitir que muera. Ha desesperado demasiado pronto, y por eso ha caído en el error, pero un error que procede del amor al Señor se repara fácilmente. Me comprometo a salvarlo; y aún más, a conseguir de un solo golpe lo que más anhelamos. Confía en mí, hombre de Keriot, y actuaré; pero necesito tu ayuda, porque lo que haga debe hacerse con sutileza.

—¿Cuál debe ser mi participación?

—Sólo ésta: irás a ver ahora mismo al sumo sacerdote y le ofrecerás tu ayuda

para arrestar a tu maestro. Mejor será que pidas una paga, para que no se sospeche un subterfugio. Una vez que esté custodiado y a salvo, todo marchará bien. Pero aún no te revelaré mi plan, para que no fracase.

Judas lo miró dubitativamente, pero por fin cedió. Sabía que Nicodemon era honesto, piadoso y leal; quizá el mejor de todos los fariseos temerosos de Dios en Jerusalén.

El plan de Nicodernon se basaba en su observación de que Jesús jamás había predicado contra Roma; y nunca, excepto en su personificación del pastor indigno, había alentado ninguna especie de actividad revolucionaria. «Después de todo» se decía, «¿qué necesidad había de un conflicto entre Roma e Israel?». En los antiguos tiempos, Israel había estado sometida a Egipto, Asiria y Persia, y hasta los profetas lo aprobaban, siempre que el tributo pagado a los reyes extranjeros a cambio de su protección militar no interfiriera con las prácticas que se debían a Jehová. ¡Grande había sido la recomendación de Ciro de Persia que había formulado el profeta Isaías! Ahora bien: ¿por qué no podía Jesús demostrar amistad a los romanos, y presentar pacíficamente sus títulos al trono de Herodes, al mismo tiempo que ingresaba a la monarquía sagrada de la raza judía? El emperador se sorprendería, al comienzo, ante una reclamación que había estado dormida tanto tiempo; pero era un hombre razonable y advertiría de inmediato la ventaja que suponía tener una persona de la calidad de Jesús a la cabeza de los asuntos judíos: un ciudadano romano, quietista, de extraordinario poder personal y heredero de Herodes según el testamento custodiado por las vestales.

Por lo tanto, su plan consistía en dirigirse —después de que Judas salvara a Jesús de las espadas de sus discípulos ayudando a Caifás a arrestarlo— a Pilatos, con quien estaba en muy buenos términos, e informarle que Caifás había arrestado a un súbdito romano, y nada menos que al heredero secreto del trono de Herodes. Pilatos, tras pedir pruebas, para lo cual sería referido al mismo Jesús, preguntaría qué clase de hombre era, y entonces Nicodemon lo elogiaría en los términos más cálidos. Diría:

—Su excelencia, es la única persona que puede resolver los principales problemas que se les plantean a los romanos en la gobernación de los judíos asegurando la paz en todo el territorio, y aumentando vastamente las rentas imperiales al tornar inútil un costoso ejército de ocupación.

Luego explicaría que la tarea emprendida por Jesús durante los dos últimos años había consistido en fortalecer el partido fariseo mediante la integración de los sectores más pobres de la sociedad judía, para poner a toda la nación —excepto el clero del templo— bajo el control religioso de la sinagoga central. Al mismo tiempo había predicado la simplificación del ritual del templo y la abolición de los sacrificios de sangre; si Jesús conseguía su finalidad, los veinte mil sacerdotes y levitas cuyo mantenimiento era tan oneroso para la provincia se reducirían a algunas veintenas de levitas físicamente aptos para reemplazar, como policía, a los soldados romanos.

Además volverían a ser consagrados los viejos altares locales de Siloé, Tabor y Ain-Kadesh, de modo que disminuirían los inconvenientes de la inmensa afluencia de peregrinos a Jerusalén durante las tres grandes fiestas; e incluso se resolvería el problema samaritano, con judíos y samaritanos reconciliados bajo el imperio de un rey sagrado que ambos podían reconocer. Todo el país estaría complacido (porque los judíos aman la monarquía), y el impuesto imperial, en la forma de una donación libre, sería pagado tan de buen grado cómo el impuesto del templo, sin necesidad de recaudadores de impuestos ni de una policía corrompida. No habría más mendicidad ni bandidaje. La supresión de las tetrarquías de Antipas y Filipo y la unificación de todo el país en un único estado acabaría con el costoso absurdo de las fronteras y las minúsculas cortes. Por supuesto, los romanos tendrían todas las facilidades para el paso de las tropas hacia sus guarniciones del otro lado del Jordán.

Sin duda, Pilatos no dejaría de ver tan convincentes argumentos; y en último caso, la decisión no era suya. Debería sacar a Jesús de las manos de Caifás, que no tenía derecho a juzgar a un ciudadano romano, y luego enviar un informe completo al emperador Tiberio

Nicodemon estaba lleno de ánimo aunque —lo que es sumamente extraño— en ningún momento se detuvo a considerar si Jesús aceptaría el papel que él le asignaba.

XXVII

TREINTA SICLOS DE PLATA

Mientras tanto, Jesús aguardaba ansiosamente el regreso de Judas. ¿Por qué se demoraba? ¿Había sido incapaz de conseguir que alguien le vendiera una espada? Aunque estaba prohibido que la población civil llevara espada, era fácil comprar una en el barrio galileo. ¿O le había ocurrido algún accidente? ¿O su justa indignación había sido ahogada por escrúpulos acerca del derramamiento de sangre, de modo que había decidido eludir su obligación y huir? Si no volvía pronto, un discípulo más resuelto debería descargar el golpe.

Habló con mayor claridad.

—Está escrito que el pastor indigno debe ser derribado y sus ovejas dispersadas. Hijos, dentro de poco no me veréis más.

Todavía no comprendían. Pedro pregunto:

—¿Adónde irás, maestro? Déjame ir contigo.

—No me puedes seguir adonde voy.

—Te seguiré adonde vayas, y haré lo que me ordenes, aunque deba morir por ello.

Jesús miró a su alrededor y dijo:

—Antes de que acabe esta noche os ofenderá que os llamen mis discípulos. Os avergonzaréis todos de vuestras visiones y de vuestros mantos de profetas. Cuando os interroguen, responderéis: «Somos hombres de campo; sólo sabemos cuidar el ganado».

Pedro protestó:

—Señor, yo jamás me ofenderé por eso. Quizá otros, no yo.

—Antes del segundo canto del gallo me habrás negado tres veces.

—Nunca te negaré.

Jesús suspiró y citó a Isaías:

> Él ha cegado sus ojos
> y ha endurecido sus corazones,
> para que no puedan ver con los ojos
> ni comprender con el corazón
> y se conviertan, para que yo los cure.

Habían consumido hasta el último trozo del cordero pascual y todo el pan. Habían bebido la tercera y la cuarta copa y cantado el último himno, *Oh, dad gracias al Señor, porque es bueno*. Juan había reavivado el fuego para quemar los huesos de la víctima; la jofaina había pasado de mano en mano, se habían lavado las manos y las

habían secado con las toallas. Era hora de marcharse. Entonces Jesús se puso de pie, se quitó todas sus ropas excepto su ceñidor, ató a su cintura una gran toalla, vertió agua en un recipiente y, como si fuera un criado de una casa de baños, empezó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos. Se sorprendieron y preguntaron:

—Maestro, ¿qué significa esta broma? ¿Te has convertido en nuestro servidor?

—Todo hombre es servidor de otro hombre; el rey sirve a su pueblo, y todos servimos al cielo. En cuanto a mí, soy el servidor en que se reúne toda la iniquidad de Israel.

—¿Tú un pecador? ¡Nos propones un enigma!

—Lo resolveréis a su debido tiempo.

Al principio, Pedro se negó a permitir que Jesús lavara sus pies, pero Jesús amenazó que si no aceptaba, lo expulsaría y Pedro exclamó:

—No sólo mis pies, sino también mis manos y mi cabeza.

—Como te ha bautizado Juan, sólo necesitas lavar tus pies del fango a que los ha conducido el adversario de Dios, antes de que pisen esta noche un lugar sagrado.

—¿Qué lugar es ése?

—El Monte de los Olivos, donde el hijo del hombre debe descender del cielo.

Salieron de la casa, y mientras caminaban por la calle Jesús les preguntó:

—¿Cuál de vosotros me ha obedecido?

Pedro respondió orgullosamente:

—Yo te he obedecido; mientras los demás se preparaban, compré a los moradores de la casa dos espadas. Por fin he comprendido contra quién debo usarlas.

—No tan pronto, fiel hijo de Jonás. Guarda una espada, confía la otra a Juan. Dos bastarán para ejecutar la venganza del Señor. ¿Ay, acaso no está escrito: «En cuanto a nuestras iniquidades, las conocemos: transgresiones y mentiras contra el Señor, predicar la opresión y la rebelión, simular y proferir falsedades»?

Salieron de la ciudad por la puerta oriental, descendieron al valle de Kidrón y cruzaron el arroyo por un puentecillo; luego ascendieron al Monte de los Olivos siguiendo un sendero que los condujo al huerto amurallado llamado Getsemaní, la «prensa de aceite», que Nicodemon había ofrecido a Jesús como refugio si se veía en dificultades. No vieron a nadie en el camino, hallaron sin dificultad el huerto, abrieron el portal con la llave que había recibido Judas dos días antes, y entraron. Los olivos eran muy antiguos y estaban fantásticamente retorcidos; se decía que algunos habían sido plantados el año en que el rey Salomón había consagrado su templo. Los campesinos decían: «Si compras un buey o un asno, serán tus servidores mientras vivas; pero si compras un olivo, serás su servidor mientras vivas». Hallaron un molino de aceite, un horno para hacer carbón con los huesos prensados, y una cabaña con bastos bancos que utilizaban los cosechadores de olivas en la estación correspondiente.

Jesús los condujo a la cabaña, que estaba en el punto más alejado del portal, y abrió la puerta.

—Pedro, Jaime y Juan se quedarán conmigo; son los más valientes. Los demás pueden aguardar aquí hasta que sean llamados; si están fatigados, que duerman.

Mientras se apartaba con los tres discípulos elegidos, Jaime le preguntó:

—¿Dónde está Judas? ¿Por qué no está con nosotros?

—Temo que se haya convertido en un traidor y que se haya asustado de su tarea.

Pedro exclamó:

—Todos pueden traicionar su tarea, pero no yo. Usaré osadamente mi espada contra el miserable que ha causado nuestro infortunio y a la vista de toda Jerusalén, aunque muera por ello.

—También yo golpearé sin temor —dijo Juan—, porque aunque lo quería, siempre he querido más a otros. ¿Y no es mi obligación odiar a los enemigos de nuestro Dios?

Jesús preguntó con ansiedad:

—¿Cuándo has sospechado la verdad por vez primera?

—Cuando estábamos en casa de los esenios.

—Está bien. Venid conmigo hasta la puerta, y vigiladme hasta la mañana, mientras hago las paces con el Padre a quien he ofendido. ¿Están afiladas vuestras espadas?

—Como el cuchillo del sacrificio de los sacerdotes.

—No me perdáis de vista. Si me amáis, vigilad celosamente; y cuando descarguéis el golpe, no erréis.

La ironía de este diálogo de doble sentido, que la tradición ebionita recuerda, no podría haber sido superada por el más hábil dramaturgo ático.

Jesús dejó a sus tres discípulos bajo un árbol hueco y se retiró a un lugar, más o menos a un tiro de piedra, donde se arrodilló y oró. Ellos pudieron oír sus vehementes palabras:

—Padre, dulce Padre, único para quien todas las cosas son posibles, te ruego que apartes de mis labios este amargo cáliz. Aunque no porque yo quiera, sino porque tú lo quieres.

Fatigados por el largo día, y soñolientos por el vino y la carne asada, los discípulos se envolvieron en sus mantos y durmieron. Media hora más tarde, alguien tironeó de sus mantos y despertaron. Jesús estaba de pie a su lado, sosteniendo las dos espadas en su mano.

—Mirad con qué facilidad os he despojado de vuestras armas. Vigilad, y por favor no sucumbáis a la tentación, olvidando vuestro deber. Y orad por mí también, para que no sienta la tentación de huir de vosotros y marcharme a Galilea.

Les devolvió sus espadas, y ellos se arrodillaron avergonzados, mientras él continuaba sus plegarias. Pero nuevamente se durmieron, y él los despertó por segunda vez.

—Pedro, ¿no puedes velar una sola hora?

—Mi espíritu lo desea, señor, pero la carne es débil.

Una vez más Jesús oró y una vez más los discípulos cayeron en el sueño. Entonces se oyó un brusco clamor de ruidos y voces mientras echaban abajo el portal del huerto. Vio el parpadeo de las antorchas y luego una muchedumbre de figuras blancas que corrían hacia él entre los olivos. Cojeando acudió al lado de los hombres dormidos, sacudió violentamente por el hombro a Jaime y dijo:

—¡Levántate, pronto! Avisa a tus compañeros de la cabaña que aquí están los enemigos. Diles que se dispersen y corran para salvar sus vidas.

Jaime gruñó, roncando, pero no despertó. Jesús exclamó amargamente:

—Sigue roncando, entonces, y duerme a tu gusto. Ya es demasiado tarde para levantarse.

Pero Pedro y Juan habían despertado con una brusca sensación de peligro. Pusieron de pie a Jaime y lo golpearon hasta que despertó mientras una compañía de alabarderos levitas se acercaba a la carrera. A la cabeza venían Judas y un oficial levita.

Judas murmuró al oficial:

—Arresta al hombre a quien bese —se acercó a Jesús y murmuro para darle seguridad—. Todo marcha bien. Confía en Nicodemon —luego gritó por encima de su hombro—: ¡Éste es vuestro hombre! ¡Éste es Jesús de Nazaret!

Jesús preguntó:

—Judas, ¿besas al hombre a quien traicionas? —y agregó—: ¿Soy un bandido para que estos hijos de Leví se acerquen a mí con armas en las manos? He orado todos los días en el templo ¿por qué no me capturaron entonces?

—¡Atrás, hombres! —ordenó el oficial—. No debéis usar vuestras armas a menos que se resista.

Jesús gritó con voz tremenda:

—¡Ay de mi pastor indigno que ha abandonado al rebaño! Su brazo derecho se marchitará del todo y su ojo derecho se oscurecerá por completo. ¡Despierta, espada, contra este pastor, aunque es mi amigo! Hiere al pastor, y las ovejas se dispersarán —dejó caer su garrote de carnicero, que había tenido consigo todo el tiempo y, abriendo los brazos, aguardó el golpe.

Mientras Juan vacilaba, Pedro aferró su espada y se lanzó hacia adelante en silencio.

—¡Salvadlo, salvadlo! —gritó Judas. Pero era contra Judas, y no contra Jesús, que se había lanzado Pedro.

Un levita se adelantó velozmente para parar el golpe con su alabarda, mientras Judas se hacia a un lado, amparándose detrás de un árbol. Entonces Pedro atacó al levita, pero la espada resbaló por su yelmo, lastimándole apenas una oreja. Otros alabarderos acudieron y, al verse solo contra cincuenta, Pedro giró sobre sus talones y, como sus pies eran veloces, escapó saltando el muro del huerto. Juan arrojó lejos su espada y siguió el ejemplo de Pedro.

Jaime casi fue apresado. Alguien aferró su túnica, pero se debatió violentamente;

la tela se desgarró y él huyó desnudo, con una herida en el hombro. Así se cumplió la profecía de Amós.

Judas volvió al lado de Jesús, que parecía triste y resignado. Se inclinó, recogió el garrote caído y preguntó:

—Maestro, ¿aún necesitas esto?

—Es tu botín. Guárdatelo.

Los discípulos que estaban en la cabaña habían logrado escapar. Andrés se había despertado al oír gritos, despertando a su vez al resto; todos habían logrado salir sin ser vistos, ocultándose detrás de la cabaña y ayudándose unos a otros para franquear el muro. Tomás les aseguró:

—No debemos sentir temor por el maestro. Si pudo evitar el arresto a plena luz y en campo abierto, en Nazaret, seguramente podrá hacerlo a la luz de la luna entre los olivos.

Pero Jesús no intentó huir. Fue conducido a casa del antiguo sumo sacerdote, Anás, donde el sumo sacerdote Caifás, su yerno, pasaba la noche de Pascua. Era la casa más grande y lujosa del Monte de los Olivos y sólo distaba unos centenares de pasos de Getsemaní.

Pedro los seguía a prudente distancia. La noche era serena y esperaba que en cualquier momento apareciese una resplandeciente compañía de ángeles descendiendo al rescate desde el cielo. ¿No era acaso en el Monte de los Olivos que había visto Ezequiel una vez la carroza y la gloria del Señor, y donde el Mesías se presentaría el gran día? «Estoy contento de haber aceptado el lavado de pies», se dijo. «Estoy listo para todo».

Pero no ocurrió nada extraordinario; sólo que el ladrido de los perros del otro lado del Kidron se tomó más vigoroso y firme. En Pascua, la luna llena y la enloquecedora presencia de muchas ovejas inquietaba siempre a los perros de la ciudad; y esta noche el olor del cordero asado ascendía desde mil braseros del barrio galileo. Sin embargo, no se les daba a los perros ni siquiera los huesos para roer.

Jesús fue conducido a la casa de Anás, y Pedro, oculto a la sombra del muro, con la espada aún en la mano, oyó al oficial levita que daba su informe al capitán del templo. El capitán le respondió con impaciencia:

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¿Pero cómo lograron huir los bandidos armados? Debías haber rodeado el lugar.

El oficial murmuró una excusa, que el capitán interrumpió secamente:

—Trae al informante al tesoro y ocúpate de que reciba el dinero de sangre. La suma establecida es de ciento veinte dracmas.

(Porque Judas, cuando le pidieron que dijera el precio, había recordado a Zacarías y solicitado treinta siclos del santuario, equivalentes a cuatro dracmas cada uno. «Es demasiado», habían protestado. «No», había respondido Judas; «es el valor que establece la ley para un esclavo cananeo, y yo os estoy vendiendo a un israelita libre»).

Pedro escuchaba con horror incrédulo. ¿Cómo podía Judas, su amigo Judas, a quien siempre había considerado el más generoso y escrupuloso de los doce, haber llegado a vender a su maestro por una indigna suma de dinero? Seguramente el adversario de Dios se había metido en él.

Al primer canto del gallo, la falsa alarma del alba, Pedro se deslizó al interior, ocultando la espada debajo del manto. Miró a su alrededor con la esperanza de encontrar a Judas, a quien estaba resuelto a matar; pero no estaba allí. Mientras se calentaba ante el fuego, advirtió por primera vez que sus dedos sangraban: se había cortado con la espada mientras trepaba a un olivo antes de saltar de una rama alta por encima del muro del huerto.

Una cocinera le preguntó:

—¿Cómo te has lastimado la mano?

—En una disputa, en casa de unos amigos.

—¿Quién eres?

—Un arriero. Me ocupo de ganado. He traído del norte un magnífico plantel de bueyes.

Una criada dijo:

—Yo te conozco, embustero. Te vi el otro día en la basílica durante el escándalo. Eres uno de la pandilla de Nazaret, un seguidor de ese Jesús.

—No es verdad.

—Podría jurarlo. Y por tus *oid* y tus *ain* sé que eres galileo.

—¡Por cuarenta vasijas llenas de gordas prostitutas! Jamás he visto al tal Jesús.

—¡Si eres el hombre que soltó las palomas! Te reconocería en cualquier parte.

—¡Que el adversario engendre una camada de diablillos en tu cuerpo, bruja!

—Entonces, ¿qué estás haciendo a esta hora de la noche en el Monte de los Olivos?

—Ya te lo he dicho. Cenaba con unos amigos cerca de las tiendas de Hino. Y eso terminó en una pelea.

—¿Y qué haces aquí?

—Ya lo ves. Me caliento las manos. En Galilea, si ves una puerta abierta y un fuego en el interior, entras y te calientas las manos, y la gente de la casa te da vino, y un poco de pan y pescado. Aquí parece que sólo te insultan. Ven un día a Galilea, hija de camellos, y te enseñaremos buenas maneras.

Allí se quedó jurando y maldiciendo casi una hora, y luego regresó a la calle. Cantaron entonces los gallos, esta vez anunciando verdaderamente el alba, y Pedro lloró amargamente.

Mientras tanto, llevaban a Jesús a la sala de la corte, que bien podía ser la misma habitación donde había sido juzgado Zacarías treinta y tres años antes, porque los muebles y tapices eran los mismos; pero el sanhedrín que se había reunido ahora era muy poco numeroso. No habían sido notificados Nicodemon, José de Arimatea, ni

nadie que pudiera demostrar favor o piedad. Todos los presentes eran saduceos de las familias dirigentes, cuyas acciones guiaba un principio supremo: la necesidad de colaboración estrecha con los romanos. Ese principio había sido impuesto al sanhedrín por Pilatos y por su predecesor en el cargo: Roma era meramente tolerante con el culto del templo, pero lo suprimiría de inmediato si había nuevos desórdenes en la provincia. Ningún acto de violencia realizado en nombre de la religión que fuera capaz de perjudicar las cordiales relaciones con Roma debía pasar inadvertido ni quedar sin castigo.

El jefe saduceo era el viejo Anás, que había sido sumo sacerdote durante nueve años a partir de la deposición del etnarca Arquelao; Caifás, que estaba en posesión del cargo actualmente y desde hacia once años, no tomaba ninguna decisión importante sin consultar con Anás. Éste tenía cinco hijos; uno de ellos había sido sumo sacerdote interinamente entre los mandatos de Anás y Caifás, y los otros cuatro estaban destinados a ser sumos sacerdotes en los años venideros.

Estos siete notables, que componían la junta dominante del sanhedrín, reiteraban permanentemente que los miembros de la corte suprema, cuya carencia de sentido común político era una desgracia nacional, eran los mayores enemigos de la paz entre judíos y romanos. Declaraban que la corte suprema farisea no tenía la menor intención de estudiar la sensibilidad romana y juzgaba cada quiebra de la paz estrictamente por las normas mosaicas, como si los romanos no existieran; además, a causa de la descabellada falta de severidad de la corte, era por completo imposible obtener en ella una sentencia grave, aún en el caso de un notorio delincuente. Por esta razón, el sanhedrín se obligaba a examinar todos los casos de importancia política antes de que los juzgara la corte suprema; y si había la más mínima posibilidad de que el gobernador general pudiera ofenderse por una sentencia misericordiosa, los elevaba a su consideración con un sumario de las pruebas y un veredicto provisional para su guía.

—Se abre la sesión —dijo Caifás. Su verdadero nombre era José, pero era popular su sobrenombre Caifás —el adivinador— por su bien desarrollada intuición; Pilatos lo llamaba «el valet perfecto», por su obsequiosidad con sus amos, su altanería hacia sus inferiores, su corrección y su hipocresía fundamental.

—Debo comenzar con una sincera expresión de agradecimiento a los miembros de esta honorable corte que han respondido a tan inoportuna convocatoria para juzgar el caso de Jesús de Nazaret. Temí que la considerable distancia que hay desde la ciudad hasta esta humilde casa no permitiera reunir el quórum necesario. Todos comprenderán, a medida que se desarrolle el juicio, que era indispensable una reunión de emergencia. Ayer no pudimos arrestar al prisionero a plena luz por la gran influencia que ejerce sobre los peregrinos galileos; sin embargo era imperativo privarlo de su libertad durante la Pascua. Un incidente que justificara la intervención armada romana habría sido desastroso para la nación; no me parece necesario extenderme al respecto. Nuestros agentes vigilaron el barrio galileo, donde se decía

que pensaba pasar la noche de Pascua, pero sin resultados; y la información que condujo finalmente a su arresto cerca de esta casa llegó sólo una hora después de medianoche. Solicité vuestra asistencia apenas me comunicaron que el prisionero estaba en nuestras manos.

»Este caso tiene aspectos inusitados. Quizá sorprenda a la corte saber que el prisionero, Jesús de Nazaret, aunque es un fanático galileo, ha tenido fama de quietista hasta este momento; y que su expediente, remitido por nuestros agentes policiales en Galilea, lo señala como «amigo del gobierno». Aparentemente, ha criticado a algunos fariseos pietistas locales de un modo que merece nuestro elogio, y ha intentado incluso reconciliar a la población rural de Galilea con los aduaneros y recaudadores de impuestos. Según informes dignos de confianza, está en muy buenos términos con varios de los principales recaudadores de impuestos del país, incluyendo a Zaqueo de Jericó. Sin embargo, parecería que un espíritu maligno lo posee cada vez que viene a Jerusalén a alguna fiesta. No contento con interrumpir el servicio en el estanque de Siloam esta Fiesta de los Tabernáculos, imagina ahora que es una especie de grande. El once de este mes de Nisan entró en Jerusalén en un asno, como si fuera un rey, y hoy, después de inflamar apasionadamente a la multitud de peregrinos con las glorias del reino de David, se le acusa de haber entrado con violencia en la cámara del hogar y de sentarse en el trono del Mesías. Infortunadamente, el centinela levita es el único testigo de este acto demencial; y como no se ha encontrado hasta ahora ningún miembro del público capacitado para jurar que vio entrar en la cámara al prisionero o salir de ella, ni hubo desorden alguno, admito que la declaración del levita se debe considerar con reservas. Sin embargo es posible que cuando lleguemos a este cargo dispongamos de nuevas pruebas aportadas por el informante que nos ayudó a realizar la detención.

»Queda el incidente de la basílica; está bien fundado y lo hemos discutido en nuestra última reunión. Confieso que inicialmente no le di la importancia que los hechos posteriores tornaron evidente; y lamento profundamente que mi hijo el jefe del archivo y el capitán del templo no pudieran refrenar semejante impertinencia en el patio de los gentiles. Sin embargo, ahora está en nuestras manos, y confío en que no haya inconveniente para la aplicación de la máxima pena de azotes por tan escandaloso desorden; y si mi venerable padre Anás, u otras autoridades de Israel consideran que debemos exigir una pena capital, seré el último en oponerme.

Se puso de pie un anciano y preguntó si había habido pérdida de vidas en la basílica.

—No; pero Falerón, el presidente de la corporación de cambistas, sufre una violenta conmoción, y el caso se ha agravado esta noche por el brutal ataque de uno de los discípulos del prisionero contra el informante que nos ayudó a hacer el arresto. Un alabardero levita intervino, y recibió una herida de espada en la oreja, que casi le cortó por completo. En la confusión el criminal huyó.

—¿El prisionero estaba armado?

—No tenía armas.

—Interroguémoslo inmediatamente —dijo el gárrulo Anás—. El día de Pascua siempre es fatigoso y desearía retornar a mi sueño interrumpido tan pronto como fuera posible.

—Que traigan al prisionero —dijo Caifás entonces, y entró Jesús, escoltado por un guardia sin armas, que lo condujo al banco de los testigos.

—¿Eres Jesús de Nazaret?

—De Bethlehem.

—¿Quieres decir de Bethlehem de Galilea?

—Me refiero a Bethlehem de Efrat.

—Creo que es verdad —interpuso el jefe del archivo—. Y de todos modos, el punto es irrelevante.

El escribiente de la corte leyó la primera acusación.

—Jesús de Nazaret: se te acusa dé perturbar el orden, a mediodía del día doce del corriente mes de Nisan, incitando a algunas personas a un tumulto en la basílica del rey Herodes, derribando las mesas de los cambistas y poniendo en libertad las ovejas y palomas de los vendedores de animales. Se te acusa además de utilizar lenguaje insultante, de esgrimir una soga y de golpear con ella en la cabeza a Falerón, el presidente de los cambistas, infligiéndole daños corporales.

Caifás pregunto:

—¿Te declaras culpable o inocente?

—He visto el *Mezuzah* en la puerta de esta cámara.

Caifás enrojeció de furia; Jesús le recordaba que, aunque él era el sumo sacerdote, la corte que había reunido carecía de autoridad a los ojos de todo judío piadoso. Repitió:

—¿Culpable o inocente?

Jesús no respondió.

—Es evidente que el prisionero procede de Galilea, y no de Judea. Los criminales galileos siempre se refugian en una insolente mudez.

Llamaron a tres testigos de lo ocurrido en la basílica; la corte halló a Jesús culpable de incitación a la destrucción de la propiedad pero, por una pequeña mayoría, inocente de incitación al crimen.

El cargo siguiente consistía en haber instigado a una persona desconocida a causar lesiones corporales a Malluch, alabardero al servicio del sumo sacerdote, mientras el citado Malluch colaboraba con el oficial encargado del arresto. Aunque Jesús no se defendió, el cargo no prosperó. Malluch, con la cabeza vendada, atestiguó que la conducta del prisionero había sido correcta. Y agregó:

—Con el permiso de su santidad, este hombre, Jesús, parecía muy disgustado por el incidente. Tocó mi oreja donde la había herido la espada, murmurando algunas palabras que no comprendí.

—¿Con qué objeto, Malluch?

—Deseaba curar la herida, santo padre.

—¿De veras? ¿Y con qué resultado?

—El dolor cesó, santo padre. La herida se está curando bien, según me ha dicho el cirujano, añadiendo que debo tener unas carnes que sanan con notable rapidez.

Caifás dijo a Anás:

—Venerable padre; con tu consentimiento querría proponer que dejemos para el final el cargo más grave, el de ocupar el trono del Mesías en la cámara del hogar.

—Está bien.

El cargo siguiente era el de emplear un lenguaje calculado para provocar un desorden público en los patios del templo. Comparecieron varios testigos; los primeros tres o cuatro no pudieron alegar nada grave; sólo que el reo había alabado los reinados del rey David y el rey Salomón en términos algo extravagantes, alentando a sus oyentes a ser dignos hijos de sus padres. Uno mencionó su aseveración de que no se debía pagar a Dios lo que era del César, ni a César lo que era de Dios; pero Anás y Caifás, de mala gana, se vieron obligados a reconocer que, por rebelde que fuera la intención de esas palabras, en sí mismas eran irreprochables.

Otro atestiguó que Jesús había dicho en el patio de los gentiles durante la Pascua del año anterior:

—«Destruid este templo, y en tres días, por medio de la magia, construiré otro igualmente grande y hermoso».

Judas, que había sido citado como testigo y aguardaba su turno más atrás, se adelantó y dio la versión correcta:

—«Destruid este templo, y por la gracia de Dios le construiré en tres días una morada aceptable, porque vuestro siervo es carpintero. Israel era grande cuando nuestro Dios residía en un arca de madera de acacia».

Esto destruyó el supuesto cargo de presunción de poderes mágicos, y aunque las palabras de Jesús indignaron indeciblemente a los saduceos, Caifás tuvo que admitir que el cargo no estaba probado, debido al conflicto entre los testimonios. Se disponía a pasar a la acusación siguiente, cuando entró un portero con un mensaje urgente para él.

—El edecán personal de su excelencia el gobernador general solicita audiencia con su santidad.

El edecán golpeó los talones, sonrió cordialmente, y dedicó un displicente saludo a la corte. Era un hombre muy joven, afectado y afeminado, que se llamaba Lucio Emilio Lépido, cuyo título más distinguido era el de bisnieto del emperador Augusto.

En voz fuerte y pastosa por la ebriedad comunicó su mensaje:

—Con los cumplidos de su excelencia el gobernador general de Judea. El gobernador general entiende que un tal Jesús de Nazaret ha sido arrestado por orden de esta corte, y que es juzgado en estos momentos. Desea hacer saber que tiene gran interés personal en este caso y que no se debe adoptar ninguna medida sin su conocimiento.

Caifás se sorprendió. Preguntó a Lépido cómo había sabido tan pronto el gobernador general la noticia del arresto, que había ocurrido escasamente dos horas antes. Lépido rió y respondió confidencialmente:

—Entre nosotros, sumo sacerdote, ha sido alguien a quien no has considerado digno de asistir a tu pequeña reunión, y sospecha, supongo, que tratas de sacar del paso a un amigo del emperador. No he dicho ningún nombre, ¿comprendes? Y el gobernador general sólo ha hecho una leve insinuación; pero por mi divino bisabuelo, será mejor que cuides tus pasos esta noche. Quizá pienses que es una tontería, pero mi suposición es tan buena como cualquier otra. El viejo Pilatos no me habría sacado de la cama a esta hora absurda para enviarme aquí si no tuviera una buena razón, ¿verdad? Especialmente, porque sabía que yo no dormía solo. Quiero decir, en definitiva, que en este caso debe haber algo que le interesa, sea lo que sea: probablemente dinero, o una mujer, o tal vez hayas arrestado a uno de sus mejores agentes secretos, o quizás… bueno, nunca se sabe con el gobernador general.

Caifás replicó dignamente:

—Su excelencia puede tener la seguridad de que ni en esta ocasión ni en ninguna otra tendrá motivos para dudar de nuestra justicia, nuestra discreción o nuestra lealtad.

—Espero que así sea —dijo Lépido—. ¿El prisionero es ese pobre hombre?

—Es él.

—No tiene mal aspecto, pero asusta un poco, ¿verdad? Me recuerda las cosas que decía mi pedagogo sobre los magos de Egipto: mueven su vara trazando lentamente un dibujo, así, ¡mira! y te hipnotizan, y cuando despiertas te encuentras en el estanque de los cocodrilos. Pero debo regresar de inmediato a mi cama, o tendré problemas con… bueno, con alguien. Buenas noches, y no olvidéis el mensaje del gobernador general.

Los notables se inclinaron; él agitó su mano, sopló un beso, sonrió y se marchó.

—¡Nicodemon! —exclamó Caifás—. Ha sido Nicodemon. Yo… —se interrumpió de repente, al ver que todos lo escuchaban, y ordenó al escribiente que leyera el último cargo.

—Se te acusa de un acto de sacrilegio, cometido al atardecer del día trece de Nisan; te has sentado insolente y sacrílegamente, desatendiendo la advertencia del centinela del templo, en el trono que la tradición reserva al bendito Mesías hijo de David.

—¿Te declaras culpable o inocente?

Jesús no respondió.

Se llamó como primer testigo al centinela, que narró el hecho con bastante veracidad, aunque duplicó el número de los atacantes.

Judas, llamado como segundo testigo, afirmó que no estaba en compañía de Jesús cuando el incidente había ocurrido; todos los esfuerzos que hizo la corte para que modificara su testimonio fueron vanos.

Caifás miró a los miembros de la corte y luego a Jesús, con los labios fruncidos. Esperaba compensar la carencia de un segundo testimonio obteniendo una confesión. Dijo con irónica cortesía:

—Tal vez, ya que has sido tan amable como para confesar, más temprano, tu identidad, nos hagas el favor de responder también a esta pregunta: ¿eres, por azar, el bendito Mesías hijo de David?

Jesús respondió:

—Sabréis quién soy, tal vez antes de que este día termine, cuando veáis al hijo del hombre rodeado por las nubes del cielo y sentado a la derecha del poder. Esta montaña sagrada conservará la huella de su pie.

Caifás se puso de pie y desgarró las costuras de blasfemia de su ropa. Gritó:

—¿Para qué necesitamos más testigos? ¡Hemos oído una blasfemia pronunciada ante la misma corte!

La corte se retiró a un cuarto intermedio para estudiar la situación. Uno de sus miembros dijo:

—En circunstancias normales, aconsejaría que este caso pasara a la corte suprema. Ellos tienen autoridad para castigar con la muerte la blasfemia, en tanto que el sanhedrín sólo puede penar con treinta y nueve latigazos el único cargo que se ha probado. Como ha señalado el mismo santo padre, no podemos alegar violencia o incitación al desorden en la versión histórica que ha dado el prisionero de las pasadas glorias de Israel, ni en la acción que, según se dice, cometió en la cámara del hogar. La única objeción es que sería extremadamente difícil obtener una sentencia de la corte suprema.

Caifás recogió la observación.

—Mi sabio amigo tiene razón. Sin duda, no se le ha escapado que, por un ridículo fallo de la corte suprema, la blasfemia no es un delito capital si no está acompañada por el nombre de Dios. Por lo tanto, como el prisionero ha utilizado la palabra «poder» como sinónimo del nombre, y como no ha dicho positivamente que era el bendito Mesías, sólo es culpable técnicamente de una ofensa menor que la corte suprema tampoco puede penar con un castigo más grave que esos mismos treinta y nueve latigazos. Es una situación deplorable. ¿Alguien tiene un consejo que ofrecer?

Anás dijo:

—Lo único que se puede hacer es poner el caso en manos del gobernador general. No sé hasta qué punto podemos tomar seriamente la sugestión del cachorro del gobernador general de que el detenido es un agente secreto de Roma. No se ha hablado en Judea de agentes provocadores desde los días del viejo Herodes; pero no es imposible que Pilatos los utilice; y si este hombre lo es realmente, nos conviene aún más hacer justicia. Bastará con presentar pruebas del tumulto y de las aspiraciones mesiánicas del prisionero; aunque no sean válidas para la ley mosaica, como infortunadamente ocurre, serán suficientes para el gobernador general. Propongo que mencionemos también la respuesta del prisionero a la última pregunta,

que para cualquier persona, aparte de los fariseos de mente tortuosa, es una blasfemia manifiesta que merece la muerte; y además, que pidamos permiso al gobernador general para lapidar a Jesús de Nazaret fuera de las puertas como un acto de justicia popular. Sin duda, su excelencia accederá a nuestros deseos, puesto que el reo es probadamente un perturbador, y yo le haré saber discretamente, por medio de su secretario oriental, que hemos dejado de lado ciertas normas farisaicas en interés de la paz y de la ley original. Sería mejor confiar la lapidación, extraoficialmente, a las pandillas de la Puerta del Pez, cuyos miembros le hicieron una advertencia la última vez que provocó desórdenes en la ciudad. Una última palabra: si no adoptamos esta actitud de inmediato, no podremos resolver el asunto antes de mañana a la noche, es decir, cuando no sólo debe celebrarse la Pascua sino también el Sabbath. No es necesario que os recuerde otro hecho: en el mejor de los casos, la corte suprema no puede pronunciar la sentencia de muerte el mismo día que se realiza el juicio; y ninguna corte judía puede mantener a un prisionero bajo custodia durante los días de la fiesta, mientras no está en sesiones. En cambio, la justicia romana es adecuadamente breve y rápida.

La moción de Anás fue aprobada con sólo tres votos en contra; ninguno de ellos era de un miembro de su familia. La corte regresó a la cámara del consejo, y Caifás anunció:

—Esta corte ordena que este caso sea elevado, con el sumario de las pruebas, al gobernador general de Judea. Se solicita a los testigos que estén preparados para concurrir a la residencia en el momento en que sean convocados. Hasta ese momento, se debe considerar que la corte continúa en sesión. Guardia: lleva al prisionero a la antecámara.

XXVIII

TREINTA TALENTOS DE ORO

Frustrada su tentativa de matar a Judas, Pedro retornó de prisa a la ciudad. Fue de inmediato al barrio galileo, donde llamó a la puerta del cuartel local del partido fanático —los nacionalistas militantes— y anunció el arresto de Jesús. Blandiendo su espada desnuda, urgió a todos los hombres valientes que allí se encontraban a seguirlo y atacar la casa de Anás: era necesario rescatar a Jesús y cortar en trozos al traidor Judas por el honor de Galilea. Convenció a los líderes fanáticos de que Jesús había dejado caer su máscara de mansedumbre, llamando finalmente a las armas para la liberación de Israel. Se transmitió esto a las posadas y locales frecuentados por los miembros del partido y pronto se reunieron veinte hombres envalentonados por el vino de Pascua, con las armas ocultas debajo de sus mantos, que juraron liberar a Jesús o morir en la empresa.

Pedro los guiaba; pero aunque recomendó cautela, pronto empezaron a gritar, lanzar amenazas de venganza y agitar las armas por encima de sus cabezas. Uno empezó a cantar la bien conocida balada contra los grandes de las familias sacerdotales, y todos la corearon vigorosamente por las calles angostas y desiertas:

Maldita sea la Casa de Boeto
y sus garrotes,
maldita sea la Casa de Anás
y sus susurros.

Maldita sea la Casa de Cantheras
y sus plumas,
maldita sea la Casa de Fiabi
y sus puños.

Malditos sean los Sumos Sacerdotes
y sus hijos tesoreros;
malditos sus yernos,
los grandes del templo;
malditos sus sirvientes levitas,
los orgullosos alabarderos.

En una esquina apareció inesperadamente una patrulla romana formada por un sargento y ocho soldados. Hubo un choque y una escaramuza breve y furiosa. A pesar de su número, los fanáticos no podían competir con los veteranos y bien armados romanos. Aunque cayó un soldado, mortalmente herido en la garganta, cinco

fanáticos fueron derribados antes de que el resto se diera a la fuga, dejando tres prisioneros en manos romanas: Pedro, que había perdido la ligereza de sus pies, y dos galileos ebrios llamados Dysmas y Gestas. Los tres fueron conducidos a la guardia del cuartel romano, golpeados y azotados por los soldados; sometidos luego a un sumario juicio en que se les aconsejó declararse culpables si no deseaban sufrir el tormento, y finalmente sentenciados por el comandante a la pena de crucifixión. Pedro, para no ser utilizado en contra de Jesús, ocultó su verdadero nombre y dijo llamarse Barrabás, «hijo de mi padre», que era un apodo corriente.

Poco después del amanecer Jesús fue conducido, bajo custodia levita, a la Residencia, que era el palacio de Herodes con un nuevo nombre; Pilatos utilizaba una parte como su cuartel general cuando, tres veces por año, llamaba tropas de Cesárea para desalentar desórdenes durante las grandes fiestas. Caifás y los cinco hijos de Anás lo seguían a corta distancia, al frente de un gran séquito, y dirigieron un mensaje a Pilatos, pidiendo una audiencia inmediata.

Pilatos, anteriormente coronel de la guardia pretoriana, debía su gobernación a su amistad con el famoso Sejano, actualmente mano derecha del emperador Tiberio. Era un hombre exuberante, osado, codicioso y totalmente carente de principios. Philo, en una carta al emperador Calígula que se conserva, lo describe como inflexible, obstinado y despiadado; pero su característica principal era su humor malicioso, y nada le complacía más que trastornar la dignidad de los grandes del sanhedrín, agudos e ingeniosos pero enteramente carentes de humor. Pilatos respondió por medio de un servidor:

—El gobernador general tendrá gran placer si el sumo sacerdote desea desayunar en su mesa con él y con la señora Barbata en su comedor íntimo —cálidos aromas culinarios flotaban en el pasillo.

Caifás replicó, con un leve estremecimiento:

—Darás las gracias a tu señor; dile, por favor, que por una fastidiosa tradición antigua nosotros los judíos tenemos prohibido compartir los deseables manjares de su mesa. Esperaré con mis colegas en la galería del patio interior hasta que desee recibirnos.

Pilatos estaba encantado de hacer esperar media hora a Caifás en la galería mientras él desayunaba opíparamente con su esposa. Luego se puso de pie, con la servilleta en la mano, y secó sus labios.

Saludó a Caifás con bastante amabilidad.

—Te has levantado temprano, santidad; supongo que deseas discutir el asunto de Jesús antes de que yo comience a examinar mis casos de esta mañana, ¿verdad?

—Hemos entregado el prisionero a la guardia de su excelencia.

—¿De qué se le acusa?

—De crear un tumulto en la basílica de Herodes, con daños a la propiedad y peligro para las vidas.

—¿No hubo muertes? Entonces, ¿por qué tanta conmoción? Éste no puede ser un

caso para la corte pretoriana.

—Hay agravantes de sedición y blasfemia. El prisionero se ha presentado como Mesías, el rey sagrado, y ha blasfemado contra el nombre de nuestro Dios. La pena prescrita por Moisés es la muerte por lapidación. Hemos venido a pedir tu permiso para entregarlo a la justicia popular en la Puerta del Pez.

—Como un simple romano, no comprendo esa paradoja. ¿Cómo puede un hombre aspirar a ser el rey sagrado, y al mismo tiempo blasfemar contra el Dios por cuyo favor, presumiblemente, se propone reinar? Además, tu estimado colega, Nicodemon, hijo de Gorion, me ha asegurado que el hombre es un leal amigo de los romanos, lo que parece igualmente incompatible con su aspiración al reino sagrado. No puedes considerar loco al prisionero, o no te hubieras preocupado ni me hubieras molestado a mí en ese caso; simplemente lo habrías hecho azotar para dejarlo luego en libertad. De todos modos, no puedo conceder tu petición de justicia popular, que sentaría un precedente peligroso. ¿Por qué no ordenas su ejecución oficial, si es culpable de un crimen capital?

Caifás inició una explicación, que Pilatos interrumpió.

—Verdaderamente, santidad, no tiene sentido. Deseo interrogar personalmente al prisionero. Nicodemon me ha asegurado que habla correctamente griego, de modo que no tendré necesidad de un intérprete.

—¿Enviaré a los testigos?

—No vale la pena. No creo que me ocupe de esa minucia de la basílica, donde, según me ha dicho mi secretario oriental, los cambistas y los mercaderes no tienen derecho a ejercer su comercio. A propósito, ocúpate de cancelar sus contratos sin demora. No puedo tolerar ninguna provocación a los escrúpulos religiosos de los peregrinos galileos. Y observa que tú mismo tienes en cierta medida la culpa por permitir a tu tesorero que convierta en un mercado la colina sagrada. En cuanto a la blasfemia, no es un asunto que nos concierna, a mí ni a ti, sino a la corte suprema, ¿verdad?

Canturreando, entró a la sala del juicio, el lugar mismo donde Antípater había sido juzgado por su padre Herodes, y ordenó que llevaran allí a Jesús.

—Quitale los grillos —ordenó al sargento que escoltó, con varios soldados, a Jesús—. Ahora trae una silla cómoda y que alguien venga con vino de Chipre y algunos pasteles. Luego despeja la antesala y mantén a todo el mundo lejos de la puerta. Me propongo hablar con este prisionero en privado.

El sargento, sin demostrar sorpresa, hizo lo que se le pedía. Al regresar a la guardia dijo:

—Me parece que esta vez el astuto sumo sacerdote ha metido la pata. Apuesto diez dracmas contra tres a que ha arrestado a uno de nuestros propios agentes secretos, y ahora el Samnita le ha ofrecido vino mientras oye su versión.

—Sí, pienso que tienes razón. ¿Has visto cómo dejó que se enfriaran los pies de la pandilla del sanhedrín mientras él terminaba su tocino y sus riñones con especias? No

pude dejar de reír, aunque el sumo sacerdote disimuló muy bien su furia.

Pilatos preguntó amablemente a Jesús:

—¿No bebes vino?

—He tomado los votos nazareos.

—Está bien. No te obligaré a que los rompas. Es afortunado que hables griego. Pero deberías ver a un buen cirujano por esa pierna, salvo que se trate de una herida antigua. Hipócrates, en su tratado sobre las dislocaciones explica exactamente cómo volver a poner la articulación del fémur en su lugar. Si dejas todo librado a la naturaleza, que es a todas luces torpe, se forma una falsa articulación y sufrirás horriblemente de ciática cuando seas viejo. El cirujano de mi casa puede atenderte, si lo deseas; es bastante hábil. Tal vez la operación sea dolorosa, pero a la larga vale la pena. De todos modos, podemos hablar de eso más adelante. Mientras tanto, quiero hacerte una o dos preguntas de rutina, y espero que no te moleste responder. Me limitaré al tema de tu identidad.

—Está bien.

—¿Tu nombre es Jesús?

—Así es.

—¿Has nacido en Bethlehem… Bethlehem de Efrat, en Judea?

—Sí.

—¿Y perteneces a la casa de David?

—Sí.

—Dime, ¿eres el Jesús cuyo nombre se lee en este papel? Es una hoja del censo de Quirino, hace veintidós años; acabo de tomarla del archivo.

—Lo soy.

—Así lo esperaba. Según aquí afirma, has nacido en Bethlehem más o menos tres meses antes de la muerte del rey Herodes. A propósito, Jesús de Bethlehem —aquí giró bruscamente en su silla—, *¿eres el rey de los judíos*?

—¿Tú mismo me lo preguntas, o alguien ha puesto la pregunta en tu boca?

Pilatos desoyó la pregunta con fingido candor.

—¿Piensas que soy un judío, y que intento obtener una declaración que pueda convertirse en un cargo? Soy un magistrado romano, y te he hecho una pregunta romana directa sobre un sencillo problema de identidad. ¿Eres el legítimo heredero del trono de Herodes por el casamiento legal de tu padre con tu madre?

Jesús respondió con reticencia.

—Sí, lo soy —y agregó—: Pero mi reino no es de este mundo.

—Te comprendo perfectamente. La corona ha estado enajenada desde tu infancia, y tú renuncias a tus derechos porque no tienes dinero ni influencia para hacerlos valer. Sin embargo, tienes conciencia de tu realeza; por eso te has divertido con una modesta entrada en la ciudad montado en un asno y con una breve, aunque furtiva, ocupación del trono de David en la cámara del hogar.

Jesús no contesto.

—En realidad, reclamas la soberanía espiritual al tiempo que rechazas la temporal. Pero ¿qué cosa en el mundo te impide, amigo mío, gozar de ambas? Debes comprender que si un rey no posee el poder temporal, su poder espiritual no puede ser efectivo. Nicodemon, hijo de Gorion, que es tu firme defensor, me ha explicado todo el asunto, y le he asegurado que, si pones todo en mis manos, los mayores problemas de tu infeliz nación quedarán resueltos a satisfacción de todos. Según el último testamento válido de tu abuelo, que el anterior emperador aprobó y dejó bajo la custodia de las vestales, sigues inmediatamente en la sucesión a tu tío Filipo el Boecio; pero como él ha hecho hace mucho renuncia de sus derechos, tienes títulos irrefutables para asumir la dignidad de rey y los dominios íntegros de tu abuelo. Te sugiero esto: escribiré al emperador un informe con una declaración jurada de tu reclamación, destacando tu lealtad hacia él y mencionando tu explícita condena de la costosa farsa del ritual del templo y del desdén que sienten los fariseos por los funcionarios policiales, los recaudadores de impuestos y otros servidores del gobierno. Sugeriré que se te otorgue libertad en los asuntos espirituales, así como el título de rey aliado, a condición de que te comprometas a combatir los malentendidos entre tu país y el nuestro; a descentralizar el culto; a fomentar el comercio y la agricultura, y en general, a poner Judea al mismo nivel que los demás miembros civilizados de nuestra comunidad imperial. Por supuesto, el emperador, que está descansando de los asuntos públicos en Capri, no verá el informe. Se ocupará de él mi amigo y protector Lucio Elio Sejano, quien implícitamente confía en mi juicio en lo que se refiere a los asuntos de Palestina. ¡Pero no me escuchas! ¿Te sientes mal?

—Mi reino no es de este mundo.

—Ya me lo habías dicho. ¿Significa eso que no aceptas mi propuesta? Tu padre era rey. ¿Para qué otra cosa, aparte de reinar, crees que has venido al mundo?

—Para dar testimonio de la verdad.

Pilatos exclamó desdeñosamente:

—¿Qué es la verdad? Toda pretendida verdad tiene una verdad antitética, igualmente válida en términos de lógica. La sal de la vida es el humor, la comprensión de que a la larga, y gracias a los dioses, nada tiene realmente importancia. ¿Nunca reposas de tu monomanía de santidad?

Jesús guardaba silencio.

—No soy, señor, un hombre con quien se pueda bromear. Debes comprender que tengo poder de vida y muerte en esta provincias y que incluso te puedo crucificar, si lo deseo.

Jesús nada dijo.

Pilatos emergió rápidamente de ese momento de mal genio, y rió ante la fantástica comicidad de la situación.

—Te doy mi palabra de que no te entiendo. ¡Pero si pareces un *chrestos* y no un *christos*! (Quería decir un simple y no un rey ungido). Muy bien, piénsalo mientras

hablo un instante con mi perfecto valet.

Salió a la galería y dijo brevemente a Caifás:

—No encuentro culpa alguna en tu prisionero.

—¿Que no hay culpa en ese infame sedicioso? ¡Si ha levantado todo el país, desde Edom hasta Galilea!

Pilatos sonrió.

—Agradezco la sugerencia de su santidad. Bien podría ser que Herodes Antipas de Galilea, puesto que Jesús es su súbdito, tuviera interés en él por algún delito político cometido en la tetrarquía; le preguntaré esto de inmediato a Antipas, que ha llegado esta mañana. Nunca me ha perdonado del todo que no le pidiera permiso para crucificar a ese grupo de galileos que destruyeron mi nuevo acueducto de Berhlehem. Si Jesús ha tenido problemas allí, nos ahorraremos muchas molestias. Ten la bondad de aguardar aquí un poco más, si no prefieres escuchar un poco de música agradable en mis impuras habitaciones.

Caifás conocía a Pilatos desde hacia tiempo suficiente, y había sido humillado por él con suficiente frecuencia como para asustarse por su ánimo jocoso. Debía haber entrevisto un nuevo plan lucrativo, en el que de algún modo figuraba Jesús, para chantajear al sanhedrín. Pero aún no se veía con claridad cuál era exactamente ese plan.

Pilatos regresó a la sala del juicio.

—Vamos, rey Jesús, no puedes ser tan simple como pretendes. Estoy dispuesto a olvidar tu silencio, tan descortés, y a darte una nueva oportunidad de que obtengas gloria para ti y para tu posteridad, y de que inaugures una nueva Edad de Oro para tus afligidos súbditos. Presentaré tu demanda a Elio Sejano, después de conseguir el endoso de mi superior inmediato, el gobernador general de Siria. No necesito ocultar que, en gran medida, la causa de este ofrecimiento es el disgusto que siento por el gordo tetrarca y por esas ratas del sanhedrín que están en la galería; y naturalmente espero que me recuerdes con generosidad cuando llegues al poder. Comprendo que la noticia de tu buena fortuna debe parecerte una especie de golpe, tras la pobreza de tu juventud y tu reciente existencia fugitiva. Pero ahora recobra la compostura, reza y trata de conducirte como un rey y no como un campesino. El desvergonzado de tu abuelo lloraría de vergüenza si pudiera obtener un permiso para salir del Hades y nos viera aquí, juntos, esta mañana. Aquí está mi mano derecha, ofrecida con sincera amistad. ¿La aceptas?

Jesús suspiró profundamente, sonrió a Pilatos e hizo un casi imperceptible gesto negativo con la cabeza.

Pilatos se puso de pie vivamente.

—Está bien. Si te niegas, te niegas, y que el cielo te ayude. Si no quieres ser el rey Jesús de Judea, eres entonces simplemente Jesús de Nazaret, y un súbdito, por tu domicilio, de tu tío paterno Herodes Antipas, a quien te remito para que te juzgue. Espero sinceramente que te trate tan desagradablemente como trató a tu primo

materno Juan de Ain-Rimmon.

Gritó y dio unas palmadas. El sargento entró corriendo.

—Jucundus, trae pluma, tinta, pergamino. Y lleva a este subnormal galileo a la guardia.

Jesús salió con el sargento, y Pilatos escribió una carta:

> A su excelencia el príncipe Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, de Q. Poncio Pilato, gobernador de Galilea, salud.
>
> Te envio un personaje interesante. Puedo decirte confidencialmente que es considerado el heredero legítimo de los dominios de tu padre Herodes según los términos de su último testamento válido. Ten la bondad de estudiar sus títulos, que han satisfecho mi breve examen. En la infancia escapó a la masacre de Bethlehem, que tus hermanos Arquelao y Filipo el Tetrarca realizaron por orden de tu padre, y residió luego parte en Egipto, como verás por su idioma alejandrino, y parte en tu propia tetrarquía. Como debo suponer que es ciudadano romano mientras no se demuestre lo contrario, por favor actúa según el mismo supuesto y abstente de someterlo a la tortura. Te impresionarán tanto como a mí los rasgos típicamente herodianos de su rostro. Por supuesto, no informaré del asunto al emperador, ni lo mencionaré a nadie, mientras no conozca tu punto de vista personal; deploraría estropear las amistosas relaciones existentes entre nuestros dos gobiernos sometiendo a Roma una demanda que tendría el efecto de desalojarte de tu cómoda residencia junto al lago. Vale.

«Me parece» se dijo Pilatos, murmurando, «que esta carta, hombre inteligente, te puede dar hasta treinta talentos, que no te vendrían mal en esta época de penuria. Pero no debes olvidarte de regalar a tu esposa el collar más hermoso de Jerusalén. Después de ese sueño que ha tenido, y que casi te echó a perder el desayuno, tomará a mal la muerte de ese individuo. Es tu propia culpa: tú mismo le contaste la historia de Nicodemon cuando volviste a la cama y la encontraste despierta».

Ordenó que llevaran a Jesús a presencia de Antipas, que por un antiguo acuerdo ocupaba el ala oeste de la Residencia durante las fiestas.

Antipas y Herodías sentían gran incomodidad mientras un subalterno introducía a Jesús en su salón privado, pero ambos hicieron todo lo posible para ocultarlo. Antipas despidió al subalterno, y ofreció a Jesús una silla y vino.

Jesús declinó ambas cosas.

—He hecho votos —dijo.

—Eso no me ofende —respondió Antipas—, pero lo lamento. El vino es un mediador útil para los negocios, y, si he comprendido bien la carta de mi amigo el

gobernador general, él te envía aquí para hablar de negocios. Suponiendo que eres quien dices ser, y que el gobernador general no ejercita conmigo su habitual jocosidad; suponiendo, quiero decir, que se puede comprobar tu identidad ante la corte del senado, se plantea naturalmente…

Herodías interrumpió con cruda franqueza:

—¿Cuál es tu precio, hombre?

Jesús no habló.

—Mi medio hermano Herodes Filipo, en circunstancias algo parecidas, aceptó una suma anual, que todavía debo pagarle, a cambio de un documento de cesión de sus derechos a los dominios de nuestro padre. Arquelao el Etnarca, mi hermano Filipo, nuestra tía Salomé y yo hemos acordado darle el interés de una suma de treinta talentos depositados en Alejandría…

Herodías interrumpió nuevamente:

—Qué disparate, sólo eran veinticinco.

—Tienes razón, querida, recuerdo ahora que eran veinticinco talentos; Arquelao y yo contribuimos con nueve, mi hermano Filipo con cinco y Salomé puso el resto. Talentos de plata, no de oro, naturalmente. Ahora sólo recibe el interés de mis nueve y los cinco de Filipo, porque Salomé hizo de la señora Livia su única heredera, y Arquelao debió ceder sus propiedades al emperador en castigo por haber llevado torpemente su etnarquía. Con todo, el interés de catorce talentos de plata al tres por ciento es una suma muy reconfortante, de que él goza sin el agobio y los problemas de un reinado. No me comprendas mal: yo no te puedo ofrecer en modo alguno la misma cantidad, dado el actual estado de mis rentas. Podrías convencer a Filipo de que desembolse unos cuantos talentos más; sus asuntos siguen marchando bien. Pero una cosa te advierto: Pilatos no será tan generoso como nosotros. Te pedirá por lo menos la mitad de tu renta anual, si no más, como participación en el pastel. ¿Qué te parece el interés de tres talentos? Te prometo que extraeré otros tres de mi hermano Filipo.

Jesús hizo un gesto de impaciencia.

—¿No es bastante? Pues bien, cuatro. Puedes vivir espléndidamente en Alejandría con los intereses de cuatro talentos.

Jesús le volvió la espalda.

—Me gustaría que tuvieras la gentileza de responder. Sé que eres un artesano poco acostumbrado a la vida de la corte; pero seguramente tendrás lengua, ¿verdad?

Gradualmente, Antipas elevó su oferta a diez talentos, y luego miró consternado a Herodías. Los ojos de su mujer ardían. Ella dio una palmada y llamó al mayordomo.

—Filemón, trae ese viejo manto escarlata de su alteza real, comido por las polillas, del arcón que está junto a la puerta de la armería, una vara de papiro y unos coturnos de teatro. Viste a este desvergonzado de rey, con la vara en la mano, los coturnos en los pies y una olla de cobre en la frente, y devuélvelo al gobernador general con los cumplidos de su alteza real.

Y Herodías dijo luego a Jesús:

—Está bien; sé entonces un rey, y que te devoren los cuervos.

Antipas estaba asustado. Apenas se llevaron a Jesús, burlonamente acompañado entre las columnas por la música discordante que tocaba la guardia de palacio, el tetrarca corrió a ver a Pilatos, que mientras tanto había resuelto dos casos criminales y varias peticiones y firmaba ahora documentos en su estudio. Pidió a Pilatos que no se incomodara por la broma de Herodías y agregó:

—Quítalo del paso, excelencia, y tendrás diez talentos.

—Perdona mi sonrisa descortés.

—Quince.

—Prueba otra vez.

—¡Veinte!

—¿Veinte talentos de oro? No es suficiente. Y veinticinco tampoco inclinarían la balanza.

—¿Veinticinco? Mi Herodías jamás me perdonaría si te pagara eso.

—Ni me perdonaría mi Barbata si yo los aceptara.

Antipas gimió.

—Mi última palabra: treinta.

—¿Treinta? No está mal. Fácilmente podrías ofrecer más, pero no regatearé: tu amistad significa más para mí que meras riquezas.

—Pagaré cuando vea su cuerpo crucificado.

—Pero firmarás de inmediato un documento por la mitad de la suma.

—¿Cómo puedo saber que ese hombre no es un impostor?

—Eso lo decidirá mi amigo Elio Sejano, si tú no puedes.

Antipas extendió su mano derecha.

—Eres un hombre duro, excelencia.

—Pero capaz de apreciar tu generosidad, querido príncipe; cancelas con ella cualquier leve resentimiento que yo pudiera padecer por tu apoyo a la corte suprema en el asunto de los escudos votivos. ¿Sabes? Casi daría la mitad de mis ganancias de hoy por haber estado presente mientras tú y Herodías despedían a gritos, como vendedoras de melones, a tu estúpido primo del campo. Debía ser una perfecta comedia atelana.

—Espero sinceramente que la broma no se vuelva un día contra ti, excelencia.

—Lo único que deploro es que tu poco religioso hermano el tetrarca Filipo no haya venido a la fiesta, y que haya sido menester darse tanta prisa con este negocio que no te sea posible arrancarle su parte de estos treinta talentos. Por Hércules, que debe ser muy duro para ti.

—¿O lamentas no poder quitarle otros treinta talentos, excelencia?

Pilatos lanzó una carcajada.

—¡Qué bien nos comprendemos! Sí, debo confesar que me irrita sobremanera la repugnante riqueza de sus ciudades, Hippos, Pella, Gerasa y las demás. Pero eres

buen perdedor, querido príncipe; y si de ahora en adelante podemos trabajar juntos, quizás hallemos posible todavía arrancarle unas pocas de sus vistosas plumas para adornar nuestros nidos.

El sumo sacerdote aguardaba aún fuera de la sala del desayuno de la Residencia. Pilatos salió y se excusó por haber prolongado tanto su espera, en un día de tal importancia en el calendario sagrado judío.

—Vuestro rey cojo —dijo sonriendo— me causa gran ansiedad. No veo justificación para una condena a muerte. Su actitud es correcta, y mi amigo Nicodemon, hijo de Gorion, me ha pedido como un favor personal que lo ponga en libertad. ¿Qué dices? ¿Por qué no eres caritativo y perdonas su blasfemia? Sabes que hoy es precisamente el día en que el emperador me autoriza a realizar un acto de clemencia anual, la concesión del indulto a un criminal judío, en teoría, a cualquier criminal, sin excepción. La elección debe hacerla el pueblo, levantando la mano, pero tus servidores pueden representar a la multitud.

Llamó a los levitas y preguntó:

—¿Perdonaré a vuestro rey? ¿O preferís que indulte a Simón Barrabás, el jefe de una banda de fanáticos galileos que mató a uno de mis hombres en las primeras horas de esta mañana?

—¡A Barrabás! —gritaron al unísono los grandes, y los levitas repitieron como un eco—: ¡A Barrabás! ¡A Barrabás!

—¿Y crucificaréis a vuestro legítimo rey? ¿Por qué he de cometer acción tan bárbara?

—Serás un enemigo del emperador si no lo haces —exclamó Caifás—. Ese hombre planea una revolución religiosa; si no lo refrenamos, será el preludio de una rebelión nacionalista. No dudo que el ataque de esos fanáticos era una protesta contra el arresto.

—¿Es tan grave como eso? Entonces, ¿por qué no me lo has dicho desde el comienzo? Pues bien, no sé, tal vez te permita, después de todo, que hagas tu voluntad. Pero en ese caso, debes asumir toda la responsabilidad. Yo «me lavo las manos», para emplear una metáfora hebrea. Puedes matarlo o ponerlo en libertad, exactamente como quieras; pero si ha de morir, será por crucifixión regular, y nada de tonterías acerca de la «justicia popular».

—¿No será suficiente la decapitación? La crucifixión implica una maldición, y no deseamos ofender sin necesidad a los galileos. Todos sus seguidores más constantes son galileos.

—Subestimas, santidad, la atención y la piedad con que he estudiado la ley mosaica. Primero me pides autorización para lapidar a tu prisionero por blasfemia, sabiendo que el cuerpo del hombre lapidado debe colgarse luego de un árbol para que sea maldito; y ahora sugieres incoherentemente que debe obviarse la maldición.

El sumo sacerdote explicó:

—Nuestra costumbre de colgar los cadáveres ha caído en desuso hace mucho, y la última lapidación por blasfemia ocurrió hace más de treinta años.

—Tenía verdaderamente la impresión de que aún se cumplían vuestras leyes con toda su dureza primitiva; has destruido una de mis ilusiones favoritas y ahora no sé qué pensar. Me siento como aquel simple sátiro de la fábula de Esopo, cuando miraba cómo soplaba un hálito caliente para entibiar sus manos y uno frío para refrescar sus gachas. De cualquier modo, en este caso, para que el castigo tenga el necesario efecto de escarmiento, debe ser la crucifixión.

—No podemos rechazar la responsabilidad —dijo Caifás, aunque con evidente desagrado—. Es un criminal peligroso, y aceptamos que su sangre caiga sobre nuestras cabezas.

Pilatos pidió una jofaina, y lavó públicamente sus manos, parodiando solemnemente la ceremonia judía con que los superiores de las sinagogas se liberan de culpas cuando en su distrito ocurre un crimen inexplicado.

—Si decides crucificar a vuestro rey, te daré un pelotón de soldados para que se ocupe de ello. Es todo lo que puedo hacer.

—¿Y la declaración del crimen? Es ilegal proceder a una ejecución sin una declaración del crimen; y yo no tengo autoridad para hacerla, especialmente porque la crucifixión no es una práctica judía. Al menos debes escribir la declaración. Esa responsabilidad sólo te incumbe a ti.

—Está bien. Espera entonces un poco más, y la haré; y ya que estamos en eso, también otras dos para el par de fanáticos que fueron condenados esta mañana con Barrabás. Ahora que recuerdo, aún no he firmado sus sentencias. Pueden ser crucificados los tres en fila.

Los grandes aguardaron, ardiendo de impaciencia, a que las declaraciones estuvieran listas, escritas en latín sobre tablillas de madera, con la traducción al griego y al hebreo más abajo. Las dos preparadas para Dysmas y Gestas decían:

> LATROCINIUM: QUOD PROVINCIAM PERTURBAVERUNT.
> Bandidaje, porque han perturbado la paz de la provincia.

Pero la declaración del crimen de Jesús sorprendió y alarmó a los grandes. No era, como esperaban:

> MAIESTAS. QUOD SE REGEM IUDAEORUM FINXIT ESSE.
> Alta traición, porque pretendía ser Rey de los Judíos.

sino, en cambio:

> HIC EST JESUS NAZARENUS, REX JUDAEORUM.
> Éste es Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.

Caifás pidió a Pilatos que modificara la frase, pero él se negó firmemente.

—Lo que he escrito, escrito está. Habéis asumido plena responsabilidad por crucificar a vuestro rey. Si cambias de idea en el último momento, házmelo saber, y te confieso que no lo lamentaré. He llegado a compadecer, e incluso a admirar a ese hombre. Bien, antes de despedirme, debo recordarte que no concedo favores con frecuencia ni gratuitamente; y que esta mañana has ocupado, con este ínfimo caso criminal, dos horas de valioso tiempo que no puedo desperdiciar ni me pertenece. Había prometido a la señora Barbata concluir de prisa mis labores legales para llevarla a pasear al campo; temo que ahora es demasiado tarde. La única excusa posible sería que, con la ayuda de todos tus servidores, le regalaras el más bello collar que pueda encontrarse en Jerusalén. Sus piedras favoritas son las esmeraldas, pero tuerce la nariz ante las de tinte amarillento; y deben estar talladas y engarzadas por un excelente joyero de Alejandría.

—No lo olvidaremos, excelencia.

José de Arimatea supo por boca de sus criados que Jesús había sido arrestado y entregado a los romanos. Fue de inmediato a casa de Gamaliel, el nieto de Hillel, que acababa de ser elegido presidente adjunto de la corte suprema. Juntos se dirigieron a la Residencia, con la esperanza de salvar la vida de Jesús y se encontraron con Caifás, que en ese instante salía del edificio.

Caifás se mostró sorprendido por su interés en el caso; Jesús, dijo, no sólo era un sedicioso, sino un blasfemo.

—Santo padre —preguntó José—, ¿el cargo es de sedición o de blasfemia?

—¿Qué te puede importar eso?

—Soy miembro del sanhedrín y no seré cómplice de una injusticia. Si el cargo es de sedición, que se ocupen los romanos; si es de blasfemia, es la corte suprema quien debe juzgar.

—El prisionero pronunció una terrible blasfemia que pudo escuchar toda la casa de Anás.

Gamaliel protestó severamente:

—A menos que una supuesta blasfemia sea instantáneamente castigada por el cielo, no existe mientras la corte suprema no establezca que ha habido blasfemia. Si el sanhedrín, movido por una brusca indignación, hubiese recogido piedras y administrado justicia al modo de los bárbaros samaritanos, esto sería una deshonra para el sanhedrín y para la corte suprema; pero entregar a un supuesto blasfemo a los romanos para su crucifixión es deshonrar al mismo Señor de Israel, bendito sea.

—No tan alto. Mis hombres escuchan.

—¡Que toda Jerusalén escuche!

—Hombres sabios, os pido que vengáis aparte y guardéis silencio mientras os explico la situación.

Los llevó detrás de un pilar del claustro, y dijo de prisa:

—El gobernador general ha jugado con nosotros. Sabe perfectamente que este

Jesús es un rebelde que se ha proclamado públicamente el bendito Mesías hijo de David. Si no demostramos nuestra lealtad al emperador ejecutando al prisionero antes del fin de la fiesta, utilizará esto como un látigo contra nuestras espaldas. Incluso nos ha amenazado con dar por cerrado el caso, esperando sin duda que el prisionero organice una rebelión, fácil de sofocar, de los fanáticos. Quiere un pretexto para intervenir en nuestros asuntos, poniendo fin no sólo al tránsito de los peregrinos de Galilea y Transjordania, sino incluso al culto del templo. Si intenta una cosa así, provocará un levantamiento general y la extinción total de nuestras libertades. Es mejor que perezca un hombre, y no toda la nación. Os ruego que dejéis las cosas como están.

—¡Entregar un hombre inocente a los romanos para su crucifixión, la víspera de la Pascua, es reclamar la furia vengadora de nuestro Dios!

—Si hubieseis oído sus blasfemias, os habría horrorizado que se proclamara su inocencia.

—¿Desde cuándo la casa de Anás se atribuye las funciones de la corte suprema?

Caifás, con un gesto, dio la conversación por terminada y se alejó encolerizado.

Gamaliel era un digno sucesor de su abuelo Hillel. Dijo a José de Arimatea:

—Corre, hermano, a las casas de tus diez colegas (los fariseos miembros del sanhedrín) y haz que te acompañen a casa del gobernador general con una súplica de piedad. Debes decirles que el sumo sacerdote ha reunido una corte irregular en casa de su suegro, y que la decisión allí tomada está contra los principios de la mayoría de los miembros del sanhedrín. Yo veré al otro presidente y a uno o dos de mis colegas más elocuentes; los convenceré de que deben superar sus escrúpulos contra los tratos con los romanos, y nos presentaremos juntos a Pilatos. Para salvar una vida inocente tragaría un montón de inmundicia, y ellos harían lo mismo.

Gamaliel y José partieron en direcciones opuestas; pero cuando lograron reunir sus delegaciones ante la puerta de la Residencia, Pilatos y la señora Barbata ya habían salido de la ciudad en un coche rápido, seguido por otros donde iban miembros del gobierno con sus esposas, para celebrar una lujosa comida en los estanques de Bethlehem. El mayordomo dijo a los delegados que el gobernador no volvería antes de la caída de la noche, y los remitió al comandante del regimiento acuartelado en Cesárea, que era el diputado de Pilatos.

Ante esta desalentadora noticia, Gamaliel y su presidente adjunto reunieron las dos delegaciones en una que se dirigió a la casa de la piedra hendida para interceder ante Jehová. Después de una confesión general de sus debilidades y pecados, y de cantar salmos penitenciales, se arrodillaron y suplicaron con gran fervor que el Todopoderoso perdonara la vida de un hombre inocente que iba a caer bajo la maldición; y que al menos la maldición no cayera sobre él, si no era posible salvar su vida.

Cuando terminaron, Gamaliel dijo:

—Hermanos, hemos pedido la intercesión del Señor en compañía. Ahora

pidámosla por separado en nuestros hogares; lloremos amargamente con nuestras familias hasta la caída de la noche, en que tendremos una doble obligación de júbilo: la Pascua y el Sabbath. Quizá nuestro Dios sea generoso, si ve la amorosa sinceridad de nuestros corazones, y libre a Israel del nombre de ramera; porque sólo las rameras venden a sus hijos como esclavos y sólo las rameras desprecian el nombre del amor.

Todos los reunidos aceptaron la sugestión. Los doctores de la ley regresaron a sus hogares, donde durante todo el día se entregaron al duelo y a la súplica de la intercesión, para desesperación de sus familiares y huéspedes, que se vieron obligados a hacer lo mismo, y sólo se dispusieron a participar en la fiesta cuando llegó la noche. Y así (al menos esto afirman los ebionitas) se cumplió otro punto de la profecía de Zacarías: el gran llanto de Jerusalén por el profeta asesinado.

Y la tierra llorará, cada linaje apartado; el linaje de la casa de David por su parte, y aparte sus mujeres; el linaje de la casa de Natán y sus mujeres aparte;

El linaje de la casa de Leví, y sus mujeres; el linaje de Semei, y sus mujeres;

Todos los otros linajes; los linajes apartados y sus mujeres aparte.

Judas, que había aguardado toda la mañana en el exterior de la Residencia, con los demás testigos, desgarrado entre el terror y la esperanza, comprendió finalmente que el plan de Nicodemon había fracasado y que Jesús había sido condenado a la cruz. Cuando los testigos fueron despedidos, corrió al templo, entró bruscamente en el despacho del tesorero y arrojó los treinta siclos sobre su gran escritorio.

—¡Es el precio de la sangre inocente! —gritó.

Un empleado del tesorero respondió fríamente:

—¿Qué nos importa de eso a nosotros? El dinero es tuyo. Si has pecado, debes hacer las paces con el Señor como puedas.

—¡A buen precio habéis valorado a vuestro profeta! ¡Arrojad este dinero maldito al alfarero, para que se cumpla la profecía!

Salió corriendo y obligó al hijo de Nicodemon, a quien encontró en el puente, a ir con él hasta las afueras de la ciudad. Allí, en un prado, Judas se humilló ante su Dios, y dijo en voz alta:

—Oh, Dios de Israel, apiádate de un miserable que ha pecado por su presunción y su cobardía, y con su inmensa locura ha traicionado a tu Ungido, condenándolo a algo peor que la muerte. Haz que ocurra como en los días de nuestro padre Abraham, cuando su hijo Isaac iba obedientemente al lugar del sacrificio, llevando la carga sobre su hombro, como va ahora tu Ungido; y cuando tu corazón se inclinó a la piedad y aceptaste, en cambio, un macho cabrío. Justo Señor, acepta así mi vida a cambio de la vida de mi maestro, y aún más que mi vida: haz que muera yo maldito, pero que él escape a la maldición. Porque está escrito: «La maldición de Dios sobre aquél que cuelga de un árbol». Perdona su vida, y deja que perezca eternamente el alma de uno que lo amaba demasiado.

Después, Judas besó a su lloroso compañero y le dijo:

—Hijo de Nicodemon, ahora debes expiar el error de tu padre actuando como mi verdugo; porque no querría yo mostrarme ingrato con el Señor tomando mi propia vida. Si te niegas a cumplir este deber, entonces tú serás la víctima. Es una vida por otra.

El hijo de Nicodemon, viendo que no había forma de evitarlo, tomó el ceñidor de Judas y colgó al hombre de Keriot, fuera de la vista del público, de un retorcido espino que había en una hondonada cercana.

Ahora el dinero estaba doblemente manchado, y el tesorero no podía, con ningún pretexto, agregarlo a los fondos del templo como una contribución. Por lo tanto, lo «arrojó al alfarero», comprando con él el mismo campo donde fue hallado Judas ahorcado. Por una casualidad, ese campo se llamaba el Campo del Alfarero, porque una parte estaba sembrada de vasijas rotas procedentes de un horno vecino. Su nombre cambió: fue llamado desde entonces *Aceldama*, «el campo de la sangre»; sus muros fueron derribados y se dejó inculto.

Permitid que no haga un juicio moral acerca de Judas; es suficiente que narre la historia como la he oído. Una secta de crestianos de Alejandría, llamados camitas, honran a Judas porque si él no hubiese arreglado el arresto de Jesús, no habría habido «crucifixión ni triunfo sobre la muerte»; pero los ebionitas rechazan este punto de vista, que les parece inicuo. Ellos dicen: «Judas, como un discípulo bajo los votos, estaba obligado a obedecer las órdenes de su maestro, sabiendo que estaban sólidamente fundadas en la ley y los profetas. En el pasaje de la bendición de Moisés citado por Jesús, los levitas son elogiados por su firmeza en el empleo de la espada contra sus parientes idólatras. Si Judas hubiese obedecido dichas órdenes, en lugar de lamentarse por haber sido él el elegido, y de entregarse luego presuntuosamente, a espaldas del maestro, a un absurdo intento de salvar su vida, todo habría marchado bien: el reino de Dios, por el cual Judas oraba diariamente, como se le había enseñado, habría llegado infaliblemente, como profetizó Zacarías. Ahora bien: nuestro Dios —que ordenó también la muerte de Pedro en la cruz, bajo la maldición— ha de juzgar si la falta de Judas —la cobardía arraigada en la inteligencia— era más grave que la de Pedro —la combatividad enraizada en la falta de inteligencia—; y también si expió esa falta con su muerte. Lo único que nosotros sabemos es que, entre ambos, postergaron el gran día».

XXIX

EL PODER DEL PERRO

Parece que antiguamente la crucifixión era, en todos los países que rodean el Mediterráneo, el destino reservado al rey sagrado anual. Se practicaba dentro de un círculo de piedras sin tallar, y empleando, según las diversas costumbres tribales, un terebinto, un coscojo, una encina real o un granado. Se dice que esta práctica perdura en el norte de Bretaña y en las regiones más salvajes de Galia: el rey es atado por sus acompañantes con finos mimbres a un pino podado en la forma de una T, adornado con ramas verdes, coronado de espino blanco, azotado y maltratado de una manera que nos avergüenza narrar, y finalmente quemado vivo, mientras los hombres, vestidos con pieles de toro, bailan en torno del fuego. El alma del rey vuela hacia lo alto en la forma de un águila —como el alma de Hércules en la pira del monte Eta— y se torna inmortal, mientras los hombres-toro devoran eucarísticamente su carne. En Grecia la crucifixión subsiste con un carácter lúdico y restringido en la fiesta anual del llamado Zeus Verde en Olimpia. Pero se encuentran prácticas más similares a las de Galia en Asia Menor, Siria y Palestina, como, en especial, el gran sacrificio del árbol de Hierápolis, en Siria, y su versión frigia, que el emperador Claudio introdujo en Roma unos veinte años después de los acontecimientos que aquí se relatan. En todos los casos, el sacrificio del rey sagrado tiene la significación de una ofrenda de la tribu a su diosa madre.

Entre los israelitas, aún se crucificaba anualmente al rey sagrado en la época de los Jueces, en Hebrón, Silo, Tabor y otros lugares; y la cruz *Tav*, que tiene la forma de una T, se tatuaba como señal de casta real en la frente de los hombres entre quienes se elegía al rey sagrado. Como símbolo de casta se ve todavía entre los miembros de las tribus kenitas de Judea y Galilea, y aparece en la literatura sagrada hebrea en dos sentidos contradictorios: en el Génesis, como la marca del asesino Caín (el antepasado epónimo de los kenitas), y en Ezequiel, como la marca divina impresa en la frente de todos los justos para diferenciarlos de los pecadores el día de la venganza de Jehová.

Durante la primera dinastía israelita, la de Saúl, se abolió el canibalismo y nació la costumbre de prolongar el reinado por varios años, pero sacrificando cada año un *dod* o sustituto. Esta práctica sobrevivió hasta el reinado del buen rey Josías, aunque más tarde, excepto en tiempos de sequía o de otros desastres nacionales, se utilizaban como *dod* un macho cabrío de un año en lugar de un hombre, anomalía que se justificaba por el mito de Abraham e Isaac. Josías abolió la crucifixión insertando, en su estudio de la ley —el Libro llamado Deuteronomio—, un artículo que declaraba

maldito, y no bendito, todo aquello que se crucificaba. Una vez que este principio, fundado en Moisés, fue aceptado como procedente de la inspiración divina, se empleó como un medio para desalentar el crimen: el cuerpo del hombre lapidado por blasfemia o alguna otra horrible iniquidad se colgaba, después de la muerte, en una cruz *Tav* para convertirlo en maldito y negarle una sepultura decorosa.

En otras naciones, se omitía la crucifixión del rey sagrado siempre que encontrara un *dod*; al principio la víctima era el hijo o el sobrino materno, a quien se investía con una insignia temporal de realeza, lo que explicaba la leyenda del sacrificio de Dionisos por Zeus; pero más tarde se aceptaron parientes más lejanos y, aún después, los prisioneros reales capturados en el combate. Como los reyes prisioneros escaseaban en tiempos de paz, se emplearon cautivos de rango inferior, y finalmente incluso los criminales servían. Así se convirtió la crucifixión en un mero castigo del crimen, como es actualmente; sin embargo persisten ciertos elementos del ritual tradicional, aun cuando se hayan olvidado hace mucho tiempo sus orígenes sagrados. Por ejemplo, los romanos baldan a la víctima mientras está aún en la cruz; como originariamente el rey sagrado era cojo, también debe quedar cojo el sustituto. Es difícil establecer qué parte del ritual romano tiene origen nativo y qué parte es cananea, porque los antiguos romanos utilizaban una cruz en forma de X, y durante la guerra contra Aníbal tomaron de los cartagineses la actual cruz en forma de T, y los cartagineses son, por su origen cananeos. De todos modos, es una notable paradoja que la crucifixión que había sido antes en Palestina un medio mágico para procurar la inmortalidad significara, para los judíos del tiempo de Jesús, un castigo infame que involucraba la extinción del alma. Y otra paradoja no menos notable era que Jesús —un rey sagrado al estilo antiguo— estuviera a punto de ser inmortalizado como en los viejos tiempos, a pesar de su oposición a la reina del cielo y a sus obras, y a pesar de los extraordinarios esfuerzos que realizó para evitar el destino señalado por su nacimiento y su matrimonio. O quizá, precisamente a consecuencia de esos mismos esfuerzos.

Aún vestido con sus prendas reales, fue conducido a la ciudadela de Herodes, la Torre de Fasael, que era ahora el cuartel romano. Allí lo desnudaron y sometieron a la flagelación preliminar, que es parte inseparable de la crucifixión. El capitán de servicio empleó despiadadamente su flexible rama de vid hasta que la fatiga le obligó a desistir. Luego entregó a Jesús, lastimado y sangrante, a los soldados rasos, que lo vistieron nuevamente y trataron de lograr que jugara a «adivina quién te ha golpeado» y al cruel juego de la fiesta de primavera llamado «el rey y los cortesanos», para el cual trenzaron con su pelo una diadema de acacia espinosa; pero él no les proporciono gran diversión y, después de una media hora, lo dejaron en paz y se pusieron a jugar a los dados.

Había una profunda ironía poética en su elección de la diadema, porque en Ain-Kadesh la voz divina había hablado a Moisés desde una acacia; y con madera de

acacia se habían construido el arca de Noé, el arca de Moisés, el arca del armenio Xisutro y el arca del egipcio Osiris. En todo el Oriente Próximo se consagra este árbol a las divinas madres de divinos hijos de muy variados nombres; sus flores son blancas y puras, sus espinas agudas y su madera, resistente a las aguas corruptoras.

El capitán del destacamento encargado de la crucifixión era un hombre humano. Dijo a sus soldados:

—Las órdenes mandan burlarse de los prisioneros y ridiculizarlos durante la marcha por las calles de la ciudad. Esto es meramente una precaución contra los disturbios; por grande que sea la popularidad de un prisionero, la voluble muchedumbre ciudadana jamás intentará su rescate si lo ve en una situación suficientemente disparatada. Podéis hacer todas las fantasías que se os ocurran con los dos fanáticos; pero el cojo es un ser inofensivo, y si lo golpeáis más, os juro por el cuerpo de Baco que yo os golpearé de tal modo, cuando regresemos al cuartel, que desearéis estar en la Marina. Y una vez que estemos fuera de la ciudad, en campo abierto, cuidaos de marchar en buen orden y con la boca cerrada.

Los hizo formar en columna fuera del cuartel, donde se había reunido una gran multitud silenciosa, formada sobre todo por mujeres; luego envió a algunos hombres al mando de un sargento a traer en un carro tres cruces del depósito. Mientras tanto, hizo sacar de sus celdas a Dysmas y Gestas que, con Jesús, debían encabezar la columna. Los dos fanáticos habían sido maltratados de modo repugnante: Dysmas había perdido varios dientes y Gestas la visión de un ojo.

El capitán colgó del cuello de los tres prisioneros las correspondientes declaraciones de crimen, y les hizo cargar al hombro los travesaños horizontales de sus cruces. El travesaño de una cruz es un madero de dos metros de largo que se ajusta a un rebajo hecho en la parte superior del pesado poste vertical; este último se lleva al lugar de la crucifixión en un carro, pero según una antigua costumbre el criminal debe transportar el madero horizontal. Jesús reconoció la madera: era terebinto, que ningún carpintero de Galilea usa jamás porque se considera de mal augurio, así como ocurre en Italia con la madera de álamo negro, por su conexión con la diosa de la muerte.

Se dio la orden de marcha. La procesión avanzó y llegó sin incidentes a la cercana puerta de Joppa. Jesús se apoyaba en un palo, pero como necesitaba ambas manos para mantener el travesaño en equilibrio sobre sus hombros, no podía seguir el paso. Cuando un sargento lo empujó para que se apresurara, perdió el equilibrio y cayó pesadamente; los soldados aullaron de risa. A causa de los latigazos estaba sin aliento y se incorporó con dificultad. Después de una segunda caída, el capitán intervino: detuvo a un vigoroso peregrino que estaba a punto de entrar en la ciudad y le ordenó que llevara el madero de Jesús.

Era un judío de Libia que había oído predicar a Jesús en Cafarnaúm el año anterior y que hizo de necesidad virtud, diciendo al pueblo:

—Gentes de Jerusalén, me alegro de llevar la carga de este profeta verdadero.

Que esto sirva para lavar el reproche que pronunció Nahúm contra mi tierra nativa. Porque cuando llamó a Nínive ramera y reina de la brujería, dijo: «La tierra de Put y los libios te han ayudado». Aunque Put sea mi madre y los libios mis hermanos, yo no soy un hombre indigno: no alabaré a una nueva Nínive que entrega a sus profetas para que sean crucificados por los inmundos infieles.

Como el capitán no entendía el arameo, nada dijo.

La procesión rodeó las murallas de la ciudad y giró hacia el noroeste, por el camino a nivel a la gruta de Jeremías, situada a unos tres cuartos de milla. Era un día caluroso y el camino estaba cubierto de polvo. Un grupo de peregrinos pascuales, conocidos como los Perezosos porque el cuerpo principal había llegado tres días antes, se acercaba desde el norte; cantaban de júbilo ante la vista de las torres y las murallas de Jerusalén, pero el salmo murió en sus labios cuando vieron la triste procesión. Todos guardaron silencio, volviendo el rostro mientras reos y soldados pasaban también silenciosamente a su lado.

Cuando aparecieron a la vista la gruta y la alta palmera de Jeremías, se oyó, atrás, un brusco llanto femenino. Las noticias del arresto de Jesús habían corrido velozmente por la ciudad; y aunque pocos de sus seguidores varones habían osado unirse a la procesión, allí estaban Juana y Susana, y María, la madre de Jesús, apoyada en el brazo de Shelom, la partera; y María, su reina, con su hermana Marta y su abuela María, la esposa de Cleofás, y María la Peluquera, con un grupo de mujeres rechabitas.

Jesús se volvió y dijo, jadeante:

—Llorad por vosotras mismas, no por mí. El día de la ira se aproxima; y en él se considerará bendita aquélla que no haya parido ni amamantado hijos que perezcan bajo la furia del cielo; y con una sola voz las hijas de Jerusalén clamarán porque las montañas caigan y las sepulten. Porque, si se despoja al árbol verde, ¿qué se le hará al seco?

Este proverbio evoca la veneración religiosa que se tiene en Palestina a ciertos árboles antiguos, por lo general las palmeras y los terebintos, a cuya sombra descansaban los patriarcas y los profetas. Aunque de todos los demás se cortan ramas para leña, a estos la gente no los toca. Sus copas son altas y verdes, aun en el desierto, al lado de los caminos más transitados, en tanto que los demás árboles están secos y despojados de hojas y ramas. Jesús quería decir: «Si se crucifica incluso a los profetas, ¿qué destino puede aguardar a la gente común?».

Más allá de la gruta se erguía la pequeña elevación en forma de cráneo llamada Gólgota, donde en los tiempos antiguos se cumplían las sentencias de lapidación y donde ahora los romanos crucificaban a los prisioneros políticos en una plataforma situada en la cumbre. Dominaba el camino principal del norte hacia Jerusalén, y no sólo debía su nombre de sierra de la Calavera a su configuración, sino a una leyenda: cuando el rey David trasladó su capital de Hebrón a Jerusalén, sacó la calavera de Adán de la caverna de Machpelah y la sepultó en el Gólgota como un talismán

protector de la ciudad. Esta leyenda no debe tomarse a la ligera, porque la cabeza del rey Euristeo, brazo derecho de Hércules, estaba enterrada en un paso, cerca de Atenas, para proteger al Ática contra las invasiones; y se hallan muchos otros ejemplos de la misma costumbre en la historia de Grecia y Roma. Jesús había profetizado la verdad cuando dijo a Tomás que su viaje terminaría donde había terminado el de Adán.

En la gruta el capitán dio el alto, mientras se adelantaban dos ancianas: pertenecían a la piadosa corporación del incienso olíbano, autorizada por la corte suprema farisea, y tenían la misión, que ellas mismas se imponían, de dar a cada criminal judío condenado un grano de incienso como anestésico. Dysmas y Gestas aceptaron agradecidos el don, pero Jesús dijo:

—Quemadlo como un dulce sacrificio al Señor. Este hijo de Adán debe sufrir hasta el fin.

Lo despojaron de sus ropas, que los soldados retuvieron como una paga extra, aunque según la ley judía eran propiedad de su pariente más próximo. El sargento ejecutor abrió las costuras del manto y dio un trozo de paño a cada uno de sus cuatro asistentes; pero se echaron suertes por la propiedad de la túnica sin costuras que le había dado Simón, hijo de Boeto.

Implantaron los postes verticales en las bases de albañilería que servían para sostenerlos, y luego hicieron que cada reo, por turno, se echara de espaldas cerca de su travesaño horizontal. Éste se ponía debajo de la cabeza, y se ataban con finas ramitas de mimbre los brazos del hombre al madero. Las manos quedaban aseguradas mediante un largo clavo de cobre martillado a través de la palma, para que no fuera posible liberarse. Luego, con sogas y una polea se alzaban hombre y madero hasta que el travesaño encajaba en el rebajo preparado en el poste vertical, donde se ajustaba con pernos. En cada poste vertical, más o menos un metro por debajo del travesaño, había una hilera de agujeros; en el más adecuado se metía una clavija destinada a sostener por la entrepierna el peso del condenado. Las piernas se ataban igualmente con mimbres, y los pies se clavaban con otros dos clavos que atravesaban la carne por detrás del tendón sagrado, que algunos llaman «tendón de Aquiles», porque Aquiles, hijo de la diosa del mar Tetis, fue mortalmente herido por una flecha en ese preciso lugar. En la parte superior del poste vertical se fijaba la declaración del crimen, sobre la cabeza de la víctima.

Jesús quedó en el centro; Dysmas a su derecha y Gestas a su izquierda. Mientras lo subían a la cruz, pronunció una última plegaria, pero no pedía nada para él. Había pensado, finalmente, que su sacrificio era en vano y que había provocado la inexorable ira de Jehová. Se demostraba ahora que el pecado cometido con su personificación del pastor indigno era el de presunción, y que al conducir a sus discípulos al mismo error se había hecho merecedor de su propio reproche profético: «Quien engaña a los de corazón infantil merece que lo arrojen al mar corruptor con una piedra de molino al cuello». Su plegaria era solamente por ellos:

—¡Padre del cielo, perdónalos! Su único pecado ha sido la ignorancia.

Reconoció entre la multitud a su madre y a su discípulo Juan, que ya no usaba su manto de profeta, a su lado. Compadecido de la desolada mirada de María, la encomendó al cuidado de Juan.

Cuando el sol ascendió en el cielo, su padecimiento aumentó y todo su cuerpo se conmovía con los espasmos, pero sofocaba todos sus gritos. Las moscas ennegrecían la carne lacerada de su espalda y de sus costados, y el sudor corría por su rostro. Gestas gritaba y maldecía a Jesús como la causa de su ruina, porque el incienso no le había hecho efecto; pero Dysmas, indiferente a su próxima muerte, dijo en voz soñolienta a Jesús:

—Mi señor, recuérdame en tu reino. Dame allí un lugar.

Jesús lo consoló, ocultando la amarga ironía de sus palabras:

—Cuando entre esta noche en el otro reino, estarás a mi derecha.

Asustados, afligidos y totalmente desconcertados, la mayoría de los discípulos habían llegado al Gólgota, aunque no Jaime, Pedro ni Andrés. Jaime no había podido moverse porque su herida se había infectado. Pedro había sido golpeado hasta la inconsciencia por los romanos, que lo arrojaron desnudo a la calle. Andrés lo encontró allí y lo llevó a su albergue, pero no recuperó el sentido hasta la noche.

María la Peluquera se acercó a Shelom y le dijo:

—Tú has traído a este hijo de Adán a la luz del día, hermana; mi tarea será llevarlo de nuevo a las tinieblas.

—¿Quién eres, mujer? —preguntó Shelom.

—Te confiaré un secreto. La Cuarta Bestia, la Bestia del cuadrante sur del círculo de Horeb, era el Toro de la Prisa. Ésta fue la falta de Jesús: trató de apresurar la hora del destino declarando la guerra contra la Hembra. Pero la Hembra subsiste y la hora no se puede apresurar.

Shelom miró con tristeza a Jesús. Su serenidad la fortaleció, y respondió como por la boca de él:

—¡Paz, mujer! ¿Acaso no está escrito, acerca del reino de Dios: «Yo, el Señor, lo apresuraré a su tiempo»?

A mediodía, mientras los soldados empezaban a preparar su comida, sopló un cálido viento del este y el cielo se oscureció. No era la benéfica oscuridad que precede a la lluvia con el gruñido distante del trueno y la urgencia del relámpago, sino una oscuridad velada como la que aterroriza a quienes habitan cerca de los volcanes en actividad; mientras la nube se extendía por el cielo hasta el horizonte en el oeste, ocultando el sol, la tierra empezó a temblar y se oyó un estruendo distante cuando un enorme trozo de un contrafuerte del templo cayó rodando hasta el valle. Se oyó un clamor de espanto, y muchas mujeres cayeron de rodillas y miraron hacia lo alto, creyendo que finalmente había llegado el día de la ira. Pero el hijo del hombre no se manifestó, ni apareció un coro de ángeles listos para el rescate.

El capitán tranquilizó a sus hombres:

—La causa de la oscuridad es la arena del desierto, aspirada hacia lo alto por un tornado en Elam. Mañana toda la ciudad amanecerá cubierta de polvo. No hay nada que temer.

Jesús sintió que su virtud real lo abandonaba; su cuerpo era carne común y el valor se había agotado en su corazón. Gritó ásperamente:

—Señor, señor, ¿por qué me has abandonado?

Los ejecutores pensaron que se quejaba de sed. Con una risa obscena, acercaron a su boca una esponja mojada en vino de mirra clavada en la punta de una pica.

Él no quiso beber.

—Ha llegado el fin —murmuró; sus labios se movían, aunque casi sin sonido. Los que miraban sintieron que sus propios labios se movían con los de Jesús pronunciando los versos de ese salmo terrible: el antiguo lamento del hombre crucificado.

> Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás lejos de mi salud y de las palabras de mi clamor?
>
> Dios mío, clamo de día, y no oyes; y de noche, y no hay para mí silencio.
>
> Tú empero eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.
>
> En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste.
>
> Clamaron a ti y fueron librados: esperaron en ti, y no se avergonzaron.
>
> Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres y desecho del pueblo.
>
> Todos los que me ven, escarnecen de mí; estiran los labios, menean la cabeza, diciendo:
>
> Remítase a Jehová; librelo; sálvele, puesto que en él se complacía.
>
> Empero tú eres el que me sacó del vientre, el que me haces esperar desde que estaba a los pechos de mi madre.
>
> Sobre ti fui echado desde la matriz; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.
>
> No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude.
>
> Hanme rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado.
>
> Abrieron sobre mi su boca, como león rampante y rugiente.
>
> Heme escurrido como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron: mi corazón fue como cera, desliéndose como en medio de mis entrañas.
>
> Secóse como un tiesto mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar; y me has puesto en el polvo de la muerte.
>
> Porque perros me han rodeado, hame cercado cuadrilla de malignos: horadaron mis manos y mis pies.
>
> Contar puedo todos mis huesos; ellos miran, considéranme.
>
> Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.

Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate para mi ayuda.

Libra de la espada mi alma; del poder del perro mi única vida.

Sálvame de la boca del león, y óyeme librándome de los cuernos de los unicornios.

Anunciaré tu nombre a mis hermanos: en medio de la congregación te alabaré.

Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, simiente toda de Jacob; y temed de él, vosotros, simiente de toda Israel.

Porque no menospreció ni abominó la aflicción del pobre, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, oyóle.

Pero los kenitas conocían la versión más antigua del lamento: «Eva, Eva, ¿por qué me has traicionado?»; las cuatro últimas estrofas recordaban a la madre de todo lo viviente su antiguo pacto, y le encomendaban que no permitiera el triunfo eterno de Azazel, y que no negara a Adán su anhelo de inmortalidad.

A la novena hora Jesús lanzó un grito terrible y un espasmo final lo sacudió. Sus rasgos se torcieron, sus ojos quedaron fijos, y su pecho dejó de moverse.

—Ha muerto bastante pronto —dijo el capitán—. Me alegro; era un hombre valiente, a pesar de ser un perro judío. He visto algunos que duraban cinco días o más, pero de eso hay que dar gracias al hombre que los flagela. Si golpea con bastante fuerza, les ahorra dolor a la larga.

Lentamente el cielo se aclaró y el sol volvió a brillar aunque los temblores de tierra continuaban a intervalos. Hacia el atardecer el secretario oriental de Pilatos llegó a caballo para recordar al capitán que, según la ley mosaica, los cuerpos malditos no debían seguir colgados después del ocaso, y que era conveniente no ofender la susceptibilidad nativa el día de Pascua. Jesús y las otras dos víctimas debían ser muertos de inmediato. El capitán dio la orden:

—Baldad a los dos que aún viven, y atravesadlos. No es necesario baldar al otro: ya es cojo. Pero clavadle una pica para aseguraros de que ha muerto.

Rompieron las piernas derechas de los fanáticos con un martillo de cantería, y luego los mataron clavando sus picas debajo de sus costillas. Otro soldado empujó desganadamente la punta de su pica debajo de las costillas de Jesús, del lado derecho. Habría desgarrado el pulmón, si éste no hubiese estado apretado hacia el interior por la efusión de agua en la zona que recibe el nombre de cavidad pleural, a causa de la flagelación; cuando el soldado retiró la pica, cayó agua mezclada con un poco de sangre.

Luego los soldados bajaron los cuerpos y los colocaron amontonados en un carro junto con las cruces y demás objetos, y los llevaron al depósito de cadáveres de la Torre de Fasael.

Jesús estaba muerto. Según el punto de vista oficial judío, había muerto en el

momento de ser izado a la cruz, porque en ese momento había dejado de ser un miembro de la congregación de Israel para ser «un gusano desnudo, ya no más un hombre». Según el punto de vista general de la muchedumbre, había muerto después de proferir ese grito a la novena hora: el momento exacto en que los carniceros levitas iniciaban la matanza. Para los romanos había muerto en el momento en que le clavaron la pica, por la sangre, que no fluye de un cuerpo muerto. Pero a juicio de los doce notables kenitas que habían asistido a su coronación y ahora estaban en la primera fila de la muchedumbre, había muerto cuando había perdido su virtud real, exclamando: «Ha llegado el fin». El rey sagrado, nacido en el instante del descenso de la paloma, había muerto entonces.

María, la madre de Jesús, fue la última en marcharse del Gólgota. En su camino de regreso encontró al borde del camino a los kenitas, que la aguardaban. Con un saludo reverente, le dijeron:

—Permite que enterremos el cuerpo de nuestro rey.

—Preguntad eso a la hija de José Cleofás.

—Ella nos ha dado permiso, pero necesitamos también el tuyo.

—¿Cómo podéis tocar algo maldito, nobles hijos de Rahab?

—La nuestra es la ley más antigua; según ella, la crucifixión santifica.

—¿Dónde lo enterraréis?

—En el sepulcro del primer Adán.

—¿Os presentaréis a los romanos para pedir el cuerpo?

—No tenemos el derecho. Tú, su madre, debes hacerlo, porque su reina teme revelarse. Y nadie debe saber en nombre de quién lo haces.

—Lo haré complacida, en honor de la amistad que vuestros padres me demostraron hace mucho, cuando yo estaba en peligro de muerte.

Se dirigió a casa de José de Arimatea y se dio a conocer a medianoche, después de la cena. Rogó a José que pidiera a Pilatos el cadáver de su hijo.

Él la compadeció, pero respondió:

—Ay, mujer, mientras vivía hice todo lo posible para salvarlo. Ahora que está muerto, nada más puedo hacer; aunque era inocente, su cuerpo está maldito y no puedo darle sepultura. Si pidiera eso a Pilatos se negaría desdeñosamente; sin embargo, quizá las lágrimas de una madre lo muevan a la piedad.

—¿Concedería audiencia Pilatos a una pobre mujer como yo? Sólo debe escuchar a personas de rango o riqueza. Pero he encontrado hombres de otra nación que están dispuestos a llevar a mi hijo a un lugar donde su entierro está permitido; y si es cierto que no te cuentas entre quienes consintieron su muerte, prueba tu piedad con este servicio. Soy una viuda, y él era mi único hijo.

María insistió, y José, con reticencia, se comprometió a hacer lo que ella deseaba.

Cuando José visitó la Residencia la mañana siguiente, la petición divirtió intensamente a Pilatos.

—¿Para qué puedes querer esa macabra reliquia, si no puedes tocarla ni darle

decente sepultura? ¿O es mejor que no te haga preguntas?

José parpadeó, pero tenía lista su respuesta:

—Debes saber, excelencia, que el culto sirio de las brujas ha echado fuertes raíces en Jerusalén. Si tus soldados venden el cuerpo a una persona no autorizada, sus dedos, su nariz y otras partes pueden servir para usos mágicos. En especial los dedos, porque se afirma que los dedos de un crucificado poseen grandes virtudes. Concédeme el cuerpo, y yo me ocuparé de él.

Pilatos se echó a reír.

—¡Oh, José, José! Confiesa que también tú eres un poco brujo y anhelas las extremidades de ese milagrero cojo. ¿Cuánto piensas ofrecer? Puedes tener el cadáver por quinientas dracmas; creo que es el precio habitual. Debes dar el dinero al capitán que dirigió la ejecución: los cuerpos son su estipendio. No, no te cobraré nada; esta mañana mi ánimo es generoso.

José de Arimatea dio las gracias a Pilatos y acudió con la orden a la Torre de Fasael, donde halló los tres cuerpos tendidos en el piso de piedra. El capitán no quiso aceptar dinero, y cuando José explicó que no podría llevarse el cuerpo ese día porque el Sabbath el trabajo estaba prohibido, dispuso, por cien dracmas, que el cuerpo fuera cubierto por sus soldados con un sudario de lino y transportado hasta la nueva tumba que José había comprado para su propio uso eventual, cerca de la gruta de Jeremías. Y por otras cien dracmas se comprometió a poner una guardia ante la tumba y custodiar el cuerpo hasta la mañana siguiente, cuando José podría ocuparse de él.

Nicodemon se enteró de esto, envió a José un costoso paquete de mirra y áloe con un mensaje: «Para el entierro de cierto hombre inocente».

XXX

LA DESPEDIDA

Los guardias, aunque seleccionados por su edad y experiencia, no estaban complacidos con la misión asignada por el capitán. Nada les gustaba custodiar el cuerpo crucificado de un mago, cuando podía haber en las inmediaciones brujas y ladrones de tumbas. Cayó la noche, y su desasosiego creció momento a momento mientras uno de ellos, nativo de Larissa, les contaba horribles historias de magia de Tesalia. Concluyó diciendo:

—Y éstas no son mentiras contadas de oídas, camaradas, porque mi joven madrastra era ella misma bruja, como os he dicho; una verdadera hija de Pan. Y yo removía su caldero en mi infancia.

No se atrevieron a dormir, y se mantuvieron cerca de la hoguera, a pocos pasos de la tumba, bebiendo vino.

Advirtieron luego vagas figuras que se movían a lo lejos. Gritaron un desafío, pero no hubo respuesta.

—Allí están, mis amigos —murmuró el sargento, aferrando su amuleto fálico de coral de la India.

—¿Cuánto falta hasta el amanecer? —se preguntaban.

—En Larissa, rara vez aparecen con su propia forma —dijo el tesalio—. Mediante ungüentos se disfrazan de gatos o lirones, y se escurren por cualquier hendedura. Allí no se emplean cuchillos ni navajas para cortar las extremidades; sólo usan los dientes, que afilan para ese fin. Mirad con cuidado los animales pequeños que corren por el suelo. Arrojad una tea encendida contra cualquier cosa que se mueva.

—Shh —interrumpió el sargento—. ¿Habéis oído?

—¿Qué ha sido? ¿Qué ocurre?

—Un ruido en el interior de la tumba.

Contuvieron el aliento en una agonía expectante, pero nada oyeron.

Al primer canto del gallo la tierra volvió a temblar. Hubo lejanos rumores; el suelo se movió debajo de ellos como una balsa sorprendida por una ola.

—¡Mirad allí, mirad! —chilló un soldado. La gran roca con que habían cerrado la boca de la tumba se desprendió y empezó a rodar por la cuesta, directamente hacia ellos. Se hicieron a un lado gritando de espanto; la roca aplastó la hoguera, dispersando la leña y volcando su jarra de vino. Era demasiado, incluso para antiguos veteranos. Huyeron, y no dejaron de correr hasta que llegaron a la Puerta de Joppa.

Las figuras que habían visto a lo lejos eran María, la madre de Jesús; María, su

reina; María la Peluquera; Juan, Pedro y tres caudillos kenitas, que no confiaban en que los romanos custodiaran la tumba y montaban guardia a cierta distancia. Cuando se extinguió el fuego y los soldados pasaron corriendo a su lado, balbuceando de modo ininteligible, el miedo contagió a todos menos a María la Peluquera.

Se miraran inquietos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Alguien ha visto algo?

Juan, que estaba escondido detrás de un espino cerca de los romanos, informó temblando:

—La roca bajó rodando y deshizo la hoguera.

María la Peluquera dijo:

—Es el momento de mayor peligro. ¿Quién vendrá conmigo a rehacer la hoguera y continuar vigilando hasta la mañana?

Los kenitas se disculparon.

—No es necesario. La luna da luz suficiente. Y es mejor no meterse con estas cosas a la luz de la luna.

—¿Tenéis miedo porque una roca ha rodado?

—¿Acaso se mueven solas las piedras?

María la Peluquera caminó resueltamente hasta los restos de la hoguera, amontonó nuevas ramas, y se agachó para avivar la llama soplando. Luego se puso de pie y fue hacia la tumba. La luz fluctuante del fuego iluminaba apenas el interior. Al pie de la losa donde esperaba ver el cuerpo halló una figura blanca. Gritó:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Mirad dónde está! ¡Mirad!

—¿Qué hay allá? —gritó Pedro.

—Un espíritu sin cabeza al pie de la losa. El cuerpo ha desaparecido.

Pedro se echó a correr hacia ella. Pero su cuerpo estaba envarado por los azotes, y Juan, que lo acompañaba, llegó antes a la tumba. Atisbó el interior, y a la luz de una tea que habían arrebatado de la hoguera, vio que el espíritu era sólo un montón de ropas sepulcrales.

Dijo a Pedro que se acercaba cojeando:

—Los romanos nos han engañado. Alguien ha entrado en la tumba, dejando sólo el sudario.

Pedro entró sin vacilar. Lo que más le sorprendió fue que los ladrones hubieran plegado cuidadosamente el sudario de lino, colocándolo sobre la losa, junto a la toalla para la cabeza.

Los demás se acercaron entonces, y uno por uno se aventuraron a entrar. Nadie sabía qué hacer; pero como los guardias habían dejado sus mantos, sus armas y utensilios de cocina, decidieron aguardar a que regresaran.

Los guardias reaparecieron con la primera luz del alba, e inmediatamente se inició un ruidoso altercado entre Pedro y el sargento, que se acusaron mutuamente del robo de la tumba. Pedro mostró la orden de Pilatos acerca de la posesión del cuerpo y amenazó con dirigirse al capitán.

El sargento se echó a reír.

—Verdaderamente, Simón Barrabás, tu glotonería por los golpes es insaciable.

Los kenitas intervinieron y se restableció la paz. Después de largas discusiones quedó claro que ninguno de los presentes podía haber robado el cadáver, que su desaparición se debía a causas sobrenaturales, y que nada se podía hacer.

Era ya pleno día, y todos regresaron a la ciudad excepto María la reina, que se quedó llorando junto a la tumba.

Un hombre descalzo y envuelto en un manto emergió del jardín de la gruta. Se detuvo a su lado y preguntó por qué lloraba.

—Han robado el cuerpo del hombre que amaba. ¿Eres el cuidador de la gruta? ¿Puedes decirme dónde lo puedo buscar?

—¡María! —dijo él.

Ella miró con incredulidad. Era Jesús.

—Señor, ¿has conquistado, entonces, a la muerte? Quiso abrazar sus rodillas, pero él retrocedió.

—No debes tocar a alguien que ha estado en la cruz. Déjame ahora, bienamada. Vuelve a la ciudad y di a mis discípulos que estoy vivo.

Como en un sueño María fue al sitio donde habían acordado encontrarse —la habitación que Nicodemon les había cedido para la fiesta— y entró tempestuosamente.

—¡Está vivo! ¡Jesús está vivo! Lo he visto, Pedro: tenía tu manto. Lo reconocí por el remiendo en el hombro —Pedro había dejado su manto cuando María la Peluquera había gritado en demanda de ayuda, y luego había olvidado recobrarlo.

Juan dijo severamente:

—Mujer, no estás en tus cabales. Ya nos engañamos una vez, cuando vimos que el supuesto espíritu sólo era un montón de ropas.

—Te aseguro que lo he visto.

No le creyeron, y le pidieron que se marchara.

Ella se fue, y poco después Jesús entró silenciosamente en la habitación. Casi murieron de miedo. Él tenía una leve sonrisa en los labios y la mano sobre el picaporte; parecía un niño que baja de su dormitorio a medianoche a la sala donde sus padres conversan con sus invitados, y no sabe con seguridad cuál será su reacción.

Pedro lo miraba abriendo y cerrando la boca, sin poder hablar; Tadeo se desvaneció.

Tomás fue quien primero recuperó el habla.

—Si eres Jesús, deja que te toque, para asegurarme de que no eres un demonio.

—Mira mis manos. Mira mis pies. Pero no toques lo que está maldito.

—Si lo estás, permite que también yo caiga bajo la maldición. Me llaman tu hermano mellizo —Y tocó suavemente las palmas heridas.

Jesús dijo:

—He venido a deciros adiós. Dentro de muy poco, me veréis por última vez; y

nuevamente muy poco después me veréis con más claridad que hasta ahora.

Felipe preguntó:

—¿Adónde irás, señor?

—Hay muchos apartamentos en la casa de nuestro Padre —luego se volvió hacia Pedro—: Simón, hijo de Jonás, ¿aún me amas?

Él susurró:

—Sí, señor, te amo.

—Entonces, alimenta a mis ovejas. Pero ¿verdaderamente me amas, hijo de Jonás?

—Sabes que te amo, señor.

—Apacienta entonces a mis ovejas. Pero ¿estás seguro de que aún me amas, Simón?

—Todo lo sabes, señor. Sabes que te amo con todo mi corazón.

—Entonces, alimenta al rebaño que no he guiado como debía.

—¿Y el reino de Dios? ¿Está próximo?

—La víspera de Pascua aprendí una cosa: no se puede tomar por la violencia el reino.

—¿Viviremos mil años?

—Mientras seáis jóvenes os vestiréis y ceñiréis vosotros mismos; vuestros pies irán adonde vuestros ojos ordenen. Pero un día la ancianidad se apoderará de vosotros, junto con la ceguera y la debilidad; otros os vestirán y ceñirán, caminaréis a tientas y finalmente un poder os conducirá a un lugar aborrecible. Sin embargo, ¿no está escrito: «Aunque hago mi cama en Sheol, he aquí que tú también, Señor, estás allí»? Venid, seguidme.

Pedro aún confuso por el temor, preguntó:

—Y Juan, ¿vendrá también?

—¿Qué te importa a ti si viene o no?

Se deslizó sin ruido escaleras abajo. Pedro descendió a trompicones, y luego todos los demás. Lo siguieron por las callejuelas, luego a través de la puerta oriental, por la empinada cuesta que desciende al valle de Kidron, por el puentecillo que llevaba al Monte de los Olivos. Les parecía que si ellos se movían más o menos rápido, también él iba más o menos rápido, de modo que jamás podían alcanzarlo ni perderlo de vista. Lo más extraño de esta experiencia, como recordaron más tarde, era que ya no cojeaba.

Pasaron por Getsemaní y subieron aún más. Cerca de la redondeada cima había tres mujeres, juntas y de pie: María, la madre de Jesús, María, su reina, y una mujer muy alta con el rostro velado. Las tres lo saludaron al mismo tiempo, como con una sola mano, y él se acercó a ellas sonriendo. Pero antes de que llegara, una brusca niebla envolvió la colina y, cuando se disipó, Jesús y las tres mujeres habían desaparecido.

Los discípulos no volvieron a ver a ninguno de ellos, aunque Jesús se les apareció

con frecuencia en los sueños y en ocasiones, en visiones diurnas. Una vez, cuando regresaron a Galilea, lo vieron junto al lago, asando una trucha sobre las rojas brasas de un fuego de leña, con tal claridad que casi podían oír y oler el chisporroteo.

Aquí parecería terminar la historia de Jesús; pero el obispo ebionita me dijo:

—No, no ha terminado. Por su derrota de la muerte, Jesús sigue viviendo como un poder ligado a la tierra; ha sido dispensado de la prisión de Sheol, pero aún no ha ascendido al cielo. Es un poder del bien que induce a los hombres al amor y al arrepentimiento, en tanto que todos los demás poderes de la tierra (excepto únicamente Elías), son malignos, e instigan a los hombres al pecado y a la muerte. En estos días, ni la piedad ni la iniquidad son universales en Israel, y por lo tanto no es posible establecer el reino; pero será finalmente establecido, cuando la Hembra sea conquistada, y entonces él reinará sus mil años y todo el mundo le obedecerá. Porque será coronado una vez más; pero esta vez su reina será digna de su virtud: una mujer no carnal, ni vestida esplendorosamente como antes, sino modestamente cubierta de blanco lino. Siete lámparas de sabiduría arderán perpetuamente ante su trono, y las cuatro bestias de Horeb estarán agazapadas alrededor, de guardia, entonando sin cesar alabanzas. Y el mar corruptor no existirá. Hasta que llegue ese día, Israel será una nación peculiar, aunque dispersa y perseguida; y finalmente las doce tribus se reunirán en Jerusalén.

COMENTARIO HISTÓRICO

Encontré mi primer indicio para una nueva solución del problema de la natividad en los Hechos de los Apóstoles, capitulo XIII, donde se establece que Sergio Paulo, el procurador romano de Chipre se «sorprendió» cuando Pablo y Barnabás le hablaron de Jesús. No pude ver ninguna buena razón que pusiera en duda la verdad general de esta historia, a pesar de la plausible sugestión de Hilgenfeld, según la cual, en la versión original, el perverso enemigo de Barnabás, Bar-jesús, alias Elimas el Hechicero, era en realidad Pablo. Y sé que no bastaba con poca cosa para sorprender a los tozudos gobernadores generales de Claudio, cuya noción jurídica rectora era el *título*; por ejemplo, ellos habrían clasificado a los seguidores de un hombre que se declarara falsamente rey de los judíos, al lado de los encubridores de un hombre que estuviera en posesión de propiedades robadas al gobierno. Probablemente, Sergio Paulo no tenía el menor interés en la teoría ética o religiosa, y no hay en los Hechos la menor sugestión de que hubiera sido bautizado en la fe cristiana. Estas consideraciones me llevaron a meditar sobre el extraordinario favor que demostró Pilatos cuando concedió a Jesús una entrevista privada —se reservaban normalmente a los ciudadanos romanos— y el nada convencional *titulus* que, por su orden, se fijó en la cruz. El desarrollo lógico de estos problemas interrelacionados, a la luz de ciertos pasajes del Evangelio a los Egipcios y del Proto evangelio, era tan asombroso que, por un tiempo, no supe qué hacer con él. Confié sus líneas generales a Sir Ronald Storrs, orientalista y estudioso del clasicismo, quien por otra parte ha sucedido en su cargo a Sergio Paulo y a Pilatos. Fue su generoso aliento —aunque no se comprometió aceptando mi tesis— lo que me indujo a trabajar en este libro. Con todo, mucho menos interesante es hoy quién fue Jesús por su nacimiento que sus hechos y dichos; y espero que la atención crítica se concentre especialmente en mis últimos capítulos y sobre todo en los que se refieren a su tentativa de cumplir la profecía del Déutero Zacarías; creo que es la única explicación válida de los extraordinarios acontecimientos inmediatamente precedentes a su arresto.

Un comentario detallado, escrito para justificar los puntos de vista heterodoxos expuestos en este libro, llevaría años y ocuparía un libro dos o tres veces más extenso; ruego que se me excuse de esta tarea. Tomemos, por ejemplo, el incidente del capitulo 6, la terrible aparición que tuvo Zacarías el sacerdote en el santuario. No sería suficiente citar a Epifanio acerca del perdido Evangelio Gnóstico *El descenso de María* («en el que hay cosas horribles y mortales») como mi autoridad respecto de una historia que, hasta hoy, nadie ha tomado seriamente y que se suele relacionar con el mal informado texto de Tácito acerca de un secreto culto levítico del asno. Y tampoco sería una ayuda citar a Apión, que es mi única autoridad acerca de la historia del edomita Zabido y de la dorada máscara del asno de Dora, porque nadie ha

cuestionado la buena fe de Josefo, que la ha rechazado como antihistórica, a pesar de su deshonesta negativa de que existiera en Edom un lugar llamado Dora. Mi aceptación de esas dos improbables historias proceden de una idea sobre la obsesión mesiánica de Herodes, y sobre su intento de revivir el antiguo culto del onagro de Set-Tifón, que sólo podría justificarse aduciendo un gran conjunto de autoridades, y comentándolas por extenso. No olvidamos tampoco al Dr. M. R. James, quien sostiene que la historia de Zacarías en *El descenso de María* es un libelo relacionado con antiguos *graffiti* de un asno crucificado; yo pienso en cambio que no son caricaturas sino piadosas identificaciones judeocristianas de Jesús con el Mesías hijo de David, cuyo símbolo en la literatura rabínica era el asno, así como el símbolo del Mesías hijo de José era el buey. Este punto me llevaría a enzarzarme en otro largo argumento crítico.

O tomemos el Nombre Indecible, que según la tradición judía del *Tol'Doth Yeshu* fue empleado ilegítimamente por Jesús para resucitar a Lázaro. Mi arreglo de las letras surge de una investigación original que comienza con el informe sobre el origen del alfabeto del mitógrafo Hygino *(Fábula 277*) y termina con variadas suposiciones acerca del nombre hechas por Clemente de Alejandría, Orígenes, Filo Biblio y otros. Entiendo que tanto el nombre como el culto de Jehová son de origen no-semítico, pero no podría probar esto de manera creíble en menos de cien páginas. Aunque me abstengo de una bibliografía, que sería más imponente que útil, aseguro a mis lectores que cada elemento importante de mi relato se funda en alguna tradición, por tenue que sea, y que me he tomado más trabajo que el habitual para verificar el *background* histórico. Estas investigaciones me han llevado a campos incómodamente remotos. Por ejemplo, los significados místicos que aquí se atribuyen al becerro de oro y a los siete pilares de la sabiduría se deducen en gran medida de los restos de los conocimientos secretos gnósticos, y en última instancia esenios, conservados en *Hearings of the Scholars,* de Calder, y otras misceláneas de la antigua doctrina poética irlandesa y en el *Llyfr Coch o Hergest* galés del siglo XIII. Estos conocimientos sólo se pueden comprender del todo a la luz de la astrología babilonia, la especulación talmúdica, la liturgia de la Iglesia de Etiopía, las homilías de Clemente de Alejandría, los ensayos religiosos de Plutarco y los recientes estudios sobre la arqueología de la edad del bronce.

Escribo sin el menor deseo de ofender a los católicos ortodoxos, que pueden considerar mi relato irreverente para su fe, porque el catolicismo es un sistema de pensamiento incontrovertible tan pronto como se admite que muchos acontecimientos mencionados en los Evangelios trascienden de la comprensión humana y por lo tanto deben ser aceptados por la fe. Aunque no acepto esta premisa, quede al menos claro que respeto a Jesús por haber sido más coherente, más inflexible y más leal a su Dios de lo que consideran muchos cristianos.

Para escribir una novela histórica por el método analéptico —la recuperación instintiva de hechos olvidados mediante una deliberada suspensión del tiempo— uno

debe adiestrarse para pensar enteramente en términos contemporáneos. Se logra esto con mayor facilidad personificando al supuesto autor de la historia, que tiene una función muy similar a la de una figura cuidadosamente vestida situada en primer plano en un dibujo arquitectónico para corregir errores de apreciación acerca de las dimensiones, la fecha y la localización geográfica. He elegido ser el portavoz del anciano Agabo el Decapolitano, que escribió en el año 93 d.J.C. y no de algún otro más próximo contemporáneo de Jesús, porque las divergencias entre la tradición sinóptica y lo que parece ser la historia verdadera exigirían el comentario explicativo de la política de la Iglesia después de la caída de Jerusalén.

Quizá el principal obstáculo para una visión razonable de Jesús no es la pérdida de gran parte de su historia secreta, sino la influencia de un texto posterior y propagandístico: el Evangelio según Juan. Aunque contiene valiosos fragmentos de la tradición auténtica que no se encuentran en los Evangelios Sinópticos, las reservas críticas con que debe procederse a su lectura quedan demostradas por el prólogo metafísico (que no tiene el menor sentido en el contexto original), por la obstinada ignorancia de los asuntos judíos que tiene el autor, y por la retórica griega alejandrina que se pone injustamente en boca de un sabio y poeta que nunca usó una palabra de más.

Mi solución del problema de la natividad de Jesús implica el rechazo de la doctrina mística de la virginidad de María, y por lo tanto ofenderá a muchos cristianos —que no son religiosos en otros sentidos— aunque de esa doctrina no existen huellas anteriores al siglo II de nuestra era, y aunque no es posible reconciliarla con Romanos I. 3, Hebreos VII. 14, ni Gálatas IV. 4; documentos de fecha anterior a todos los Evangelios Canónicos. Su valor como forma de afirmar la divinidad de Jesús y de glorificarlo al igual de los dioses paganos fue observada por vez primera por Justino Mártir en su filosófica *Apología por los Cristianos* (139 d.J.C.); y su utilidad para absolver a los cristianos primitivos de una grave sospecha —la de intentar restaurar la dinastía davídica— procede claramente de las persecuciones de la casa de David de los emperadores Trajano y Domiciano. Pero los cristianos no eran mentirosos deliberados; y la osada teoría del milagroso nacimiento de Jesús jamás habría sido propuesta si no hubiese habido previamente un misterio vinculado con su filiación. Debe haber parecido la única forma de armonizar dos tradiciones contradictorias: la de que José no era el padre de Jesús a pesar de su contrato de matrimonio con María (Mateo I. 18-19), y la de que Jesús había «nacido bajo la ley» —esto es, legítimamente— «para que pudiera redimir a quienes estaban bajo la ley» (Gálatas IV. 5).

No se debería confiar demasiado en el texto más antiguo que se conserva de Mateo II 16, sólo descubierto recientemente, según el cual «José engendró a Jesús». Yo supongo que es una interpolación ebionita destinada a defender la legitimidad de Jesús contra los enemigos de la cristiandad que, como el romano Celso, lo describen como el hijo bastardo de un soldado griego. El problema, para los ebionitas, era que

si José ya había contratado su matrimonio con María cuando halló que estaba grávida, esto, según la ley judía (Deuteronomio XXII. 13-21) habría hecho de su hijo un bastardo aun cuando el matrimonio no se hubiera consumado y ella hubiera celebrado una boda secreta, en el intervalo, con otra persona. Pero no era una solución feliz, por cuanto contradecía el creíble informe acerca del desconcierto de José que se encuentra dos versículos más adelante en el texto canónico, y por cuanto convierte en un absurdo la historia de la entrevista con Pilatos. Por otra parte, la teoría de la virginidad de María, ahora que nadie cree ya que el dios Hermes fuera la palabra de Zeus, ni que Hércules y Dionisos fueran sus hijos, no tiene ya la misma fuerza, en la polémica religiosa, que tenía en los días de Justino; y como el punto de vista que prevalece en los países protestantes es que Jesús era, por encima de todo, un ejemplo moral, se puede pensar que la sugestión de que no era un hombre en el sentido corriente del término, ni estaba por lo tanto sujeto a errores humanos, equivale a desalentar la imitación de sus virtudes. Es verdad: muchos santos han sostenido serenamente esta teoría, y podría decirse incluso que si Jesús fuera considerado un hombre común su autoridad disminuiría en mucho; pero actualmente, para la mayor parte de la gente, la elección está entre un Jesús nacido de la manera natural ordinaria, y un Jesús tan mítico como Perseo o Prometeo.

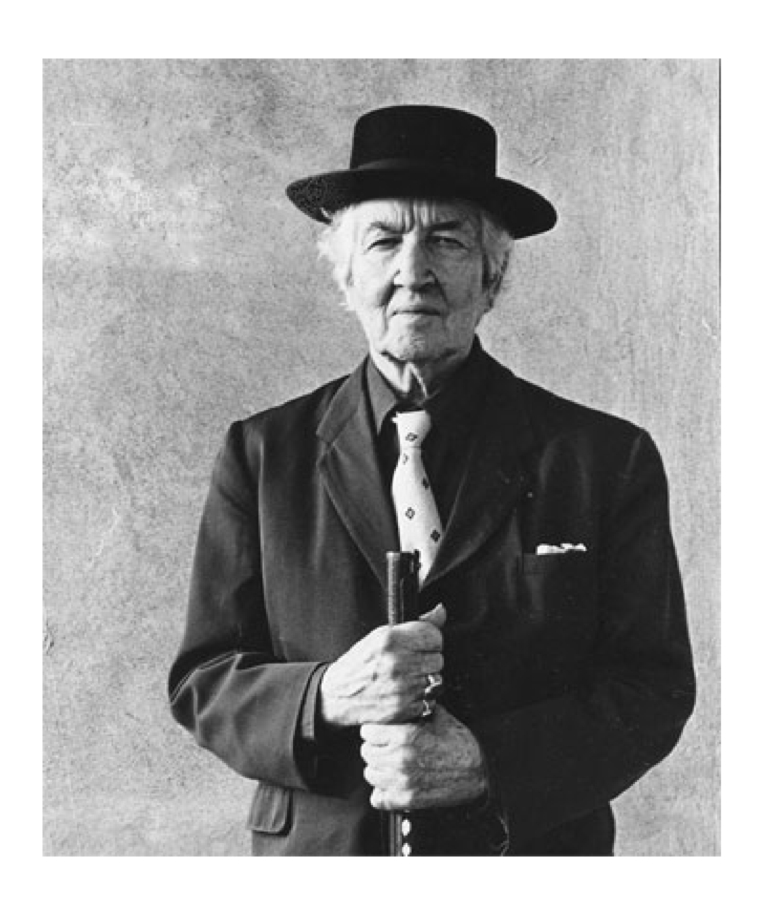
El largo diálogo del capitulo 19 entre Jesús y María puede desconcertar a los lectores que no conozcan bien la Biblia o los orígenes de la Biblia. Sugiero aquí una nueva teoría acerca de la composición de los antiguos libros históricos: a las partes que aún no existían, digamos, el siglo IX antes de Cristo, en la forma de baladas o de épica en prosa, se añadieron anécdotas fundadas en la interpretación deliberadamente errónea de un antiguo conjunto de iconos rituales capturados por los hebreos cuando tomaron Hebrón a los «hijos de Heth», fueran éstos quienes fueran. En la antigua Grecia se adoptó una técnica similar de interpretación deliberadamente errónea —llamémosla iconotropia— para confirmar los mitos religiosos olímpicos a expensas de los minoanos, que habían caducado. Por ejemplo, la historia de la unión de Pasifae («la que brilla para todos») con el toro, de la que nace el monstruoso Minotauro, parece basada en un icono del matrimonio sagrado entre Minos, el rey de Cnossos (a quien se representa con cabeza de toro), y una representante de la diosa de la luna, durante cuyo transcurso se sacrificaba un toro vivo. La historia del rapto de Europa («rostro ancho») por Zeus, disfrazado de toro, pertenece a un icono emparentado —del cual se ha encontrado un ejemplo en una sepultura prehelénica cerca de Midea— en que se ve a la misma diosa cabalgando en un toro. Además, la historia de Edipo («pie deforme») y la Esfinge que se suicida cuando él adivina su charada parece basada en un icono del rey cojo (Efaístos) adorando a la Triple Diosa de Tebas después de matar a su predecesor Laertes. La charada, «cuatro patas al amanecer, dos al mediodía y tres al ocaso», sugiere una historieta dibujada adjunta que mostraba a un niño, un joven y un anciano con su bastón, y significaba que la Triple Diosa era la soberana del hombre desde la cuna hasta la tumba.

En la iconotropia los iconos no son deformados ni alterados, sino meramente interpretados en un sentido hostil al culto original. El proceso inverso; la reinterpretación de los mitos patriarcales olímpicos o yavisticos en términos de los mitos maternales que aquéllos han desplazado, nos conduce a resultados inesperados. La desagradable historia de la seducción de Lot por sus dos hijas, que refleja la hostilidad israelita a Moab y Ammón, tribus que tenían la reputación de haber nacido de esas uniones incestuosas, se torna inofensiva cuando se restaura su forma icónica original: es la bien conocida escena en que Isis y Neftis lloran ante el catafalco de un obsceno Osiris reclinado, en una glorieta adornada de racimos, cada una con un hijo a sus pies. La historia de Lot y los sodomitas sugiere el mismo antiguo icono de que Herodoto derivaba su iconotrópico relato del saqueo del templo de la diosa del amor Astarté en Ascalón por parte de los escitas. Dice que «la diosa descargó sobre esos escitas y sobre toda su posteridad un fatal castigo: la enfermedad femenina», es decir, la homosexualidad. Pero el icono representa probablemente una auténtica orgía de sacerdotes del perro, sobre el fondo del humo flotante del sacrificio. Fue para suprimir las orgías homosexuales en Jerusalén que el buen rey Josías de Judá (637-608 a.J.C.) —o Hilkiah, o Shaphan, o como quiera que se llamara el reformador— insertó en el Deuteronomio XXII la prohibición de que los hombres vistieran con ropas de mujer. La columna de sal en que se convirtió la mujer de Lot está presumiblemente representada en el icono por un obelisco blanco, el altar familiar de Astarté; y la hija de Lot violada por la muchedumbre es presumiblemente una prostituta sagrada como aquéllas que llevaron a Josías a prohibir que se ofrendara a la casa del Señor «la paga de una prostituta». «El precio del perro», que acompaña a esa prohibición en el mismo texto (Deuteronomio XXIII. 18), evidentemente se refiere a la paga de un sacerdote del perro, o sodomita; ambas contribuciones se agregaban, en los cultos sirios asociados, a los fondos del templo.

Debe destacarse que muchas de las suposiciones históricas formuladas por los personajes de esta narración no son necesariamente válidas; por ejemplo, la teoría de los milenios y las edades del fénix propuesta por Simón hijo de Boeto, o la idea de Manetón acerca de la fundación de Jerusalén por los reyes Hicsos expulsados, o la atribución general de los cantares al rey Salomón. Lo único que importa es la influencia ejercida por esas suposiciones sobre los acontecimientos; he vacilado en atribuir a Agabo suficiente conocimiento arqueológico para corregirlas.

Debo expresar profunda gratitud a mi amigo y vecino Joshua Podro, que me ha ayudado desde el comienzo con comentarios críticos acerca de los aspectos hebreo-arameos de la historia, y a mi sobrina Sally Graves, que ha hecho lo mismo acerca de los aspectos grecorromanos. No habría podido, sin ellos, avanzar en mi camino. Y también al Dr. George Simon, por sus reveladores comentarios fisiológicos acerca de la Pasión.

RG
Galmpton-Brixham
S. Devon



ROBERT GRAVES (Wimbledon, Londres, 24 de julio de 1895 - Deyá, 7 de diciembre de 1985). Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EEUU e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Notas

[1] 89-93 d. C. <<